

Este libro contiene más de 600 páginas que casi podrían considerarse inéditas. Está integrado, prácticamente en su totalidad, por textos escritos por Roa entre 1935 y 1958, la inmensa mayoría no reeditados desde hace varias décadas. Es un abultado volumen, pero vale lo que pesa: Roa reivindica aquí, beligerante y tenaz, polémico y agudo, revolucionario e iconoclasta, «el santo derecho a la herejía»; así es preciso leerlo.

En algún momento, el autor de estos textos se refirió al socialismo preconizado por la izquierda no comunista cubana como un socialismo «por la libre». Eso sigue siendo hoy el socialismo de Roa: un producto liberado del racionalismo político y de la escasez ideológica: si no se cumple este empeño, en el siglo XXI la izquierda solo tendrá un largo soliloquio con su nostalgia.

Roa nos trae aquí sus ideas, liberadas y liberadoras, para contribuir a pensar el futuro de otras maneras. Parafraseándolo: hoy tiene la palabra la nueva democracia que necesita el nuevo socialismo.

Raúl Roa García (1907-1982): Doctor en Derecho civil y en Derecho público. Miembro de la Liga Antiimperialista y miembro fundador del Directorio Estudiantil Universitario, del Ala Izquierda Estudiantil, y de la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista. Profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de la Habana, donde es electo vicedecano y, luego, decano. Director de Cultura del Ministerio de Educación, en el gobierno de Prío. Colaborador de los movimientos 26 de Julio y de Resistencia Civil hasta el triunfo revolucionario. Embajador ante la OEA y, después, ministro de Estado. Por iniciativa suya, este Ministerio cambió su nombre al de Relaciones Exteriores. Su memorable tarea allí le ganó el título de «Canciller de la dignidad». Hasta su muerte, miembro del Comité Central del PCC y del Consejo de Estado, y diputado y vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Colaboró en los periódicos *Diario de la Marina*, *Línea*, *Alma Mater*, *El Mundo*, *Ahora*, *El País* y *Pueblo*, y en las revistas *Orto*, *El Figaro*, *Social*, *Revista de Avance*, *América Libre*, *Universidad de la Habana*, *Bohemia*, *Cuadernos Americanos*, entre otras. Obras medulares suyas son *Bufa subversiva*, *Historia de las doctrinas sociales*, *15 años después*, *Viento sur*, *En pie*, *Retorno a la alborada*, *Aventuras*, *aventuras y des-aventuras de un mambí* y *El fuego de la semilla en el surco*.

EL SANTO DERECHO
A LA HEREJÍA

la idea del socialismo cubano en
Raúl Roa García (1907-1982)

el santo derecho A LA HEREJÍA



**RUTH
CASA
EDITORIAL**



**RUTH
CASA
EDITORIAL**



la idea del socialismo cubano
en **Raúl Roa García**
de 1935 a 1958

selección y prólogo de Julio César Guanche

el santo
derecho
ALA HEREJÍA

el santo derecho A LA HEREJÍA

JULIO CÉSAR GUANCHE ZALDÍVAR (La Habana, 1974). Culmina la licenciatura en Derecho en 1997 y obtiene una maestría en el año 2000. Ha impartido docencia como profesor adjunto de la Universidad de la Habana. Ha dirigido varias publicaciones y editoriales nacionales. Actualmente labora como asesor del presidente del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, es miembro del Consejo Editorial de la revista *La Jiribilla*, y coordina la colección Biblioteca Marxista, de Ocean Sur.

Ha publicado capítulos en más de diez obras colectivas. Es autor de los volúmenes *La imaginación contra la norma. Ocho enfoques sobre la República de 1902* (Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2004), *El hombre en la cornisa* (Casa Editora Abril, 2006 —compilación de entrevistas en coautoría con Hilario Rosete Silva—), *En el borde de todo. El hoy y el mañana de la revolución en Cuba* (Ocean Sur, 2007), *El continente de lo posible. Un examen sobre la condición revolucionaria* (Ruth Casa Editorial / Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 2008), y *Mella: vidas rebeldes* (Ocean Sur, 2009 —selección de textos del pensador marxista cubano—).

Entre otros importantes reconocimientos, obtuvo dos menciones consecutivas (2005 y 2006) en la modalidad de Ciencias Sociales del Premio Internacional de Ensayo de la revista *Temas*; el Premio de Ensayo Casa de las Américas-CLACSO (2009), convocado bajo el tema «Cuba, a cincuenta años de la Revolución: balance, desafíos y perspectivas»; y uno de los premios del concurso «Estado y formas de participación y representación en América Latina y el Caribe contemporáneos» (2009), del Programa de Becas CLACSO-Asdi.

la idea del socialismo cubano en
Raúl Roa García
de 1935 a 1958



selección y prólogo de Julio César Guanche

Índice

Edición: Tupac Pinilla Núñez

Corrección: Bárbara Rodríguez Rivero

Denise Ocampo Álvarez

Pilar Jiménez Castro

Diseño de Cubierta: Pilar F. Melo

Ilustración de cubierta: Caricatura de Raúl Roa (Juan David, 1949)

Diseño interior y composición: Xiomara Gálvez Rosabal

Pilar F. Melo

© Herederos de Raúl Roa García, 2010

© Sobre la presente edición:

Instituto Cubano de Investigación Cultural

Juan Marinello, 2010

Ruth Casa Editorial, 2010

© Selección y prólogo: Julio César Guancho, 2010

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización de Ruth Casa Editorial. Todos los derechos reservados en todos los idiomas. Derechos reservados conforme a la ley.

ISBN 978-9962-645-44-3

ISBN 978-9592-421-41-7

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras publicaciones.

Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello

Ave. Rancho Boyeros no. 63, Plaza de la Revolución,

La Habana, Cuba

cidcc@cubarte.cult.cu

Ruth Casa Editorial

Calle 38 y Ave. Cuba

edif. Los Cristales, oficina no. 6,

apdo. 2235, zona 9 A, Panamá

ruthcasaeditorial@yahoo.com

Nota sobre el criterio de selección de los textos / 1

Un socialismo cubano por la libre.

El pensamiento político de Raúl Roa García
entre 1935 y 1958 / 3

La revolución / 5

La democracia / 15

El socialismo / 24

El republicanismo / 30

Al final: la política del futuro / 36

PARTE 1

LA FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD / 41

Crítica del espíritu de nuestro tiempo / 43

La revolución industrial y el capitalismo moderno / 43

I. Génesis de la revolución industrial
y del capitalismo moderno / 43

II. Razón del inicio y de la culminación en Inglaterra
de la revolución industrial / 47

III. La transformación de la herramienta en máquina:
su repercusión en la industria, en la agricultura,
en el transporte y en el comercio / 51

IV. Consecuencias sociales inmediatas de la revolución
industrial / 58

V. La protesta obrera contra el maquinismo / 63

VI. Expansión y características del capitalismo moderno: Teorías de Edwin R. A. Seligman, Werner Sombart, Max Weber y Henri Sée / 66
VII. El hombre y su técnica / 76
Pasión y fe del anarquismo / 78
I / 80
II / 84
III / 92
Utopía, ideología y mito en la política contemporánea / 100
Vasco de Quiroga / 109
Grandeza y servidumbre del humanismo / 114
El mensaje de Benedetto Croce / 130
El ideario americano / 149
Aquel indio egregio y soberano / 149
Día de las Américas / 150
12 de Octubre / 153
Simón Bolívar tiene aún qué hacer en América / 155
España y América / 161
El drama de Puerto Rico / 164
Dictadura y democracia en América / 174
Diálogo con Víctor Raúl Haya de la Torre / 182
Teoría y práctica de la democracia / 188
El canto de gallo de la democracia / 188
I. El Siglo de las Luces y de las revoluciones / 188
II. Significación del reinado de Luis XV en el proceso de la decadencia del antiguo régimen / 193
III. Estructura y carácter de la sociedad absolutista / 194
IV. El Iluminismo y el Tercer Estado: el antiguo régimen ante la razón / 200
V. El problema de las relaciones patrimoniales en la Revolución francesa: contenido y alcance de la pugna entre jacobinos y girondinos / 220
VI. La Conspiración de los Iguales / 223
VII. Sentido social de la Revolución francesa / 227
De súbdito a ciudadano / 229
Bicentenario de Montesquieu / 231
Oriente y Occidente / 235
Sermón laico / 241

La lección de Jesús / 247
Abstracciones concretas / 249
Caudillo en el horizonte / 251
En Guáimaro un día / 255
Pies de arena / 258
Ética y política / 260
Glosas sobre la libertad / 263
Si Sócrates viviera / 263
Estampa de Tomás Moro / 265
La sombra beligerante de Maquiavelo / 269
La proeza de Toynbee / 274
El opio de los intelectuales / 280
John Dewey y su aporte a la tradición norteamericana / 281
La sociedad abierta y sus enemigos / 284
Filósofo en entredicho / 286
Actitud y altitud de Alfonso Reyes / 298
¿A dónde va el Estado? / 313
El socialismo soviético <i>versus</i> el socialismo de la libertad / 317
Ideas en conflicto y hombres a la greña / 317
El padrecito rojo / 324
El ejemplo de Hungría / 327
Albert Camus / 329
La profecía de Anatole France / 332
La batalla de Inglaterra / 335
Acicate y ejemplo / 338
PARTE 2
LA POLÍTICA DE LA LIBERTAD / 341
La revolución traicionada / 343
Escaramuza en las vísperas / 343
I. Preámbulo de una polémica / 343
II. La historia borrada / 348
III. La regeneración degenerada / 358
IV. La generación inmolada / 366
V. El alba de la efebocracia / 379
VI. Trayectoria y balance del ciclo revolucionario / 386
El fugitivo vuelve por la picada / 400
La herencia del BAGA / 403

El rescate de la cueva / 412
La isla de los empleados públicos / 423
Chorro de luz / 431
Lo que el golpe se llevó / 434
Resistir y esperar / 436
¿A dónde va Cuba? / 437
Una herencia, social y democrática,
para la Revolución de 1930 / 440
 Rescate y proyección de José Martí / 440
 La revolución inconclusa / 452
 Manuel Sanguily / 459
 José Ingenieros / 471
Dictadura y totalitarismo / 483
 Estrellas a ras del suelo / 483
 Triunviros al desnudo / 491
 Dictadura exportada / 498
 Arenga soñada / 508
 Pablo de la Torriente Brau y la Revolución española / 514
Tanto en la paz como en la guerra:
libertad e independencia en la guerra fría / 535
 Exequias de la buena vecindad / 535
 Guerra y posguerra / 539
 El soldado inglés y la posguerra / 542
 Aliados por conveniencia / 546
 La Conferencia de Bandung / 548
 La agonía de Gandhi / 550
 Raíces del conflicto anglo-egipcio / 555
 Tormenta en Egipto / 558
 La salida de Egipto / 560
 La Conferencia Interamericana por la Libertad de la Cultura / 562
Epílogo / 578
 Retorno al futuro / 578
 La respuesta de Cuba / 584
Breve cronología de la vida de Raúl Roa García / 601
Bibliografía mínima (libros y folletos)
de Raúl Roa García en el período / 605
Índice selectivo de nombres / 607
Índice de materias / 621

*A la memoria de José Antonio Echeverría
y Fructuoso Rodríguez*

Nota sobre el criterio de selección de los textos

En los últimos años se han reeditado varias obras de Raúl Roa García. En 2001 el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau reeditó *Historia de las doctrinas sociales*. En 2006 hizo lo mismo con *Bufa subversiva*. Unión publicó *Órbita de Raúl Roa* (2004). Imagen Contemporánea editó dos volúmenes con textos suyos, bajo el título *Raúl Roa: homenaje en sus textos de fuego* (2007). Ciencias Sociales dio a la luz *Raúl Roa: imaginarios* (2008). Asimismo han aparecido nuevas ediciones de *Tiene la palabra el camarada Roa* (2007) y *El fuego de la semilla en el surco* (2008).

La mayor parte de estos títulos aún se encuentra en librerías. La aparición de este nuevo volumen podría dar una imagen de redundancia, pero está lejos de ello. En la actual selección aparecen textos que no se han reproducido al menos desde 1966, año en que apareció *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*.

Hay escasas excepciones: «La revolución industrial y el capitalismo moderno», «El canto de gallo de la democracia», «El padrecito rojo» y «Manuel Sanguily» se han reproducido aquí aun cuando pertenecen a algunos de los libros editados en fecha reciente; los dos primeros son capítulos de *Historia de las doctrinas sociales*, el tercero aparece en *Raúl Roa: imaginarios*, y el cuarto, en *Raúl Roa: homenaje en sus textos de fuego*. Los reproduzco por su interés para el tema de esta antología. Por supuesto, el contenido íntegro de los libros antes mencionados resulta lectura imprescindible, y un número importante de los textos en ellos incluidos podría haber aparecido en este. No obstante, he preferido remitir al lector o a la lectora a esas ediciones. Esta selección,

ya de por sí voluminosa, no tenía por qué reeditar materiales que, aun siendo esenciales para el tema y las fechas que abarca, están hoy disponibles.

El resultado es este volumen de más de 600 páginas que podrían considerarse «inéditas», integrado por textos escritos por Roa entre 1935 y 1958, no reeditados desde hace varias décadas.

En ellos se leerán algunas, aunque muy escasas, repeticiones casi textuales. Así, por ejemplo, párrafos del epígrafe «El hombre y su técnica» aparecen en «Utopía, ideología y mito en la política contemporánea», y «Grandeza y servidumbre del humanismo» comparte algunos pasajes con «Pasión y fe del anarquismo», como mismo sucede entre «El drama de Puerto Rico», «Rescate y proyección de José Martí» y «Manuel Sanguily». Preferí asumir el riesgo de esas pocas reiteraciones que privar al libro, suprimiendo uno u otro, de la argumentación general contenida en estos ensayos.*

He agrupado los textos no por sus fechas de publicación, sino por capítulos, en el entendido de que puede servir más al lector una organización temática de los problemas abordados por Roa, la cual permite, además, leer su reflexión con un enfoque sistémico.

Es un libro voluminoso, pero vale lo que pesa: su interés es recolocar a Roa en la discusión sobre el presente y el futuro de Cuba. Ojalá lo lean los y las jóvenes de Cuba. Roa es un pensamiento, como es un estilo. Es uno de los grandes pensadores cubanos del siglo XX y uno de sus mejores escritores. Roa reivindica aquí, beligerante y tenaz, polémico y agudo, revolucionario e iconoclasta, «el santo derecho a la herejía»; así es preciso leerlo.

EL COMPILADOR

* También hemos preferido sacrificar una pretendida (y, en este caso, imperinente) pulcritud editorial en aras de conservar las irregularidades que hacían el personalísimo estilo del autor, pues, como Roa dijera, la medida de su estilo era él mismo. (N. del E.)

Un socialismo cubano por la libre. El pensamiento político de Raúl Roa García entre 1935 y 1958

Entre 1935 y 1958, Raúl Roa García elaboró un cuerpo de pensamiento desconocido hoy en Cuba para todos los que no hayan cumplido, al menos, sesenta años. Las personas mayores de esa edad conservarán el recuerdo borroso de aquellas palabras, pero con mucha dificultad podrían reconstruirlo desde un punto de vista sistémico, por la dispersión y la escasísima disponibilidad de esos textos.¹

Quien hurgue en las obras de Roa en ese período descubrirá tres propuestas de especial relevancia para el hoy: una teoría de la revolución, una teoría sobre la democracia y una teoría del socialismo.² Incluso hallará algo más promisorio aún: la sugerencia

¹ El marco cronológico al que nos referimos está ubicado entre 1935, fecha en que aparece el primer libro de Roa: *Bufa subversiva*, hasta sus textos fechados en 1958. Buena parte de sus escritos anteriores a 1934 son más conocidos por haber sido reeditados en *La Revolución del 30 se fue a bolina*, y no son objeto de nuestro estudio. El libro *En pie*, de 1959, recoge trabajos suyos de entre 1953 y 1958, por lo que sus textos sí quedan incluidos en el presente compendio. El criterio de selección de este marco cronológico ha sido el de trabajar el período más desconocido del pensamiento de Roa. Antes, he estudiado el ideario de Roa, en igual marco temporal, en «La libertad como destino. El socialismo republicano de Raúl Roa García» (VV. AA.: *Raúl Roa: imaginarios*, selección de Ana Cairo Ballester, Ciencias Sociales, La Habana, 2008, pp. 305-328). Aquí retomaré solo algunos de los puntos de partida de aquel texto, y me concentraré específicamente en la relación entre revolución, democracia y socialismo, de modo distinto a como los trabajé en esa ocasión.

² Para una bibliografía selecta del período, ver: *Bufa subversiva* (con prólogo de Pablo de la Torriente Brau y epílogo de Aureliano Sánchez Arango),

de una relación entre democracia y socialismo, que podría devenir puerta de entrada al «socialismo del siglo XXI».

Este renovado proyecto histórico posee una sola certeza: no se llega a la democracia a través del socialismo, sino que solo se puede alcanzar el socialismo a través de la democracia. El debate sobre la vía parlamentaria *versus* la vía insurreccional como susceptibles, una u otra, de llevar a la victoria, polémica que fatigó a cientos de pensadores marxistas a lo largo de décadas, mantiene vigencias pero está de más aquí y ahora: cualquiera sea la vía hacia el socialismo, debe afirmarse en la actualidad de la revolución como práctica permanente de la democracia: dentro del movimiento, dentro del partido, dentro del ejército popular. Esto es, la democracia ha de constituir el presente si quiere seducir con, y realizar como verdad, su propuesta de futuro. De hecho, el redescubrimiento de la democracia por el socialismo acaso sea la fortaleza más grande que tal doctrina poseerá en este siglo.

Sea dicho directamente: Ni siquiera los seguidores incondicionales de la Revolución cubana mencionan a la Isla cuando hablan del «socialismo del siglo XXI». El porqué es preciso: las prácticas políticas vigentes en Cuba pertenecen al universo de avances y retrocesos del siglo XX. Aun las más desarrolladas siguen hablando un lenguaje que, más tarde o más temprano, si permanece inmutable, agotará su capacidad de comunicación y terminará siendo intraducible.

Cultural, La Habana, 1935; segunda edición (prologada por Fernando Martínez Heredia, con estudio preliminar, notas y anexos de Ana Cairo Ballester), Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2006; *Mis oposiciones* (prólogo de Emilio F. Camus), Editorial Alfa, La Habana, 1941; *Historia de las doctrinas sociales*, vol. 1, Imprenta de la Universidad de la Habana, La Habana, 1949; segunda edición (prólogo de Raúl Roa Kouri), Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2001; *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950; *Viento sur*, Editorial Selecta, La Habana, 1953; *Variaciones sobre el espíritu de nuestro tiempo*, Monterrey, México, publicaciones del D.A.S.U., 1954; *En pie*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1959. A partir de 1959, Roa publicó selecciones de materiales suyos fechados antes de 1959, pero no se reeditaron los volúmenes completos: ver *Retorno a la alborada* (prólogo de Samuel Feijóo), Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1964, 2 tomos; *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, Editora Universitaria, Universidad Central de Las Villas, 1966; *La Revolución del 30 se fue a bolina*, La Habana, Instituto del Libro, 1969.

Este texto sugiere cómo la reelaboración de la ideología cubana, de lo que se entenderá por revolución en Cuba en el siglo XXI, puede encontrar en el pensamiento republicano de Roa una fuente de renovación.

A fin de cuentas, la tradición solo es útil si sirve de cauce a las ideologías del futuro.

Podría ser esta una propuesta pragmática: usar la tradición como pretexto de lo que queremos decir hoy, utilizándola apenas como *camouflage* y escudo contra las amonestaciones del poder. Sin embargo, en los hechos sirve casi siempre para algo peor: si el futuro no casa con la tradición, se recortan ambos. A fuerza de tanto ajustar el pasado a lo que se hace como futuro, terminan siendo irreconocibles uno para el otro. Si el «pasado oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos», la tradición sirve solo para comunicarnos con los muertos. Pero si no contamos con un lugar abierto para la tradición, es que el presente ha devenido un espacio cerrado. La relación entre el uso de la tradición y la posibilidad de utilizar el presente es proporcional: el espacio de uno es el espacio de la otra.

Mas, la tradición funciona también como un calmante de las ansiedades históricas: habla un lenguaje reconocible, rememora una historia vivida, reconstruye la identidad política de sujetos en coordenadas que han sido alguna vez aceptadas, permite la identificación con la historia como materia trágica, construye símbolos, brinda explicaciones sobre los fracasos, imagina el futuro como una herencia, y provee orientación y el sentido de estar acompañados: siempre es amargo sentirse solo.

Desde esta perspectiva, el legado de Raúl Roa pertenece al futuro: aporta un proyecto, una imagen ciertamente disfrutable, para la reinvencción democrática del socialismo en Cuba.

La revolución

El pensamiento de Roa está situado en el contexto específico del país: la idea sobre la Revolución de la década de 1930 es bien diferente a la de la década siguiente. No hay en él un plan abstracto de lo que es «la revolución» no importa cuál sea el contexto. La tesis comparte siempre un objetivo clave: el desmontaje de la estructura colonial de la vida cubana, aunque su actualidad y medios resultan diferentes.

Roa ha comprendido la necesidad de situar su pensamiento en las coordenadas del país leyendo a dos de sus grandes maestros: José Martí y José Carlos Mariátegui. Llegó a ellos a través de influencias que le resultarían esenciales a lo largo de su vida. Roa era nieto de Ramón Roa Garí, teniente coronel del Ejército Libertador y en un momento secretario de Ignacio Agramante; había llegado a la mayoría de edad admirando a Julio Antonio Mella, quien produjo una completa relectura sobre el Apóstol en los años 20, compartía la amistad de Enrique de la Osa, uno de los fundadores del aprismo cubano, y seguía el magisterio antiimperialista de Emilio Roig de Leuchsenring.³

Si bien el joven José Antonio Foncueva logró establecer el vínculo cubano más fluido con el marxista peruano, al punto de haber fungido como agente de la revista *Amauta* en la Isla,⁴ Roig, el más atendido difusor de las ideas martianas en la joven intelectualidad cubana de los años 20, también publicó por vez primera textos de Mariátegui en Cuba, gracias a sus amplios contactos con el mundo intelectual hispanoamericano. El ideario propagado por Roig de Leuchsenring, introyectado en Roa a través del conocimiento de su obra y, luego, de la amistad que los irá uniendo, será esencial en la formación del joven aprendiz de revolucionario. Roig militaba, como afirma Ana Cairo, en la izquierda librepensadora radical. Adscrito primero a las tesis del liberalismo clásico del siglo XIX latinoamericano, iría evolucionando hacia el liberalismo social que formó parte de algunas de las tendencias socialistas de la primera mitad del siglo XX. Como resultaba típico en la intelectualidad revolucionaria de su época, Roig era un pensador anticlerical y un defensor del Estado laico.⁵

Roa pudo leer lo que se conocía entonces de Mariátegui gracias a su amigo Enrique de la Osa, quien acumuló la única colección

³ Debo a Ana Cairo Ballester el conocimiento sobre la arqueología y el desarrollo de las influencias intelectuales entre Roa, Mariátegui, Roig de Leuchsenring y Enrique de la Osa, entre otros de los miembros de la generación del 20.

⁴ Ver Ricardo Luis Hernández Otero, «Mariátegui y Cuba en la década crítica: corresponsales, colaboradores y estudiosos», en *Mariátegui*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello / Cátedra de Estudios Antonio Gramsci, La Habana, 2002, pp. 143-162.

⁵ Ana Cairo, «Un apasionado entre Martí y Mariátegui», prólogo a una selección suya de textos de Raúl Roa sobre José Martí, en proceso de edición.

completa de *Amauta* existente entonces en Cuba. Después de sus primeros balbuceos —como los trabajos sobre Rubén Darío y sobre el mismo Martí—, Roa se convirtió en un seguidor del método analítico de Mariátegui y de su propuesta de elaborar el socialismo como «creación heroica». Su encuentro con este a la altura de 1925, y la lectura de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), que pudo leer de inmediato, serían definitivos. El ensayo «Reacción *versus* revolución», publicado por Roa en noviembre de 1931 como una carta pública dirigida a Jorge Mañach, da pruebas de ello: «nosotros pretendemos, no obstante nuestro marxismo, resolver el problema cubano con datos cubanos y no con datos rusos; y cómo nuestra forma de verlo y de acometerlo no es “inútil” ni “contraproducente”, sino extraída de las propias necesidades cubanas, y, por ende, cierta y fecunda. Si la salvación del mundo no está en manos cubanas, sí lo está la de Cuba, ligada naturalmente a aquella a través de los que luchamos por lograrla. Esperar con las manos cruzadas a que nos caiga de Estados Unidos sí sería “aplazar la causa de Cuba para las calendas griegas”; pero organizarse y prepararse teórica y prácticamente, minar con la propaganda y con actos revolucionarios la estructura colonial cubana, proyectando la lucha en un sentido antiimperialista, es hacerse acreedor a merecerla. En eso estamos».⁶

Con estas mediaciones —Ramón Roa, Mella, Roig, y sus amigos Villena, Tallet, de la Osa—, Martí y Mariátegui serán persistentes influencias en Roa, que comprenderá muy bien el legado que Martí proyectó sobre la revolución nacional en Cuba para el siglo XX y recogerá el método analítico del marxista peruano como clave para entender desde el marxismo la específica realidad cubana.

Básicamente, en la idea de Roa sobre la revolución correspondiente a los años 30 subyace una teoría sobre la insurrección. *Bufo subversiva* es su canto épico. El joven revolucionario es también en estos momentos un atento y algo escolástico lector del leninismo, que no obstante comprende la novedad representada por el pensamiento de Lenin respecto al marxismo.

Lenin, situado desde el atraso socioeconómico de Rusia respecto a Occidente, produjo una auténtica revisión del marxismo al subrayar tres enunciados: a) la necesidad de la alianza de obreros y campesinos, para poder salir del estrecho marco clasista de

⁶ Raúl Roa, «A Jorge Mañach», en *Bufo subversiva* (2ª ed.), Ob. cit., p. 200.

la revolución proletaria, pensado para las estructuras del capitalismo occidental; b) la condena del reformismo economicista que haría del comunismo la voz subalterna, la crítica del liberalismo reconocido a perpetuidad en el poder; y c) su revalorización de la democracia, superando el empleo utilitario de la misma, que la concebía como un medio burgués cuyo aprovechamiento en los comicios era necesario para alcanzar un triunfo de ocasión.⁷

Roa fue un seguidor ortodoxo de esa heterodoxia en los años 30. De hecho, no escapa al sectarismo de la izquierda radical de entonces, que en muchos casos solo conseguiría la impotencia: el ejemplo máximo es la crítica comunista al Gobierno de los Cien Días por «socialfascista». El propio Roa, en *Bufa subversiva*, la *summa* de la generación del 30, desconoce a Antonio Guiteras y «falsifica», según sus propias palabras, el significado del primer gobierno de Grau. Aun así, Roa será capaz de encontrar una guía en la oscuridad.

Desde la dirección de la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista (ORCA), remitió, en septiembre de 1935, una carta a Ramiro Valdés Daussá para criticar, fraternalmente, el programa de Izquierda Revolucionaria (IR). El documento de Roa expresa una asunción contradictoria del marxismo, que produce agudas observaciones y repeticiones literales, y siempre resulta de interés. IR había encontrado algunas de las causas de la crisis política cubana tanto en la deformación del presidencialismo —en el predominio bastardo del Poder Ejecutivo— como en la «peculiar idiosincrasia» del cubano. En su respuesta, Roa dejó a un lado el «trasto inútil» de la idiosincrasia, y situó los orígenes de la crisis en la condición pseudodemocrática del Estado cubano y en el perfil de la economía colonial. «Las Constituciones políticas nada valen por sí mismas. Ellas cumplen o no su misión en la medida en que las instituciones políticas cuyo funcionamiento regulan correspondan realmente al sistema general de propiedad. Como en Cuba este sistema es semifeudal, resulta prácticamente imposible que sobre él funcione adecuadamente ningún tipo de Constitución basada en el régimen democrático y liberal»,⁸ escribió.

⁷ Ver Umberto Cerroni, *Teoría política y socialismo*, Ediciones Era, México, 1976.

⁸ Raúl Roa, «Carta a Ramiro Valdés Daussá», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., p. 7.

En su programa, IR aseguraba que una Constituyente determinaría la estructura del Estado revolucionario, en el supuesto de la previa conquista del aparato político vía la acción armada. Roa encuentra en este punto la clave de la incomprensión de un problema por parte de IR: «Si se va al socialismo y se tiene ya en poder de las masas el mecanismo estatal, no se puede pensar en Constituyentes».⁹ Roa sigue al pie de la letra al Lenin que suspende la Constituyente después de 1917. Con ello, no da cuenta de la magnitud del debate de Rosa Luxemburgo con el líder bolchevique sobre este hecho,¹⁰ y reincide en la visión utilitaria de la democracia: si el gobierno es reaccionario y la presión del ascenso popular lo obliga, a pesar suyo, a convocar a Constituyentes, entonces esta deviene un instrumento revolucionario, dice Roa.¹¹ O sea, la democracia solo sirve para tomar el poder, si el cuadro de fuerzas lo permite por vía electoral: lo que sucederá *después del triunfo* no pertenece a la democracia sino al socialismo.

Sin embargo, esta toma de posición no cancela en Roa el debate sobre la democracia en el interior del campo revolucionario: en ningún caso busca imponer su programa como la cifra de la nueva ideología. Cree firmemente que el programa ha de resultar de la amplia discusión entre las diversas agrupaciones revolucionarias, para no encontrarse al fin, «mediante nuevas fulastrerías

⁹ *Ibid.*, p. 9.

¹⁰ Rosa Luxemburgo escribe en 1918: «Todo esto prueba que “el mecanismo pesado de las instituciones democráticas” posee un corrector poderoso en el movimiento vivo de las masas y en la presión ininterrumpida que estas aplican. Y cuanto más democrática sea la institución y cuanto más vivo y poderoso el pulso de la vida política de las masas, tanto más inmediato y exacto es el efecto de la acción, a pesar de los emblemas de partidos, las listas electorales envejecidas, etcétera. Por supuesto, toda institución democrática tiene sus límites y sus defectos, igual que toda institución humana. Lo que sucede es que el medicamento que han encontrado Lenin y Trotski, esto es, la supresión de la democracia, es aún peor que el mal que pretenden curar, puesto que, en realidad, sepulta el manantial vivo que permite corregir todas las insuficiencias natas de las instituciones sociales, es decir, la vida política activa, libre y enérgica de las masas populares más amplias». Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*, en *Obras escogidas*, dos tomos, Ediciones ERA, México, D.F., 1978, selección y prólogo de Bolívar Echeverría.

¹¹ Raúl Roa, «Carta a Ramiro Valdés Daussá», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., pp. 9-10.

o por sorpresa bucanera, con un solo grupo en el poder, encerrado en sí mismo y enraizado para su dominio en métodos implacablemente tiránicos». ¹² La propuesta, de fuerte eco martiano, hará énfasis en la concertación de un frente único programático de carácter antiimperialista.

Otro documento de Roa, fechado en 1936 aunque recién aparecido, muestra los esfuerzos de esa hora por concertar la unidad en pos de la insurrección, para combatir la represión batistiana y el desvío de la posibilidad revolucionaria. ¹³ De esos empeños son muestras el Pacto de México, la Conferencia de Miami, el Bloque Revolucionario Popular, el intento de reconstituir el DEU y el Partido Democrático Revolucionario. ¹⁴

La plataforma defendida por Roa en esos esfuerzos queda explícita: la dirección principal del ataque se ha de dirigir contra la base social nativa del imperialismo. El análisis reivindica el uso de la violencia, mediante la insurrección armada de la población oprimida. De ahí, su esfuerzo por teorizar la insurrección más allá del blanquismo: de los «golpes filibusteros y las aventuras románticas».

El secreto de la victoria insurreccional consiste para Roa en el establecimiento de tres condiciones: 1) el movimiento insurreccional no es un cuartelazo, 2) la insurrección no puede apoyarse sino en la politización completa del pueblo en el desarrollo de la lucha, en su interiorización de los objetivos y en su papel de sujeto de la misma, y 3) la insurrección corona el movimiento creciente de la revolución, se desata en el momento en que la lucha social ha creado las condiciones para una ofensiva definitiva.

¿Quién será el sujeto de la revolución? La respuesta de Roa nace de la comprensión leninista del problema nacional: las fuerzas del trabajo industriales y agrarias y todos los núcleos sociales

¹² *Ibid.*, p. 12.

¹³ Los documentos a los que me refiero fueron localizados por Caridad Massón Sena y publicados en Raúl Roa, «La cuestión de la estrategia y la táctica», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., p. 14.

¹⁴ Ver Yolanda Díaz Martínez, *Las organizaciones nacionalistas y el problema de la unidad entre 1935 y 1938*, tesis de grado de licenciatura en Historia, con tutoría de la Dra. Berta Álvarez Martens, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de la Habana, 1989, mimeo; y Caridad Massón Sena, «Esfuerzos por la unidad revolucionaria (1935-1939)», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., pp. 248-262.

lesionados y oprimidos por el régimen colonial. El antiimperialismo deviene así la clave para ensanchar el campo del sujeto revolucionario. Permitirá integrar en su universo ideológico el pensamiento de Martí y de Bolívar, y con ello, la tradición republicana propia de las luchas por la independencia del continente americano.

Esta tradición republicana estableció un diálogo muy complejo con el liberalismo: estando dentro de él, lo combate para reconducirlo hacia otro lugar: el de la democracia. El marxismo estalinista demoró todo lo que pudo en incorporar en su ideario esta herencia radical, que confundía con el liberalismo, pero que sin embargo estaba atravesada por la ética cívica democrática de la conjunción entre lo público y lo privado, decididamente no liberal. Al cabo, la confinó a un estrecho espacio de permisibilidad que consideró a estas figuras como «demócratas revolucionarios». En Cuba Julio Antonio Mella desbrozó el camino, pero Bolívar, como Martí también lo sería respecto a los cubanos, fue una piedra atorada en la garganta de los marxistas latinoamericanos, en particular de los venezolanos, durante años. El nudo sería cortado solo con la presentación de las credenciales antiimperialistas de los próceres. Roa comprende muy bien el problema cuando asegura que la revolución de liberación nacional no puede verificarse sin que bajo sus estandartes se enrolen cuantos sufren las consecuencias históricas del imperialismo. Para llegar hasta aquí, le fue imprescindible la obra de dos grandes figuras de tan recio compromiso patriótico como liberal: Enrique José Varona y Manuel Sanguily. Con su eclecticismo, Roa lograba un marco teórico antisectario y construía el campo político más amplio posible para la idea fija de los revolucionarios radicales del 30: la insurrección.

La propuesta sobre la insurrección revolucionaria, y en específico sobre la guerra de guerrillas —que tuvo en Fidel Castro a su principal creador y en Che Guevara a su gran actor/analista—, por su rigor teórico y por su eficacia para alcanzar la victoria en Cuba, devino clásica en el pensamiento marxista, pero no era el primer razonamiento sobre el tema en el siglo XX cubano: Mella pretendió organizar una expedición armada hacia Cuba para desencadenar la insurgencia, como también lo hizo, entre otros, Antonio Guiterras. La insurrección de los años 50 en Cuba pudo ser tan exitosa debido, también, a la forma minuciosa en que recogió la cultura política existente sobre esta cuestión en la década del 30.

La estrategia y la táctica de la insurrección absorben el concepto de revolución en el joven Roa. Ubica la conquista del poder como el objetivo supremo de la revolución mientras analiza el régimen de condiciones necesario para alcanzarlo. La cuestión de la toma del poder supone la destrucción material del aparato estatal dominante y su inmediata sustitución por un organismo distinto y adecuado a la efectiva realización de sus fines, asegura Roa repitiendo como buen escolar a Marx. Para ello, identifica las «reservas» de la revolución y sobre ellas establece la estrategia. El objetivo será la independencia política y económica de Cuba; la reserva fundamental: el campesinado y las pequeña y mediana burguesías rural y urbana sometidas a la dominación colonial; la fuerza motriz: el proletariado, con la aclaración de que se trata de «fuerza motriz» y «no hegemónica», pues la derivación natural de una revolución proletaria sería el poder soviético, cuya implementación en la Isla considera Roa un anacronismo respecto a la estructura del capitalismo cubano.¹⁵ Con las pobres palabras típicas del marxismo escolástico, el joven Roa expone no obstante un programa revolucionario heterodoxo para su contexto, que contradice las tesis del marxismo-leninismo (estalinista) —y de sus versiones en el patio, sobre las condiciones y el perfil de la revolución en Cuba.

El marco de la fase leninista del marxismo de Roa se encuentra en la onda larga de la Revolución del 30, y abarca al menos hasta 1938, cuando el proceso hacia la Constituyente (1940) cerró la posibilidad de la vía armada como camino para la toma del poder y recondujo el curso de la Revolución hacia el de la evolución reformista.

En el proceso, Roa releerá su propio juicio sobre la Revolución del 30. La imagen según la cual esa Revolución «se fue a bolina», provista a posteriori por el propio Roa, ha resultado tenaz, mas es, quizás, inconsistente con su pensamiento. Se ha reeditado en numerosas ocasiones un tomo así titulado. No obstante, casi nunca se ha puesto en relación con *Escaramuza en las vísperas*, su reescritura madura de la Revolución del 30.

Escaramuza en las vísperas es la prolija negación de una negación. Ramón Vasconcelos, en un artículo de prensa, calificó a la Revolución del 30 de «vago sueño de un puñado de ilusos», negó

¹⁵ Raúl Roa, «La cuestión de la estrategia y la táctica», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., p. 16.

que se haya querido hacer efectivamente la revolución, y afirmó que no estaba vigente como hecho, tendencia o movimiento. Ahora, la negación de la tesis de Vasconcelos tiene un ancho puente de comunicación con el «irse a bolina»: la refutación de la primera sirve a la rectificación de la segunda.

En ese texto, según sus propias palabras, Roa revaloriza el significado del gobierno de Grau, distingue los intereses y grupos que sustentaron o se opusieron a su gobierno, discierne el alcance popular de sus medidas, observa más allá de la incapacidad del gobierno; no ignora la postura patriótica de la delegación cubana en la Conferencia Panamericana de Montevideo, que repudió unilateralmente la Enmienda Platt; no pasa por alto «la ingente labor revolucionaria de Antonio Guiteras y del núcleo decidido que lo sigue, y [no] subestima el rol jacobino de las capas más avanzadas de la pequeña burguesía en los pueblos política y económicamente enfeudados a la dominación extranjera».¹⁶ Al mismo tiempo, aprecia cómo el Gobierno de los Cien Días, bajo la presidencia de Grau, «liberó en apreciable medida al pueblo cubano del complejo de inferioridad colonial, contribuyó a madurar la conciencia popular y delimitó para siempre los ámbitos de la reacción y de la revolución».¹⁷ En esa síntesis, la Revolución existe y no se fue a bolina, pero ha sido traicionada.

El autor de *Viento sur* descoloniza la imaginación sobre la revolución en Cuba, y coloca el marxismo sobre bases nacionales. A diferencia del mimetismo con que fue pensada por la izquierda comunista, Roa encuentra sus fuentes en la estructura específica del país: la cubana es una revolución anticolonial, con amplias consecuencias políticas, económicas y sociales. Esa clave de lectura le resultará aplicable no solo para Cuba: desde ella entenderá, por ejemplo, la experiencia nacionalista de Gamal Abdel Nasser en Egipto.

De su condición anticolonial proviene el perfil de la Revolución del 30: «su tono nacionalista, su carácter antiimperialista, su preocupación por los desposeídos, su concepción pragmática del Estado, su insistencia en la reforma agraria, su énfasis en la industrialización, su contenido socialdemocrático, su antifascismo y su solidaridad con todos los pueblos oprimidos y explotados

¹⁶ Raúl Roa, «Escaramuza en las vísperas» (en esta selección, pp. 388-389).

¹⁷ *Ibid.*, p. 392.

del orbe». ¹⁸ Para Roa, esta Revolución replantea los objetivos incumplidos de la revolución popular de 1895.

Para comprender la frustración del 30, Roa reelabora los contenidos esenciales del pensamiento de José Martí: el americanismo, la concepción popular de la insurrección, la república igualitaria, el antiimperialismo y la concepción democrática. No querría —como el Apóstol— ni la mayordomía espantada de Veintemilla, ni la hacienda sangrienta de Rosas, ni el Paraguay lúgubre de Francia. A través de Martí recupera el ideario democrático americanista, muy bien sintetizado por Manuel Sanguily: «El americanismo no es impulso de aproximación de razas, como el germanismo o el eslavismo, sino una tendencia social, un ideal de vida y de gobierno, cuyo término es la federación, cuya base es la autonomía, cuya fórmula es la república y cuya esencia es la democracia». ¹⁹

Con todo ello, se irá produciendo un desplazamiento en el ideario de Roa. La revolución perseguida por él en los años 40 no ha cambiado de sentido pero es, en sustancia, diferente, pues es desigual la sociedad que emerge de esa coyuntura. Roa es un sobreviviente, no milita en ningún partido, queda en el papel de «francotirador». Hace política en la prensa y en la cátedra universitaria, pero no en la política oficial. ²⁰ El radicalismo revolucionario ha sido derrotado, la postura insurreccional no tiene oportunidad. El capitalismo cubano cambia de signo: la construcción liberal oligárquica es derrotada por el liberalismo social plasmado en la Constitución de 1940, que complejiza en alto grado la institucionalidad estatal, atiende la cuestión social y respeta las libertades democráticas como nunca antes en la historia de Cuba.

En esta nueva etapa, en la idea de Roa sobre la revolución subyace una teoría de la democracia. Deberá enfrentarse a una laguna sin fondo del marxismo en la fecha: su incapacidad para formular una crítica de la sofisticación alcanzada por el Estado representativo burgués, que trasmutaba oficialmente su papel de

¹⁸ *Ibíd.*, p. 387.

¹⁹ Raúl Roa, «Manuel Sanguily» (en esta selección, p. 464).

²⁰ Roa ocupará un cargo de gobierno entre junio de 1949 y septiembre de 1951: la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, siendo ministro Aureliano Sánchez Arango. Ver Danay Ramos Ruiz, *Roa Director de Cultura: una política, una revista*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2006.

máquina de opresión del capital sobre el trabajo, por el de instrumento de coordinación económica y de conciliación social. Por ello Roa parece «menos marxista» en este lapso, porque el marxismo predominante dejó de ser «marxista»: la izquierda comunista ha hecho gobierno y contribuye a realizar el ideal del Estado como instrumento técnico del progreso, que controla su carácter de clase a través de la democracia liberal.

Roa recoge a partir de los años 40 la consecuencia tardía del «vacío» dejado por el marxismo «revisado» de la Segunda Internacional —que proclamó la superación de zonas esenciales de la teoría de Marx a manos de los «nuevos desarrollos» del capitalismo, en la versión de Bernstein, y más tarde de Kautsky—, así como del «lleno» obtenido por el ensanchamiento de la democracia liberal, en su mejor versión rooseveltiana, a todo lo cual contribuiría Stalin al retomar a Bernstein, coartar a Lenin y darle un baño de sangre al conjunto.

Roa conoce bien este devenir: es profesor de Historia de las doctrinas sociales, en uno de los ejercicios con que ha ganado el concurso de oposición a la cátedra universitaria ha hecho una historia de las ideas socialistas y ha dedicado un buen número de trabajos al tema. Roa comprende la raíz de la gran transformación: «La lucha de clases, con su inexorable corolario, la expropiación violenta de los expropiadores, dio paso a la lucha parlamentaria por el mejoramiento del proletariado en el cuadro de la democracia capitalista. Fue el minuto áureo de la solidaridad social. Europa entraba en una nueva época: la época de la armonía de todas las clases y de la prosperidad permanente, de la síntesis del individualismo y del socialismo bajo la protección jurídica del Estado y de los capitanes de industria». ²¹

Cuando esos aires lleguen a Cuba en los años 40, la pregunta por la democracia desplazará, en Roa, a la pregunta por la insurrección.

La democracia

En su análisis sobre la Comuna de París, Marx se «reconcilia» con la existencia del Estado, cuando celebra los fines que cumple a partir de los nuevos rasgos de su aparato institucional: elegibilidad

²¹ Raúl Roa, «Ideas en conflicto y hombres a la greña» (en esta selección, p. 318).

y rotación, revocación, igual retribución, milicia popular y transparencia y publicidad de la gestión pública, que resultaban en un gobierno barato sin burocracia y sin ejército permanente. Aquí se encuentra la teorización, combatida luego a sangre y fuego, correctiva de un gran déficit del marxismo: cómo regular democráticamente el poder revolucionario constituido.

Por su parte, Gramsci contribuyó a salvar otra laguna del marxismo en relación con el Estado: lo comprendió no solo «en negativo», como la máquina de opresión que el proletariado debía combatir, sino «en positivo», como una organización ideológica eficaz para la coacción, pero también para situar los meros intereses económicos en un marco de deberes jurídicos y para reconocer necesidades sociales en forma de derechos y políticas públicas, capaz por tanto de conquistar legitimidad social.

Sin embargo, Roa tiene ante sí un reto enorme para el cual el marxismo que conoce es incapaz de proveerle respuestas: el de pensar la actualidad de la revolución ante la generalización de la democracia liberal y del establecimiento de un sólido consenso alrededor del Estado asistencial, hijo pródigo de la Revolución del 30.

Para Roa, la revolución es siempre un acto ilegal, que funda un nuevo estatuto de la realidad. Es un caso típico de «discontinuidad» del Derecho: la derogación de la legalidad existente, la desocupación del espacio formal del poder y su apropiación por un nuevo bloque social. La revolución se incuba en un largo proceso social y jamás resulta un hecho político único. Su fin es el reconocimiento del ser humano como un ser de fines. Es un fin «sin final», que se reconstruye de modo permanente.

Ahora bien, si la voluntad estatal ha nacido de la soberanía popular a través del sufragio universal, ¿qué espacio le queda a la revolución? La revolución encontraría en la democracia un muro inexpugnable. Una angosta puerta le franquea la entrada solo si renuncia a su origen ilegal. Su triunfo resulta el acto mismo de su renuncia: su victoria es su deposición. Por ese camino, la revolución conquistaría la democracia, para cerrarse el paso ella misma. Si la democracia liberal ha ganado en la contienda, autorizará los cursos de acción que defiendan los marcos del sistema capitalista. Si la revolución opta por el socialismo, se coloca fuera de la ley. Así la revolución tiene una sola expectativa: disolverse en la evolución reformista.

¿Cómo conciliar entonces revolución y democracia? Roa vive el dilema, pues llega a afirmar: «En Cuba se ejerce la democracia a plenitud y los cubanos todos se sienten satisfechos de ella».²² No obstante, entiende que el espacio de la revolución en la democracia es el de la lucha por el completamiento de la democracia, por su efectiva instauración como hecho político universal. Esta tesis posee una inferencia clásica en el marxismo: el completamiento de la democracia conduce al desbordamiento del capitalismo y a su transformación cualitativa en otro sistema de naturaleza diferente.

El Roa de los años 40 hace un viaje a la semilla para encontrar las raíces de la democracia, usurpada por el capitalismo y, en su fecha, también por el socialismo soviético: de Lenin a Robespierre, de Robespierre a Babeuf, de ellos a Rousseau, y de este a Kant. Será un período básicamente roussonianiano en la obra de Roa, que toma el concepto de soberanía popular como compendio de la democracia.

La revolución reivindica el derecho a combatir la legalidad de la tiranía y la arbitrariedad. Roa sigue al Robespierre que afirma: «La resistencia a la opresión es la consecuencia de los otros derechos del hombre y del ciudadano (...). Cuando la garantía social falta a un ciudadano, él adquiere el derecho natural de defenderse por sí mismo. (...) fijar normas legales al derecho a la resistencia a la opresión es el último refinamiento de la tiranía».²³ El derecho a la resistencia cumple entonces una función esencial: servir de puente para comunicar la revolución con la democracia. En esta comprensión, el derecho a la resistencia se expresa en el sistema jurídico y político: el pueblo es el soberano, y cuenta con medios específicos, tanto materiales como formales —lo que en la tradición republicana se conoce como «poder directo» y «poder indirecto»—, para exigir la creación de derecho, para reclamar su derogación y para demandar reelaborarlo.

La revolución es un acto ilegal opuesto a una ilegitimidad: la usurpación de la soberanía popular. Es el combate contra el despotismo, que instaura un origen democrático para el pacto social

²² Raúl Roa, «Dictadura exportada» (en esta selección, p. 499).

²³ Maximilien Robespierre, «Proyecto de Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», en Maximilien Robespierre, *Por la felicidad y por la libertad. Discursos*, selección de Yannick Bosc, Florence Gauthier y Sophie Wahnich, El viejo topo, Barcelona, s/f, pp. 201-202.

y trastoca la naturaleza del poder: de aparato de dominación deviene «fuente de garantías, autolimitándose responsablemente y reduciendo al mínimo la arbitrariedad y la injusticia».²⁴ Roa reconoce una función positiva en el Estado, se aleja del programa marxista que propugnaba su «extinción» y se preocupa por otro orden de problemas: las garantías de los derechos del ciudadano frente al poder, el establecimiento de los límites de la actuación de este, y las consecuencias derivadas del sufragio universal.

El autor de *En pie* no tiene temor en presentarse con los términos de Montesquieu, cuyo discurso sobre la «preservación de la soberanía de la conciencia y de la dignidad de la persona humana contra los desafueros y restricciones del poder público fue el tema vital de su tiempo», como volvía a serlo, según Roa, del suyo propio.²⁵

La tesis de la tripartición de poderes de Montesquieu buscó ser la fórmula para impedir el despotismo estatal: la respuesta liberal a la necesidad de desconcentrar el poder del Estado. Kant llegó incluso a hablar de los tres poderes del Estado como si se tratase de tres personas naturales distintas. La Constitución francesa de 1791 reconoció que en verdad se trataba de un solo poder, pero advirtió que este debía estar representado de modo múltiple para evitar que ninguna autoridad pudiese monopolizar el poder y colocarse en contra del ciudadano.

Si solo se tratase de esto, Roa sería el menos original de los pensadores políticos. Una lectura poco atenta lo acusaría de repetir el programa mismo del liberalismo. Sin embargo, Roa afronta un desafío teórico: no hay reivindicación liberal que no deba ser asumida por el socialismo. Ha comprendido el déficit mayor del marxismo por él conocido: su precaria incorporación liberal, su carencia de compromiso efectivo con las necesidades prácticas de la libertad ante el poder constituido.

Empero, la noción puede introducir un equívoco: hacer de la democracia un sinónimo del liberalismo. El rasgo definitorio entre una y otra es provisto por la crítica socialista. Roa dará cuenta de ello en su defensa de la participación popular y en su requisito contra la patrimonialización de la democracia: «Un régimen democrático sin contenido económico, sin ancha base social y sin

²⁴ Raúl Roa, «Abstracciones concretas» (en esta selección, p. 251).

²⁵ Raúl Roa, «Bicentenario de Montesquieu» (en esta selección, p. 234).

activa participación del pueblo en la orientación del poder público, es un trasto inútil en esta coyuntura histórica de transición».²⁶

Roa toma nota de este problema: la institucionalidad revolucionaria, en cuanto poder constituido, plantea un conjunto de cuestiones, todas las cuales recuerdan mucho a las necesidades que alumbraron el nacimiento del liberalismo como teoría de la limitación del poder público a favor de la soberanía del ciudadano. Con su argumento se recupera una manera de vindicar el marxismo como lo que es: un pensamiento de la libertad y no una estrategia para conservar un tipo de orden.

La idea de la «extinción» del Estado, uno de los puntos más débiles del marxismo, debe ser formulada con mayor precisión: se trata, en Marx, de acabar con el Estado como aparato de dominio de clase. La prédica sobre la «dictadura del proletariado», como instrumento de transición, le trajo al marxismo del siglo XX consecuencias tan nefastas como la «propaganda por el hecho» a los anarquistas del XIX. Marcó un retroceso en su comprensión sobre la democracia, pues rehusó dotar al Estado realmente existente de rasgos «liberales»: las libertades individuales y su serie de garantías, imprescindibles para manejar democráticamente la dictadura de clase.

La convicción de Roa tomó un camino diferente: «la relación entre el principio de la división de poderes y el principio del respeto a los derechos del hombre se ha impuesto como suprema norma constitucional. Donde los poderes se confunden discrecionalmente en una persona, en una oligarquía, en una clase, o en un partido, la persona humana se halla a merced de la persecución, la cárcel, la tortura, el destierro o la muerte. El derecho dimana de la fuerza y la fuerza se trueca en derecho. Impera, en suma, lo que Montesquieu llamó el despotismo».²⁷

Roa rompe con la separación teórica entre el poder revolucionario y la soberanía del ciudadano, entre revolución y democracia. Ante el golpe de Estado de 1952, postula una creencia de consecuencias más extensas que la crítica al poder de facto: no se puede aceptar «la sustitución del Estado de derecho por la usurpación de poderes. Sin un sistema de normas que garanticen la inviolabilidad de la conciencia y los derechos correspondientes,

²⁶ Raúl Roa, «Dictadura y democracia en América» (en esta selección, p. 177).

²⁷ Raúl Roa, «Bicentenario de Montesquieu» (en esta selección, p. 235).

no puede haber seguridad jurídica. La única vía legítima para el ejercicio de la autoridad política es el sufragio universal. Ninguna persona, o entidad, tiene el derecho de arrogarse la salvación del país, por encima de la Constitución y de las leyes. Los errores de la democracia sólo pueden curarse con la democracia».²⁸

Es este un extremo muy complejo: sin seguridad jurídica no hay democracia, pero la revolución relativiza la seguridad, pues comporta la ruptura de la estratificación social del poder.

Fue precisamente la doctrina de la seguridad jurídica la que sepultó el ideal de la fraternidad, integrante del tríptico revolucionario francés, le descubrió un atajo al capitalismo para huir de la consagración de la igualdad y levantó hasta hoy una barricada con la cual protegió la libertad económica de la invasión de la igualdad política: de lo que hubiese sido verdaderamente la democracia. Entonces, ¿cómo impedir que la protección conferida por la seguridad jurídica se convierta en capacidad de control sobre las condiciones de la democracia por parte de un grupo privilegiado particular?

En Roa encontramos dos posibles respuestas: el estatus del sufragio universal y el carácter conferido a la propiedad.

El sufragio, si es verdaderamente universal, deviene el expediente capaz de combatir el carácter de clase del Estado, de acabar él mismo con la democracia burguesa. No se trata del mero recurso electoral, que permite ganar el triunfo por vía parlamentaria y encuadrar los intereses de clase en el interior del sistema capitalista, sino de haber encontrado el *límite* de la democracia burguesa: El sufragio universal nunca será la *consumación* de la democracia si antes no resulta medio de expresión efectiva del poder positivo de la soberanía popular: administrar, legislar, controlar, todo ello *desde* el lugar del ciudadano. Así, el sufragio universal hace parte menos de la representación indirecta en el poder que de la participación directa del ciudadano en su ejercicio: considera a los representantes como «comisarios» del pueblo, aquellos que «no pueden acordar nada definitivamente», según decía Rousseau.²⁹ Si el sufragio universal expresa la entera politización de la ciudadanía y no deviene un

²⁸ Raúl Roa, «Chorro de luz» (en esta selección, pp. 432-433).

²⁹ Jean Jacques Rousseau, *El contrato social o Principios de derecho político*, Tecnos, Madrid, 2002, p. 94.

fin en sí mismo, sino un instrumento al servicio de ella para construir relaciones de poder compartidas, el sufragio universal sería el expediente de la autonomía social y personal, es decir, de la sustanciación del socialismo.

El sufragio puede ser en efecto *universal* si pregunta por la estructura social en la que es llamado a funcionar: la desigualdad social emplea el sufragio universal como retórica del poder constituido; la igualdad social, por el contrario, emplea el sufragio universal como instancia de fundación de poder constituyente. A Roa no se le escapa el hecho cuando reclama distinguir los derechos subjetivos de los derechos patrimoniales. La patrimonialización de la democracia es su negación como régimen de la libertad universal. Roa asegura: «Nadie —postuló San Pablo— debe comer sin trabajar»; pero nadie, añadido yo, tiene derecho a vivir del trabajo ajeno. Mientras esta fórmula no rijan las relaciones entre los hombres, no habrá, no podrá haber, justicia social. Y son muchos, desgraciadamente, los que están empeñados en que no la haya. Son muchos los que enfeudan el espíritu de la democracia a la letra del capitalismo».³⁰ Así, parece observar que el opuesto del capitalismo no sería el socialismo, sino la democracia.

En Roa el problema político —cómo organizar la sociedad sin menoscabo de la libertad— está orgánicamente vinculado al problema económico: la democracia ha de impedir las relaciones de dependencia política respecto al Estado tanto como de dependencia económica respecto al patrón capitalista: «Sólo mediante la regulación equitativa de la vida patrimonial, podrá salvarse la soberanía de la conciencia, el santo derecho a la herejía», asegura Roa.³¹

Se trata de un tema antiguo: el problema de la soberanía del ciudadano en cuanto individuo independiente, tanto del Estado como de la sujeción a otro individuo. Kant negoció la existencia del Estado de derecho al mismo tiempo que la exclusión del ciudadano no propietario, combinación que ha sido la clave de su pervivencia hasta hoy como tecnología de gobierno al servicio del capitalismo. Rousseau, por su parte, fundó una corriente igualitaria, sin la cual es inconcebible la democracia, con su argumento clásico: «que ningún ciudadano sea suficientemente opulento como para comprar a otro, ni ninguno tan pobre como

³⁰ Raúl Roa, «Sermón laico» (en esta selección, p. 245).

³¹ *Ibíd.*, p. 246.

para ser obligado a venderse».³² Thomas Jefferson, con su ideal de propietarios-trabajadores-independientes, constituye otra versión dentro de la tendencia, que defiende la independencia del ciudadano en la figura del propietario-trabajador —mientras «olvida» la presencia de la esclavitud. Roa encuentra la guía en el ideal de Martí: «Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo».³³

Romper el monopolio político del ciudadano propietario —que pone la democracia a su servicio— en favor del ciudadano trabajador es la clave de la resolución democrática de la vida política: la socialización de la propiedad es la condición de la socialización de la libertad. Liberar al Estado de derecho de una base política de exclusión, en aras de la universalización de la libertad, es el programa de Roa: Kant completado y rectificado por Rousseau. «El gran problema de la democracia consiste —afirma Roa—, precisamente, en trascender las condiciones económicas que han impedido su real vigencia. Los derechos subjetivos —constelación jurídico-política que denominamos genéricamente libertad— no pueden ejercitarse dentro de una urdimbre de relaciones e intereses que le dan validez eterna a un sistema patrimonial que constituye un valladar infranqueable a la expansión horizontal de la riqueza socialmente producida».³⁴

La democracia necesita un régimen de propietarios libre e igualitario. A diferencia de la propiedad capitalista, que tiende necesariamente a la concentración, busca la expansión efectiva del régimen de la propiedad. El problema recorre la argumentación del *Manifiesto Comunista*,³⁵ recuperando la lógica democrática de

³² Jean Jacques Rousseau, *El contrato social o Principios de derecho político*, Ob. cit., p. 51.

³³ José Martí, «Honduras y los extranjeros», *Patria*, Nueva York, 15 de diciembre de 1894, en José Martí, *Obras completas*, vol. 8, Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 36. Roa lo cita en *José Martí y el destino americano*, Rambla y Bouza, La Habana, 1938, p. 23. (Se ha rectificado la cita).

³⁴ Raúl Roa, «El soldado inglés y la posguerra» (en esta selección, pp. 544-545).

³⁵ Recuérdese el *Manifiesto*: «Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condi-

Robespierre: «La primera ley social es pues la que garantiza a todos los miembros de la sociedad los medios de existir. Todos los demás están subordinados a este. La propiedad no ha sido instituida o garantizada para otra cosa que para cimentarlo. Se tienen propiedades, en primer lugar, para vivir».³⁶

El socialismo está contra la propiedad privada por dos motivos esenciales: en tanto significa desposesión de los medios de producción por parte de quienes trabajan, y por la explotación que supone como trabajo ajeno no pagado. La democracia está a favor del reparto equitativo de la propiedad que asegure la base material de la independencia personal: un mínimo propio de subsistencia garantizado para no depender de nadie. En Roa, la relación entre socialismo y democracia se encuentra en este punto: el socialismo no es más socialista por tener *menos* propietarios, sino por tener *más* propietarios, por hacer de cada ciudadano el propietario de las condiciones de producir su vida. Roa asegura: «Libertad, si; pero no la libertad fantasmal del *laissez faire*, traducida, en la práctica, en un dejar hacer para los que poseen y en un dejar pasar para los que trabajan. Libertad como “conciencia de necesidad”. Libertad, para decirlo con Graham Wallas, como “la oportunidad de una iniciativa continuada”, sin más límites que la evolución ascendente de la sociedad y el perenne reflorecimiento del espíritu humano».³⁷

La cuestión se complica al extremo porque el programa marxista de la socialización de la propiedad fue reconducido históricamente a su estatalización, que presentó como enemigos al socialismo y a un régimen de propietarios no capitalistas, cuando se trata de un mismo y único hecho. La propiedad estatal sería la propiedad de todos, pero nadie podría reivindicar, en específico, el contenido de los derechos de propiedad. Sin embargo, «nada puede ser público donde nada es privado, al igual que no puede

ción de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad». *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado en el tomo I de las *Obras escogidas en tres tomos* de C. Marx y F. Engels, Editorial Progreso, Moscú, 1973, pp. 99-140.

³⁶ Maximilien Robespierre, «Sobre las subsistencias y el derecho a la existencia», en Maximilien Robespierre, *Por la felicidad y por la libertad. Discursos*, Ob. cit., p. 157.

³⁷ Raúl Roa, «El soldado inglés y la posguerra» (en esta selección, p. 545).

existir un rey donde todos son reyes», como aseguraba Bodino. La mejor manera de combatir el poder conferido por la exclusividad de la propiedad es, entonces, que todos los ciudadanos sean en efecto propietarios de sus condiciones de vida y trabajo: que tengan el control sobre la configuración de tales condiciones.

Roa deberá explicar tales extremos en expresa oposición al marxismo soviético. Su maestro de juventud, Lenin, no escapará a sus andanadas. No obstante, el foco delirante es Stalin. En su obra quedará plasmado el pensamiento más decididamente antiestalinista de la izquierda socialista cubana de todo el siglo XX. En su discurso sobre la democracia subyace entonces la búsqueda compleja de un socialismo fundado en la libertad.

El socialismo

El socialismo soviético, según Roa, «fue cobrando cada vez más un estilo político totalitario y una agresiva proyección nacionalista, hasta transformarse en un socialismo de Estado y de tipo policíaco y en la más ágil, pujante y maquiavélica fuerza de choque que ha lidiado por la hegemonía del planeta».³⁸ Ante tal constatación, Roa explora alternativas socialistas. Discute el pretendido carácter socialista de la doctrina de José Martí, investiga el anarquismo, la democracia cristiana, la filosofía de Benedetto Croce, comenta elogiosamente a John Dewey y a Karl Popper y proyecta un libro analítico sobre el modelo de la democracia rooseveltiana, que despierta su admiración. Dentro del conjunto, parece haber concedido su adscripción al socialismo laborista británico. La coherencia de este coctel ideológico parece colocarlo ahora en la socialdemocracia.

Es una definición compleja. Superemos el miedo instintivo a las clasificaciones para poder pensarlas en contexto: a consecuencia del estalinismo, el «socialismo marxista estaba “definitivamente muerto como ideal de redención social”. Había subordinado los fines a los medios y su concepción autoritaria del poder conducía a la degradación y a la esclavitud. No se diferenciaba del fascismo en su radical desprecio a la dignidad humana. El camino de la libertad era la única salvación del socialismo»,³⁹ explicaba Roa en su comentario sobre Croce.

³⁸ Raúl Roa, «El padrecito rojo» (en esta selección, p. 325).

³⁹ Raúl Roa, «El mensaje de Benedetto Croce» (en esta selección, pp. 141-142).

La experiencia autoritaria del «socialismo marxista» —como le llama equívocamente el autor de *Variaciones sobre el espíritu de nuestro tiempo* al socialismo existente en la URSS, que proclama falsariamente estar fundamentado en Marx— consagró la vocación por el socialismo democrático y el apego a sus métodos: sufragio universal, pluralidad de partidos, gobierno por consentimiento, libertades públicas, elecciones periódicas. Surge aquí un problema: el empleo por parte de Roa del término «socialismo marxista» como sinónimo de «socialismo soviético» construye un silogismo: si considera la desviación soviética como un corolario del marxismo, y aborrece la experiencia soviética, entonces cree en un socialismo distinto del soviético pero también del marxista.

El contexto es el apogeo de la guerra fría. Entre todas las cárceles edificadas por ella, acaso la mayor fue la que destinó a las palabras: encerró a todas aquellas que no pudo confundir. Es preciso proceder con cautela para ubicarse en el mar de equívocos que sembró. Roa logró la hazaña de situarse en una tercera posición respecto a los «imperialismos capitalista y comunista», al pelear «por el advenimiento de un mundo de veras libre, democrático y próspero junto a los pueblos que repudian, a la vez, la cortina oriental de hierro y la cortina occidental de sables». Su crítica al totalitarismo soviético no hizo el juego a los contendientes del «mundo libre» *versus* los del «mundo comunista»: es un impugnador de ambos.

Su admiración por la democracia social instaurada por Franklin D. Roosevelt se había trastocado en pasto de una veloz frustración. Consideró enterrado ese credo a partir de 1945, aunque el proceso se incubó desde la última campaña electoral del gran estadista, cuando el modelo no pudo resistir más las presiones del gran capital. La rapacidad imperialista/capitalista que le siguió, Truman mediante, combatió la democracia: redujo las libertades civiles, reprimió el movimiento obrero, purgó funcionarios adictos al *New Deal*, promovió sin límites el armamentismo, intervino en Europa y Asia y sometió por la fuerza a América Latina. Quedó situado, en fin, el marco de la guerra fría: «Cortina de oro contra cortina de hierro».⁴⁰

En el combate del capitalismo contra el socialismo real perdió la democracia todos sus valores: fue un arma más del arsenal militar. Ante el hecho de su vaciamiento, Roa reafirma la dimensión

⁴⁰ Raúl Roa, «Exequias de la buena vecindad» (en esta selección, p. 537).

axiológica del marxismo —su contenido de justicia— con lo que se colocaba contra la matriz economicista del marxismo soviético, preocupado más por la producción que por la justicia. «La plusvalía es más un concepto moral que una categoría económica —explica. Su verdadera significación estriba en implicar una condena inapelable de la expropiación del trabajo ajeno no pagado». ⁴¹ Asimismo reivindica la ética de la democracia. «Las cosas —había sentenciado Kant— tienen precio; los hombres, dignidad». Al ponerse precio a la dignidad, el hombre se cosifica y la persona deja de ser el centro de la vida civil, comenzando, en vastas áreas del planeta, la progresiva declinación de sus fueros, que el poder va sustrayendo, compulsivamente, hasta llegar a subsumirla en el idiotismo aquiescente del rebaño». ⁴² El contenido particular de la ética de la libertad se expresa en un *leitmotiv* de la democracia en Roa: la soberanía de la conciencia.

La hazaña traería consecuencias: la búsqueda de una tercera posición, de un socialismo de la libertad, lo lleva a hurgar en Harold Laski, Rodolfo Mondolfo, Fernando de los Ríos, en una interpretación humanitarista del socialismo: es el ideal del socialismo «por consentimiento» que se abre paso tras la segunda posguerra. Haya de la Torre le explica su propia versión a Roa en una entrevista: «La tercera posición a que me refiero nada tiene que ver con el dictador argentino [Perón]. Su “doctrina” de la unidad continental es una añagaza demagógica y conduce al vasallaje. La tercera posición que propugno descansa en una nueva teoría del espacio-tiempo histórico. Se la resumiré, aun a trueque de parecerle simplista, en llanas palabras: Rusia ofrece pan sin libertad; la democracia capitalista, libertad sin pan; y la nueva democracia, pan con libertad. O sea: democracia con justicia social». ⁴³

Sin embargo, en Roa encontramos una definición esencial, capaz de alejarlo del populismo en que desembocará esa «tercera posición» —lógica que acepta el capitalismo y busca corregir sus excesos. En su lectura particular, el ideal del socialismo por consentimiento «continúa siendo, no obstante, la abolición de la propiedad privada». ⁴⁴ Es un recordatorio: el capitalismo impide la

⁴¹ Raúl Roa, «El mensaje de Benedetto Croce» (en esta selección, p. 140).

⁴² Raúl Roa, «La lección de Jesús» (en esta selección, p. 248).

⁴³ Raúl Roa, «Diálogo con Víctor Raúl Haya de la Torre» (en esta selección, p. 186).

⁴⁴ Raúl Roa, «Ideas en conflicto y hombres a la greña» (en esta selección, p. 320).

universalización de la democracia. La abolición de la propiedad privada es una necesidad de la democracia, y su corolario sería la transición a un poscapitalismo. Ahora, ¿acaso no era este el programa del marxismo?

En últimas, es probable que Marx haya estado, de cierta forma, en el plano de fondo de la explicación anterior. Marx distinguió el perfil del socialismo en el «continente» (europeo) respecto al que tendría en Inglaterra. En el continente la revolución tendría como recurso la insurrección, pero no lo sería así en el mundo anglosajón. Esta parece ser una recurrencia en el pensamiento de Marx y Engels, casi desconocida por la supremacía insurreccionalista como teoría de la revolución.

Algo similar ocurre con los textos marxianos sobre Irlanda: las acusaciones de eurocentrismo en Marx, y la crítica a su «celebración» de la dominación británica en la India como «civilizatoria» —aunque da cuenta del espanto de la dominación colonial—, se construyeron desconociendo esa reflexión sobre la relación entre el «desarrollo» de Inglaterra y el «subdesarrollo» de Irlanda, empleando un vocabulario contemporáneo. De esos textos se desprende que la revolución en los países metropolitanos debía anudarse con el mundo colonial.

Esa cuestión está relacionada con otra: con el Marx que comprende la posibilidad del «tránsito pacífico al socialismo» en Inglaterra. Entre los varios textos que Marx dedicó al problema, se encuentra esta aseveración: «[en] Inglaterra, donde el proletariado constituye ampliamente la mayoría de la población, el sufragio universal equivaldría al poder político de la clase obrera (...) la introducción del sufragio universal en Inglaterra sería por consiguiente una medida mucho más “socialista” que las que han sido honradas con este nombre en el continente. Aquí, la dominación política de la clase obrera sería una consecuencia inevitable», según escribe Marx en «Los cartistas».

Roa conoce estos textos y sigue sus conclusiones. Distingue entre Rusia e Inglaterra de modo similar al de Marx: «La conquista del poder obrero en Rusia tenía que ser, forzosamente, en toda circunstancia, producto de la insurrección armada y de la violencia popular. En Inglaterra, por la confluencia de factores propicios en un momento determinado de su evolución histórica, se ha podido alcanzar parejo objetivo por el sufragio universal,

figurando al frente de la empresa un partido socialista, que está mucho más cerca de Fabio Cunctator que de Vladimir Ilich». ⁴⁵

Esa verdad escondía un hecho: invisibilizó la esencia represiva del Estado bajo la específica configuración del capitalismo anglosajón, que permanece aún bajo su forma política democrática. La distinción marxiana entre el perfil del socialismo en el continente y en el mundo anglosajón no pretendía afirmar la existencia de un Estado «bueno» *versus* un Estado «malo», sino comprender los diversos mecanismos de la dominación capitalista y las posibilidades de contestarle. La distinción de Marx no servirá para comprender críticamente el Estado capitalista surgido tras la segunda posguerra, que solo deja el campo parlamentario como escenario de lucha. Muchos socialistas correrán a cobijarse bajo la sombra de la democracia corregida por el liberalismo social.

Cuesta trabajo exonerar a Roa de esta tentación. Sin embargo, no hacerlo es irrelevante: solo Dios puede hacerlo. Roa rememora con nostalgia el socialismo fabiano, fuente del socialismo laborista, y hace fila al lado de los próceres de este: George Bernard Shaw, Sydney Webb, Graham Wallas, Annie Besant, William Clark, Ramsay McDonald, Harold Laski y Stafford Cripps. Para Roa, al parecer, no hay por qué ser «solo» marxista si se puede armar el rompecabezas planteado por Robert Owen, John Stuart Mill, William Morris, Carlos Marx y Eduard Bernstein en una mezcla bastante consistente y, sobre todo, creíble y eficaz para hacer política. A fin de cuentas, Roa es también un realista: «No quiere esto decir, en modo alguno, que por el simple y puro hecho de haber ocupado el Partido Laborista el poder, Inglaterra va a transformarse *ipso facto* en un país socialista. El partido victorioso tiene, ante sí, formidables obstáculos y poderosos intereses. Incluso puede ser desalojado, violentamente, del gobierno, por el concierto subversivo de las fuerzas conservadoras y de sus afines foráneas». ⁴⁶

La táctica de este socialismo es la contemporización; el objetivo, la aceleración del ritmo del movimiento obrero y la infiltración de la idea socialista en todas las capas de la sociedad; el perfil, la mutación gradual por consentimiento; la palanca, el sufragio universal. ⁴⁷ Con ella el proceso inglés ha impugnado «el consagrado teorema marxista según el cual ninguna clase diri-

⁴⁵ Raúl Roa, «La profecía de Anatole France» (en esta selección, p. 333).

⁴⁶ *Ibid.*, p. 334.

⁴⁷ Raúl Roa, «Acicate y ejemplo» (en esta selección, p. 339).

gente ha abdicado ni abdicará jamás su control de la riqueza y del Estado sin presentar abierta y encarnizada porfía». ⁴⁸ Roa hace una declaración espectacular: equipara el triunfo laborista con la Revolución de Octubre. La comparación testimonia su fe sacra en el socialismo democrático: lo cree capaz de llegar a donde mismo llegó la revolución proletaria por antonomasia: poner la sociedad bajo el control de los trabajadores. Por este camino, el socialismo democrático parecería capaz de sostener en el largo plazo los enunciados que el socialismo autoritario y la democracia capitalista son capaces de prometer solo en teoría, mientras los niegan en la práctica.

Con todo, no es útil encasillar a Roa —ni a nadie— en un lugar cerrado para distribuir certificaciones de pureza ideológica o anatemas de mala conducta teórica. Si Roa puede ser acusado de tener «problemas ideológicos», esa es su virtud: lo verdaderamente útil es su antiseccarismo teórico, su política impregnada de cultura, su búsqueda permanente de la libertad. A fin de cuentas, el socialismo de nuestro futuro debería reivindicar como su patrimonio todo el pensamiento crítico que en cada momento haya contribuido a la libertad.

La dificultad de definir el tipo de socialismo que está en juego en estas confusiones (confusiones del autor de este prólogo) se salva si tomamos otro camino. El estudio de Roa sobre José Martí brinda una pauta. A su juicio, resultaría sobremana aventurado hablar de un socialismo martiano: «No basta reunir un haz centelleante de frases aisladas y aducirlo como prueba. De todas maneras, aunque Martí hubiera sido íntimamente socialista —que no lo fue—, no habría podido operar como tal en aquella coyuntura». ⁴⁹ Roa podía actuar como socialista en la suya de una manera bastante particular, en el contexto político e ideológico que he tratado de describir. Entonces, queda un camino: pensar su propuesta política menos en términos del socialismo y más en los del republicanismo.

⁴⁸ Raúl Roa, «La profecía de Anatole France» (en esta selección, p. 334).

⁴⁹ Raúl Roa, «Rescate y proyección de José Martí» (en esta selección, p. 446).

El republicanismo

El republicanismo es el «misterio revelado» de la relación entre el socialismo y la democracia. Roa no lo ha inventado: es en Cuba la tradición revolucionaria pensada primero por Félix Varela y por José Martí y elaborada en las prácticas populares e igualitarias que construyeron la «comunidad imaginada» del pueblo cubano en sus guerras por la independencia: cuando el ideal republicano reivindicó al mismo tiempo la independencia de España y la abolición de la esclavitud.

Siendo una antigua tradición, el republicanismo se ha recuperado en la literatura académica, en sus distintas versiones, en fecha reciente. María Julia Bertomeu explica el proceso: En el período clásico, la tradición presentó dos corrientes principales: Pericles, Protágoras y Demócrito en su versión democrática, y Aristóteles y Cicerón en su variante antidemocrática. En la modernidad, ambas se recrearon: la versión democrática pugnó por la universalización de la ciudadanía, para integrar en la política a la mayoría pobre, a los esclavos y en algún momento a las mujeres, y extender así la libertad republicana hacia todos los miembros de la sociedad; en la variante antidemocrática, construyó la separación entre ciudadanos pasivos y activos,⁵⁰ que excluye de la política a la mayoría pobre y refunde en un todo «legítimo» la clase económica con la clase política: confiere a la gran propiedad el monopolio de la decisión a través del gobierno.

La recuperación del republicanismo democrático está basada en una relectura de la estrecha comprensión «marxista» de la francesa como revolución exclusivamente burguesa. Se reconoce, como es obvio, la existencia de una corriente vencedora, de vocación granburguesa, que se corona con el Código napoleónico y domina la historia que le sucede, pero no se olvida la existencia de otra, basada en la «Ilustración plebeya», de Mably a Robespierre, pasando por Morelly hasta Rousseau, cuya tradición será esencial en el desarrollo de la teoría socialista y de la democracia política. En ese horizonte, Robespierre es considerado un demócrata radical. Para ello se recuerda, por ejemplo, el juicio de Babeuf, pronunciado a menos de dos años de haber celebrado la

⁵⁰ María Julia Bertomeu, «Republicanism and propiedad», aparecido en *El viejo topo*, reproducido en www.rebellion.org, 27-05-2005.

caída de Robespierre como un «tirano»: «El robespierrismo está en toda la República, está en toda la clase juiciosa y clarividente y naturalmente en el pueblo. La razón es bien simple: es que el robespierrismo es la democracia, y que estas dos palabras son perfectamente idénticas, levantando el robespierrismo, estad seguros de levantar a la democracia».⁵¹ Su construcción de la economía política popular y del derecho a la existencia, unidos al deber de la resistencia y de la publicidad de la gestión pública, coloca a Robespierre en el centro de la democracia política.

Sesenta años antes de esta recuperación, Roa ha leído la Revolución francesa en clave semejante. No es que sea del todo original, pues la historiografía socialista había contribuido a ella; sin embargo, resulta muy interesante su análisis, considerando las consecuencias democráticas extraídas hoy de esa lectura. Roa da cuenta de la «aparición de una corriente de pensamiento que se desarrolla en discrepancia con la sociedad absolutista y con la sociedad burguesa en proceso de cuajo. Este conjunto de reflexiones, unificadas por el concepto de la igualdad social, tiene en Meslier, Mably y Morelly a sus más descolantes voceros. En el terreno político, se manifiestan adversarios de los enciclopedistas y simpatizantes de Rousseau».⁵² Roa comprende el jacobinismo, y a Robespierre de un modo semejante a como lo ha hecho actualmente, por ejemplo, George Labica, cuando advierte: «Los jacobinos se produjeron en favor de la regulación pública de la riqueza en provecho de los desvalidos. Su líder negó categóricamente que la propiedad fuera un derecho natural (...). Según Robespierre, el Estado tiene derecho a limitar la propiedad, a castigar a los acaparadores, a regular el derecho sucesorio, a establecer un impuesto progresivo sobre las grandes fortunas y a garantizar la vida y el trabajo».⁵³ La «garantía de la vida y el trabajo» basta para situar al jacobinismo robespierrista, o *maximalista*, en un curso de desarrollo no liberal, en una vía histórica no capitalista.⁵⁴ Roa hace lo mismo con Rousseau: si en un primer momento de su

⁵¹ Citado en Georges Labica, *Robespierre. Una política de la filosofía*, El viejo topo, Barcelona, s/f, p. 106.

⁵² Raúl Roa, «El canto de gallo de la democracia» (en esta selección, p. 219).

⁵³ *Ibid.*, p. 221.

⁵⁴ Ver Castells y Ll. Roura, ed., *Revolución y democracia: el jacobinismo europeo*, Ediciones del Orto, Madrid, 1995.

pensamiento este consideró a la propiedad privada como el «origen último de todos los contrastes sociales y de todas las perturbaciones políticas», después su perspectiva cambió: la propiedad privada no sería ya la negación de la vida social, sino su fundamento mismo. Roa reconoce a Rosseau como el padre de la democracia moderna: «El ideal social de Rousseau es el establecimiento de una república democrática de propietarios iguales. Nadie llega, pues, dentro del Iluminismo, más lejos que él en el problema de la distribución del poder y de la riqueza».⁵⁵

El republicanismo democrático comparte dos tesis relacionadas entre sí:

1. La libertad republicana es la construcción de autonomía: depender de un poder y/o un derecho reglamentado por otro, sobre el cual no se tiene ni participación ni control, reconduce al ciudadano a la condición de súbdito: deberá favores y lealtades al sujeto de derecho del cual depende.

2. La libertad es un programa universalista, que no puede ser alcanzado por sistemas particularistas. No hay en el jacobinismo la fundamentación de que un grupo social deba dominar a los otros. La liberación del proletariado era en el marxismo la condición de la liberación del conjunto social. El programa del universalismo es la batalla contra el particularismo proveniente del ejercicio exclusivo de la propiedad, la forma de evitar el monopolio del dinero sobre la libertad, de no tener que pedir permiso a nadie para poder vivir.

Para una zona del marxismo tradicional todos los derechos emanan de la revolución, pero no existen derechos frente a la revolución. La revolución es su propio derecho, en una comprensión que refrenda la concepción absolutista del poder. Que varias revoluciones hicieran una deriva totalitaria, como es el caso trágico del estalinismo, es la consecuencia de esta idea «marxista-leninista» en su versión soviética: la necesidad de hacer prevalecer el decisionismo de la vanguardia sobre la libre expresión de la soberanía popular, de la urgencia de deponer los derechos del ciudadano ante los derechos de la revolución.

Ese discurso reescribió el libreto del primer positivismo, de Hobbes a Comte, según el cual las edades teológicas y metafísicas condujeron a la edad positiva —la era de las luces, la ciencia

⁵⁵ Raúl Roa, «El canto de gallo de la democracia» (en esta selección, p. 215).

y la de los individuos libres e iguales. En esa edad «positiva», la edad «última» de la evolución humana, los individuos-ciudadanos habían decidido de modo racional la conveniencia de dotarse de un Estado, de un soberano como tercero imparcial para mediar en los conflictos. En esta lógica, por haber pactado por su bien la constitución del Estado, cada individuo resultaba también autor material de los actos del Estado. Al ser autor del todo, se infería que el individuo era también autor de las partes de ese todo. El Estado no existe, por tanto, para el ciudadano, sino que el interés del Estado es *propriamente* el interés del ciudadano. A través de este procedimiento quedó fijado el deber de obediencia racional a la autoridad así encarnada, que, por consiguiente, resultaría inimputable de «actos de maldad», y cuyos márgenes estructurales debieron quedar, como consecuencia derivada del bien común, fuera de las impugnaciones de los ciudadanos. Como existe una identidad Estado-ciudadano, este no puede obrar contra el Estado porque sería actuar contra sí mismo.

Las percepciones provenientes de este enfoque tienen en común considerar al «Estado» o a la «revolución» como sujeto de la política, como el eje de la producción de lo político. Sin embargo, tanto el liberalismo como el marxismo revolucionarios concluyeron que el sujeto de la política, tras la operación racional que condujo a su individuación, es el ciudadano. El hecho revolucionario ha de ser un proceso republicano que reivindique la libertad civil del ciudadano frente a un pretendido «derecho natural» del Estado o de la revolución: ha de crear un *sui iuris* —un sujeto de derecho propio—, un conjunto de ciudadanos recíprocamente libres e iguales.

Regreso ahora a la argumentación de Roa antes descrita: es imprescindible la distribución igualitaria de la propiedad para impedir el monopolio de la decisión en manos de un grupo particular. Martí le ha acercado los argumentos: El «suelo —previó el Apóstol— es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos (...) iguala y enriquece, por lo que, para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás».⁵⁶ Con este fin, Roa retoma el sentido del proyecto

⁵⁶ José Martí, «Heredia», Discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, 30 de noviembre de 1889, en José Martí, *Obras completas*, vol. 5, Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 170. Roa lo cita en «Rescate y proyección de José Martí» (en esta selección, p. 450).

de ley presentado por Manuel Sanguily al Senado de la república —ni siquiera discutido— que prohibía la enajenación de la tierra y de los bienes raíces. La violación de tales principios condujo a la «farsa pseudodemocrática y de realidad colonial, en que Cuba ha sido patrimonio sangriento de una minoría victoriosa y factoría azucarera, presidio de cañas amargas».⁵⁷

El objetivo republicano es la autonomía del ciudadano contra la «autonomización» del poder. Roa afirma: allí donde el poder político «se exalta hasta juzgarse fin en sí mismo, sin relación de dependencia de otras fuerzas sociales, y sólo responde a los imperativos de su sobrevivencia y expansión, los titulares del poder se truecan en jueces de la razón de Estado, que es, por ese hecho, más que razón de Estado, razón de poder, o sea, “utilización de medidas encaminadas a preservar a éste a costa de todo y de todos”».⁵⁸ Para él, el antídoto se encuentra en el ejercicio en plenitud de los derechos ciudadanos: de no existir un «régimen de protección jurídica y de seguridad política, la libertad se torna merced, ficción, caricatura o mero enunciado sin validez sustantiva».⁵⁹

El poder estatal debe ser ejercido desde la conciencia de la necesidad de su limitación. Roa no aborda la polémica Rousseau *versus* Montesquieu. Para el primero, la representación significaba una burla a la soberanía popular. Roa no es un defensor, en estricto sentido, de la democracia directa al estilo roussoniano, ni promueve la implantación, ya en general, de formas de ejercicio directo de poder. No obstante, su énfasis en la soberanía de la conciencia, en la libertad de expresión y en el ensanchamiento de la esfera pública recuerdan un tema dilecto del principal discípulo de Rousseau: la publicidad. «Que se delibere en voz alta: la publicidad es el apoyo de la virtud, la salvaguardia de la verdad, el terror del crimen, el azote de la intriga. Dejad las tinieblas y el voto secreto a los criminales y a los esclavos: los hombres libres quieren tener al pueblo como testigo de sus pensamientos. Este método forma a los ciudadanos y las virtudes republicanas»,⁶⁰ decía Robespierre.

⁵⁷ Raúl Roa, *José Martí y el destino americano*, Ob. cit., p. 22.

⁵⁸ Raúl Roa, «Pies de arena» (en esta selección, p. 259).

⁵⁹ Raúl Roa, «Lo que el golpe se llevó» (en esta selección, p. 435).

⁶⁰ Maximilien Robespierre, «Sobre la Constitución», en Maximilien Robespierre, *Por la felicidad y por la libertad. Discursos*, Ob. cit., p. 217.

Esa línea combate la forma liberal de la representación, «como representación de la nación», sin vínculo con el ciudadano ni con comunidades concretas políticamente organizadas, que otorga al representante la libertad de actuar en nombre de la ciudadanía sin contar con su participación ni ser controlado por esta. El argumento seguido por Roa abre la puerta a concebir a los detentadores del poder como *comisarios* (los que «no pueden acordar nada definitivamente», como decía Rousseau⁶¹), susceptibles de ser depuestos por la ciudadanía en caso de incumplimiento o de la traición del sentido de sus funciones.

La representación de la ciudadanía estará asegurada si se ejerce de modo múltiple: Roa comprende que Martí fundó un solo partido para la Revolución, no para la república, a la que su partido no consideraría como «presa y dominio». Conoce que el marxismo clásico no fundamenta la exclusividad de un partido como principio *sine qua non* de construcción del socialismo: será inútil buscarla en Marx y en Lenin, por no decir ya en Rosa Luxemburgo. Roa tiene una firme creencia: «La pluralidad de partidos políticos es consustancial a la conciencia cimentada unívocamente en el consentimiento y enriquecida proteicamente en el disenso. Sin la libre concurrencia de aquellos la democracia carece de objeto y sentido».⁶² Ciertamente, constatada desde hace ya tiempo la crisis estructural del sistema de partidos, el problema sigue no obstante en pie: cómo representar de modo múltiple a la ciudadanía, contra la idea del multipartidismo que usurpa la representación de lo social.

El republicanismo de Roa se construye entre las diversas versiones que representan Kant, Rousseau y Marx, pero regresa siempre a Martí: a su búsqueda de «una república laica y generosa, con “la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan”, una república sin siervos, ni mendigos, ni apapipios, ni esclavos. “Esclavo —puntualiza [Martí]— es todo aquél que trabaja para otro que tiene dominio sobre él”».⁶³ Una república que, aunque viviera dentro del sistema capitalista de producción, se erigiera «sin interferencias, ni sumisiones, ni hipotecas que la subordinen, esclavizándola, al interés político y económico de su casta

⁶¹ Jean Jacques Rousseau, *El contrato social o Principios de derecho político*, Ob. cit., p. 94.

⁶² Raúl Roa, «En torno al Frente Único», en *Viento sur*, Ob. cit., p. 238.

⁶³ Raúl Roa, «Rescate y proyección de José Martí» (en esta selección, p. 450).

dominante»⁶⁴ y que satisficiera «el anhelo y la necesidad de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de todas las desigualdades sociales y de una equitativa distribución de la riqueza».⁶⁵

Al final: la política del futuro

Desde su concepción republicana, Roa ingresa en el siglo XXI. No es un ideal «perfecto» —la perfección es un ideal totalitario—, mas contribuye a formular respuestas para las necesidades del socialismo del futuro, las de la libertad de los seres humanos contra la dependencia respecto al Estado, al patrón, al blanco, al marido, al varón y al conjunto de dominaciones que subordinan la libertad a la determinación.

No es necesario excusarle a Roa sus errores: «el capitalismo moderno representa una fase superior de desarrollo y de progreso generales en relación con los regímenes económicos precedentes. Su mayor grandeza se cifrará siempre en haberle suministrado a la sociedad el instrumento capaz de sojuzgar la naturaleza y ponerla a su servicio».⁶⁶ No hay que sojuzgar la naturaleza, ni a nadie. Es preciso armar la vida social desde la ley de la libertad: una ley que se cumpla porque hace más libres las formas de vida social, personal y natural.

Tampoco hace falta ocultar sus aciertos: «El hecho de que el negro en el país esté al margen de la cultura superior y de los beneficios de la vida material que brinda la civilización moderna, es ocasionado, fundamentalmente, por la circunstancia de que el negro se ha encontrado, desde su entrada trágica en nuestra vida colonial, colocado en la base de la producción. La liberación integral del negro, afirmamos, provendrá de su alianza con los restantes elementos oprimidos de nuestra nacionalidad; nunca de que se constituya como un factor étnico, política y socialmente diferenciado».⁶⁷ A la ciudadanía abstracta de la Ilustración, que esconde los problemas de la ciu-

⁶⁴ *Ibid.*, p. 448.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ Raúl Roa, «La revolución industrial y el capitalismo moderno» (en esta selección, p. 76).

⁶⁷ Raúl Roa, «Manifiesto por un Partido Democrático Revolucionario», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., p. 27.

dadanía negra o femenina, la misma Ilustración que en su mayor parte aceptó la esclavitud, Roa entrega un hallazgo: una ciudadanía *concreta*, que debe verificar el régimen de derechos y deberes que promete con las determinaciones sociales, raciales, de género, etcétera, que regulan el acceso a la política.

La política es la llave de la libertad. Roa nos sirve hoy para hacer política: política virtuosa. No es materia de este texto cotejar el pensamiento de Roa con el período de la Revolución en el poder. El entusiasmo histórico de Roa ante 1959, por la hazaña de la libertad que supuso la Revolución triunfante, queda plasmado en los dos textos que componen el epílogo de este volumen: son el grito de «tierra» de quien ha estado en el mar, a la intemperie, las más de las veces naufrago de su tiempo, y de quien ha visto morir uno tras otro a sus mejores amigos; pero al mismo tiempo son una clave de lectura para comprender el perfil ideológico del triunfo de 1959. Aparecen como epílogo, pues los textos posteriores a 1959 y los discursos de Roa como canciller del gobierno revolucionario son de obligatoria consulta para los interesados en la historia revolucionaria de Cuba y de buena parte del siglo XX, pero por su extensión y complejidad deben ser materia de otra investigación.⁶⁸ Con todo, quien ha leído estas páginas se habrá percatado de coincidencias y diferencias obvias entre sus doctrinas y la práctica revolucionaria cubana, de la que el propio Roa fue un relevante dirigente. Esa práctica siguió derroteros ideológicos diversos al conjuro de las circunstancias que ha ido afrontando en una historia de cincuenta años. Ciertamente, el pensamiento de Roa aquí descrito es una herencia yacente. No obstante, está lejos de mí el interés escatológico de poner a Roa frente a sí mismo y preguntarle los porqués de las diferencias. Esos porqués son la historia misma de la Revolución cubana, y son los mismos porqués, seguramente, de muchas de las conductas de los revolucionarios de la historia: la creencia fundamental en la Revolución, la prioridad concedida a su defensa y consolidación, las verdades que va reconstruyendo el proceso, la necesidad de imaginar nuevas soluciones ante problemas inéditos,

⁶⁸ Ver, por ejemplo, Carlos Alzugaray Treto, «La creación de una cancillería revolucionaria: los primeros años (1959-1965)», en *Raúl Roa: imaginarios*, Ob. cit., pp. 165-187, y Lourdes Urrutia, «Raúl Roa y la Revolución cubana», en http://www.lajiribilla.co.cu/2005/n192_01.html, fecha de descarga: 8 de agosto de 2007.

pero también el diálogo amargo y sordo con las dudas y las desviaciones del proceso.

Por otra parte, quien esté familiarizado con el debate latinoamericano actual sobre el «socialismo del siglo XXI», habrá observado por igual diferencias y coincidencias con los planteos de Roa; pero el énfasis en los procesos constituyentes, en conquistar desde el terreno democrático el espacio para promover reformas sociales, la centralidad adquirida por el complejo teórico-práctico de la ciudadanía, el uso que se le da al concepto de «socialismo de productores y propietarios» (Ecuador), el valor consagrado a la independencia de los poderes públicos (no reductible a la idea de la tripartición de poderes), la idea de un Estado multinacional (Bolivia), el uso permanente de instrumentos basados en el sufragio universal como plebiscitos y referendums (Venezuela), el reclamo de la libertad responsable de prensa, la promoción de la transparencia en la actuación gubernativa, hacen ver que varios de los procesos en curso hoy en el continente se inspiran en los valores del republicanismo socialista como nunca antes en la historia revolucionaria conocida. Roa, entonces, anticipa estas posiciones y se coloca por derecho propio en la discusión contemporánea sobre ellas.

No es útil rumiar el pasado como una «rendición de cuentas», ni para la loa ni para el rencor. Interesa más el futuro: recoger el servicio que puede cumplir Roa. Como Canciller de la Dignidad contribuyó admirablemente al presente de la Revolución cubana; con la recuperación de su pensamiento republicano puede contribuir de modo esencial al futuro del socialismo.

Hay pensadores que son una época. José Ingenieros, por ejemplo, fue una época para los revolucionarios cubanos de los años 20 del siglo pasado. Mas los pensadores clásicos rearman siempre su vigencia más allá de su época. Roa es un clásico del pensamiento revolucionario cubano y por ello es capaz de presentarse ahora como una novedad, con todo el sabor de la libertad en sus palabras.

En algún momento, Roa se refirió al socialismo preconizado por la izquierda no comunista cubana como un socialismo «por la libre». Es curiosa la recurrencia de esa frase en la historia nacional. Los cubanos y las cubanas sabemos bien qué es un producto «por la libre» o un producto «liberado». Eso sigue siendo hoy el socialismo de Roa: un producto liberado del raciona-

miento político, de la escasez ideológica, de la fealdad consustancial a una «bodega». Es un producto liberado de la historia de hierro que forjó el socialismo histórico y de la que es preciso sacudirse de una vez y para siempre: si no se cumple este empeño, la izquierda tendrá solo un largo soliloquio con su nostalgia en el siglo XXI. Roa deja sus ideas, liberadas y liberadoras, para tener el coraje de pensar el futuro de otras maneras. Parafraseándolo a él mismo: hoy tiene la palabra la democracia que necesita el nuevo socialismo: «con la justicia para todos, con la democracia verdadera y la riqueza justa para todos, con el derecho a la propia determinación para todos».⁶⁹

JULIO CÉSAR GUANCHE
La Habana, noviembre de 2009

⁶⁹ Raúl Roa, «Rescate y proyección de José Martí» (en esta selección, p. 452).

PARTE 1

LA FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Crítica del espíritu de nuestro tiempo

La revolución industrial y el capitalismo moderno

1. Génesis de la revolución industrial y del capitalismo moderno

La revolución industrial, el derrocamiento del absolutismo en Francia y las guerras de independencia en América sientan las bases objetivas y espirituales del capitalismo moderno y de la democracia individualista. Se ha cuestionado, en lo que a la revolución industrial atañe, el término que se ha venido usando para calificar el proceso de transformaciones que se opera en los siglos XVIII y XIX en la faz y en la estructura económica de la sociedad europea. William Ashley lo ha objetado por impropio. «La transformación industrial ocurrida —escribe en la introducción a la obra de Harry Hamilton *The Cooper and Brass Industries to 1800*— fue menos una revolución que una rápida e irresistible evolución». Henri Sée se muestra acorde con el economista británico en su libro *Origen y evolución del capitalismo moderno*. «En el vasto teatro de la historia económica —afirma— no se producen cambios improvisados de decorado. Del mismo modo que ciertas industrias, como la minería, presentan desde un principio, o por lo menos desde el siglo XVI, la forma de empresa capitalista, ni la antigua organización del trabajo ni el artesanado desaparecen bruscamente de la escena; se les ve sobrevivir aún en la época del triunfo definitivo del capitalismo industrial».

Esta óptica, proveniente del campo de la teoría económica liberal, resulta ya inadmisibles. Ciertamente es que la revolución industrial no se produjo súbitamente, y cierto también que las mutaciones que promueve no fueron obra de la improvisación. No lo es menos que ninguna revolución, por catastrófica y sangrienta que sea; ha estallado sin previa preparación, sin la concurrencia de factores

propicios y sin un estado de espíritu que la expresa y demanda al madurar las condiciones materiales y psicológicas que soterradamente la pusieron en marcha. Basta asomarse al ventanal de la historia para percatarse de que las revoluciones ni se inventan, ni se promulgan, ni se imponen. No se conoce la generación espontánea en la vida social. Las revoluciones son siempre la resultante de un «lento, largo y gradual proceso». El salto en la historia, como en la naturaleza, se produce sólo al transformarse, dialécticamente, la cantidad en calidad. Durante siglo y medio se incubó lo que propiamente se denomina revolución industrial. Incluso Arthur Birnie, que suele considerar incompatible la transformación de tipo revolucionario con el ritmo sosegado del desarrollo económico, acepta que «los cambios que aquella produjo fueron tan extensos en su extraña mezcla de bien y de mal, tan dramáticos en su combinación de progreso industrial y de sufrimiento social, que bien pueden llamarse revolucionarios». En análogo sentido, se habían antes manifestado Sismonde de Sismondi, Carlos Marx, Paul Mantoux y Werner Sombart. Arnold Toynbee consagró definitivamente el término en su ya clásica obra *Lectures on the Industrial Revolution*. Las fuerzas económicas que hicieron factible la transformación de la herramienta en máquina y el establecimiento del capitalismo moderno comienzan a moverse, como oportunamente ya vimos, desde la Baja Edad Media. Sería útil volver un momento sobre nuestros pasos. Las primeras manifestaciones del capitalismo moderno en su forma comercial tienen por escenario las repúblicas italianas y los Países Bajos. Baste recordar, por una parte, que las repúblicas italianas habían extraído colosales ganancias del comercio marítimo subsiguiente a las Cruzadas; y, por la otra, que las ciudades holandesas eran a la sazón uno de los principales centros de trasbordo entre el oriente y el norte de Europa. No sólo fue la ciudad de Florencia el maravilloso gemario donde el Renacimiento y el humanismo fulgieron con deslumbrantes irisaciones; fue también la cuna del capitalismo moderno. El vasto comercio florentino entre Occidente y Oriente adquirió pronto un estilo capitalista en la venta y remate de artículos de lana y seda. Los mercaderes acudían a las ferias de Brié y de Champagne, efectuaban un tráfico al por mayor, establecían sucursales en el Levante y saldaban sus cuentas en letras de cambio. Se multiplicaron los cambistas y banqueros, que se enriquecen rápidamente con la custodia de fondos, las concesio-

nes de créditos, los préstamos al Estado, el fomento de empresas y los seguros marítimos. Una de las actividades más lucrativas eran los anticipos de dinero a la Santa Sede. El radio de acción y el poder financiero de los mercaderes italianos puede calcularse por el volumen de sus operaciones en Francia, España, Portugal e Inglaterra. Según Werner Sombart «fueron los italianos los primeros que manifestaron la *mentalidad capitalista* y el *ideal burgués* que exalta las ventajas de la actividad industrial, la exactitud y el cuidado en el registro puntual de las cuentas». El *Libri della famiglia*, de León Battista Alberti, constituye fuente de consulta indispensable al respecto.

No sólo los comerciantes florentinos participaron decisivamente en el desarrollo del capitalismo financiero, sino que también compartieron con los mercaderes de los Países Bajos la primacía en el ejercicio de la industria sobre una base capitalista. La industria lanar florentina, que producía en cantidad considerable para los mercados extranjeros, prefigura la manufactura capitalista, que habría de desempeñar papel primordial en el advenimiento de la gran industria. Análogo proceso atraviesan, en ese período de transición, Francia e Inglaterra. No obstante su incipiente desarrollo económico y su apartamiento de las grandes rutas comerciales, en España aparece tempranamente el capitalismo. Sevilla y Barcelona fueron, por obra de mercaderes judíos y genoveses, activos mercados y centros de operaciones bancarias. Lo que sí ya está definitivamente esclarecido es que las fuerzas hostiles al régimen feudal hunden sus raíces en el desarrollo creciente de la economía dineraria y forman parte de la constelación histórico-social que engendra el Renacimiento, el Estado nacional, los descubrimientos geográficos, el mercantilismo, la reforma religiosa y las revoluciones inglesas del siglo XVII.

Sin la evolución y predominio de esas fuerzas no hubiera podido producirse el conjunto de invenciones que, desde el punto de vista técnico, caracteriza la revolución industrial. La fundición del hierro y el acero, el ferrocarril y el tractor, el telégrafo y el teléfono resultan inconcebibles en una sociedad que vive fundamentalmente de la tierra y replegada sobre ella. El cultivo servil del suelo, el molino de viento, la silla de posta, el cambio en especie y el sistema gremial, sobran, a su vez, en una sociedad fundada en el maquinismo, en la gran industria y en el trabajo asalariado. El grado de desarrollo de la evolución técnica marcha, de consuno,

con el grado de desarrollo del régimen social de producción. Ningún griego pudo representarse las formas de existencia de una gran metrópoli moderna. Los señores feudales estaban radicalmente invalidados para concebir la explotación técnica de la agricultura. La capacidad de ensueño y el genio inventivo se hallan limitados por el sistema de circunstancias que constituye su tiempo histórico. De vivir en la Edad Media, Julio Verne hubiera escrito, a lo sumo, pintorescos libros de caballería. Francis Bacon pudo, en cambio, en la época renacentista, imaginarse el aeroplano y el submarino.

La invención es un producto histórico. El proceso mental que la produce es, en rigor, el mismo que solemos emplear para resolver los problemas que nos plantea la vida cotidiana. La diferencia entre uno y otro estriba, como observa Abbot Payson Usher, en que los objetivos últimos únicamente logran alcanzarlos la sensibilidad más fina y la imaginación más fértil de individuos que sobresalen del nivel intelectual común. «A menudo —precisa Birnie— los descubrimientos parecen deberse a un accidente; pero inconscientemente el inventor afortunado trabajó dentro de límites que le trazan las necesidades cambiantes de la sociedad».

Nadie inventó la gravitación universal. Newton, en una observación genial, se concretó a comprobarla. Algo parecido le aconteció a James Watt con la fuerza motriz del vapor. El mundo antiguo conoció su existencia; pero no pudo utilizarla. Su aplicación no sería posible hasta el siglo XVII y como consecuencia de la ampliación del mercado y de la extensión del comercio que subsiguieron a los grandes descubrimientos geográficos y a la explotación colonial de los territorios conquistados en Asia y América. La creciente demanda ultramarina no podía ya satisfacerse con los métodos vigentes de la producción artesana y manufacturera. Era preciso producir en gran escala para satisfacerla cumplidamente. Esa necesidad imperativa es la que determina la sustitución de los métodos de producción y de la organización del trabajo y despierta y enciende el genio técnico que, transformando la herramienta en máquina y el taller manufacturero en fábrica, va a abrirle insospechadas perspectivas a la industria, a la agricultura, al transporte y al comercio, modificando las bases y las formas de vida de la sociedad europea.

Esa formidable palingenesia se inicia y también culmina en Inglaterra. En Francia y Bélgica no comienza el proceso de in-

dustrialización hasta las primeras décadas del siglo XIX. Ninguno de esos dos países ha logrado aún completarlo. En Alemania la revolución industrial empieza en la última mitad del siglo pasado; pero, en lo que va de entonces a los días inmediatos a la última guerra mundial, devino en un país altamente industrializado. El sur y el este de Europa continúan siendo primordialmente agrarios. En los últimos veinte años, Rusia ha avanzado, con ritmo impetuoso, en el camino de la industrialización. El proceso ha sido llevado a un altísimo coeficiente de madurez en Estados Unidos. Japón, no obstante las supervivencias feudales que entranaban su economía, ha progresado notablemente en el orden industrial. Salvo Argentina, México, Chile y Brasil, las naciones que integran la América hispana no han logrado aún entrar en la órbita del industrialismo. La estructura económica agraria predominante depende financieramente de Estados Unidos e Inglaterra. Los cuantiosos recursos naturales que atesoran les garantizan, de ser técnica y nacionalmente explotados, un papel de vanguardia en el proceso de industrialización.

II. Razón del inicio y de la culminación en Inglaterra de la revolución industrial

La razón de que fuera Inglaterra y no España, Holanda, Francia o Portugal la cuna y el ápice de la revolución industrial hay que buscarla en su propia historia y en la historia de esos pueblos y no en un pretendido destino manifiesto. Se ha atribuido erróneamente la posición dominante de Inglaterra en el proceso de industrialización al puro hecho de haberse enriquecido fabulosamente con el saqueo de sus territorios coloniales. En los siglos XVI y XVII había en Europa países más ricos que Inglaterra que le llevaban algunos años por delante en la explotación de los mercados ultramarinos, como España y Portugal; pero la formación de un régimen industrial no depende, exclusivamente, del desarrollo del capital comercial y del comercio colonial. El incremento de aquel tiende siempre a minar las bases agrarias de vida. No logra, sin embargo, por sí mismo, crear un sistema industrial de producción. Es necesario que este exista, embrionariamente, en el momento en que el capital comercial cobra vuelo y se expande.

España verifica, plenamente, la validez de lo dicho. En el orden político, fue la burguesía española la primera que tuvo conciencia

de su destino. En el orden económico, ya en el siglo XII eran sumamente apreciadas en Europa las sederías árabes de Sevilla y en el siglo XIII las manufacturas catalanas vendían sus productos en Inglaterra y Holanda. No siguió otro proceso en España la constitución de la monarquía absoluta que el ya conocido en el resto de Europa; pero la monarquía utilizó en provecho propio, como en parte alguna, las pugnas de la nobleza y la clase mercantil. Inmediatamente que aquella fue sometida, la Corona se dispuso a dificultar el desarrollo ascendente de la burguesía, que había conquistado numerosos fueros y había reducido más de una vez la soberbia voluntad de los reyes.

Tres triunfos capitales obtuvo la monarquía, en concierto con la nobleza y el clero, sobre la burguesía española: la reconquista de Granada, la expulsión de los judíos y el Tribunal del Santo Oficio. No tardaría el nuevo rey de España, el futuro Carlos V de Alemania, el más poderoso emperador de Occidente, en arbitrar todos sus recursos para destruirla y subyugarla. En un principio, el conflicto asumió pergeño político y carácter nacionalista, explotando la clase mercantil inteligentemente la extranjería del rey y su resistencia a respetar determinados fueros. De las Cortes de Valladolid brotaron, encendidas, las primeras protestas. No ocultaría el Rey su desagrado ni su decidido propósito de desoírlos. La réplica de las Cortes de Santiago de Galicia, un año más tarde, al solicitar el Rey un subsidio de 40 000 ducados, fue una desafiante negativa. Vanos fueron los esfuerzos de Carlos I para quebrantar, mediante soborno, el fiero espíritu de independencia de los representantes de las ciudades. El regidor Tordesillas pagaría su venalidad con la horca.

En 1520, la burguesía española se apercibió a presentarle batalla a la monarquía y a la nobleza. El episodio culminante de esta lucha memorable es la sublevación de los comuneros de Castilla y de las hermandades de Valencia. Algunos historiadores les restan significación social a estos movimientos. Ángel Ganivet les niega incluso carácter revolucionario. No es este el punto de vista de Antonio Ballesteros, Blánquez Fraile, Rafael Altamira y Manuel Azaña. Ballesteros reconoce y subraya la significación social de la sublevación valenciana. «La rebelión de los agermanados —escribe— fue del pueblo contra los privilegios de la nobleza». «Las germanías —afirma categóricamente Blánquez Fraile— personifican en Valencia y en Mallorca la lucha social de clase». Alta-

mira coincide, en lo fundamental, con ambos, en cuanto admite el carácter revolucionario del movimiento de los comuneros y la significación social de la sublevación de las hermandades. Manuel Azaña, en cambio, no «sólo demuestra con buen acopio de documentos que la revolución de los comuneros es similar a los alzamientos del Tercer Estado victorioso en Europa mucho tiempo después, sino que los actores del drama sabían con bastante exactitud por qué luchaban». La mayoría de los comuneros era, según refiere un cronicón empolvado, «gente ordinaria». Las reclamaciones de las Cortes y los documentos de la época evidencian, nítidamente, que el objetivo cardinal del movimiento de los comuneros era *desfechar el yugo feudal*.

La derrota de los comuneros en Villalar tuerce, radicalmente, el rumbo histórico de España. El descubrimiento, conquista y colonización de América demostrará en el orden económico hasta qué punto la estructura social predominante en España estaba reñida con el proceso capitalista y el régimen industrial. Las enormes riquezas acumuladas por España, en su política extractiva en América, servirían para alimentar y fortalecer a la Corona, a la Iglesia y a los señores de horca y cuchillo que, consecuentes con su perspectiva feudal de las relaciones sociales, invierten en beneficio propio el oro y la plata acarreados en los galeones. El incremento del capital comercial robusteció en España las condiciones de existencia del feudalismo agonizante y generalizó la miseria. El esplendor, la indigencia y la truhanería de la época se proyectan vívidamente en la literatura. La *picaresca* es la novela del mercantilismo español. Andrajo de muchos en irónico contraste con la opulencia de pocos. Guzmán de Alfarache, el Lazarillo de Tormes, Monipodio y el Buscón Don Pablos son personajes de carne y hueso.

No cabe ya duda de que en el proceso anteriormente descrito se generan los factores determinantes de la llamada decadencia española. Recuérdesse que hasta 1830 no aparecen en España las máquinas de vapor. En 1846, estando en Madrid, Domingo Faustino Sarmiento le escribía a Victoriano Lastarría que en España «dan las doce cuando todos los relojes dan las cinco». He ahí, en una frase aparentemente peyorativa, la clave profunda de una tragedia histórica aún inconclusa.

El caso de Holanda resulta también sobremanera ilustrativo. En la madrugada de su poderío colonial, su política comercial estuvo estrechamente vinculada al desarrollo de la manufactura

dentro del país; pero no tardaría en dedicarse, principalmente, a la usura y al comercio intermediario. Esta desconexión funcional, entre el desarrollo del capital comercial y la actividad industrial, concluiría por provocar un incremento hipertrofiado de aquel que retrasó en siglos la industrialización de Holanda.

La confluencia de factores favorables produjo en Inglaterra un resultado distinto. Mientras España irrumpe como potencia metropolitana dentro de una constelación típicamente feudal, Inglaterra entró en la esfera de la política colonial al mismo tiempo que el régimen corporativo y la estructura autoritaria del poder tocaba a su término con el proceso de los cercamientos de tierra, la venta del patrimonio eclesiástico, el desarrollo de la manufactura y las revoluciones políticas del siglo XVII. La subversión de la estructura económica feudal impidió que sus beneficiarios aprovecharan en su favor las pingües ganancias del comercio ultramarino y del tráfico de esclavos. Ni ocurrió tampoco lo que en Holanda. Desde época ya temprana, el capital comercial inglés estuvo en contacto íntimo con la industria. En el siglo XVII, el aflujo del capital comercial a las actividades industriales alcanzó volumen considerable. La industria a domicilio y la manufactura capitalista datan de esa época y compiten ventajosamente con la producción artesana. La característica más acusada de esta última es, como ha dicho Heinrich Herkner, su «sujeción jurídica y efectiva en múltiples aspectos». El Estado, por regla general, administraba las nacientes empresas, fomentándolas y protegiéndolas a cambio de jugosas contraprestaciones. Su principal mercado de consumo eran los círculos financieros y cortesanos. El capitalismo es también, en cierto grado, hijo del lujo. Sólo en este sentido es aceptable la tesis de Sombart.

En un principio, el artesanado de las ciudades y la industria agrícola doméstica sirvieron de base al desarrollo de la manufactura; pero en el período propiamente manufacturero el artesano dejó de ser un productor independiente para transformarse en asalariado. En los inicios del siglo XVIII, ya el artesanado estaba en franco proceso de desintegración. La producción manufacturera produjo, a su vez, una creciente racionalización del trabajo entre los obreros domésticos, intensificando el rendimiento de la actividad industrial. El proceso de producción se subdividió en las más simples operaciones mecánicas. No tardará en surgir, como consecuencia de este detallamiento técnico, el obrero espe-

cializado. El desarrollo de la producción manufacturera influye también en la organización del trabajo. La manufactura diseminada y el trabajo a domicilio fueron sustituidos por la manufactura centralizada y el taller capitalista y la concentración consecuente de un crecido número de operarios. No existía otra diferencia entre este tipo de empresa y una fábrica que la que se deriva de la diversa índole del instrumental. Se empleaba la herramienta y no la máquina como instrumento de producción. Adam Smith fue el teórico del sistema manufacturero. Véase con qué mezcla de fruición y sorpresa describía el proceso de fabricación de un alfiler: «Un obrero saca el alambre, otro lo estira, el tercero lo corta, el cuarto lo afila, el quinto hace la cabeza del alfiler. El acabado de la cabeza se divide, a su vez, en dos o tres operaciones: el colocarlo es una operación especial; otro es el acabado del alfiler; y aun el empaque del alfiler en el papel es una operación independiente. De esta manera, la preparación de un alfiler requiere, aproximadamente, dieciocho operaciones distintas».

Espoleado por la conquista de nuevos mercados y la concurrencia extranjera, el capital comercial inglés impulsó el desarrollo de la manufactura, logrando adueñarse de las ramas de la producción que alimentaban la exportación. Este enlace orgánico entre el comercio exterior, la explotación colonial y la actividad industrial fue la razón determinante del predominio económico de Inglaterra y el antecedente indispensable de su ulterior evolución capitalista, acelerada por sus recursos naturales y su espléndida posición geográfica. El clima templado, su vasta línea de costas, su amplio sistema de comunicaciones fluviales y terrestres y los ricos yacimientos de carbón y hierro contribuyeron, decisivamente, a su desarrollo técnico, económico y financiero. El aislamiento que le daba su posición insular y el dominio de las rutas marítimas que ejerció a partir de su victoria sobre España, Francia y Holanda sirvieron de base a la supremacía política y comercial que mantuvo durante tres siglos a tambor batiente y bandera desplegada.

III. La transformación de la herramienta en máquina: su repercusión en la industria, en la agricultura, en el transporte y en el comercio

El conjunto de cambios ocurridos en la estructura económica, en el régimen de relaciones sociales y en la organización del trabajo

de Inglaterra crea las condiciones para la transformación de la herramienta en máquina. No hubiera sido ello posible sin la acumulación previa de una gran masa de capitales, la expropiación de la tierra a los campesinos, la venta del patrimonio eclesiástico, la formación de un vasto conglomerado humano carente de medios propios de vida, la subdivisión técnica del trabajo y la ampliación del mercado. El proceso de extensión de la subdivisión técnica del trabajo en la manufactura capitalista fue la fase preparatoria de la producción maquinizada. La especialización del obrero en operaciones simples y repetidas abrió amplias perspectivas a la fabricación de aparatos mecánicos de estructura precisa y compleja. La necesidad de fabricar instrumentos propios de trabajo se hizo imperativa a partir de la manufactura concentrada. «Estos talleres —escribe Andrew Ure en su obra *Philosophy of Manufactures*— desplegaban ante la vista la división del trabajo en sus múltiples gradaciones. El taladro, el escoplo, el torno: cada uno de estos instrumentos tenía sus propios obreros, organizados jerárquicamente según su grado de pericia». «Este producto de la división manufacturera del trabajo —concluye Carlos Marx— producía, a su vez, máquinas. La máquina pone fin a la actividad manual artesana como principio normativo de la producción social. De este modo, se consiguen dos cosas: primero, desterrar la base técnica en que se apoyaba la anexión de por vida del obrero a una función parcial; segundo, derribar los diques que este mismo principio oponía al imperio del capital».

Si en la fase de la manufactura capitalista el punto de partida de la revolución operada en el régimen de producción fue la fuerza de trabajo, en la gran industria fue el instrumento de trabajo. En el curso de estas dos etapas entrecruzadas de la historia social se produce precisamente la transformación de la herramienta en máquina. No existe un criterio unánime en cuanto a las semejanzas y diferencias entre ambos instrumentos de producción. «La máquina y la herramienta —sostiene Birnie— se asemejan por cuanto son instrumentos que permiten al hombre efectuar ciertas operaciones más diestramente que con la simple mano. La diferencia mayor está en que la herramienta es puesta en movimiento por la fuerza física del hombre y la máquina por una fuerza natural, como el viento, el agua o el vapor».

Este criterio ha sido usualmente impugnado por matemáticos y mecánicos. Unos y otros acostumbran a definir la herramienta

como una máquina simple y la máquina como una herramienta compuesta. No establecen distinciones de ninguna índole entre ambas. Se componen unas y otras de las mismas potencias y unas y otras poseen la misma estructura. Suelen considerar máquina incluso a la palanca, al plano inclinado, al tornillo y la cuña.

Es indiscutible que toda máquina, por compleja que sea, se asemeja, por estar compuesta de las potencias más simples, a las demás herramientas; pero, como observa Marx, «esta definición es inaceptable desde el punto de vista económico, pues no tiene en cuenta el elemento histórico». También resulta insuficiente la distinción propuesta por Birnie. Se llegaría por este camino al absurdo de considerar una máquina el arado por tracción animal y una herramienta a la primitiva máquina de hacer mallas. La índole de la fuerza motriz no afecta a la naturaleza del instrumental. La herramienta se transforma en máquina «sólo cuando pasa de la mano del hombre a pieza de un mecanismo». El hombre sigue siendo el *motor primordial*; pero, una vez puesta en movimiento, la máquina adquiere vida propia, se emancipa del hombre y repite mecánicamente las mismas operaciones que antes ejecutaba el obrero con otras herramientas semejantes. La máquina se distingue, finalmente, de la herramienta, por su composición compleja y delicada y su alto grado de mecanización y detallamiento.

La transformación de la herramienta en máquina constituye el punto de partida técnico de la revolución industrial. El progreso del maquinismo se vio obstaculizado, en un principio, por la dificultad de encontrar una fuerza motriz apropiada. La baratura del viento corría pareja con su inconstancia. El agua estaba estrictamente limitada por razones de lugar. No se inventan los ríos ni los saltos de hulla blanca a medida del deseo. Las alternativas de la fuerza hidráulica, en los molinos que se movían por impulsión mediante palancas, contribuyó, sin embargo, a «centrar la atención hacia la teoría y la práctica del grado de impulsión, que luego había de tener importancia tan enorme en la gran industria». La cuestión quedó definitivamente resuelta con la aplicación del vapor a la máquina. El vapor ofrecía ventajas obvias sobre el agua y el viento. Podía ser creado en el sitio preciso y en la proporción en que se necesitara. La invención de la máquina de vapor representa, por eso, el hecho central de la revolución industrial.

La revolución industrial se manifiesta inicialmente en la industria textil del algodón. No en balde era la más importante de

Inglaterra por su vasto mercado ultramarino de consumo. El creciente auge de esta industria y su incapacidad técnica para continuar satisfaciendo la enorme demanda de tejidos de algodón obligaron a los manufactureros del ramo a interesarse por el perfeccionamiento del herramental utilizado. Se excitaron con premios a los inventores de nuevos expedientes mecánicos para la filatura y el tejido de telas de algodón. Múltiples artesanos familiarizados con instrumentos complejos —relojes, molinos de agua, telares automáticos— se pusieron a la obra. La fabricación de maquinaria quedaría a cargo del hombre de ciencia muchos años más tarde.

La maquinaria voladora del mecánico John Kay fue el primer mejoramiento de importancia en la industria textil del algodón. Su objetivo era acelerar el proceso productivo del tejido. El progreso obtenido, en la intensificación y aceleramiento del trabajo, generalizó rápidamente el invento de Kay. No demoraría el ritmo de desarrollo de la demanda de hilaza en sobrepasar largamente la capacidad de producción de los hilanderos. Esta circunstancia obligó a los manufactureros a mejorar el proceso técnico del hilado. En 1765, un tejedor, James Hargreaves, construyó un pequeño hilador mecánico, que se movía a mano y podía trabajar simultáneamente con dieciocho husos. La introducción del hilador mecánico de Hargreaves en el proceso del hilado produjo cambios sustantivos en la industria y un desplazamiento de dieciocho trabajadores por cada aparato.

Las deficiencias técnicas de los primeros inventos fueron sucesivamente superadas por la máquina de agua de Arkwright, el huso mecánico de Crompton y la máquina de hilar de Cartwright. Los progresos obtenidos en la industria del algodón repercutieron en otras ramas de la industria y apresuraron el advenimiento de la fábrica como centro de producción. En 1790 existían en Inglaterra alrededor de 150 fábricas de hilados de algodón, empleándose en algunas hasta 600 obreros. Estas fábricas estaban situadas en las riberas de los ríos del norte y occidente de Inglaterra. La producción de hilados y tejidos de algodón alcanzó, en breve tiempo, colosales dimensiones. Basten, por vía de ejemplo, estas cifras: en 1764 Inglaterra importó 3 970 000 libras de algodón; en 1789, 32 476 000; en 1799 la importación de algodón alcanzó 48 000 000 de libras; en 1821, 137 000 000. El proceso de mecanización de la industria textil se completa al finalizar el si-

glo XVIII. Los tejedores a mano supervivieron, precariamente, durante algún tiempo. Ya en la primera mitad del siglo XIX se habían extinguido. Análogo proceso se operó en la industria de la lana, el *jersey* y la seda.

Las limitaciones provenientes de la utilización de la fuerza hidráulica en la industria fabril determinaron la necesidad de aplicar un elemento propulsor que pudiera resolver el problema. Sobremana interesante es la historia de los que le desbrozaron el sendero a James Watt. El más antiguo invento que se conoce de aprovechar la fuerza motriz del vapor es el aparato de Herón de Alejandría. No trascendió este, en realidad, la tosca categoría de un barrunto frustrado. Siglos después los mecánicos europeos ensayan la fabricación de dispositivos enderezados a imprimir movimientos a ruedas mediante la energía producida por la combustión de la madera o del carbón en los hornos. Leonardo da Vinci, Jacob Leupold, Jacob de Strada y Vittorio Zonca han descrito prolijamente este tipo primitivo de motor. Un mecánico italiano, apellidado Branca, diseñó en 1629 una rueda movida por la fuerza motriz del vapor engendrada en una caldera. Este aparato contiene ya en sí los elementos constitutivos de la turbina moderna. Ninguno de estos intentos tuvo realización práctica alguna. No es menos cierto, sin embargo, que todos se proponían, como afirma Danilevsky en su *Historia de la técnica*, la fabricación de un motor térmico rotativo e iban abonando el terreno sobre el cual surgiría la máquina de vapor. Los intentos posteriores de Ramsay, Worcester, Armenton y el abate Hautefeuille contribuirían extraordinariamente al desarrollo de la minería.

Fue a Denis Papin a quien cupo la gloria de haber aplicado, por primera vez, la fuerza motriz del vapor para mover un pistón con un émbolo. Su célebre marmita llena toda una época de la historia de las invenciones mecánicas. La máquina de bombear agua de las minas, construida por Newcomen sobre el principio de Papin, se difundió enseguida por toda Inglaterra. Sus defectos técnicos y sus limitaciones serían subsanados por James Watt al adaptar el pistón en un movimiento rotatorio capaz de hacer girar una rueda o impeler maquinaria con cualquier fin.

No era Watt un simple obrero especializado. Sus conocimientos de física, química, mecánica y matemática están a la altura de su época. Había laborado como mecánico, en la Universidad de Glasgow, en la época en que enseñaban en sus aulas el economista

Adam Smith, el químico Blake y el físico Robinson. Proverbiales eran sus dotes de organizador y su sentido de la responsabilidad en el trabajo. Su perfeccionamiento de la bomba de Newcomen y sus constantes investigaciones y experimentos le habían proporcionado crédito y prestigio entre los manufactureros ingleses.

La máquina de vapor de Watt, culminación de un largo y complejo proceso en el que intervienen múltiples factores individuales y colectivos, es la primera máquina de radio universal que se conoce. Su fuerza propulsora, creada en su propio seno, se alimentaba con carbón y agua. «El gran genio de Watt —afirma Marx— se acreditó en la especificación de la patente expedida a su favor en abril de 1784, en la que su máquina de vapor no se presenta como un invento con fines especiales, sino como un agente general de la gran industria. En esta patente se alude a empleos, algunos de los cuales, como el martillo de vapor, por ejemplo, no llegaron a aplicarse hasta más de medio siglo después». En 1780 Watt aplicó, por primera vez, la fuerza motriz del vapor en un telar de Nottingham. Ya en 1800 había más de trescientas máquinas de vapor en operación.

La construcción de maquinaria fue obligada secuela de la aplicación del vapor a la industria. Esta nueva rama industrial requería el acarreo de grandes cantidades de materia prima. La industria metalúrgica se vio inmediatamente impulsada a efectuar cambios fundamentales en su estructura. El desarrollo de la metalurgia hizo posible llevar hasta sus últimas consecuencias el proceso de la técnica mecánica. En un principio afrontó esta nueva rama industrial serias dificultades. La más importante de todas era, sin duda, la escasez de combustible. Los bosques de Inglaterra se clarearon vertiginosamente por el incremento gigantesco de la construcción de buques y el carbón de leña comenzó a faltar. Enormes yacimientos de mineral de hierro quedarían inexplorados durante varios años por la circunstancia señalada. El descubrimiento del carbón de coke salvó a la industria inglesa de un inminente colapso. En 1829 el carbón en bruto fue aplicado en gran escala en Escocia. De esa sazón data la floreciente industria de hierro de Clyde. El descubrimiento de la manufactura barata de acero en 1856 por Henry Bessemer desplazó al hierro de la mayor parte de los usos industriales. El desenvolvimiento de la industria siderúrgica produjo, a su vez, una demanda progresiva de combustible; pero el reinado absoluto del carbón

sería al cabo sustituido por el polémico señorío del petróleo, esencia vital de la industria moderna.

El proceso técnico alcanzado por la industria en los siglos XVIII y XIX provocó una verdadera revolución en la agricultura, en los transportes, en el comercio y en la organización del trabajo. La emancipación del campesinado de la servidumbre feudal en la Europa occidental y la introducción de la maquinaria en la agricultura transformó radicalmente las perspectivas del agro, incorporándolo cada vez más al ritmo y estructura de la economía urbana. En 1804 se construyó la primera locomotora, en 1819 cruza el Atlántico el primer buque de vapor, en 1825 hay ya un camino de hierro entre Stockton y Darlington. Mucho antes que en España, el ferrocarril resoplaría en nuestra campiña tiznando el paisaje con la rítmica erupción de su grotesca chimenea. La conquista de la electricidad inicia una etapa de milagrería aún en plenitud de posibilidades. En 1835 se establece el primer telégrafo eléctrico. A fines del siglo XIX el cable submarino ha reducido el mundo de tal suerte que las oscilaciones de la bolsa, los cambios políticos y las declaraciones de guerra se conocen a raíz de haberse producido. En nuestro tiempo, el teléfono, el cinematógrafo, la aviación, la radio, la televisión y el radar abren un nuevo capítulo de la historia técnica de la humanidad cuya trascendencia apenas puede vislumbrarse. La desintegración del átomo —proeza sin paralelo de la ciencia moderna— sobrepasa, evidentemente, todos los triunfos del hombre sobre la naturaleza. «Alrededor de la transmutación atómica —afirma Paul Langevin— gira un conjunto de descubrimientos cuya importancia puede compararse con el descubrimiento del fuego y con la posibilidad de utilizarlo». En cuanto a lo que podría entrañar como fuerza creadora de bienestar y progreso, baste decir que «una sola carga de 10 000 toneladas de uranio permitiría que Francia tuviera, durante un siglo, una energía diez veces superior a la energía eléctrica y térmica de que hoy dispone, lo que equivaldría a que cada familia obtuviera el rendimiento del trabajo de 40 o 50 esclavos sin gasto alguno de alojamiento y manutención». La energía atómica sólo se ha aplicado hasta ahora a la destrucción y a la muerte. Sobre su uso futuro se cierne hoy una interrogación pavorosa.

Las repercusiones de la revolución industrial en el tráfico de mercancías y personas fueron igualmente extraordinarias. El comercio exterior vinculó a los pueblos y redujo las distancias. La

economía se internacionalizó. Las naciones más apartadas dependieron, en plurales aspectos, de sus antípodas. Proliferaron las áreas industriales, los centros fabriles se erizaron de torres humeantes, florecieron los sindicatos. La profecía de Malthus era ya sólo una pesadilla. La ley del rendimiento decreciente de la tierra se debía, no a la tacañería de la naturaleza y al crecimiento en progresión geométrica de la población, sino a deficiencias de la organización social. El nivel de confort ascendió y se expandió. Se abarataron las mercaderías. El hombre común participó de gozates privativos antes a los privilegiados de la fortuna. El espíritu científico se levantó a alturas insospechadas. La ilusión dieciochesca del progreso indefinido parecía deslumbrante evidencia. Nunca fue tan ostensible, por lo mismo, el contraste entre la riqueza y la pobreza y jamás tan agudos y chocantes los desniveles. «Cabría preguntar —escribe melancólicamente John Stuart Mill— si todos los inventos mecánicos aplicados hasta el presente han facilitado en algo los esfuerzos cotidianos de ningún hombre». La problemática de la miseria social, en una sociedad técnicamente pertrechada para eliminarla, quedaba planteada en dramáticos términos.

IV. Consecuencias sociales inmediatas de la revolución industrial

Las terribles condiciones de existencia que la revolución industrial impuso a amplias zonas de la sociedad derivan, principalmente, de la formación de un proletariado industrial y rural dependiente del alquiler de su fuerza de trabajo. No es exclusiva de este período de la historia la reducción a la indigencia de grandes masas humanas. En tiempos anteriores ha habido toda clase de gente sin medios propios de vida, mendigos y vagabundos; pero la población trabajadora en la Alta Edad Media «estaba firmemente incorporada en el organismo social por su pertenencia a las corporaciones, por los derechos de posesión de la tierra o por la servidumbre hereditaria». La vasta muchedumbre humana que laboraba en la gran industria naciente no tenía, en cambio, por lo común, perspectiva alguna de ascender a una posición más estable. Su subordinación a la demanda de trabajo y a las alzas y quiebras del mercado era absoluta. La ley de la competencia dictaba soberanamente el interés del patrono y sus relaciones con el obrero. «Los individuos que pertenecían a la clase trabaja-

dora —observa Heinrich Herkner— semejaban náufragos, que nadando en el mar se ahogan tan pronto como les faltan las fuerzas. En cambio, los propietarios eran como navegantes que van seguros en los barcos y nada temen aun cuando sus fuerzas personales faltan». «El desarrollo de la maquinaria —escribía Goethe— me tortura y me angustia. Avanza como una tormenta lentamente; pero ya ha tomado una dirección y ha de llegar a alcanzarnos. Todavía perdura en nuestra mente el recuerdo de la alegre vida que habéis visto estos días y de la cual os dio gran testimonio ayer la ataviada multitud que por todas partes se apretujaba. Pensad que, poco a poco, todo eso ha de desaparecer y morir, y que la llanura animada y poblada durante siglos ha de recaer en su primitiva soledad».

El dramático espectáculo ofrecido por este enorme conglomerado humano sin otros medios de subsistencia que su propia fuerza de trabajo es, sin duda, un hecho radicalmente nuevo en la historia. Sismondi lo advertirá antes que nadie. «El cambio fundamental que ha sobrevivido en la sociedad, en medio de la lucha universal por la competencia, ha sido —afirma— la introducción del proletariado entre las condiciones humanas; del proletariado cuyo nombre, tomado de los romanos, es antiguo, pero cuya existencia es totalmente nueva». Nunca hasta la revolución industrial había existido, en efecto, una clase social que, siendo jurídicamente libre, estuviera económicamente sometida al interés y al arbitrio de otra. «La creación de un proletariado rural e industrial —sentencia Birnie— es la consecuencia social de mayor importancia y, puede agregarse, la más desafortunada de la revolución industrial».

La apropiación por el capital de las fuerzas de trabajo sobrantes, el desplazamiento del hombre y la utilización de la mujer y del niño en las actividades fabriles, la prolongación de la jornada de trabajo, la intensificación de éste y la caída del nivel de los salarios fueron las consecuencias sociales inmediatas de la revolución industrial. Nada pudo el proletariado frente a estas condiciones de existencia que la burguesía en ascenso le imponía. La relación entre patrono y obrero se fundaba, en esta época de tajantes desniveles y contrastes, en el contrato libre de trabajo. En múltiples ocasiones la compraventa se efectuaba en términos leoninos para los asalariados. A veces «la demanda de trabajo infantil se asemeja incluso en la forma a la demanda de esclavos negros

y a los anuncios que solían publicar los periódicos norteamericanos». «Me llamó la atención —consignaba en un informe oficial un inspector de fábrica inglés— un anuncio publicado en el periódico de una de las ciudades manufactureras más importantes del distrito, que decía literalmente así: “Se necesitan de doce a veinte muchachos que no sean demasiado jóvenes para que puedan pasar por chicos de 13 años. Jornal: 4 chelines a la semana”». La explotación del trabajo de la mujer y del niño llegó a asumir dimensiones brutales en este período. El salario que una y otro recibían era, por lo regular, la mitad del correspondiente a un obrero adulto en cuanto a la primera y cuatro o cinco veces inferior en cuanto al segundo. La transcripción que sigue da una idea del grado en que se utilizaba el trabajo de la mujer y del niño: «En 1815 las mujeres constituían el 56% de los obreros empleados en la industria textil del algodón y en la industria del lino el porcentaje de las mujeres ascendía al 70%. En 1834 en 380 fábricas de hilados y tejidos en Escocia había en un total de 46 825 obreros, 13 720 menores, de 13 a 18 años de edad, y 7 400 niños menores de 13 años, no obstante la ley fabril que lo prohibía expresamente».

En su libro *The Industrial Revolution in the XVIII Century*, Paul Mantoux refiere que en las fábricas inglesas se empleaban niños de cuatro años y se les obligaba a trabajar a fuerza de látigo. «Desde luego —advierde Mantoux—, no en todas las fábricas se registraban tales horrores, aun cuando el maltrato de los obreros, sin excluir a los menores de edad, era lo más generalizado en la Inglaterra de fines del siglo XVIII». «El excesivo trabajo —agrega Mantoux—, la falta de descanso y de sueño y la naturaleza misma de los trabajos a que se forzaba a los niños en el período crítico del crecimiento eran suficientes para arruinar su salud y deformar sus cuerpos convirtiéndolos tempranamente en cargas sociales. No podía ser más frugal ni más pobre la alimentación; en ciertas regiones se vieron grupos de niños lidiando con los cerdos para arrebatárles la bazofia. Los patronos no se preocupaban tampoco de la salud de los obreros. Las enfermedades profesionales eran endémicas. El primer caso de *factory fever* aparece en Manchester en 1834 y pronto invade los distritos industriales causando innumerables víctimas». En su obra *De Inglaterra y los ingleses*, el economista liberal Juan Bautista Say, epígono de Adam Smith y paladín de la libre empresa, stampa, significativamente, que «un obrero, según la familia que tiene y a pesar de los esfuer-

zos dignos a menudo de la más alta estima, no puede ganar en Inglaterra más que las tres cuartas partes, y muchas veces tan solo la mitad, de la cantidad que necesita para sus gastos imprescindibles». El libro de Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, es una de las más severas denuncias que jamás se hayan hecho de la depauperación moral y material de la clase obrera en la etapa subsiguiente a la revolución industrial. «La fábrica —se lee en el *Gentleman Magazine*— puede considerarse como una mezcla de males morales, higiénicos, religiosos y políticos. En las grandes manufacturas la corrupción humana acumulada en grandes masas parece incubar una fermentación que la exaspera a un grado de malignidad no igualada en el infierno». La situación de la mujer trabajadora, desde 1750 a 1850, ha sido exhaustivamente estudiada por Ivy Pinchbeck en su monografía *Women Workers and Industrial Revolution*.

En cuanto a Francia, no le va en zaga a Mantoux el doctor Villermé en su escalofriante informe a la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París y en su documentada obra *Cuadro del estado físico y moral de los obreros*. «En algunos establecimientos de Normandía —dice— el látigo de nervio de buey, destinado a azotar a los niños, figura en el telar del hilador entre el número de los instrumentos de trabajo». Pero las fuentes más inmediatas y fidedignas de esta época ominosa del capitalismo moderno siguen siendo los informes oficiales de los inspectores de fábrica ingleses. De sus escrupulosas investigaciones extrajo Carlos Marx la inexpugnable colección de cifras y hechos en que se apoya el capítulo que dedica a la materia en *El capital*.

Fueron tales los abusos originados por la revolución industrial que la Cámara de los Comunes se vio obligada a tomar partido en el asunto. No lograría modificar fundamentalmente la oprobiosa situación imperante. La ley propuesta por Robert Owen, reduciendo la jornada trabajo de la mujer y del niño, promulgada en 1819 —verdadera piedra miliar en la historia de la legislación obrera—, se burló por los patronos durante muchos años. La voz generosa de Lord Macaulay se alzaría en el parlamento condenando este estado de cosas y exigiendo del poder público una intervención urgente para remediarlo. «El hombre que no puede ofrecer sino la propiedad insustancial de su trabajo a cambio del producto real y efectivo de la propiedad raíz y cuyas diarias necesidades requieren para su sustentación diario trabajo —advertía

en su libro *State of the Poor*, Morton Eden, discípulo de Adam Smith—, tiene que estar, necesariamente, a merced de su patrono por la naturaleza de las condiciones en que vive». La actitud de la novel burguesía industrial inglesa frente a los sufrimientos y penurias de la clase obrera está gráficamente expresada en esta anécdota que recoge Mantoux: «¿Qué haremos ahora?», inquirían conturbados de su patrono unos obreros despedidos. Y aquel se limitó a responder flemáticamente: «Las leyes naturales decidirán».

No es posible detenerse ahora en un examen a fondo del problema de la libre contratación del trabajo a la luz de una concepción humanista y democrática del derecho. Baste recordar, a propósito, la polémica sostenida por Macaulay al proponerse la limitación de la jornada de labor en la Cámara de los Comunes. Los adversarios de esta medida aducían que la duración de la jornada de trabajo y las condiciones del salario eran de la exclusiva competencia de las partes contratantes. Macaulay, para refutar esta argumentación, citó el proyecto sobre reglamentación higiénica de la vivienda presentado al parlamento por el conde de Lincoln. Según el avisado estadista, un propietario de Manchester podría impugnarlo con idéntico razonamiento de esta suerte. «A su señoría, el conde Lincoln, no le gustan las casas que carecen de desagüe. Cree su señoría que sus alcobas son sucias; nadie lo obliga a dormir en ellas. Use su señoría de su libertad, pero no restrinja la de sus vecinos. Yo puedo hallar muchas familias que paguen gustosamente un chelín mensual por que las deje vivir en lo que su señoría llama un cobertizo propio para bestias. ¿Y por qué no he de cobrar yo el chelín que quieren darme voluntariamente? ¿Y por qué ellos no han de tener el abrigo que yo les proporciono por un chelín? ¿Por qué envía, su señoría, sin mi permiso, a un hombre para que blanquee mi casa obligándome así a pagar lo que yo no le he mandado a hacer? Mis inquilinos juzgan que la casa está bastante limpia para ellos, o si no, no hubieran sido inquilinos míos, y si ellos y yo estamos satisfechos, ¿por qué se mete su señoría entre nosotros, hollando arbitrariamente todos los principios del libre cambio?»

Esta argumentación era la misma, en sustancia, que la empleada por los oponentes a la limitación de la jornada de trabajo. «Si el conde de Lincoln me permite que yo lo defienda —continuó Macaulay—, contestaré a la objeción de este modo: Yo prefiero la sana doctrina del libre cambio. Pero vuestra doctrina es una carica-

tura de la sana doctrina. Nada tendríamos que ver con los contratos celebrados entre su señoría y sus inquilinos, si estos contratos afectaran sólo a intereses pecuniarios. Pero algo más que intereses pecuniarios está en juego. Conciérne a la comunidad que no viva la mayoría de la gente de un modo que hace a la vida miserable y breve, que debilita el cuerpo y corrompe la inteligencia. Si por vivir en casas que parecen zahúrdas contrae gran número de ciudadanos gustos groseros; si se han familiarizado tanto con la suciedad, la hediondez y el contagio, que se esconden sin repugnancia en agujeros que revolverían el estómago a un hombre limpio por costumbre, esto será una prueba más de que hemos descuidado nuestros deberes y una razón más para que ahora los cumplamos». Y concluyó de esta guisa: «Si no limitáis la jornada, sancionareis el trabajo intenso que empieza demasiado pronto en la vida, que continúa por luengos días, que impide el crecimiento del cuerpo y el desarrollo del espíritu, sin dejar tiempo para ejercicios saludables y para el cultivo intelectual, y debilitaría todas esas cualidades que han hecho grande a nuestro país. Nuestros jóvenes, sobrecargados de trabajo, se convertirán en una raza de hombres débiles e innobles, padres de una prole aún más débil e innoble, y no tardará mucho el momento en que la degeneración del trabajador afectará desastrosamente a los intereses mismos a que fueron sacrificadas sus energías físicas y morales». Estas palabras de Macaulay debían inscribirse, con áureos caracteres, en el frontispicio de la moderna legislación del trabajo.

V. La protesta obrera contra el maquinismo

No tardaría en manifestarse la protesta de la clase obrera contra la explotación del trabajo y las condiciones sociales de vida subsiguientes a la revolución industrial. En los finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, se produjo una viva inquietud en las fábricas y se vertebraron numerosos grupos en defensa de sus intereses y aspiraciones. Varios de estos grupos se pronunciaron en favor del inmediato restablecimiento del régimen corporativo; pero la mayoría se mostró partidaria de luchar por la supresión de las máquinas, el derecho de coalición y la extensión del sufragio. En el orden político, este movimiento tuvo su más caracterizado órgano de expresión en *The London Corresponding Society*, fundada por el zapatero Thomas Hardy y el poeta John Thelwall. Las ideas políticas y sociales

de William Olvilgie, Thomas Paine, Patrick Colquhoun, William Wordsworth, Samuel Taylor Coleridge, Charles Hall y William Godwin influyeron en la formación y desarrollo de la agitación obrera y popular de la época. Gran difusión y predicamento obtuvo entonces el libro de Godwin *An Enquire Concerning Political Justice*. Los miembros de The London Corresponding Society eran, en su mayor parte, «menstrales, obreros manuales y tenderos, que abonaban semanalmente un penique». Se organizaron numerosas filiales compuestas cada una de veinte personas. Filósofos como Horne Tooke, revolucionarios como Thomas Paine, poetas como William Blake y vegetarianos como John Ritson, se sintieron atraídos por este movimiento y participaron en sus campañas. Edmund Burke, el teórico por antonomasia de la contrarrevolución, le salió al paso a The London Corresponding Society. Después de fugaz y accidentada existencia, la sociedad fue disuelta por el gobierno en 1799, so pretexto de haber estado estrechamente ligada a los jacobinos franceses.

Las crisis económicas originadas por las guerras napoleónicas agudizaron hasta la exasperación la protesta social en Inglaterra. La agitación obrera culminó en acciones directas contra las máquinas, muchas de las cuales fueron destruidas. Ya las postrimerías del siglo XVII habían presenciado frecuentes sublevaciones contra los aparatos mecánicos y sobre todo contra el molino de cintas. Su inventor fue perseguido enconadamente y estrangulado al cabo en Danzig. Fueron tan graves los disturbios suscitados por el molino de cintas que fue prohibido en Leyden y en Colonia por las autoridades municipales. En diversas regiones de Alemania, fue quemado en la plaza pública. «Esta máquina, que tanto ruido armó en el mundo entero —escribe Marx—, era en realidad la precursora de las máquinas hilanderas y textiles y, por tanto, de la revolución industrial del siglo XVIII. Por medio de ella, un muchacho inexperto en el trabajo textil podía accionar todo el telar sin más que empujar una palanca; una vez perfeccionada, esta máquina tejía de 40 a 50 piezas al mismo tiempo».

Motines, incendios de fábricas y destrucción de máquinas caracterizan la historia social de Inglaterra en los albores del siglo XIX. Es ya célebre, en este sentido, el movimiento *luddita*. Su denominación proviene del calcetero inglés Ned Ludd que, habiendo hecho añicos en cierta ocasión el telar en que trabajaba como protesta contra el bajo nivel de su salario, dio lugar a que se generalizase el dicho

«hagamos lo que Ludd». En 1811 los *ludditas* constituían ya un núcleo extenso y dado abiertamente a la violencia. Numerosas máquinas fueron destruidas o dañadas en nombre de Ludd.

El movimiento adquirió tal fuerza expansiva y demoledora que en 1812 el parlamento aprobó una ley decretando la pena de muerte para los destructores de máquinas. Lord Byron, el gran poeta romántico, pronunció un inflamado discurso al discutirse esta ley en la Cámara de los Comunes. Estas fueron sus palabras finales: «Aun reconociendo, como es obligado, que estos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra en la península ibérica, que he estado en algunas de las provincias más agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el más despiadado despotismo de un gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano. ¿Y cuáles son vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece, por fin, el grandioso específico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún médico de Estado desde los tiempos de Dracón hasta nuestros días: la pena de muerte. Pero, ¿es que, aun prescindiendo de la injusticia tangible y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay ya bastantes penas de muerte en nuestras leyes? ¿No hay bastantes cuajarones de sangre en nuestros códigos que todavía queréis derramar más, hasta que los cielos griten y clamen en contra nuestra? ¿Son esos los remedios con que queréis curar a un pueblo hambriento y desesperado?»

En esta misma época, Byron escribió una vibrante proclama comparando a los *ludditas* con los héroes de la independencia hispanoamericana y el poeta Shelley compuso su *Prometeo encadenado* y su *Marsellesa proletaria*. Las afinidades políticas y sociales de este último con William Godwin han sido admirablemente esclarecidas por Henry N. Brailsford. «Intentar comprender a Shelley sin la ayuda de Godwin —afirma— es una tarea casi tan inverosímil como leer a Milton sin conocer la *Biblia*».

Motines contra las máquinas se organizaron en casi toda Europa en la primera mitad del siglo XIX. En 1840, se produjo en Alemania un movimiento semejante al *luddita* entre los tejedores silesianos. Gerard Hauptmann ha escrito sobre el tema uno de los dramas más intensos del teatro contemporáneo.

La madurez política de la clase obrera explica este tipo elemental de protesta. No es la máquina, en sí misma, la responsable de su infortunio, sino la relación social que la gran industria demandada establece entre la máquina y el hombre que la trabaja. La máquina esclavizadora, que adapta el ritmo orgánico al ritmo mecánico de sus pistones y poleas engendrando la fatiga social y el automatismo idiotizante, anida en su entraña la máquina liberadora, la máquina amiga, creadora de riqueza, bienestar y justicia.

Tiempo habría de pasar antes de que el obrero supiera discernir la maquinaria de su empleo y los medios materiales de producción de su forma social de explotación. En su ulterior desarrollo, el proletariado, al transformarse de *clase en sí* en *clase para sí*, se enfrentará con el régimen industrial adoptando formas adecuadas de organización y de lucha y obteniendo al cabo el reconocimiento de sus derechos políticos, sindicales y humanos y múltiples demandas encaminadas a mejorar sus condiciones sociales de vida en punto a higiene, educación, despido, maternidad y vejez. A ese resultado contribuyen también eficazmente la difusión y arraigo de las doctrinas sociales y su incorporación a los idearios de los partidos políticos.

*VI. Expansión y características del capitalismo moderno:
Teorías de Edwin R. A. Seligman, Werner Sombart,
Max Weber y Henri Séé*

La revolución industrial impulsó vigorosamente el desarrollo de la forma capitalista de producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza. Inglaterra fue también el país de Europa en que este proceso asumió su estilo clásico de expresión. En 1815, todavía, como observa J. A. Hobson en su obra *The Evolution of Modern Capitalism*, «la especialización geográfica era incompleta, la exportación relativamente pobre y el trabajo no estaba representado por cifras elevadas». Tres décadas más tarde la organización capitalista de la industria había ya triunfado en toda la línea. La concentración industrial y el maquinismo constituyen los mecanismos centrales de la vida económica inglesa. Se establecieron miríadas de sociedades anónimas y por todas partes afloraron instituciones de crédito y organizaciones bancarias. De 1822 a 1850 se fundaron más de 600 compañías de seguros, abastecimiento de agua, gas, minas, canales, puertos y ferrocarriles, repre-

sentando un capital de 500 000 000 de libras esterlinas. Entre 1833 y 1836 se establecen 72 bancos en Inglaterra y 10 en Irlanda. En 1841 se promulgó una ley fijando en 10 horas la jornada de trabajo. El movimiento cartista llegaría a su apogeo en los umbrales de la Revolución de 1848.

Mucho más lento fue el progreso del capitalismo en Francia. Si la gran Revolución había modificado sustantivamente la estructura jurídica, política y social, la organización económica quedó, en cambio, lastrada por las formas de producción sobreviviente del antiguo régimen. La razón de este retraso se debió, en buena parte, a la escasez de combustible y a la larga serie de guerras y perturbaciones que subsiguen a la Revolución, con el consiguiente drenaje de los recursos económicos del país y la quiebra del imperio colonial y del comercio marítimo. En Bélgica el proceso evolucionó con ritmo más acelerado. Ya en 1870 Bélgica es uno de los baluartes del capitalismo europeo. El proceso capitalista comenzará propiamente en Alemania mediando ya el siglo; pero su ritmo se intensificará por días a partir del Imperio, fruto legítimo del «carbón y del hierro» al decir de Bismarck. Viena fue, durante largo tiempo, el único centro financiero importante de la monarquía austriaca. Rusia permaneció hasta las postrimerías del siglo XIX configurada y regida por intereses y fuerzas típicamente feudales. En la Europa oriental y en Italia, España y Portugal el desarrollo capitalista era sobremanera lento ya muy avanzado el siglo XIX.

Desigual fue la evolución del capitalismo en Estados Unidos. A partir de 1825 empezó a propagarse en las regiones del norte el sistema fabril. No se explotarían hasta muchos años después los ricos yacimientos de carbón y hierro. Europa seguiría abasteciendo a Estados Unidos de artículos manufacturados. Las energías creadoras del pueblo norteamericano se volcaron impetuosamente en la colonización interior del vasto territorio y en la audaz y jugosa aventura del *Far West*. En los estados del sur, dedicados principalmente al cultivo del algodón, imperaba un gran atraso técnico y la relación de trabajo se basaba en la esclavitud. Un siglo más tarde Estados Unidos dejaría atrás en su portentoso desarrollo económico a todos los pueblos del orbe. El proceso de perfeccionamiento y expansión del maquinismo y el alto nivel de tecnificación a que ha llevado su aparato industrial pueden medirse por el número de patentes de invención concedidas por el gobierno de año en año. En la década de 1790 a 1800, 276; en la década de 1850 a 1860, 25 087; en

la década de 1890 a 1900, 234 956, y en la década de 1926 a 1936, 491 676. La mayoría de estas patentes de ingeniería han contribuido a mejorar la maquinaria, incrementar su rendimiento y engrosar el ejército industrial de reserva. Si el descomunal desenvolvimiento industrial ha convertido a Estados Unidos en el país más rico y poderoso del mundo, le ha creado una multitud de complejos problemas nacionales e internacionales. La creciente supeditación del hombre a la máquina y las relaciones sociales en general se han venido enmarañando extraordinariamente y se han planteado problemas tan espinosos como el de la penuria en la abundancia, el cierre masivo de fábricas y el aumento del paro forzoso, sobre todo en los años inmediatamente anteriores a la administración de Franklin D. Roosevelt.

El capitalismo entra ya en franco proceso de expansión internacional al tramontar la pasada centuria. Su adolescencia fue tardía y penosa; su juventud, desconcertante y audaz; fácil y dinámica su madurez. En nuestro tiempo, el capitalismo ha adoptado una forma preponderantemente financiera y monopolista, unciendo la industria, la agricultura y el comercio al señorío de la banca y de la gran empresa. Vivimos en la era del *trust*. No puede negarse que el sistema capitalista de corporaciones ha contribuido, en gran medida, al progreso económico y técnico de la sociedad contemporánea. Sin una rápida movilización del capital en gran escala, no hubiera sido posible la construcción de ferrocarriles, la fabricación de carreteras, la explotación de la naturaleza y el desarrollo en masa de empresas industriales, agrícolas y mercantiles, lo cual se ha traducido socialmente en el abaratamiento de las mercancías y en el mejoramiento general de las condiciones de vida.

No menos cierto que lo antedicho es que el altísimo coeficiente de desarrollo en la producción, en la técnica y en la concentración capitalista está destruyendo, progresivamente, la pequeña propiedad, el pequeño comercio y la pequeña industria. Según estadísticas del gobierno de Estados Unidos, de las 333 000 corporaciones que en 1936 pagaban impuestos sobre utilidades en ese país, las 200 más poderosas regían virtualmente su vida económica. Estas corporaciones representaban el 40% de las entradas netas de la nación y el 45% de sus activos brutos. Las reformas sociales y económicas del *New Deal* intentaron poner coto a esta patológica concentración de riqueza y de poder propia de una estructura imperial y no de una república democrática.

Nada original hemos aportado, ni era nuestro propósito, al caracterizar el capitalismo moderno a la luz de los hechos. Veamos ahora, sumariamente, las principales teorías que se han elaborado para explicarlo a la luz de su naturaleza. La primera investigación sistemática del régimen capitalista la realizó Carlos Marx en su magno libro *El capital*. No resulta este el sitio adecuado para exponerla. Será objeto del tratamiento correspondiente en el capítulo relativo al socialismo marxista. En esta ocasión, nos ocuparemos, exclusivamente, de las teorías del capitalismo desarrolladas por Edwin R. A. Seligman, Werner Sombart, Max Weber y Henri Sée. Seligman ha intentado apresar, en una perspectiva de conjunto, los caracteres generales del capitalismo desde el punto de vista de su forma, de sus relaciones y de su espíritu. Según el gran economista norteamericano, el capitalismo es «la forma de vida económica que pone en manos de una clase específica el control de todas las etapas del proceso de producción, desde la provisión de la materia prima, hasta la venta en el mercado del producto acabado». El capitalismo es, considerado como pura técnica, el economizador de trabajo *par excellence*. Sobre esta base técnica se han construido las formas de la industria moderna: producción en masa, estandarización e integración. La producción en masa ha viabilizado —escribe Seligman— «la regulación de la producción total y la reducción del costo, de modo que con cada disminución del precio se alcanza continuamente un nuevo estrato de consumidores». La estandarización es el correlato de la producción en masa. Al fabricarse los productos en serie, se reducen los precios, se generaliza el consumo y se multiplican la riqueza y el bienestar. Ni la producción en masa ni la estandarización pueden desarrollarse sin la integración de la industria, que tiene su más alta expresión en los *cartels* y en los *trusts*.

En contraste con las formas del capitalismo moderno, están las relaciones que el mismo genera: la competencia, el pago de jornales y el mercado. La competencia es el alma del comercio y su objetivo es comprar barato y vender caro. Bajo el capitalismo el obrero no tiene más medio de subsistencia que el jornal que el patrono le abona a cambio de su trabajo. Está radicalmente desvinculado de la propiedad de los instrumentos de producción. Capitalista y proletario son categorías sociales distintas y separadas. «La razón de ser del socialismo —afirma Seligman— estriba en este hecho indubitable». El capitalista, por último, produce para

el mercado. La demanda efectiva es la que le interesa y no la demanda social.

El espíritu capitalista se manifiesta bajo un triple aspecto: individualismo, deseo de ganancia y cálculo. No es nuevo en la historia el individualismo como estado colectivo de conciencia y estilo de vida; pero ha sido el régimen capitalista, fundado en la propiedad privada y en el libre juego del interés personal, el que le ha dado un prodigioso estímulo al identificar el éxito económico con el esfuerzo propio y el espíritu de empresa. El deseo de ganancia es consustancial al sistema. No se mueve una tuerca de este si no va impelida por aquel deseo. Y nada se escatima en la consecución de ese propósito. Esta es la razón del *taylorismo* y del *fordismo*, la introducción de métodos eficientes y racionales en la actividad productiva. En un sentido más amplio —concluye Seligman—, «el espíritu moderno puede decirse que consiste en la aplicación de cálculos más exactos en el logro de los resultados apetecidos».

Para Werner Sombart, el capitalismo se funda en «la posesión privada de valores de toda índole, incluyendo entre ellos los medios de producción, como materias primas, herramientas, fábricas e instalaciones». El proceso de su evolución histórica ha «conducido a la producción de mercancías en gran escala, reuniendo bajo una dirección única, y en una obra común, múltiples energías individuales». La forma de producción capitalista exige la concentración de millares de obreros en las fábricas y en las minas; pero ese mismo proceso evolutivo es el que hace «que todos los trabajadores reunidos para laborar en común no tengan las mismas relaciones jurídicas con los medios de producción que emplean. Los unos son los propietarios de estos medios, y esta propiedad de los medios de producción les confiere el derecho de dirigir los trabajos y de disponer del fruto de los mismos. Los otros, es decir, la gran masa privada de recursos, carece de toda propiedad sobre los medios de producción y esto los obliga a buscarse el sustento ofreciendo a los propietarios de esos medios, a cambio de una retribución, la fuerza de sus brazos, esto es, lo que constituye su única propiedad».

De esta situación, de hecho, surge, según Sombart, el contrato libre de trabajo. «Mediante este contrato —dice en su ya clásico libro *The Modern Capitalism*—, el obrero desposeído se compromete con el propietario de los medios de producción a realizar un trabajo determinado a cambio de determinado jornal. Fácil es

comprender, teniendo en cuenta que toda producción estriba en la unión del trabajo del hombre con los factores materiales de ella, que la forma de producción capitalista se diferencia de todas las demás por el hecho de que en ella los dos factores de la producción se hallan representados por grupos separados que necesitan reunirse para que resulte una obra útil —lo contrario de la organización artesana, en que el trabajador es, al mismo tiempo, propietario de los medios de producción— y, además, porque la unión antedicha se realiza por el libre acuerdo, por el contrato libre de trabajo, circunstancia que lo distingue aun, por ejemplo, de la forma de producción basada en la esclavitud, en la cual también se observa la diferencia entre dos grupos sociales distintos».

El afán de lucro y el nacionalismo económico «son los principios que rigen esta organización económica e imprimen su sello peculiar a la vida social moderna». La actividad productiva se endereza siempre a valorizar o incrementar el capital que se aplica a la producción: la caza del beneficio es el objetivo céntrico del sistema. Este afán de lucro es lo que explica que «toda la actividad mental del sujeto económico —el capitalista, el propietario de los medios de producción— o de sus agentes retribuidos se ejercite en dar a la producción una forma racional lo más adecuada posible a las condiciones en que el proceso económico y técnico se desarrolla».

La clase social que representa los intereses del sistema capitalista es la burguesía. Esta se compone, en primer término, de «los sujetos económicos directos, los iniciadores de empresas capitalistas, los patrones, a los cuales viene a agregarse en nuestras sociedades modernas un gran número de personas interesadas en su prosperidad». En la burguesía, Sombart incluye, además, los siguientes elementos: a) Todas «aquellas personas que tienen o podrían tener una posición económica independiente que reconocen el principio de la explotación, del nacionalismo económico y de un régimen jurídico de libertad de contratación a aquel acomodado». Forman también parte de este grupo «un pequeño número de personas que, al parecer, son artesanos, y, entre los agricultores, los modernos colonos». b) Todas «las entidades económicas dependientes; pero que al mismo tiempo actúan como colaboradores o representantes de empresas capitalistas y la mayor parte de las veces tienen también un interés directo en su éxito económico. En esta categoría pueden incluirse directores, abogados y jefes que perciben un tanto por ciento en los grandes negocios».

El polo opuesto de la burguesía es el proletariado. Si se aspira a penetrar en la esencia de esta clase social, es indispensable desecharla —advierte Sombart— «esa imagen de chusma mal vestida que suele despertar esta palabra en quien no ha leído a Carlos Marx». La palabra proletario —precisa— «se emplea hoy, con independencia de su significación primitiva, en un sentido técnico para designar la clase social que se halla al servicio y cobra un salario de las empresas capitalistas y que es, en consecuencia, el objeto del sistema». No debe confundirse esta clase social con todos los desposeídos. A ella pertenecen, exclusivamente, «el conjunto de los trabajadores asalariados libres, es decir, todas aquellas personas cuyos intereses respecto a las empresas capitalistas en que laboran no son los mismos que los de las entidades designadas antes como aburguesadas». Según Sombart, el haber incluido en la clase obrera núcleos sociales que le son ajenos, fue lo que llevó a Marx a sostener, erróneamente, «que el movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría, el interés de la mayoría inmensa». Lo que caracteriza al proletariado no es su miseria absoluta sino su miseria específica.

De esta miseria específica y del resentimiento que subconscientemente lo emponzoña, al verse preterido en el reparto de los frutos cosechados con su sudor y su brazo, brota su voluntad de subvertir el régimen capitalista y su afán de poder. Las doctrinas socialistas disidentes del capitalismo y, sobre todo, el socialismo marxista, adoptan como punto de partida, en el terreno de la acción política, ese contraste objetivo, que tiene su fundamento, no en condiciones naturales y permanentes, sino en particularidades de la organización social, en la esencia del régimen económico predominante. «Contra la naturaleza —postuló Hegel— nadie puede sustentar un derecho; pero en el estado de sociedad toda deficiencia representa una injusticia inferida a una u otra clase social».

Max Weber ha expuesto su teoría del capitalismo en varios de sus libros; pero su más acabado desarrollo se encuentra en su *Historia económica general*. No es tarea fácil resumirla. El pensamiento del insigne sociólogo alemán suele expresarse en forma densa y en apretados conceptos. En cuanto a claridad de exposición y a primores de estilo, deja bastante que desear. Su arisca terminología y su prosa concentrada han dificultado sobremanera su traducción al español. Basta adentrarse en su monumental obra *Economía y sociedad* para percibir enseguida el menoscabo que sufren sus ideas al verse a otra lengua.

Según Weber, «existe el capitalismo dondequiera que se realiza la satisfacción de necesidades de un grupo humano con carácter lucrativo y por medio de empresas, cualquiera que sea la necesidad de que se trate; especialmente decimos que una explotación racionalmente capitalista es una explotación con contabilidad de capital, es decir, una empresa lucrativa que controla su rentabilidad en el orden administrativo por medio de la contabilidad moderna, estableciendo un balance». Han existido varios tipos de organización económica en que la satisfacción de sus necesidades ha sido en parte capitalista, en parte artesana o señorial. Génova es un típico ejemplo de economía «que cubrió una porción de sus necesidades públicas, las referentes a la guerra, por el procedimiento capitalista de las sociedades anónimas». Sólo puede decirse «que toda una época es típicamente capitalista cuando la satisfacción de las necesidades se halla, conforme a su centro de gravedad, orientada de tal modo, que si imaginamos eliminada esta clase de organización, queda en suspenso la satisfacción de aquellas». Distintas formas presenta el capitalismo en los diversos períodos de su historia; pero «la satisfacción de las necesidades cotidianas por medios capitalistas sólo es peculiar de Occidente, y aun en los países que lo integran resulta cosa natural desde la segunda mitad del siglo XIX». Las manifestaciones del capitalismo en tiempos anteriores «son simples pródromos e incluso las pocas explotaciones capitalistas del siglo XVI hubieran podido ser eliminadas de la vida económica de aquel entonces sin que sobrevinieran transformaciones catastróficas».

Weber sostiene que la «premisa general para la existencia del capitalismo moderno es la contabilidad racional del capital como norma para todas las grandes empresas lucrativas que se ocupan de la satisfacción de las necesidades cotidianas». Estas empresas necesitan, a su vez, para su desenvolvimiento y auge, un conjunto de condiciones previas que Weber enuncia y examina prolijamente: apropiación privada de todos los bienes materiales de producción, libertad mercantil, mecanización de la producción, del transporte y del cambio, codificación del derecho, trabajo libre, comercialización de la economía y representación de los bienes patrimoniales por medio de valores transferibles.

A fin de proporcionarle un sustrato empírico a su teoría, Weber revisa los hechos externos del desarrollo capitalista, las primeras grandes crisis de especulación, el libre comercio al por mayor, la

política colonial desde el siglo XVI hasta el XVIII, la evolución de la técnica de explotación industrial y el desarrollo de la ideología capitalista. La propalada tesis de Sombart, según la cual «la influencia de metales preciosos puede considerarse como motivo único originario del capitalismo», es objetada por Weber. Y tampoco acepta la extendida opinión de que «entre las condiciones decisivas para el desarrollo del capitalismo occidental figura el incremento de la población». A su juicio, el capitalismo surgió en las ciudades industriales del interior de Europa y resultó favorecido por las guerras, el afán de lucro y la boga del lujo a partir del Renacimiento. «Lo que en definitiva creó el capitalismo —afirma Weber— fue la empresa duradera y racional, la contabilidad racional, la técnica racional, el derecho racional, la ideología racional, la racionalización de la vida y la ética racional en la economía». También discrepa Weber de Sombart en la responsabilidad que este atribuye a los judíos en la formación del espíritu capitalista. El aporte fundamental de los judíos al capitalismo fue «la hostilidad hacia la magia». Los gérmenes del capitalismo moderno —dice Weber— «deben buscarse en un sector donde oficialmente domina una teoría económica hostil al capitalismo, distinta de la oriental y la antigua: el protestantismo, que puso efectivamente la ciencia al servicio de la técnica de la economía». «Mientras la clase trabajadora se conformaba con su suerte —concluye Weber—, pudo prometersele la buena venturanza; pero, una vez desaparecida la posibilidad de este consuelo, tenían que revelarse todos los contrastes que se advierten en una sociedad que, como la nuestra, se halla en pleno crecimiento».

Henri Sée niega, rotundamente, que la simple existencia de capitales haya constituido la sociedad capitalista. La acumulación de capitales es, desde luego, una condición indispensable; pero era necesario al par que esa masa de capitales se originara en el comercio en gran escala e influyera sobre su ritmo, volumen y alcance. El capitalismo comercial dio «por fuerza nacimiento al capitalismo financiero, el cual contribuyó a una nueva acumulación de capital al provocar una circulación más activa de mercancías y dinero». Factor fundamental en la evolución del capitalismo fue «la necesidad de dinero cada vez mayor de los grandes principados y monarquías». No cabe ya duda de que «la creación del crédito público ha contribuido grandemente al desarrollo de las grandes potencias financieras que surgieron en la aurora de los tiempos

modernos». Los grandes descubrimientos geográficos derramaron sobre Europa cuantiosas riquezas acelerando la evolución del capitalismo. La supeditación posterior del capitalismo comercial y financiero al capital industrial da origen al capitalismo moderno que se «distingue de los demás regímenes económicos por la movilidad de los capitales y las sociedades por acciones, el perfeccionamiento de la organización del crédito y la banca y la transformación de los medios de comunicación y transporte lograda por la máquina de vapor». «Si el capitalismo puede considerarse como responsable de muchos sufrimientos, acaso durante el prolongado período de su formación más que en su pleno florecimiento —resume Sée en un juicio de valor—, hay que reconocer que ha sido también un instrumento de actividad intelectual y de emancipación. Esta es, sin duda, la razón principal de que Italia en el siglo XIV y los Países Bajos en los albores de los tiempos modernos hayan sido el asiento de las ciencias, las letras y las artes, y también de que el Renacimiento fuera tan floreciente y fecundo. No es menos significativo que en el siglo XVI Holanda haya producido un Rembrandt y un Ruysdael, y que haya sido un centro de actividad científica y de libertad intelectual, y un asilo y refugio de perseguidos políticos y de hombres de pensamiento».

El triunfo del capitalismo es el triunfo de la burguesía como clase. La Revolución francesa y el establecimiento del régimen democrático —cuajo político del proceso de transformación social y económica que se produce a lo largo de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII— proporcionan al régimen capitalista el conjunto de ideas que lo fundamentan y legitiman. La concepción individualista de la convivencia es la doctrina social del capitalismo clásico, del capitalismo en su fase ascendente, del capitalismo que tiene en la época victoriana su hora de apogeo y de ilusión.

Los problemas y situaciones que la forma de producción capitalista plantea a la clase obrera y sus repercusiones generales en la estructura de la sociedad moderna condicionan y configuran la cuestión y el movimiento sociales de nuestro tiempo y constituyen el obligado abrevadero de las doctrinas sociales. El problema de la sobrevivencia del capitalismo es tema preferente de la teoría económica y del debate profano en estos días azarosos que vivimos. Su inestable y compleja situación salta a la vista y las dudas sobre su supervivencia se filtran ya incluso, como observa Adolph A. Schumpeter, en los círculos más optimistas de la opinión

conservadora. No tienen otro objetivo que asegurarle la existencia, mediante la ampliación de sus bases sociales y la regulación del proceso económico, las investigaciones teóricas y las actividades prácticas de John Maynard Keynes y su escuela. La identidad inicial entre capitalismo, liberalismo y democracia determina la seria crisis que afronta hoy esta última, agravada por las posiciones antidemocráticas adoptadas por vastas zonas del socialismo y los movimientos totalitarios. De toda suerte, resulta indiscutible que, no obstante sus contradicciones, injusticias y deficiencias, el capitalismo moderno representa una fase superior de desarrollo y de progreso generales en relación con los regímenes económicos precedentes. Su mayor grandeza se cifrará siempre en haberle suministrado a la sociedad el instrumento capaz de sojuzgar la naturaleza y ponerla a su servicio.

VII. El hombre y su técnica

La expansión de la vida material en beneficio de las clases humildes durante las últimas décadas no tiene precedente en la historia. No es menos cierto, sin embargo, que aún sigue planteado el problema de la miseria social en una sociedad armada de todos los instrumentos para definitivamente abolirla. Absoluta ha sido la victoria del hombre sobre la naturaleza. En el pórtico radiante del reinado de la razón, la técnica y la democracia, Renato Descartes lanzó esta profecía: «En lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas es posible encontrar una filosofía práctica gracias a la cual, conociendo las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, las podríamos emplear de la misma manera para todos los usos adecuados y hacernos así dueños y señores de la naturaleza». Nunca predicción alguna tuvo tan cumplida realización. La naturaleza es hoy, cuatro siglos después del *Discurso del método*, material dócil en las manos del hombre. El mundo de las cosas inanimadas ha sido radicalmente desencantado por la ciencia, que se yergue retadora sobre el polvo del exorcismo, del talismán y de la alquimia. Nada más distante de la magia —aunque parezca mágico— que el proceso de la desintegración del átomo. No cabe ya discutirlo. En el camino de la conquista y el aprovechamiento de la naturaleza, el progreso

ha sido lineal y vertiginoso; pero, en la propia medida en que la naturaleza iba entregando sus secretos, se fue hechizando paradójicamente el mundo de las relaciones sociales. El racionalismo político y el optimismo progresista, que alumbraron la ruta de la burguesía en su hora de plenitud, se ven hoy agredidos, como observa Ernst Cassirer en su libro *El mito del Estado*, por las tendencias irracionales que se han apoderado de amplios sectores de la conciencia colectiva. La fe en la razón y en la bondad ingénita del hombre —punto de partida y ápice del liberalismo económico y de la democracia individualista— ha sido en gran parte suplantada por el imperio de los instintos y la creencia en la perversidad natural del hombre. Maquiavelo y Hobbes han retornado vencedores del brazo de Hegel y Carlyle entre los escepticismos disolventes de Rabelais y Montaigne. Hemos sido testigos de la caída de muchedumbres enteras en abismos insondables. Nada cuenta ya, para muchos, la dignidad de la persona humana. Abundan, desgraciadamente, los que consideran que la libertad es un artilugio de la Ilustración; el derecho a la vida y al trabajo, un lema; la soberanía popular, una entelequia: «El Estado es un Dios mortal». La frase terrible de Hobbes, puesta dialécticamente en marcha por Hegel, fue y sigue siendo la divisa del fascismo, que ha sobrevivido a su derrota en el campo de batalla y se apresta a reaparecer por otras vías y otros modos. Y es también la divisa del socialismo autoritario. Se prescinde de la ética en la política, que se va reduciendo alarmantemente a nudo arte para la conquista y el goce del poder. No importa la inmoralidad de los medios si conduce al fin perseguido. El culto a la violencia, al providencialismo y a la frivolidad se abre paso y consagra.

En ese terreno abonado por la fatiga, el marasmo y la desilusión, se nutre precisamente la diatriba contra la concepción racional de la vida. De nuevo se arremete contra la técnica y particularmente contra el maquinismo; pero, antes como ahora, de lo que se trata es de reordenar las relaciones sociales a fin de que el hombre recobre su «fertilidad perdida» e instaure su omnímodo señorío sobre la técnica, cuya misión es manumitir el espíritu, subyugar la naturaleza, propagar las luces y expandir la riqueza. La técnica dejará de ser una espada de Damocles cuando la sociedad se planifique democráticamente para la libertad sobre el primado de la justicia distributiva. Ninguna tarea más alta ni más apremiante si efectivamente se aspira a «poner al

hombre en el pleno goce de sí mismo» y a establecer una convivencia cordial «con todos y para el bien de todos».

«La consigna de rehumanizar al hombre —afirma Francisco Romero— no es una consigna vana; ha sonado muchas veces en los últimos tiempos, sin gran eco hasta ahora, y conviene que sea escuchada, pues no mira sino a reintegrar al hombre en su dignidad original. Un humanismo a la moderna no debe entenderse como un programa frívolo, como la divulgación de gente anticuada y al margen de la vida, como una declamación de diletantes. Acaso sea el programa más *práctico* entre todos los imaginables. El mero humanismo debe partir de la idea o noción del hombre, de la comprobación de aquello que lo distingue y singulariza, y debe al mismo tiempo poner a su servicio todo el aporte válido de la civilización, de modo que se organice una vida humana en el más alto y pleno sentido».

Publicado como capítulo de *Historia de las doctrinas sociales* en 1949. Tomado de su segunda edición, pp. 161-188.

Pasión y fe del anarquismo

«Creo en el hombre, ser poderoso, creador del progreso, base de todos los goces de la Tierra, y en la libertad individual, su único medio, móvil nuestro, que fue concebido por obra del humano organismo, nació con la virgen anarquista primitiva, padeció bajo el poder de la religión y el Estado; fue crucificado, muerto y sepultado en las personas de los propagandistas; descendió a los infiernos del feudalismo y al tercer siglo resucitó de entre los oprimidos, subió a los cielos de los gobiernos mesocráticos y está sentado a la diestra de la burguesía todopoderosa; desde allí ha de venir a juzgar y extinguir abusos y privilegios; creo en el espíritu del progreso incesante, en la escuela sociológica reformista-ácrata, en la resurrección de la justicia y en la vida perdurable del bienestar humano, por virtud de mis principios anarquistas. Amén».

Este credo no es, precisamente, el credo que yo comparto y suscribo y he rezado, más de una vez, a pecho descubierto y pupi-

la encendida, con desesperación esperanzada. No es este mi credo; pero, aun disintiendo sustantivamente de su fundamentación teórica y de su proyección facticia, lo respeto y admiro porque está legitimado, en la historia de la pugna por la integración plena del hombre, con sangre de mártires y aliento de héroes. Esta discrepancia radical con el ideario anarquista me sitúa en una posición que juzgo ineludible fijar de entrada. Hasta hoy, este curso, organizado por la Institución Hispano-Cubana de Cultura, sobre las corrientes centrales del pensamiento político contemporáneo, ha venido desarrollándose, sin íntima ni externa disonancia por parte de los disertantes. Ninguno, en efecto, se ha visto bruscamente metido en el insólito trance de tener que soliviantarse a sí mismo y soliviantar a los demás. Me cabe a mí la comprometedor distinción de ser el primero. La responsabilidad de esta postura no me incumbe, afortunadamente, a mí solo: le incumbe, en proporción pareja, al doctor Fernando Ortiz, por haberme encomendado la peliaguda faena de encararme con el anarquismo.

Exponer y examinar una doctrina política no es lo mismo que examinar y exponer la composición química de un astro. Esto se puede hacer sin que su resultado, cualquiera que fuese, repercuta en la cúpula del capitolio ni en el agio de la plata. No acontece así cuando se trata de un repertorio de ideas y emociones políticas, cuya movilización y prédica es capaz, por su naturaleza y alcance, de perturbar el proceso digestivo del régimen establecido. Y, muchísimo menos, si este repertorio de creencias es el que tiene por cabeza representativa a Miguel Bakunin, Cristóbal Colón sin América y Apóstol de la pandestrucción.

Quede ya puntualizado: La doctrina anarquista no es, propiamente, una doctrina: es una pasión y una fe. Una pasión y una fe al servicio de una clase social que, por «representar la total pérdida del hombre, sólo puede volver a encontrarse a sí misma, encontrando, de nuevo, al hombre totalmente perdido». Una pasión y una fe en trágica agonía por transfundir a la realidad histórica un ensueño que trasciende su propia capacidad de realizarlo. Una pasión y una fe que asume en la refriega su forma existencial de expresión y de conducta.

Si yo fuera erasmista —categoría intelectual del *guabina* criollo—, el problema de conciencia quedaba resuelto encendiéndole un trabuco a Franco y una vela a Durruti y encaramándome, con avizora prudencia, en esa equidistancia convergente que es la cerca.

Pero yo no soy erasmista. Me place, sobremanera, poder ahora afirmarlo. Nada se me antoja más despreciable, en esta encrucijada que vive el mundo, que el hermafroditismo político. Estar y no estar, es no ser históricamente; y no ser históricamente, es estar con lo que es y ya superado, y contra lo que quiere ser y supera.

Abunda, entre nosotros, la especie. Basta sacar el pescuezo, por la ventanilla del tranvía, para tropezarse uno con la barriga ambidiestra del intelectual epiceno. Gregorio Marañón —que alumbró literariamente el subsuelo del sexo con criterios y técnicas que no eran suyos— ejemplifica, como nadie, la fauna, otrora encarnada por el cuerdo autor del *Elogio de la locura* y memorablemente desenmascarada, en nuestros días, en la ancianidad perseguida de Sigmund Freud. Por aquí, por esta misma tribuna, habrá de pasar, probablemente, más de uno. Acaso me equivoque. Y ojalá fuera así. Sería un signo inequívoco de que el partido de los saciados está perdiendo afiliaciones. De todas maneras, doy el alerta: por sus gestos los conoceréis.

Tampoco —ya lo he dicho y deliberadamente subrayado— soy anarquista. Si lo fuera, téngase por seguro que ya habría alzado, jubilosamente, el gallardete libertario, para, enseguida, tirarle una estocada a fondo a la familia, a la propiedad privada, al Estado, a la Iglesia y a la Convención Constituyente. La resultante de todo esto ya podrá presumirse por lo que va oído: desacuerdo entre los anarquistas y yo, entre ustedes y el anarquismo y, sin duda, entre la mayoría de los que escuchan y el que habla. Esta noche será, pues, por fuerza inapelable de la circunstancia, una noche genuinamente ácrata en el postizo sentido del vocablo.

/

Aún refulgían las últimas estrellas en el azul desmayo de la madrugada y ya Everso d'Anguillara se había lanzado al camino, pregonando, alegremente, sus mercaderías. Un apagado repique-tear de campanas, convocando a los fieles al santo sacrificio de la misa, se extendía, como envolvente rumor de resaca, sobre los surcos henchidos de gérmenes. Enjambres de campesinos famélicos se dirigían cantando maitines, con melancólico acento, al burgo lejano.

—¿Cómo trabajas hoy, que es domingo, día del Señor?

—¿Qué Señor? ¡El señor soy yo, Everso d'Anguillara!

Y, súbitamente, reventó el alba su granada de luz, iluminando la oscura vastedad dormida con fulgores inestrenados. Era, sin duda, un amanecer descomunal en la historia de los amaneceres. Se iniciaba el *quattrocento*, el ascenso de la burguesía embrionaria al primer plano de la vida histórica. Y, con él, la conciencia del hombre en su propia potencia y la ilusión de su unidad. El mundo del hombre, que representa en su pérdida la pérdida total del hombre, nacía, paradójicamente, bajo el signo del humanismo. Y, como en la historia nada acontece por generación espontánea, ni el anarquismo es una tendencia inmanente al espíritu humano, precisa conocer cómo ese mundo se forma y se cuaja hasta propiciar, mediante la concurrencia dinámica de factores concretos recíprocamente condicionados, que el anarquismo aparezca como dirección particular del movimiento obrero y el hombre pueda salvarse prescindiendo de él.

La nueva época insurgió instaurando la antropolatría como enseñanza y la valoración de lo cuantitativo como criterio de la verdad. Al polaco Copérnico cupo la gloria inmarcesible —que ni profanando sus huesos Hitler podrá arrebatarse— de haber destronado a Dios con un libro. Y, junto con Dios, el sistema ideológico que lo creara. El *speculum mundi*¹ —catedral gótica del pensamiento cristiano en su hora de plenitud— se fracturó en mil pedazos.

La antigüedad clásica volvió por sus fueros desconocidos y, bajo su égida sabia y benevolente, los instintos galoparon, piafantes, con pagano desenfreno. La ciudad suplantó al campo. El individuo, a la comunidad. El mercader, al señor. La usura, al préstamo gratuito. La concentración de la propiedad territorial con fines de lucro, al feudo jerarquizado con fines de uso. El dinero, a la espada. La contabilidad, al despilfarro. La geografía y la observación directa de la naturaleza, al *trivium* y al *quadrivium*.² La razón, a la fe. El mundo

¹ *Speculum Majus*, o *Espejo mayor*, es una de las enciclopedias antiguas más importantes. Compilada en el siglo XIII por el fraile dominico Vicente de Beauvais, resumió los conocimientos de su época y contribuyó en gran medida a fomentar el interés por los autores clásicos entre los estudiosos de aquel tiempo. En 1481 fue traducida al inglés y publicada por William Caxton como *The Myrroure of the Worlde*. (N. del E.)

² En educación, las siete artes liberales (conocimientos necesarios para el desarrollo de la inteligencia y la excelencia moral) aludían a los temas del currículo antiguo y medieval subdividido en *trivium* (gramática, lógica y retórica) y *quadrivium* (geometría, aritmética, astronomía y música). (N. del E.)

objetivo, al trasmundo subjetivo. Se dilataron, prodigiosamente, los horizontes de la vida. Cristóbal Colón descubrió América, y la idea de la esfericidad de la Tierra, intuida por los árabes, se transmutó en mercado mundial, y América, en vellocino.

«El oro —escribía el Almirante a la reina Isabel con afilado sentido de la coyuntura histórica— es excelentísimo. Con él se hacen tesoros y el que tiene tesoros puede hacer en el mundo cuanto quiera, hasta llevar las almas al paraíso». Jacobo Fúcar y Chigi, banqueros de papas y emperadores, lo evidenciarían cumplidamente; pero Cosme de Médicis los pondría en ridículo en punto a señorío y en punto a codicia. «De buenas ganas —decía— le hubiera prestado plata a Dios Padre, a Dios Hijo y al Espíritu Santo, para tenerlos así en la columna de mis libros de cuentas». Y, como no pudo satisfacer este anhelo, ni tampoco transportar almas al paraíso porque su colega Fúcar monopolizaba el negocio, optó por enfeudar la cultura y ponerla al servicio de sus intereses como fuente de predominio y arma de combate.

Teoría del hombre aparte, de la inteligencia pavoneándose sobre los partidos y sobre las clases sociales, elaborada en el Renacimiento, no es más que una leyenda. El mecanismo, transfigurado conscientemente por sus propios beneficiarios, comportaba, en la práctica, la servidumbre del pensamiento.

En esa atmósfera de negociantes corrompidos y de mercaderes insaciables, se nutrió el humanismo, como, más tarde, y por análogas razones, la filosofía de la Ilustración y los derechos inalienables del hombre se amamantarán en la ubre del Tercer Estado. Los humanistas a sueldo platonizarán, a diestra y siniestra, en nombre de la burguesía comerciante, el duelo dialéctico entre el autor de *La República* y el Aristóteles desustanciado por la escolástica se desarrolla en un ámbito primordialmente económico. Reflexiones de Marco Aurelio, preceptos de Séneca y párrafos de Cicerón solían ser utilizados, en el tumulto de las ferias y en el hedor febril de los muelles, para normar las transacciones. El humanismo fue, de esta manera, no obstante su invocación originaria al hombre como tal, el instrumento teórico que equipó a la clase mercantil para derrotar al feudalismo católico en el plano de la cultura. «Todo lo que la iglesia les negaba —escribe el malogrado Aníbal Ponce, sustanciando la tesis con desusada buidez y rigor—, la potencia del dinero, que ella calificaba de execrable en los demás, no en ella misma; la necesidad de la acción orienta-

da en lo terreno; el goce de la vida tenido hasta entonces por pecado; todo eso, y mucho más, se lo daban los antiguos tal como el humanismo había aprendido a descifrarlo desde el punto de vista de la clase burguesa».

Era su misión histórica. Y los humanistas supieron cumplirla ejemplarmente. No sólo contribuyeron a socavar la base material del predominio político de la nobleza, movilizándolo y valorando, tendenciosamente, la cultura clásica, revitalizada con aportes primigenios y específicos del nuevo tiempo, sino que, además, «liberaron las almas de los terrores y pesadillas de la iglesia».

Muy distinta fue su actitud ante el *popolo minuto*. La situación material y espiritual seguía siendo, en esencia, la misma, para éste. Sólo había cambiado, para él, la forma de explotación. Hasta el *popolo minuto*, forzado del salario, combustible del lujo, pedestal del *diagogos*, no llegó nunca, ni como difuminado reflejo, la fiesta de luces y fragancias del Renacimiento. No era hombre. Y, como no lo era, le estaba taxativamente vedado el acceso al banquete platónico que, cada 7 de noviembre, aniversario de la muerte del filósofo, celebraba Lorenzo el Magnífico en su villa de Fiésole, sentando a su mesa a nueve convidados.

La concepción del Estado como obra de arte conllevaba, asimismo, la succión y el desprecio de las masas productoras con crueldad refinada. Los humanistas se empeñaron en legitimar ante sus amos, con erudito denuedo, el régimen antihumano de explotación que ejercían sobre ellas. «El pueblo —postulaba Marcilio Ficino— es como el pulpo: animal con muchos pies y sin cabeza». «El pueblo —concluía Guicciardini— es un monstruo lleno de confusión y errores, cuyas vanas opiniones están tan alejadas de la verdad como la España de la India, según Ptolomeo». «Los paisanos —escribe Maffeo Veggio— no participan de la naturaleza humana, sino de la naturaleza del buey». «Los hombres —dirá Maquiavelo a la sombra protectora del poder— que en las repúblicas ejercen un arte mecánico, no están jamás en condiciones de gobernar como príncipes, porque nunca han sabido otra cosa que obedecer. Es necesario no confiar la dirección sino a los ciudadanos que no han obedecido sino a los reyes y a las leyes, es decir, a los que viven de sus rentas». «Es vil e indigno —exclamará Erasmo en la impunidad garantizada de su biblioteca— sentir con el pueblo». Y el egregio Giordano Bruno, afirmará, sin librarse, por eso, de la hoguera, esta insigne bellaquería: «Las verdaderas

proposiciones no son presentadas por nosotros al vulgo, sino únicamente a los sabios que pueden comprender nuestro discurso; porque si la demostración es necesaria para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los otros, la fe, en cambio, es necesaria al pueblo que debe ser gobernado».

Y esto se decía en el preciso instante en que se clamoreaban el descubrimiento y la divinización del hombre. No podía ser de otra manera. La esencia que así se exaltaba y enaltecía era una esencia concreta. El *huomo universale* no era, ni podía ser, en aquella fase de desarrollo del proceso histórico, sino el hombre sublimado de la burguesía mercantil, el hombre de los cuarenta escudos que restregará luego Voltaire en la cara del doctor Quesnay. La escisión de la sociedad en líneas antagónicas de malvivencia invalidaba, radicalmente, la integración histórica de la unidad humana que transportara a Telesio. El humanismo burgués estaba ya superado, desde sus propios orígenes, en su intento de totalidad. Sólo Tomás Moro, Tomás Campanella y Luis Vives, entre las cabezas rectoras del Renacimiento, tuvieron conciencia del hecho. La *Utopía*, la *Civita Sole* y *De Rerum Pauperum* dramatizan la quiebra de esa bella ilusión.

II

«En Inglaterra —denuncia Tomás Moro— las ovejas se comen a los hombres». La era de la expropiación violenta de los campesinos se ha iniciado sin que la mano generosa del ilustre Canciller pueda pararla. Están ya libres de todo, dueños de sí mismos, como los pájaros del cielo y los lirios del campo, libres para venderse en el mercado como fuerza de trabajo. Durante prolongado tiempo, empero, sólo lograrán vagar por las ciudades, andrajosos y hambrientos, hasta que una legislación paternal los empuje a la cárcel, al tormento y a la horca, por el delito de «vagancia». Las revoluciones inglesas de 1648 y 1688 los encuentra peleando en primera línea por el derecho al pan y el derecho al canto; pero, quedarán otra vez desplazados, en el reajuste económico y social subsiguiente, al instalarse en los puestos de mando una coalición de nobles comercializados y de comerciantes ennoblecidos. Pronto serán sojuzgados por las mismas máquinas que fabrican a su imagen y semejanza y se rebelarán contra ellas, imputándoles, en su inmadurez política, la responsabilidad de su infortunio.

La profecía del estagirita se ha realizado. Ya los telares marchan solos y las cítaras suenan por sí mismas. Y, sin embargo, más que nunca se necesitan esclavos y patronos de esclavos. La máquina conquista y aherroja la naturaleza y puebla lo circundante de objetos maravillosos y lujos inútiles, a expensas de la miseria y del trabajo no pagado. Amontona montañas de riquezas para sus detentadores, racionaliza y reduce la jornada de trabajo necesario incrementando la plusvalía, crea el ejército industrial de reserva y la depauperación sistemática, incorpora a la mujer y al niño a la fábrica, destruyendo la relación de familia y multiplicando la natalidad en detrimento de la especie, mecaniza y subyuga el pensamiento y seca la sensibilidad.

La revolución industrial ponía en el primer plano de la realidad social y de la reflexión teórica la problemática de la desigualdad económica en una sociedad técnicamente pertrechada para eliminarla. Surgen, de ese clangor dionisiaco y del humo asfixiante de las chimeneas, la economía política y el socialismo: la apologética del libre juego de las fuerzas económicas en función del interés personal y el responso de su muerte cómica. Todo eso es la epopeya del capitalismo, con sus grandezas y servidumbres, con sus esplendores y sombras. Y es, también, la epopeya de la transformación del *popolo minuto*, que los humanistas despreciaron y desoyeron, en proletariado, de *clase en sí*, en *clase para sí*; la epopeya del hombre que no quiere perderse, porque tiene ya conciencia de que ello entrañaría la pérdida total del hombre, a cuyo servicio bregará el anarquismo con el pensamiento y con la acción, con la idea y con la bomba.

Son dos procesos contrapuestos y con metas antagónicas. Capitalismo y proletariado, oriundos ambos de un mismo complejo de acaeceres, se truecan, desde que los engendra la historia, en dos mundos enemigos. Parejamente al proceso de evolución aborrecada del capitalismo, y contra él, como negación dialéctica de la tesis triunfante, empieza a desarrollarse un poderoso movimiento de liberación enderezado a superar, en una síntesis orgánica, la antinomia planteada por el nuevo sistema de producción. Se mueve el capitalismo, por ley interna de su desarrollo, y bajo la enseña de los derechos inmanentes del individuo, hacia la libertad de mercado y la explotación del hombre por el hombre, hacia la libertad política y de conciencia exclusivamente para los usufructuarios del poder y la riqueza, hacia la apropiación privada del

producto del trabajo ajeno en un régimen social de producción. Es la superación de la postura renacentista, ahora enjaulada en un sistema lógico, que pretende ser, a la vez, macrocosmos y microcosmos. Lutero y Calvino, Bacon y Locke, Spinoza y Descartes, Diderot y Montesquieu, Rousseau y Voltaire, Adam Smith y Ricardo, Robespierre y Danton, Jefferson y Hamilton, Goethe y Kant, le roturan la vía en el plano de la cultura; y John Kay y Arkwright, Watt y Fulton, Stephenson y Bessemer, en el plano de la técnica.

El arsenal de artilugios políticos y económicos que estas inteligencias privilegiadas suministran al capitalismo en su etapa de consolidación y hegemonía es inagotable y los usa, indistintamente, de espuela y de freno dentro de un círculo cerrado por leyes naturales abstractas e imprescriptibles.

Se mueve el proletariado, también por ley interna de su desarrollo, hacia la socialización de los medios de producción y de cambio, hacia la abolición de las clases a través de su propia abolición, hacia un tipo de convivencia en el cual «el libre desenvolvimiento de cada uno sea la condición del libre desenvolvimiento de los demás» y el hombre, uno ya en su raíz, integrado como tal por vez primera en la realidad concreta de la historia y del pensamiento, pueda señorear, alborozadamente, sobre las cosas, apoyado en la máquina y no superpuesto a su engranaje, como ahora acontece. Joaquín de Flore y Thomas Münzer, Gerardo Winstanley y James Harrington, Meslier y Mably, Babeuf y Blanqui, Saint-Simon y Fourier, Owen y Sismondi, Proudhon y Bakunin, Marx y Engels, aportan al proletariado, en marcha hacia el asalto y conquista del Cielo para traerlo definitivamente a la Tierra, un instrumento teórico apto para derrotar a la burguesía en el plano de la cultura y de la acción.

Hasta Carlos Marx y Federico Engels la prédica del socialismo está transida de concepciones utópicas. Se desenvuelve al margen de la vida real, sin dejar de ser, por eso, un típico producto de la misma. Y, preñado del pensamiento y de la cultura precedentes, que no logra trascender ni transformar, demanda ilusamente del poderoso un «puñado de lástimas» para los oprimidos. Algo fundamental han advertido, no obstante, los utopistas: el desajuste interno del régimen capitalista y el fracaso de la razón establecida por Robespierre. Este fracaso de la razón mesocrática no significa, en manera alguna, el fracaso de la razón. Significa, por

el contrario, que la razón mesocrática es una sinrazón ante la Razón verdadera, que sólo ellos, hasta ahora, han penetrado y poseen. Y, con su razón como palanca, levantarán sobre las nubes comunidades ideales, en las que todo está prodigiosamente dispuesto y resuelto de antemano. Owen, Saint-Simon y Fourier constituyen excepción en esa patética teoría de soñadores. Alumbraron con su análisis genial los batientes de sombras del capitalismo y en su formulística están ya en germen, como ha dicho Federico Engels en clásico documento, todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas posteriores.

La Revolución de 1848, que consumó la transformación general de Francia iniciada en 1789, agrietando la estructura social de Alemania y Austria, registra, conjuntamente, la aparición del proletariado como clase con aspiraciones propias y desarrollo político independiente. Fue el proletariado quien se batió, por la consolidación del poder de la burguesía, en las barricadas de París, Dresde y Viena. Y hombres al servicio del proletariado los que se irguieron, desafiantes, frente a las balas de la reacción y de los decretos contrarrevolucionarios del gobierno provisional, emanado de su sacrificio. El socialismo utópico fue sometido a la prueba de los hechos, destrozándose. La república social —arquitecturada conforme al ideario de Luis Blanc, de clara progenie saintsimoniana— se derrumbó, sangrientamente, después del fracaso de las jornadas épicas de julio. Y, con ella también, la teoría del crédito gratuito, primera receta aportada por el anarquismo para resolver el problema de la renta sin trabajo.

En 1849 estalló la insurrección en Alemania. Miguel Bakunin lució estatura de héroe en esa sazón memorable. Ruso, de origen noble, dotado de una imaginación torrentosa y ardiente, fuerte como un roble y altivo como un pino, combatió, gallardamente, en las calles de Dresde, codo a codo con Wagner y tarareando *Tanhausser*, en defensa de la dignidad del hombre y por su traslado inmediato a una sociedad regida por leyes naturales, sin propietarios, polizontes, curas y académicos, a una sociedad sin organización política ni reglamentación jurídica derivada de la coacción. La lucha de la autonorma contra la heteronorma —que tiene en el tonel de Diógenes su clásico antecedente— asumió, desde aquel día, un sentido nuevo y vastas implicaciones.

Hecho prisionero, Bakunin fue juzgado y condenado dos veces a muerte. No era este un aventurero desorbitado ni un revolucionario

circunstancial, como ha pretendido hacer creer la «clerigalla marxista», al decir de Franz Mehring. Había salido de Rusia, por propia determinación, con la pupila puesta en Fichte y en Hegel tras una larga inmersión en Kant y Rousseau, trasmitiéndole aquél el concepto del hombre como fin en sí mismo y proporcionándole éste la noción del Estado como artefacto mixtificador de la naturaleza humana. En Berlín, compañero de cuarto del novelista Iván Turguenev, se embriagó con éste de absolutos y triadas hasta sentirse repugnado. Fue a París con *El Único y su propiedad*, de Max Stirner, horadándole el cráneo. Entabló relaciones con Carlos Marx y Federico Engels, frecuentando particularmente al primero. Colaboró en los *Anales* de Arnold Ruge. La última frase de su artículo prefiguraba su turbulento destino: «La pasión de la destrucción es una pasión creadora».

Asistente cotidiano a las tertulias de George Sand,³ se enamoró prontamente de ella, que no le hizo caso, prendada a la sazón de la palidez romántica y de la música añorante de Chopin. Presentado a Proudhon, ya no le abandonaría hasta su salida de Francia, perseguido por la policía zarista. Más que a Grün, es a Miguel Bakunin a quien debió el «padre inmortal de la anarquía» —como le llamara con admiración patidifusa el príncipe Kropotkin— su tópica indigestión hegeliana.

Cuando extraditado a Rusia, al serle conmutada la pena de muerte, el zar Nicolás I lo sepultó en la noche sin luna de la prisión celular, Miguel Bakunin había encontrado su agonía y su esperanza. Sus *Confesiones*, escritas al déspota intranquilo por especial requerimiento suyo —documento sólo comparable en el género a las de San Agustín y Juan Jacobo Rousseau—, denuncian su orientación anarquista, no obstante las afirmaciones de arrepentimiento y sumisión que Bakunin riega, descocadamente, a lo largo de sus páginas. Antes que él, Proudhon había dicho que la propiedad era un robo, y antes que Proudhon lo había sostenido Brissot de Warville, y antes que éste los padres sin pelos en la lengua del cristianismo primitivo; y antes que Bakunin, y antes que nadie, el propio Proudhon había lanzado al palenque político el vocablo anarquía y se confesaba anarquista. Pero, había sido

³ Seudónimo de Amandine Aurore Lucie Dupin, baronesa Dudevant (1804-1876): Novelista romántica francesa. Su liberal estilo de vida escandalizó a la rígida sociedad parisina. (N. del E.)

Miguel Bakunin, sin ser aún anarquista teóricamente formado, el primer anarquista práctico.

El Manifiesto Comunista —que inaugura una nueva época en la historia del socialismo— no había ejercido influjo alguno en la Revolución de 1848. Ni podía ejercerlo: su publicación casi coincidió con sus fragores liminares. La propaganda por el hecho y la acción directa fue, en cambio, anticipada por Bakunin con su participación personal y singularísima en los sucesos. Desterrado a Siberia por Alejandro II, Bakunin se fugó dramáticamente de Rusia, no parando hasta San Francisco de California.

Iba casado. Dos veces casado: por la iglesia ortodoxa y por la ley. Apunto el hecho como risueña diablura de la vida al enemigo por antonomasia de los votos irrevocables. No fue aquel un matrimonio feliz. Las infidelidades de su mujer crearon estado en los círculos revolucionarios de la época. Baste decir que fatigó, en éxtasis, los cuarenta y nueve tipos de adulterio que establece Fourier en su *Jerarquía del cornudaje*; pero, las desventuras de su vida conyugal operaron en el exaltado temperamento de Bakunin como estímulo de ideas ardientes y fértiles, como acicate de su acción de apóstol de barricada, cuyo verbo demiúrgico creó rebeldes y desató tempestades.

Instalado en Londres en 1861, Miguel Bakunin enrumbó sus actividades todas hacia la anarquía. Escribió y habló, con torrencial desenfreno. La actitud conspirativa fue, en lo adelante, su actitud vital.

Cuando, dos años después, estalla la insurrección polaca, sugirió la creación de una brigada voluntaria de rusos amantes de la gran causa de la libertad humana. Y, al ser desestimado su proyecto por el Comité Central de Varsovia, propuso un audaz plan de revuelta en Finlandia para distraer la retaguardia imperial. Fue a Estocolmo, en viaje de propaganda, y de allí partió rumbo a Italia, donde trabó estrecho contacto con Garibaldi. Y, de vuelta a Londres, cayó en los brazos de Marx, mientras sus esclavas barbas enmarañadas se enredaban fraternalmente con las pulcras barbas profesoras del socialista alemán. De ese encuentro —que Bakunin ha referido pintorescamente—, salió su ingreso, como afiliado individual, en la Asociación Internacional de Trabajadores, que acababa de constituirse.

Empezaba, desde aquel instante, la controversia, aún inconclusa, entre el socialismo marxista y los ácratas. En el congreso celebrado

en Bruselas en 1868, la Asociación Internacional de Trabajadores suscribió, con evidente malhumor, una alianza con la Liga de la Paz y de la Libertad, acaudillada por el corpulento anarquista. Bakunin, cada vez más distanciado de la orientación ideológica y política impresa por Marx a la Internacional, no había tardado mucho tiempo en levantar campamento aparte e imponer su comando. Este cruzado de la libertad absoluta tenía una propensión irresistible al ejercicio de la autoridad. Fracasado este empeño, Bakunin organizó la Alianza de la Democracia Socialista, incorporándola a la Internacional con el beneplácito de Marx, que adivinaba ya en él a un adversario de monta.

En el congreso de Basilea, efectuado en 1869, Bakunin puntualizó sus divergencias con el socialismo marxista: «Yo no soy comunista —dijo— porque el comunismo concentra y hace absorber todos los valores de la sociedad en el Estado, porque termina, necesariamente, en la centralización de la propiedad en las manos del Estado, en tanto que yo quiero la abolición del Estado. Yo quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva o social de abajo a arriba y no de arriba a abajo, como pretenden los marxistas».

Estas discrepancias metódicas y teleológicas entre Marx y Bakunin, determinarán, en definitiva, la expulsión de éste y sus adeptos —proudhonianos españoles, franceses, suizos e italianos— de la Asociación Internacional en 1872, en el congreso de La Haya, iniciándose, con ello, la ruptura oficial del anarquismo con el socialismo marxista. Bakunin fue entonces acusado públicamente de estar a sueldo del zarismo, apareciendo el nombre de Marx mezclado a la infamia por una estratagema impúdica de Herzen.

Trasladado su Consejo Central a New York, la Internacional no volvió a dar señales de vida; pero, es bueno dejar terminantemente esclarecido que no desaparecía este formidable órgano de combate del proletariado —que mantuvo en jaque a la reacción europea durante más de una década, poniéndola en gravísimo aprieto con la insurrección de la Comuna— por virtud de estas disputas. Como ha dicho certeramente Franz Mehring, la Internacional sucumbía cumpliendo una gran misión histórica y no por las miserables intrigas de unos cuantos demagogos sin escrúpulos.

Los últimos años de la agitada existencia de Bakunin se vieron deplorablemente envueltos en la tenebrosa amistad de Netchaev, un adolescente de alma corrosiva, que lo llevó a extremos terato-

lógicos. El *Catecismo del Revolucionario*, escrito por Bakunin bajo la inspiración enfermiza de Netchaev, contiene monstruosidades como estas: «El revolucionario desprecia cualquier doctrinarismo, y ha renunciado a la ciencia pacífica que abandona a las generaciones futuras. No conoce más que una ciencia: la destrucción. Con ese móvil, y únicamente con él, estudia la mecánica, la física, quizás la medicina. Todos los medios son buenos: el veneno, el puñal, la soga. La revolución todo lo santifica en este terreno». No demoraría mucho Bakunin, sin embargo, dueño otra vez de sí mismo, en repudiar violentamente estos procedimientos criminales, confesando haber sido víctima de un momentáneo embrujamiento.

Meses después, Bakunin cayó mortalmente enfermo. Y vivió sus últimos días, obsesionado, dolorosamente, por el recuerdo de sus diáfanos días infantiles en Premukino y el vasto ensueño de la integración plena del hombre, rondándole la vigilia. Se extinguió en 1876, pobre y solitario, en Berna, Prometeo encadenado a la impotencia de su concepción política, sin haber vislumbrado siquiera la costa encantada de su utopía.

El ensueño de Bakunin no caerá en el olvido. Pedro Kropotkin, de sangre eupátrida y relevante hombre de ciencia, recogerá el estandarte del viejo adalid desdentado y se lanzará por Europa a predicar, apostólicamente, la destrucción del régimen político dominante y la propiedad privada. El anarquismo bakuniniano proliferará, muy pronto, en mil direcciones. Hasta ácratas naturistas aparecerán en el mundo. El colectivismo anarquista será suplantado, en la opinión de nutridos sectores obreros, por el comunismo libertario. Y los nuevos epígonos se vertebrarán, afiebrados, alrededor del príncipe de corazón generoso y palabra de fuego. Eliseo Reclus, excelsa figura humana. Jean Grave, reiterador mecánico del maestro. Ricardo Mella, informado y enhiesto. Enrique Malatesta y Carlos Malato, piritas ambulantes. Federico Urales y Federica Montseny, vinculados dos veces: por la sangre y por el afán libertador.

El bakuninismo adoptará en Rusia una forma específica: el nihilismo. La propaganda por el hecho entrará en escena. Jefes de Estado y jefes de policía, déspotas y esclavos de déspotas, caerán abatidos por la metralla y destrozados por las bombas. La persecución se desata, hipertrofiada por el miedo. Y los anarquistas sabrán morir, serenos y erguidos, abrazados a su espejismo como

a un haz de centellas. Cuando el fascismo —que es la negación y la muerte del hombre sin sábado de gloria— asome por Italia su garra tenebrosa, los anarquistas le saldrán al paso, batiéndose heroicamente con él. En España, durante la guerra de invasión fascista, los anarquistas dejarán la impronta imperecedera de su espíritu de sacrificio, de su renunciación sin precedentes. Todo lo pasaron por alto en su lucha contra el fascismo: vida y afectos y, lo que es más importante para un anarquista, sus propios y sagrados principios. Llamados a colaborar por el gobierno español, los anarquistas no vacilaron en compartir el poder del Estado —el gran adversario— con los republicanos, socialistas, comunistas y nacionalistas vascos. Era una claudicación flagrante de sus más caros postulados, de sus más puros criterios. Y era, también, su muerte como movimiento obrero de contenido particular y orientación específica. Muerte voluntaria, suicidio generoso, oblación sin consonante.

Esta es la historia externa del anarquismo. Ha sido vertiginosamente trazada, teniendo como fondo vivo y matriz generadora el proceso de evolución divergente y recíprocamente influenciado de la burguesía y del proletariado. Era indispensable esa historia para situarlo, concretamente, en el undívago fluir de los acontecimientos y, más indispensable todavía, para conocer su historia interna, para penetrar en la esencia de su pensamiento. Ya estamos en aptitud de constatarlo: el anarquismo es un producto histórico engendrado por el desigual desarrollo del sistema económico capitalista, que en la alborada descomunal del *quattrocento* hizo renacer el orto griego para encubrir, falazmente, su tiniebla originaria.

III

Tres factores fundamentales concurren a viabilizar la existencia del anarquismo como dirección particular del movimiento obrero: el ritmo irregular de evolución del capitalismo en los distintos países y en las diversas categorías de la economía nacional; la subordinación abstracta de todo el movimiento obrero a una de sus coyunturas y a los intereses de una minoría sin comprensión dialéctica de los procesos históricos ni de la actividad práctica revolucionaria; y la pluralidad de las tácticas y métodos puestos en juego por la burguesía, según las circunstancias y según los acontecimientos. La expresión teórica de este complejo de fuerzas

contradictorias se concreta, en la cabeza de los anarquistas, en una transposición radicalizada del espíritu pequeñoburgués, fundada con ingredientes de los socialismos utópico y científico.

Sirva la génesis y evolución del anarquismo en Francia de referencia ilustrativa. Tomaré como puntos focales, de un lado, el blanquismo; del otro, el proudhonismo y el bakuninismo. El primero de estos movimientos, recogiendo la tradición jacobina y la experiencia de Babeuf, insufla en los medios obreros retrasados y propicios el espíritu de 1793 y la táctica del golpe de mano. El segundo inserta, por una parte, a través de Proudhon, el apolitismo y la desconfianza en los movimientos revolucionarios de masas; y, por la otra, a través de Bakunin, la teoría de la pandestrucción, auspiciosamente saludada y encarecida por intelectuales desplazados y algunas categorías de obreros no asimiladas aún a la conciencia de fábrica. Si tuviera que condensar en una fórmula la ubicación teórica del anarquismo, yo diría que él representa el punto geométrico de coincidencia del individualismo burgués en sus últimas consecuencias y del socialismo moderno y sus afluentes y residuos idealistas; pero, antes de verificar la validez de la fórmula, veamos cómo se integra y construye por sí misma la concepción anarquista y sus desarrollos colaterales y adventicios. No resulta, en verdad, tarea fácil meter en cintura metódica ese río revuelto de ideas y emociones salidas de cauce.

Para mí, Max Stirner no cuenta. *El Único...* es el correlato del solipsismo gnoseológico y *la libre asociación de los egoístas* es un trasunto idealizado del pandemionum sociológico de Hobbes y una anticipación condigna del principio de la enemistad constitutiva de Carl Schmitt. Si algún valor ofrece, es por ser el único sistema egoísta *per se* que registra la historia del pensamiento humano. Y, acaso también, porque el desapoderado afán de poderío que domina al Único de Stirner lo meterá luego Federico Nietzsche, como hallazgo propio, en esa inversión abstracta de su complejo de inferioridad física y moral que es el superhombre. Salvo para Jean Grave, Max Stirner tampoco cuenta para los anarquistas. Ni cuenta, en ningún sentido, Lao Tsé y su *Tao Tê-King*, que tiene de anarquista lo que yo de chino. Quizás William Godwin en su *Political Justice* —que Malthus intentó replicar en su célebre ensayo sobre la población— merezca ser recordado como precursor. En cambio, su influjo sobre Robert Owen y William Thompson parece estar fuera de duda.

Saint-Simon y Fourier suministran al movimiento «todos los elementos que servirán de base a los anarquistas del porvenir». Nada menos que es Max Nestlau, anarquista convicto y confeso, quien lo dice. Y, al decirlo, ha puesto la flecha en el blanco. En efecto, Saint-Simon trasmite al anarquismo, a través de Proudhon, el concepto fundamental de la substitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas, que Marx y Engels, desarrollándolo hasta sus últimas consecuencias, lo situarán en la base misma de su teoría del Estado. Fourier aporta al anarquismo, con su teoría de las pasiones y su idea de la organización federativa de los falansterios con capital en Constantinopla, la síntesis abstracta de dos supuestos antagónicos en la sociedad de clases: el respeto de la personalidad humana y la universalidad de la vida material. Y, además, junto con la manía de imaginar hacedero lo estrambótico, su fe candorosa en la redención por la cultura, que Fourier, a su vez, ha respirado en el altar fisiocrático.

No gobierno, anarquía, es punto común de coincidencia. «La anarquía —dice Proudhon— es la condición de existencia de las sociedades adultas, como la jerarquía es la condición de las sociedades primitivas: desde la jerarquía hasta la anarquía hay un progreso incesante de las sociedades humanas». Y les es común, parejamente, la diatriba contra el socialismo. «El socialismo —escribe el autor precitado— no es nada, no ha sido nunca nada, no será jamás nada. Los socialistas sólo piensan en destruir las verdaderas fuerzas económicas, que son la división del trabajo, la fuerza colectiva, la competencia, la propiedad privada misma y la libertad. ¡Lejos, lejos de mí, comunistas! Vuestra presencia me resulta hedionda y vuestra vista me subleva.

La requisitoria contra la asociación y organización del trabajo se sucede en casi todos: «El poder de los trabajadores radica, básicamente, en su fuerza colectiva y en la división del trabajo». Según Proudhon, la propiedad privada no necesita ser abolida: sólo precisa reformarla. Hay que impedir —mediante el disfrute exclusivo de la posesión— que siga produciendo, como hasta ahora, «renta sin trabajo». La propiedad no es un robo: el robo está en la expropiación del esfuerzo ajeno.

Entre la propiedad y la comunidad, establece Proudhon la existencia del mundo de la posesión. Si la propiedad se suprimiera conservándose la posesión, con esta sola modificación en el principio se cambiaba todo en las leyes, en el gobierno, en la econo-

mía, en las instituciones: se ahuyentaba y proscribía el mal de la Tierra. La solución del problema social no radica ya, en virtud de este planteo, en la reforma de la producción y del reparto: radica, por el contrario, en la reforma de la circulación. El cambio en especie —teoría de la mutualidad— es la síntesis de las dos ideas antagónicas: propiedad y comunidad. El establecimiento del Banco de Cambio significaría, de esta manera, no sólo la fusión de todas las clases, sino también la desaparición del gobierno. «Una vez identificados el capital y el trabajo —concluye solemnemente Proudhon—, la sociedad subsiste por sí misma y ya no tiene necesidad de gobierno». El sistema político y el económico se han fundido para dar paso a la anarquía, al no gobierno.

Para Bakunin y sus adeptos, la propiedad privada debe ser radicalmente abolida. En lo que a este extremo respecta, unos y otros se circunscriben a recitar los argumentos fundamentales de la crítica socialista. Véase esta muestra: «¿Será preciso —escribe Bakunin— volver a repetir los argumentos irresistibles del socialismo, esos argumentos que ningún economista burgués ha logrado jamás destruir? ¿Qué es la propiedad, qué es el capital, bajo sus formas actuales? Pues son, para el capitalista y para el propietario, el poder y el derecho, garantizados y protegidos por el Estado; cuando no están fecundados por el trabajo son, a la vez, el poder y el derecho de vivir a expensas del trabajo de otro, de explotar el trabajo de aquellos que, por no tener ni propiedad ni capital, se ven forzados a vender su fuerza productiva a los privilegiados detentadores de una o del otro».

La exaltación del individuo y el respeto humano como fundamento de toda ética y de la ayuda mutua como fuerza social creadora es común a todos los anarquistas y es lo que hace del anarquismo un saber de liberación. La libertad individual y la libertad social son nociones correlativas: se condicionan recíprocamente. «Yo no vengo a ser verdaderamente libre —escribe Bakunin— sino por la libertad de los demás. La libertad de todo individuo no es otra cosa que la reflexión de su humanidad o de su derecho humano en la conciencia de todos los hombres, sus hermanos, sus iguales». Esta proposición filosófica fue particularmente grata a Ludwig Feuerbach, que quería sustituir la noción de lo divino por la de lo humano. «El hombre —afirmaba éste— es el ser supremo para el hombre». Y es, precisamente por esta vía, por donde entronca el anarquismo con la concepción antropocéntrica del Renacimiento.

«El respeto humano —dice Bakunin— es el reconocimiento de la humanidad, del derecho humano y de la humana dignidad en todo hombre, cualquiera que sea su raza, su color, el grado de desarrollo de su inteligencia e incluso de su moralidad». «Trata a los demás —postula Kropotkin evocando una máxima cristiana— como te gustaría que ellos te trataran a ti».

Para el anarquismo, el individuo fuera de la sociedad no existe. Es una ficción semejante a la de Dios. La sociedad es anterior y, a la vez, sobrevive a cada individuo. Sólo mediante la sociedad el hombre se realiza a sí mismo. Mas, ¿cómo conciliar lógicamente la contradicción planteada entre la autonomía individual y la convivencia social? La diferencia que Bakunin establece entre sociedad y Estado elimina, según él, toda duda al respecto. «La sociedad —declara— es creación espontánea y necesaria de la vida. El Estado es un órgano artificial y parasitario injerto en ella y que trata de absorberla, impidiendo la espontaneidad del orden económico y el imperio de las leyes naturales».

Como para todos los anarquistas, el Estado es, según Bakunin, el «gran adversario». «El Estado —escribe— es la suma de las negociaciones de las libertades individuales de todos sus miembros. Es un inmenso cementerio, en donde vienen a sacrificarse, a morir, a enterrarse todas las manifestaciones de la vida individual. Es la negación flagrante de la humanidad». Esta definición es, en esencia, la propia que formula el economista liberal Bastiat. Ambos lo juzgan como la «ostentación y la infatuación de la fuerza».

El Estado es, además, un aparato corruptor de la naturaleza humana: desmoraliza, a la vez, a gobernantes y gobernados. «Hace el mal —advierte Bakunin— hasta cuando ordena el bien». Y esto lo hace apoyándose en la autoridad. Sin autoridad no hay Estado.

La arquitectónica política no altera la sustancia ni el contenido del Estado: todas las formas de gobierno son, en el fondo, una misma forma de opresión. Todas: las democráticas como las anti-democráticas tienen como supuesto al Estado, que es el «instrumento de coerción y dominio de los que no tienen nada por los que tienen todo». «Ser gobernado —escribe Proudhon— es ser en cada operación, en cada transacción, en cada movimiento, anotado, registrado, fichado, empadronado, tarifado, sellado, medido, acotado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, apostillado, amonestado, impedido, reformado, guiado, corregido. Es, bajo pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general,

ser puesto a contribución, expoliado, confinado, explotado, monopolizado, concesionado, exprimido, mixtificado, robado y luego, a la menor resistencia, a la primera palabra de queja o de protesta, amonestado, reprimido, multado, vilipendiado, vejado, rapiñado, zamarreado, molido, desarmado, agarrotado, aprisionado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado, vendido, traicionado y, para colmo, burlado, manteado, ultrajado, deshonrado. He aquí el gobierno; he aquí su justicia; he aquí su moral».

La misión última del Estado es el mantenimiento, a toda costa, de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre, que es una reducción radical en el hombre de su humanidad. Y la misión del anarquismo, abatirlo por la violencia.

El anarquismo se pronuncia, asimismo, contra el matrimonio actual y el contrato civil, porque comportan una sujeción incompatible con la dignidad humana. Y contra la religión, por juzgarla un fraude organizado al servicio del despotismo. Sólo ante la ciencia —elevada a deidad por la teoría del progreso indefinido— inclina su testa rebelde el anarquismo. Como Kropotkin y Eliseo Reclus, Bakunin siente por ella una fe casi supersticiosa. «Nosotros reconocemos —afirma este último— la autoridad absoluta de la ciencia». En presencia de las leyes naturales no hay para el hombre más que una libertad posible y es la de reconocerlas y aplicarlas cada vez más. Hay que ser, por ejemplo, un loco o un teólogo, un jurista o un economista burgués, para revolverse contra esa ley que dice 2 y 2 son cuatro. Para él, el sentido común es «la suma de las leyes naturales generalmente reconocidas». Y, como Descartes, sostiene que el sentido común es la cosa mejor distribuida del mundo.

¿Y qué nos ofrece el anarquismo, como contrapartida y superación del mundo deshumanizado que nos rige? Una edad de oro, donde no exista lo mío ni lo tuyo, donde el hombre se realice en toda su plenitud, donde la libertad individual y la comunidad de bienes se conjuguen, armónicamente, a la sombra fértil del saber y del trabajo. Y esa edad de oro —que rutiló con lumbres deslumbradoras en el discurso inescuchado del hidalgo manchego a los cabreros pipisgalllos— sólo podrá disfrutarse mediante el previo derrocamiento por la revolución social de todas las autoridades establecidas.

El anarquismo se manifiesta, abiertamente, contra la lucha política. La participación en los parlamentos entraña, para él, un

compromiso con las clases poseedoras y un reconocimiento de la autoridad del Estado. Y, por eso, acude drásticamente a «la revolución plena, inmediata e inmediatamente económica». Esta revolución es ineluctable: un mal necesario. Los anarquistas —no resulta ocioso advertirlo— son enemigos de la violencia y de la efusión de sangre. La juzgan inevitable, empero, para la salvación del linaje humano. «Los que ambicionan el triunfo de la justicia —escribe Kropotkin— comprenden la necesidad de una tormenta revolucionaria que barra a escobazos toda la basura, que vivifique, con su hálito, los corazones entumecidos y que inyecte en la sociedad el sacrificio, el desinterés, la abnegación, el heroísmo, sin los cuales una sociedad se envilece, se degrada, se corrompe, se descompone».

La imposibilidad inmediata de realizar esta revolución apocalíptica determinó a los anarquistas y, principalmente, a Bakunin, a proyectar sus ataques contra los agentes de la autoridad, mediante actos de terror individuales. Esta técnica concitó sobre el anarquismo la hostilidad de la opinión pública. La propaganda por el hecho fue la consecuencia directa de la impotencia política de los anarquistas —desligados de las masas populares— para implantar sus creencias. El procedimiento no prendió, por fortuna, en las masas obreras. El terrorismo tiene únicamente hoy adeptos en los pequeños grupos revolucionarios desconectados de las luchas sociales y de las teorías y prácticas políticas. «Cuanto más profunda es una acción histórica —escribió Marx— más amplia es la masa que la realiza». Y porque así es, los regímenes totalitarios —nazis y fascistas—, regímenes contra las masas, han organizado el terror como esencia del poder. El Estado totalitario es la desustanciación integral del hombre concebido como obra de arte.

Y ahora, el examen, el juicio de valor, la afirmación personal. Teóricamente, el anarquismo no existe. No es una sistemática política. Ni una concepción panlogista del problema social. Ya se ha visto: es una confluencia espumante de principios que se contradicen y excluyen, un tumulto de criterios radicalmente embestidos. Carece de una rigurosa fundamentación económica: su teoría del valor recuerda, por lo feble, a las armonías de Bastiat; su concepto de la espontaneidad del orden económico desciende en línea recta de Manchester; su música sobre las leyes naturales es la misma matraquilla dieciochesca apenas afinada; y su doctrina del Estado —justa como estimativa ética— no logra aprehender la naturaleza histórica de éste, ni el tránsito inexorable, sobre otro

Estado construido sobre sus pavesas, hacia la sociedad sin clases que pregona y ansía.

No existe el anarquismo como teoría; pero, queda todo él como creencia, como pasión, como fe, al servicio de una clase social que, «por representar la total pérdida del hombre, sólo puede volver a encontrarse a sí misma, encontrando al hombre totalmente perdido».

¿Perdido? Si hoy se pierde, será porque no supo salvarse. Esta hora negra y cerrada, en que se olfatean montañas de muertos y ciudades pulverizadas, es precisamente la hora clara y abierta de su destino. Esta es una época de salvación y no una época de perdición. El mundo no está en crisis. La crisis se ha superado: estamos viviendo, cabalmente, la crisis de la crisis.

Hay épocas en la historia en que el hombre usufructuario del poder y la riqueza se creyó instalado, definitivamente, en el espacio institucional circundante. Son las épocas que denominamos clásicas y en ellas impera, señor, el saber de dominación. Grecia ilustra, con valor de paradigma, ese tipo peculiar de conciencia. La imagen que el pensamiento griego ofrece, a la sazón, de su propio pensamiento, es una imagen estática, y acabada, que se nutre de sí misma y se proyecta en la realidad sin sentido de la perspectiva. Son situaciones cristalizadas para los que tienen vinculado su interés a su eterna permanencia, momentos de fugaz equilibrio en el ondear perenne del proceso histórico, en el todo pasa y todo cambia, que se le reveló a Heráclito al no poder bañarse dos veces en el mismo río. El rasgo cardinal que caracteriza estas situaciones cristalizadas es la ausencia en las masas del sentido crítico y del impulso liberador. Ni siquiera añoran éstas el paraíso perdido. El saber de sumisión es su único saber.

Esta época no es de esas. Ahora todo se está derrumbando bajo las plantas: las clases sociales usufructuarias del poder y la riqueza sienten que el espacio institucional creado en defensa de sus intereses se les viene abajo irremediamente. El saber de liberación y el saber de dominación están cara a cara. El hombre se ha encontrado de pronto a sí mismo y acepta, de pie, con espléndida arrogancia, el destino que la historia le impone. No importa que ese hombre haya sido derrotado en España por el anti-hombre y viva muriendo en los presidios totalitarios. No importa tampoco que en otras partes parezca que el horizonte se le cierra. La hora de su realización ha sonado. Y es el desarrollo mismo de la historia el que determina el magno suceso. La historia no se

remonta. Y, si se remonta, es sólo para tramontarla. La prehistoria de la historia va a clausurarse. Y el anarquismo con ella.

Las barbas astrales del profeta de Tréveris lo dominan todo. Mesándolas en el insomnio sombrío, el hombre perdido develó el secreto de su futuro y la razón de su pérdida. Si ahora se salva, si ahora puede salvarse, será por él, exclusivamente por él, que le dio, junto con la conciencia de su unidad, la desesperación y la esperanza. Y, cuando el amanecer de todos los amaneceres estalle sobre el horizonte, ya no saldrá Everso d'Anguillara al camino, a vender, alegremente, sus mercaderías, ni el lento repiquetear de las campanas convocará a los fieles al santo sacrificio de la misa. Será el hombre quien salga al camino sin fronteras del brazo de Don Quijote; y el anarquismo se salvará en su recuerdo como una ilusión sin recuerdo porque será toda realidad en el presente. Y, todo eso, será el triunfo de la estrella sobre la tea, de la rosa sobre la tuerca, de la vida sobre la muerte.

Discurso leído en la Institución Hispano Cubana de Cultura el 29 de agosto de 1939. Compilado primero en y tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 305-325.

Utopía, ideología y mito en la política contemporánea

Debo poner en guardia, de entrada, al lector. Ni por su índole, ni por su envergadura, ni por su alcance, resulta fácil despachar, satisfactoriamente, en el reducido espacio de que dispongo, el tema de este artículo. Basta advertir que el problema de la utopía, de la ideología y del mito en la política está indisolublemente ligado a la controvertida y compleja cuestión de «cómo piensan los hombres». Desde la óptica de la sociología del conocimiento, esta es la dimensión más importante que ofrece el asunto. Y, desde el punto de vista de los hechos, la influencia de la utopía, de la ideología y del mito en la política operante, constituye una de las más acusadas características de la crisis social de nuestro tiempo. Este aspecto concierne, directamente, a la antropología cultural, a la economía, a la sociología concreta y a la historia. No es posible pues, sin riesgo de confundirlo todo, intentar precisiones de fraude en este caso. Ni siquiera sería dable exponer el problema desde todos sus ángulos,

facetas y relaciones. Me ceñiré, en consecuencia, a una mera presentación del tema con la mayor claridad y sencillez.

El espíritu utópico y la utopía, como género literario, suelen florecer en todas las épocas críticas de la historia. No resulta excepción esta que vivimos. Buena prueba de ello es el renacimiento del espíritu utópico en la política de partido y la actualización de los paradigmas precedentes, traduciéndose y editándose, profusamente, las construcciones ideales de Platón, San Agustín, Moro, Campanella, Bacon y Harrington. Las conexiones entre la *Utopía* de Moro y las *Ordenanzas* del jesuita español Vasco de Quiroga han suscitado en toda América una copiosa literatura.

Las implicaciones peyorativas que el lenguaje vulgar ha impuesto al término y la contraposición marxista del socialismo científico al utópico son responsables del desdén con que, durante mucho tiempo, se ha tratado al utopismo. La reivindicación que Eugenio Imaz ha hecho de la utopía, desentrañando su sentido histórico, ha sido sobremanera oportuna y certera. Si la utopía no logra cristalizar la mayor parte de las veces, representa siempre un anhelo de mejorar lo establecido y mantener la esperanza del hombre en un mundo redimido de injusticias como meta ideal de sus aspiraciones. La circunstancia de que todas ellas hayan sido sobrepasadas por los hechos no invalida los principios universales que suelen informarlas. La lucha por lo «irrealizable» ha sido extraordinariamente fértil en consecuencias prácticas. Casi todo lo que puede mostrarse hoy como auténtico progreso fue, en sus comienzos, fantasmagoría de ilusos, sueño sin sustancia. La utopía es menos utópica de lo que creen los «realistas» del empirismo mostrenco. Sobre los «proyectos» geniales de Galileo y Descartes se funda toda la física moderna.

El renacimiento del espíritu utópico, en nuestros días, no puede compararse, ni en ímpetu vital, ni en recursos imaginativos, a los que le caracterizan en ese vuelco descomunal que prepara el advenimiento de la modernidad. Esta eclosión de sociedades ideales, en radical disconformidad con la conformación histórica circundante, responde, sin duda, a una de las direcciones del espíritu renacentista, que trasciende a sí propio, y en contraste con la realización tópica de sus apetencias últimas, se muestra afanoso de un mundo social limpio de impurezas y yerros, en el que la razón de comunidad suplante la razón de Estado.

Trayectoria dispar toma ese anhelo. Vuélvese, en algunos, hacia el pasado, a la época mítica de la edad de oro o de Saturno. Proyéctase en otros hacia el futuro, a la época aún en devenir en que cuajará en realidad lo que se sueña. El influjo de los factores condicionantes de su época está presente en todos los escritores utopistas. Muestran todos la impronta de los relatos que viajeros imaginativos propalan en Europa de la vida ingenua, frugal y feliz de las comunidades indígenas de América. La doctrina del buen salvaje, recogida y exaltada por Juan Jacobo Rousseau, tiene un antecedente en esta línea de pensamiento.

Este violento contraste entre la vida natural y la vida civilizada —inserto en el meollo mismo de la corriente *jusnaturalista*— lleva a la mayoría de los escritores utopistas, enfrentados con la hirviente realidad que los rodea, a situar sus esquemas ideales en islas lejanas, sin ubicación geográfica precisa, como si la cultura, el progreso técnico y las instituciones sociales fueran incompatibles con la felicidad del género humano. El apartamiento de tierra firme pasa a constituir, para Moro, Bacon y Campanella, el supuesto indispensable del nacimiento y pervivencia del régimen social perfecto. Tomás Moro pagaría, con su noble cabeza, este error de perspectiva.

Fue Moro, precisamente, quien bautizó todo un género literario al titular *Utopía* el libro en que propone un sistema ideal de convivencia a sus contemporáneos. Utopía significa lo que no existe, lo que está fuera del espacio. El utopismo de la *Utopía* radica en este situar fuera del *topos uranos* la solución de los problemas concretos que el espacio plantea; pero, es también lo que le infunde un carácter revolucionario a todas las construcciones de este tipo. Las utopías se fugan del mundo estante después de escudriñarle y de haber puesto a plena luz sus fealdades, injusticias y limitaciones. Es una evasión contra la realidad. Sólo fuera de ésta, y en islas lejanas aún no mancilladas por la civilización, puede ser lo que el espacio impide que sea, lo que ya es, según los navegantes de los siglos XV y XVI, en parajes casi inaccesibles de los mares recién descubiertos. La solución de todos los problemas estribaba en un modelar la vida social europea, conforme a esas sociedades racionalmente construidas. Lo que subyace en esta argumentación resulta hoy enteramente claro: lo que no existe debe existir y dejar de existir lo que existe; transformarse la topía en utopía; lo que es, en lo que debe ser.

La utopía es, en última instancia, un acto de fe en el ilimitado poder creador de la razón humana.

Un gran sociólogo alemán, Karl Mannheim, en un libro ya clásico, ha acometido un análisis sistemático de los problemas que plantea el espíritu utópico, los cambios en su configuración a través de la historia y sus relaciones con la realidad, diferenciando tajantemente la utopía de la ideología. Este análisis ha sido desmenuado desde la perspectiva de la sociología del conocimiento. No olvida Mannheim que el objetivo propuesto está íntimamente vinculado a lo que subyace en la conducta colectiva del hombre de carne y hueso. Su preocupación fundamental es, justamente, establecer las relaciones entre el pensamiento real de los grupos humanos, las motivaciones inconscientes que lo influyen y la circunstancia social. Se trata, en definitiva, de conocer la vida en convivencia mediante la «captación comprensiva de las situaciones vitales originarias» de que hablara Dilthey.

Según Mannheim, «un estado de espíritu es utópico cuando resulta incongruente con el estado real dentro del cual ocurre». «No debe, sin embargo, considerarse como utópico cualquier estado de espíritu —advierte enseguida— que es incongruente con la inmediata situación y la trasciende y en este sentido se aparta de la realidad». «Sólo se designarán con el nombre de utopías —precisa Mannheim— aquellas orientaciones que trascienden la realidad cuando al pasar al plano de la práctica, tienden a destruir, ya sea parcial o completamente, el orden de cosas existente en determinada época».

El estado de espíritu utópico se caracteriza, pues, por trascender la realidad y chocar al propio tiempo con el orden social prevaeciente. No debe confundirse, por consiguiente, con los estados de espíritu que, aun trascendiendo la existencia real, siguen aferrados con el orden tópico, trasladando los afanes de cambio y mejoramiento más allá de la historia y de la sociedad. La concepción escolástica de la convivencia ejemplifica cabalmente, para Mannheim, este trascender, sin trascendencia histórica, la realidad social. Es un caso típico de ideología. «La idea cristiana del amor fraternal —escribe Mannheim— sigue siendo, en una sociedad basada en la servidumbre, una idea irrealizable y, en este sentido, ideológico, aun cuando se reconozca que puede actuar como motivo de la conducta del individuo. Vivir en forma coherente, a la luz del cristiano amor al prójimo, en una sociedad que

no esté organizada según el mismo principio, resulta imposible. El individuo, en su conducta personal, se ve obligado —en cuanto no se propone trastornar el orden social vigente— a renunciar a sus más nobles principios».

La utopía se propone transformar la realidad histórica en otra, más acorde con sus propias concepciones. Es esto, precisamente, lo que la define y caracteriza. No resulta ocioso añadir que los representantes del orden social vigente clavarán el marbete de utópico a todos los conceptos de existencia que, desde su punto de vista y de su situación real, nunca, en principio, podrán realizarse. La connotación que conlleva, usualmente, el vocablo, tiene su raíz en esta actitud. «Utopía —lo dice hasta el propio diccionario— es todo plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable».

El concepto de ideología, que Mannheim contrapone al de utopía, refleja uno de «los descubrimientos que han surgido del conflicto político, a saber, que los grupos dominantes pueden estar de tal suerte ligados en su pensamiento a los intereses de su situación que, sencillamente, sean incapaces de percibir ciertos hechos que vendrían a destruir su sentido de dominación. La palabra ideología entraña el concepto de que, en determinadas situaciones, el inconsciente colectivo de ciertos grupos oscurece el verdadero estado de la sociedad, tanto para esos grupos como para los demás, y en consecuencia, la estabiliza». En otras palabras: en ciertas coyunturas los grupos sociales estratificados actúan con una falsa conciencia de la realidad que afrontan para perpetuarla en beneficio propio.

Si la esfera de la actividad humana de la que depende primordialmente nuestro destino no fuera la política, o esta tuviera como palenque una academia, el desenmascaramiento de los reales móviles del adversario carecería de efectividad práctica alguna. Fue Carlos Marx quien planteó, por primera vez, la lucha política en términos de ideología. Durante largo tiempo los partidos socialistas y el proletariado revolucionario dedicaron sus mejores energías a denunciar los «motivos ocultos» de sus oponentes. El arma de la mutua revelación y del descubrimiento recíproco de los apetitos personales y de los factores condicionantes de la conducta política y de los idearios sociales es ya hoy propiedad común de todos los partidos y grupos que lidian por el poder, propiciando de esta suerte el medro de las tendencias irracionales y la boga

del mito. Cada partido y cada grupo tiene dominada su perspectiva por sus intereses, hábitos y ambiciones, y sólo en función propia tratan de usufructuar la realidad. Mirando en torno se comprueba fácilmente.

En el pórtico radiante del triunfo de la razón, de la técnica y de la democracia, Renato Descartes lanzó esta profecía: «En lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas es posible encontrar una filosofía práctica gracias a la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos, y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, las podríamos emplear de la misma manera para todos los usos adecuados y hacernos así dueños y señores de la naturaleza». Nunca predicción alguna tuvo tan cumplida realización. La naturaleza es hoy, cuatro siglos después del *Discurso del Método*, materia dócil en las manos del hombre. El mundo de las cosas inanimadas ha sido definitivamente desencantado por la ciencia, que se yergue retadora sobre el polvo del exorcismo, del talismán y de la alquimia. Nada más lejos de la magia —aunque parezca mágico— que el proceso de la desintegración del átomo. No cabe ya discutirlo. En el camino de la conquista y el aprovechamiento de la naturaleza, el progreso ha sido lineal y con ritmo vertiginoso.

Bacon sostuvo, orgullosamente, que la felicidad humana estaba supeditada al desarrollo y perfeccionamiento del método experimental. La historia ha demostrado, con hechos como puños, que «si el aumento de la ciencia es uno de los ingredientes de una civilización feliz, no basta por sí misma para procurar la felicidad. Necesita ir acompañada de un aumento de sabiduría, entendiéndose ésta como una concepción justa de los fines de la vida». Es indisputable que la expansión de la vida material en los últimos años, en beneficio de las clases humildes, no tiene precedente; pero, es indisputable, asimismo, que nunca fue mayor el contraste entre la riqueza y la pobreza y jamás tan agudos y chocantes los desniveles. Urge ya subrayarlo. Paradójicamente, en la propia medida en que la naturaleza iba entregando sus secretos, se fue encantando el mundo de las relaciones sociales. El racionalismo político y el optimismo progresista, que alumbraron la ruta de la burguesía en su hora de plenitud, se ven hoy agredidos por las tendencias irracionales que se han apoderado de vastas zonas de la conciencia colectiva. La fe en la razón y en la bondad ingénita

del hombre —punto de partida y ápice del liberalismo político y de la democracia individualista— háse visto en gran parte sustituida por el imperio de los instintos y la creencia en la perversidad natural del hombre. Maquiavelo y Hobbes retornan vencedores, del brazo de Hegel y Carlyle, entre los escepticismos disolventes de Rabelais y Montaigne. El individuo nada cuenta. La libertad es un artilugio de la Ilustración. La soberanía popular, una entequeia. «El Estado es un Dios mortal» —se lee en el *Leviatán*. La frase terrible de Hobbes, puesta dialécticamente en marcha por el mago del idealismo absoluto y absolutista, fue y sigue siendo la divisa del fascismo, que ha sobrevivido a su derrota en el campo de batalla y se apresta a reaparecer por otras vías y otros modos. Y es también la divisa del socialismo totalitario. Se prescinde de la ética en la política, que se va reduciendo alarmanamente en todas partes —particularmente en Cuba— a nuda técnica para la conquista y el goce del poder. No importa la inmoralidad de los medios si conduce al fin perseguido. El culto a la violencia, al providencialismo, a la demagogia, a la simulación y a la frivolidad se abre paso y consagra.

«Vivimos —proclama patéticamente Jacques Maritain— la liquidación del mundo de Juan Jacobo Rousseau». Henri Bergson, en su senectud desvelada por místicas angustias, imputa la responsabilidad de esa liquidación al maquinismo sin alma. «La mecánica —sentencia— no volverá a encontrar su dirección verdadera, no prestará servicios proporcionados a su potencia, sino a condición de que la humanidad inclinada hacia la tierra aprenda a levantar los ojos hacia el cielo». El curso de este pensamiento derrotista —lúgubre tañer de campanas entre las sombras del crepúsculo— no comienza en Maritain y Bergson. Mucho antes que ambos, ya Berdiaev y Belloc, Spengler y Duhamel, Keyserling y Jaspers, Scheler y Heidegger, Chesterton y Valéry, habían ensayado, como en el *Alcestes* de Eurípides, el ruido de las manos anunciando que todo ha concluido. A la arrogante creencia en las luces, ha sucedido en pleno señorío de la técnica el crujir de dientes y el plañir agorero. Jamás sociedad alguna tuvo en su agonía deudos tan empavorecidos como la nuestra. No se explica de otra suerte tan desesperada entrega a los ritos esotéricos y a los parsifales en *jeep*. Sociológicamente, la crisis social que atravesamos ha podido caracterizarse como una «situación de falta de seguridad en el mundo en que se vive, un no contar con el *mínimum*

indispensable de cosas firmes, un no saber a qué atenerse. Es la impresión de que nos falta un repertorio mínimo de convicciones vigentes que sirvan de base a nuestra existencia y de orientación a nuestra tarea. Es el hallarnos con que el sistema de creencias o de ideas sobre el mundo y la vida, y el de valoraciones, que regían en el próximo pasado, han perdido prestigio y no influyen ya decisivamente en el presente; y con que todavía no se ha instalado un nuevo sistema de normas que organice con seguridad y confianza nuestra existencia. Es la situación en la cual se hunde en el ocaso histórico un sistema de formas de vida y de pensamientos rectores y todavía no se llegan a divisar con claridad unas nuevas estructuras que sustituyan a las que declinan. El hombre de nuestro tiempo experimenta la sensación de que lo que ocurre en el mundo se le escapa de las manos, de que ya no está sometido a su dirección y control, de que el pensamiento ha dejado de ser rector y va arrastrado a la deriva por el tumulto de los acontecimientos embrollados»; pero, al par que eso acontece, el clamor de una nueva sociedad, que forcejea por quebrar el cascarón de la vieja en que vive constreñida y sojuzgada, se alza dominando a veces el estruendo apocalíptico.

He ahí nuestro drama. Y, he ahí, también, el caldo de cultivo de los mitos políticos actuales. En circunstancias semejantes, en que todo parece derrumbarse bajo las plantas, el hombre busca, dramáticamente, personificaciones visibles del inconsciente colectivo y dioses omnipotentes que le garanticen sustento, seguridad y amparo, sin parar mientes en los métodos ni en los objetivos. Su actitud anímica es análoga a la del hombre primitivo ante los elementos desatados de la naturaleza.

Imposible resulta siquiera entrar a considerar la estructura del pensamiento mítico. Lo que el mito sea y cuál su función en la vida social es cuestión aún abierta a debate. Si el material empírico acumulado por psicólogos, etnólogos, antropólogos y sociólogos puede ya estimarse completo, no ocurre así con la teoría del mito, envuelta todavía en una atmósfera bélica de elaboraciones contrapuestas. Hace poco acaba de editarse en español un libro de Ernst Cassirer, *El Mito del Estado*, que es un prodigioso abrevadero para el estudio del tema.

Según Cassirer, lo que caracteriza a los mitos políticos de nuestro tiempo es que se han puesto al alcance de las masas populares mediante una técnica apropiada. Esos mitos se diferencian de los

antiguos en que no son el resultado de una actividad inconsciente, ni el libre producto de la imaginación. Los mitos políticos actuales se elaboran de acuerdo con un plan racional meticulosamente concebido y diestramente ejecutado. Son cosas artificiales, fabricadas por gentes muy expertas y habilidosas. El mito, en suma, es una mercancía más en un mundo regido por el fetichismo de la mercancía. Los mitos se manufacturan por idéntico proceso que la nevera eléctrica o el lanzallamas.

No podía ser de otra suerte en una sociedad altamente tecnificada como la actual. La personificación de un deseo colectivo, o la dominación de tipo carismático, se distinguen sobremanera en una tribu y en una nación civilizada. En esta última, el mito tiene, ineludiblemente, que apoyarse en «razones», formar una «teoría». La supremacía de la raza aria, el derecho al espacio vital, la inmutabilidad de la propiedad privada, el milenio totalitario y la sociedad sin clases son representaciones mágicas rigurosamente racionalizadas con fines de hegemonía. El caudillo de la era atómica ha de ser, a la vez, sacerdote y artífice. No puede dejar nada al azar. Cada paso ha de prepararlo y premeditarlo con exquisito cuidado. Incluso la palabra mágica ha de emplearla metódicamente. Son los laboratorios de psicología social los que confeccionan los sortilegios, las profecías y los chivos expiatorios. La brujería política se torna científica y la vida social retrograda a formas que parecían definitivamente superadas.

«Hemos aprendido una nueva lección —escribe Cassirer—, una lección muy humillante para nuestro orgullo humano. Hemos aprendido que el hombre moderno, a pesar de su inquietud, o tal vez precisamente a causa de ella, no ha superado todavía la condición de vida salvaje. De todas las tristes experiencias de estos últimos doce años, esta es tal vez la más terrible. Puede compararse a la experiencia de Ulises en la isla de Circe. Pero es peor todavía. Circe había transformado a los amigos y compañeros de Ulises en seres de variadas formas animales. Ahora son los hombres mismos, hombres de educación e inteligencia, hombres honrados y rectos, que renuncian de repente a la suprema prerrogativa humana. Han dejado de ser gentes libres y personales. Ejecutando los mismos ritos, empiezan a sentir, a pensar y a hablar del mismo modo. Sus gestos son animados y violentos; pero esta es tan sólo una vida artificial y ficticia. De hecho, lo que los mueve es una fuerza externa. Actúan como muñecos de un teatro de

títeres, y ni siquiera saben que los hilos del espectáculo y de toda la vida individual y social del hombre, quienes los mueven desde ese momento son los caudillos políticos».

El predominio de la utopía, de la ideología y del mito en la lucha social y en el pensamiento político de nuestro tiempo, evidencia hasta qué punto ha renegado de sus propios orígenes la cultura occidental. La humanidad está de nuevo en un cruce de caminos que se bifurcan. Las fuerzas capaces de empujarla hacia una organización racional de la convivencia están frente a frente a las potencias irracionales, que pugnan por uncirla a la coyunda mágica de un régimen despedazado por los antagonismos y las contradicciones. Del desenlace de esa ingente contienda, dependerá el curso y sentido de la historia de los años venideros. Absurdo sería que pretendiera yo asumir el papel de arúspice; pero, creo, firmemente, que la disyuntiva planteada es clara y terminante: o el hombre se deshumaniza totalmente en la esclavitud tecnificada o recobra su «fertilidad perdida» en una organización planificada democráticamente para la libertad sobre el primado de la justicia distributiva.

Fechado por Roa: 6 de noviembre de 1949. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 450-461.

Vasco de Quiroga

Suele aún regatearse la contribución de España a esa prodigiosa primavera del espíritu que fue el Renacimiento. Los historiógrafos alemanes, por su parte, y los españoles ultramontanos, por la otra, han sido los más cicateros en esa ya histórica polémica. Admiten los unos, a regañadientes, que algún que otro teólogo o tratadista del siglo XVI haya sorbido los frescos y deleitosos zumos del pensamiento y del arte renacentista; y aceptan los otros, a lo sumo, que si el Renacimiento ejerció alguna influencia en España fue epidérmica y transitoria, y, en todo caso, nefasta por el aluvión herético que acarrea.

Sobran, empero, datos y hechos que contradicen tan aventuradas especies. ¿Qué fue el siglo de oro sino esplendente y pulposo fruto de las nuevas corrientes filosóficas, literarias, estéticas y religiosas que renuevan y fecundan los supuestos culturales de la

sociedad europea? ¿Y qué fue el descubrimiento, conquista y colonización de América sino una proeza de estilo inconfundiblemente renacentista? ¿No fue acaso la primera aventura internacional del capitalismo naciente?

Pero hay algo más todavía. Si por el lujo vital desplegado por el descomunal tamaño de la empresa, no cabe ya discutir su carácter de correlato histórico de la segunda épica del intelecto occidental —la primera la encabezaron Sócrates, Platón, Esquilo, Eurípides y Aristóteles—, es igualmente incontrovertible que los más claros y porfiados varones peninsulares que vinieron al Nuevo Mundo habían nutrido su espíritu y su ideario en los más sustanciosos veneros del humanismo burgués, tan finamente desmascarado por Aníbal Ponce. Don Vasco de Quiroga, oidor de la Nueva España, obispo de Michoacán y fundador de comunidades indígenas calcadas en la *Utopía* de Tomás Moro, ejemplifica cabalmente lo dicho. Si el lector quiere ahondar en el tema, puede acudir, con provecho, a las investigaciones de Silvio A. Zavala sobre las raíces ideológicas del apostolado social de Vasco de Quiroga, a la hermosa biografía de éste escrita por Benjamín Jarnés y a las cernidas páginas que le dedica Alfonso Reyes en su libro *Última Tule*.

Vasco de Quiroga fue nombrado oidor de la Nueva España en 1530. Nueve años hacía que Hernán Cortés había conquistado la vieja tierra de Nezahualcóyotl y aún las heridas, afrentas y desmanes estaban frescos. El proceso de transculturación apenas comenzaba. Don Vasco juzgó inaplazable emprender la reorganización del vasto y enconado territorio sobre «bases cristianas». En 1531, en carta dirigida al Consejo de Indias, propone «ordenar la vida de los naturales, reduciéndolos a poblaciones donde trabajando y rompiendo la tierra, de su trabajo se mantengan, estén ordenados en toda buena orden de policía y con santas y buenas católicas ordenanzas; donde haya o se haga una casa de frailes, pequeña, de poca costa para dos o tres o cuatro frailes, que no alcen la mano de ellos, hasta que por tiempo hagan hábito en la virtud y se les convierta en naturaleza».

Varios años después, en su *Informe de Derecho*, el sapiente y alerta oidor amplía el ámbito de sus consideraciones y examina, a fondo, problemas relativos a la explotación de los indios, al régimen de esclavitud y a las costumbres y formas de vida autóctona. Alude, reiteradamente, a un plan de reformas que ha enviado al

Consejo de Indias y sustenta sus juicios en abundantes citas de obras clásicas, jurídicas y teológicas. Pero lo más importante que contiene este *Informe* es el minucioso proyecto de organización de la sociedad indígena, concebido y diseñado, según declara don Vasco, a tenor de las *Saturnales* de Luciano y de la *Utopía* de Moro. Aquéllas —puntualiza Zavala— «le proporcionan la imagen de la edad de oro con la cual compara insistentemente la vida de los indios; en la *Utopía* halla el modelo para organizar las comunidades de acuerdo con la inocencia que descubre en los aborígenes».

La conclusión a que arriba Vasco de Quiroga es típicamente renacentista y es, asimismo, renacentista su fe en el ilimitado poder creador de la voluntad iluminada por la razón. No debe ceñirse el colonizador español a transmitir los valores europeos, expresiones al cabo de la decadente edad de hierro; debe también, y sobre todo, elevar la vida de los naturales «a metas de virtud y humanidad superiores a las europeas». Confiesa don Vasco que el ideal de una sociedad mejor que las existentes ha sido su sueño más caro y que la providencia le ha deparado la oportunidad de realizarlo al leer la *Utopía* de Moro. Y se manifiesta resueltamente partidario de aplicar sus leyes, por «ser las más adecuadas para los pueblos del Nuevo Mundo». Hasta qué punto y cómo trasfundió su sueño a la realidad lo veremos a seguidas.

El problema teórico de las relaciones entre utopía y topía —sueño y realidad— ha sido analizado, a fondo, por la sociología contemporánea. Hay una obra ya clásica sobre la materia, de Karl Mannheim, fundada en la teoría de las ideologías de Marx. No se ha estudiado, en cambio, con la latitud y hondura que se debiera, la utopía en función de la experiencia histórica. Las aportaciones más importantes que se han hecho al esclarecimiento del tema son de autores hispanoamericanos y españoles. No en balde nuestra América fue asiento e imagen de la utopía para la conciencia europea y España es «un pueblo que quiso demasiado». El impulso utopista dimana, precisamente, de toda voluntad potenciada por el ilimitado poder creador de la razón.

De nuestra América, paraíso perdido de la historia, se nutre la primavera de sociedades ideales que aflora en el Renacimiento. Su descubrimiento, como es sabido, va precedido y acompañado de un enjambre de mitos. Platón la presentiría mágicamente en la Atlántida. En el «continente» de la esperanza, la mitología se transforma en historia y la utopía adviene topía. El prestigio de un mundo

creado por la razón humana hace su agosto en Europa. Moro, Campanella y Bacon intuyen el *plus ultra* en las fabulosas tierras recién descubiertas.

Hace ya algunos años, Domingo Amunátegui y Solar desarrolló la tesis de que el Nuevo Mundo estuvo sometido, desde Carlos V hasta Felipe IV, a un empírico socialismo de Estado. No la he leído; pero sí conozco el excelente resumen que ofrece Alfonso Reyes en su libro *Última Tule*.

Amunátegui estudia, detenidamente, el experimento social ensayado por los jesuitas en Paraguay. Diversos reductos se fueron creando hasta fundarse la primera misión en 1602. «Los reductos —escribe Reyes— servían de amparo a las poblaciones de indios, blandas y sumisas, que venían huyendo de los esclavistas desembarcados en el Brasil. En el centro del reducto, la ostentosa casa de Dios servía de núcleo a las viviendas de los padres, los talleres y escuelas, los lazaretos y almacenes de provisiones, las huertas, las residencias de indios, espaciosas y concebidas para una familia numerosa. Luego venían las tierras de labor, las praderas, los ganados, los criaderos de caballos. La vida se regía a toque de campana y era modelo de organización. Aquel pequeño Estado utópico no poseía ni necesitaba dinero, y el que se obtenía mediante la venta de artículos o cosechas a los extraños, se invertía todo, al instante, en servicio de la comunidad. Por medio siglo creció y floreció la república cristiana, extendiéndose hasta la costa occidental del río Uruguay. En 1750, con las particiones entre Europa y Portugal, toda esta región pasó a poder del Brasil, como parte del Rio Grande do Sul. A la sola idea de que los jesuitas tuvieran que abandonar el país, los pueblos se levantaron. Los jesuitas, envalentonados, encabezaron la lucha. Y así se mantuvo una existencia precaria, combatida y sobresaltada hasta que sobrevino la expulsión de la Compañía. Los indios entonces, entre medrosos y reacios, huyeron y se reintegraron poco a poco en su antigua vida silvestre».

El humanista y misionero José Peramás es autor de un curioso y prolijo paralelismo entre los *reductos* de los guaraníes y *La República* de Platón. Sobre los problemas teóricos planteados en este campo por la colonización española, el opúsculo de Lewis Hanke, *Los primeros experimentos sociales en América*, es fuente obligada de consulta.

Las investigaciones de Silvio A. Zavala demuestran, ostensiblemente, la influencia de la *Utopía* de Tomás Moro en la experiencia social que tuvo por teatro a Michoacán y como inspirador, a Vasco de Quiroga. Siempre había gozado éste de fama como jurista preclaro, gobernante ejemplar, protector de los indios y sacerdote de vida impoluta y reconocido fervor. Pertenecía al claro linaje de fray Bartolomé de las Casas y su formación en la *philosophia Christi* era visible en la palabra y en la conducta. Manejaba, con ágil familiaridad, los clásicos y los humanistas.

Zavala ha esclarecido, con mano maestra, «la pauta de su obra social y el sentido de la reforma». Ya José Moreno se había referido a la igualdad de bienes existentes en el primer «hospital» fundado por Vasco de Quiroga; y había aludido, también, a los antecedentes clásicos y renacentistas del ensayo. Zavala probaría que Vasco de Quiroga «encuentra la idea platónica de la república perfecta, como en comprimido, en la *Utopía*, y la transporta y vincula de hecho en nuestra América, campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad más feliz». En su *Informe de Derecho*, publicado en 1935, Vasco de Quiroga declara las inspiraciones que ha recibido de las *Saturnales* de Luciano y varias veces afirma que extrajo de Moro su idea de los hospitales, comunidades que funcionaron durante dos siglos con óptimos resultados.

Zavala coteja, minuciosamente, la *Utopía* de Moro y las *Ordenanzas* de Vasco de Quiroga. La similitud es sorprendente en punto a la organización comunal, al régimen familiar, a la distribución de los frutos, a las condiciones de trabajo y a las instituciones políticas. «Al incorporar el proyecto a su ámbito cultural y relacionarlo no sólo con la *Utopía* —concluye Zavala— sino con la actitud renacentista que en último término lo inspiró, no naufraga el mérito de don Vasco. No podemos pensar, ciertamente, que su obra fue fruto de inspiración individual; más, quedan aclaradas históricamente su intención y la grandeza del propósito. Subsiste, además, la fervorosa e ingenua voluntad con que quiso aplicar prácticamente lo nacido en su origen como comentario ideal».

El nombre de Vasco de Quiroga se veneraba todavía en el siglo XIX entre los indios tarascos. Benjamín Jarnés, fino escritor español ha poco fallecido, supo revivir su enérgica y dulce figura en poemática biografía. La resonancia de su prédica aún se percibe por las serranías y llanos, que cabalgó en blanca mula, en pos de la

ciudad soñada, en que los hombres serán libres, iguales, dignos y felices. El afán de infundirle realidad histórica a ese ideal mueve hoy a los pueblos que maduran su futuro en las entrañas convulsas de América.

Fechado por Roa: 15 de abril de 1951. Compilado primero en *En pie*. Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 238-242.

Grandeza y servidumbre del humanismo

Suele olvidarse, a menudo, que nada se da por añadidura en la historia. El mundo moderno advino a la existencia entre grandes dolores y luchas terribles. La burguesía, el capitalismo y el proletariado se abren camino en constante forcejeo. Se registran pocas revoluciones más vastas y hondas que esa de la cual emergió la sociedad en que vivimos. Sus raíces se remontan mucho más allá de las mutaciones operadas en la estructura y en la faz de la sociedad europea durante los siglos XV, XVI y XVII. Se ven ya sus briosas ramazones en la Alta Edad Media.

El punto de partida de ese dilatado proceso, que lo es también de la descomposición del régimen feudal, puede situarse en la reanudación de la vida urbana y de la actividad crematística en el siglo XII. Múltiples circunstancias y factores confluyeron en la Baja Edad Media, acelerando ese complejo y revuelto desarrollo; pero el determinante de su curso ulterior es el ascenso progresivo de la economía dineraria en algunas ciudades de Occidente a partir de las Cruzadas.

La teoría de Werner Sombart sobre las génesis del temprano capitalismo ha sido definitivamente impugnada. El criterio hoy predominante es que fue el comercio, y no el producto de la propiedad territorial, la fuente y la fuerza con cuyo auxilio se formaron las fortunas burguesas de la etapa germinal de la modernidad. El nuevo tiempo histórico que inauguran el Renacimiento y el humanismo, los grandes descubrimientos geográficos y científicos, la Reforma Religiosa, el Estado nacional y el sistema mercantilista, el espíritu utópico y las revoluciones inglesas del siglo XVIII es, pues, producto del desplazamiento histórico de la clase terrateniente por la clase burguesa, del régimen feudal por el régimen capitalista.

El alto nivel que alcanzó el tráfico mercantil en la Edad Media declinante está condicionado por el establecimiento de grandes industrias de explotación, principalmente textiles y mineras, en Flandes, Italia, Suavia, Inglaterra, el bajo Rhin y la Nuremberga. Los promotores y depositarios de ese intenso comercio, que invadía zonas cada vez más amplias de la economía señorial transformándola en economía dineraria, fueron generalmente, como ha demostrado Jacobo Strieder, advenedizos salidos de los angostos círculos del artesanado y del pequeño comercio al ancho ámbito de la especulación y del cambio. Movilizando sus fortunas en empresas industriales y en pingües negocios con los poderes espirituales y profanos, se integran, prontamente, en una categoría social en pugna con la concepción escolástica de la convivencia. Esa acumulación progresiva de riqueza dineraria, multiplicada posteriormente por la explotación esclavista de los yacimientos auríferos de América, la piratería y el pillaje colonial y por la expropiación en gran escala de las tierras de cultivo para dedicarlas a la cría de ganado lanar, es la base objetiva del proceso de acumulación primitiva del capital y, por consiguiente, del temprano capitalismo.

El desplazamiento urbano de densas masas campesinas despojadas de sus medios propios de vida, sirvió, por partida doble, a los intereses y finalidades del capitalismo emergente: ensanchando el mercado de consumo interno y abasteciéndolo de una mano de obra en extremo barata. Sin otro patrimonio que su propia fuerza de trabajo, el contingente aldeano desvalido no tenía otra alternativa, para subsistir, que aceptar el misérrimo salario que se le ofrecía. Jurídicamente era libre. No dependía ya del señor ni tenía que pagar impuestos, ni someterse a las rigurosas prescripciones de los gremios de arte y oficio. Era libre, absolutamente libre, para alquilarse; mas, no para fijar las condiciones de su arriendo, que le venían indefectiblemente impuestas.

Ni que decir tiene que la existencia de esta nueva categoría social, prefigura del proletariado moderno, chocaba con las formas corporativas del régimen de trabajo y la explotación servil de la tierra, sumándose al ya tenso antagonismo entre la nobleza territorial y la clase mercantil, entre el castillo y el burgo, entre las artes *possessivae* y las artes *pecuniativae*. No demoraría mucho en hacer crisis esta constelación de discordancias. El

desarrollo creciente del comercio, del crédito, de la actividad industrial y del sistema de producción fundado en la libertad de trabajo, no podía ya evolucionar hacia formas superiores de expresión sin un reordenamiento de las bases sociales y de la relación de autoridad dominante. La vieja aspiración de la clase mercantil a regirse por cuenta propia se hacía ahora imperativa.

Recabar de la nobleza un régimen de franquicias, en que se limitara su derecho de imponer tributos y multas a capricho, fue la primera demanda planteada por la naciente burguesía como clase. En 1294 ya la de Florencia lo había logrado. La burguesía española un siglo antes, haciéndose representar por los procuradores desde las Cortes convocadas por Alfonso III. Fue, pues, en España, donde la clase social que regiría el mundo moderno tuvo su primer despunte de conciencia política. En España intentará también, por primera vez, tres siglos más tarde, la plena ascensión al poder público. El fracaso de la sublevación de los comuneros de Castilla y de las hermandades de Valencia en su empeño de «desfachar el yugo feudal», fue, asimismo, el fracaso de la burguesía española y la razón última del discontinuo desarrollo histórico de ese país, colonia última del imperio perdido.

Múltiples ciudades obtienen estas cartas de franquicias, compradas muchas de ellas a los señores. Fortaleza hasta entonces, el burgo se trueca en mercado. En su plaza central, se compran y venden los productos de la tierra y las manufacturas, se efectúan las transacciones, se extienden y cobran letras de cambio, se pignoran valores y se presta dinero a interés. La moneda suplanta al servicio personal. El señor mismo y aun la iglesia se ven compelidos a utilizarla. Los puentes levadizos de los castillos feudales y los pórticos majestuosos de las catedrales se rindieron a los traficantes, que cruzaban aquéllos y se instalaban en éstos pregonando, alegremente, sus mercaderías. Esta invasión de los dominios, hasta entonces inaccesibles, de los príncipes de la tierra y de las dignidades eclesiásticas, suscita conflictos y querellas; pero, carecen todavía de significado político. La clase mercantil sólo aspiraba, en esta fase de su desarrollo, a insertar sus intereses en el régimen feudal. El paso inmediato se encaminaría, precisamente, a reclamar una esfera intangible de acción dentro de ese régimen.

Nada más instructivo, a este respecto, que la evolución de ese proceso en el espíritu de la burguesía. En un principio, se contentaría ésta con que la educación eclesiástica acogiera en su seno

determinadas enseñanzas que convenían a sus intereses. Su primera victoria fue la sustitución de la escuela monacal por la escuela catedralicia, en la que se prestaba particular atención a la enseñanza práctica conectada con las actividades mercantiles. La fundación de las universidades fue la conquista subsiguiente. Ya la burguesía, decidida a lograr una esfera propia de acción dentro del régimen feudal, no se conformaba con vivir a merced de sus usufructuarios. En el seno de estas *corporaciones de profesores y estudiantes*, la burguesía fomentó el ambiente intelectual que necesitaba para combatir y derrocar el feudalismo y la escolástica en el plano de la cultura. El latín fue sustituido por la lengua nacional. El *trivium* y el *quadrivium*, por nociones de ciencias naturales, de historia, de geografía y de cálculos. La proyección práctica que estas dos últimas disciplinas tenían para la burguesía —tentada ya por la visión de un camino más corto a las Indias— determinó el establecimiento de escuelas especiales de náutica y de contabilidad, en las que banqueros y comerciantes recibían la instrucción indispensable para el ejercicio de sus complejas actividades. La iglesia respondió a ese empeño de la clase mercantil convirtiendo las catedrales en mercados, en bolsas de valores y en bastiones del feudalismo en retirada. La lucha abierta por el control de la cultura, poderoso instrumento de dominación de la conciencia social, fue la consecuencia de esa creciente y pugnaz rivalidad económica. La ciudad de Florencia sería el centro inicial de ese duelo memorable entre dos mundos embestidos.

Henri Pirenne ha estudiado la rápida difusión del espíritu capitalista por todas las ciudades europeas. El Renacimiento y la Reforma le suministrarán los fundamentos psicológicos que todavía le faltaban. Se caracteriza ese espíritu por el instinto adquisitivo, por la voluntad de poderío, por el afán de ascender a planos sociales de mando material y espiritual, por la acción creadora. Jacobo Fúcar, Cosme de Médicis, Miguel Ángel, Copérnico y Maquiavelo expresan ese mismo estilo de vida en el terreno de la cultura. La historia de ese espíritu es, en gran medida, vista desde la perspectiva burguesa, la historia del desenvolvimiento del individuo, la historia de la fe del hombre en sus propias potencias. «Comienza entonces —escribe Jacobo Strieder— ese largo proceso de racionalización en las formas económicas, que aún hoy no parece estar concluso. Iníciase esa penetración en la cual desde entonces habrá de encontrar su más fuerte

expresión espiritual el progreso de la vida económica europea. Junto a la máxima creación del espíritu italiano renacentista, el Estado como obra de arte, colócase otra creación nacida del mismo espíritu personalista: la economía como obra de arte, el negocio moderno, la empresa capitalista».

La fermentación espiritual originada por ese proceso de radicales transformaciones en la estructura de la sociedad europea alcanza en Italia su más alta capacidad creadora y su plenitud de esplendor. A ese fúlgido, estremecido y fecundante período de la historia, en que la razón y la ciencia imponen sus fueros abatido la escolástica y el sentido señorial de la vida, es a lo que, desde entonces, se ha venido llamando Renacimiento. Todavía suele considerarse este vuelco ingente de la conciencia europea como una pura resurrección arqueológica de la antigüedad grecolatina. Tres factores han influido, decisivamente, en la elaboración de la falsa perspectiva: la deshistorización del fenómeno por aquellos que sólo quisieron o pudieron ver en él un espléndido rebrote erudito del espíritu clásico, el amoroso deleite que mostró el humanismo por los textos antiguos y el equívoco que conlleva la palabra Renacimiento. El Renacimiento constituyó, sin duda, en su forma de expresión, una vuelta a la antigüedad; pero, esta vuelta, lejos de haber sido una rémora, fue «un acicate hacia el mañana, porque complicó la visión histórica del pasado y cooperó, de esta suerte, a hacer más ricas y heterogéneas las anticipaciones ideales del futuro». El significado profundo de esta actitud puede vislumbrarse en estas palabras de Pablo de Tarso: «Y a renovar-nos en el espíritu de nuestra mente; así también nosotros andemos en novedad de vida». Es, en este sentido, que el vocablo Renacimiento aparece, por primera vez, en *Vidas de los pintores*, de Vasari.⁴ Y es en este sentido, también, que profirieron expresiones análogas —*renovatio, regenerari*— los grandes reformadores espirituales del siglo XIII, Francisco de Asís y Joaquín de Flore, videntes geniales de las soterradas corrientes de la historia. La *vita nuova*, de que hablaría Dante Alighieri en el siglo siguiente, simboliza el nuevo cambio de constelaciones que se está operando y el anhelo de una vida nueva, ya en marcha.

⁴ *Vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos* (Giorgio Vasari, 1550). (N. del E.)

La actitud contemplativa fue la actitud típica del mundo antiguo. El Renacimiento es acción, dinamismo, actividad creadora, afán de gloria y de poder, culto a la individualidad que en el hacer se hace y hace el hacer, fe en la razón, en la naturaleza y, sobre todo, en el hombre, a quien, conforme al apotegma de Pico de la Mirandola, su *De hominis dignitate*, «le es dado tener lo que desea y ser lo que quiere». La edad de oro nunca estuvo a sus espaldas. Fue siempre, en sus hijos auténticos, un sendero, una vía, una aspiración con vista al futuro. «La edad que el Renacimiento crea —puntualiza Fernando de los Ríos— sólo añora a través de los eruditos, no a través del tipo por él creado, no a través del hombre nuevo de la nueva edad; éste no suspira, sino que, enamorado del espíritu, se entrega febrilmente a la acción, dispuesto a crear, de un modo inmediato a beneficio de su individualidad, el medio personal que considera digno de sí». «El gran aporte del Renacimiento —afirma Jacobo Burckhardt— fue el descubrimiento de la personalidad humana». «En la Edad Media —añade— las dos caras de la conciencia humana, la interna y la externa, yacían soñando o semidespiertas bajo un velo común. A través de ese velo, tejido con fe, ilusión y preocupación infantil, el mundo y la historia aparecían teñidos con unos colores de matices maravillosos. El hombre tenía conciencia de sí, únicamente en cuanto miembro de una raza, pueblo, partido, familia o corporación, sólo a través de alguna categoría general. Fue en Italia donde este velo se evaporó por primera vez; con ello se hicieron posibles un estudio y una consideración objetiva del estado de todas las cosas de este mundo. Con la misma fuerza se afirmó el lado subjetivo correspondiente; el hombre se convirtió en un individuo espiritual (*uomo singolare y uomo único*) y se reconoció a sí mismo como tal». Este descubrimiento de sí mismo produjo en el hombre un deslumbramiento que todavía ofusca en la distancia del tiempo. Fue como si despertara de una catalepsia de siglos y todo amaneciera de nuevo para él.

El mundo viejo en que la vida venía hecha y el hombre estaba sujeto a perpetua servidumbre, se aprestó al envite. Florencia fue el centro inicial, como ya quedó dicho, de ese duelo memorable entre dos concepciones embestidas. Fertilizada por el trasiego continuo de las mercancías y de los viajeros, regida a partir de 1434 por los Médicis, príncipes afanosos de saber y de riqueza, Florencia se convertiría, a la caída del Imperio romano de Oriente

en 1453, en la cuna del Renacimiento y del humanismo. Los más descomunales entendimientos y artistas de todas las épocas —Botticelli, Donatello, Ficino, Maquiavelo, Pico de la Mirandola, Lorenzo el Magnífico, Leonardo da Vinci— pintaron, esculpieron, pensaron y soñaron junto al trémulo cristal del Arno, que otrora recogiera, en idílica imagen, el primer encuentro de Dante y Beatriz. Nunca, en tiempo alguno, ni siquiera en el siglo de Pericles, vivieron una misma vida y respiraron una misma atmósfera espíritus tan impares como los que enjoyaron a Florencia en aquel minuto alucinante de la historia, inicio de la *vita nuova* entrevista y cantada por el autor de *La divina comedia*.

No quedaron muy en zaga de Florencia las demás ciudades italianas. Roma fue la síntesis luminosa y fragante de esta primavera de prodigios. La iglesia misma sucumbió a sus aromas. Rafael y Miguel Ángel constelaron de frescos y de estatuas de la más pura estirpe clásica —vírgenes y querubines transidos de exultante paganía— el sacro recinto de los sucesores de San Pedro. «Disfrutemos del papado —clamaba León X— puesto que Dios nos lo ha dado». Los Borgia, soberbio linaje de almas pervertidas, fatigaron, parejamente, el boato, el incienso y el crimen. La propia insurgencia de Savonarola en Florencia contra el desenfreno de los jerarcas de la iglesia, preludio de las rebeldías luterana y calvinista, asume el mismo ademán desorbitado que caracteriza el estilo de vida de la época.

De Italia, el Renacimiento se extiende por todos los países de Europa occidental. En Alemania, el nuevo espíritu se traduce, por razones inherentes a su desenvolvimiento histórico, en una fusión dinámica de la herencia gótica y del impulso humanista, fenómeno que esclarece las añoranzas medievales que impregnan la protesta luterana. Dos figuras colosales dominan el Renacimiento alemán: el cardenal Nicolás de Cusa y Alberto Durer. La invención de la imprenta fue, sin embargo, la aportación cardinal de Alemania al movimiento renacentista.

Francia logró imprimirle personalidad propia y peculiar acento al nuevo espíritu, anticipando en la poesía de Ronsard, en la sátira de Rabelais y en el ensayo de Montaigne, su señero destino en la historia de la cultura. Los Países Bajos entraron, como España e Inglaterra, un tanto tardíamente en el proceso renacentista. No fue, empero, menos valiosa su contribución. Erasmo de Rotterdam, el *homo pro se*, es acaso la figura más destacada e influyente

de la época. Basta decir que su impronta está presente en todas las minorías cultas de Europa y, principalmente, en la *élite* intelectual española, en la que el humanismo se introduce y prende a través de sus libros. Marcel Bataillon ha escrito, a este respecto, un libro ya clásico. Es necesario advertir, sin embargo, que el erasmismo español se diferencia de sus congéneres europeos en que se constituye —caso único en la historia del humanismo— como un intento de salvación integral de la personalidad humana y de la cultura occidental. Joaquín Xirau ha elaborado una tesis preñada de atisbos sobre el tema en cuestión. No se constriñe el humanismo español «a la letra de las doctrinas de Erasmo. Lo trasciende en todos sentidos y forma un cuerpo de doctrinas de la más amplia y fecunda resonancia. Hay en todos sus representantes algo que los une en la unidad de la misma aspiración».

Es la *philosophia Christi*, la consideración cristiana —no eclesiástica ni teocrática— del problema de la unidad humana, totalizada con «las concepciones de la antigüedad clásica y todos los avances de la cultura humanista y racionalista». Es una filosofía integradora de todos los elementos configurantes de la época, desde Galileo hasta Lutero. Y capaz, en consecuencia, de haber impedido la ruptura interna de la conciencia europea, salvando la libertad en la acepción burguesa del vocablo. No otra es la aspiración que informa la actitud de Juan Luis Vives, de fray Bartolomé de las Casas y de Vasco de Quiroga. Esta posibilidad estelar del humanismo español la quebrarían Carlos V, Felipe II y la Contrarreforma. El ímpetu epopéyico que anima a los conquistadores españoles es también, sin excluir sus codicias y crueldades, hijo legítimo del espíritu renacentista. Resulta ya, pues, definitivamente trasnochada la vieja tesis alemana de que en España no hubo Renacimiento.

Inglaterra fue el último país que se incorporó a la gran faena histórica que plantea el Renacimiento; pero, sería el primero en llevarla hasta sus últimas consecuencias. El nuevo mundo que alborea será obra, en gran medida, del método experimental de Francis Bacon, de las doctrinas contractuales de la sociedad y del Estado de Tomás Hobbes y de John Locke, del genio político de Cromwell y del empuje concertado de la clase mercantil y de los campesinos y trabajadores ingleses.

La subversión que entraña esta violenta secularización del pensamiento alcanza a todas las esferas y a todos los juicios de valoración

social. Aníbal Ponce ha trazado una vívida pintura de este proceso. Hasta entonces la nobleza había sido privilegio de sangre. A partir de entonces, se discernía por el poder, la fortuna y la cultura. «El noble —había dicho Petrarca en los umbrales del nuevo tiempo— no nace: el noble se hace». El hombre había vivido hasta entonces fugado del mundo. A partir de entonces, vivirá en el mundo, haciendo su vida. «La vida, la verdadera vida —escribía Boccaccio en el prólogo del *Decamerón*—, es esta vida humana amasada de ingenio y de instinto». El goce adámico de los sentidos, extraído por los humanistas de los textos clásicos, volvió por sus fueros y, bajo la égida sabia y benevolente de la antigüedad grecolatina, los instintos se lanzaron rijosos por todos los caminos.

Movida por parejo impulso, la inteligencia emprendió análoga aventura. Un afán de saberlo todo se apoderó de los espíritus. La curiosidad, embridada durante diez siglos por el freno de la escolástica, se proyectó sobre todo: el espacio, el tiempo, la naturaleza, el hombre mismo. Se dilataron, prodigiosamente, los horizontes del conocimiento. El reloj conquistó el tiempo; el telescopio, el espacio; la observación, la naturaleza; la brújula, el mar; la razón filosófica, la conciencia del hombre. Si la Tierra no era el ombligo del universo, como habían demostrado Copérnico y Galileo, el hombre sí era el arquitecto de su propio destino. No tenía más límite que su mismo afán.

El espíritu adquisitivo, galvanizado por el capitalismo naciente, se trasmutó en fuerza creadora. La aventura por los mares ignotos no tardará en comenzar. Cristóbal Colón, nieto de tejedores, dona en proeza impar todo un continente a los Reyes Católicos. Y, al hacerlo, la idea de la esfericidad de la Tierra, intuida por los árabes, se trueca en mercado mundial, y América, en cornucopia. En carta famosa, Colón escribe, con lírico acento, a sus regios protectores: «La riqueza principal de las Indias son los indios. Aman a su prójimo como a sí mismos. Sus palabras, siempre amables y dulces, van acompañadas de sonrisas»; pero, en su segundo viaje lleva consigo más de quinientos indígenas que vende como esclavos en Sevilla. Y, en carta posterior a la reina Isabel, afirma, descarnadamente, con afilado sentido de la coyuntura histórica: «El oro es excelentísimo. Con él se hacen tesoros y el que tiene tesoros puede hacer en el mundo cuanto quiera, hasta llevar las almas al paraíso». Jacobo Fúcar y Chigi, banqueros de papas y emperadores,

demostrarán, cumplidamente, la validez del aserto; pero, Cosme de Médicis los pondría en ridículo en punto a codicia y en punto a señorío. «De buenas ganas —decía— le hubiera prestado dinero a Dios Padre, a Dios Hijo y al Espíritu Santo, para tenerlos en la columna de mis libros de cuenta». Y, como no pudo satisfacer este anhelo, ni tampoco transportar almas al paraíso porque su colega Fúcar monopolizaba el negocio, optó por enfeudar la cultura y ponerla al servicio de sus intereses como fuente de predominio y arma de combate.

La teoría del hombre aparte, de la inteligencia pavoneándose libérrimamente sobre los partidos y las clases sociales, elaborada por Erasmo de Rotterdam, no es más que una leyenda. El mecenismo, transfigurado por sus propios beneficiarios, comportaba, en la práctica, la servidumbre del pensamiento. «Sucesivamente preceptor, secretario, profesor, sirviente de los príncipes, consumiéndose en estudios ingratos, víctimas de enemistades mortales y de plagios incesantes, levantado hasta las nubes o hundido en el desprecio, opulento hoy, miserable mañana, el humanista —concluye Burckhardt— es la imagen viva de la inestabilidad. Por un Petrarca y un Pontano, circunstancialmente colmados de honores y genuflexiones, cuántos eran los que, como Ronsard, sólo merecían de su empinado protector este cínico comentario: A un buen poeta hay que cuidarlo como a un buen caballo».

Mientras Leonardo pinta, Copérnico escruta, Erasmo escribe, Maquiavelo marrulla y Vesalio diseña, dos contrapuestas concepciones del mundo, de la sociedad y del Estado se disputan, encarnizadamente, el predominio. El feudalismo y la escolástica se resisten a abdicar su imperial hegemonía y se empeñan en una de las más enconadas batallas de la historia. La sociedad medieval, asentada en una rígida organización unitaria y jerarquizada de la vida y en un sistema cerrado de creencias, acabará por ceder, desmoronándose a la arremetida implacable del poder del dinero, de los descubrimientos geográficos, del progreso de la ciencia, de la invención de la imprenta, de las herejías, del empuje popular y de la secularización del pensamiento, tomando cuerpo y vigencia el régimen social que germinara en su seno. Independizado de la función, del oficio y de la misión que la estructura feudal le asignara, el hombre nuevo erige su razón en instancia suprema de todas las cosas, soltándose de las férreas amarras que uncían su voluntad y domeñaban sus apetencias. El

mundo que alborea es hijo legítimo de la ciudad, del comercio y de la usura. Su enseña es la antropología; la cultura grecolatina, su instrumento; la naturaleza, su oráculo; la técnica, su palanca de Arquímedes; la quimera del oro, su delirio; la libertad, su pregon; la mercancía, su fetiche; la valoración de lo cuantitativo, su criterio de la verdad.

El humanismo es la flor privilegiada de ese borrascoso advenimiento. Representa la sublimación ideológica de los intereses materiales de la clase mercantil en ascenso. Se nutre y sueña arrullado por la incitante canción del Vellochino. El tráfigo incesante de los muelles fecunda, y al par invalida, su afán de tolerancia, de fraternidad de las *élites*, de paz universal. Banqueros insaciables, mercaderes ennoblecidos, pontífices paganos y tiranuelos sin escrúpulos, protegen y fomentan el humanismo y exhiben sus creaciones portentosas con la propia insolencia con que muestran su boato, sus vicios y sus crímenes. «Yo me he hecho a mí mismo», afirma con impar soberbia Pontano. Erasmo se proclama *homo pro se*. Vano desahogo de espíritus enjaulados.

Nada más doloroso y deprimente que el espectáculo ofrecido por aquella rutilante constelación de sabios, pintores, escultores y poetas. Pretensos señores de la inteligencia, si subsistían era a fuerza de dádivas. Arrimarse a un mecenas implicaba, inexorablemente, la rendición del espíritu y la servidumbre del intelecto. Incluso aperebirse a fungir de bufón. A cambio de lisonjas y genuflexiones, recibían una mezquina soldada. Fueron muy pocos los humanistas que se atrevieron a «mandar en su hambre». Se podrían contar, con los dedos de una mano, los que no encorvaron el espinazo, ni vendieron la conciencia.

«Vivimos en una época difícil —escribíale Luis Vives a Erasmo— en la cual no se puede hablar ni callar sin peligro». Como en los días azarosos que corren, la dignidad del intelectual y del artista estaba sometida, en aquella sazón, a la más dura de las pruebas. Como hoy, había muchos que, «habiéndose acercado a la verdad, no tenían el coraje de decirla o imponerla». No se pueden leer, sin honda melancolía, estas palabras de Erasmo: «En cuanto a mí, no tengo inclinación de arriesgar mi vida por la verdad. No todos tenemos energía para el martirio, y si el temor me invade, imitaré a San Pedro». La *trahison des cleres* está ya dramáticamente anticipada en esa mezquina profesión de fe. El humanista por antonomasia se declaraba incapaz de exponer una

uña en favor de la humanidad. La cultura moderna ha arrastrado consigo, como pecado original irredimible, el marchamo infamante de esa cobardía. Ante la perspectiva de la cicuta, la mayoría de sus más altos exponentes ha solido afiliarse despavorida en el ambidextro partido de Erasmo.

La posición histórica del humanismo ha sido ya nítidamente precisada por Burckhardt, Dilthey y Monnier. Como los sofistas fueron los ideólogos de la fortuna mueble en el siglo de Pericles y los fueron Voltaire, Diderot y Rousseau del Tercer Estado en las vísperas de la Revolución francesa, los humanistas son los intérpretes de la burguesía renacentista y los heraldos de la nueva aurora. La áurea reverberación de las monedas ilumina y galvaniza el culto de la antigüedad, que se lanzará exultante a guerrear por las ciudades. Las traducciones y comentarios de los humanistas se clavan, como dardos de fuego, en la carne ya tumefacta de la estructura feudal y de la cultura eclesiástica. Y dan, a la vez, a los mercaderes y a los capitanes de empresas, embriagados por el *lucrum in infinitum*, el «amor a la riqueza y a la ganancia, el gusto por la vida laica y el pensamiento libre». No resulta ya una novedad afirmar que la *familia platónica* se reclutaba en el mundo del patriciado, que entremezcla al comercio de los negocios, el de las ideas.

Bajo ese signo se ventila, justamente, el duelo dialéctico entre el Platón resurrecto por los humanistas y el Aristóteles desustanciado por la escolástica. Es un episodio decisivo de la pugna planteada por racionalizar la vida económica y desembarazarla, al propio tiempo, de impedimentos y trabas. No podía ya aquella desarrollarse sin una disciplina que pusiera orden y mensura en los negocios y empresas y sin amplia libertad de acción. En esta necesidad de cuantificar el orbe de las relaciones mercantiles, abrevan las ciencias nacientes su obsesión por lo numérico y su afán por lo pragmático. Reflexiones de Marco Aurelio —«la naturaleza procede siempre en vista de la utilidad»—, consejos de Séneca —«el sabio no debe despreciar las riquezas sino más bien acrecentarlas»—, preceptos de Cicerón —«el dinero es deseable no por sí mismo, no por la atracción que ejerce, sino por las ventajas que es capaz de procurar»—, suministraban los elementos constitutivos de la concepción crematística de la vida.

Natural era que los viejos textos recobraran vida plena y que a los miopes pareciese calco o mimetismo lo que sólo era un

aprovechamiento instrumental de ideas afines, correspondientes a una etapa análoga en el proceso de las relaciones sociales. Sombart ha demostrado, cumplidamente, la estrecha vinculación existente entre las concepciones de los antiguos y las ideas económicas de las primeras fases del capitalismo italiano. No se trataba, pues, de una exhumación arqueológica de los textos clásicos, de un renacimiento literal de la antigüedad grecolatina. Más que un conflicto librario, era el manejo polémico de la herencia racionalista del pensamiento antiguo contra la estructura social del medioevo y la dogmática que le servía de apoyadura teórica. «Todo lo que la iglesia les negaba —observa Aníbal Ponce—, la potencia del dinero que ella calificaba de execrable en los demás, no en ella misma; la necesidad de la acción orientada en lo terreno, el goce de la vida hasta entonces tenido por pecado; todo eso, y mucho más, se lo daban los clásicos, tal como el humanismo había aprendido a descifrarlo desde el punto de vista de la burguesía». El humanismo fue, de esta manera, no obstante su invocación originaria al hombre como tal, el instrumento ideológico que equipó a la clase mercantil para derrotar al feudalismo en el plano de la cultura. Esa fue su misión, su egregia misión histórica, que supo cumplir ejemplarmente, contribuyendo no sólo a socavar la base objetiva de su predominio social y cultural, sino, además, a «liberar las almas de los terrores y pesadillas de la iglesia» vívidamente relatados por Huizinga.

Esta acción liberadora no conlleva, sin embargo, ni teórica ni prácticamente, una extensión de sus consecuencias a las masas populares. Asaz distinta fue la actitud del humanismo frente al *popolo minuto*, forzado del salario, combustible del lujo, pedestal del *otium cum dignitate*. Los humanistas se aprestaron a legitimar, con erudito denuedo, la explotación de los trabajadores de la ciudad y del campo por los banqueros, traficantes y príncipes. La libertad de comercio y el derecho a la promoción social y a la vida laica que propugnaban no trascendía la esfera de los intereses ni la tabla de valores de la clase mercantil. El pueblo necesitaba de la servidumbre y de la religión por razones inherentes a su propia naturaleza. Maquiavelo había dado la pauta. La iglesia, enemiga de los banqueros, resultaba, empero, aliada ineludible en cuanto que era la única apta para desviar a un plano trascendente la disconformidad de las masas. «Condición imprescindible para la salud del Estado —advertía— es la religión. Un Estado

no se encuentra bien organizado, sino cuando se preocupa tanto de los intereses de la religión como de los propios».

Múltiples ejemplos podrían ilustrar la postura antihumanista del humanismo. «Escribo para los eruditos y no para la plebe» —puntualizaba Policiano. «He sospechado siempre de las multitudes» —escribía Leonardo Bruni, reviviendo la pavora de Platón ante esa «especie de monstruo feroz dispuesto siempre a renovar la audacia de los antiguos titanes». «Los campesinos —afirmaba Maffeo Veggio— no participan de la naturaleza humana, sino de la naturaleza del buey». «El pueblo —postulaba Marcilio Ficino— es como el pulpo: animal de muchos pies y sin cabeza». «El pueblo —concluía Guicciardini— es un monstruo lleno de confusión y errores, cuyas vanas opiniones están tan alejadas de la verdad como España de la India, según Ptolomeo». «Los hombres que en las repúblicas ejercen un arte mecánico —decía el genial Florentino a la sombra protectora del poder— no están jamás en condiciones de gobernar como príncipes, porque nunca han sabido otra cosa que obedecer. Es necesario no confiar la dirección sino a los ciudadanos que no han obedecido sino a los reyes y a las leyes, es decir, a los que viven de sus rentas». «Es vil e indigno —exclamaba Erasmo en la impunidad garantizada de su biblioteca— sentir con el pueblo». «La ciencia —aconsejaba León Battista Alberti— debe ser sacada del encierro y esparcida a manos llenas: pero, a condición de que el individuo se eleve sobre su propia clase para alcanzar una educación adecuada al rango superior». Y el excelso Giordano Bruno suscribía, sin librarse por eso de la hoguera, esta insigne doblez: «Las verdaderas proposiciones no son presentadas por nosotros al vulgo, sino únicamente a los sabios que pueden comprender nuestro discurso: porque si la demostración es necesaria para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los otros, la fe, en cambio, es necesaria al pueblo que debe ser gobernado». Resulta imperativo subrayarlo. Los mismos que se mofaban de los dogmas de la iglesia y se declaraban incrédulos y racionalistas, proponían al pueblo un programa de supersticiones, confinando a un reducido círculo de iniciados los goces del espíritu, la libertad de conciencia y los destellos de la verdad. «El banquete platónico —recordaba Lorenzo el Magnífico cada 7 de noviembre a sus nueve convidados— es inaccesible, por naturaleza, al hombre común».

Y esto acontecía al paso que se clamoreaban, con matinal alborozo, el descubrimiento y la divinización del hombre. No podía ser, en rigor, de otra manera. La esencia que así se exaltaba y enaltecía era una existencia concreta. El *uomo universale* no era, ni podía ser, en aquella etapa del proceso histórico, sino el hombre transfigurado de la burguesía mercantil, el hombre de los cuarenta escudos que restregaría luego Voltaire en el rostro del doctor Quesnay. La escisión de la sociedad en líneas antagónicas de convivencia obstaculizaba, radicalmente, la integración de la unidad humana que transportara a Telesio. El humanismo renacentista estaba ya superado, desde sus propios orígenes, en su intento de totalidad.

De eso no cabe duda. Pero sólo Tomás Moro en Inglaterra, Tomás Campanella en Italia y Luis Vives en España tuvieron entonces conciencia del hecho. La *Utopía*, la *Civitas Solis* y *De Subventionem Pauperum* dramatizan la quiebra de esa bella falacia. «Dispone Cristo —escribe el gran humanista español— que el que tenga dos túnicas dé la una al que no tenga ninguna. Sin embargo, mira cuán enorme es la desigualdad. No puedes ir tú vestido sino de seda, mientras a otro le falta hasta un retazo de jerga para cubrir su desnudez. Hallando groseras para ti las pieles de carnero, de oveja o de cordero, te abrigas con las más finas de ciervo, de leopardo o de ratón del Ponto, mientras tu prójimo tiritita de frío, encogido hasta mitad de cuerpo por el rigor del invierno. Tú, cargado de oro y pedrerías, ¿no acudirás a salvar ni con un real al necesitado? A ti, por causa de la hartura, te enojan y provocan a vómito los capones, perdices y otros manjares igualmente delicados y costosos, en tanto que tu hermano, desfallecido e inválido, no tiene para aplacar su hambre y la de su infeliz mujer y de sus hijuelos, ni siquiera un pan de salvado, inferior en calidad al que tú echas a los perros. Encuentras estrechas para ti viviendas tan espaciosas que habrían bastado a aposentar las comitivas de los antiguos reyes y tu pobre hermano no tiene donde recogerse durante la noche a descansar. Y vives sin temor de que un día te lancen a la faz aquellas severas palabras del Evangelio: *Hijo, tú recibiste ya tu parte de bienes en esta vida*». Y, dirigiéndose a Carlos V, en tiempos ya preñados de violencias, legará a la posteridad uno de los más bizarros gestos de que puede enorgullecerse el humanismo. «¿Qué es regir y gobernar los pueblos —le escribe desafiante al más poderoso emperador de Occidente—

sino defenderlos, cuidarlos y tutelarlos como a hijos? ¿Y hay cosa más irracional que pretender tutelar a quienes no quieren tutela? ¿O tratar de atraerse a fuerza de daño a los que dices querer beneficiar? ¿O es que matar, destruir e incendiar, también es proteger? Ten cuidado de que no se trasluzca que más bien que regir, lo que pretendes es dominar; que no es un reino lo que apeteces, sino una tiranía; que lo que quieres es tener muchos súbditos, no para que vivan felices, sino para que teman y te obedezcan sin discutirte. ¿Qué es construir un gran imperio, sino amontonar una gran mole para hacer grandes ruinas? No hay nada que repugne tanto a un ánimo humano, y por su naturaleza, libre y amante del derecho, como cualquier manifestación de servidumbre y de esclavitud».

La nueva época que despunta gloriosamente en Florencia trae la entraña partida desde la propia cuenca materna. Su destino será, desde entonces, a la vez que proficuo, trágicamente contradictorio. Junto al humanismo, la deshumanización. Junto a la fiesta de luces y fragancias del Renacimiento, la oscura miseria y la crasa ignorancia del *popolo minuto*. Junto a los frescos de Rafael y a las estatuas de Miguel Ángel, el *salve lucrum* de los tenderos romanos. Junto a la afirmación de la propiedad individual y del método científico, el reflorecimiento del espíritu utópico y de la teoría de la propiedad comunitaria fundada en el estado de naturaleza. Junto al imperio de la realidad inmanente y al libre juego de los sentidos, la comezón metafísica y el sueño romántico de un mundo ideal. Y, junto al señorío de Mercurio y al culto de Plutón, la agonía de Ceres y la rebeldía incontrastable de Vulcano.

La grandeza del humanismo renacentista estriba en su querer ser; su servidumbre, en las limitaciones inexorables de su poder ser. Mientras el hombre esté supeditado a las cosas y la sociedad permanezca escindida en clases antagónicas y la riqueza, acaparada, y el espíritu, uncido, será históricamente imposible la integración de la unidad humana y vana quimera la concepción humanista de la vida.

Fechado por Roa: mayo de 1949. Compilado primero en *Viento sur*. Tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 1, pp. 314-330.

El mensaje de Benedetto Croce

La publicación en lengua española de los libros fundamentales de Benedetto Croce constituye un decisivo aporte para nuestra comprensión del *espíritu del tiempo* en el plano de la historia universal. No incurro en hipérbole. El eximio historiador y filósofo italiano es una de las conciencias rectoras y de las mentes más claras de nuestra época. Su posición en el panorama de la filosofía contemporánea es casi tan relevante como la de Dilthey, Husserl, Jaspers o Heidegger. Croce es el jefe indiscutido del movimiento neohegeliano en Italia y uno de los más brillantes y originales intérpretes del historicismo. No es menos destacada su significación en el campo de la lógica, la ética, la estética, la filosofía social y la crítica literaria. Se podrá disentir de sus criterios matrices; pero —como ha dicho uno de sus traductores y exégetas— no se puede prescindir de él cuando de estas cuestiones se habla o escribe. Hay algo más todavía. Su fe militante en la libertad y su enhiesta actitud ante el fascismo sitúan la figura y la obra de Croce por encima de la mayoría de sus colegas de vocación y profesión. Desde Vico hasta hoy, no ha tenido Italia pensador más estimulante, voluntad más altiva y temple más recio.

Ejemplo de infatigable laboriosidad fue la dilatada vida de Benedetto Croce. Nació en 1866, en una pintoresca aldea de la región de los Abruzos. Acaba de morir en cabal lucidez y febril actividad. Singular dicha la suya. Le fue doble contemplar el cenit esplendente de la era victoriana, el turbulento ocaso del mundo fundado en la razón burguesa, la violenta irrupción de la sociedad de masas y el enigmático alboreo de la edad del átomo. En su obra proteica se proyectan, como en coruscante espejo, las esperanzas, vicisitudes, frustraciones, polaridades y agonías de la época de tránsito social que le tocó arrostrar.

Benedetto Croce vivió la mayor parte de su existencia a la vera del Vesubio y junto al mar latino. Niño aún, sus padres se trasladaron a Nápoles, hogar de casi todos sus antepasados. Su primera pasión fue —también sería la última— la pasión de la lectura. La infancia de Benedetto discurrió en una atmósfera de paz, orden y trabajo. Temprano comenzaba su madre las tareas domésticas. Temprano se entregaba su padre a revisar los expedientes y legajos. Los «ajetreos» y «enredos» de la política jamás perturbaron la afanosa tranquilidad de aquella casa. De los labios del «alto y

rígido magistrado», sólo escucharía Benedetto esporádicos encomios del «buen rey» Fernando II y de la «santa reina» María Cristina. Pero la apacible vida familiar y la «aséptica» educación de Croce sufrirían abrupta alteración al perecer aplastados en un terremoto sus padres y su única hermana.

Su orientación cambiaría tan radicalmente a raíz de aquella desgracia, que si no se conocieran los antecedentes podría decirse que la formación espiritual de Croce fue la propia de un italiano hijo de familia secularmente ligada a las luchas por la independencia y la unidad de Italia. Su vocación filosófica, su amor a la libertad, su sentido dinámico de la vida y su conducta pública se abrevaron en los acendrados jugos de la cultura clásica, en la reverberante tradición renacentista y en el culto a los valores políticos y éticos del *risorgimento*. De Sanctis fue su preceptor literario; Garibaldi, su héroe; y Nápoles, su patria chica. La retórica de Cicerón, el genio oportunista de Octavio y la pompa imperial de Roma nunca fueron de su gusto. En Roma cursaría sus estudios universitarios, mostrando particular preferencia por la literatura, la historia y la filosofía; y soldaría íntima amistad con Antonio Labriola, a quien deberá, en apreciable medida, su encuentro consigo mismo a través de la ética de Herbart.

Su retorno a Nápoles señala el ingreso de Croce en la vida cultural de Italia. Nápoles era, a la sazón, el último reducto de la filosofía hegeliana, ya de capa caída en toda Europa y, principalmente, en Alemania. Se leían y comentaban las abstrusas disquisiciones del sumo pontífice del idealismo absoluto con típica pasión mediterránea. Spaventa era el gran oráculo que aprehendía el sentido esotérico de la tríada y alumbraba el substrato misterioso de la idea. No tardaría Croce en sucumbir a los hechizos de aquella suntuosa y sibilina filosofía. Nada tiene ello de extraño. Del embrujo de Hegel ni siquiera pudo sustraerse Carlos Marx.

Pero el deslumbramiento de Croce no duraría mucho más que el de Marx. Si éste intentó poner la dialéctica sobre sus pies dándole un sustentáculo materialista, Croce discerniría, nítidamente, lo vivo de lo muerto en la filosofía de Hegel. Lo muerto era su concepto *a priori* de la naturaleza, su artificioso esquema de la historia y su acomodaticia deificación del Estado. Lo vivo era la comprensión dialéctica de la realidad, la objetivación del espíritu y la doctrina de la libertad. El gran descubrimiento de Hegel era la síntesis de los contrarios, la integración de la tesis

y de la antítesis en una unidad superior, descomponible a su vez en una serie indefinida de afirmaciones y negaciones, conciliadas en síntesis generadoras de nuevos opuestos. El universo dejaba de ser *factum* para ser *fieri*. La tarea cardinal de la filosofía era elaborar una fenomenología del espíritu a la altura del tiempo; pero para ello precisaba eliminar los hiatos de Hegel y articular racionalmente la teoría y la práctica, como momentos dialécticos de un mismo proceso. A ese empeño se entregó Croce afanosamente, aplicando, con fructífero resultado, lo vivo de la filosofía de Hegel a diversas áreas del conocimiento.

De la superación de la filosofía hegeliana y de la perspectiva filosófica de Croce, deviene un modo acorde de ver, entender y explicar la historia, y de hacer filosofía. Ni el idealismo absoluto, ni el racionalismo mecanicista, ni el positivismo rampante captan —según Croce— la radical textura de la vida humana. La esencia de la vida humana sólo puede concebirse y comprenderse a partir de su flujo perenne y de su temporalidad concreta. Su sustancia es el tiempo y su dinamo la libertad, que es el *primun movens* de la historia y la verdadera hazaña del hombre.

Ética y política son temas que ocuparon largamente la meditación de Benedetto Croce. Su *Filosofía della pratica* es, por su rigor metódico y denso contenido, un tratado sistemático de ética. Numerosos ensayos y artículos en torno a la materia fueron publicados por Croce en su revista *Crítica* y casi todos recogidos en sus libros *Fragmentos de ética*, *Elementos de la política* y *Aspectos morales de la política*. Pero no fue Croce un moralista de gabinete. El objetivo cardinal de sus reflexiones sobre el problema de la ética y de sus relaciones con la política fue siempre sentar normas para la acción. Según él, ninguna filosofía es válida si no funge de guía para orientar, enriquecer y dignificar la vida.

Animal político fue primariamente el hombre para Aristóteles. Igualmente lo sería para Croce. La política es «una forma perpetua del espíritu» y constituye «la actividad fundamental del hombre». Quienes reniegan de ella por llenarle la casa de ruido reniegan de la naturaleza humana. Quienes se apartan de ella por asco es porque llevan el asco por dentro. La política no es constitutivamente ni limpia ni sucia: es creación o medro según sus resultados sociales. La genuina honradez política consiste en ponerla al servicio de una empresa histórica de carácter popular.

Dos grandes ciclos recorre en su trayectoria el pensamiento político de Croce. En su temprana madurez, Maquiavelo, Vico y Marx son sus maestros. Ni que decir tengo que durante esa época, Croce admitió, como canon, la escisión establecida por Maquiavelo entre ética y política. La idea, por demás, no era nueva. Ya en Grecia había aflorado la distinción y la antinomia. Incluso su estudio era objeto de disciplinas distintas. Pero en Maquiavelo el deslinde aparece como la efectiva y «propia función de una filosofía política». El ámbito de la política es radicalmente ajeno a la ética. La política es pura y exclusivamente política.

Importa precisarlo enseguida. El maquiavelismo de Croce se contrae estrictamente a una consideración metódica del problema planteado por Maquiavelo como centro de gravitación de toda teoría política y de toda política práctica: el poder como razón del poder. Croce abomina de los que pretenden legitimar las infamias de los gobernantes con citas entresacadas de *El príncipe* o de los *Discursos sobre la segunda década de Tito Livio*. Lo juzga, además, una repugnante falsificación del maquiavelismo de Maquiavelo. Nada más ajeno a éste, en verdad, que ese amoralismo rampante atribuido a las consecuencias prácticas de su teoría del poder. La preceptiva de Maquiavelo es producto de un análisis objetivo de factores condicionantes de la política en una coyuntura determinada de la historia. No es precisamente un trasunto del paraíso terrenal el mundo en que le toca vivir. Maquiavelo sólo acierta a ver a su alrededor «hombres ingratos, volubles, temerosos del peligro, codiciosos de ganancia» y propugna —empavorecido y desilusionado— los medios que considera más idóneos para mantener en rebañega obediencia al *popolo minuto*. Su apología de la fuerza es típicamente renacentista y congruente en la vidriosa moral del humanismo. Pero no es ése su ideal político. «Si los hombres fueran buenos —afirma con sofrenada tristeza—, no sería necesario poner en práctica mis consejos». La quimera que ilumina su vigilia es una «sociedad de hombres buenos y puros». Su conciencia moral se rebela íntimamente contra los que intentan reproducir «los horrores de los tiempos perversos», y se conforta con la ardiente evocación de aquellos que lo sacrifican todo por hacer el bien. La grandeza de Maquiavelo radica en su nuda pasión por la independencia y la unidad de Italia. Su miseria estriba en no haberse atrevido a ser quien era.

Los legítimos herederos de Maquiavelo hay que buscarlos —advierde Croce— «en quienes procuran sistematizar el concepto de prudencia, de astucia y, en suma, de virtud política, sin confundirla con la virtud moral y sin limitarse a negarlo». Habrá que buscarlos en gente de la estirpe intelectual y moral de Tomaso Campanella. Pero «su verdadero y digno sucesor fue otro italiano, Juan Bautista Vico, poco benévolo con Maquiavelo, pero saturado de su espíritu, un espíritu que clarifica y purifica, integrando un concepto de la política, componiendo sus *aporías* y mitigando su pesimismo». Vico tuvo una visión dialéctica de la historia y una fe profunda en la naturaleza humana. No creía en la fuerza como árbitro único del desarrollo social. La fuerza es sólo «un momento del espíritu humano y de la vida de las sociedades, un momento eterno, el momento de lo cierto, perpetuamente seguido, mediante un desarrollo dialéctico, por el momento de la verdad, de la razón manifiesta, de la justicia y de la moral». La fuerza es destructora cuando se pone al servicio de un concepto autoritario del poder. Es creadora cuando se pone al servicio de un concepto del poder fundado en el consentimiento. «Como decían los antiguos —escribe Croce—, primero es *vivir*, y después vivir *bien*. No hay vida económica y política que no sea a la vez vida ética, como no hay cuerpo sin alma. Y el hombre moral no ejercita su moralidad sino obrando políticamente y aceptando la lógica de la política». Esa es la posición de Croce en esta fase de su pensamiento político. No cabe duda de que está mucho más cerca de Vico y de Marx que de Maquiavelo.

En el declive de su madurez biológica, el pensamiento político de Benedetto Croce adquiere un sentido ético cada vez más acusado. La lógica inmanente de la necesidad histórica da paso a la conciencia de la libertad, como la más alta forma de expresión de la actividad humana. Su sonada polémica con Antonio Labriola sobre el materialismo histórico y las concepciones económicas de Marx marca el punto de partida de esta nueva etapa, que habría de culminar magníficamente en su beligerante soledad en la Italia fascista.

No es en modo alguno sorprendente que Benedetto Croce se haya topado en su camino con Carlos Marx y el socialismo. Su experiencia hegeliana y su concepción dialéctica del universo y de la historia, por una parte, y su radical discrepancia con el liberalismo económico y el formalismo jurídico de la Revolución francesa, por la otra, lo llevarían, como de la mano, a echar su cuarto

a espadas en la polémica en torno a la virtualidad, el método y la *praxis* del marxismo, verdadero centro de imputación en los finales del siglo XIX de la teoría política y de la política de partido. Su difusión y arraigo en la clase obrera y en los círculos intelectuales era cada vez mayor. «El materialismo histórico —escribía Croce— es hoy la doctrina de moda».

Si bien era un hecho de notoria patencia que el movimiento socialista se extendía por toda Europa y el marxismo cobraba creciente autoridad y prestigio, no era menos evidente, sin embargo, que dentro del propio marxismo, y fuera de él, empezaban a someterse a severo análisis sus fundamentos teóricos, su estrategia y su táctica. Esta actitud criticista es la fuente del llamado revisionismo en la historia de las doctrinas sociales. Es ya indubitable que esa puesta en cuestión del marxismo tenía su raíz más profunda en la incompreensión de los nuevos desarrollos operados en la estructura del régimen capitalista. La corriente revisionista se nutría teórica y factualmente en el proceso de aburguesamiento de las condiciones de vida del proletariado y de la pequeña burguesía, como consecuencia de la expansión de los bienes materiales en los países metropolitanos de Europa, a expensas de la explotación de los territorios coloniales y dependientes. Millones de subhombres contribuían inconcientemente a crear, en el pensamiento socialista, una falsa conciencia de la situación real engendrada por la transformación dialéctica del capitalismo industrial en capitalismo financiero.

El teórico más sobresaliente del revisionismo dentro del propio marxismo fue Eduardo Bernstein. Tiempo hacía que alentaba el propósito de contrastar la efectividad del marxismo a la luz de los hechos. No era sólo una preocupación intelectual; aspiraba también a que, mediante ese contraste, el movimiento socialista se acomodara a circunstancias concretas no previstas por Marx y aplicase la táctica congruente. La larga y ríspida controversia fue planteada por Bernstein en una serie de artículos aparecidos en el periódico del Partido Socialdemócrata Obrero Alemán. Su libro *Socialdemocracia teórica y socialdemocracia práctica*, acremente impugnado en el congreso de Hannover, contiene una amplia y sistemática exposición de la doctrina revisionista.

Según Bernstein, era falso que el socialismo tuviera que conquistar el poder exclusivamente por la violencia. El socialismo era —históricamente considerado— el desarrollo ulterior del

liberalismo y, por ende, su acceso al poder no debía ser otro, mientras fuera ello factible, que el sufragio universal. No correspondían en sus resultados, a las predicciones de Marx, el proceso de concentración del capital en la industria, ni tampoco la depauperación de la clase obrera y la proletarianización de la pequeña burguesía. La historia económica demostraba que las crisis eran generalmente fenómenos periódicos de crecimiento y excepcionalmente ofrecían un carácter catastrófico. La quiebra de la doctrina del valor saltaba a la vista: la homogeneidad universal del trabajo podía admitirse, a lo sumo, como hipótesis para explicar el «misterio» de la producción capitalista. De la doctrina de la plusvalía —implícita en la ley del valor— sólo quedaba en pie el concepto de riqueza no ganada, fijada ya antes que Marx por Sismondi, Saint-Simon, Proudhon y Rodbertus.

No cabía desconocer la importancia del factor económico en la interpretación del proceso histórico; pero precisaba tener en cuenta que las necesidades de la evolución técnico-económica *determinan* cada vez en menor grado la evolución de la *superestructura ideológica*, manifestándose aquélla como una dinámica constelación de factores recíprocamente condicionados. Era ya indispensable, por ello, ajustar la concepción materialista de la historia al fluido y complejo desarrollo de la vida social y cultural; y era igualmente imperativo insertar el socialismo en la nueva coyuntura histórica y formular un programa de acción política de tipo democrático, a fin de crear una fuerte reacción popular contra las tendencias abusivas del capitalismo. La teoría de la revolución social —admisible como alternativa en un proceso de crisis general del régimen capitalista— era, a la sazón, una utopía. La fruta tenía que madurarse naturalmente. En época de prosperidad, lo «fundamental —decía Bernstein— no era fomentar artificialmente la miseria de los obreros, sino levantar su nivel cultural y político y dejar siempre abierta una perspectiva al movimiento socialista». El Partido Socialdemócrata Obrero Alemán hizo suyas, en los congresos de Gotha y de Stuttgart, las conclusiones de Bernstein, con la anuencia de Bebel y de Liebknecht, heterodoxos caudillos de la ortodoxia marxista. No tardaría mucho ésta en dejarse sentir. Carlos Kautsky y Jorge Plejanov asumirían la cerrada defensa del socialismo marxista.

Vasta y honda repercusión tuvo la corriente revisionista fuera del marxismo. El profesor Charles Andler declaró solemnemente

en 1897 la «disolución del marxismo» y la necesidad de elaborar un nuevo programa socialista. En parejo sentido habría de pronunciarse el profesor Massaryck. Saverio Merlino mantuvo que el socialismo era, ante todo, un problema jurídico. La tesis fue recogida por Antón Menger en su obra *El derecho al producto íntegro del trabajo*, y rápidamente aceptada por los sindicatos reformistas. El profesor Rudolf Stammler propugnaría en su libro *Economía y derecho* —despistada crítica del materialismo histórico desde el ángulo de la teoría del conocimiento— la reelaboración del marxismo sobre una base kantiana. Jorge Sorel plantearía —después de denunciar enfáticamente la descomposición del marxismo por sus teóricos oficiales— la infusión en el movimiento socialista de los elementos voluntaristas y religiosos de la filosofía de Bergson y del mito sindicalista de la huelga general revolucionaria. Pero de toda esa revisión del marxismo fuera del marxismo, la de más rango teórico, objetividad de juicio y largo alcance, fue la intentada por Benedetto Croce en las buidas, documentadas y ágiles páginas de su *Materialismo storico ed economia marxistica*.

El hechizo que ejerció el socialismo en Benedetto Croce es ya cosa juzgada. Nunca militó en sus filas; pero alentó vivas esperanzas en una renovación del contenido total de la vida europea al influjo de su prédica y de su acción. Jamás fue marxista; pero la impronta de Marx en la dirección historicista de su filosofía y en el desarrollo de su pensamiento político es demasiado visible para que pueda discutirse. Croce mismo se encargaría de aseverarlo. «Quien dirija su pensamiento a la cultura italiana de los últimos decenios —escribe en el prólogo de su libro *Materialismo storico ed economia marxistica*— no podría, a mi entender, dejar de advertir la amplia y beneficiosa influencia ejercida por el marxismo en los intelectuales italianos entre 1890 y el 1900. Gracias a esa doctrina, que penetró en las universidades junto con el juvenil socialismo, los estudios históricos fueron, después de una larga decadencia, retomados a la incompetencia de los puros filólogos y literatos, dando excelentes frutos de historia económica, jurídica y social. El pensamiento filosófico se sintió también muy estimulado».

Benedetto Croce estaba ya en forma para su polémica con Antonio Labriola, cuando su antiguo profesor en la Universidad de Roma editó su vivaz y sugestivo ensayo *Del materialismo storico, dilucidazione preliminari*. Conocía hasta los más recónditos meandros

del pensamiento de Marx, copiosa era su información del movimiento socialista y tenía sobre su mesa —leídas y anotadas— las obras de Bernstein, Massaryck, Andler, Merlino, Menger, Stammler, Sorel y Plejanov. Se enfrentaría a Marx en la propia actitud y con la propia responsabilidad con que se enfrentó a Hegel. Labriola mismo habría de reconocer, al replicarle, su cabal dominio de la doctrina marxista y su probidad polémica. A su vez, Croce empezaría por sentar que consideraba el ensayo de Labriola «como el más amplio y profundo estudio sobre la materia». La altura y dignidad de aquella controversia resulta hoy inconcebible.

Croce fijó claramente su posición en el debate planteado en torno a la revisión del marxismo. No era marxista ni antimarxista: su interpretación y crítica representaba dentro de Italia la misma tendencia que seguía en Francia el proceso incoado al marxismo por Jorge Sorel. «Esta tendencia —dice— procura liberar el núcleo sano y realista del pensamiento de Marx de los adornos metafísicos y literarios de su autor y de las exégesis y deducciones poco cautas de la escuela».

Según Labriola, el materialismo histórico es «la última y definitiva filosofía de la historia». Croce disiente de la tajante afirmación. Cabe hacer historia de la filosofía y filosofar sobre la historia; pero lo que no puede hacerse es filosofía de la historia partiendo de un *a priori*. La reducción conceptual del multiforme contenido de la historia está reñida con la naturaleza singular, intransferible y concreta de los hechos históricos. Los esquemas de historia universal deductivamente contruidos son, cuando menos, caprichosas fantasmagorías. «No fue el propósito de Marx —puntualiza Croce— hacer una nueva filosofía de la historia». Federico Engels recordaría, más de una vez, que el materialismo histórico es un método y no una filosofía. «El mejor elogio que puede hacerse del materialismo histórico —afirma Croce— es que no es una filosofía de la historia». Pero tampoco considera adecuado que se presente como un nuevo método. A su juicio, el materialismo histórico es sólo un canon de interpretación.

La aportación fundamental de Marx a la historiografía es, para Croce, su completo y sistemático desarrollo de la teoría de los factores históricos. El proceso histórico es producto de «una serie de fuerzas que se denominan condiciones físicas formaciones sociales, instituciones políticas, individuos dirigentes». Pero el materialismo histórico no se contrae a señalar el hecho; procede,

además, a «la indagación de las relaciones existentes entre esos factores, o mejor dicho, los considera todos juntos como parte de un proceso único». Ciertamente define el substrato de la historia como el conjunto de las relaciones sociales de producción; pero no lo es menos que su poder *determinante* queda reducido a un *último análisis* para explicar las configuraciones, cambios y reacciones de la *superestructura ideológica*, que no es *mero reflejo*.

No incurre Labriola en los ya sobados simplismos de los epígonos de Marx y de sus actuales espoliques. En su interpretación del materialismo histórico admite la complejidad del transcurso, el papel de las creencias, supersticiones, usos y costumbres, la fuerza de la raza, del temperamento y de las aptitudes naturales y la influencia, a veces preponderante, de los grandes hombres. No es distinta, en rigor, la perspectiva de Croce. «Yo admito, con las debidas precauciones —escribe—, que los hombres hacen su propia historia en condiciones preexistentes, entre las cuales las económicas, a pesar de que pueden sufrir el influjo de las otras, resultan, sin embargo, y en último análisis, las decisivas, y constituyen el hilo rojo que atraviesa toda la historia y nos guía a su entendimiento». Labriola identifica materialismo histórico y socialismo. Croce cree, por el contrario, que se puede ser materialista histórico sin ser socialista.

Si el materialismo histórico está llamado a significar algo valedero en el terreno de la ciencia —concluye Croce—, «no debe ser ni una nueva construcción *a priori* de la filosofía de la historia, ni un nuevo método del pensamiento histórico, sino simplemente un canon de interpretación histórica». Este canon aconseja tener presente el substrato económico de la sociedad para comprender mejor sus formas, relaciones y vicisitudes. No anticipa ningún resultado. Su fundamento es puramente empírico. Es una sencilla y fecunda norma para determinar las fuerzas impelentes del proceso histórico y esclarecer sus tendencias de desarrollo. En vez de llamarse materialismo histórico —fuente inagotable de polémicos equívocos—, debía denominarse realismo histórico.

La cuestión social no es una cuestión moral para el socialismo marxista, ni lo es tampoco para Benedetto Croce; pero eso no significa que el socialismo marxista sea amoral, ni contradictoria con su ética la posición de Croce al respecto. En lo que al socialismo marxista se refiere, acaso haya inducido a creerlo el pregonado carácter materialista de la filosofía social de Marx. El socialismo

marxista puede renegar, y en efecto reniega, de toda concomitancia con la metafísica y el idealismo; pese a ello, resulta evidente —como afirma Croce— «que la idealidad o el absolutismo de la moral, en el sentido filosófico de estas palabras, son presupuestos necesarios del socialismo marxista». El socialismo marxista repudia la clásica teoría de los valores; pero los criterios de deber ser están presentes en el socialismo marxista. El concepto de plusvalía —derivado por Marx de la ley del valor-trabajo— verifica cumplidamente lo dicho. La plusvalía es más un concepto moral que una categoría económica. Su verdadera significación estriba en implicar una condena inapelable de la expropiación del trabajo ajeno no pagado. Sin «ese supuesto moral, ¿cómo se explicaría no ya la acción política de Marx, sino también el tono de violenta indignación y de amarga sátira que se advierte en cada página de *El capital*?»

Croce es claro y explícito al enfrentarse con el problema. La ética y la economía deben andar juntas, aunque no revueltas. El fundamento moral del socialismo como movimiento enderezado a impedir la explotación del hombre por el hombre es perfectamente compatible con el fundamento económico del socialismo como explicación objetiva del régimen capitalista; pero la plausible consideración ética de la cuestión social imbibida en el concepto de plusvalía nada agrega ni quita —según Croce— a la validez científica de las doctrinas económicas expuestas por Marx en *El capital*. Marx se propone en esa obra —una de las más empujadas expresiones del pensamiento contemporáneo— «investigar las leyes que rigen el sistema de producción capitalista y las condiciones de producción y circulación que a él corresponden». Croce analiza la ímproba tarea de Marx desde el punto de vista de su forma y de su comprensión. Como forma, *El capital* es «una búsqueda abstracta». Los mecanismos y leyes del régimen capitalista son deducidos de un esquema racionalmente elaborado. Como comprensión, la búsqueda de Marx se limita «a una particular formación económica, que es la que tiene lugar en una sociedad con propiedad privada del capital, o como Marx dice, con expresión propia, capitalista».

Si «como forma *El capital* no es una descripción histórica, como comprensión no es un tratado de economía, y mucho menos una enciclopedia»; pero «tampoco es una simple monografía económica sobre las leyes que rigen la sociedad capitalista». El objetivo céntrico de Marx es establecer la ley última que explique el «misterio» de la

producción capitalista. Esa ley última es la del valor-trabajo, según la cual «el valor de los bienes producidos por el trabajo humano es igual a la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlos». Según Croce, se trata «no de una ley ni de una categoría, sino de un hecho entre otros hechos, de una fuerza entre otras fuerzas y sólo admisible como hipótesis». Igual acontece con la ley de la disminución de la tasa del beneficio, de la depauperación progresiva del proletariado y de la caída inexorable del capitalismo por una subitánea mutación de la cantidad en calidad en el proceso dialéctico de la historia. En cuanto a la «lucha de clases» —motor de la historia para Marx— es sólo cierta «donde hay clases, cuando existen intereses antagónicos y cuando se tiene conciencia de ese antagonismo». Ni «la economía marxista es la ciencia económica general, ni el valor-trabajo es el concepto general del valor». Es innegable que Marx «intentó un análisis completo del régimen capitalista; pero sus doctrinas económicas no corresponden en muchos aspectos a la realidad histórica». Su «verdadera importancia es como sociología comparada». La idea de «una filosofía de la economía» es «quizás la más fecunda» que pudiera extraerse de la obra genial del discutido profeta de Tréveris.

Cuarenta años después de su polémica con Antonio Labriola, Benedetto Croce revalora el pensamiento de Marx y fija su postura ante el marxismo y el socialismo. Guarda admiración y gratitud para el hombre que le iluminó el turbio trasfondo de la sociedad capitalista, que reafirmaba con su concepto de la lucha por el poder y de la fuerza como energía de la voluntad y de la acción las más fecundas tradiciones del pensamiento político italiano y que contribuyó decisivamente a madurar su concepción de la fuerza y de la lucha por el poder como medios para la realización de la libertad. Pero ya la trama fundamental de las ideas del «gran pensador revolucionario —a quien consideraba superior y más moderno que Mazzini— le parecía irremediabilmente envejecida y su núcleo sano emponzoñado por la filtración totalitaria. Los conceptos de poder y de lucha que Marx había trasladado de los Estados a las clases retornaban de las clases a los Estados y se transformaban descarnadamente en instrumentos de un nuevo imperialismo que le disputaba la hegemonía del mundo al imperialismo tradicional. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —erigida en nombre de Marx y sobre sus doctrinas— ejemplificaba dramáticamente el fenómeno. El socialismo marxista estaba

«definitivamente muerto como ideal de redención social». Había subordinado los fines a los medios y su concepción autoritaria del poder conducía a la degradación y a la esclavitud. No se diferenciaba del fascismo en su radical desprecio a la dignidad humana. El camino de la libertad era la única salvación del socialismo.

La idea de la libertad *como forjadora eterna de la historia* está en la raíz misma de la concepción historicista de Benedetto Croce. No figura éste entre los que han prostituido el historicismo convirtiéndolo en una «filosofía» justificativa de la servidumbre, la abyección y la cobardía por darse objetivamente en la historia. «La conciencia moral —afirma en su ya clásico libro *La Storia come pensiero y come azione*— está en el fondo del historicismo. El verdadero enemigo actual, no ya adversario, de éste, es el amoralismo o inmoralismo que ha venido desarrollándose, bajo mendaces formas historicistas, en las partes corrompidas de la gran filosofía alemana y ha llegado ahora a asumir figuras y proporciones monstruosas». La aberración totalitaria —sumidero de los más fétidos residuos de la vileza humana— inspira este corajudo juicio del egregio pensador napolitano, formulado en pleno señorio de la cachiporra y del aceite ricino. El filósofo está obligado a defender, al precio que sea, la dignidad de la filosofía. Nunca olvidó Croce que el filósofo debe vivir de tal modo que su muerte resulte suprema injusticia.

Vida y realidad son *historia y nada más que historia para el historicismo*. La filosofía de la Ilustración había olvidado, en su cosmovisión, lo que existe de irracional en la vida humana y, por ende, en el proceso histórico. El historicismo representa la antítesis de esa postura. Ni todo lo real es racional, ni todo lo racional es real. Pero hay dos tipos fundamentales de historicismo: el historicismo abstracto, que pone el acento en lo puramente irracional, y el historicismo concreto, que supera la artificial escisión entre lo individual y lo universal creada por el racionalismo enciclopedista y funde dinámicamente lo racional y lo irracional, lo individual y lo universal en una comprensión dialéctica de la realidad y de la vida como historia de la libertad. Filosofía y política están teórica y prácticamente entramadas en el historicismo concreto. Los historicistas que pretendieron establecer un hiato entre filosofía y política fueron, en la pasada centuria, «mentes servidoras del rey y del Estado» y, en la actual, alabarderos del mito ario o de la fuerza bruta como fuente del poder público. El historicis-

mo concreto es, por el contrario, una teoría de la vida civil y del gobierno por consentimiento. Niega radicalmente —por boca de Croce— la virtualidad del liberalismo económico; pero trasfunde en una unidad superior el liberalismo político de la Ilustración.

Fue Hegel quien lanzó el divulgado apotegma de «que la historia es la historia de la libertad»; pero su significado y alcance se refieren sólo a «una historia del primer nacimiento de la libertad, de su crecimiento, de cómo se hizo adulta y de cómo se mantiene firme cuando hubo alcanzado esta edad definitiva, incapacitada para ulteriores desarrollos, a través de la libertad de uno, de la libertad de varios y de la libertad de todos, etapas correspondientes al mundo oriental, al mundo clásico y al mundo germánico». La historia como historia de la libertad tiene en Croce intención y contenido distintos que en Hegel. No se trata de «asignar a la historia el tema de verse formada por una libertad que antes no existía y algún día habrá de ser, sino de la libertad como sujeto mismo de la historia». La libertad «es, por un lado, el principio explicativo del curso de la historia y, por el otro, el ideal moral de la humanidad».

Es sólito escuchar en nuestros días «el anuncio jubiloso, o la admisión resignada, o la lamentación desesperada de que la libertad ha desertado ya del mundo, de que su ideal ha traspuesto el horizonte de la historia, en un ocaso sin promesa de aurora». Según Croce, no saben lo que dicen los que así hablan o escriben. Si «lo supieran —observa—, echarían de ver que el dar por muerta la libertad vale tanto como dar por muerta a la vida, por agotados sus íntimos manantiales. Y, por lo que toca al ideal, experimentarían gran embarazo si se les invitara a enunciar el ideal con que se ha sustituido, o pudiera llegar a sustituirse el de la libertad, y también con ello se darían cuenta de que no hay otro que lo iguale, otro que haga palpar el corazón del hombre, en su cualidad de hombre, otro que responda mejor a la ley misma de la vida, que es historia y, por lo tanto, ha de corresponderle un ideal en que la libertad sea aceptada y respetada y puesta en condiciones de producir obras cada vez más altas».

Es evidente que la libertad ha sufrido prolongados eclipses y afronta ahora riesgos decisivos; pero es también evidente que la esclavitud y la opresión «despiertan en el hombre la conciencia de sí y lo encaminan a la libertad, que prosigue su marcha a despecho de sus frecuentes derrotas». Ni aun en las épocas más sombrías la libertad se extinguió en el alma de los pueblos.

Incluso en las coyunturas más adversas, la libertad ardió solitaria y soberbia en algunos hombres que encarnaron en sí el ansia de libertad de todos los hombres. La historia «no es un idilio; pero tampoco es una tragedia de horrores, sino un drama en el cual todas las acciones, todos los personajes, todos los componentes del coro son, en el sentido aristotélico, *mediocres*, culpables-inocentes, mixtos de bien y de mal, y el pensamiento directivo es siempre en ella el bien, al que el mal acaba por servir de estímulo, y su obra, la de la libertad, que siempre se esfuerza por restablecer, y siempre restablece, las condiciones sociales y políticas de una libertad más intensa».

La vida de la libertad es, por esencia, peligrosa y combatiente. Nada la debilita tanto, en los países donde configura y rige la autoridad política, como la costumbre de gozarla, que suele mermar «la conciencia vigilante de sí misma y enmohecer los impulsos de la defensa». Estructuras de pueblos enteros se han derrumbado repentinamente por haberse adormecido o embotado el sentido de responsabilidad que conlleva el ejercicio de la libertad. Experiencias muy cercanas lo demuestran. Como también demuestran que, una vez disminuida o arrebatada, la libertad vuelve briosamente por sus fueros. De proezas ingentes está plagada la historia de la pugna del hombre por la conquista, el dominio y el disfrute de la naturaleza. Ninguna, sin embargo, puede compararse con su hazaña de concebir y hacer su propia historia como historia de la libertad.

No anduvo descaminado José Carlos Mariátegui al afirmar que «los orígenes espirituales del fascismo están en la literatura de D'Annunzio». Sería falso, desde luego, acusar al autor de *El Fuoco* de fascista; pero es indubitable que el fascismo tomó «del d'annunzianismo el gesto, la pose y el acento». Sobria, brutal y desnuda suele mostrarse la reacción en todos los países. No ha adoptado nunca ese enterizo cariz en Italia. En Italia, país de la elocuencia y de la retórica —observa sagazmente Mariátegui—, «el fascismo necesitó erguirse sobre un plinto suntuosamente decorado por los frisos, los bajorrelieves y las volutas de la literatura d'annunziana». La delirante oratoria de Benito Mussolini, el desenfrenado lenguaje de Roberto Farinacci y los emperifollados filosofemas de Giovanni Gentile —nutridos en el culto al héroe, a la violencia y a la guerra— responden a ese estado de espíritu d'annunziano, que Benedetto Croce juzgó siempre como una pa-

tológica desviación de la tradición milenaria de Italia. El fascismo es, sin duda, la forma política de expresión de los regímenes capitalistas en proceso de bancarrota; en Italia fue también «la confluencia de todas las escorias de viejos derroteros de pensamiento y estilo que se creían ya superados hacía muchos años».

La subversión reaccionaria encabezada por Mussolini encontró el terreno pródicamente abonado. Italia era un polvorín de resentimientos, frustraciones y exasperaciones en las vísperas de la marcha sobre Roma. La crisis de las clases dirigentes, el fracaso de la rebelión comunista, la arcaica perspectiva de los partidos democráticos, el descontento de la pequeña burguesía, la desorientación del movimiento obrero y la ceguera de los líderes socialistas le abrieron las puertas de la ciudad eterna a los *fasci di combattimento*. El fascismo conquistó el poder al zoológico grito de ¡Eia, Eia, alalá! Y, al par, la militante adhesión de una vasta capa de la inteligencia italiana. No era esa la primera vez que escritores y artistas le rendían acatamiento y pleitesía a la fuerza. La inteligencia —hembra en muchos hombres— gusta, a menudo, de dejarse poseer por el garrote. La grandeza moral de Croce estriba justamente en haberse mantenido en pie, sin prestarle oídas al flatulento coro de conciencias genuflexas.

En esa vertical actitud no estaría solo Benedetto Croce. Figuras eminentes de la inteligencia italiana —Guillermo Ferrero, Gaetano Salvemini, Roberto Bracco, Guido de Ruggiero, Tomasso Fiore, Giorgio Amendola, Piero Gobetti— suscribirían con él la *Protesta de los intelectuales italianos* contra el fascismo y los seudointelectuales a sus plantas. Este ya histórico manifiesto constituye el más alto testimonio de la rebelión del espíritu italiano en horas decisivas para los ideales del *risorgimento*, los valores fundamentales de la cultura europea y la dignidad del género humano. Juzgo indispensable recoger las palabras finales de ese viril y hermoso documento: «Nuestra fe no es una excogitación artificiosa y abstracta, o un desvarío del cerebro, producido por dudosas o mal comprendidas teorías; sino que es la posesión de una tradición, convertida en disposición del sentimiento, en conformación mental y moral. Ni las trabas impuestas a la libertad, nos inducen a desesperar o a resignarnos. Lo que importa es que se sepa lo que se quiere y que se quiera algo cuya bondad sea intrínseca. La actual lucha política vendrá, por razones de contraste, a reavivar y hacer entender a nuestro pueblo, en forma más profunda y más

concreta, el mérito de los mandatos y de los métodos liberales; y a hacer que sean amados con afecto más consecuente. Y quizás un día, contemplando serenamente el pasado, se juzgará que la prueba que ahora estamos soportando, áspera y dolorosa para nosotros, era una etapa que Italia debía recorrer para vigorizar su vida nacional, para cumplir su educación política, para sentir, en forma más severa, sus deberes de pueblo civilizado».

«Cuando oigo la palabra cultura, saco mi pistola y disparo» —profirió epilépticamente un «intelectual» nazi. «Muera la inteligencia» —berreó un general falangista en la Universidad de Salamanca. No podría irles en zaga el verboso condotiero italiano. «Tengo a gran orgullo —gruñiría Mussolini en un ululante congreso de camisas negras— no haber atravesado nunca el umbral de un museo, ni haber leído jamás una página de Benedetto Croce». Ni siquiera era suyo el zafio exabrupto. Muchos años antes lo había lanzado y repetido por toda Italia un troglodita disfrazado de poeta. Pero Benedetto Croce no permanecería callado ante la avilantez del *Duce*. Su sarcástica réplica —publicada al día siguiente en *Il Mattino* de Nápoles— puso en soberano ridículo a Benito Mussolini.

No se haría esperar la represalia. Bandas de jóvenes intoxicados por una concepción gansteril de la vida, de la sociedad y del Estado invadieron la casa de Croce e intentaron destruir su biblioteca. Su valor y serenidad impidieron la consumación de la típica fechoría totalitaria. La enorme repercusión nacional e internacional del incidente obligaría a Mussolini a respetarlo en lo adelante. Quedaría, sin embargo, sujeto a vejaminosa vigilancia. Pero su palabra y su ejemplo fueron, durante veinte años, dardo y acicate. En ese interminable interregno, el espíritu de la verdadera Italia hablaría por la erecta pluma de Benedetto Croce. Su polémica con el fascismo forma ya parte de la historia del hombre como hazaña de la libertad.

Benedetto Croce tuvo la fortuna de asistir al oscuro derrocamiento del fascismo y al borrascoso renacer de Italia. Ministros y generales apelarían a su experiencia y a su consejo, en los agitados y confusos días subsiguientes a la terminación de la guerra civil. Croce fue entonces la única autoridad en un pueblo famélico, ofendido y desesperado. Empinada era ya su vejez y bastante agrietada su salud; pero no vaciló ante el angustioso reclamo de la patria. A su tacto, perseverancia y coraje se debió, en gran parte, la rápida unificación de las dispersas energías, afanes y

esperanzas de Italia y el pacífico retorno a las normas democráticas de vida. Las amarguras, desgarros y humillaciones de la ocupación aliada se alzarían más de una vez en el camino, entorpeciendo la delicada y compleja tarea.

La influencia de Croce fue decisiva en la orientación social del nuevo pensamiento democrático italiano. No podía ya ignorarse que los problemas planteados por la sociedad de masas obligaban a planificar la economía para salvar la libertad. Ni podía tampoco olvidarse el aporte del socialismo a la dignificación del trabajo y al ascenso material y espiritual de la clase obrera. El *liberalismo económico* estaba definitivamente sobrepasado por los hechos. La democracia italiana debía fundarse, a juicio de Croce, en el liberalismo ético-político, perfectamente conciliable con las exigencias de una equitativa distribución de la riqueza mediante la intervención del Estado. Desde esa ancha y clara perspectiva, enjuició Croce el movimiento comunista italiano y la experiencia soviética, concluyendo categóricamente que el *reino de la libertad* sólo podía florecer y fructificar en el ámbito de la democracia social.

La muerte sorprendería a Benedetto Croce laborando intensamente por la libertad, el decoro y la cultura de Italia. Entre los últimos escritos salidos de su pluma, está el que transcribo a seguidas, por constituir su testamento filosófico, a la vez que un reconfortante mensaje a los que luchan y esperan: «El contraste entre dos cosas contrarias ha sido a veces considerado como oposición entre una racional y otra irracional, mas a decir verdad lo irracional no tiene aquí nada que ver puesto que se trata únicamente del acompañamiento necesario de un hecho que se justifica por su evidencia misma. Pero de esta proposición se deduce todo el aspecto de la realidad que llena el mundo y que está en lucha contra ella misma, dividida en hileras contrastables infinitas. El espíritu humano trata de componer esta lucha, o al menos de disciplinarla: mas la tentativa resulta vana y la lucha continúa siempre con la misma violencia y el mismo desgarramiento».

«Es necesario observar que uno de los más fuertes motivos de las religiones es la necesidad de conducir el universo a la paz, incluso cuando para alcanzarla sea preciso pasar a través de etapas más diversas y graduales. Ahora bien, es precisamente esto lo que da a todas las religiones su carácter *imaginario*; todas, a fin de cuentas, se encuentran con las manos vacías. Los remedios por ellas propuestos, las adaptaciones, las transacciones, ponen al

descubierto su nulidad. Y lo que subsiste es el estimulante a alejarse de todas ellas, al objeto de reemplazar la invención religiosa por la investigación filosófica.

»El individuo, en el curso de su vida, es un Cristo que sufre de dolores terribles y de azares atroces, y cada uno de nosotros lleva en sí el recuerdo, del que no puede desprenderse y del que sabe sólo se liberará merced a la muerte.

»Se tiene costumbre de pedir que cada uno proponga a su propia vida un fin, pero este fin no puede ser nunca una obra única hacia la que dirigir sus fuerzas; ésta no puede ser otra que la potencia misma de la obra individual, que se obstina en desafiar toda adversidad, y, puesto que se ha venido al mundo, no salir de él más que cuando se haya cumplido todo el deber moral que implica tácitamente —como sobrentendido— la vida.

»Parecerá que esta visión de la existencia es en sumo pesimista, pero es todo lo contrario puesto que el pesimismo es desconfianza y envilecimiento, mientras que la actitud que aquí se anuncia es un recogimiento por el hombre de todas las fuerzas de su espíritu, que sólo se cumple en la energía del hacer. Ella desafía al adversario y le hace doblegarse; el adversario, que no es otro que esa parte de sí que debe ser vencida y superada».

Acaso nunca sospeché Benedetto Croce, en su tranquila y estudiantosa juventud, que el destino le reservaría una ancianidad en guerra abierta con la servidumbre y el poder. Pudo, como tantos, tirar la piedra y esconder la mano, o preservar su vida en el desierto. Prefirió decir su verdad a trueque de todos los riesgos y quedarse en Italia cumpliendo sus deberes intelectuales y civiles. Las suyas fueron también palabras de un combatiente.

No creo yo que Benedetto Croce haya puesto la piedra última en el magno propósito, ya en marcha, de construir una filosofía de efectiva y universal validez; pero lo importante es que su filosofía —luminoso fragmento de la totalidad de lo real— no es un saber de perdición, sino un saber de salvación. Nadie más distante que Benedetto Croce de la náusea existencialista, de la nada sin nada y de la hora veinticinco. No en balde fue un filósofo de la libertad y por ella padeció y pugnó con el coraje de Sócrates y el denuedo de Spinoza.

Publicado en *El Mundo*, el 13 de mayo de 1953. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 80-97.

El ideario americano

Aquel indio egregio y soberano

Grande fue Benito Juárez por héroe, por revolucionario y por indio. Nacido en una extraviada aldea de Oaxaca, ascendió, sin más ayuda que su inteligencia, su voluntad y su corazón, de la oscuridad de la cuna humilde a la más alta y esplendente cima de la historia.

Su vida, como ha escrito Andrés Baudouin —otro mexicano ejemplar— «es una lección de energía». Juárez se forjó en la pobreza, se endureció en el sacrificio, se creció en la lucha, se magnificó en la ofrenda y se consagró en el poder. Casi solo inició su magno duelo con el virreinato sobreviviente y la intervención extranjera. Se fue a la montaña con treinta «locos», y tras cinco años de fatigar proezas, reveses y abnegaciones, salió, al fin, victorioso, juntando a los débiles, deshaciendo intrigas, resistiendo a pie firme, erguido siempre, intacta la fe, impasible e implacable. Hidalgo y Morelos hicieron libres a México. Benito Juárez consolidó su independencia, abatió la colonia, levantó al indio, emancipó la conciencia y enseñó a nuestros pueblos cómo defenderse de sus enemigos internos y de sus enemigos externos.

Su triunfo fue el triunfo del derecho sobre la fuerza, de la libertad sobre la coyunda, de la luz sobre la tiniebla. «El respeto al derecho ajeno —afirmó lapidariamente— es la paz». Quien entonces habló por su voz no fue sólo México, mutilado y agredido, fue el espíritu mestizo de nuestra América irredenta. No en balde le llamamos el Benemérito. Para decirlo con palabras de José Martí, a ningún título es más acreedor «aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente, a los ojos de los hombres, al

lado de Simón Bolívar y en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce».

Héroe incontaminado y terrible —héroe verdadero— fue Benito Juárez. Ni impurezas, ni ambiciones, ni desmanes, tan comunes en libertadores y guerreros, afearon su conducta. Supo arrostrar, como pocos, tentaciones y adversidades. Se irguió contra la violencia sin dejarse arrebatar por ella. Luchó por la libertad, sin uncirla ni mermarla. Aun en la batalla, mandó como civil. Practicó la democracia que predicaba y por ella, y por la desdicha ajena, padeció sin exhalar una queja.

Su sed de justicia, su amor a los desvalidos y su espíritu revolucionario se plasmaron en las leyes de la Reforma, que removieron la estructura social, económica y espiritual de México y sentaron las bases del ulterior desarrollo de la nacionalidad, ya en vísperas de total integración por el empuje popular. Héroe en la más noble acepción del vocablo, campeón del derecho de la autodeterminación de los pueblos. Benito Juárez fue, también, apóstol de los oprimidos y paladín de las libertades humanas. Antes que indio fue mexicano, y antes que mexicano hombre y, precisamente por ello, trasciende su sangre, su comarca y su escenario y alcanza dimensión universal.

En estos dramáticos tiempos, en que nuestra América siente otra vez gravitar sobre sí tremendos peligros y desaforadas codicias y andan haciendo de las suyas espadones, mercaderes y demagogos, la figura de Benito Juárez se alza de nuevo y se apresta a la brega. No sólo México necesita hoy, como nunca acaso, su coraje, su brazo y su espíritu; desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos necesitamos todos al héroe, al revolucionario y al indio que simboliza a la América enhiesta, generosa y unida.

Sin fecha. Compilado primero en y tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 2, pp. 42-43.

Día de las Américas

Nadie ya ignora que el 14 de abril es el Día de las Américas. Muchos han olvidado, sin embargo, que el 14 de abril es también el día del advenimiento de la república española.

Hace justamente sesenta y tres años que las naciones de este hemisferio —salvo Cuba, a la sazón presa ensangrentada de un poder extranjero— se juntaron en Washington para formar la Unión Panamericana. De las entrañas hirvientes de nuestra América surgió la idea que entonces cuajaba en moldes convencionales, bajo la mirada vigilante del «águila temible». Juntar, en una vasta y potente federación de pueblos, a las «repúblicas dolorosas del continente», fue el gran sueño de Simón Bolívar. José Martí ofrendaría su vida en Boca de Dos Ríos por el destino de América. Y, por sus patrias y por la patria común, pelearon Domingo Faustino Sarmiento y Manuel Sanguily, Eugenio María de Hostos y Juan Montalvo, José Enrique Rodó y Manuel González Prada, Justo Sierra y Enrique José Varona. Soñaron y quisieron todos una América nuestra unida, pujante y cordial, si amiga de la otra de Lincoln sobre el primado del respeto mutuo y de la efectiva reciprocidad en las relaciones económicas, presta siempre a rechazar las insolencias y depredaciones de la que personifican Walker y Cutting.

La antigua Unión Panamericana no fue, ni podía ser, el vehículo apropiado para llevar adelante la ingente empresa. Casi siempre operó como instrumento dócil del *big stick* y de la diplomacia del dólar y casi siempre fue tribuna de lacayos rameados que ensalzaban la democracia y la libertad en nombre de pueblos amordazados, exprimidos y dependientes. Análogo papel ha venido desempeñando en los tiempos de la «buena vecindad» —a despecho de sus hermosos principios y de las obligaciones contraídas en su carta fundamental— la Organización de Estados Americanos. Sus reiteradas declaraciones en favor de la autodeterminación, de los derechos humanos, del gobierno representativo y de la justicia social son pura filfa. Los dichos y los hechos están a las greñas en esta convulsa porción del planeta.

Símbolo de unidad, paz y libertad pretende ser el Día de las Américas. No puede ser más ancho y sombrío el trecho que va de la pretensión a la realidad. Mira uno en torno y sólo acierta a ver —exceptuando islotes circuidos de asechanzas— la unidad de los condotieros, la paz de los sepulcros y la libertad de los opresores nativos y extranjeros. De esa libertad, de esa paz y de esa unidad no se dirá nada hoy en la OEA. Ni nada tampoco en la prensa sometida o sobornada de aquende y allende el río Bravo. Se agotará el ditirambo para los que han secuestrado la voluntad popular, ofendido la dignidad humana y entregado las riquezas

nacionales a la explotación colonial. Derribar gobiernos constitucionales, disolver parlamentos, intervenir universidades, clausurar sindicatos y perseguir, encarcelar, atropellar, proscribir y matar carece de trascendencia si los ejecutores y cómplices se alinean —de labios afuera— en la defensa internacional de la democracia. La otra América, la que sufre, trabaja, sueña y pelea por su libertad, independencia y desarrollo, ni siquiera contará como frívolo tópico de sobremesa en los festines oficiales. La salud, la educación, el bienestar y el decoro de ciento cincuenta millones de hombres pesan menos que el exiguo contingente que se enriquece a costa de su sangre, su miseria y su ignorancia, a la sombra de un bosque de bayonetas.

Cuba anda ya uncida, desde el 10 de marzo de 1952, al siniestro cortejo. En aquella infausta madrugada, las manecillas del tiempo giraron veinte años al revés. «Cada vuelta en nuestros países —advirtió Alcides Arguedas— es un salto atrás en su historia y en su desarrollo político, material y espiritual». Si alguien todavía abrigaba dudas de que vamos derechamente a la violencia desenfrenada, deben ya habersele disipado después de lo acaecido recientemente a mi viejo amigo Rafael García Bárcena, poeta, escritor, periodista colegiado, director de la *Revista Cubana de Filosofía*, profesor del Instituto de La Habana y jefe del Movimiento Nacional Revolucionario, cuyas concepciones y métodos no comparto por confusas aquellas e ineficaces estos. Pocas veces se ha urdido un «paquete» tan burdo. No es posible admitir racionalmente que Rafael García Bárcena se dispusiera a atacar el campamento de Columbia con unas cuantas pistolas, varios cuchillos, algunos estudiantes universitarios y un romántico pelotón de adolescentes. Pero no pareció suficiente el arresto de los hipotéticos conjurados. Conducidos al Servicio de Inteligencia Militar, fueron vejados, coaccionados y golpeados, aprovechándose cobardemente de su total indefensión. Eso sí es harto grave por lo que entraña y augura. De ahí al terror organizado sólo media un centímetro. Y del terror organizado al genocidio ni un milímetro media.

Se ha intentado desmentir lo que todo el mundo supo enseguida y corroboró después la señora Esperanza Valladares, atribulada esposa de Rafael García Bárcena. El valor de esas declaraciones es el mismo que lucen tener los artículos 26 y 28 de los estatutos y el artículo 5 de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, reproducidos casi literalmente en el artículo 25 de la *Decla-*

ración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre. Dice el artículo 26 de los estatutos: «Ningún detenido o preso será inco-municado». Reza el artículo 28: «No se ejercerá violencia ni coacción de ninguna clase sobre las personas para forzarlas a declarar. Toda declaración obtenida con infracción de este precepto será nula». El artículo 5 de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* afirma, imperativamente, que «nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes».

La más alta condición del hombre es su dignidad. Abofetear a un ser inerme es —como diría José Martí— la negación misma de Dios.

El radical divorcio entre la letra y el acto es la más acusada característica que ofrecen la inmensa mayoría de los gobiernos hispanoamericanos este 14 de abril y, desde luego, el que tiene su sede en la Casa Blanca. De un lado, las Constituciones, los tratados de ayuda mutua y las peroratas en la OEA, en la UNESCO y en la ONU; del otro, la violación de los derechos humanos, el desprecio a la soberanía popular y la represión como esencia del poder. En España —ya santificado el régimen totalitario franquista por la UNESCO y la ONU— se atropella, encarcela y mata en nombre del cristianismo y de la civilización occidental.

En el año del centenario de José Martí, Cuba conmemora el 14 de abril detrás de la cortina de sables de América, sementera fecunda de la unidad, la paz y la libertad de mañana.

Fecha por Roa: 14 de abril de 1953. Compilado primero en *Viento sur*. Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 174-177.

12 de Octubre

Hoy es, oficialmente, el Día de la Raza. ¿De qué raza? Cuando las naos españolas hienden las doradas arenas de América —imagen concreta de un sueño milenarío— sus tripulantes traían ya en las venas, fundidos, metales de diversos yacimientos y de varios quilates. Raza, por otra parte, como ha dicho Fernando Ortiz, es una mala palabra. Alude a caballo, a borrego, a buey. De sus implicaciones políticas se percató Hitler y a punto estuvo de arrebañar a

los hombres bajo la totalitaria férula del pedigrí ario. Más que al ámbito de la vida humana, el concepto de raza pertenece al reino de la zoología. Dejémosla, ahí, tostándose en su propio fuego.

Ni siquiera sería apropiado festejar el 12 de Octubre como el Día del Descubrimiento. Sin menoscabar ni ensombrecer la prodigiosa proeza de Cristóbal Colón, hay autores y autoridades que discrepan al respecto. Convienen, unánimemente, en reconocer al audaz genovés como protagonista del acto material que incorpora el Nuevo Mundo a la historia y redondea la Tierra; disienten, empero, con pareja unanimidad, en cuanto a que esa fuera la primigenia intención que lo impulsara a desafiar mares hasta entonces ignotos. Algunos van más lejos. Afirman y sostienen, con impresionante despliegue dialéctico, que en vez de descubrirla lo que hizo Colón fue contribuir a encubrir y cubrir a América durante cuatro siglos.

De ahí que juzguen más pertinente evocar hoy los genuinos timbres de la cultura hispánica que las vidriosas glorias de la conquista y de la organización. No podríamos renegar de aquella sin negarnos a nosotros mismos. De estas abjuramos, definitivamente, al adquirir conciencia de nación y emanciparnos en la búsqueda de nuestro propio destino. Si España forma ya parte de nuestra historia y nosotros de la suya, somos ya distintos y andamos por nuestra cuenta, aunque todavía cargando viejos y nuevos hierros, servidumbres y miserias. Española es la lengua en que hablamos y escribimos; pero americano es el espíritu que le infunde sentido y objeto al cristalizarse en formas de vida. Y esa es, justamente, la grandeza de España como potencia colonial: haber engendrado con su lengua un espíritu que, al disputar y conseguir el albedrío, asegura y garantiza la continuidad de la cultura de que proviene. Aquello, como diría José Martí, ya también va con esto. Como nadie, lo intuyó Miguel de Unamuno al ensalzar las épicas hazañas de Don Quijote Bolívar.

Día de la Cultura es Día del Espíritu. Se repelen y antagonizan los cuerpos políticos y los imperios económicos. Se atraen y conviven los valores del espíritu. La cultura es punto común de referencia de las agonías y esperanzas del hombre y obligado abrevadero si es raíz de la lengua. En ese campo, nuestra América ha sido, es y seguirá siendo, so pena de traicionarse a sí misma, española con acento impar, trasfondo indígena, *elan* criollo y aluvión africano. Como España sólo ya podrá subsistir en plenitud histórica y

cultural si fertiliza su espíritu con jugos americanos, completándose a sí misma al librarse de las ataduras que la han convertido, paradójicamente, en colonia última de un imperio esfumado. El mito de la Hispanidad es únicamente eso: un mito.

Día de España y de América es, debía ser, el 12 de Octubre. No me refiero, parece ocioso advertirlo, a deleznable estructuras temporales de allende y aquende el proceloso océano que señoreó Colón y surcaron, en pos de aventuras, riquezas y fama, los grandes capitanes de España. Eso, por fuerza, es transitorio y perecedero, y cualquier mañana se derrumba.

No me refiero a eso. Me refiero a las sustancias creadoras de España y de América, a su cuantioso aporte a la cultura, a la vocación de libertad de sus pueblos, a lo que representa y significa su espíritu en tiempos en que campean, azuzados por Mefistófeles y Shylock, el escudero Sancho Panza y el zafio Tirano Banderas. Hoy es, debía ser, Día de América y de España. De lo mejor de España y de lo mejor de América. Día en que se dan la mano los comuneros de Castilla y los vencedores de Ayacucho, Miguel de Cervantes y Rómulo Gallegos, Antonio Machado y Rubén Darío, Santa Teresa y sor Juana Inés de la Cruz, Baltasar Gracián y Andrés Bello, Miguel de Unamuno y José Martí.

Fechado por Roa: 12 de octubre de 1955. Compilado primero en y tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 177-179.

Simón Bolívar tiene aún qué hacer en América

Hace ya muchos años arribó a Caracas un hombre que en vano pugnaba por ocultar la frente contrita de los americanos que aún no habían podido entrar en América. Ese hombre era el primogénito de mi patria, el hijo póstumo de Simón Bolívar, el amigo dilecto de Cecilio Acosta, el que llevó de la mano a Juan Antonio Pérez Bonalde. Se difuminaba el opalino resplandor de la tarde y la noche descendía presurosa de los cerros azules sobre el valle sereno. No inquirió el viajero dónde se comía ni dónde se dormía. Inquirió sólo dónde estaba la estatua de Simón Bolívar. Y allá fue. «De América soy hijo: a ella me debo —diría luego acaso rememorando este encuentro—. Y de la América, a cuya revelación,

sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna. Deme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo». Ese hombre era José Martí.

Yo también quise que mi primera visita en Caracas fuese a la plaza de «árboles olorosos y altos» donde el héroe vigila. Como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo, hube de verlo aquella radiante mañana en que Rómulo Gallegos asumía la primera magistratura de Venezuela. Allí estaba, «en el cielo de América, vigilante y ceñudo, calzadas aún las botas de campaña», el caraqueño indómito, el creador de pueblos, el profeta de la unidad hispanoamericana, el Libertador por antonomasia. Allí estaba envuelto aún en su capa de fuego, la frente circuida de estrellas, la pupila avizora, la boca apretada, el corazón fragante, la espada en alto, de pie sobre el estribo, demandándonos implacablemente ser lo que somos, hacer lo que falta, domeñar el destino. Y allí, junto a él, escribí en mi libreta de notas la página que ahora arranco y a seguidas leo.

Hubiera podido ser un varón de Plutarco, un héroe de Carlyle, un hombre representativo de Emerson. Su personalidad avasalladora, sus dichos inusitados y sus hechos fabulosos le imprimen centelleante perfil simbólico a su figura y valor de paradigma a su conducta. No tiene antecedentes ni pares en América. Simón Bolívar fue único. Y, porque lo fue, no tolera paralelismos. Solitario, señero, inmensurable. El picacho más inaccesible de los Andes sería el único pedestal de su estatua.

La tormentosa parábola de su vida es la de un predestinado de la historia. Se le advierte en la mirada, en el gesto, en la vibración del espíritu, que vino para darse a los otros en grandioso holocausto. Joven aún, tuvo en Roma, en la majestuosa soledad del Aventino, la deslumbrante revelación de su futuro. Allí, en un crepúsculo escarlata, en diálogo consigo mismo, la historia en aleccionador despliegue a sus plantas, jura consagrarse a la rendición de la patria esclavizada. No cejaría ya en el magno propósito. No descansaría ya hasta alcanzarlo.

Vela enfebrecido sus armas en espera del alba. *El contrato social*, de Juan Jacobo Rousseau, es su libro de caballería. Y su numen la vasca María Teresa Rodríguez. La ama con pasión que tiene de llama y de flor; pero aquel amor de poseso se le malogra en primavera, sumiéndolo en una desesperación sin esperanza. Mas sólo es un instante. Su viudez prematura lo desposaría para siempre con la causa de la libertad americana. Como Aldonza

Lorenzo al hidalgo manchego, María Teresa Rodríguez se le transformó en Dulcinea. Y por esa Dulcinea peleará sin descanso, para ella serán sus trofeos, sobre ella —heroína anónima del poema épico de 1810— se yergue hoy refulgente su gloria.

En las vísperas de la gran gesta revolucionaria, un violento terremoto sacude a Caracas. Bolívar esculpió entonces, entre las ruinas humeantes de la ciudad empavorecida, una frase que da la más exacta medida de su estatura humana: «Si la naturaleza se opone a nuestra independencia, lucharemos contra la naturaleza y la someteremos». La suerte del imperio español estaba echada.

Con un puñado de héroes, Bolívar inicia la más ingente y sobrecogedora empresa que recuerdan los siglos. Arremete de norte a sur y de sur a norte. Va y viene por las cordilleras como por casa propia. Reta los ríos, los abismos, las ventiscas, el hambre, la adversidad. Destruye y funda. Somete a los discolos. Disciplina las turbas. Libera a Venezuela, a Colombia, a Ecuador, a Perú. Fatiga la proeza. Gana la independencia y la inmortalidad. Y sueña con la unidad real de todos nuestros pueblos y porfía denodadamente por realizarla. La emancipación de Cuba obsesiona sus noches. Y todavía le sobran fuerzas para redactar Constituciones, arengas, proclamas y cartas y para resistir a pie firme la ingratitude y la maldad de los hombres. Quijotesca fue su vida. Mucho más quijotesca su muerte.

Su faena, inconclusa, está sobremanera urgida de milites. Desunidos y dispersos, aún están nuestros pueblos a merced de la montonera y más que nunca los imperialismos ciernen su garra codiciosa sobre ellos. Hay que decirlo. Todavía tiene mucho que hacer en América el invicto acero de aquel que fue «grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de su grandeza». Y, por eso, ahí está señalando la ruta el héroe impar, el profeta de la unidad hispanoamericana, el libertador sin segundo, el padre de todos, el que aró en la tierra. Mientras haya una injusticia que reparar, un derecho que restablecer, una miseria que redimir, un caudillo que derrocar y un explotador que expropiar, la obra de Simón Bolívar no estará coronada. Y hasta entonces le estará vedado el reposo, hasta entonces será nuestro guía, hasta entonces habrá que imitarle.

Eso escribí junto a la estatua de Simón Bolívar, mientras Caracas, enjorada de orquídeas y resplandeciente de gozo, festejaba

de nuevo la reconquista de la libertad. Extraviada mil veces por el gendarme necesario y el cesarismo letrado, vendida su entraña al imperialismo, ubre inagotable de generalillos y doctores, Venezuela reanudaba su verdadero camino, el que Simón Bolívar le roturó con su brazo, pero a la altura del tiempo. La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida sin vacilaciones ni dobleces por Rómulo Betancourt, le había restituido al pueblo venezolano —suceso que nunca se ponderará bastante— el pleno ejercicio de su soberanía, en cumplimiento solemne de la palabra empeñada. El sufragio universal, secreto y directo, promovería a la presidencia de la república, en comicios intachables, al primer novelista de América. Se repetía exactamente, ochenta años después, cuando la barbarie imperaba rampante en pueblos vecinos, el caso insólito de Domingo Faustino Sarmiento. La inteligencia, que tan decisiva participación tuviera en la hora memorable de la fundación, volvía por sus fueros desconocidos, ensanchando promisoriamente el angosto horizonte de la política americana.

Dejé a Venezuela disfrutando de un régimen democrático como probablemente no había otro igual en América. Su honda raíz popular, su autonomía de movimiento, su impulso creador y su espíritu de servicio le infundían características propias y le asignaban señero papel. Ni a movimiento revolucionario alguno en los últimos años le era dable exhibir personeros tan probos como los que habían forjado ese régimen, entre el asalto renovado de la reacción, la presión de las empresas petroleras y la hostilidad de las autocracias tropicales, cobijo y trinchera del gamonalismo acorralado. De aquellos auténticos servidores del pueblo a los mesías de pacotilla que por aquí nos gastamos, mediaba, ostensiblemente, un abismo insalvable. No sin profunda melancolía he de reconocerlo.

Era evidente, a todas luces, que los cambios fundamentales operados en la vida de Venezuela durante la última década pregonaban, a pleno pulmón, lo que iba de Juan Vicente Gómez a Rómulo Gallegos: Santos Luzardo había vencido a Doña Bárbara. Y, entre dificultades y asechanzas, el espectáculo maravilloso de un pueblo en marcha hacia el porvenir.

Si algún gobierno de nuestra América cumplía su cometido en consonancia con sus deberes, era, sin duda, el encabezado por el esclarecido autor de *Canaima*, por el hombre que plasmó vívidamente en sus novelas la oscura tragedia de los desheredados de su tierra. Venía este gobierno limpiamente de las urnas y contaba con

el respaldo mayoritario del pueblo venezolano. Sus promesas electorales se iban cumpliendo. El poder civil había recobrado sus prestigios bajo la diestra dirección de Rómulo Gallegos. Se administraban los fondos públicos con ejemplar pulcritud. Un profundo espíritu de justicia inspiraba las relaciones entre el capital y el trabajo. Difundía las luces, promulgaba la reforma agraria, fomentaba la marina mercante, ponía a raya la desapoderada explotación del petróleo venezolano, respetaba todos los credos, mantenía celosamente incólume la dignidad nacional. Venezuela volvía a ser otra vez, bajo el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos, gonfalon y vanguardia. Y otra vez se daba la singular circunstancia de que América pudiera ser lo que Venezuela quisiera que fuese.

El cuartelazo militar, urdido por Carlos Delgado Chalbaud y alentado por las empresas petroleras, las oligarquías montaraces, los partidos reaccionarios, los usurpadores fugitivos y los dictadores del continente, torcería de súbito el rumbo de Venezuela en el camino de la democracia. No importan los pretextos que la Junta Militar haya invocado para justificar su criminal atentado a la voluntad, libremente expresada, del pueblo venezolano. Lo importante es que ha derogado la Constitución de 1947, disuelto el Congreso, ilegalizado el partido Acción Democrática, clausurado su prensa, encarcelado a sus dirigentes, perseguido a sus afiliados y establecido un régimen de terror de típica factura gomecista. Lo importante es que en Venezuela impera hoy la paz de los cementerios y ha retornado La Rotunda con su tenebroso halo de torturas y crímenes.

No reviste menos trascendencia la enorme repercusión que ha suscitado en nuestros pueblos el golpe militar que depuso a Rómulo Gallegos. La protesta se generaliza por instantes y la solidaridad con el movimiento popular venezolano ha ido creciendo por días. Prueba inequívoca de ello es la cálida acogida que se le ha tributado en Cuba a los proscritos venezolanos y, particularmente, a Rómulo Gallegos. Cuba entera se ha alzado vibrante y generosa junto a éste, que es hoy el más alto símbolo de la democracia americana.

El drama es común y en común se precisa afrontarlo. Los pueblos que Simón Bolívar redimió con su brazo viven hoy la coyuntura más crítica de su historia. La cuesta fatigosamente escalada en un siglo, a precio de sacrificios inauditos y de torrenteras de sangre, se está desandando con ritmo vertiginoso. De nuevo, Facundo resurrecto anda en *jeep* haciendo de las suyas. No hay que

hacerse ilusiones. Mientras le rendimos ferviente homenaje esta noche a Venezuela en el aniversario de su independencia, la siniestra maquinaria que derrocó al régimen democrático de Rómulo Gallegos conspira activamente en todos los parajes aún libres de nuestra América, en solapado contubernio con los monopolios extranjeros. Nadie puede sentirse seguro en esta hora de no ser alevosamente asaltado por estas fuerzas cerriles y uncidos por la violencia a la coyunda de mandones rapaces y de camarillas sin entrañas.

De toda suerte, es al pueblo venezolano a quien incumbe pronunciar la última palabra en el sombrío acto que le ha tocado vivir en este drama americano. Esa palabra ya está siendo escuchada. La lucha ha comenzado y sus frutos están madurando a ojos vista. En esta contienda el pueblo venezolano no está solo. Ya la han reanudado, con indomable coraje, sus líderes en el destierro. Nuestros pueblos todos están ya en la trincheras. Hay que impedir, a todo trance, que la Junta Militar sea reconocida por los gobiernos legítimos que aún restan en nuestra América.

«Reconocer esa Junta —ha dicho Rómulo Gallegos, el presidente que supo caer del lado de la honra— es una inmoralidad histórica, es una vergüenza para el gobierno que lo haga». Y hay que luchar, en pareja medida, por el restablecimiento de la democracia en Venezuela. Lidiar por ella, para Venezuela, es lidiar por ella para Cuba. La libertad es indivisible y la felonía de Carlos Delgado Chalbaud puede repetirse en cualquier parte y en cualquier momento.

Simón Bolívar ha vuelto al camino. Y de nuevo en Venezuela y Perú, en Santo Domingo y Nicaragua, en Argentina y España, en Puerto Rico y Paraguay, para decirlo con los versos flamígeros de Rubén Martínez Villena:

*Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;
para vengar a los muertos, que padecen ultraje;
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;
para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres nos ganaron de pie.*

Palabras leídas en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, el 5 de julio de 1949, en el acto conmemorativo por la independencia de Venezuela. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 535-540.

El recrudecimiento de la campaña submarina nazi y la grave amenaza que parece cernirse sobre Australia constituyen hoy el toque de alarma para muchos comentaristas. No es esa, sin embargo, la más inquietante característica que ofrece la guerra en estos momentos. Si resulta asaz ingenuo suponer que la rendición incondicional, o la derrota aplastante, están a punto de producirse, es indubitable, en cambio, que el desenlace del conflicto no puede ser ya otro que la derrota militar del eje. Lo alarmante no son los múltiples reveses y alternativas que aún quedan por arrostrar. Lo que preocupa y angustia es el ostensible retraso político que se observa en algunos círculos dirigentes de las Naciones Unidas en relación con el progreso general de las operaciones bélicas.

No resulta exagerado afirmar que, a partir del desembarco norteamericano en el norte de África y de la contraofensiva soviética de invierno, el ritmo entre ambos aspectos se ha ido desarrollando en detrimento de las fuerzas liberadoras que pugnan por descuajar las raíces del fascismo. En ese sentido, estamos hoy mucho peor que en 1940, no obstante los denodados esfuerzos de los líderes más sagaces y precavidos de las Naciones Unidas, que saben sobradamente que por ese camino la posguerra será una continuación de la guerra por otros medios. A ese sombrío reflorecimiento de las tendencias reaccionarias y apaciguadoras, responden el confinamiento indefinido de Gandhi y de Nehru, el predominio de los elementos pro Vichy en la administración del norte de África, el tratamiento colonial a determinados países de nuestra América y, sobre todo, la política contemporizadora con el régimen franquista, palafrenero convicto y confeso de las potencias totalitarias. La repulsa popular a esta concepción fascista de la guerra, que conlleva dialécticamente una concepción fascista de la paz, ha sido tan vigorosa y sostenida que ha sido preciso aplacarla urgentemente: a eso responden el viaje de Anthony Eden a Washington, el periplo de Henry A. Wallace a la América del Sur, la trascendental perorata del embajador de México en nuestro país el último de 14 de abril —replicada en aclarador discurso por el embajador de Estados Unidos— y la inesperada entrevista de los presidentes Roosevelt y Ávila Camacho, en la que hubo de ratificarse los objetivos antifascistas de la guerra.

No basta, desgraciadamente, el mero canje de palabras para cegar los focos reaccionarios que destilan su ponzoñoso influjo aquende y allende el Atlántico. Es preciso extirparlos sin contemplaciones, como pústulas malignas, lo mismo en Inglaterra, que en Estados Unidos, en México o en Cuba, cundida de falangistas, saboteadores y espías; pero poco habríamos conseguido si no se resuelve a fondo el virulento problema de la India, la turbia situación del norte de África y la dramática cuestión de España, que tan vivamente hiere la sensibilidad democrática de nuestra América. Sobre ésta he de concentrar hoy mi atención.

Sería en verdad ocioso, a estas alturas, ponerse a demostrar que la guerra de España fue el sangriento prólogo de ésta que ahora se libra en escala universal. Es cosa sabida y aceptada por todos los que nada tuvieron, ni tienen que ver, con las fuerzas que concibieron, organizaron y llevaron a cabo el asalto gansteril a la república española, uno de los más efectivos y promisorios baluartes de la democracia, del progreso y de la justicia social. Pero lo que no resulta ya ocioso demostrar y sí obligado difundir es que el pueblo que se enfrentara solo con las potencias totalitarias, en impar despilfarro de bravura y sacrificio, yace hoy olvidado y ofendido en manos de sus verdugos por aquellos que se proclaman campeones de la libertad humana. De ahí que la piedra de toque para definir qué es ser antifascista sea —hoy más que ayer— la actitud que se adopte frente al problema español. Quien lo soslaya o posterga, evidentemente no lo es, por mucho que lo proclame. Y, menos aún, si intenta justificar su postura por razones de tipo pragmático. En este caso se comete delito de lesa democracia. Se es autor póstumo del crimen perpetrado con España.

Si la política española de las Naciones Unidas se ha caracterizado hasta ahora por su desconocimiento de la causa republicana y por su manifiesta tolerancia de los reiterados pronunciamientos totalitarios de Franco y de su descocada ayuda a las armas italo-alemanas en el norte de África, inmovilizando una gran masa del ejército norteamericano, los pueblos todos han reclamado, con significativa insistencia, una abierta ruptura con el régimen fascista dominante en España. Aún no hace mucho que los obreros portuarios de Estados Unidos se negaron a cargar mercancías para España, por considerar a ésta como simple estación de trasbordo de Alemania e Italia. La mayoría de nuestros pueblos se ha producido constantemente contra toda clase de ayuda a Franco.

Este general repudio es un síntoma magnífico; lo que ahora urge y precisa es lograr que en la invasión que preparan del continente europeo las Naciones Unidas rompan todo contacto con Franco y se apresten a liberar al pueblo español de la terrible coyunda que padece —en gran medida por la negligencia y complicitad de aquéllas con los agresores— e incorporarlo, como merece y reclama la honra universal, en la vanguardia de los ejércitos que marchen sobre Roma y Berlín.

Contribuir a que ello acontezca es uno de los deberes fundamentales de los pueblos hispanoamericanos, obligados, por imperativos históricos, a reconquistar a España para la libertad, en una guerra de independencia contra los españoles que negaron la nuestra y aspiran hoy a arrebatárnosla en connivencia con los guerrilleros y voluntarios de nuevo cuño. En esta noble, generosa y democrática empresa, que nuestros próceres hubieran encabezado resueltamente, nos va, en rigor, nuestra salvación futura, como herederos y custodios que somos de un reservorio de valores, tradiciones y estilos que caracterizan y definen nuestra posición en el mundo de la cultura. No cabe ya ignorarlo. La libre comunidad cultural hispanoamericana es la única forma de existencia histórica en que podrán convivir y entenderse la nueva España y los pueblos de este hemisferio, otrora sojuzgados y exprimidos por la España que tiene en el régimen franquista su más acabada expresión y contra la cual se levantaron los buenos españoles, los que sufrieron, por no *querer ser ofendidos en sus almas libres*, la persecución, la arbitrariedad, el despojo y la muerte, en descomunal epopeya que se inicia con los comuneros de Castilla, se magnifica ante la invasión napoleónica, sacude al mundo con la defensa de Madrid y rezuma hoy sangre, dolor y miseria en los campos de concentración de la democracia y en la dramática dispersión del exilio. Esa España, la España vital que José Martí contrapuso a la España oficial, la España de los españoles que aman la libertad, la que nos respeta y nosotros respetamos —raíces calcinadas en invisible retoño— es la que forma parte de nuestra herencia histórica y la que es deber nuestro salvar ahora y ayudar después en la hora decisiva de la reconstrucción.

La emocionada apelación dirigida recientemente a nuestros pueblos por Gustavo Pittaluga —figura representativa de la España en éxodo— será, sin duda, escuchada. Ya lo está siendo. Pero, si a su voz esclarecida se sumaran la de todos los desterrados

ilustres que representan hoy las esencias más alquitaradas de su pueblo en América, y se lograra sellar la unidad inquebrantable de todos los españoles republicanos en un programa de acción inmediata y de amplias perspectivas ulteriores, se habría dado un extraordinario paso de avance en el establecimiento de un mundo libre, justo y pacífico.

Publicado en *El Mundo* el 10 de mayo de 1943. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 18-21.

El drama de Puerto Rico

Descubierto inesperadamente por Cristóbal Colón en su segundo viaje, Puerto Rico debió parecerle al Gran Almirante un regalo de la naturaleza flotando sobre el mar azul del Caribe. Montañas resplandecientes, playas sensuales, acantilados hirsutos, tropel de palmeras, bosques impenetrables, valles floridos, ríos serenos, frutas maravillosas, brisas fragantes, cielo limpio, «copo de tierra» ceñido de espumas. Isla encantada de un collar codiciado de islas. Según Francisco García Guadiana en carta al emperador Carlos V, «el mejor pedazo de todo lo conquistado». La llamaban indistintamente Boriquen, Borinquén, Borinquen, Buriquen, Burenquen. Sus primitivos moradores eran gente mansa, dulce, frágil, abúlica. Vivían perennemente sobresaltados por los terremotos, los huracanes y las invasiones en un territorio de 161 kilómetros de largo por 56 de ancho. No sumaban 30 000 en total al arribo de los conquistadores.

Hoy Puerto Rico es uno de los países más densamente poblados del orbe. Su índice demográfico, en progresión creciente desde 1800, alcanza ya un aumento anual de un 22 por ciento. Cuatro siglos estuvo uncido a la coyunda española. Medio siglo acaba de cumplir bajo la dominación de Estados Unidos. De las Antillas Mayores, la menor, Puerto Rico —territorio estable, tradición cultural, historia propia, personalidad cuajada, conciencia de nacionalidad— aún no ha podido entrar en América. Dotado de los atributos constitutivos de una nación, el pueblo que José Martí quiso emancipar con el nuestro es el único de los pueblos americanos de raíz hispánica que jamás ha sido libre. Ese es, precisa-

mente, su drama. Un drama que es común a todas las naciones de nuestra América y particularmente a las que conviven en el arco antillano.

Datos sobremanera escasos se poseen sobre la época anterior al descubrimiento de Puerto Rico; pero lo que sí se sabe a ciencia cierta es que la isla fue largo tiempo una «frontera de choques entre las subrazas aruacas que habitaban las Antillas Mayores y la feroz familia caribe que ocupaba las Menores». Durante el siglo XVI, la isla desempeñó el triple papel, como precisa certeramente Tomás Blanco, de puesto militar fronterizo contra barlovento, de base auxiliar de las conquistas hacia el poniente y de primera avanzada estratégica en la conquista del trópico por la cultura occidental. El pueblo puertorriqueño remonta sus orígenes a este proceso germinal de la colonia española. Víctima del régimen brutal de trabajo, de las matanzas, de las persecuciones, de las enfermedades, del mestizaje, del éxodo y de la supremacía avasalladora de la civilización trasplantada por los españoles, la población indígena desaparece rápidamente. Agotados los exiguos yacimientos auríferos y desviada la emigración peninsular hacia los fabulosos emporios de tierra firme, Puerto Rico se sume en una vida oscura, vegetativa, sórdida, miserable. En el siglo XVII, batido el poderío español por Inglaterra, Francia y Holanda, la olvidada fundación se transforma de súbito en antemural del imperio. Se fortifica, artilla y provee hasta convertirse en la segunda plaza fuerte de América y en presidio militar de España. México contribuye con el «situado» a su progreso. Se cultiva el café, el tabaco, el azúcar. Da comienzo a la inhumana cacería del negro en los bosques exorcizados de África. Prosigue la conquista del trópico. Se entroniza la mezcla de sangre. El clima impone su sello. Las fiebres malignas hacen su agosto. La población crece y la selva virgen deja de ser un misterio.

El perfil de la sociedad puertorriqueña empieza a integrarse en los albores del siglo XVIII. La compleja organización colonial va abriéndose paso paulatinamente. Mediando la centuria, Puerto Rico cambia de fisonomía y de estructura. Ya no es «una catedral sin rentas». Ya no es un «peñón fortificado». Se aflojan las tuercas del monopolio comercial, se funda la Real Factoría Mercantil, se incrementa el cultivo del café, se dispone la «distribución y venta de los hatos realengos», se construye el hospital civil, se pavimentan las calles de San Juan, se organiza el servicio de

correos, aumenta la población. La guerra civil de independencia sorprenderá a Puerto Rico en pleno proceso de formación como pueblo.

No permanecerá indiferente el boricua a los objetivos y azares de la contienda, ni a las glorias marciales de Simón Bolívar; pero sin sentirse partícipe de la épica empresa. La repercusión más profunda del movimiento emancipador en la isla es la supresión del «situado» al rebelarse México en 1810 contra la metrópoli. Abandonada a su propia suerte económica, Puerto Rico pudo conjurar la tremenda crisis que sobreviene gracias a la política de alto bordo del intendente Alejandro Ramírez, fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País, del *Diario Económico* y de los mecanismos apropiados para fomentar la agricultura, el comercio y la industria. El salto subsiguiente, en orden a la organización social, administrativa y económica de la colonia, es extraordinario; pero, lo más importante es que ya la comunidad puertorriqueña se siente distinta y con destino propio de quienes la subyugan y explotan. Sus diputados en las Cortes españolas abogan encendidamente por la autonomía de la isla. Los partidarios de la independencia se juntan, vertebran y conspiran. No tardarán Cuba y Puerto Rico en ser de «un pájaro las dos alas».

Los esfuerzos concertados de cubanos y puertorriqueños, para liberarse del régimen colonial español, datan de mucho antes de la Revolución de Yara y del Grito de Lares. Uno de los más relevantes y desconocidos jalones de la gesta común fue la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, organizada en New York, por Cirilo Villaverde, Juan Clemente Zenea, Juan Manuel Macías, Juan F. Bassora y Ramón Roa, durante la guerra del Pacífico. La suerte de Puerto Rico fue preocupación cardinal de las figuras representativas del pensamiento revolucionario cubano. Nadie, sin embargo, calaría tan a fondo en la entraña del problema antillano, ni se daría tan férvidamente a la ardua tarea de resolverlo, como José Martí. «El fiel de América —escribió— está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—, serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que

en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo». «La libertad de Cuba y Puerto Rico —añade— es indispensable para la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar con ellas todo el norte por el istmo y caer luego, con todo su peso, por el sur». El Partido Revolucionario Cubano surgió y se organizó justamente para obtener la independencia de Cuba y «fomentar y auxiliar la de Puerto Rico». «Pelemos en Cuba —declaró solemnemente Martí— para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana». Cuando partió rumbo a la manigua, en débil barquichuelo, la mar tormentosa, iba con el pensamiento obsesivo por el futuro de América y el corazón estrujado por «las tres islas que en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangrante, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas, las tres Antillas que juntas han de salvarse, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo».

La fulminante caída de José Martí en Dos Ríos fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico. El nuevo Delegado, Tomás Estrada Palma, abandonó radicalmente la línea antillana. Y la causa puertorriqueña fue abandonada cuando parecía más urgida de ayuda. El 10 de abril de 1897 se publicó en *La Gaceta de Madrid* un real decreto concediendo la autonomía a Puerto Rico. La causa de la independencia siguió mantenida en alto por una constelación de héroes en la isla y por los abnegados prosélitos de Hostos y Betances en el destierro. La intervención de Estados Unidos en la guerra hispano-cubana variaría, decisivamente, el destino de Puerto Rico. El 25 de julio de 1898 desembarcaban en Guánica las avanzadas del ejército yanqui de ocupación. «El pueblo de Estados Unidos viene a Puerto Rico —advirtió enfáticamente el general Nelson A. Miles, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias— en

nombre de la humanidad y de la justicia, portando el estandarte de la libertad, inspirado en un noble propósito». A pesar de la *Joint Resolution*, Cuba quedaba temporalmente intervenida; Puerto Rico pasaría como botín de guerra, sin el consentimiento de su pueblo y como consecuencia del Tratado de París, suscrito exclusivamente por diplomáticos españoles y norteamericanos, a una potencia extraña y poderosa, bajo un gobierno militar absolutista que volvería a convertirla en puesto militar fronterizo y en zona polémica. La bandera española fue arriada y sustituida por la norteamericana entre los vítores clamorosos de los separatistas ingenuos y de los pitíyanquis en potencia.

Sin previa consulta al pueblo puertorriqueño, la carta autonómica de 1897 —que representaba un apreciable paso de avance en la lucha del pueblo puertorriqueño por la plena conquista de su autodeterminación nacional— fue inmediatamente derogada. Los puertorriqueños no estaban aún preparados para el gobierno propio. Necesitaban una dilatada educación paternalista, olvidar su pasado y admitir gozosos, como bienandanza futura, la puritana tutela de sus generosos redentores. Ya lo había anunciado Beveridge al proclamar que la guerra contra España era «el gran propósito de Dios manifestado en los instintos de la raza anglosajona, cuya fase presente es nuestro lucro personal, pero cuyo fin remoto es la cristianización de la humanidad». No podía ser de otra manera tratándose de un pueblo racialmente inferior, de cultura distinta, de mano de obra barata y en condiciones de producir azúcar en gran escala a bajo costo. Ser colonia de plantaciones y mercado de bolsa negra era, sin duda, el «destino manifiesto» de Puerto Rico. Los partidos políticos isleños organizados a raíz de la invasión se apresuraron, no obstante, a propagar que «la América del Norte es un Estado de estados y una república de repúblicas. Uno de esos estados, una de esas repúblicas, debe ser Puerto Rico en el porvenir». La voz acusadora y profética de Hostos caería en el vacío. «Nosotros debemos declarar, una vez por todas —se cansaba de repetir—, que nunca hemos pedido ningún otro régimen, gobierno o administración que no sea el de nosotros mismos. Una anexión forzada es una agresión criminal». Saltaba a la vista que el pueblo puertorriqueño simplemente había cambiado de amo. Un amo aún más odioso porque traía la esclavitud en nombre de la libertad. Y, como era lógico, del deslumbramiento se pasaría abruptamente al desconcierto, del desconcierto

a la confusión, de la confusión al escepticismo, del escepticismo a la desesperación, de la desesperación a la rebeldía.

Puerto Rico es el mentís más rotundo de la sobada teoría del imperialismo civilizador. No faltan aún quienes pregonen jubilosamente sus excelencias por estas latitudes. Hasta hubo un texto de Cívica —obligatorio en nuestro bachillerato— que justificaba y encarecía, en nombre del progreso y de la civilización, la ocupación de los «pueblos débiles y atrasados» por los «pueblos fuertes y desarrollados». Olvidó lamentablemente el autor de la «tesis» lo que ha solido significar para esos pueblos «débiles y atrasados» la civilizadora gestión. Y olvidaba, asimismo, no obstante vivirla a diario, la democracia de factaría que hubo de imponernos la Enmienda Platt.

La dominación colonial de Estados Unidos encontró a Puerto Rico sin deuda pública, con una moneda sana y la pequeña propiedad profusamente difundida. Había cerca de cincuenta mil fincas rústicas. De la tierra cultivada, el 15% estaba sembrado de caña de azúcar, el 32%, de frutos menores, y el 41%, de café, principal fuente de riqueza a la sazón. No trascendía de un 17% el desempleo de la población trabajadora. Semejante situación se daba incuestionablemente de cachetes con los propósitos «civilizadores» del gobierno y de los capitalistas estadounidenses. Apremiaba, pues, transportar a Puerto Rico a un estadio superior de vida. La «civilización» y la parcelación del agro eran términos excluyentes. El latifundio azucarero expresaba, en cambio, una etapa más elevada en el desarrollo histórico de los pueblos atrasados.

Muy pronto, casi cinematográficamente, Puerto Rico abandonaría la barbarie: el ingenio asomó su testa humeante y dominadora sobre los rubios penachos del cañaveral y los jíbaros despojados de sus tierras se entregaron, mocha en mano y en jornadas de sol a sol, a trocar en áurea miríada el esfuerzo de su brazo, so pena de morir de hambre. Se suprimió la libertad de comercio con los demás países, el café perdió sus mercados, el tabaco entró en crisis crónica, la tierra laborable pasó en su casi totalidad a empresas radicadas en el extranjero, la moneda desvalorizada depreció a su vez el numerario existente y la propiedad en general. El nuevo gobierno civil —dictadura militar enmascarada— se apercibió, con ímpetu digno de mejor causa, a impedir el libre ejercicio de los derechos individuales y a engrosar el capítulo de la deuda pública. La etapa «civilizadora» se inauguraba, pues, con radiantes perspectivas para el capital absentista y la

administración colonial. Puerto Rico había sido rescatado definitivamente de las garras peludas de la barbarie.

El 2 de mayo de 1919 el pueblo puertorriqueño fue obsequiado con una carta orgánica, que le otorgaba, sin pedirla, la ciudadanía norteamericana. Esta carta orgánica, promulgada a tambor batiente, es mucho más restrictiva que la de 1897. Nada tiene ella que ver, desde luego, con la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, ni inspira su articulado el espíritu inmortal de la convención de Filadelfia. La carta orgánica creaba una cámara insular puramente decorativa: el gobernador yanqui conservaba las prerrogativas del señor feudal en tierra conquistada. El Congreso federal se reservaba, por su parte, todo lo relativo a la política económica y fiscal de Puerto Rico. La carta orgánica de 1919 suscitó encrespada repulsa en vastos núcleos de opinión borinqueña; pero los supuestos partidos políticos de la isla —primordialmente el «Partido Socialista» que dirigía el español pitiyanqui Santiago Iglesias— la defendieron a capa y espada.

Al Puerto Rico actual, le resta de rico sólo el nombre. La transformación económica y social operada en la isla, bajo la administración colonial estadounidense, ha determinado un estado endémico de miseria y de paro. La pequeña propiedad, otrora espina dorsal de la economía borinqueña, ha desaparecido. Sus títulos están hoy en poder de las compañías azucareras. Impera el monocultivo. El hambre, la enfermedad, el pauperismo y la ignorancia se han adueñado de la isla. El ex gobernador Teodoro Roosevelt ha pincelado magistralmente el drama puertorriqueño en un informe oficial al gobierno de Estados Unidos. Por venir de quien viene, ofrece autenticidad fidedigna. «He encontrado —escribe— 800 000 pacientes de uncinariasis, 200 000 enfermos de malaria, 350 000 tuberculosos declarados, la más alta mortalidad en el campo, el 76% de la población adulta en forzoso desempleo.⁵ En las últimas seis semanas, he visitado muchas escuelas, he visto cientos de miles de niños, y refiero ahora no lo que he oído o

⁵ Las cifras aquí referidas difieren de aquellas citadas por el propio Roa en un texto suyo anterior, *José Martí y el destino americano* (1938, pp. 7-31), nunca reeditado aunque sí reinsertado, casi en su totalidad pero en fragmentos, en varios textos incluidos en esta selección. Allí decía: «He encontrado —escribe— 600 000 pacientes de uncinariasis, 200 000 enfermos de malaria, 35 000 tuberculosis declaradas, la más alta mortalidad, el 76% de la población adulta en forzoso desempleo». (N. del E.)

leído, sino lo que he visto con mis propios ojos. He visto madres cargando criaturas que eran pequeños esqueletos. He observado en un aula niños y niñas raquíticos y pálidos, tratando de obligar a sus cerebros a pensar cuando sus cuerpecillos estaban desnutridos. Los he visto tratando de estudiar y sosteniéndose con sólo una escasa comida al día, compuesta de un poquito de arroz con habichuelas. He visto en las cocinas de las casas un puñado de habichuelas y algunos plátanos, que constituían la comida para toda la familia».

A la sombra escalofriante de esa tragedia, se ha ido templando y robusteciendo el espíritu independentista del pueblo puertorriqueño. La juventud estudiantil es la vanguardia del movimiento nacionalista. Varias veces, en los últimos años, la Universidad de San Juan ha sido sometida a un infamante régimen cuartelario. Aún palpita en el recuerdo la monstruosa masacre del Domingo de Ramos, que solo tiene par en la historia contemporánea con el bombardeo de Veracruz ordenado por Wilson y la destrucción inmisericorde de Guernica por la aviación nazi franquista. Mujeres y niños fueron despiadadamente ametrallados ese día por la infantería de marina yanqui destacada en la isla. La obra «civilizadora» de la gran democracia nortea escribió, paradójicamente, una de sus páginas más sombrías bajo la égida luminosa de la buena vecindad. El procónsul Winship fatigó, durante su mandato, las peores tropelías y crueldades de los capitanes generales españoles. El Partido Nacionalista puertorriqueño —obra y alma de Pedro Albizu Campos, uno de los más denodados paladines de la nueva cruzada— fue perseguido a sangre y fuego. Y el propio Albizu Campos y su lugarteniente Juan Antonio Corretjer arbitrariamente detenidos y condenados a diez años de reclusión, cargados de cadenas, en la penitenciaría de Atlanta.

A Franklin Delano Roosevelt —a quien, por otra parte, debe el pueblo puertorriqueño una ayuda económica considerable durante la guerra y un trato menos expeditivo durante el gobierno de Rexford G. Tugwell— corresponde la histórica responsabilidad de haber impuesto el inglés como idioma oficial de la isla. Dislate mayor no pudo concebirse. No parecía bastar ya el desprecio racial, la enseñanza regimentada, la propaganda cinematográfica, la sustitución de las costumbres, la seudociudadanía. Era indispensable también la agresión a la lengua materna, a la forma cultural de expresión, al «sedimento del pensar de un pueblo», a

lo más suyo e intransferible. La pureza del habla se ha mantenido, sin embargo, casi intacta en el campo. El jíbaro, si no ha ido a la escuela, suele hablar un español que, al decir de Tomás Navarro Tomás, conserva «los rasgos de nobleza, decoro y seriedad que se aprecian en los textos y referencias del habla de los primeros españoles que se aposentaron en el país». «En el otro extremo —puntualiza Luis A. Santullano— salva la lengua una minoría culta que habla y escribe, un castellano difícil de mejorar». Terrible es, en cambio, la corrupción del lenguaje en las poblaciones urbanas. Incluso el puertorriqueño que ignora el inglés, emplea comúnmente en su conversación palabras como *issue*, *record*, *injunction*, *estatement*, *disbarrement*, *swimmingpool*, *outline*, *field day*, *box*, *partner*, *party*, *junior*, *toastmater*, *chairman*, *speaker*, *floor*, *leader*, *at large*, *couch* y *matress*. Abunda la gente que españoliza los vocablos ingleses. Ni faltan, desde luego, los que trituran ambos idiomas. La prensa culta denuncia, a diario, estas interferencias y deformaciones. «Un niño que vive de dos idiomas —concluye Epifanio Fernández Vega— no llega nunca a ser un hombre doble; se queda siempre en medio hombre». No otro es el fruto que está ya cosechando Puerto Rico del bilingüismo. Y la cultura perdiendo, en consecuencia, como señala Antonio S. Pedreiras, su dimensión de profundidad.

No puede decirse que la administración colonial norteamericana en Puerto Rico haya sido enteramente negativa. La isla ha progresado, sin duda, en el orden material. El país está cruzado por una espléndida red de carreteras. Se han construido numerosos edificios públicos. El analfabetismo se ha reducido de un 80 por ciento a un 50 por ciento. La mortalidad de un 30 por mil a un 23 por mil. Se han creado centenares de escuelas, la Universidad de San Juan y una Facultad de Medicina Tropical, que tiene bien ganada la fama de que disfruta. Las condiciones sociales de la clase obrera han mejorado, ostensiblemente, por obra de su organización sindical y de sus periódicas luchas. Y existe una verdadera tolerancia religiosa. No obstante, la vida es catorce veces más cara que en New York, se importan de Estados Unidos los artículos de consumo diario, el salario está por debajo de las necesidades de subsistencia y más del 60 por ciento de la población trabajadora se ve compelida a la holganza la mayor parte del año. Reducido el cultivo cafetalero a su mínima expresión, la industria del tabaco prácticamente arruinada, la única fuente efectiva de

riqueza y trabajo es la siembra y refino de la caña de azúcar, controlada por empresas extranjeras sin otro afán que obtener las más pingües utilidades y los más altos dividendos. El azúcar es también la gran amargura de Puerto Rico.

No puede tampoco afirmarse que Puerto Rico viva hoy en estado de sitio; pero no es menos cierto que las actividades del movimiento independentista están severamente constreñidas por la metrópoli, de la cual es mero títere el puertorriqueño que gobierna la isla. La reciente clausura de la Universidad de San Juan es buena prueba de ello. Numerosos estudiantes han sido expulsados de sus aulas y varios profesores de sus cátedras por haberse manifestado en favor de la independencia de su patria. El rector de la Universidad, Jaime Benítez, ha pretendido justificar su reprochable conducta escudándose en el impresionante alegato de que la «política» debe excluirse de los centros de enseñanza; mas, se le olvidó agregar que el móvil determinante de su discutida actitud fue asimismo puramente político, en cumplimiento de una orden recibida del partido al que pertenece. Interesado sobre todo en la coyuntura electoral que se avecina, en el mantenimiento del *statu quo* puertorriqueño, ya parece importarle un comino a Luis Muñoz Marín, jefe de ese partido e inventor del lema «vergüenza contra dinero», que además de sus tierras los puertorriqueños puedan perder sus guitarras y sus canciones.

Los enemigos de la independencia de Puerto Rico aducen que sería imposible mantenerla en un país pequeño, de escasos recursos naturales, carente de economía propia y poblado en exceso. Nadie ha demostrado, tan contundentemente, la falacia de esa propalada argumentación, como uno de los más decididos adversarios del separatismo. «Los recursos naturales de Puerto Rico —escribe el ex gobernador Tugwell— son tan ricos como los que cuentan países en los que prevalecen niveles de vida más elevados. Es un mito creer que la falta de recursos naturales conduce a un nivel de vida inferior. En Massachusetts, Rhode Island y New Jersey la población es más densa que en Puerto Rico y los recursos agrícolas y minerales de esos estados son inferiores a los de Puerto Rico, mientras los niveles de vida de su población están entre los más altos del mundo. Estados como Mississippi, Tennessee y Oklahoma, que poseen los mayores recursos naturales per cápita, se encuentran a la cola de la producción. En Europa los más altos niveles de vida se encuentran en Suiza, que casi

no tiene recursos naturales, y en Holanda, que tiene una densidad de población mayor que Puerto Rico. Los países de altos niveles de vida en el mundo no poseen más tierra cultivable per cápita, ni más minerales, ni mayor suma de cualquier otro recurso natural, que Puerto Rico. El verdadero problema de Puerto Rico, consiste en transformar una economía colonial, agrícola, de bajos ingresos, en una economía diversificada, mercantil e industrial, en la que los ingresos se eleven debido a la alta productividad del trabajador».

Puerto Rico es un pueblo ya maduro, histórica y culturalmente, para el ejercicio de su propia soberanía. Aspira a ser libre, quiere serlo y tiene derecho. El artículo tercero de la Carta del Atlántico estatuye la autodeterminación nacional de los pueblos coloniales. En vano Puerto Rico ha reclamado su independencia al amparo de ese documento memorable. La disyuntiva es clara y la ha planteado, terminantemente, un puertorriqueño esclarecido: «O tomar en nuestras manos, con serenidad y firmeza, nuestro destino, o someternos, como retrasados mentales, a una lenta agonía, prolongada por paliativos y aparatos ortopédicos, hasta llegar al límite de la miseria física y la postración moral, hasta la total y completa transformación del pueblo isleño en peonaje de parias, en hatos de coolíes. Entonces sólo se salvarían los muertos».

Fechado por Roa: 19 de septiembre de 1948. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 229-239.

Dictadura y democracia en América

Si las formas democráticas de gobierno vienen sometidas a las más duras pruebas en los últimos tiempos, en ninguna parte se han visto tan ferozmente atacadas y puestas en tan grave quebranto como en nuestra América. De sur a norte, las logias militares, los señores de la tierra, los mercaderes del poder, las oligarquías montaraces y las grandes empresas, en siniestro consorcio, han ido aboliendo, sin que la ONU y la OEA les diesen el alto, las libertades fundamentales del hombre y del ciudadano. La cínica adulteración de la voluntad popular, o la violenta sustitución de gobiernos constitucionalmente elegidos por autocracias

de típico pergeño totalitario, caracterizan este dramático proceso, que amenaza generalizarse a todo el continente.

No se precisa ya apelar a los países sojuzgados tras la cortina de hierro en Europa para poner de manifiesto los horrores del neofascismo militarista. En nuestras propias barbas, se está atropellando, torturando, asesinando, encarcelando o deportando a mansalva, sin que se adopten medidas de ninguna índole por los gobiernos democráticos que aún restan, para impedirlo o atenuarlo siquiera en defensa propia. Esa torpe actitud y la falta de sanción internacional a los fautores de esa brutal embestida a las libertades públicas, al desarrollo nacional independiente y a las reformas sociales, es la manera más segura de darle vía franca a la expansión de los movimientos políticos reaccionarios y de las corrientes ideológicas autoritarias que, de imponerse, harán de nuestra América un inmenso campo de concentración, al arbitrio de los capitalistas extranjeros y de las potencias rivales. No puede pensarse, en semejantes circunstancias, contraponer un efectivo bloque de naciones en defensa de las libertades públicas, la independencia económica y la justicia social a los que explotan la opresión, la miseria y el atraso en beneficio de una política de dominación universal. La punta de lanza de Franco, el quintacolumnismo seudomarxista y la codicia imperialista señorean hoy sobre un haz de naciones invertebradas, a merced de espadones, gamonales, políticastros, banqueros y empresarios sin escrúpulos. Escasos gobiernos de raíz popular, la mayoría minados por la corrupción administrativa, los desajustes sociales, la demagogia electorera y la explotación colonial, completan este cuadro sombrío.

No cabe ya duda de que la suerte de la democracia está echada. La inaplazable urgencia de formar un amplio frente de resistencia, a la desmandada agresividad de los enemigos de las libertades populares, salta a la vista. La situación es gravísima; pero, no estamos ya, por fortuna, en la ominosa época en que tiranuelos y caudillos se apoderaban del poder sin que los pueblos se aprestasen de inmediato a la reconquista de sus derechos arrebatados. Hoy, desde Argentina hasta Santo Domingo, pasando por Venezuela y Perú, hombres y mujeres se enfrentan a las dictaduras, fatigando la abnegación y la proeza. Páginas épicas se están escribiendo a diario por héroes anónimos. Las figuras más representativas del pensamiento democrático se movilizan, en todas partes, señalando el peligro y alumbrando la ruta. La

Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad, que inaugura hoy sus tareas en nuestra capital, es fruto legítimo de la preocupada convergencia de cuantos en el campo de la cultura, del trabajo y de la política, aspiran a una vida más justa y a un destino más alto para esta porción del mundo que José Martí denominó el continente de la esperanza humana.

A los desvelos y entusiasmos de Rómulo Betancourt, uno de los líderes hispanoamericanos de más bizarra conducta como revolucionario y como gobernante, débese, en gran medida, que haya podido efectuarse. Hombres de la jerarquía intelectual y de la ejecutoria democrática de Emilio Frugoni, Eduardo Santos, Alfredo L. Palacios, Eduardo Rodríguez Larreta, Dardo Regules, Rómulo Gallegos, Germán Arciniegas, Daniel Cosío Villegas, Archibald McLeish, Vicente Sáenz, Luis Alberto Sánchez, Fernando Ortiz, Alvin Johnson, Gustavo Pittaluga, Aureliano Sánchez Arango, John Dos Passos, Federico Córdova y José Figueres garantizan el carácter progresista y la independencia de criterio de esta trascendental reunión. *Bohemia* —trinchera inexpugnable de la libertad— estará presente en ese areópago democrático con Miguel Ángel Quevedo, que a toda hora ha sabido respaldar su pensamiento con su conducta. Dirigentes de importantes organizaciones sindicales y parlamentarios de distintos países participarán, también, en sus deliberaciones y acuerdos.

La prueba más concluyente del espíritu genuinamente democrático de esta conferencia es la irritación que, por igual, ha suscitado en los extremistas de derecha y de izquierda. Los vituperios de unos y de otros evidencian su carácter antifascista, antiimperialista y antirreaccionario. Ningún gobierno la aúpa. A ningún gobierno se debe. A nadie le hace el juego. No es un *ballet* con música del *Cominform*, ni un *show* con letra del *State Department*. Es una tribuna libre, en un mundo ensombrecido por la violencia, la mordaza y la purga. Y Cuba es su sede, porque aquí, incluso los guerrilleros de la reacción y los voluntarios del neofascismo, pueden mentir, insultar y boconear a su conveniencia y capricho. La «coincidencia» del *Diario de la Marina* y de *Hoy*, en su hidrofobia verbal contra la Conferencia Interamericana Pro Democracia y libertad, no puede ser más significativa y aleccionadora.

Tres puntos capitales constituyen el temario que va a discutirse: medios de fortalecer la democracia en América, cooperación del continente a la paz mundial y formas de establecer una organización permanente en favor de la democracia americana. Estos

tres puntos están implicando el reconocimiento, factual y teórico, de la profunda crisis que afronta el régimen democrático en nuestra América. Es indiscutible que la concepción democrática de la vida, la sociedad y el Estado es consustancial al espíritu y al desarrollo histórico de nuestros pueblos; pero, no lo es menos, que esa concepción está actualmente amenazada por las fuerzas más regresivas y rapaces de nuestra época. La cuestión céntrica a debatir es cómo galvanizar el régimen democrático, hasta el punto de promover, en los pueblos, la apasionada determinación de defenderlo, a precio de vida, en todas las contingencias y avatares. Un régimen democrático sin contenido económico, sin ancha base social y sin activa participación del pueblo en la orientación del poder público, es un trasto inútil en esta coyuntura histórica de transición. Sobre esto no pueden haber circunloquios ni eufemismos. El problema fundamental que tiene planteado la democracia, en esta hora, es cómo organizar la sociedad sin que la libertad sufra menoscabo alguno. En un plano universal, resulta ya imperativo que la democracia distinga, nítidamente, los derechos subjetivos de los derechos patrimoniales. Las cuestiones que atañen a la persona humana sólo pueden resolverse con el «hallazgo y establecimiento de una estructura jurídica más justa, que permita reducir el problema a sus verdaderos términos». Los derechos patrimoniales únicamente pueden ya existir en función de la sociedad. Ningún interés individual, que pretenda oponerse al interés social, es legítimo. Si aspiramos a que el hombre recobre su «fertilidad perdida» y desarrolle, a plenitud, sus aptitudes y potencias, es indispensable disciplinar socialmente las cosas.

Sobremañera compleja es la faena que tiene, por delante, el movimiento democrático. En el caso particular de nuestra América, hay que contar con lo que nos viene dado por la historia. Seguimos siendo, políticamente, un archipiélago. Desde el punto de vista demográfico, la mayoría abrumadora de indios complica y agrava el problema de la unidad de medios y de objetivos. El indio permanece, todavía, al margen de la comunidad nacional. Mera bestia de trabajo, vive recluso en sí propio, sin que los esfuerzos por incorporarlo a la vida política y cultural hayan rendido el fruto apetecido. Bajo las Constituciones democráticas de las repúblicas hispanoamericanas millones de indios han sido, y son, vilmente explotados. El latifundio impera en todas partes. Enormes y ricas zonas continúan vírgenes. Faltan caminos,

ferrocarriles, represas, tractores, escuelas, buques, aviones. Las materias primas fundamentales —petróleo, azúcar, café, cacao— están, en su mayoría, en manos del capital extranjero. El analfabetismo y la insalubridad cunden por doquiera. Vida y hacienda suelen depender de generales y caciques. La desorganización administrativa, el peculado, el soborno y la licencia hacen su agosto en las repúblicas más vigorosamente asentadas. En el orden material y cultural, se ha progresado mucho en lo que va del siglo. Visto el proceso en perspectiva de conjunto, hay que convenir, sin embargo, en que la estructura económica, social y administrativa de los pueblos hispanoamericanos está urgida de una sustantiva transformación. Esa transformación debe ir conjugada con el respeto a las libertades públicas y con una política internacional de militante repudio a todos los regímenes atentatorios a la dignidad humana. Si la conferencia que hoy se inicia quiere contribuir, eficazmente, al renacimiento de la fe colectiva en la democracia americana, debe insistir en que sólo mediante elecciones limpias, honestidad administrativa, libertades públicas, bienestar económico, justicia social, difusión de las luces y consolidación de la soberanía podrán salvarse las instituciones representativas en este hemisferio.

La oportunidad es única para dotar de contenido y proyección histórica a la lucha contra las dictaduras americanas. No se trata sólo de condenar, enérgicamente, las transgresiones a los derechos humanos que están cometiendo Perón, Trujillo, Somoza, Odría, Ospina Pérez y los triunviros de Caracas. Es necesario, además, arbitrar los medios posibles y prácticos para lograr que la solidaridad de los regímenes democráticos, con los pueblos uncidos a la coyunda militarista, se exprese en forma positiva y dinámica. En este sentido, la situación actual es mucho más favorable que antaño. Ahora existen y actúan las Naciones Unidas, la Oficina Internacional del Trabajo y la Organización de Estados Americanos. Están en vigor los instrumentos jurídicos adoptados por diversas conferencias convocadas por la ONU. Los Estados americanos han adquirido el compromiso de garantizarle libertad y justicia a los pueblos, al suscribir la Carta de los Derechos Humanos en la ONU a la Carta de los Derechos y Deberes del Hombre en la IX Conferencia Interamericana de Bogotá.⁶ La reu-

nión examinará, sin duda, las vías más adecuadas para conseguir que la acción colectiva de la ONU se haga sentir en América; y para que la OEA, que en cumplimiento del pacto de Río de Janeiro ha estado impidiendo que desavenencias entre varios gobiernos devengan conflictos bélicos, actúe, en pareja medida, ajustándose a normas también vigentes del derecho público interamericano, a fin de lograr que, en todos los países incorporados a esa organización, existan libertad de prensa, libertad de reunión, libertad sindical, derecho de asilo y garantías a todos los grupos políticos para concurrir a comicios honrados; y recabe, virilmente, el cese de la persecución, el encarcelamiento y el destierro —cuando no la tortura o el asesinato— de ciudadanos sin que se les haya sometido a juicio previo por los tribunales ordinarios.

La Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad habrá de condenar, seguramente, la guerra como instrumento de política nacional e internacional. No puede ser de otro modo, dados su posición y su ideario. La paz es la aspiración suprema del hombre que siente la libertad como imperativo de conciencia. Pero no cumpliría cabalmente sus deberes si olvidara, en sus debates, que el problema de la seguridad continental está a la orden del día. Y tendrá que dar cumplida respuesta a esta interrogante: ¿están capacitados, realmente, para repeler a una agresión extranjera, los pueblos hispanoamericanos en los cuales existe un abismo insalvable entre minorías opresoras y mayorías oprimidas por un régimen de estructura oligárquica y de carácter policíaco? Y, junto con la anterior interrogante, esta otra: ¿se contribuye a acrecer, o a debilitar, la capacidad de resistencia del continente cuando se aumenta el potencial bélico de los dictadores, quienes utilizan esas armas para afianzar en el interior de cada nación su omnimoda férula?

El papel que desempeñarán los dirigentes de las fuerzas obreras es de primera línea. Nadie, como ellos, podrá aportar las fórmulas de mejoramiento social más apremiantes y efectivas para fortalecer el régimen democrático. Ni nadie, más autorizado que ellos, para ofrecer un acabado resumen de las violaciones de las libertades sindicales realizadas por las dictaduras y proponer los medios de preservar el ejercicio de esas libertades.

debió decir: «(...) al adscribir la Carta de los Derechos Humanos en la ONU a la Carta de los Derechos y Deberes del Hombre en la IX Conferencia Interamericana de Bogotá». (N. del E.)

⁶ Esta idea tal cual está escrita, incluso en la fuente originaria, resulta incomprensible. Después de consultar a Raúl Roa Kouri, creemos que tal vez

No podrá tampoco dejar de controvertirse el problema de la industrialización de nuestra América. Aumentar la potencialidad económica de nuestros pueblos, es uno de los medios más efectivos de robustecer y consolidar el régimen democrático y de poner a raya a los imperialistas de todo signo y de toda laya. La forma, en que los países más desarrollados pueden contribuir a este aumento de nuestro potencial económico, deberá considerarse, a la luz de esta interrogante: ¿podrían situarse, en un pie de igualdad, en cuanto a esta ayuda, los gobiernos representativos y respetuosos de las libertades públicas y los que han nacido de la usurpación de la voluntad popular y niegan a sus gobernados el disfrute de los derechos esenciales del hombre y del ciudadano?

Ni podrá soslayarse la batallona cuestión del reconocimiento de los gobiernos de facto. Sobre esta materia no existen pautas dentro del derecho público interamericano, ni unanimidad de criterio en las cancillerías. No se repetirá nunca bastante, que la llamada Resolución XXXV de la Conferencia de Bogotá no resolvió este problema. La propia Resolución remitió su estudio a la Comisión de Jurisconsultos de Río de Janeiro. La disparidad de puntos de vista de las cancillerías se manifiesta, claramente, en el hecho de que varios gobiernos se han negado a mantener relaciones diplomáticas normales con regímenes de facto, surgidos del asalto alevoso de *cliques* militares contra gobiernos dimanados del libre ejercicio del sufragio en comicios irreprochables. Ninguna referencia más ilustrativa, a este respecto, que la de Venezuela. Resulta obvio subrayar la utilidad que reportaría un pronunciamiento de la conferencia sobre esta cuestión. Pudiera servir de base a un cambio de perspectiva en la actitud asumida, por otros gobiernos democráticos, con las dictaduras americanas.

Ni que decir tiene que los hombres que se han juntado en La Habana para iniciar una cruzada en defensa de la libertad y de la democracia, están absolutamente convencidos de que la emancipación de los pueblos subyugados será obra de los pueblos mismos. En todos los países oprimidos y saqueados por el neofascismo militarista, se desarrollan vastos y potentes movimientos de resistencia, que desafían todos los rigores y todos los peligros. Los acuerdos y pronunciamientos de esta conferencia esti-

mularán aún más a los que —héroes y mártires de una gesta civil que dejará huella indeleble en la historia— prefieren morir de pie a vivir de rodillas.

En los instantes mismos en que la Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad comienza sus labores, en Venezuela arde la protesta popular contra la Junta de los tenientes coroneles traidores. Las cárceles están cuajadas de presos políticos. El terror se ha intensificado, a medida que la resistencia ha crecido. Numerosos periódicos han sido clausurados y sus directores detenidos. Centenares de estudiantes yacen sepultados en inmundas mazmorras. Se allanan y saquean las casas de los opositores al gobierno sin miramientos de ningún linaje. Prolifera el descontento en las fuerzas armadas. Luis Augusto Dubuc, secretario del partido Acción Democrática, ha sido aprehendido y absolutamente incomunicado. Juan Lizcano, combatiente de vanguardia en la era gomecista y una de las más brillantes figuras de la inteligencia venezolana, fino poeta y director del Instituto de Investigaciones Folklóricas, está siendo objeto de los más rudos castigos en la cárcel de Caracas. La huelga que ha paralizado la industria petrolera de Venezuela, dirigida por el partido Acción Democrática, es nuncio inequívoco de que los días del triunvirato están contados. No tardarán Carlos Delgado Chalbaud, Luis Felipe Llovera Páez y Marcos Pérez Jiménez en balancearse, como vulgares piratas, de los árboles «olorosos y altos» de la plaza Bolívar.

Si la democracia necesita de ambas Américas para superar la honda crisis que atraviesa, es imprescindible que la política de buena vecindad sea efectivamente restaurada. Después de la muerte de Franklin Delano Roosevelt, en muchas ocasiones los «buenos hemos sido nosotros y los vecinos ellos». ¡Ojalá que esta conferencia coopere decisivamente a que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, deje de ser el gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo! ¡Y ojalá que contribuya a que vivan en un pie de igualdad, en paz y en armonía, la América de Juárez y la América de Lincoln!

Fechado por Roa: 14 de mayo de 1950. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 306-313.

Diálogo con Víctor Raúl Haya de la Torre

Víctor Raúl Haya de la Torre, virtualmente secuestrado durante cinco años, tres meses y cuatro días, es otra vez hombre libre. Se hospeda en un pequeño apartamento de la calle Varsovia, cerca del Paseo de la Reforma, a unos pasos de la Columna de la Independencia. Cuando me franquea la puerta su anfitrión y entrañable amigo Manuel Vázquez Díaz, la salita parece un *set* cinematográfico. Un enjambre de camarógrafos se disputan el inquieto objetivo. Haya de la Torre va y viene por la habitación, saluda a los recién llegados, discute con un redactor de *Life*, lee párrafos de un libro, sorbe un jugo de tomate y pide una estilográfica. De pronto, se tropieza conmigo y a poco me estruja los huesos al estrecharme en sus brazos.

—Excúseme un minuto.

Y dicho esto, después de saludar a Armando Hernández, quien fue uno de los fundadores del Partido Aprista en Cuba, y me acompaña, da media vuelta, agarra un micrófono y graba un mensaje.

Se tenía por seguro que, al ser liberado, Haya de la Torre iría a radicarse en Montevideo. De ahí que a todo el mundo le tomara por sorpresa el comunicado de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, anunciando que le concedía asilo político a instancia del gobierno peruano. La sorpresa fue, aún mayor, cuando se supo que venía en calidad de expulsado.

No obstante conocerse muy tardíamente la hora de su llegada, centenares de personas acudieron al aeropuerto a recibirlo y vitorearlo. El núcleo más significativo lo constituían los exilados peruanos, nicaragüenses, dominicanos, argentinos, venezolanos y cubanos. Menudearon, como era de rigor, los vivas y abajos, y difícil fue rescatar a Haya de la Torre de aquella muchedumbre enfebrecida. Apenas yo pude concertar la cita para esta entrevista especial que le hago por encargo de *El Mundo*.

Henos ya aquí solos y a libre plática.

—Ante todo —me dice— quiero expresarle mi gratitud al diario *El Mundo* por su continuado interés en mi caso y por la oportunidad que ahora me brinda de hablarle al pueblo cubano. En cuanto a usted, somos viejos conocidos, sé cómo piensa, encaramos el mismo destino y estoy a sus órdenes.

—¿No le parece lo más propio empezar por el principio? Creo que sería muy interesante que dijera algo sobre estos cinco años de forzado encierro en la embajada de Colombia.

Se reconcentra unos segundos, como para fijar sus recuerdos, y de súbito abre la espita de su caudalosa verba, en tanto sus manos arañan el aire y se le aguileña aún más el perfil.

—No voy a referirme a hechos de sobra conocidos en toda América. Aludo, claro está, al golpe de Estado de Odría y a la subsiguiente maquinación de que fui víctima. El 3 de enero de 1949 me vi obligado a refugiarme en la embajada de Colombia para salvar la vida. Inmediatamente, el suntuoso palacete fue rodeado por soldados y policías y se estableció un verdadero asedio. El embajador de Colombia, don Carlos Echeverri Cortés, me declaró su huésped de honor. Siempre me sentó a su mesa y me hizo sentirme como en casa propia. Yo invertía la mayor parte del tiempo leyendo y escribiendo. Pero hubo instantes de tremenda tensión. Una vez estuvimos a punto de ser asaltados. El acoso llegó a inauditos extremos. Los vecinos fueron arbitrariamente desalojados de sus casas y el cordón de tropas se extendió a varias manzanas. Carros patrulleros y motociclistas vigilaban las inmediaciones. Se cavaron trincheras y se emplazaron ametralladoras en las azoteas. Durante la noche, potentes reflectores perforaban los cristales y ventanas del edificio. Y no se perdía pie ni pisada a los funcionarios y empleados de la embajada.

Mientras le oía, yo evocaba, a grandes trazos, la vida sin tregua del ya veterano combatiente. Desfilaron, por mi memoria, sus mozas rebeldías, sus prisiones y destierros, sus ardorosas polémicas, sus andanzas revolucionarias y sus batallas políticas. Treinta años en pie. Admirable ejemplo, sin duda, de vocación a un destino.

Ahora se yergue y recorre la habitación a zancajadas.

—Mire usted, Roa. Eso hay que precisarlo bien. Es cierto que debo mi liberación a dos sentencias del Tribunal de Justicia Internacional, a las gestiones del gobierno colombiano y al convenio suscrito recientemente en Caracas por los ministros de Relaciones Exteriores de Colombia y de Perú. Pero, no es menos cierto que nada se hubiera obtenido sin la presión y el concurso de la opinión pública. Mi libertad es un triunfo legítimo de la conciencia hispanoamericana.

—¿Y su expulsión a contrapelo de lo convenido?

—Es la prueba más inequívoca de la derrota de Odría. No sólo me impide ir a Uruguay y me expulsa a México; además, se reserva el «derecho» de pedir mi extradición y prácticamente me inmoviliza. Vea esta anotación de mi pasaporte.

Leo, copio y subrayo: «El presente pasaporte ordinario se expide a Víctor Raúl Haya de la Torre para viajar a México, únicamente, en cumplimiento del Decreto Supremo No. 2679 de seis del presente que ordena su expulsión del país».

Y, a seguidas, una pregunta a fondo:

—¿Cree usted que el Partido Aprista Peruano está en condiciones de medirse ventajosamente con Odría?

La respuesta es concisa y también a fondo:

—Estoy absolutamente seguro. El Partido Aprista es hoy la más poderosa, disciplinada y combativa fuerza política de mi país. Tiene una tradición, un martirologio y una fe. Ha llegado a la madurez con los arrestos de su juventud. El futuro del Perú le pertenece por entero.

Nuevos tópicos, cada vez más riscosos, sirven de base a nuevas preguntas.

—Nadie puede poner en duda sus radicales discrepancias con el movimiento comunista. ¿Comparte usted el criterio de los que sostienen que el gobierno de Guatemala es una punta de lanza de la Unión Soviética?

Una estruendosa carcajada anticipa su contestación.

—¡Tonteras, puras tonteras! No niego que haya comunistas en Guatemala, como los hay en todas partes y especialmente en los países de bajo nivel de vida. Pero, de ahí a que el gobierno de Arbenz sea una cabeza de playa del comunismo internacional, media un abismo.

Afianzar la soberanía nacional, distribuir más equitativamente la riqueza y poner a raya la explotación de las empresas extranjeras, es lo que está haciendo el gobierno guatemalteco. El truco es demasiado conocido y ningún gobierno nacionalista ha dejado de sufrir sus consecuencias. ¿No se tildó de comunista al general Lázaro Cárdenas al expropiar la industria petrolera, y no se tilda de tal a Víctor Paz Estensoro por haber nacionalizado el estaño? ¡Bah, tonteras, puras tonteras! El canciller Guillermo Toriello, por lo demás, puso los puntos sobre las íes en Caracas. De acusada, Guatemala concluyó en acusadora.

—A propósito de la Conferencia Interamericana de Caracas, ¿qué opina usted de la actitud adoptada por México?

—Si algún país ha mantenido en los últimos años una política de principios en las relaciones internacionales, es éste que hoy me acoge generosamente. Su actitud en Caracas lo evidencia una vez más. Desde luego, la conferencia, en sí misma, fue a mi jui-

cio, un fracaso. Los problemas fundamentales que afrontamos —ejercicio efectivo del sufragio, respeto a los derechos humanos, concentración de la riqueza, dependencia económica, atraso social y cultural— quedan en pie. Lo único positivo fue la consolidación del derecho de asilo y la repulsa de toda intervención extranjera en nuestros asuntos internos. Uruguay, México, Guatemala, Bolivia y Chile se batieron en la vanguardia.

Hace una pausa y añade, como para redondear su pensamiento:

—Soy antiimperialista sin fisuras ni quiebras; pero jamás he creído que todos nuestros males provengan de fuera. Muchos de ellos provienen de dentro. Es infantil achacarle al prójimo nuestras culpas. Los que entregan nuestras riquezas al extranjero son tan responsables como los que se apoderan de ellas en beneficio propio. La historia es un juego de fuerzas intercurrentes.

—De acuerdo. Mas, ¿no piensa usted que nuestra América carece de opción en el llamado conflicto entre Oriente y Occidente?

—Eso es absolutamente falso. Ya lo creo que tiene opción, y a un destino propio. Pero, déjeme precisarle antes algunos puntos de vista en relación con lo que le estaba diciendo. No podemos seguir balcanizados y a remolque de los acontecimientos. El siglo XIX fue el siglo de los Estados nacionales. Hoy vivimos en un mundo de interferencias dinámicas y en marcha hacia un Estado supranacional. Esta época es la época de los continentes. Parodiando a Rubén Darío, los Estados Unidos son potentes y grandes por constituir un continente. Rusia es grande y potente por ser un continente. Tenemos que recuperar a toda velocidad el tiempo perdido. El problema de nuestra América no es sustituir un militar por otro, ni una oligarquía por otra. Nuestro problema es sentar las bases de una vasta y dinámica confederación política, de continentalizarnos histórica y culturalmente. Sin la efectiva unidad de nuestros pueblos no puede haber democracia ni justicia social. Reclamo para el APRA la prioridad de haberlo señalado. Más todavía: el APRA es el único partido político del continente que siempre ha mantenido una perspectiva americana. Simplemente hemos cumplido con un mandato de José Martí.

Y, como yo intentara atraerlo al tema inicialmente planteado, me ataja sonriente:

—Ahí voy. Hay, en efecto, un formidable conflicto de poderes entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Pero hay, asimismo, una tercera posición...

—¿Cómo?! ¿Es usted peronista?

—La tercera posición a que me refiero nada tiene que ver con el dictador argentino. Su «doctrina» de la unidad continental es una añagaza demagógica y conduce al vasallaje. La tercera posición que propugno descansa en una nueva teoría del espacio-tiempo histórico. Se la resumiré, aun a trueque de parecerle simplista, en llanas palabras: Rusia ofrece pan sin libertad; la democracia capitalista, libertad sin pan; y la nueva democracia, pan con libertad. O sea: democracia con justicia social. Esa es la tercera posición. Y en cuanto a nuestras relaciones con los Estados Unidos, entiendo que deben basarse en una genuina cooperación económica y en el mutuo respeto. Justamente estoy escribiendo un libro sobre el tema. Considero inaplazable, además, contribuir a despejar la tremenda confusión imperante hoy en ese país. Su principal promotor es, sin duda, el senador McCarthy. Si no se le para a tiempo, las consecuencias pueden ser catastróficas para todos. McCarthy es un epígono yanqui del fascismo.

Y, a manera de resumen, en tono sentencioso:

—El día en que los Estados Unidos se transformen en un régimen policiaco no se diferenciará políticamente en nada de la Unión Soviética. No cabe abogar por la democracia, suprimiéndola. Es un monstruoso contrasentido defender la libertad con una retaguardia de dictaduras. Ya también existe una cortina de hierro en América. Muy pocos pueblos gozan hoy de libertades civiles y políticas en este hemisferio.

Pero la charla se ha prolongado en demasía y es hora de cortarla. El «asilado silencioso» ha hablado hasta por los codos y ya en su rostro asoma la fatiga. Hace cuarenta y ocho horas que está en vela y bajo el embate de fuertes y encontradas emociones.

Dos últimas preguntas antes de despedirnos. Una, relativa a sus recuerdos de Cuba; referente, la otra, a sus proyectos inmediatos.

—Mis recuerdos de Cuba los llevo prendidos en el corazón. De paso para México, ya desterrado, viví allí días inolvidables. Fui objeto de cálidos agasajos y honrosas distinciones. Entonces conocí a Julio Antonio Mella y anudamos una honda amistad. Fui designado, a propuesta suya, presidente de honor de la Federación Estudiantil de la Universidad de la Habana. Después, usted lo sabe, nuestras rutas se bifurcaron y tuvimos enconada controversia. Hoy me inclino conmovido ante el recuerdo del gran líder asesinado...

Ya de pie:

—Pienso quedarme, por el momento, en México. Traigo dos libros terminados y dos en elaboración. Varios más me bullen en la mente. Yo nací para trabajar y luchar. Mi mayor ilusión es morir en plena juventud de espíritu.

Pide papel y redacta un breve y elocuente saludo que trasmite por conducto de este periódico al pueblo de cubano.

—Gracias, Víctor Raúl.

—Gracias a usted y al diario *El Mundo*. Vuelva pronto.

Era ya casi mediodía cuando Armando Hernández y yo enfilamos hacia el Paseo de la Reforma. El sol centelleaba en la fronda y el cielo parecía de cristal. De la Columna de la Independencia brotaba un surtidor de llamas y como rayos de oro despedía la lanza de Cuauhtémoc.

Sin fecha. [Haya de la Torre pudo exiliarse en México en 1954. Esta entrevista Roa se la realizó recién llegado.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 243-248.

Teoría y práctica de la democracia

El canto de gallo de la democracia

1. *El Siglo de las Luces y de las revoluciones*

Si la revolución industrial condiciona la estructura económica y la índole de las relaciones sociales del capitalismo moderno, la Revolución francesa, coetánea y complemento suyo, vigoriza y afianza las formas políticas, jurídicas y culturales del predominio de la burguesía como clase, desarrollando hasta sus últimas consecuencias el proceso que inician el Renacimiento, el Estado nacional, los grandes descubrimientos geográficos, el mercantilismo, la reforma religiosa y las revoluciones inglesas del siglo XVII. Este descomunal acaecimiento, que derriba la sociedad absolutista sustituyéndola por una relación de poder fundada teóricamente en los derechos del hombre y del ciudadano y en la soberanía popular, es el canto de gallo de la democracia, del régimen constitucional y del sistema parlamentario, que generalizándose durante el siglo XIX por las principales naciones de Europa y América, configura y rige el destino ulterior de la modernidad hasta nuestros días, en que los desniveles y contrastes originados por la concentración de la riqueza y la creciente supeditación del poder público a la alta finanza y a las grandes corporaciones han puesto en cuestión las bases mismas de existencia de la sociedad capitalista. Nada de esto, sin embargo, menoscaba ni enturbia el trascendental significado de la Revolución francesa en la historia de la evolución política, social y espiritual del mundo. Su enorme contribución al proceso de emancipación de la conciencia humana y al progreso general de la sociedad sólo puede valorarse efectivamente adoptando como punto de partida este hecho; no en balde la Revolución francesa ha pasado a la poste-

ridad con el apelativo de grande, y el siglo XVIII, con el sobrenombre de Siglo de las Luces.

Podría rotularse también: «el siglo de las revoluciones». La ingente transformación histórica de 1789 fue precedida, allende el Atlántico, por el alzamiento revolucionario de las trece colonias inglesas, que obtienen al cabo de épica brega su independencia nacional y sientan los fundamentos de una organización social análoga a la que establecería la Revolución francesa. La conexión entre uno y otro proceso es más profunda de lo que puede suponerse. Ambos forman parte de la misma constelación histórico-social y representan el ascenso de la burguesía al primer plano de la vida histórica. Eso explica la sustantiva unidad de principios que muestran en sus documentados capitales, el influjo de la teoría política y social inglesa en las concepciones norteamericanas y la indeleble impronta que deja en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* el *Bill of Rights* del estado de Virginia. Según George Jellinek, la génesis y la forma de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* hay que buscarlas en los *Bills of Rights* de los estados de la Unión norteamericana y no en *El contrato social* de Juan Jacobo Rousseau. «La influencia de la Revolución norteamericana en la francesa —afirma— es notoria; ambos sucesos son, ciertamente, momentos de una misma evolución política».

Ningún pueblo ha alardeado tanto del impulso ideal que modeló sus orígenes como el norteamericano. Ningún pueblo, sin embargo, «surgió jamás tan claramente de un directo y consciente impulso material». Los peregrinos del Mayflower pudieron imaginar, por constituir un grupo religiosa y socialmente discrepante con su circunstancia, que venían a edificar en la América del Norte la *civitas terra* puritana. No deja lugar a dudas en este sentido el pacto solemnemente suscrito, entreviéndose ya la costurizada de espuma del nuevo y suspirado albergue: «Nosotros, los abajo firmantes, habiendo emprendido, para gloria de Dios y avance de la fe cristiana y honor de nuestro rey y país, un viaje para establecer la primera colonia en la parte norte de Virginia, en presencia de Dios pactamos y combinamos por el presente, mutua y solemnemente, nuestras personas en un cuerpo político civil, para nuestra ordenación y conservación y consecución de los fines antedichos y en virtud de ello, para elaborar, constituir y construir aquellas justas e iguales leyes, ordenanzas, actas,

Constituciones y cargos que en el curso del tiempo se consideren más adecuadas y convenientes para el bien general de la colonia, a las cuales prometemos todos la debida sumisión y obediencia». Desde esta perspectiva teocrática se organizó la comunidad de Nueva Inglaterra. La historia demuestra palmariamente que la causa determinante de aquella emigración, afanosa de una sociedad limpia de impurezas y limitaciones, era el resultado directo de la transformación agrícola e industrial acontecida en Inglaterra en los siglos XVI y XVII.

La comunidad puritana, fundada por los peregrinos del Mayflower, traía ya consigo la dualidad de desarrollo que habría de caracterizar la historia de las trece colonias inglesas: la gran propiedad rural que se expande hacia el sur y la estructura capitalista, liberal y democrática que se establece y propaga hacia el norte y el este con un propósito consciente de poder político, libertad religiosa y creación de riqueza. «El *seeker* carolino y el teócrata jacobita —escribe Vernon Louis Parrington en su libro *Main Currents in American Thought*—, el demócrata y el calvinista coloniales, el republicano fisiócrata y el financiero defensor del capitalismo representan en forma concreta las diversas tendencias primitivas norteamericanas; y alrededor de estos centros mayores vendrían a formarse grupos menores en la gran lucha de aquellos primeros años, que con el tiempo condujo al desconocimiento de las doctrinas monárquicas y aristocráticas y a la ejecución atrevida de un experimento político de alcance continental». La proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano el 12 de junio de 1776 por el pueblo de Virginia fue un acto de universal trascendencia. La Constitución promulgada en marzo de 1786 es un documento imperecedero en la historia política de la humanidad. «Esta Constitución —afirma Bryce— supera a cualquiera otra Constitución escrita debido a la excelencia intrínseca de su plan, a su adaptación a las circunstancias del pueblo, a la sencillez, concisión y precisión de su lenguaje y a la formación juiciosa como fija los principios con claridad y firmeza, en tanto que a la vez permite elasticidad en los puntos de detalle». Pero el ritmo que presidió la compleja organización y el prodigioso desarrollo de Estados Unidos fue fundamentalmente económico. Basta asomarse a los debates de *El Federalista* en torno a la Constitución para percibir la preponderancia de las consideraciones económicas en el pensamiento realista y pragmático de Hamilton, Madison y

Jay, partidarios fervientes del capitalismo industrial y de un poder federal fuerte y decidido. La corriente liberal de raíz fisiocrática tuvo en Thomas Jefferson su más autorizado vocero.

Harto visible es la influencia de Montesquieu, Locke y Paine en el pensamiento político y social norteamericano para que necesite ser subrayada. Jefferson es el más brillante expositor de la teoría del contrato social y del derecho de resistencia a la tiranía. No ofrecen originalidad alguna sus ideas. «Su mérito estaba —dice Raymond G. Gettell— en adaptar las concepciones de Sydney y de Locke a las condiciones de América». Sus puntos de vista fundamentales —igualdad humana, gobierno por consentimiento, predominio de la agricultura— contribuyeron, en pareja medida, a la formación de la conciencia democrática, a la independencia de la metrópoli y al fortalecimiento de los intereses señoriales del sur. William A. Dunning ha fijado magistralmente la postura de Jefferson en su obra *A History of Political Theories*. Alexander Hamilton, la mentalidad más aguda y vigorosa de la época, era partidario de la centralización administrativa, del libre juego de los intereses capitalistas y del fomento dirigido de la navegación y del comercio. Sus artículos de *El Federalista* demuestran su amplio y cernido saber en materia política, administrativa, fiscal y financiera y su fina intelección del curso y sesgo del proceso capitalista en Estados Unidos. James Madison formuló una doctrina de la sociedad según la cual el origen de las pugnas facciosas se debe a los diversos intereses y sentimientos que separan a ricos y a pobres, a deudores y acreedores, a manufactureros y a comerciantes, a jornaleros y a empresarios.

No escapó tampoco a la buida pupila de Madison, como observa Juan Clemente Zamora en su libro *El proceso histórico*, la supuesta eficiencia de la democracia para evitar los efectos de la desigualdad económica. Las discrepancias y distinciones provocadas por la diversidad de opiniones, propiedades y pasiones, no pueden desaparecer por decreto. Mucho más rotundo y diáfano resultaría posteriormente Daniel Webster al examinar la influencia ejercida por la riqueza en la determinación de las formas políticas. «Me parece evidente —afirma— que, excepto cuando interviene la fuerza militar, el poder político, natural y necesariamente, pasa a manos de quienes tienen la propiedad. En mi opinión, una forma republicana de gobierno descansa, tanto o más que en la Constitución política, en las leyes que regulan la

transmisión de la propiedad». «El más libre de los gobiernos —dirá más tarde— no sería tolerable durante mucho tiempo si la tendencia de sus leyes fuera crear rápidamente una acumulación de riquezas en pocas manos, haciendo a la gran masa de la población miserable y dependiente. En tales casos, el poder del pueblo tiene que destruir los derechos de la propiedad, si no quiere que la influencia de la propiedad limite y controle el ejercicio de la autoridad popular». Webster desentrañó meridianamente el origen económico de las instituciones políticas norteamericanas. «Nuestros antecesores de Nueva Inglaterra —escribe— no trajeron de Europa grandes capitales; pero si los hubieran traído, en nada hubieran podido invertirlos. Llegaron a un país nuevo en el que no había aún ni tierras arrendadas, ni arrendatarios que prestaran servicios. Los conquistadores se hallaban todos en un nivel económico semejante. Su situación requería la división y el reparto equitativo de las tierras, y puede asegurarse que este acto necesario determinó el carácter del gobierno que establecieron. El tipo de sus instituciones políticas quedó determinado por las leyes fundamentales que regían la propiedad». Pero nadie ha esclarecido tan agudamente los factores económicos condicionantes de la historia social de Estados Unidos como Charles A. Beard. Las dos interpretaciones clásicas de las instituciones políticas de Estados Unidos siguen siendo *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville, y *The American Commonwealth*, de James Bryce. Y habrá siempre que acudir a *El Federalista* si se trata de aprehender el sentido de la teoría política y social norteamericana en los días tumultuosos y promisorios en que el gallo de la democracia saludaba el alba de una nueva vida y de una nueva esperanza.

El Siglo de las Luces y de las revoluciones, que removió la conciencia universal con las concepciones de Montesquieu, Vico, Voltaire, Jefferson, Diderot, Quesnay, Hamilton, Condorcet, Madison, D'Alambert, Smith y Rousseau, aportó también con Washington, Mirabeau, Danton, Marat, Saint-Just, Robespierre, Babeuf y Napoleón, valores imperecederos a la historia política, social y militar de la humanidad. Rivalizan unos y otros en estatua humana y en estilo de vida. Unos y otros atestiguan que el Siglo de las Luces y de las revoluciones fue el más fecundo criadero de titanes del pensamiento y de la acción que recuerdan los tiempos. Sus hazañas fueron dignas de Prometeo.

II. Significación del reinado de Luis XV en el proceso de la decadencia del antiguo régimen

La Revolución francesa constituye, desde el punto de vista sociológico, el tipo clásico de las revoluciones. Se puede precisar su curso nítidamente desde sus orígenes hasta su violento desenlace. Mucho antes de que la gigantesca conflagración ilumine el cielo de Francia y reduzca a pavesas el antiguo régimen, síntomas visibles acusan su gestación en el ámbito de las ideas. Manifestaciones objetivas delatan el deterioro irremediable de los tejidos vitales de la sociedad absolutista. Aún están lejos las barricadas y los *sans culottes*; pero ya la fermentación popular y el estado de los espíritus preludian el parto. «Una generación antes —escribe Harold J. Laski— se predijo su advenimiento. La gente percibía que estaba viviendo tiempos peligrosos; mas los preparativos de la explosión final fueron graduales y acumulativos».

El drama de la decadencia del antiguo régimen tiene en Luis XIV, Luis XV y Luis XVI sus protagonistas más descollantes. «Nada puede acaso indicar mejor el abismo que se había abierto entre el monarca y los súbditos —observa sagazmente Kohn Bramstedt— como la forma en que el populacho parisién reaccionó ante su muerte respectiva». La de Luis XIV fue coreada, no obstante el soleado refulgir de su reinado, por un trompeteo ensordecedor de maldiciones. La de Luis XV fue recibida por el público con el escarnio y la befa de la caza y del amor, sus dos distracciones favoritas. La de Luis XVI fue saludada, al subir al cadalso en 1793, con el grito exultante de una democracia recién nacida: *¡Vive la Nation!* «Luis XVI —afirmó Kohn Bramstedt— ya no era la personificación, sino meramente la sombra de una institución gastada, que había perecido por la ceguera de sus defensores y la indolencia de las clases elevadas».

Fue, sin duda, el reinado de Luis XV el que tuvo una importancia decisiva en la formación de la conciencia del Tercer Estado y en el desarrollo del espíritu enciclopedista. No obstante la severa crítica de que fue objeto por Vauban y Boisguillebert, La Bruyère y Saint-Simon, Claude y Bayle, Boulanvilliers y Fenelon, la institución real mantuvo su esplendor y el respeto popular en la época de Luis XIV. Ciertamente es que en este había alcanzado el absolutismo la más alta concentración de poder personal de que tiene data la historia. ¿No tuvo la osadía de proclamar que el Estado era él?

Cierto también que su reinado fue la palanca impulsora del renacimiento intelectual de Francia y del apogeo de su crédito exterior. Voltaire no vacilaría en comparar la época de Luis XIV con las épocas de Pericles, de Augusto y de los Médicis.

El reinado de Luis XV se caracterizó por el descrédito internacional de Francia y el saqueo sistemático del tesoro en beneficio de la Corona y de la nobleza. La desproporción entre la pujanza económica de la burguesía y su impotencia política se hizo evidente incluso a las clases privilegiadas. El poder absoluto se agrietó profundamente y la dignidad del trono sufrió un radical quebranto. La autoridad del régimen se mantuvo mediante la intimidación, el soborno y la licencia. Luis XV no tenía otra preocupación que sus caballos, sus lebreles y sus amantes. Madame Pompadour llegaría a regir, durante algún tiempo, los destinos de Francia. Como gráficamente se ha dicho, el rey «no fue ya el amo, sino el servidor de las clases ociosas».

Ni que decir tiene que semejante situación sólo podía darse en un estado social cuyos mecanismos centrales se hubieran roto y en trance de desmoronarse sus bases mismas de sustentación. De otro modo, no hubiera pesado decisivamente, en el catastrófico derrumbamiento del antiguo régimen, la mera estupidez, corrupción y frivolidad personales de Luis XV y de Madame Pompadour. No son la causa de la decadencia y ruina del absolutismo. Ambos son el efecto de esa decadencia y de esa ruina. Nada lo demuestra más rotundamente que la cínica predicción de Luis XV: «*Après nous, le déluge*».⁷

III. Estructura y carácter de la sociedad absolutista

Un rápido análisis de la estructura política y administrativa de la sociedad absolutista y de la posición de las distintas clases que la componían nos permitirá precisar los factores determinantes de esa decadencia. La sociedad absolutista se asentaba en una burocracia centralizada, que asume el efectivo control de la vida pública de Francia a partir de 1614, fecha en que dejaron de convocarse los Estados Generales. Alexis de Tocqueville ha caracterizado admirablemente esta burocracia corrompida y omnímoda en su clásico libro *L'Ancien Régime*. Los propios parlamentos,

⁷ «Después de nosotros, el diluvio». (N. del E.)

cuerpos representativos de las clases privilegiadas, estaban unidos a la voluntad del *Conseil Royal*, efectivo regente del poder. El *Conseil Royal*, integrado por cuarenta miembros escogidos en su mayoría entre los ministros de Estado y los favoritos de la corte, tenía amplias facultades y controlaba el régimen fiscal. Su figura principal era el *Contrôleur Général des Finances*, que reunía en sus manos las atribuciones de ministro de Comercio, Agricultura y Orden Público. Funcionarios capaces y honestos habían desempeñado este cargo en épocas anteriores. Sirva de ejemplo Colbert. En el período inmediato a la Revolución, fue designado para ocuparlo Jacques Turgot, hombre de vigoroso carácter, extraordinario talento, amplia cultura y espíritu progresista. Sus famosos edictos abolviendo el sistema gremial y reformando el régimen tributario le ganaron la admiración de los enciclopedistas, la repulsa de la nobleza, la antipatía del Tercer Estado y la inmediata dimisión al perder el favor de la Corona. El *Conseil Royal* tenía jurisdicción, finalmente, sobre los *intendants* de las provincias, que eran, según John Law, «los verdaderos gobernantes de Francia».

En las vísperas de la Revolución, imperaba la confusión, el peculado y el desorden. La institución real de origen divino sirve ya sólo «para cubrir todas las arbitrariedades, todos los despilfarros y todos los abusos». Los ministros y los intendentes «son detestados en su mayoría y la centralización imperfecta que personifican, lejos de fortificar a la monarquía, hace que se ponga en contra de ella la opinión pública». Nadie ha descrito tan vívidamente el caos administrativo de Francia en esa época como Albert Mathiez. Ya las intendencias constituyen una rémora del progreso general de la nación. Ni siquiera pueden precisarse las fronteras provinciales ni las que separan a Francia de los pueblos limítrofes. Se ignora en dónde empieza y en dónde acaba la autoridad territorial del rey. El Sacro Imperio Romano Germánico sobrevive en algunos municipios. Hay regiones que «pagan tres veces, por vecino cabeza de familia, a sus tres señores feudales: el rey de Francia, el emperador de Alemania y el príncipe de Condé». La Provenza, el Delfinado, la Bretaña y la Alsacia «invocan las viejas capitulaciones en méritos a las cuales se habían unido a Francia y consideran, ufanándose de ello, que en sus territorios el rey no es otra cosa que el señor, el conde o el duque». El reino de Navarra se niega a designar su representación en los Estados Generales. Se mezclan y confunden

las viejas circunscripciones judiciales. Las diócesis eclesiásticas «se entrecruzan a través de las fronteras políticas». Resulta frecuente que sacerdotes franceses dependan de prelados alemanes y a la inversa. «Francia —afirmaba Mirabeau— es un agregado inconstituido de pueblos desvinculados».

La imagen que ofrece la estructura social de Francia en la segunda mitad del siglo XVIII es sobremanera compleja. No puede decirse todavía que ya estén maduras las condiciones objetivas de desarrollo de la forma capitalista de producción. Tampoco puede negarse que las fuerzas económicas en que se apoyaba el antiguo régimen estaban ya en franco proceso de agotamiento. Francia seguía siendo, en lo fundamental, una nación agrícola. La nobleza compartía con la Corona y la jerarquía eclesiástica el señorío sobre la tierra. La *plebe nobiliaria*, que como la denominara acertadamente Mathiez, integrada por los segundones que no habían podido ingresar en la milicia o en la Iglesia, «vegetaba ensombrecida en sus modestas y cuarteadas casas solariegas, detestaba a la alta nobleza poseedora de los empleos de la corte, despreciaba y envidiaba a la burguesía de las poblaciones que progresaba y se hacía rica en el ejercicio del comercio y de la industria, defendía con aspereza sus últimas inmunidades fiscales contra los ataques de los agentes del rey y se hacía más arrogante cuanto más pobre y menos poderosa». De los 26 000 000 de habitantes de Francia, sólo alrededor de 147 000 pertenecían a la alta nobleza. Esta reducida capa social, que poseía las tres cuartas partes del territorio nacional, absorbía la quinta parte del presupuesto del Estado, estaba exenta de impuestos, disponía a su antojo de los puestos de la corte, controlaba la oficialidad del ejército y disfrutaba de jugosos emolumentos y numerosas sinecuras.

La caza, el juego, la prostitución, la intriga y el agio constituían la trama fundamental de la vida de la corte. No es raro que los cortesanos más despiertos y ambiciosos se aburran de esa dorada molicie y aspiren a trocar el papel de figurones por el desempeño de funciones más útiles y dignas. Las ideas nuevas encuentran abono propicio en sus conciencias. A esa constelación de inconformes pertenecen La Fayette, Custine, Viomeril, Lameth y Dillon, que ofrendaron su brazo a la independencia de las trece colonias y se opusieron luego al antiguo régimen. A la hora que se precisaba ofrendarlo todo en la defensa del trono en peligro, la alta nobleza se presentaría desunida, vacilante, escéptica y me-

drosa. Ya se había extinguido en su espíritu la *vertu* que otrora le infundiera objeto y significado a las aristocracias en la historia.

La jerarquía eclesiástica era dueña de una cuarta parte de las tierras labrantías. Los cardenales, obispos y abades percibían una crecida renta anual de sus diócesis y bienes. En 1789 todos los obispos de Francia, sin excepción, eran nobles y vivían en la corte. Parece obvio añadir que entre la jerarquía eclesiástica y los humildes curas de misa y olla existía un profundo abismo. El clero constituía, sin embargo, como estamento, un grupo orgánico y solidario del régimen, compartiendo con la nobleza las responsabilidades y los frutos de la explotación del paisanaje. Los propietarios del suelo ejercían derechos feudales sobre los campesinos y las tierras que cultivaban en usufructo.

Los campesinos constituían la clase social más numerosa de la época y su situación era el índice más expresivo de la bancarrota del antiguo régimen. Según Arthur Young, cronista inglés que visitó Francia en los preludios de la Revolución, existían cuatro categorías de personas vinculadas al régimen de la tierra: los propietarios estrictamente feudales, los propietarios de pequeñas parcelas, los colonos con renta en metálico y los cultivadores que subarrendaban sus fondos en aparcería. Este último grupo era el más vasto. «En Flandes, en Alsacia, en las riberas de Gerona y en la Gran Bretaña —refiere Young— me he encontrado con habitantes que tenían bastante para vivir. En la baja Bretaña encuentra uno incluso gente rica; pero la mayor parte de los labriegos viven pobres y desdichados, debiendo atribuirse esto al reparto de las tierras, por pequeñas que sean, entre todos los hijos. Yo he visto, y no una vez sino muchas, repartos que llegan hasta el punto de entregar a una familia, como único modo de sustento, un árbol frutal y doscientos pies cuadrados de tierra».

El campesinado estaba sometido, como clase, a un férreo sistema de restricciones y cargas que le impedían un desarrollo económico independiente. La mayor parte de sus ingresos iba a engrosar las arcas de la nobleza y del alto clero. Solía habitar en chozas de barro. Su alimentación era escasa y deficiente. Trituraba la carne de res sólo en las grandes solemnidades. El azúcar le era prácticamente desconocido. Venía obligado a pagar anualmente a los dueños del suelo ciertas cantidades en dinero o en especie. Debía también pagar tributos si compraba alguna parcela de tierra o la transfería a sus herederos. Impuestos especiales gravaban el

transporte de sus frutos al mercado por caminos y puentes. No podía efectuar la recolección de las cosechas hasta tanto no lo hicieran los señores. Sus sembrados se encontraban a merced de las partidas de caza organizadas por los nobles. A estas obligaciones de tipo feudal se asociaban las impuestas por la Iglesia y la mayor parte de las tasas nacionales. En el orden político y civil, carecía de todos los derechos. «Los campesinos —concluye Mathiez— son las bestias de carga de esta sociedad». Su problema no tenía, pues, solución efectiva en el antiguo régimen: su solución dependía de la subversión total de la sociedad absolutista. De ahí que su destino estuviera directamente vinculado al destino de la burguesía.

La situación del artesanado era análoga a la anteriormente expuesta. En su mayoría, estaba compuesto por trabajadores de la industria y de la manufactura, por oficiales y aprendices de los gremios de arte y oficio. La industria francesa no había logrado aún entrar, no obstante los esfuerzos de Colbert y las demandas de los comerciantes, en pleno dominio de la manufactura capitalista. Existían ya en París, en Picardía y en Lorena numerosas manufacturas centralizadas; pero preponderaba todavía la organización gremial del trabajo, la reglamentación mercantilista de la producción y el taller doméstico. Muchos comerciantes trasladaron sus industrias al interior de Francia para librarse de estas restricciones. La mano de obra se reclutaba entre los campesinos desocupados. La industria rural y la manufactura centralizada de las ciudades contribuyeron decisivamente a la desintegración del artesanado. No tardaría en introducirse la máquina en la industria textil y producir al par la transformación del artesano en jornalero. Sobremanera duras fueron las condiciones sociales de vida de este en los albores de la industrialización de Francia. «En general —escribía un ministro de Luis XVI—, los salarios son demasiado bajos y hay una gran masa de hombres víctimas de los intereses particulares de unos cuantos. Los aprendices del gremio de sastres de Marsella tienen derecho a declarar que viven en la desventura». Abundan los ociosos, los vagabundos y los mendigos. Los despidos y las rebajas de salario son crónicos. Manifestaciones de protesta contra ese estado de cosas se dejaron sentir en toda Francia. En abril de 1789 los obreros de París destruyeron los talleres del fabricante Révaillon por haberse negado a subir el salario durante el invierno. Los despilfarros de Luis XVI, las

concupiscencias de la corte y las orgías de María Antonieta han colmado ya la paciencia del pueblo.

Las trabas impuestas al desarrollo industrial perjudicaban principalmente a la burguesía. El ámbito del mercado interno estaba limitado por la mínima capacidad adquisitiva de la mayoría de la población. La burguesía se vio obligada a constreñir su actividad creadora al abastecimiento de las clases privilegiadas y a la manufactura de artículos de lujo para el extranjero. La confección de telas de lino, algodón, lana y seda era la rama fundamental de la industria francesa. Los jabones y perfumes, tan encarecidos entonces y ahora por su calidad exquisita, encontraron amplia y creciente acogida en los círculos adinerados de toda Europa. A esta forzosa reducción de su mercado añádense los trastornos ocasionados por el progreso técnico de la industria inglesa. Las mercancías británicas, mejor elaboradas y más baratas, compitieron ventajosamente con las francesas, mermando considerablemente el volumen del comercio exterior. La hostilidad de la Corona a la burguesía la llevó a suscribir un tratado comercial con Inglaterra en virtud del cual se reducían los derechos de importación a los productos manufacturados ingleses en Francia y se rebajan los aranceles al vino francés en Inglaterra. Este convenio, enderezado exclusivamente a beneficiar los intereses de la nobleza, suscitó una vigorosa protesta de la clase mercantil y un gran descontento en el pueblo.

La fuerza social de la burguesía francesa dimanaba de su situación económica. En los años inmediatamente anteriores a la Revolución es ya dueña de la riqueza mobiliaria y se ha fortalecido aún más con la continua adquisición de tierras a los nobles y a la Iglesia. El núcleo principal de esta clase lo constituían los comerciantes e industriales de Marsella, Burdeos, Lyon y Nantes, enriquecidos con el comercio colonial, las operaciones bursátiles, el tráfico de esclavos y las compañías por acciones. Su objetivo céntrico era la abolición de las restricciones que embarazan el desarrollo de sus intereses industriales y agrarios y el establecimiento de un régimen político que promoviese y garantizara su libertad de acción en el campo económico. La porción más numerosa la formaba la pequeña burguesía, que reclutaba a sus miembros en el comercio al por menor, en el artesanado rural y en los obreros de las ciudades. Era, conjuntamente con el campesinado, el estrato social más revolucionario. La delgada capa superior de

la burguesía se hallaba integrada por banqueros y prestamistas, que eran los arrendatarios del tesoro público. Su objetivo se ceñía a una reforma del sistema fiscal que asegurara únicamente el cobro de sus deudas. La incompetencia y venalidad de la administración era el blanco fundamental de su crítica. Su preocupación era la bancarrota del Estado.

No sólo la burguesía se ha adueñado de los resortes fundamentales de la vida económica y financiera de Francia. En el plano de la cultura ha logrado apoderarse también de la conciencia social. Las condiciones estaban ya maduras para la histórica empresa que derribaría la sociedad absolutista. A la burguesía le corresponderá dirigirla arrastrando tras sí a todas las capas urbanas y campesinas sojuzgadas por la monarquía, la nobleza y el alto clero. «Los campesinos y todo el país —escribe Jean Jaurès— se alzaron contra el viejo régimen, no sólo por la miseria de la agricultura, sino también porque ese régimen entorpecía el desarrollo inicial del capitalismo. Esa fue la causa fundamental de la gran Revolución francesa».

IV. El Iluminismo y el Tercer Estado: el antiguo régimen ante la razón

Signo inequívoco de la boga que ha adquirido en nuestro tiempo la concepción irracional del mundo, de la vida y de la sociedad es el generalizado desdén a los siglos XVIII y XIX incluso en círculos responsables de la filosofía y de las ciencias sociales. De «superficial» suele motejarse al Iluminismo, y de «estúpida», a la época que gestó las más altas proezas intelectuales y técnicas de la nuestra. José Ortega Gasset es uno de los grandes culpables de ese radicalismo de salón que hizo su agosto en las juventudes desorientadas y escépticas de la preguerra. No es la primera vez que la concepción racional del mundo, de la vida y de la sociedad se ve sometida a implacables sanciones. Ya el Romanticismo hubo de incoar juicio sumario a la Ilustración. La experiencia totalitaria ha sido el correlato político de esa postura reaccionaria en nuestros días.

No se trata, en modo alguno, de pedirle al Iluminismo respuestas para la solución de nuestros problemas. Se trata, por el contrario, como ha dicho Ernst Cassirer, de valorar objetivamente la Ilustración prescindiendo del haz de prejuicios que todavía impi-

de su genuina estimación histórica. «Me parece llegado el momento —afirma— de que nuestra época se mire en el claro y luminoso espejo que le presenta la época de la Ilustración. Muchas de las cosas que nos parecen hoy en día resultados del *progreso*, perderán sin duda su brillo miradas en ese espejo, y otras muchas de las que nos gloriamos, se ofrecerán desdibujadas y dislocadas. Pero sería un juicio precipitado y una ilusión peligrosa atribuirlo a las imperfecciones del espejo, en lugar de buscar la razón en otra parte. La consigna que Kant señala como lema de la Ilustración —*Sapere aude!*— se aplica también a nuestra propia relación histórica con ella. En lugar de rebajarla y de mirarla despectivamente desde nuestra altura, debemos osar el volvernos a medir y confrontarnos internamente con ella. El siglo que ha contemplado y reverenciado en la razón y en la ciencia la fuerza suprema del hombre no puede ni debe estar pasado y perdido para nosotros; debemos encontrar un camino, no sólo para contemplarlo como fue, sino también para liberar las fuerzas radicales que le dieron forma». Mucho antes que Cassirer, ya Hegel y Dilthey habían intentado la revalorización filosófica del Iluminismo con fecundos resultados.

Si se pretende juzgar al Iluminismo desde una perspectiva filosófica, no puede reducirse al «puro cuerpo doctrinal que elaboró y trató de fijar dogmáticamente». En punto a las ideas que lo informan y a sus motivaciones intelectuales más profundas, el Iluminismo se ha concretado a recoger la herencia cultural del inmediato pasado y a desarrollarla hasta sus últimas consecuencias sobre una base antimetafísica y en forma omnicomprendensiva; pero ésta manifiesta relación de dependencia con el optimismo renacentista y el racionalismo cartesiano es sobrepasada por el Iluminismo en la forma totalmente nueva y singular que aporta al pensar filosófico. Incluso cuando ha trabajado «con un material intelectual dado de antemano, como ocurre sobre todo con su imagen científico-natural del mundo, y no ha hecho más que construir sobre los fundamentos colocados por el siglo XVII, ha dado, sin embargo, a todo lo que sus manos tocaron un sentido nuevo y ha abierto un nuevo horizonte filosófico».

Cassirer ha precisado certeramente la posición del Iluminismo en la historia del pensamiento. Si bien es cierto que la Ilustración comienza destruyendo la forma del conocimiento filosófico, el sistema metafísico heredado, arremetiendo contra el *esprit de système*,

no lo es menos que acepta y utiliza deliberadamente el *esprit systématique* en su épico empeño de transformar los conceptos abstractos en fuerzas activas. «En lugar de encerrar la filosofía en los límites de un edificio doctrinal firme —escribe Cassirer—, en vez de vincularse a unos axiomas determinados, establecidos para siempre, y a sus consecuencias deductivas, la Ilustración se esfuerza en andar desembarazadamente y, en esta marcha inmanente, trata de develar la forma fundamental de la realidad, la forma de todo ser natural y espiritual». La filosofía representa así al espíritu «en su totalidad, en su función pura, en su modo específico de indagar y preguntar, en su metódica y en su marcha cognoscitiva». La ciencia natural se convierte en el soplo vivificador de la historia, del derecho y de la política. Lo que singulariza al Iluminismo es «el uso que hace de las ideas filosóficas, el lugar que les asigna y la misión que les encomienda». Aun va más lejos Cassirer. «Cuando el siglo XVIII se designa soberbiamente a sí mismo como siglo filosófico —afirma—, la pretensión resulta justificada en la medida en que, de hecho, a la filosofía se le restaura en su derecho primordial y se la comprende en su sentido integral, clásico. No permanece aprisionada en el círculo del pensamiento puro, sino que reclama y encuentra una salida hacia ese orden más profundo del que, como pensamiento, surge también todo el obrar espiritual del hombre y en que, según la convicción fundamental de esta filosofía, tiene que fundarse. Se desconoce, por lo tanto, el sentido de esta filosofía de la Ilustración cuando, considerándola una mera filosofía reflexiva, se intenta ponerla de lado. De hecho, el sentido fundamental y el objetivo esencial de la filosofía de la Ilustración no se reducen a acompañar a la vida y a captarla en el espejo de la reflexión. Antes bien, cree en la espontaneidad radical del pensamiento; no le asigna un trabajo de mera copia, sino que le reconoce la fuerza y le asigna la misión de conformar la vida. No se ha de contentar con articular y poner en orden, sino que debe conjurar y realizar el orden, comprendido como necesario, para mostrar en el acto mismo de la verificación su propia realidad y verdad».

No resulta ya admisible, desde el punto de vista filosófico, contemplar el Iluminismo como una «mera suma de doctrinas particulares». El contenido y desarrollo de la filosofía del siglo XVII puede caracterizarse fácilmente en sus distintos sistemas. No cuesta mayor esfuerzo aislar sus hilos conductores de Descartes a Male-

branche, de Spinoza a Leibniz, de Bacon y Hobbes a Locke; pero «estos hilos conductores se rompen en el umbral mismo del siglo XVIII». Ya el sistema filosófico, como tal, ha perdido su fuerza vinculatoria y representativa. Ni siquiera Christian Wolff, que se ase desesperadamente a la concepción sistemática, logra abarcar y comprender la problemática filosófica de su época. «El pensamiento de la Ilustración —resume Cassirer— quiebra constantemente los límites rígidos del sistema y, en los espíritus más ricos y originales, trata de sustraerse siempre al rigor de la disciplina sistemática. Su carácter y su destino no se manifiestan en la forma más clara y pura cuando logra cuajar en cuerpos doctrinales, en axiomas y preceptos, sino cuando la vemos trabada en la marcha del pensar mismo, cuando duda y busca, cuando allana y construye. Cuando se escriba una historia de la razón, cuyo ámbito trató de perfilar Kant, no se podrá menos que destacar, por encima de todas las épocas que descubrió, la primera, la autonomía de la razón, y combatió apasionadamente por ella, haciéndola valer y regir en todos los dominios del ser espiritual».

No basta, sin embargo, a nuestro propósito, enjuiciar el Iluminismo desde una perspectiva meramente filosófica. El Iluminismo fue también la piqueta demoledora que manejó la burguesía en el plano de la cultura. La agitación espiritual que precede a la toma de La Bastilla madura y cuaja la conciencia política del Tercer Estado, suministrándole una clara visión de sus intereses y de sus objetivos. El centro de la teoría política y social se desplaza de Inglaterra a Francia, en donde, al calor de los hechos y de la especulación filosófica, dilata sus horizontes y renueva su problemática desde Montesquieu hasta los enciclopedistas.

Sobremanera importante fue el papel desempeñado por las controversias teológicas en el proceso de formación de la conciencia burguesa. Bernhard Groethuysen, uno de los más esclarecidos discípulos de Dilthey, ha dedicado un denso y jugoso volumen a mostrar cómo la clase burguesa, con su conciencia de clase y visión del mundo, es producto en buena parte de su contraposición a las ideas y valores religiosos de la sociedad que pretende derribar. La burguesía conquista en esa pugna sus propias ideas y sus propios valores. Las formas de vida que podía ofrecerle la Iglesia se alzaban como un obstáculo al pleno desarrollo de sus aspiraciones, intereses e ideales. Necesitaba, pues, forzosamente, crearse una ideología propia en ríspido disenso de las

concepciones religiosas tradicionales. «En tal ideología —escribe Groethuysen— se despliega la visión de un mundo que se basta a sí mismo y en cuyos valores encuentra el burgués la justificación de sus obras y de sus aspiraciones. Esa visión del mundo se convierte en una parte integrante de la conciencia burguesa, o mejor dicho, justamente con el desarrollo de esta nueva ideología en su oposición a las viejas formas de existencia se torna el burgués consciente de sí mismo». El *hombre burgués* posee una naturaleza histórica distinta de la de sus antecesores mediatos e inmediatos. Difiere, sobre todo, del hombre medioeval. No le interesa darle a su vida un sentido trascendente. Su patria es este mundo terrenal que aspira a domeñar y regir para sí en nombre de todos. De esa actitud brota, precisamente, su concepción laica de la sociedad y del Estado. Pero, al propio tiempo que tiene clara conciencia de su peculiar actitud ante el mundo y la vida y de sus tajantes discrepancias con la Iglesia, la nobleza y la Corona, acepta y cultiva hábilmente en beneficio propio la fe ingenua del pueblo. Como los iluministas, aboga denodadamente por la moral laica y por la ciencia para sí; pero propugna y defiende la religión para los demás. «No cabe negar que la religión —decía Rivarol— es útil para la conservación del orden social establecido. La propiedad está mucho más segura bajo el amparo de la religión que bajo el de una moral laica emancipada». «Cuando más sumido esté el pueblo en la miseria y la aflicción a consecuencia de los impuestos elevados —escribía Necker—, tanto es mayor también la necesidad de darle una educación religiosa». Esta pragmática dualidad de postura ante la religión culminaría paradójicamente en Voltaire. Al emanciparse socialmente, la burguesía se emancipa también de la coyunda de la religión positiva; pero sigue utilizando sus dogmas en defensa del orden social establecido por ella.

En la última mitad del siglo XVIII resulta fácil advertir que Francia está ya en trance de parto. Las contradicciones entre el *ancien régime* y el Tercer Estado no parecían tener otra salida que un choque violento. Se acentúa, por instantes, la presión de las ideas nuevas. Como observa Laski, la sociedad absolutista no estaba ya en condiciones de resistir el reto. La polémica expresiva de esa aguda tensión social se mantiene todavía, sin embargo, en el plano de las ideas. El Tercer Estado protesta, acusa y demanda; pero aún no ha decidido marchar a paso de carga sobre los bastiones del absolutismo. Se limita a cuestionar, a través de sus teóricos,

todo lo existente. Pocas veces régimen social alguno fue tan severamente enjuiciado. El principio monárquico se salvó en parte, durante algún tiempo, de la embestida dialéctica. No es propiamente hasta 1789 en que se le vitupera y desahucia. Al ingresar en la Asamblea Nacional aún Maximiliano Robespierre era monárquico. La Iglesia, en cambio, fue combatida a sangre y fuego. Los derechos de la nobleza, la base económica del régimen, la corrupción administrativa, la tradición feudal sobreviviente en las costumbres y el origen divino del poder fueron igualmente censurados sin piedad. Se partía del supuesto de que todo lo que constreñía el libre desenvolvimiento del individuo era nocivo para la sociedad y altamente beneficioso cuanto le libraba de ataduras, impedimentos y trabas. La propaganda de las ideas nuevas se filtró incluso en la Academia y en la Sorbona. El teatro y la novela se convirtieron en tribunas. Sobremanera ilustrativos resultan los informes de la policía. Las delaciones alcanzaban frecuentemente a miembros de la nobleza y a favoritos de la corte. El nuevo espíritu se ha difundido y arraigado de tal suerte que sus propios adversarios se consideran impotentes para repudiarlos. Malesherbe, auspiciando la publicación de la *Enciclopedia*, demuestra hasta qué punto el *ancien régime* había perdido la confianza en sí propio.

La razón, erigida en instancia suprema de todas las cosas, es la daga afilada que desgarrá implacablemente las instituciones y las ideas en que se apoya la sociedad absolutista; pero, al par que niega y derriba, la razón afirma y quiere, operando como ariete y fuerza creadora. Su radicalismo no tiene precedente. Nada aguarda ni desea del pasado. Lo espera todo de sí mismo y del futuro. Su fe en su poder creador carece de límites. Se sueña capaz de modelar la vida, la sociedad y el mundo a su albedrío. Ese optimismo matinal, de pura estirpe renacentista, es una de las características más acusadas del espíritu y del pensamiento de la época, que en el abate Saint-Pierre y en Condorcet se expresará en forma de verdadero transporte. En la entraña de ese candoroso mesianismo, bullían las fuerzas sociales que aspiraban a regir su vida por cuenta propia sin más limitaciones ni dogmas que los impuestos por sus propias conveniencias. Las viejas ideas petrificadas desconocían sus necesidades y aspiraciones; las nuevas les servían de vehículo y de arma para satisfacerlas y legitimarlas. «¿Qué es el Tercer Estado? —preguntaba Sieyès ante la nación— Todo.

¿Qué ha sido hasta ahora? Nada. ¿Qué exige? Ser algo». La interrogación de Sieyès no demoraría en tener cumplida respuesta a los acordes estremecedores de *La Marsellesa*.

La visión de conjunto con que suele apresarse el Iluminismo ha inducido casi siempre a presentarlo como unidad perfecta de pensamiento, actitud y conducta. Nada menos cierto. Laski ha contribuido decisivamente a subvertir esta imagen falaz —que amplifica y enriquece Cassirer— en su libro *El liberalismo europeo*. «Lo que Voltaire deseaba —dice— difería en mucho de los ideales de Rousseau; y si hay una alianza entre Turgot y los fisiócratas, hay también distinciones de importancia que hacer en sus ideas. También Holbach y Helvetius participan en mucho de la concepción volteriana; pero ni su programa ni su método concuerdan con los suyos. Mably habría aprobado mucho de lo que él deseaba; pero aquel tiene una concepción que, en puntos importantes, niega todo lo que es vital en la filosofía de Voltaire. Por añadidura, en un sentido, la actitud más notable del siglo es la del abate Meslier; y mientras que él se habría unido a los filósofos en su intento de derribar, es cierto que habría combatido contra ellos tan apasionadamente como los bolcheviques combatieron contra los socialdemócratas en su intento de realizar. En la actitud de ellos hacia Inglaterra hay diferencias de interés: era una inspiración constante para Voltaire; para Rousseau y Holbach, más una advertencia que un ejemplo. Y hay corrientes vitales de pensamiento en el período; de Diderot en metafísica, por ejemplo, y de Linguet en teoría social, que no podemos encajar en ningún plan nítidamente trazado. La época es de tremenda confusión».

Unánime es, sin embargo, la coincidencia en el ansia y la necesidad de libertad. Las discrepancias comienzan en la fundamentación y el límite de sus principios y en la manera de conquistarla y establecerla. El estrato superior de la burguesía y determinados núcleos de la nobleza y del bajo clero se hubieran transado jubilosamente con una monarquía constitucional. Mirabeau desplegó su verbo magnífico al servicio de ese objetivo. El estrato medio de la burguesía sólo aspiraba a la instauración de un régimen político en el que estuvieran inmutablemente garantizados el derecho de propiedad, la seguridad social y la libertad de mercado y de trabajo. Danton puso su encrespada elocuencia al servicio de ese objetivo. El estrato inferior de la burguesía soñaba y quería una república democrática de propietarios iguales. La intransigencia

fecunda de Robespierre estuvo al servicio de esa utopía. Al desorbitado empeño del gran líder jacobino deberán los banqueros, industriales y comerciantes el predominio de su propiedad, seguridad y libertad. El impulso revolucionario del Iluminismo culmina y se agota en el inflexible discípulo de Juan Jacobo Rousseau; Danton es el héroe de la burguesía, Robespierre, el héroe de la Revolución.

Si el pensamiento nuevo de la época adopta posiciones diversas e incluso antagónicas ante los problemas que afronta y enjuicia, un aguzado sentido criticista lo vincula y contrapone al *ancien régime*. Carlos de Secondat, barón de Montesquieu, inicia el pliego de cargos en 1721 con sus *Cartas persas*, en las que satiriza la sociedad absolutista poniendo a contraluz la falsificación del parlamento, la corrupción administrativa, la incompetencia de los gobernantes y la riqueza de los obispos, «avaros que siempre toman y nunca entregan». La crítica del despotismo que Montesquieu desarrolla en este libro prefigura ya la doctrina de la separación de poderes expuesta en el *Espíritu de las leyes*. En 1734 publica sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos*. El *Espíritu de las leyes* aparece en 1748. Montesquieu colaboró en la *Enciclopedia* con un artículo titulado «Goût». Sus viajes por Europa y principalmente su estadía en Inglaterra influyeron en su concepción pragmática de la sociedad y del Estado. En un principio, su concepto de la libertad tiene una raíz puramente ética; pero su observación directa de las instituciones inglesas lo llevó a concluir que la libertad es la resultante necesaria de una organización adecuada del Estado.

No sólo el *Espíritu de las leyes* es uno de los tratados políticos más importantes de todos los tiempos. Es también un rico venero de reflexiones y atisbos históricos, económicos y sociales. El problema central que se planteó Montesquieu fue la salvaguardia del individuo de los ataques y restricciones de la arbitrariedad y del despotismo. Inicia, sin duda, la línea política de desarrollo del pensamiento liberal. Sus reservas ante los peligros de la libertad proceden de su espíritu profundamente apegado a la prueba de los hechos. El mantenimiento del orden público constituye verdadera obsesión en sus meditaciones políticas.

La definición de las leyes como «relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas» es el punto de partida de la filosofía social de Montesquieu. No se preocupa mucho este en

explanar el concepto. Lo que le interesa es dejar claramente establecido que la naturaleza «aporta un canon de justicia absoluta anterior al derecho positivo». Negarlo resultaría tan absurdo como decir que «antes de trazar un círculo no eran iguales todos los radios». Se imponía, pues, unificar en un derecho natural común la disparidad de leyes, costumbres e instituciones. «He examinado previamente a los hombres —afirma—, y he creído que su infinita variedad de leyes y costumbres no eran inducidos sólo por su fantasía. He planteado los principios y he visto que los casos particulares se plegaban a ellos dócilmente, sin que las historias de las naciones sean sino continuidades y estando cada ley particular unida con o dependiente de otra ley más general». En rigor, lo que a Montesquieu le importa es la determinación de los plurales factores que condicionan y singularizan el carácter de las leyes. El supuesto de que todas son modalidades de un derecho natural común era mera hipótesis de trabajo. Ya Aristóteles en la antigüedad y Bodino en el despunte de los tiempos modernos habían subrayado la influencia del régimen social y de los factores naturales en la índole de las relaciones jurídicas; pero ninguno se había planteado el problema con la perspectiva cósmica de Montesquieu.

Según Montesquieu, las leyes civiles y políticas deben asentarse en la justicia, que «es una relación de conveniencia que se halla realmente entre dos cosas». El espíritu de las leyes emerge, como natural fluido, de los principios de cada gobierno, los que a su vez se fundamentan en tres postulados: la virtud, el honor y el temor. Estos tres postulados configuran respectivamente, la república, la monarquía y el despotismo. En la república, el pueblo se gobierna a sí mismo; en la monarquía es gobernado; en el despotismo es sometido. Sólo en la república impera la libertad. «La libertad consiste —sentencia Montesquieu— en poder hacer lo que se debe querer y no ser obligado a aquello que no se debe querer. La libertad es el derecho de hacer todo lo que permitan las leyes». En el principio de la libertad como base del equilibrio político, hace descansar Montesquieu su célebre teoría de la división de poderes, que habría de convertirse en uno de los dogmas fundamentales del pensamiento democrático. No era nueva la idea en el campo de la doctrina política y social. La forma mixta de gobierno aparece ya en *Las leyes* de Platón y fue esclarecida por Aristóteles y Polibio. Harrington la había propuesto en la *Oceana*

como base de todo gobierno libre y Locke la había desenvuelto magistralmente en los *Dos tratados del gobierno civil*. De Locke la tomaría Montesquieu; pero no sin antes vaciarla del contenido revolucionario que le insufla el pensador inglés.

En cuanto al candente problema de la transformación del *ancien régime*, Montesquieu se declara en favor del posibilismo político. No aboga, en ningún momento, por soluciones de tipo revolucionario. Se concreta a auspiciar el acomodamiento progresivo de la sociedad absolutista a las nuevas circunstancias. El desarrollo lógico y práctico de su argumentación conduce al establecimiento de una monarquía constitucional análoga a la inglesa. Su posición dentro del Iluminismo es típicamente reformista.

Ningún punto de contacto ofrece la concepción de la ley natural de Montesquieu con la doctrina del derecho natural a la sazón en boga. En este sentido, está mucho más cerca de Juan Bautista Vico que de Juan Jacobo Rousseau. Ignora también Montesquieu el problema de los derechos inmanentes del individuo y las prerrogativas de la soberanía popular. Muestra, en cambio, una buida percepción de circunstancias y factores hasta entonces subestimados por la doctrina política y social. Recogiendo la tesis desenvuelta por Harrington en la *Oceana*, Montesquieu precisa la correlación existente entre el poder político y el régimen social de propiedad y la influencia recíproca entre las condiciones sociales, económicas, geográficas y culturales y las instituciones políticas, jurídicas y religiosas. Su teoría sobre las relaciones entre la esclavitud y la libertad con el clima gozan aún de predicamento en determinadas esferas del tradicionalismo social. La libertad es fruto privilegiado de las zonas templadas. La esclavitud es producto típico de las zonas calientes. Este punto de vista no resiste el más leve análisis a la luz de los hechos. Venía, en cambio, como anillo al dedo a los traficantes de esclavos de la época.

Su actitud ante la pobreza, el trabajo y la propiedad difiere de la adoptada por la mayoría de sus contemporáneos. «Un hombre no es pobre —escribe— porque no tenga nada, sino porque no trabaja». Su repulsa a la caridad es terminante: «Las limosnas que se dan a un hombre en la calle no llenan las obligaciones del Estado, el cual debe a todos los ciudadanos una segura subsistencia, alimentos, vestidos decorosos y un género de vida que no sea contrario a su salud». En su estimativa del trabajo y de la propiedad, fija las relaciones entre ambos sin detrimento del primero. «El

que no tiene ningún bien y trabaja —afirma— ha de encontrarse tan satisfecho como el que tiene cien escudos de renta sin trabajar. Aquel que no tiene nada, pero sí un oficio, no es más pobre que el que posee diez hectáreas de tierras propias y que ha de trabajarlas para subsistir. El obrero que ha dado a sus hijos su parte por herencia les ha dejado unos bienes que se multiplican en razón de su número. No le ocurre lo mismo al que tiene diez hectáreas para vivir y las reparte entre sus hijos». Pero lo que más interesa destacar en Montesquieu es su posición metodológica, su orientación histórico-inductiva, que va a contribuir a la rigurosa fundamentación científica de la teoría política y social. En este sentido se aparta igualmente del normativismo *jusnaturalista* predominante en su tiempo.

La personalidad de Voltaire descuella señeramente en el siglo XVIII francés y tiene ya aposento propio en la historia. Fue un trabajador incansable. Escribió cerca de cien volúmenes en prosa y verso sobre filosofía, política y religión. Voltaire compartió la admiración de Montesquieu por las instituciones inglesas. De su viaje a Inglaterra, trajo el proyecto de popularizar la física de Newton y la filosofía de Locke. Ambas concepciones le servirían de base a su ya decidido propósito de someter la sociedad absolutista y la religión a una crítica racional. Ningún escritor de la época le aventajó a Voltaire en su lucha por la libertad de conciencia. En sus *Lettres sur les Anglais*, Voltaire se ocupa detenidamente de la naturaleza y el alcance del régimen político y social que observó en Inglaterra. Interpreta la historia de este país como un proceso ascendente hacia la libertad política y religiosa, en manifiesto contraste con el desenvolvimiento de Francia hacia el despotismo y la intolerancia. Sobremanera sagaz es su análisis de la evolución de la autoridad civil y de los factores condicionantes del acceso del pueblo al poder público. El impulso decisivo de este proceso lo atribuye a la liberalidad imperante en la monarquía de los Tudor. Escaso papel le asigna a la Carta Magna en el desarrollo de la libertad política.

Voltaire es el representante más caracterizado del posibilismo político del Siglo de las Luces. Nada le fue más ajeno que el *pathos* revolucionario. «Voltaire era —escribe Laski— el reformador social por excelencia, descuidado acerca de la consistencia y la hechura de los sistemas; afanoso de conseguir resultados prácticos inmediatos». No fue, como Rousseau o Saint-Just, un creyente en la lógica de la justicia absoluta. Estos atacaron a fondo el orden social existente y

comprometieron más de una vez la santidad del derecho de propiedad. La psicología de Voltaire era «la de un propietario para quien la conservación del orden era la primera ley de la naturaleza». Nadie advirtió tan lúcidamente como él la descomposición del antiguo régimen; pero siempre se mostró reacio a propalar ideas enderezadas a derribarlo por la violencia. En el orden político y social se manifestó profundamente cauteloso. Nunca propugnó reformas que pudieran alterar sus cimientos. «Voltaire simboliza en su mejor aspecto —afirma Laski— la concepción normal del burgués bueno y humanitario de su generación, quien reconoce la existencia de un profundo error y ansía el mejoramiento compatible con la seguridad de su propio bienestar. Pero en el fondo de su mente hay siempre el temor a ir demasiado lejos en el sentido del cambio, temor a que, una vez que las compuertas se abran, no quede nada en pie al desbordarse la marea. Busca, en consecuencia, condiciones de acomodamiento que convengan a las necesidades inmediatas. Cierra su mente a las conclusiones de más fondo con las que resulta demasiado arriesgado enfrentarse».

Si Voltaire encuentra dialécticamente irrefutable la doctrina democrática, en la práctica concluye que «los hombres no son dignos de gobernarse a sí mismos». En frase lapidaria, proclama su repudio al antiguo régimen en nombre de la dignidad humana: «Un ciudadano de Ámsterdam es un hombre; un ciudadano a unas pocas millas de distancia de allí, no es más que una bestia de carga». Pero, advierte enseguida que «teme más la tiranía de un hombre de leyes que la tiranía del rey». En su concepción política, sólo hay cabida para la libertad civil según el modelo inglés, declarándose «republicano realista».

Nadie ha superado todavía a Voltaire en su diatriba contra la Iglesia católica. Jamás cejó en su persecución y denuncia. Las últimas energías de su dilatada existencia las concentró en combatirla. «Venid conmigo, bravo Diderot, intrépido D'Alembert —escribe en el *Diccionario filosófico*—, combatid el fanatismo, destruid las insípidas declamaciones, las miserables argucias, la historia mendaz. ¡Guerra a la Infame!» La Iglesia le ofreció como prenda de reconciliación, por conducto de Madame Pompadour, un capelo cardenalicio; pero Voltaire replicó a la tentadora oferta escribiendo su *Tratado de la tolerancia*, que es una verdadera catapulta contra el clero y la religión.

Esta furia volteriana contra el dogmatismo y las supersticiones se disuelve con apagado rumor de resaca ante el farallón incommovible de la propiedad privada. La religión, incompatible con la libre conciencia de los espíritus superiores, es indispensable para impedir que «el pueblo asesine a los ricos en sus lechos». Sin ella, «no habría freno a la conducta de los hombres». La religión «es una necesidad social para el mantenimiento del orden». Esta concepción policíaca de Dios reitera la postura humanista. «Ni el libre arbitrio ni la inmortalidad del alma —declara crudamente Voltaire— existen para mí ni siquiera como principios metafísicos; pero es necesario defenderlos como si en efecto fuesen verdad».

Voltaire se pronuncia contra la igualdad social. La propiedad comunitaria, en que pretende basarse, es pura quimera. «Es imposible en nuestro mundo infeliz —afirma— que los hombres que viven en sociedad no estén divididos en dos clases: ricos y pobres». La inteligencia está desigualmente distribuida. Su premio es la propiedad. Los ricos compensan a los pobres de sus fatigas y miserias abriéndoles la oportunidad de hacer fortuna. De su inteligencia dependerá exclusivamente que lleguen o no a conseguirla. La idea que supone una relación proporcional entre riqueza y felicidad es, por lo demás, más falsa de lo que suele creerse. «Un pastor —concluye Voltaire— es con frecuencia más feliz que un rey».

Su actitud ante la gente común es la misma que asumieron los humanistas ante el *popolo minuto*. La *canaille* es indigna, por naturaleza, de los nobles goces de la Ilustración. «Es esencial —escribió a Damilaville— mantener las masas en perpetua ignorancia; todo el que posea una propiedad y necesite criados no puede pensar de otra manera». «Todo esfuerzo gastado en instruir al criado y al zapatero —le dice a D'Alambert— es sencillamente malgastar el tiempo». «Todo está perdido —postula— cuando el pueblo se mezcla en la discusión».

Laski ha fijado definitivamente la posición de Voltaire en el Iluminismo. «Lo esencial en él —resume— es un profundo respeto para el orden establecido. En términos generales, los cambios que pedía eran los de la próspera propiedad burguesa. Deseaba una libertad compatible con oportunidad máxima para los propietarios. Escribió una defensa ardiente del lujo bajo el influjo de Mandeville. En el crecimiento del comercio vio un beneficio social independiente de la distribución de sus resultados. Protestó contra la legislación suntuaria como una violación de los dere-

chos de propiedad. Su requisitoria contra la Iglesia se funda, en gran parte, en la incompatibilidad entre la disciplina de ella y la prosperidad nacional. Su interés por los pobres no llegaba más allá de un deseo piadoso por mejorar su suerte en lo más indispensable. Nada hay en él de la indignación apasionada contra un orden social injusto que constituye la clave del pensamiento de Rousseau; ni siquiera tiene esos momentos que Diderot conoció, en los que estaba dispuesto a dudar de si un hombre de sentimientos podría aprobar alguna vez el irracionalismo de la vida social. El mundo que él deseaba constituir era, por supuesto, infinitamente mejor que el que había heredado. Pero en mucho las mejoras habrían de limitarse en sus beneficios a los propietarios. Más allá de las necesidades de estos no penetraba, como un principio activo y consciente, su liberalismo».

La filosofía tiene su primera fundamentación materialista moderna en Buffon, La Mettrie, Condillac y Cabanis. En Denis Diderot madura este materialismo filosófico de clara raíz metafísica, que anticipa en cuarenta años la explicación de la naturaleza de Lamarck y de Darwin. Diderot en el *Supplément au voyage de Bougainville* sobrepasa a Rousseau en su célebre requisitoria contra los fundamentos de la civilización; pero mantiene, por lo general, una franca defensa de la propiedad privada, incluso de la territorial concebida a la manera fisiocrática. Se produce enérgicamente contra el lujo y la licencia y propugna el impuesto progresivo, la distribución equitativa de la riqueza y la difusión de las luces. La teoría social tiene en Diderot a uno de los más bizarros paladines de la dignidad humana. No son menos valiosos sus aportes a la historia de las ideas estéticas. «Sin la ayuda de Diderot —afirma Lessing— no hubiera podido yo escribir mi *Laakoon*». «Filisteo será —dijo Goethe— quien no sepa apreciar a Diderot». La *Enciclopedia*, magna *summa* del saber profano, fue obra suya y de D'Alambert. En sus páginas colaboraron Montesquieu, los fisiócratas, el barón de Holbach, Condorcet y Juan Jacobo Rousseau. Los fisiócratas fortalecen con su teoría de la libertad natural y del impuesto único la conciencia económica del Tercer Estado. Holbach, emigrado alemán, postula, revolucionando la física y la filosofía, que todo nace de la materia y todo vuelve a ella. Condorcet proclama el progreso ilimitado de la sociedad, profetizando, con Turgot, un mundo en perenne proceso de perfeccionamiento. Juan Jacobo Rousseau sienta, en *El contrato social* y

en el *Discurso sobre el origen de las desigualdades humanas*, las bases de la ideología política revolucionaria.

Rousseau es, sin duda, la figura más sugestiva y singular de la época, el pensador que refleja más descarnadamente las condiciones sociales dominantes y propone soluciones concretas para superarlas. Los grandes revolucionarios franceses descienden espiritualmente de este hombre reflexivo, sentimental y atormentado en quien culmina el racionalismo político y alumbró el romanticismo social. Este dramático dualismo se refleja en su estilo de vida y en su pensamiento. Entre su apasionada agresión a la sociedad, al arte y a la ciencia contenida en su memoria premiada por la Academia de Dijon en 1750 y su construcción racional de la sociedad democrática desarrollada en *El contrato social* hay, en efecto, un abismo insalvable. El mismo que parece existir entre las *Reflexiones de un paseante solitario* y el *Discurso sobre el origen de las desigualdades humanas*.

En la primera fase de su pensamiento, Rousseau irrumpe contra el racionalismo de la Ilustración. Naturaleza y cultura constituyen estados contrapuestos y el predominio de esta sobre aquella es la causa de la desdicha humana y del desorden social. «Cuando más se han perfeccionado las artes y las ciencias —decía—, tanto más depravadas se han vuelto nuestras almas». El distanciamiento entre la vida y el pueblo es obra de la civilización. El estado de naturaleza es constitutivamente superior al estado de civilización. En este impera el desenfreno, el adulterio, la explotación y la propiedad privada, origen último de todos los contrastes sociales y de todas las perturbaciones políticas. En el estado de naturaleza impera la inocencia, la fraternidad, la libertad. Nadie simboliza más acabadamente ese ideal perdido que el buen salvaje sobreviviente en las islas inaccesibles del Pacífico. La tesis va ínsita en varios discursos, en sus novelas y en sus escritos sobre educación, especialmente en el *Emilio*.

En la fase última de su pensamiento, la perspectiva de Rousseau cambia enteramente. La propiedad privada no es ya una negación de la vida social; es su fundamento mismo. El estado de civilización, la garantía de la convivencia racional. La doctrina del derecho natural, elaborada sucesivamente a través de Altusio, Grotius, Hobbes, Spinoza y Pufendorf, adquiere en *El contrato social* su plenitud de significado.

Según el pensador ginebrino, la sociedad política, antecedida por el estado de naturaleza en que los hombres son libres e iguales y viven en comunidad de bienes, se crea mediante un pacto voluntario en que, a cambio de ceder sus derechos naturales a la totalidad social, el hombre recibe una parte igual e inalienable de la soberanía, recobrando de nuevo bajo la protección del Estado los derechos naturales que había transferido. Las voluntades individuales de cuantos resignan sus derechos y poderes en el seno de la organización política se fusionan después dando paso a la voluntad general, que es la expresión misma de la soberanía. Frente al pueblo soberano, los individuos no tienen ningún derecho. Frente al desconocimiento de su soberanía, los individuos tienen todos los derechos, incluso el de derrocar por la fuerza a los usurpadores. La legitimidad del gobierno descansa en el mantenimiento de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, derechos naturales, inalienables e imprescriptibles del individuo. Su ilegitimidad comienza en el instante mismo en que los ignore o vulnere.

La teoría del contrato social de Rousseau difiere de la de Hobbes en tres puntos capitales. En el *Leviatán*, el pueblo hace un pacto voluntario con el exclusivo propósito de transferir inmediatamente su poder supremo al soberano. En *El contrato social*, la voluntad general es el producto del recíproco, intransferible e inalienable concierto de los individuos. Hobbes identifica soberano y gobierno. Rousseau los distingue y separa, postulando que el gobierno es sólo un agente temporal del soberano. Hobbes considera que el régimen de propiedad privada está sometido, en última instancia, al interés del Estado. Rousseau sostiene, por el contrario, que el derecho de propiedad privada es un derecho natural inherente al individuo y, en consecuencia, fuera de la jurisdicción del Estado, organización positiva cuya función cardinal es precisamente salvaguardarlo. El ideal social de Rousseau es el establecimiento de una república democrática de propietarios iguales. Nadie llega, pues, dentro del Iluminismo, más lejos que él en el problema de la distribución del poder y de la riqueza. Esto explica el fervoroso culto que le rendirá Francisco Noel Babeuf a Juan Jacobo Rousseau.

Ni que decir tiene que la concepción roussoniana de la genética de la sociedad está radicalmente reñida con la historia y con la lógica. Rousseau mismo hubo de advertir que la teoría del pacto social era un puro expediente. Le faltó agregar, en cambio, que la

presentación del Estado como producto de la voluntad humana era, en una estructura social asentada sobre el absolutismo político de origen divino, la forma más eficaz de hacer patente sus arbitrariedades y de incitar a la confección de un nuevo Estado conforme a la naturaleza racional del hombre.

El aporte de Rousseau a la formación de la conciencia moderna es realmente considerable. Nadie afirmó antes que él con tanto rigor y claridad los principios de igualdad y libertad. Su influencia sobre Klinger, Herder, Goethe, Fichte, Kant y Schiller fue decisiva. En el campo de la filosofía religiosa, su huella es clara principalmente en Hamann y Jacobi. Las concepciones religiosas de Rousseau se transfunden al movimiento romántico a través de Schleiermacher. Suyo es ese «sentimiento del infinito, con la inmersión en la propia interioridad como condición y camino a la intuición de la divinidad» que caracteriza a las figuras representativas del Romanticismo. En cierto sentido, Rousseau, como observa Rodolfo Mondolfo, es un precursor del pragmatismo «en cuanto confiere a la certidumbre moral la prioridad sobre la certidumbre intelectual y hace de aquella casi la premisa y el fundamento de esta». Y es también precursor de Stuart Mill y de Renouvier en el planteo y consideración del problema del mal. Su posición ante el problema de la vida recuerda a la de Henri Bergson. No en balde De Ruggero lo llama el Rousseau de la gnoseología. Mondolfo ha trazado un admirable paralelismo entre Rousseau y Bergson. «Muchas tendencias —escribe— los acercan: profundo sentimiento de la vida y aversión al intelectualismo; retorno a los datos inmediatos de la conciencia como la genuina fuente de una filosofía que no desea permanecer exterior al espíritu, sino que tenga el contacto a ti mismo como santo y seña; inmersión en la profundidad de la conciencia en forma de una intuición que nos identifica la vida con todo».

Fácil resulta percibir en la doctrina política y social de Rousseau los elementos constitutivos de la ética kantiana. «Rousseau —confiesa el gran filósofo alemán— me abrió los ojos; yo aprendí a honrar a los hombres». Este sentimiento de «la belleza y dignidad de la naturaleza humana permaneció siempre vivo en Kant; también la *Critica de la razón práctica* habla de la sublimidad de nuestra naturaleza, aun derivando el sentimiento de ella de la idea de la personalidad, a la cual reduce la exigencia expresada en la segunda fórmula del imperativo: que se considere la hu-

manidad en la propia persona y en la de los demás siempre como fin en sí y nunca como medio». No sólo eso. El sentimiento absoluto que distingue la voluntad general aparece como «el sentimiento distinto de los sentimientos especiales particularistas, como el que juzga lo particular sólo en lo universal». Pero el sentimiento absoluto a que se refiere Rousseau no excluye la razón ni la voluntad. «La conciencia de la actividad y de la libertad —escribe— sólo se afirma cuando se sigue la razón». Y al elevarse este sentimiento absoluto a «la visión universalista de la personalidad se hace capaz de inspirar la ley antes que la máxima particularista y conducir a la intuición de la humanidad como fin en sí y del reino de los fines».

La contribución de Rousseau a la pedagogía contemporánea no necesita ser destacada. Es ya, por conocida, un tópico de uso casero. Rousseau enseñó «el respeto del niño, la admiración entusiasta de su natural perfección de niño; la necesidad del desarrollo activo y libre de las capacidades naturales, que sólo adquieren su fuerza y fecundidad cuando son una autoconquista y una autoformación; la exigencia de la unidad y de la plenitud de la personalidad. Pero todo hombre debe presentar en forma integral y completa a la humanidad». Las teorías pedagógicas de Kant, Pestalozzi, Froebel, Fichte, Herder y Richter son frutos sazonados al calor de las concepciones de Rousseau. La influencia de Rousseau en la literatura y el arte se manifiesta en Chateaubriand, Lamartine, Musset, George Sand, Hugo, Byron, Goethe, Pushkin, Turguenev, Tolstoi, Gorki y Amiel. Significación capital tienen las *Confesiones* de Rousseau en la historia de la literatura. La conciencia del dramático antagonismo entre «la nobleza ética de la naturaleza y la depravación de la corrupción social» palpita desnudamente en este impresionante documento.

La contribución más importante de Rousseau a la formación de la conciencia moderna es, sin duda, en el ámbito de la doctrina política y social. Se ha controvertido largamente si la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* estuvo o no inspirada en *El contrato social* de Rousseau. Ya se ha visto que Jellineck lo niega terminantemente. No puede negar, sin embargo, que *El contrato social* fue el evangelio de los grandes revolucionarios de 1789. «*Le contrat social* —escribió Augusto Comte— *inspire plus de confiance et de vénération que n'en obtinrent jamais la Bible et le*

Coran».⁸ De lo que no cabe duda, como afirma Mondolfo, es que «la acción de la doctrina roussoniana tal como era sentida por los hombres de la Revolución resulta indisputable en su potencia e intensidad; queda en discusión solamente si lo mismo corresponde a la doctrina tal como era realmente».

Sobre este último extremo Del Vecchio ha dado la pauta. Nada puede sentarse con carácter definitivo si antes no se fija el significado del *Contrato* y de la *Declaración*. El fundamento de *El contrato social* es el principio de la persona como sujeto de derechos y principalmente del derecho de libertad, que constituye la garantía misma de la dignidad humana. «Los derechos del hombre —precisa Mondolfo— son la fuente y la meta de toda institución política, base de la soberanía en cuanto la ley es expresión de la voluntad general, fin de su acción en cuanto el Estado debe dirigirse a la satisfacción de las exigencias del derecho natural, so pena de perder su legitimidad de existencia». No tiene otro significado, en rigor, la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Mondolfo llega incluso a afirmar que los *Bills of Rights* están fundamentalmente inspirados por Rousseau. Esta cuestión está aún en trance polémico. Pero lo que sí es ya indiscutible es que la Revolución norteamericana y la Revolución francesa forman parte de un mismo proceso histórico y sus doctrinas están permeadas por el espíritu del tiempo. Y es indiscutible también que *El contrato social* fue una poderosa fuerza revolucionaria, que ha operado en todos los procesos democráticos a través de sangrientos conflictos hasta cuajar en regímenes fundados en el Estado de derecho y en la soberanía popular. Numerosos socialistas y anarquistas se han apoderado de la diatriba de Rousseau contra las injusticias y vicios de la sociedad civil vertiéndola como propia. «El valor moral y la fuerza instigadora de todo movimiento social moderno —concluye Mondolfo— estriba en que, aun cuando cree haber superado el ángulo visual ético-jurídico, saca siempre de las exigencias éticas sus reivindicaciones, volviendo siempre, si bien inconscientemente, al *derecho de naturaleza* de Rousseau». Con su principio de la personalidad, Rousseau había superado la antítesis del individualismo y del panteísmo social. Al extraer de «*la nature de l'homme l'égalité des droits et la notion de*

⁸ «El contrato social inspira más confianza y veneración que las que jamás obtendrían la Biblia y el Corán». (N. del E.)

justice»,⁹ ponía la personalidad con sus derechos naturales por norma y por fin de la constitución social; mas querer el desarrollo libre de aquella, significaba para él tender al perfeccionamiento común de la humanidad, porque la exigencia de la personalidad y de la libertad es universalista y porque la interioridad espiritual es impulso de amor, conciencia de la unidad y armonía del propio ser con el de todos los demás hombres y del universo entero. Por esta superación de la antítesis de individuo y sociedad, por esta fundación del principio ético de la personalidad, por este otorgamiento de un valor humano al principio de libertad, Rousseau está siempre vivo en la conciencia moderna.

En el proceso criticista que armó al Tercer Estado de la ideología que necesitaba para abatir al absolutismo en el plano de la cultura, el pueblo descubrió su propia existencia y, consecuentemente, su derecho al poder político. La convocatoria de los Estados Generales selló el destino del antiguo régimen. El nexo entre este y el pueblo, quebrado en la época de Luis XV, saltó hecho pedazos, y las masas populares, en irresistible alud, conquistaron, con La Bastilla, la base objetiva y espiritual en que fundará su predominio histórico hasta hoy la burguesía.

Es necesario mencionar, por último, la aparición de una corriente de pensamiento que se desarrolla en discrepancia con la sociedad absolutista y con la sociedad burguesa en proceso de cuajo. Este conjunto de reflexiones, unificadas por el concepto de la igualdad social, tiene en Meslier, Mably y Morelly sus más descolantes voceros. En el terreno político, se manifiestan adversarios de los enciclopedistas y simpatizantes de Rousseau. En el terreno económico, se muestran enemigos irreconciliables de los fisiócratas. El abate Meslier, apenas conocido por sus contemporáneos, adquirió boga póstuma al publicarse su *Testamento político*, que contiene una puntiaguda crítica de la monarquía, del absolutismo, de la religión y de la propiedad privada. Morelly propugna, en su *Código de la naturaleza*, la regulación de la vida social sobre la base de un régimen comunitario de propiedad. Y, anticipándose a sus coetáneos Mably afirma que la cuestión social es una cuestión obrera, impugnando la doctrina fisiocrática y, en particular, a Mercier de la Riviere en su libro *Dudas propuestas a los filósofos economistas*.

⁹ Al extraer de «la naturaleza del hombre la igualdad de derechos y la noción de justicia...» (N. del E.)

Este movimiento va a tener en Francisco Noel Babeuf, en la época del Directorio, su caudillo y su mártir. En el fondo, el denominado socialismo igualitario es una prolongación radicalizada del utopismo renacentista, mezclado con las ideas filosóficas de la Ilustración.

V. El problema de las relaciones patrimoniales en la Revolución francesa: contenido y alcance de la pugna entre jacobinos y girondinos

La Revolución francesa atraviesa en su desarrollo tres grandes fases que pueden cronológicamente encuadrarse entre 1789 y 1799. En la primera de dichas fases, gobierna el estrato superior de la burguesía, esforzándose por establecer un compromiso con el antiguo régimen sobre la base de una monarquía constitucional. En la segunda fase, culminante en el régimen del terror, la monarquía es derrocada y se enfrentan, en duelo memorable, girondinos y jacobinos, portavoces, respectivamente, de la burguesía industrial y comercial y de la pequeña burguesía apoyada por el pueblo bajo de París. Durante este turbulento período se liquidan las supervivencias del absolutismo, se confiscan las propiedades de la Iglesia y de la nobleza, se distribuye la tierra entre los campesinos y se proclama, por boca de Robespierre, el ideal roussoniano de una república democrática de propietarios iguales. En la tercera fase, es abatido el gobierno revolucionario y se instala en el poder la coalición termidoriana que le prepara el ambiente al Consulado y al Imperio napoleónico, cuya gran faena histórica sería atacar el feudalismo en escala continental y defender, frente a monárquicos y republicanos, las posiciones económicas conquistadas por la burguesía industrial y el campesinado a lo largo del tormentoso proceso revolucionario.

La aparición, en la época del Directorio, de un movimiento en pugna con el sentido de desarrollo de los acontecimientos ha servido de base para que tradicionalistas y revolucionarios difundieran, al finalizar el siglo pasado, la creencia de que la Revolución francesa tuvo un acusado carácter socialista. Esta perspectiva, originada en una tendenciosa interpretación de los hechos y de las fuerzas operantes, se fortaleció sobremanera al generalizarse el proceso revolucionario en su conjunto, apoyándose el aserto en un impresionante despliegue de datos relativos a la presencia del

espíritu socialista en muchas medidas, proyectos de ley, folletos y libros y cuadernos de aquella época. Según Hipólito Taine, la Revolución francesa fue socialista en sus actos y en sus doctrinas. En lo que al primer aspecto concierne, se presenta como una subversión contra la propiedad privada, confiscándose en favor de la burguesía los bienes legítimos de la nobleza y del clero. En las doctrinas, la impronta del espíritu socialista es también diáfana. La propiedad fue considerada una creación social por Mirabeau. El abate Fauchet sostuvo que todos los ciudadanos tienen derecho, por ser acreedores natos del Estado, a cuanto necesiten y, sobre todo, a la tierra. Célebre fue su campaña en favor de una ley que suprimiese la propiedad de terrenos cuyo valor excediera de 50 000 libras tornesas y de la necesidad de fijar un máximo a las dotes y a las herencias. Algunos girondinos, siguiendo a Rousseau, se manifestaron contra la desigualdad social y las grandes fortunas. Brissot de Warville y Rabaut de Saint-Étienne abogaron por la inversión del dinero de los ricos en fundaciones y establecimientos públicos. Los jacobinos se produjeron en favor de la regulación pública de la riqueza en provecho de los desvalidos. Su líder negó categóricamente que la propiedad fuera un derecho natural, definiéndola en forma comprometedor. «La propiedad es —afirmó Robespierre— el derecho que tienen todos los ciudadanos a disfrutar y disponer de la parte de sus bienes que garanticen las leyes». Según Robespierre, el Estado tiene derecho a limitar la propiedad, a castigar a los acaparadores, a regular el derecho sucesorio, a establecer un impuesto progresivo sobre las grandes fortunas y a garantizar la vida y el trabajo. Su discípulo Saint-Just, transponiendo a la Francia de su tiempo el régimen social espartano, propugna el reparto regimentado de tierra, el trabajo obligatorio, la educación militar y la supresión del comercio y de la industria. La culminación de esta tendencia socializadora, que fluye por los actos y las doctrinas de la Revolución francesa, caracterizándola al decir de Taine, es la conspiración encabezada por Babeuf bajo la consigna de igualdad o muerte.

No cabe duda de que la propiedad fue objeto, durante la Revolución francesa, de numerosos y violentos ataques; pero nunca, ni aun en los momentos más agudos de la dictadura jacobina, se atentó contra su esencia por los caudillos del Tercer Estado. Las confiscaciones de los bienes del clero y de la nobleza no se hicieron con vista a suprimirla ni a socializarla, sino, como ha dicho

Georgio del Vecchio, «a difundirla, a generalizarla, a libertarla de la opresión y de las trabas feudales». La Revolución se presenta, en este aspecto, como una lucha sin cuartel entre la propiedad de manos muertas y la propiedad individual. Triunfante esta, quedaría robustecida y garantizada como nunca lo estuvo desde la época romana. Fueron las circunstancias y no un determinado propósito socialista las que obligaron a dictar a Saint-Just, en nombre de la Convención, medidas que revisten un claro carácter de terror de clase. «El representante de la nación —se dice en un bando suscrito por Saint-Just— ordena al burgomaestre de Estrasburgo que, en el transcurso del día de hoy, coloque, distribuyéndolas entre los distintos barrios de la ciudad, cien mil libras de obligaciones, que deberán reunirse entre los ricos y socorrer a los patriotas pobres y a las viudas y huérfanos de los soldados muertos por la causa de la libertad». «En el ejército —se dice en otro— hay cien mil hombres descalzos. Ordeno y mando que en el transcurso del día de hoy se despoje de su calzado a los aristócratas de Estrasburgo y que para mañana a las diez antemeridiano se entreguen en el cuartel general diez mil pares de zapatos». Significación análoga tienen las leyes dictadas por la Convención regulando el precio máximo de los artículos de primera necesidad y el salario de los obreros y las medidas encaminadas a impedir la especulación con los bienes nacionales. El principio de la propiedad privada fue invocado siempre en todas estas emergencias. Ni aun los más exaltados jacobinos intentaron resolver el problema agrario fuera de las relaciones patrimoniales establecidas por la burguesía. El propio Robespierre, que define la propiedad como una institución positiva y ansía extender su disfrute a toda la población, se concreta a incorporar en la Constitución de 1793 este precepto: «La sociedad debe a los ciudadanos carentes de recursos los medios de subsistencia, estando obligada a suministrarle trabajo o garantizar a los que no pueden trabajar los medios de vida». La pugna entre jacobinos y girondinos sobre la naturaleza del régimen de propiedad se reduce a mantener por aquellos el derecho del Estado a fijar los límites de la acumulación capitalista; la acumulación en sí está fuera de toda controversia. «Declaremos —propuso Danton— que todas las propiedades comerciales, industriales y territoriales serán mantenidas eternamente». «La propiedad —preceptúa la Constitución jacobina, recogiendo la fórmula de las Constituciones anteriores, que a su

vez la toman de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*— es un derecho inviolable y sagrado». Nada ilustra, sin embargo, tan límpidamente el sentido individualista de la Revolución como la Ley Chapellier, aprobada el 14 de junio de 1791. Según esta: «Todas las asociaciones de artesanos, obreros y jornaleros, o los que por ellos instigados, atenten contra el libre ejercicio de la industria y el trabajo, pertenecientes a toda clase de personas, y bajo toda especie de condiciones, convenidas mutuamente, contra la acción de la policía y el exacto cumplimiento de las sentencias, así como contra las subastas y adjudicaciones públicas de diversas empresas, serán consideradas como reuniones sediciosas, y como tales disueltas por los depositarios de la fuerza pública, a tenor de las órdenes que reciban. Serán castigados con todo el rigor de las leyes, los autores, instigadores y jefes de dichas asociaciones y todos los que pasen a vías de hecho y cometan actos de violencia». Marat protestó enérgicamente contra la Ley Chapellier por considerar que reconocía implícitamente el derecho de los patronos a concertarse para fijar los salarios y los precios y constituir una maniobra de la contrarrevolución enderezada a impedir las reuniones políticas contra las intrigas reaccionarias. Esta apreciación de Marat fue terminantemente desmentida por Robespierre en esos mismos días al solicitar que se armara la ciudadanía, medida mucho más peligrosa a todas luces que la coligación obrera para obtener mejores condiciones económicas de vida. La Ley Chapellier, que Marx calificó erróneamente de golpe de Estado burgués, es una manifestación evidente, como dice Jaurès, «del exacerbado individualismo de la Revolución».

La insurgencia de Babeuf, único movimiento definitivamente socialista dentro de la Revolución francesa, constituye el primer vagido del socialismo moderno, la primera protesta socialista organizada contra el orden burgués. En eso estriba, precisamente, su extraordinaria significación; y la necesidad, en consecuencia, de darle tratamiento propio y detenido.

VI. La Conspiración de los Iguales

La etapa más agitada y fecunda de la Revolución francesa es la que corre entre 1792 y 1795. En este período, la monarquía es abolida, se proclama la república popular, se lleva hasta sus

últimas consecuencias el proceso de transformación de las relaciones feudales de propiedad, se establece la dictadura revolucionaria contra la reacción interna y los poderes concertados del exterior, se regulan los precios y los salarios y se reorganiza la enseñanza. Los jacobinos, encabezados por Robespierre, llevan el peso de esta lucha formidable, enfrentándose en la Convención con los republicanos de derecha de Danton y los extremistas de izquierda de Santiago Roux.

Partidarios de la comunidad de bienes y de la igualdad social, los extremistas de izquierda, insignificante facción denominada los rabiosos, combatían violentamente a Robespierre, imputándole complicidad con «los explotadores del pueblo que habían convertido la libertad en un fantasma». Junto a Robespierre, pero trascendiendo sus objetivos sociales, estaba Francisco Noel Babeuf, conocido popularmente por Cayo Graco, apoyándolo en su lucha encarnizada contra los girondinos, los agiotistas, los acaparadores y la reacción extranjera. El punto central de su programa inmediato era la defensa de la Constitución de 1793. Si bien esta Constitución consagraba taxativamente el derecho de propiedad privada, permitía, sin embargo, por la amplia esfera que otorgaba a la libertad política, la propaganda de sus ideas; y aplicada hasta sus últimas consecuencias podía, en una coyuntura propicia, viabilizar su propósito inmediato de establecer «la dictadura que conduce al comunismo mediante la democracia». Esta concepción de Babeuf, desarrollada ulteriormente por Felipe Buonarroti en su libro *La Conjuración de los Iguales*, constituye una anticipación elemental de la doctrina marxista de la dictadura del proletariado.

La caída de Robespierre el 9 de termidor y el ascenso al poder de la coalición financiero-industrial que tiene en el Directorio su instrumento político determinaron un reagrupamiento de los partidarios más decididos de la Revolución. El jefe de este movimiento fue Cayo Graco Babeuf, que organizó sus huestes secretamente en la Sociedad de los Iguales y concentró todas sus energías en un golpe de mano contra el Directorio. El ideólogo de esta conspiración es Felipe Buonarroti, emigrado italiano descendiente de Miguel Ángel y nacionalizado francés por la Convención. «Cuan- to ha pasado en Francia desde la proclamación de la república —escribía— no es, a mi entender, más que expresión del conflicto existente entre los partidarios de la riqueza y de los privilegios, por una parte, y los amigos de la igualdad y de la clase trabajadora, por la otra».

Los conspiradores se reunían sigilosamente en el club del Panteón. El periódico *La Tribune du Peuple*, dirigido por Babeuf, recogía y propagaba las aspiraciones del movimiento. El objetivo cardinal de este era destruir la desigualdad creada por la Revolución al absorber los ricos todos los bienes y monopolizar el mando político y la educación y sustituirla por una sociedad basada en la igualdad absoluta. «Dejamos sentado —afirma Babeuf repitiendo conceptos de su célebre artículo “De la guerra de los ricos con los pobres”— que la igualdad perfecta es de derecho primitivo; que el pacto social, lejos de ir contra este derecho natural, sólo debe servir para dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será violado jamás, y que, por lo tanto, no debían haber existido instituciones que favorecieran la desigualdad y la codicia, que permitieran que lo necesario de uno pudiera ser usurpado para formar lo superfluo de otros. Que no obstante, había sucedido lo contrario; que absurdos convenios se habían introducido en la sociedad y que habían protegido la desigualdad y permitido el despojo del mayor número por los menos; que había épocas en que los últimos resultados de estas mortíferas reglas sociales se traducían en que la universalidad de todos se hallaba sometida en poder de unos cuantos; que la paz, que es natural y lógica cuando todos son dichosos, se alteraba necesariamente en casos tales; que imposibilitaba a la masa de vivir, hallando todo fuera de su posesión y no encontrando sino corazones despiadados en la casta que lo habían acaparado todo, todos estos hechos reunidos determinaban la época de esas grandes revoluciones, fijaban esos periodos memorables, pronosticados en el libro de los tiempos y del destino, en que una transformación general en el sistema de las propiedades viene a ser inevitable y en que la rebelión de los pobres contra los ricos es de una necesidad invencible. Hemos demostrado que desde 1789 habíamos llegado a este punto y que, por eso, estalló entonces la Revolución. Hemos demostrado que desde el 89 y, particularmente, desde el 94 y el 95, la aglomeración de las calamidades y de la opresión pública hacía muchísimo más urgente el alzamiento majestuoso del pueblo contra sus expoliadores y sus opresores. La igualdad de hecho no es una quimera. Todos los moralistas de buena fe han admitido este principio superior y han tratado de realizarlo. Los que lo han enunciado más claramente han sido, a mi juicio, los más estimables y distinguidos tribunos. El judío Jesús no merece en absoluto ese

título por haber expresado con demasiada oscuridad la máxima ama a tu prójimo como a ti mismo, según él decía. Estas palabras insinúan algo; pero no dicen de una manera suficientemente explícita que la primera de todas las leyes es que ningún hombre pueda aspirar legítimamente a que ni uno sólo de sus semejantes sea menos dichoso que él. Juan Jacobo Rousseau ha concretado mejor este principio cuando escribe: "*Para que el estado social sea perfecto, es menester que cada uno tenga bastante y que nadie tenga demasiado*". Este corto pasaje es, en mi sentir, el elixir de *El contrato social*".

Publicado y distribuido en hoja suelta los días 21 y 22 de germinal, el programa social de Babeuf contenía los puntos siguientes: 1) La naturaleza ha dado a todos los hombres un derecho igual al goce de todos los bienes. 2) El objeto de la sociedad es defender esa igualdad, atacada con frecuencia por el fuerte y el malvado, en el estado de naturaleza, y aumentar mediante la cooperación de todos, los goces comunes. 3) La naturaleza ha impuesto a cada uno la obligación de trabajar. Nadie puede, sin cometer un crimen, sustraerse al trabajo. 4) El trabajo y los goces deben ser comunes. 5) Hay opresión en el hecho de que uno se extienda trabajando y carezca de todo, al paso que otro nade en la abundancia sin hacer absolutamente nada. 6) Nadie ha podido, sin cometer un crimen, apropiarse exclusivamente los bienes de la tierra o de la industria. 7) En una verdadera sociedad civil no debe haber ricos ni pobres. 8) Los ricos que no quieren renunciar a lo superfluo a favor de los indigentes son los enemigos del pueblo. 9) Nadie puede, por la acumulación de todos los medios, privar a otro de la instrucción necesaria para su felicidad. 10) El fin de la Revolución es destruir la desigualdad y establecer la felicidad.

Entre los socialistas de la época, Babeuf es el único que se propone, como ha advertido Laski, la superación efectiva del régimen social creado por la Revolución, elaborando un programa definido y un plan concreto de acción para alcanzar sus objetivos. El movimiento insurreccional, preparado cuidadosamente, no llegaría a estallar. Babeuf y Buonarroti fueron delatados por un confidente del Directorio que figuraba entre los conspiradores. Babeuf fue condenado a la pena capital. En el instante mismo en que le era comunicada la sentencia, volviéndose dramáticamente a los jueces pronunció estas palabras, justificativas de su conducta: «La

propiedad privada es la fuente de todas las desdichas de este mundo. Predicando esta doctrina, que desde siglos vienen enseñando los filósofos, quise hacer solidario de la república al pueblo de París que, cansado de revoluciones y desanimado por su infortunio, volverá a la monarquía por la intriga y los atentados de los enemigos de la libertad». Babeuf fue guillotinado en la madrugada del 8 de pradiel. Alta la cabeza, retadora la mirada subió al cadalso, cumpliendo gallardamente uno de los términos de su propia disyuntiva. Buonarroti fue recluido en la Isla del Diablo. Vivió quince años fuera de Francia al ser libertado. En ese interregno, publicó *La Conjuración de los Iguales*, la más completa historia crítica de la génesis, desarrollo y fracaso de la insurgencia socialista acaudillada por Babeuf, que fue la biblia de los revolucionarios de 1830 y de 1848.

VII. Sentido social de la Revolución francesa

Fuera está ya de toda controversia el criterio de Hipólito Taine. La Revolución francesa fue la explosión más exaltada y cabal de individualismo y de individualidades que registra la historia; pero fue, sobre todo, la revolución de la burguesía contra la monarquía absoluta y las relaciones feudales de propiedad, la afirmación victoriosa del liberalismo económico y del racionalismo político, la transformación social que desplazó en favor de los estratos medio y superior del Tercer Estado el control del poder, la riqueza y la cultura, y la llamada que inflamó a los pueblos oprimidos en su lucha por la libertad y la independencia.

La Revolución francesa ignoró la antinomia «burguesía y proletariado», tema cardinal del socialismo moderno. No podía ser de otra manera. Esa antinomia aún no había adquirido expresión objetiva ni era dable que la burguesía la concibiera subjetivamente. No es la Conspiración de los Iguales, ni las manifestaciones esporádicas del espíritu socialista a lo largo de su desarrollo, lo que caracteriza y define su sentido social. Lo que la caracteriza y define son las fuerzas económicas y políticas que la impulsan y la declaratoria de pena de muerte, aprobada por la Convención a propuesta de Robespierre, a todo el que abogase por una ley agraria «que implicara el reparto de los bienes nacionales» o cualquiera «otra subversión de las propiedades territoriales, industriales o comerciales».

El contenido preponderantemente burgués de la Revolución francesa cristaliza en el código civil de Napoleón. Si cada una de las Constituciones revolucionarias declaró inviolable y sagrado el derecho de propiedad privada, el código de Napoleón, punto de partida del régimen actual de bienes, excepción hecha de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de las naciones bajo su dominio, establece las plenas garantías procesales del principio. El estrato inferior del Tercer Estado poco cuenta en este cuerpo jurídico. Se prohíbe la huelga y la coligación de los obreros. El contrato de trabajo queda asimilado al de locación de servicios. Radicalmente distinta es la posición del patrono. Tiene derecho a organizarse, a cerrar sus industrias o comercios y a imponer las condiciones del salario.

La era de los privilegios feudales había concluido. Se iniciaba ahora, en nombre del pueblo, la era de los privilegios burgueses. Todos los hombres eran formalmente iguales ante la ley. Todos eran efectivamente desiguales ante la riqueza y la cultura. La libertad natural consistía en dejar hacer a los patronos y en no dejar pasar a los obreros. La fraternidad se reducía a un bello vocablo de coruscantes efectos retóricos en las conmemoraciones solemnes. Estos principios, aún irrealizados, constituyen, sin embargo, con la doctrina de los derechos inmanentes del hombre y la teoría del gobierno por consentimiento, el aporte imperecedero de la Revolución francesa y continúan siendo la obligada premisa de toda fundamentación económica de las relaciones de convivencia sobre el primado de la justicia distributiva, que es la aspiración céntrica de la democracia social, surgida dialécticamente de sus propias entrañas. La Revolución francesa fulgirá por los siglos de los siglos en el devenir de la humanidad.

La tremenda conmoción social y espiritual que acompaña al advenimiento del capitalismo moderno y de la democracia individualista galvaniza y madura la reflexión teórica sobre el ser de las nuevas formas de existencia y el deber ser de la sociedad. El pensamiento social asume, a partir de esta coyuntura, una forma sistemática de expresión. La concepción individualista de la convivencia inicia propiamente la historia de las doctrinas sociales. Sin este apresurado bosquejo del proceso de integración de esas doctrinas como parte constitutiva de su historia, el vasto panorama de escuelas, tendencias y corrientes que se han venido dispu-

tando el favor de la opinión pública durante los últimos cien años carecería de trasfondo y de perspectiva.

Publicado como capítulo de *Historia de las doctrinas sociales* en 1949. Tomado de su segunda edición, pp. 189-220.

De súbdito a ciudadano

Dos efemérides de significación universal se conmemoran en el mes de julio: la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la toma de La Bastilla por el pueblo parisiés. La conexión entre ambos acaeceres es más profunda de lo que suele imaginarse. Ambos forman parte de un mismo proceso y viabilizan el ascenso del Tercer Estado a las responsabilidades y deberes de la política, de la economía y de la cultura. Eso explica la sustantiva unidad de principios que muestran en sus documentos capitales las revoluciones norteamericana y francesa, la influencia de la teoría política y social inglesa en las concepciones norteamericanas y la indeleble impronta del *Bill of Rights* de Virginia en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*.

Aunque la revolución como hecho es ya registrada en las leyendas, tradiciones y anales de las altas culturas antiguas, no fue objeto de reflexión doctrinal hasta la aparición de Aristóteles. En su tratado *La Política* analiza, con riguroso criterio sistemático e impresionante acopio de datos, la naturaleza, las causas y los modos de evitar las revoluciones. El distingo que establece entre rebelión y revolución ha sido reiteradamente verificado por la experiencia histórica; pero aún suelen confundirse a menudo. Según el estagirita, la rebelión, producto de la desigualdad de honores, provechos y licencias, se contrae a la mera remoción de los gobernantes. La revolución, producto del despotismo político, de la injusticia económica, de los desniveles sociales y de la corrupción de las costumbres, se caracteriza por ser un intento de transformación total de la estructura y el sentido de vida de un pueblo. A tal punto es certero y fecundo el planteo aristotélico, que la sociología contemporánea lo adopta como un punto metódico de partida en el tratamiento del tema.

Ya hoy sabemos que las revoluciones no se inventan, ni se promulgan, ni se imponen, como puede acontecer, y acontece, con

las rebeliones, hijas legítimas del apetito de fusta y la ambición de riqueza. No se entra en ellas por generación espontánea. Un largo y hondo desarrollo las incuba, prepara y desata. Sólo cuando un pueblo se ve coactivamente impedido de labrar su propio destino, la revolución germina y madura. Su triunfo o fracaso dependerá, fundamentalmente, de la conciencia de sus fines, de la calidad de sus líderes, de la movilización de las masas populares y de las nuevas metas que brinde. Pero, aun fracasada, seguirá alentando mientras no se culmine. «Cuando un pueblo entra en revolución —sentenció José Martí—, no sale de ella hasta que la corona».

La Revolución francesa sigue siendo el modelo clásico de las revoluciones. La piqueta demoledora fue precedida por un estado de espíritu en radical disconformidad con la conformación histórica circundante. Los supuestos materiales y espirituales en que asentaba su dominio la monarquía absoluta habían sido ya removidos en la esfera del pensamiento, cuando ni siquiera se vislumbraban las barricadas. El pensamiento se tradujo en acción al adquirir ésta nítida conciencia de su cometido histórico, y, en consecuencia, legitimarse, como tal, ante la razón, el derecho y la moral. No se apelaba, pues, a la violencia como *prima ratio*, sino como *última ratio*, que es el más noble homenaje que puede rendirle la fuerza a la razón, su «previo rendimiento —como ha dicho Ortega Gasset— a las normas racionales». El acto revolucionario genuino ha sido siempre fruto de la razón exasperada por la irracional conversión del poder en nudo instrumento de opresión, medro y befa.

En el turbulento curso de la formación del nuevo espíritu que abatió la ciudadela ideológica del absolutismo, el pueblo descubrió su propia existencia y, por ende, su insito derecho a gobernarse a sí mismo. De la subalterna condición de súbdito que había sufrido durante siglos, el hombre pasó a la categoría de ciudadano, ser de fines inalienables y de derechos inmanentes. El albedrío y la dignidad de la persona humana como raíz y ápice de la filosofía política y de la convivencia social —barrunto socrático que el cristianismo recoge y expande y el Renacimiento redescubre y exalta— fue el aporte cardinal de la centuria de las luces a la concepción de la historia como hazaña de la libertad. Y, si bien algunos de sus frutos han perdido ya jugos y aromas, éste conser-

vará, perennemente, su pulpa y lozanía. No en balde proporcionó al pueblo conciencia de su destino y le reveló al hombre las vías de su integral redención.

Si torrenteras de sangre se han vertido desde entonces por infundirle carne histórica a ese ideal, jamás se han levantado tan enormes obstáculos en su camino como en nuestro tiempo. Los recursos de que ahora disponen los dictadores para enyugar a los pueblos son más numerosos y potentes que cuando la humanidad tremaba de esperanzas al oír los vibrantes y promisorios clarines del gallo de la democracia. A las viejas sujeciones de tipo autocrático, se añan hoy las de tipo totalitario. La libertad es perseguida y acosada en vastas zonas del planeta y, particularmente, en la cuenca del Caribe; pero no se da por vencida ni por convencida. Se nutre y robustece en la persecución, en la cárcel, en la tortura, en el destierro y en la muerte. Y de nuevo la suerte está echada, como en 1776 y 1789.

Sin fecha. Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 153-155.

Bicentenario de Montesquieu

Dos egregias figuras del intelecto europeo se asocian al nombre de Burdeos: Montaigne y Montesquieu. La barroca y febril ciudad de Aquitania ha conmemorado este año el bicentenario de la muerte del ya clásico autor de *El espíritu de las leyes*. No podría decirse en este caso que la ocasión sirvió de pretexto para actualizar, momentáneamente, un genio olvidado. La densa sustancia del pensamiento de Montesquieu conserva, aún, su lozanía y su sabor. Ha resistido, incólume, el impacto de todas las mudanzas y de todos los conflictos, algunos descomunales, que registra la historia de las dos últimas centurias. Su célebre teoría de la división de poderes es, todavía, la piedra de toque de la doctrina y del régimen democráticos. Algunas páginas suyas son, hoy, tan subversivas en la mayor parte del orbe, como pudieron serlo en las vísperas de la Revolución francesa.

Miríadas de artículos, folletos y libros se acumulan —refulgente corona de letras— sobre el nombre y la obra de Montesquieu. Casi todos se contraen a la glosa, exégesis, exposición y crítica de

sus ideas. Los estudios biográficos escasean y ninguno satisface, por incompletos o desvaídos. Ya Sainte-Beuve se quejaba de ello al trazar su admirable boceto del esclarecido pensador francés. Es sobremanera extraño, por lo demás, que ningún gran biógrafo contemporáneo se haya sentido tentado a resucitar su sosegada y tensa vida de escritor en el turbulento fresco de su época.

No deja de ser también extraño que haya pasado inadvertido en Cuba el bicentenario de la muerte de Montesquieu. Ciertamente es que el año ahora en tramonto ha sido duro, amargo y sombrío, como pocos, para el pueblo cubano. El margen para el comentario público de sucesos de esta índole es asaz reducido cuando el cuerpo y la conciencia sufren, diariamente, los brutales empujones de la autoridad desmandada y tupidas nieblas ensombrecen las perspectivas económicas. Pero, por lo mismo, es que resulta oportuno evocar a quien se planteó, como tema central de sus cogitaciones, la salvaguardia efectiva de la persona contra los abusos y restricciones de la arbitrariedad y del despotismo. Es como mentar la soga en casa del ahorcado. Nada más. Nada menos.

La razón argüida era suficiente para inducir a honrar la memoria del hombre que le puso las peras a cuarto al absolutismo. Pero, hay otras razones, igualmente válidas, que se derivan de la naturaleza de la profunda y vasta crisis que encara hoy el mundo y de la imperativa necesidad de infundirle nuevo contenido y mayor alcance al ultrajado ideal democrático. El camino más corto para poner en raya a la política de poder es la política de principios. No conviene olvidarlo. Sin ideas claras y definidas, rigurosamente articuladas en un programa y en una conducta, es muy difícil cambiar el curso de la historia. El río sigue fluyendo bajo un trémulo dosel de hojas secas.

Nació Montesquieu en el castillo de Brade, cerca de Burdeos, en 1669. Siguió, como su padre, la carrera de jurista. Fue consejero de Estado y presidente del parlamento de Guayana. A este alto cargo renunció en 1723 para consagrarse, exclusivamente, a leer, meditar, escribir y viajar. Meses antes había publicado *Cartas persas*, que abre el pliego de cargos de la Ilustración contra el antiguo régimen. Ingresó en la Academia Francesa en 1728. Recorrió media Europa, deteniéndose, principalmente, en Suiza, Holanda e Inglaterra. De vuelta en Francia, editó en 1731 las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, uno de sus libros más penetrantes, enjundiosos y eruditos. Veinte

años más tarde, vio la luz *El espíritu de las leyes*, la obra que le daría fama universal y rango señero en la historia del pensamiento político. Fue amigo y contertulio de todos sus pares y colaboró en la *Enciclopedia* con un fino ensayo sobre el gusto.

Montesquieu expiró en París, ya casi ciego, el 10 de febrero de 1755. A su concurrido sepelio sólo asistió, paradójicamente, un escritor: Denis Diderot. Como ha observado sagazmente Sainte-Beuve, el siglo XVIII, que muy pronto iba a marchar con ímpetu juvenil y que todo él se iba a dar cita —la última cita— en los funerales de Buffon, no estaba alistado ni aun en pie cuando murió Montesquieu.

La visión de conjunto con que suele apresarse el Iluminismo inclina, fácilmente, a caracterizarlo como unidad perfecta de pensamiento, estilo y conducta. Nada menos exacto. Harold Laski ha contribuido sobremanera a subvertir esa imagen falaz —tarea proseguida y coronada por Ernst Cassirer— en su libro *El liberalismo europeo*. Basta asomarse, un poco, a sus figuras representativas para percatarse, enseguida, de las diferencias de móviles, concepciones, perspectivas, objetivos y métodos que distinguen o separan a Montesquieu de Rousseau, a Turgot de Quesnay, a Holbach de Voltaire, a Condorcet de Linguet, a Helvetius de Diderot y a D'Alambert de Meslier.

Pero, si el pensamiento que aflora enérgico y llameante en el siglo XVIII adopta posiciones diversas e incluso antagónicas ante los problemas que arrostra y enjuicia, un ansia profunda de libertad y un aguzado sentido criticista lo vertebran, y contraponen, al *ancien régime*. Este es el rasgo que singulariza y define el espíritu enciclopedista. Quien abre la marcha es, precisamente, Montesquieu. Su censura de las supeditaciones y trabas ínsitas en los mecanismos políticos, económicos, administrativos, jurídicos y sociales de la monarquía absoluta, corre pareja con su apología de la solidez y flexibilidad del sistema constitucional inglés. En las *Cartas persas*, cuajada anticipación de madurez en plena mocedad, satiriza la organización social de su tiempo, poniendo, a contraluz, la servidumbre del parlamento, la dependencia del poder judicial, la corrupción administrativa, la incompetencia de los gobernantes y la riqueza de los obispos, «avaros que siempre toman y nunca entregan». Las ideas troncales de *El espíritu de las leyes*, su obra cimera, están ya en germen en este libro irreverente,

picante y embozado. No se atrevió a suscribirlo por justificado temor a dar con sus huesos en La Bastilla.

El espíritu de las leyes es, sin duda, uno de los tratados políticos más importantes de todas las épocas. No resulta hiperbólico parangonarlo con *La política* de Aristóteles, *De la monarquía* de Dante, *El príncipe* de Maquiavelo, *La república* de Bodin, el *Leviatán* de Hobbes y *El contrato social* de Rousseau. Cierra un ciclo de pensamiento e inaugura otro. Los zumos que fertilizarán el Estado de derecho, el movimiento constitucionalista, la doctrina democrática y el liberalismo social, manan, a borbotones, de sus páginas. No sólo eso. El libro contiene, además, tan rico veneno de reflexiones y atisbos históricos, sociológicos, jurídicos y económicos que Maxime Leroy llega a atribuirle a su autor la paternidad de las que denominara Dilthey ciencias del espíritu. Me parece excesivo. Pero, es indudable que sentó cardinales premisas y fecundas orientaciones para la fundamentación científica de la historia, la sociología, la economía, la teoría del Estado y la política social. En este sentido, Montesquieu se apartó, radicalmente, del normativismo *iusnaturalista* a la sazón predominante.

La meditación central de Montesquieu gira en torno a la preservación de la soberanía de la conciencia y de la dignidad de la persona humana contra los desafueros y restricciones del poder público. Era el tema vital de su tiempo, como vuelve a serlo en el nuestro. A crearle un sistema de garantías inviolables al libre desenvolvimiento del individuo, iba justamente enderezada su teoría de la división de poderes, que desarrolla, con ejemplar laconismo y convincente argumentación, en el capítulo VI de *El espíritu de las leyes*.

Según Montesquieu, en toda sociedad políticamente bien constituida la estructura del Estado debe reposar en tres poderes autónomos, que operen entre sí a manera de frenos y contrapesos: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. «Echaríase todo a perder —advierte— si el mismo hombre, o el mismo cuerpo de principales, o de nobles, o del pueblo ejercieran estos tres poderes: el de hacer las leyes, el de ejecutar las soluciones públicas y el de juzgar los crímenes y disputas particulares». En su viaje a Inglaterra, había observado que a esa efectiva división de poderes se debía la estabilidad de sus instituciones políticas y la fluidez de su vida social. No lo pasaría por alto la Asamblea de 1789. El artículo XVI de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* reza textualmente: «Toda sociedad en la cual no se halle asegurada la

garantía de los derechos, ni determinada la separación de los poderes, carece de Constitución».

Puede afirmarse que, a partir de esa memorable coyuntura, la relación entre el principio de la división de poderes y el principio del respeto a los derechos del hombre se ha impuesto como suprema norma constitucional. Donde los poderes se confunden discrecionalmente en una persona, en una oligarquía, en una clase, o en un partido, la persona humana se halla a merced de la persecución, la cárcel, la tortura, el destierro o la muerte. El derecho dimana de la fuerza y la fuerza se trueca en derecho. Impera, en suma, lo que Montesquieu llamó el despotismo.

Sin fecha. [El bicentenario de la muerte de Montesquieu ocurrió en 1955.]
Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 309-312.

Oriente y Occidente

Hasta el advenimiento del nazismo en Alemania circundaba a los Balcanes la siniestra aureola de ser el polvorín del mundo. Allí, entre reyezuelos de opereta y mariscales de cartón, las potencias rivales urdían intrigas y planeaban complots de todo género sin dar nunca la cara. Ni un comino les importaba que Belgrado, Sofía o Bucarest fuesen reducidas a pavesas y los pueblos de la levantisca península quedaran a merced de la indigencia. Iban a su negocio y eso lo justificaba todo. La demagogia a todo trapo y los historiadores a sueldo se encargarían luego de distribuir las responsabilidades entre los derrotados.

El polvorín ha cambiado hoy de sitio y bulle ya, preñado de amenazas, en el explosivo encuentro de Oriente y Occidente. No se trata sólo del conflicto ideológico y factual planteado entre la «democracia» y el «comunismo» y que tiene en Estados Unidos y en Rusia sus más destacados personeros. Es indiscutible que de la solución adecuada de este conflicto depende, en gran medida, la estructura venidera de la convivencia humana y el sólido establecimiento de la paz. Pero, con ser tan notorio y tan grave, como dice F. S. Northrop, «no es en modo alguno el único, ni tampoco el más importante». En un libro muy sonado, recientemente vertido al castellano, el citado autor, catedrático de filosofía y director

del Colegio Silliman, en la Universidad de Yale, ha abordado este candente y complejo problema con singular claridad, enérgico ademán y abundante información. Es, sin duda, una de las más valiosas contribuciones que se hayan hecho al estudio objetivo de las posibilidades de un entendimiento mundial.

No resulta ocioso referir, rápidamente, la historia de este libro. Hace algunos meses se efectuó en Honolulu, patrocinada por la Universidad de Hawai, una conferencia de filósofos orientales y occidentales con el objeto de hacer un análisis comparativo de la historia cultural de Oriente y Occidente. Northrop fue uno de los concurrentes a dicha reunión. En las sesiones de trabajo y en el curso de los debates, se distinguió por su huida interpretación de las cuestiones examinadas y por su nobilísimo afán de encontrarle armónico reajuste a los contrastes culturales y a los antagonismos políticos que minan hoy las relaciones internacionales y el mutuo entendimiento de los pueblos. Incitado por sus colegas, Northrop se comprometió a elaborar una tesis sobre la solución del problema básico de nuestro tiempo. El libro que inspira este artículo es el óptimo fruto de ese compromiso.

El estado de espíritu que ha seguido a la Segunda Guerra Mundial difiere, radicalmente, del que vino en zaga de la Primera. Northrop da por sentado este punto de vista en el prólogo mismo de su obra. En la posguerra anterior, la beligerancia de las ideologías jugó un papel subalterno en el desarrollo de los acontecimientos subsiguientes a la firma del armisticio. Se creía, simplemente, que se había peleado por «salvar al mundo para la democracia»; y se creía, asimismo, que la democracia había triunfado, definitivamente, al desmoronarse el imperio alemán. No demoraría mucho tiempo en cundir el desaliento, la intranquilidad y la confusión. El viento de otoño se llevó, con las hojas secas, los catorce puntos de Woodrow Wilson. El pacto de Versalles —que debía garantizar una paz justa— traía en su seno los gérmenes de la nueva hecatombe. Nadie se percató entonces —embriagadas las masas populares por el espejismo— de que se había sustituido el campo de batalla por la continuación de la guerra mediante otros medios. Ahora, por el contrario, saltan, por todas partes, los conflictos ideológicos. Ninguno más visible y pavoroso que la pugna creciente entre la «democracia» y el «comunismo». Son ya muy pocos los que admiten, de buena fe, la coexistencia pacífica de ambos. El sangriento episodio de Corea —puro campo de experi-

mentación de gigantes que se tantean antes de acometerse en lucha abierta— demuestra, inequívocamente, la actitud resuelta del denominado bloque occidental, encabezado por Estados Unidos, ante la política de expansión soviética en Asia y Europa. Sobremanera grave sería que la independencia de Corea quedase comprometida y la asolada nación transformada en mera cabeza de playa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Stalin se frotaría los bigotes de gozo.

Pero hay otros conflictos ideológicos, no menos voluminosos, ni menos trascendentes que el aludido. Northrop traza una animada pintura de las principales discrepancias que desgarran a la humanidad en esta coyuntura decisiva. Palestina es un foco activo de desavenencias, incomprensiones y recelos. Judíos y árabes están a la greña. Acaece lo propio entre hindúes y mahometanos en la India. El inmenso país está escindido y perturbado por contrapuestas concepciones sociales, religiosas y culturales. No es distinto el conflicto, en el plano de las divergencias religiosas, en Europa y América. La dogmática católica choca con la dogmática protestante. De análoga manera, incluso en Japón las doctrinas políticas y las observancias religiosas inspiradas en el sintoísmo combaten las provenientes del confucionismo, el taoísmo y el budismo. Y, en esta zona del planeta, los ideales y valores tradicionales de nuestra cultura están en discrepancia con los que encarna la América anglosajona. Parece evidente, a todas luces —concluye Northrop—, que en estos casos el disentimiento tiene raíces más éticas que empíricas. Aún se sigue apelando a Ariel frente a Calibán.

Según el filósofo norteamericano, ha llegado el momento de afrontar y, de ser dable, resolver a fondo estos conflictos ideológicos. De soslayarse pragmática o cobardemente los requerimientos de la realidad, las concepciones políticas, las instituciones sociales, los ideales éticos y las aspiraciones religiosas, a causa de su recíproca incompatibilidad, continuarán engendrando la incomprensión, el odio y la guerra. Vasta, fatigosa y difícil tarea la de unir a los hombres en un mundo enemistado y convulso. No cabe ya seguir creyendo que las enmarañadas y profundas motivaciones de esos conflictos pueden eliminarse, en la práctica, dentro de los areópagos diplomáticos o en la caldeada atmósfera de la plaza pública, donde se enarbolan irreflexivamente las consignas, actúan intereses soterrados y se encienden las más bajas pasiones, a no ser —advierde Northrop— «que los problemas

planteados sean primero escudriñados hasta sus raíces y resueltos después, en teoría, dentro de la serenidad del gabinete de trabajo, donde puede determinarse cuidadosamente el significado de vocablos tales como democracia y comunismo y examinarse de modo más objetivo los problemas que entrañan». A ese empeño —oportuno, importante y difícil— es que se consagra, precisamente, su libro.

El encuentro de Oriente y Occidente —ya previsto por Herman Keyserling y anhelado por Romain Rolland— ha promovido conflictos ideológicos de tan hondo y largo alcance que los otros han venido a convertirse en ingredientes parciales de la situación general. Si la Primera Guerra Mundial tuvo su origen en los Balcanes y la mayoría de las batallas se sostuvieron en el continente europeo; la Segunda comenzó en Oriente, con la invasión japonesa de la Manchuria. La ausencia deliberada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones y su torpe política aislacionista le roturan el surco a las potencias totalitarias, que se despachan a su gusto, con la complacencia y apoyo de los círculos reaccionarios de los países democráticos. Mussolini abrió la marcha con la conquista de Abisinia. Estalló, enseguida, la «guerra civil» española, en la que participaron, en propio beneficio, Italia y Alemania, por un lado, y Rusia por el otro, mientras Inglaterra y Francia, dominadas sus esferas dirigentes por una obtusa perspectiva del curso de la historia, propiciaron el desplome de la república y la instauración de un régimen típicamente fascista, al servicio del eje Roma-Berlín-Tokio. Serían muy pocos los asombrados al contemplar, pocos meses después, la vergonzosa rendición de ambas naciones en Munich. Bajo el agorero paraguas del primer ministro más nefasto de Inglaterra, se pactaría, descocadamente, el desmembramiento de Checoslovaquia.¹⁰ Arrastradas Inglaterra y Francia a la guerra por la artera invasión de Polonia, las divisiones nazis darían pronta cuenta, en fulgurantes paseos militares, de Dinamarca, Noruega y Bélgica, en tanto que la Rusia soviética —retorciendo maquiavélicamente, una vez más, la dialéctica marxista— pactaba con el agresor nazi, hasta entonces considerado como el enemigo público número uno de la democracia, el progreso y el socialismo. Pero Alemania no se

¹⁰ En el Pacto de Munich, Chamberlain y Daladier acordaron con Hitler que Checoslovaquia cedería a Alemania los territorios de los Sudetes, a condición de que esta fuera su última reclamación territorial en Europa. (N. del E.)

contentaría ya con los territorios sometidos. Su voluntad de imperio no era una entelequia. Sorpresivamente, Rusia fue atacada; y, culminando la cadena de asaltos iniciada en la Manchuria, aviones japoneses bombardearon, sin previa declaración de hostilidades, la base naval de Pearl Harbor, cerrándose así el dramático ciclo. No fue, pues, ni la invasión de Polonia, ni la caída de Francia, ni los bombardeos de Londres, ni la agresión a Rusia, lo que determinó la entrada oficial de Estados Unidos en la guerra; fue el ataque de una potencia oriental.

Los fenómenos universales que se manifiestan en la posguerra más agitada de que se tiene memoria, corroboran, palmariamente, el carácter global del conflicto. No sólo en Occidente el nacionalismo prolifera con rabioso ímpetu. También el nacionalismo está haciendo su agosto en las tierras secularmente oprimidas, depauperadas y resentidas de Asia. Nada bueno augura, para la paz del futuro, esta oscura torrenciosa de pasiones exacerbadas. Las consecuencias que implica este peligroso avatar ahí están: mientras no se logre una efectiva concordancia de los múltiples intereses y apetencias discordantes, armonizándose los contrastes que hoy parecen irreductibles, las guerras que en cada generación ha sufrido Occidente, cada vez más dilatadas y brutales, se propagarán no sólo al Japón, sino a la totalidad de Asia. «Ya no bastará —precisa Northrop— clavar la mirada vigilante en los Balcanes, el corredor polaco o el territorio del Rin. Dondequiera existen puntos de peligro: en el Pacífico meridional, en Manchuria septentrional, en la Mongolia exterior, en Birmania, en la América hispana e inclusive entre las provincias musulmanas e hindúes de la India».

Pero este es sólo un aspecto del problema. No se limita el Asia desperezada y revuelta a responder, agresivamente, a la dominación económica, política y cultural de Occidente. Se esfuerza, al par, por transmitir e imponer sus concepciones políticas, culturales y religiosas. Dos lecciones debe derivar Occidente de estos hechos: la primera, que ya Oriente ha abandonado su actitud tradicional, ovejuna y receptiva; la segunda, que esta aproximación, en forma de impacto, lo mismo puede ser perniciosa y desmoralizadora que saludable y benéfica. «El resultado depende —afirma Northrop— no sólo de Oriente, sino también de Occidente, y, en particular, de que cada uno de los dos conozca los valores e intereses del otro así como los propios». Pero lo primordial es tener

siempre presente que Asia ha resuelto labrarse su propio destino y aspira a participar en la solución de los problemas mundiales.

Conviene puntualizarlo. Es ésta la primera vez en la historia que Oriente y Occidente se encuentran envueltos en un ciclo histórico, cuya naturaleza, características y modalidades están dadas por ambos. Urge, pues, la convivencia y la fusión. Hora es ya de que Occidente se apreste a comprender a Oriente si quiere comprenderse a sí mismo y a combinar los intereses y valores en pugna para evitar nuevas tragedias, amarguras, frustraciones y derramamientos de sangre. No fue una guerra racial, entre Oriente y Occidente, la Segunda Guerra Mundial. Oriente estuvo tan dividido como Occidente. China y parte de la India pelearon junto a las potencias democráticas y Rusia; los japoneses anudaron sus intereses y aspiraciones a los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini. El camino para el entendimiento y la amistad está abierto. Y podrá transitarse fecundamente, si se resuelven los problemas fundamentales que tienen, a la vez, planteados en su seno, Oriente y Occidente.

Es sumamente significativo que lo mismo el belicoso samuray, que el vegetariano Gandhi, que el avisgado Mao Tse-Tung o el pacifista Nehru, hayan recurrido, para justificar su posición, a la idea occidental del nacionalismo político. No lo es menos que el alemán Marx y el ruso Lenin, que propugnan la plena realización de la democracia, se opongan, implacablemente, a la libertad de creencia y de expresión que constituye su esencia. Y, unos y otros, protestantes y católicos, judíos y árabes, mahometanos e hindúes, ortodoxos y ateos, se muestran recelosos entre sí, cuando no francamente hostiles, a pesar de la influencia recíproca de sus ideas, costumbres, sentimientos y apetitos. El abismo suele ser más hondo en el campo de la conciencia religiosa. Los adherentes al cristianismo motejan, despectivamente, de falsas, inferiores, negativas o paganas a las religiones orientales. No se quedan atrás los sabios orientales al juzgar las religiones occidentales.

Esta situación de hecho indica, meridianamente, que los problemas relativos a la guerra y a la paz, precisa plantearlos prescindiendo de criterios puramente valorativos. La pretensión de monopolizar la fe, la verdad y la virtud complica y ahonda los conflictos ideológicos entre Oriente y Occidente. No hay otra vía, para superarlos, que lograr una fórmula de entendimiento que, salvando los particularismos históricos, culturales y reli-

giosos, sustente en una síntesis dinámica la convivencia de todas las ideologías y todas las estructuras sociales. Si Estados Unidos, Inglaterra, Rusia, Francia y China aspiran a vivir en paz, es indispensable que teórica y prácticamente arriben a un acuerdo que elimine los obstáculos que hoy se alzan erizados de riesgos en el horizonte visible. Esa interpenetración pacífica de los contrarios conducirá, paulatinamente, a la integración orgánica de un solo mundo y al reino, hasta ahora utópico, de la paz perpetua soñada por Kant.

«La solución del problema básico de nuestro tiempo —concluye el profesor Northrop— está en la elaboración de un ideal cultural de carácter más vasto y verdaderamente internacional, que proporcione las bases intelectuales y sentimentales, científicamente fundadas, para una soberanía parcial del mundo. Dicho ideal debe definir también el criterio para conectar la democracia y el comunismo, los valores medioevales del catolicismo y los modernos del protestantismo, así como las institucionales occidentales y orientales, de suerte que se apoyen y sostengan entre sí, en lugar de combatirse y destruirse».

Los hechos del inmediato futuro dirán si la audaz y generosa tesis de Northrop es válida o no. Ya dijo Heráclito, hace veinticinco siglos, que la contradicción es la madre de todo progreso. Pero, mucho antes que el enigmático profeta de Efeso, el filósofo chino Mo-Tzu había lanzado esta interrogación, todavía sin respuesta: «Donde difieran las normas habrá oposición. Mas, ¿cómo pueden unificarse las normas del mundo?»

Fechado por Roa: 5 de noviembre de 1950. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 476-481.

Sermón laico

La Asociación de Estudiantes Evangelistas Universitarios, que lleva a orgullo como oriflamma encendida su fe religiosa, ha querido que yo, desvinculado radicalmente de todo credo, confesión a iglesia, diga unas palabras en este acto. Y aquí estoy, entre vosotros, en trance de predicador laico. No hubiera podido ser de otra suerte. Los sectarios del César-papismo me habrían exigido abjurar, previamente, a mis ideas, para recibirme entre ellos. Los jóvenes

evangelistas me aceptan como soy. Entre aquéllos y yo, resulta ocioso aclararlo, no hay punto de contacto alguno. Entre éstos y yo existe, en cambio, más allá de nuestras discrepancias —lo testimonia ampliamente mi presencia en este púlpito—, un vínculo entrañable: nuestro culto común a la soberanía de la conciencia, que es la raíz misma de toda libertad.

Los César-papistas no conciben la libertad sino como derecho inalienable a imponer, totalitariamente, sus criterios, interés y apetencias hasta la hoguera inclusive. Los jóvenes evangelistas y yo la concebimos como suprema flor de tolerancia. Sin tolerancia no hay disidencia. Sin disidencia, no hay libertad. La libertad necesita, para vivir, del oxígeno de la polémica. Necesita, para ser, el flujo constante de la contradicción. La libertad se agosta y muere en el invernadero del dogmatismo. De la disputa, brota la luz. De la contradicción, la concordancia de lo discordante. «No comprenden —afirmó hace dos mil años Heráclito de Efeso— cómo la verdad, discrepando de sí misma, concuerda consigo misma: armonía de lo antagonico como en el arco y la flecha». Decir la que se piensa, ya sobre lo temporal, ora sobre lo divino, es, pues, un derecho natural. Impedir que se diga, un pecado de lesa humanidad. Desde Sócrates hasta hoy, el hombre defendió siempre este derecho a señorear sobre sí mismo con dramático denuedo.

Necesita ahora defenderlo como nunca. Medio mundo tiene hoy la conciencia secuestrada. Reinan en él la mentira y el odio. El otro medio pugna, desesperadamente, contra ese dogal siniestro que enmudece y humilla. Sin la total destrucción del complejo de relaciones sociales que engendra el odio y la mentira, la libertad no tendría ya asiento en el mundo. El triunfo de la intolerancia —esa «extensión hacia afuera del dominio exclusivo ejercido dentro de nosotros por la fe dogmática», como dice Guyau— será el triunfo de la muerte sobre la vida, la muerte del hombre sin sábado de gloria. La libertad tiene otra vez que blandir la espada, tiene que transfigurarse de nuevo en arcángel rebelde, tiene que hacer la guerra de la paz, tiene que mostrarse irreductiblemente intolerante con la intolerancia. Sólo así cobrará sentido esta gigantesca catástrofe. Y sólo así podrá instaurarse en el mundo el poder de la verdad y la autoridad del amor.

Conviene advertir, sin embargo, que ni la verdad ni el amor se dan por añadidura. Para merecerlos, precisa conquistarlos; y, para conquistarlos, hace falta fe profunda, fe de mártir, en la verdad y

el amor. La fe que precisamente vengo a defender esta noche. La misma, en el fondo, estoy seguro, que os inflama a vosotros, jóvenes evangelistas. Permitidme, en consecuencia, que os hable más como compañero y amigo que como profesor. En horas como ésta, en que está en juego el destino mismo de la especie, la única profesión genuina es la de hombre. Ningún título más alto que éste. Ni actividad más fértil y enaltecida que la de ejercitar los espinosos deberes que su doctorado impone.

Si se examina objetivamente la actual estructura social del mundo, el sistema de relaciones en que nuestra vida está inserta, resultará forzoso concluir que no responde ni a la verdad ni al amor. El juicio asume universal validez si se aplica a las épocas pretéritas. Jamás, en ningún momento de la historia, la estructura social ha respondido, en efecto, a la verdad y al amor. Oíd esta voz milenaria que viene abrasada por el fuego de Judea: «¡Anatema sobre quienes añaden casa a casa y añaden tierra a tierra, hasta que ya no quede sitio libre y posean solos el país! ¡Anatema sobre quienes decretan leyes inicuas y suscriben amenazas injustas para oprimir a los pobres en el juicio y violan el derecho de los desheredados de mi pueblo, para hacer de las viudas y de los huérfanos una presa de los ricos!» Escuchad esta otra, que tiene en vosotros resonancia inefable: «Más fácil entrará un cable en el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos». Y ahora ésta, catorce siglos después: «Os digo, amados hermanos, que nunca marcharán bien las cosas en esta Inglaterra mientras los bienes no sean propiedad común de todos, mientras existan siervos y señores. ¿Por qué derecho son los lores más poderosos que nosotros? ¿Cómo ganaron aquéllos sus privilegios? ¿Por qué nos tienen bajo su servidumbre? Si todos procedemos del mismo tronco, de Adán y Eva, ¿cómo podrán decir y aun probarnos, que son ellos mejores que nosotros, si no es porque malversan con su opulencia lo que nosotros ganamos con el sudor de la frente? Ellos gozan del reposo y el bienestar en magníficas casas, mientras que nosotros sufrimos el yugo del trabajo bajo la inclemencia del viento y la intemperie». Las palabras que ahora transcribo pertenecen a Thomas Münzer, el gran orador sagrado de Turingia, compañero de Martín Lutero: «Contemplad esta casta de usureros; el robo y el latrocinio ejercen su imperio sobre nosotros, queriendo extender su dominio sobre todas las criaturas, peces del agua, pájaros del cielo y plantas de la tierra, como si todo fuera suyo. No

robarás: Dios lo ha mandado. El pobre aldeano, el artesano humilde ha de vivir matándose; pero si tocan lo más mínimo que es propiedad ajena, entonces se les condena a morir en la horca. En cambio, el señor puede hacer impunemente lo que al hombre le está prohibido. Manifiesta injusticia, origen de las revueltas y de las que nada bueno puede esperarse». «Nosotros enseñamos —afirma el pastor protestante Federico Maurice, fundador con Charles Kingsley del cristianismo social— el verdadero socialismo y la verdadera igualdad. Nada espero del *laissez-faire*. La escuela de Manchester, que proclama la sumisión del hombre a una naturaleza artificialmente eternizada en beneficio de la plutocracia, es una escuela de mezquindad, de hipocresía, de anarquía y de ateísmo. Todo sistema social que favorezca la acumulación del capital en un reducido número de manos, que despoje a las masas del suelo que sus antepasados cultivaron y las conduzca a la condición de jornaleros y de siervos, que tengan que vivir de salarios y de limosnas, es contrario al reino de Dios que Jesús ha proclamado». «Si sois cristianos —concluye sentenciosamente—, debéis ser socialistas. La bandera del socialismo es la cooperación; la del antisocialismo es la competencia. Hay que hacer penetrar en la iglesia el mensaje social de Jesús y poner de manifiesto que el socialismo es necesariamente la expresión económica de la vida cristiana. El mundo no podrá ser cristianizado mientras no lo esté previamente la industria».

Yo podría complementar esta apresurada reseña con la crítica social laica frente a la problemática en cuestión. Resulta innecesario a mi propósito. Discrepa, sin duda, de la crítica social religiosa en la fundamentación filosófica y en los métodos enderezados a superarla; pero coinciden ambas en el repudio de la actual estructura social del mundo, incompatible, por naturaleza, con la verdad y el amor. Verdad es, para los que rigen el poder público y usufructúan la riqueza, sólo lo que sirva a su predominio. Ya se ha visto como Adolfo Hitler define el derecho: es todo aquello que conviene a Alemania. Los grandes magnates de todos los países no la definen, en rigor, de otra manera. «Precio justo —sostenía Tomás de Aquino— es aquel que permite vivir holgadamente al propietario sin poner a ración al consumidor. Salario justo es aquel que garantiza las condiciones de existencia del trabajador y le permite llevar una vida decorosa». Acrecer el patrimonio propio, a expensas del consumidor y del obrero, es hoy el objetivo que

persigue el propietario. Cuanto se encamine a lograrlo, es derecho; cuanto se oponga, desorden, injusticia, rebeldía. El derecho a la vida de los demás no entra en sus cálculos ni se registra en sus libros de cuentas. Lo que importa es hacer primar el suyo. Y, en ese camino, nada los detiene, ni preocupa. Ni aun las cosas más solemnes y respetadas. Si pudieran convertir el templo en bolsa o en mercado, no vacilarían en hacerlo. En algunas partes ya lo han hecho.

«Nadie —postuló San Pablo— debe comer sin trabajar»; pero nadie, añadido yo, tiene derecho a vivir del trabajo ajeno. Mientras esta fórmula no rija las relaciones entre los hombres, no habrá, no podrá haber, justicia social. Y son muchos, desgraciadamente, los que están empeñados en que no la haya. Son muchos los que enfeudan el espíritu de la democracia a la letra del capitalismo. Son muchos los que recitan, de lengua afuera, los versículos centelleantes del Evangelio. Son muchos los que tiran la piedra y esconden la mano, los que le encienden una vela a Dios y otra al diablo. Forman todos la sombría legión de los asesinos de la verdad y del amor, los enemigos de la tolerancia y de la libertad, los que sobre las espaldas flageladas de los pueblos entonan cánticos sagrados, los que enarbolan el ideal religioso para enmascarar el puro afán de señorío temporal que los inspira. Para perpetuar este monstruoso maridaje se han concitado, en estos últimos tiempos, las potencias tenebrosas de la historia, disputando su hegemonía en los campos de batalla. Si triunfasen al cabo, también vosotros seríais derrotados aunque vuestros templos permanecieran abiertos, perspectiva además sobremana problemática. La experiencia de los pueblos invadidos por las mesnadas de Hitler demuestra que la camisa de fuerza del nazismo no tolera más voz que la del cómitre en el campo de concentración, ni otra protesta que el gemido de dolor o la rabia de la impotencia. La esclavitud total es el fruto maldito de la guerra total. Igual acontecería si los regímenes democráticos no se transformasen internamente en el curso de este magno duelo, si no se cristianizaran efectivamente, para decirlo en vuestro lenguaje. Es necesario, en consecuencia, pelear contra el eje totalitario y contra todos los ejes; pelear por nosotros, por todos los que han perdido su libertad o la seudoviven. La libertad, como idea o como impulso histórico, no tolera supeditaciones, so pena de perder su raigal significado. La democracia, que tiene en la libertad su fuerza motriz, es horizonte ascendente

y no coto de caza, es patrimonio de todos y no capellanía de mercaderes y demagogos. Hasta ahora, en gran parte, no ha sido otra cosa. No precisa sacar el pescuezo de esta isla infortunada para verificar lo que digo; basta sólo asomarlo por la ventanilla del tranvía. Si peleamos por la democracia es, precisamente, para transformarla en estilo auténtico de vida, para que llegue a la granazón de sus frutos mejores, para que el hombre se realice a sí mismo en la plenitud de sus afanes y aptitudes. Sólo mediante la regulación equitativa de la vida patrimonial, podrá salvarse la soberanía de la conciencia, el santo derecho a la herejía. Sólo mediante una organización racional de la sociedad, podrá salvarse la verdad, podrá el hombre mirar en torno sin vendas impuestas ni antifaces hipócritas, en infatigable braceo por ver las cosas como son, por encontrarse con ellas cara a cara y demandarle a la naturaleza, la frente alta y el pecho descubierto, el secreto de su destino. Sólo mediante la fraternidad entre todos los hombres, podrá salvarse el amor. Y, sólo así, la democracia dejará de ser lo que ha sido, en buena medida, hasta ahora: el gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo. Para ser efectivamente, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; y, por eso, es a éste a quien corresponde, a nosotros que formamos parte de él, ponerse al servicio de la verdad y del amor.

Esa es mi fe, mi fe profunda, mi fe de mártir, que es también la vuestra. No necesitáis decírmelo. Está en vuestros ojos, riega vuestras venas, alimenta vuestra conducta. Somos, además, hijos de un mismo espíritu: juntos hemos aprendido a honrar a nuestros héroes, a indagar sin prejuicios en la naturaleza de las cosas, a comportarnos siempre con el espinazo inflexible, a acunar en lo más íntimo de nuestro ser el ensueño y la esperanza. Somos jóvenes y nada puede arredrarnos. Por muy cargado que aparezca el horizonte, sabemos que el callejón sin salida no se da nunca en la historia. No hay crisis sin solución. La nuestra, ésta que vivimos dentro y fuera de nosotros, no puede ser excepción. Crisis significa cambio. Nuevas metas y nuevos mitos. Frente al alma desencantada, se alza siempre, en bizarro desafío, un alma encantada, limpia de angustia y repleta de fe. Pico de la Mirándola saludó, estremecido de júbilo, el advenimiento de la dignidad humana, en un mundo retorcido de terrores y en desintegración progresiva. Hoy, de la entraña deletérea de un mundo en crisis, brota un esperanzado clamor por el hombre pleno, dueño de su circuns-

tancia y apto para transformarla en beneficio suyo, hasta ahora frustrado por la convivencia antagónica. El Renacimiento y la Reforma aportaron al hombre la idea de su unidad inalienable. La crisis actual conlleva, de superarse victoriosamente, los elementos de su efectiva integración. Contribuir a ello, es el gran deber que a todos nos impone nuestra profesión de hombres. Sepamos cumplirla con entera dignidad. Derrotados o triunfantes, habremos colmado nuestra vida de sentido. Triunfantes o derrotados, habremos ofrendado lo mejor de nosotros a instaurar en el mundo el poder de la verdad y la autoridad del amor. «En la cruz —dijo José Martí— murió el hombre un día; pero hay que aprender a morir en la cruz todos los días».

Discurso leído en la Catedral Bautista de La Habana el 30 de junio de 1942. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 518-523.

La lección de Jesús

Si a lo largo de su curso el rico y potente caudal de la civilización occidental se ha nutrido de numerosos afluentes, debe, empero, sus aguas más profundas, a la cultura grecolatina y a la tradición cristiana. Aporta la primera el concepto de la estructura racional de la naturaleza humana, y la segunda, el problema de la responsabilidad del hombre, por ser la libertad, que es elección, la esencia que lo caracteriza y define como sujeto creado por la divinidad. En los dualismos descubiertos por aquélla en el mundo de la conciencia, hunden sus raíces las más ingentes hazañas del pensamiento moderno; el descubrimiento de la unidad de espíritu y cuerpo, que proyecta socialmente al hombre a partir de sí mismo y hace de la inviolabilidad de la conciencia la clave de la dignidad de la persona, representa la contribución imperecedera del cristianismo a la convivencia humana.

Ni que agregar tengo que es la síntesis de ambas visiones de la vida y de la historia la que le infunde sentido a la totalidad del proceso. Ni razón frente a espíritu, ni naturaleza frente a albedrío, ni inmanencia frente a trascendencia: razón y espíritu, naturaleza y albedrío, inmanencia y trascendencia dialécticamente fundidos en la comprensión de las limitaciones de la realidad y en el querer iluminado por la llamarada inextinguible del ideal. Bacon y

Moro simbolizan, en la *vita nuova* entrevista por Dante, la antítesis de esa síntesis, y Vives y Galileo, la síntesis de esa antítesis. Pudo superarse, en aquella sazón, la antinomia generada por el Renacimiento y la Contrarreforma si hubiera triunfado la tesis del erasmismo español, que propugnaba la integración de la herencia grecolatina y de la tradición cristiana con las nuevas creaciones de la razón liberada.

Las tensiones y polaridades originadas por este desgarramiento de la conciencia europea configuran y dominan, hasta nuestros días, las etapas posteriores del desarrollo de la sociedad occidental. Si bien es cierto que el derrocamiento del absolutismo, la filosofía de la Ilustración y las revoluciones emancipadoras de América tienden a soldar la fractura, no lo es menos que ésta se ahonda y agrava por el predominio del régimen de mercado y la patológica desviación de la técnica. Cada vez más se contraponen espíritu y razón, naturaleza y albedrío, inmanencia y trascendencia. Se rompe el connubio entre derecho y obligación. Saber y deber se bifurcan y convergen mando y riqueza. La concepción mecanicista de la naturaleza humana, bisectriz de un triángulo formado por Maquiavelo, Hobbes y Marx, se impone avasalladora y el hombre queda reducido a mera tuerca. El contenido moral de la justicia positiva se evapora y, por ende, el derecho se descristianiza. Medios y fines se confunden y pervierten. La emoción evangélica truécase en dogma y se marchita el sentido religioso de la vida. Se compra y vende el trabajo como una mercancía. «Las cosas —había sentenciado Kant— tienen precio; los hombres, dignidad». Al ponerse precio a la dignidad, el hombre se cosifica y la persona deja de ser el centro de la vida civil, comenzando, en vastas áreas del planeta, la progresiva declinación de sus fueros, que el poder va sustrayendo, compulsivamente, hasta llegar a subsumirla en el idiotismo aquiescente del rebaño. El drama alcanza su clímax en los Estados totalitarios y, particularmente, en el leviatán soviético, en que imposición y obediencia son términos correlativos. Y ofrece rasgos muy semejantes en los países, aquende la cortina de hierro, en que la única fuente de la autoridad es la violencia. Con pareja carencia de entrañas se humilla, persigue, encarcela, tortura, proscribire o aniquila al disidente.

Resignarse ante la injusticia, la degradación, el despotismo y la miseria, es signo de flaqueza ante los retos de la historia. El dolor lacerante de estos tiempos no es producto, precisamente, de la

fatalidad, como creyeron los griegos y romanos testigos y actores de la decadencia de la *polis* y de la caída del imperio. Lo trajo el hombre y el hombre puede extirparlo. Nada nuevo necesita inventar para conseguirlo. Bástale poner la ciencia al servicio de una concepción justa de los fines de la vida y renovar los supuestos del régimen democrático, fundado en la autoridad consentida y legitimada por el espíritu, la razón y la voluntad. Cristianizar, en suma, como dijera Toynbee, el contenido de la organización económica, política, jurídica y social emergente de la revolución industrial y, en consecuencia, restituirle al hombre el albedrío que le arrebató el Estado-poder, la dictadura de partido y la mecanolatría, en nombre de una seguridad apócrifa y de un progreso externo. Cada pueblo merecerá el pleno disfrute de lo que haya conquistado en la consecución de la meta.

Hace muchos siglos Jesús ofrendó su sangre para garantizarle a los hombres la inmortalidad de su sobrevivencia en el seno de Dios. Muchos siglos después bien valen los riesgos, sacrificios y abnegaciones que comporta esta empresa de salvación del género humano en el mundo temporal en que hace su historia perdurable. Morir con sábado de gloria es la egregia lección que nos legara el dulce y valeroso rabí de Galilea.

Sin fecha. Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 222-224.

Abstracciones concretas

El problema de la discontinuidad del derecho plantea dos cuestiones, aunque conexas, de orden distinto: una lógico-jurídica y otra ético-política. Importa y preocupa más la primera, por su índole técnica, al jurista; la segunda interesa y afecta, por su alcance social, al común de la gente. Ni que añadir tengo que es sobre este aspecto del tema que he de ocuparme.

Si en el terreno ético la continuidad —el fluir de que hablara Leibniz— se traduce en la querencia histórica de un ideal que jamás agota sus contenidos, en el campo político es, como ha dicho Fernando de los Ríos, un arquetipo hacia el que tiende la comunidad anhelosa de «concordar, plena y radicalmente, las acciones de la voluntad con la norma o principio que define la

naturaleza de esta misma voluntad». Cuando es nudo afán de poder, la política se mueve fuera del ámbito de la ética y carece, por ende, de fines trascendentes y de tabla de valores; mas, cuando es medio para satisfacer propósitos cardinales a la vida humana —redimir sus miserias, ampliar su horizonte, enriquecer su sentido—, la ética es su cauce natural de desarrollo.

Los diversos obstáculos que se oponen a que el sujeto individual alcance el ideal de su voluntad moral y a que el deber ser jurídico prime en la política constituyen la trama misma del fenómeno de la discontinuidad del derecho. La arbitrariedad y la injusticia son, sin duda, los más relevantes y nefastos. Ninguna de ambas entraña, sin embargo, una ruptura tan decisiva de la continuidad del derecho como la revolución; pero ésta, al traer consigo un Estado más justo, adquiere significado ético y legítima su acción.

La historia de la política condicionada por la ética puede definirse como la lucha secular del sentimiento jurídico de los pueblos contra la arbitrariedad y la injusticia. En los tiempos modernos, y como resultante de la confluencia de la tradición grecolatina, del espíritu del cristianismo primitivo, del individualismo renacentista y de las corrientes doctrinales que alimentan el movimiento constitucionalista, esta lucha le asigna al derecho el reconocimiento de la persona como ser de fines y de arbitrios inmanentes. La *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, el *Bill of Rights* de Virginia y el advenimiento del régimen democrático son jalones estelares de ese proceso; y la consagración de los derechos económicos y sociales del individuo en el Tratado de Versalles y su prolija recepción, conjuntamente con los relativos a la persona, en años recientes, representan la luminosa coronación de una batalla unguida con «sangre, sudor y lágrimas».

Suele identificarse, a menudo, la arbitrariedad y la coacción. La arbitrariedad, residuo impuro de la combustión jurídica, es «el mandato coactivo, esto es, provisto de *imperium*, llevado a cabo por órganos del poder, fuera de las leyes». Su fundamento es el capricho, y, a la par que contradice la generalidad de la ley, que es su característica, la vacía de contenido al vulnerar su esencia. Se trata, desde el punto de vista jurídico, de «mandar contra ley y con *imperium*».

La coacción, elemento constitutivo del derecho según Ihering, «es la exigencia de una obligación resultante del mutuo *consensus* social y fijada en la ley». Asienta su cumplimiento en un imperati-

vo moral y no en el sometimiento de la persona. Es, pues, tanto derecho cuanto deber para el Estado. No cabe decir, en consecuencia, que toda coacción es una arbitrariedad. En el régimen constitucional, el elemento fuerza que aparecía en la coacción se disuelve al convertirse el mandato inexorable de la ley en obligación personal, en adhesión de conciencia, ya que es el ciudadano quien crea aquella a través de su participación en las decisiones del poder público. Sólo cuando éste es fruto del consentimiento cabe afirmar que la ley es mía, y, por tanto, acatarla y cumplirla es deber insoslayable.

El derecho a la revolución y el de resistencia a la tiranía surgen, precisamente, para restablecer el arbitrario quebrantamiento del orden jurídico emanado de la voluntad soberana del pueblo. Los antecedentes de ambos derechos, recogidos y exaltados en las revoluciones francesa y norteamericana, se remontan a la Carta Magna y a los Fueros Aragoneses, y cuentan con defensores del calibre de Tomás de Aquino, Salisbury, Mariana, Locke, Rousseau, Jefferson y Martí.

La solución de los problemas planteados por la discontinuidad del derecho —harto conocidos por quienes sufren sus trágicas consecuencias aquí, allá y acullá— es la organización de la convivencia sobre bases genuinamente democráticas. Hijo de la voluntad colectiva libremente expresada, el poder se trueca, de aparato de sojuzgamiento, en fuente de garantías, autolimitándose responsablemente y reduciendo al mínimo la arbitrariedad y la injusticia.

Sin fecha. Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 230-231.

Caudillo en el horizonte

Áurea historia la de nuestra vida pública en el siglo pasado. No sólo abundaban los talentos robustos, las inteligencias lúcidas y las conductas ejemplares; abundaban también las ideas y los ideales. Eran tiempos de prueba y lo que se ventilaba —ya con la pluma, bien con el verbo, ora con las armas— eran los destinos de Cuba.

No cabe ya discutirlo. El papel desempeñado por los hombres de letras en la porfiada contienda emancipadora fue decisivo en

capitales extremos. Sobre las bartolinas, los cepos y los cadalsos se alzaron nubes encendidas de palabras. En la hora del machete, sólo se escuchó su relampagueante chasquido; pero, cuando aquélla cedió el paso a los envites de la razón, ésta señoreó avasalladora, en fecundante despliegue dialéctico. Ni la vieja, ni la nueva política republicana, han producido un documento que pueda siquiera compararse, no ya con el *Manifiesto de Montecristi* —ápice luminoso del proceso de nuestra integración nacional—, sino con la más comedida exégesis de la Junta de Información. Se solía, entonces, traspasar el cascabullo de las cuestiones. Se iba, derechamente, a la entraña de los problemas. El análisis crítico suplantaba el sulfuroso regüeldo. Los principios primaban sobre las personas. Un tribuno de vuelos arrebatados, Manuel Sanguily, la emprendió, implacablemente, contra el concepto mágico del caudillo y contra la política como juego desenfrenado de pasiones. Enrique José Varona se enfrentó, severamente, a los desmanes, exacciones y crímenes del régimen colonial, sin que su tersa prosa sufriera el más leve encrespamiento. Nunca se polemizó tanto en Cuba como en la época que va del Zanjón hasta Baire; y nunca fue tan elevado el tono y tan respetuosa la discrepancia, a pesar del abismo insalvable que separaba a los contendores. No tuvo necesidad Sanguily de recurrir al dicitario para impugnar la tesis autonomista de Rafael Montoro. La pulverizó con sus ideas, con su ideario y con su conducta. José Martí mismo, a pesar de su sangre española y del halo romántico que circuía su apostólica testa, fue, a toda hora, un consumado realista. Un revolucionario capaz de hacer, en cada momento, lo que en cada momento es necesario. De su proteica y vasta obra, podría entresacarse una clara, articulada y madura doctrina de la política como método y del gobierno como ciencia.

La historia civil de la república se caracteriza hasta 1930 por el fulanismo, el puro apetito de poder y la subordinación inverecunda a la cancillería norteamericana. El verbo desafiante de Manuel Sanguily y la apolínea requisitoria de Enrique José Varona encuentran un vacío de campana neumática. No se equivocaba José Antonio González Lanuza al decir, irónicamente, que nada se parecía más a un liberal que un conservador. La insurgencia miguellista contra las arbitrariedades y pucherazos del general Mario García Menocal jamás trascendió, por su índole y objetivos, el chabacano ámbito de un pleito por el jamón.

La tiranía de Gerardo Machado marca el punto culminante de ese proceso; pero, el movimiento revolucionario que le puso término varía, radicalmente, la actitud y el contenido de la conciencia cubana. Se plantea, entonces, por primera vez, el problema ya inaplazable de transformar la colonia superviviente en Estado económicamente soberano y efectivamente democrático. El saldo entre lo querido y lo realizado es demasiado notorio para que sea necesario pormenorizar ahora el balance; mas, lo que sí puede afirmarse es que el frustrado vuelco produjo, en vastas zonas populares, un nuevo sentido político. De otra suerte, no hubiera habido ni huelga de marzo, ni convención constituyente, ni primero de junio.

Aventurado resultaría concluir, sin embargo, que nuestra vida pública ha rebasado ya, definitivamente, la etapa preológica. El mesianismo continúa siendo el centro de gravitación de la actividad ciudadana. Tirios y troyanos de viejo y nuevo pergeño están inficionados, en gran medida, de ese virus morbosos. Fulgencio Batista rigió la república, durante una década, a título de hombre providencial. Ramón Grau San Martín, el antibatista por antonomasia, ascendió al poder con los místicos atributos de un profeta antiguo. En peregrino reniego de sus propios orígenes, el movimiento popular que lo instala en la presidencia termina, grotescamente, por erigirlo en fetiche. La consecuencia inexorable de esta aberración tenía que ser la taumaturgia, la defraudación y el revolisco.

Parejo camino han tomado, hasta ahora, algunos que aspiran a sucederlo. Se elaboran fórmulas, se lanzan *slogans*, se crean nuevos partidos, se brindan milagros, y el anatema y la predicción inflaman la atmósfera, augurando la epifanía después del apocalipsis; pero, todo eso, si se hinca, se disuelve de súbito en pintoresca logomaquia de feria. En realidad, lo que importa es el fulano antes que el programa, la demagogia antes que el plan, el exorcismo antes que el estudio de nuestros enmarañados y apremiantes problemas. Ningún ambiente más propicio que éste para que pululen ufanos y se aperciban a hacer de las suyas los santones, resentidos, simuladores, pachecos y vándalos. El antigrau que se pregona, por unos y por otros, lleva, fatalmente, consigo, los gérmenes de Tirano Banderas.

No puede uno llamarse a engaño con este simbólico engendro de Ramón María del Valle Inclán. Es un personaje que nuestra América ha padecido con asaz frecuencia. Suele ser, por naturaleza,

un histrión. En las jornadas anteriores a la conquista del poder, aparece investido con los más seductores y democráticos arreos. Encarna la rectificación, la pulcritud, la esperanza. Se declara rendido servidor de las masas populares. Distribuye sonrisas y palmaditas entre los humildes. No vacila en comprometerse a todo y con todos. Y lo menos que ofrece es el paraíso.

Ya en el poder, todo cambia, como por ensalmo. Tirano Banderas no tolera el consejo, ni la advertencia, ni el disentimiento. Se juzga omnisciente y exige la sumisión. La garrulería es su forma consustancial de expresión. Merceda y quita honores y privilegios. Su tabla de valores es el único código de moral pública y privada que acepta. Desprecia la jerarquía espiritual. Repudia la inteligencia. Difama, persigue, encarcela, destierra y mata. Y dispone del patrimonio nacional como si fuera propio. Únicamente admite, en su torno, a mediocres y cortesanos. Detrás de Tirano Banderas —lo prueba la historia— sólo viene el diluvio.

Y eso es lo que nos espera con un nuevo caudillo, llámese como se llame y prometa lo que prometa.

Atravesamos, sin duda, por una de las fases más confusas, complejas y graves de nuestra existencia republicana. Ya están a punto de darse a la desbandada las alegres golondrinas de la prosperidad. Las cadenas, que remacharán la tradicional servidumbre del azúcar al mercado yanqui, resuenan, lúgubramente, bajo la alba cúpula del capitolio de Washington. Días de miseria, agitación y desesperanza vendrán otra vez para Cuba si el gobierno no adopta las medidas pertinentes. Nada ha hecho hasta ahora el mesías auténtico en ese sentido. Nuestra estructura industrial, en incipiente desarrollo, está sufriendo fundamentales quebrantos. Ya se percibe el soterrado crujido de nuestra economía. De seguir como vamos, las vacas flacas nos sorprenderán, como a la cigarra del cuento.

¿Cuáles son los aspirantes presidenciales y los partidos políticos que se preocupan y desvelan ante la dramática perspectiva? ¿Cuáles son sus soluciones a los problemas de hoy y de mañana? ¿Se han aprestado ya a prevenir la debacle en ciernes? ¿Reincidiremos de nuevo en el elegido? ¿No se habla ya de la necesidad de un nuevo caudillo para enmendar los entuertos del último y convertir la isla en una Jauja de América? ¿Será demasiado tarde para salirle al paso a ese mito, que cobra fuerza y arraigo por días?

Juzgo un deber indeclinable de la juventud revolucionaria combatir la nueva dominación carismática, que se está incubando so pretextos electorales. No es un nuevo mago, ni un jefe infalible, por muchos votos que arrastre, lo que el país necesita en 1948. Lo que el país necesita es un ciudadano capaz, responsable, conocedor a fondo de nuestros problemas y con verdadero sentido político, que es el menos común de los sentidos. Un ciudadano que interprete y encarne, racionalmente, las aspiraciones y necesidades del pueblo cubano y lleve a su debido término el trunco proceso de nuestra liberación nacional y social. Un ciudadano, en suma, que se disponga a servir un programa y no a servirse de éste, como banderín de enganche para fines distintos a los pregoados. Nada más. Nada menos.

Fechado por Roa: 22 de julio de 1947. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 25-28.

En Guáimaro un día

Marca hoy nuestro calendario histórico una fecha prócer. En el pueblo libre de Guáimaro un día como éste, fundida el alma nacional al pie del estribo, la revolución emancipadora cuajó en Estado de derecho el hecho de su razón política, económica, social y cultural.

No sólo se deponían ambiciones, localismos y rencillas en generosa ofrenda a la patria en peligro. Se articulaban también las formas democráticas de conducir la guerra y se suscribía, a la lumbre de la estrella solitaria, la carta de libertades que había de poner sobre su cabeza, y colgar del pecho de su caballo, todo militar de honor.

Nada resulta más oportuno en estos días que recordarlo y difundirlo. La Constitución promulgada aquel glorioso 10 de abril de 1869, fruto legítimo de la voluntad soberana del pueblo cubano, subordinaba, en plena guerra, con ejemplar acatamiento de los hombres de armas, el poder castrense al poder civil. Del fondo del tiempo, brota ahora, con chasquido de látigo, el juramento de Carlos Manuel de Céspedes, general en jefe del ejército mambí y presidente provisional: «La Cámara de Representantes es la

única y suprema autoridad para todos los cubanos». Aquel día la sublevación popular iniciada en Yara adquiría objeto, estructura y sentido: acababa de nacer la república de Cuba.

Ochenta y tres años más tarde, conquistada la república y ésta urgida de cambios sustanciales, un pronunciamiento militar, so pretexto de suprimir el peculado y extirpar el gansterismo, derrota el régimen constitucional y sustituye el Estado de derecho por el imperio de la fuerza. Sería igualmente reprochable —presunción imposible— de haberlo encabezado Máximo Gómez o Antonio Maceo.

Desde el 10 de marzo de 1952, el país vive en estado de sitio arrebuñado en papel crepé. Ya podrán apelar los juristas de campamento a todos los sofismas y a todas las servidumbres. La asonada triunfante es, sin duda, objetivamente, un hecho consumado; pero ni le asiste derecho formal ni sustantivo alguno, ni genera otro derecho que la arbitrariedad como norma del poder. No podría ser de otra manera tratándose de un gobierno usurpador.

Es hora ya de que nos entendamos en el lenguaje común de la ciencia política. Según Gastón Jeze, tratadista eminente en el campo del derecho público, hay tres tipos fundamentales de gobierno: de jure, de facto y usurpador.

Teórica y prácticamente, gobierno de jure significa gobierno de derecho formal ni sustantivo alguno ni genera otro derecho que la se funde en el Estado de derecho.¹¹ Muchos gobiernos de jure —todas las monarquías absolutas consuetudinarias— han permanecido al margen o sobrepuestos al Estado de derecho. Muchos gobiernos de facto —todos los que han sustituido una totalidad histórica por otra sobre el primado de la soberanía popular— tienen como objetivo céntrico crear el Estado de derecho. Gobierno de jure es aquel pues, en que la fuente de la autoridad política se nutre en el derecho institucionalizado.

Nadie ya controvierte, a estas alturas, el derecho a la revolución, ni tampoco el derecho de la revolución. Ninguna revolución se produce por generación espontánea. Sólo cuando la sociedad, o parte esencial de ella, se ve coactivamente detenida en su evolución, germina y estalla. Toda revolución se define y singulariza

¹¹ Esta idea tal cual está escrita, incluso en la fuente originaria, resulta incomprensible. Después de consultar a Raúl Roa Kourí, creemos que tal vez debió decir: «Teórica y prácticamente, gobierno de jure significa gobierno de derecho formal; ni sustantiva alguno ni genera otro derecho que se funde en el Estado de derecho (...)». (N. del E.)

por ser la expresión de una voluntad política enderezada a remover las bases y condiciones de la vida institucional en beneficio de las masas populares. El gobierno revolucionario es el típico gobierno de facto. No ejerce su autoridad conforme al derecho hasta entonces vigente; pero la legitima y consagra por la investidura plausible que le otorga la aquiescencia del pueblo en cuyo nombre actúa. La mayoría de los gobiernos de este tipo suele alcanzar la integridad del Estado de derecho mediante el orden constitucional dimanado del poder constituyente. No otra es la raíz democrática de la organización civil de la sociedad.

Gobierno usurpador es aquel que se apodera, por la violencia, la simulación, el engaño o el fraude, de los órganos del poder y ejerce la autoridad política a su entero arbitrio. Sus actos son, por naturaleza, nulos y deben reputarse inexistentes. Nada importa que el gobierno usurpador se proclame respetuoso de la ley y de la voluntad popular, o encubra su desprecio al Estado de derecho instaurando un sistema de normas denominado Constitución o estatuto. El Estado de derecho deja de existir en el instante mismo en que los gobernantes actúan sin sujeción a un ordenamiento jurídico que proteja y garantice a los gobernados de las extralimitaciones, caprichos o abusos del poder. De ahí que no se conciba el Estado de derecho sin Constitución, ni un gobierno democrático sin consentimiento popular libremente manifestado.

Ni gobierno de jure, ni gobierno de facto: el gobierno engendrado en Columbia es un gobierno usurpador. No sólo ha derribado la estructura constitucional de la república; ha destruido los frenos y contrapesos de una estable y permanente seguridad política. El camino de la convivencia civilizada y del traspaso pacífico del poder está erizado de tremendos escollos.

El 10 de abril de 1869 se promulgó en Guáimaro la primera Constitución de la república. La Constitución abolida —ápice de ingente contienda por darle a Cuba su plenitud de destino— se promulgó también en Guáimaro el 5 de julio de 1940. Seis días antes de la efeméride que hoy conmemoramos la suplantaba una autoritaria pragmática que en vano pretende ocultar la averiada mercancía con preceptos que le son ajenos.

Soldados de Ignacio Agramonte escondieron en tierra amorosa el acta de la Constitución. «Es necesario ir a buscarla» —clamaría José Martí en vísperas de su radiante inmolación. Y a buscarla fueron legiones de jóvenes y viejos.

La Constitución de 1940 yace hoy, en resplandeciente urna de cristal, en el Salón de los Mártires de la Federación Estudiantil Universitaria. No rige ya efectivamente su letra; pero, se ha hecho carne y espíritu del pueblo cubano. De la Universidad saldrá algún día —téngase por seguro— en busca de sus fueros arrebatados.

Fechado por Roa: 10 de abril de 1952. Compilado primero en *Viento sur*. Tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 2, pp. 182-185.

Pies de arena

Si la historia de las doctrinas y de los hechos políticos es un copioso hontanar de formas ideales y de estructuras reales de poder, en rigor los tipos de mando público pueden reducirse, sustancialmente, a dos: el que se impone y el que se consiente. Aun a trueque de parecer simplista, diría que el primer tipo se funda en el terror y el segundo tipo en la adhesión. En realidad, esas características son las que importan primordialmente y, al cabo, bastan para definir si el poder es injusto o justo y plantean, respectivamente, el problema de su ilegitimidad y su legitimidad. En la *Antígona* de Sófocles, aflora ya el tema del poder como pugna irreconciliable entre el derecho injusto y el derecho justo. Veinticinco siglos después, esa pugna continúa siendo el nudo dramático de la realidad y el pensamiento políticos.

Aunque esa dualidad existencial del mando público se remonta a los tiempos aurales de la humanidad, sin embargo, es a partir del siglo XVIII que adquieren neta fisonomía y advienen centro de la polémica política, ambas formas de regir la sociedad. El progreso de la técnica, la creciente complejidad de la estructura social, el desarrollo del pensamiento político y la madurez de la conciencia individual y colectiva, contribuyen, decisivamente, a esclarecer la bipolaridad de esencia y de fines que, a tenor de las fuerzas que lo configuran e impelen, adopta el poder como expresión de la forma dominante de Estado. En el poder se conjugan, como ha advertido Fernando de los Ríos, los dos impulsos cardinales de la cultura: el biológico, que lo lleva a la mera conservación de sí mismo y a su desplazamiento geográfico; y el histórico, que lo espolea para que se considere puro instrumento con que realizar valores supremos a los cuales ha de estar subordinado. Tales

impulsos viven en perenne combate en el seno de la organización del poder. Cuando éste se exalta hasta juzgarse fin en sí mismo, sin relación de dependencia de otras fuerzas sociales, y sólo responde a los imperativos de su sobrevivencia y expansión, los titulares del poder se truecan en jueces de la razón de Estado, que es, por ese hecho, más que razón de Estado, razón de poder, o sea, «utilización de medidas encaminadas a preservar a éste a costa de todo y de todos». La razón de poder representa, pues, la subversión radical de la perspectiva y de la orientación del orden jurídico, que es urdimbre de relaciones en constante movimiento hacia la libertad y la justicia, cuyos contenidos son dialéctica y factualmente inagotables.

La autolimitación jurídica del poder, la participación del pueblo en el proceso de su creación y el respeto a los fueros de la conciencia individual y colectiva, constituyen, en nuestra época, los fundamentos objetivos y subjetivos de la legitimidad del mando público. De donde se infiere que es ilegítimo todo poder que se asiente en la fuerza, se ejerza arbitrariamente, secuestre la voluntad de la ciudadanía y mancille la dignidad humana. Sin el voluntario asentimiento del cuerpo social, el poder es ilegal y carece, por ende, de raíz y proyección populares. Puede imponerse, y se impone, por la intimidación, el soborno o el crimen; pero, la obligatoriedad a sus disposiciones es jurídicamente nula. La aquiescencia espontánea a la norma es sustituida por la obediencia compulsiva. Si la esencia social del poder es la fe colectiva que lo envuelve, imanta y prestigia, su esencia jurídica es la adhesión voluntaria para la finalidad que lo legitima, mediante el empleo de medios congruentes. El poder es mi poder sólo en la medida en que contribuyo a crearlo, exprese anhelos de la voluntad colectiva y salvaguarde las prerrogativas inmanentes de la conciencia individual. De ahí el derecho inalienable de los pueblos a repudiar y derribar todo orden político que menosprecie, agreda o aniquile los valores fundamentales cuya custodia está encomendada al poder.

La esencia social del poder, quedó ya apuntado, es su prestigio, la fuerza de credulidad que despierta, el ideal de fe que suscita. Poder sin prestigio, arraigo y adhesión, nacidos de su origen popular y de una concepción justa de los fines de la vida, es cuenco vacío y pura violencia. Sus métodos son harto conocidos y, asimismo, su objetivo: la servidumbre total de la colectividad y la proscripción física de los disidentes.

La conclusión es obvia. Un poder sin legitimidad y sin sustancia vive en precario y ha menester, para mantenerse, renovar, a diario, su guardia pretoriana y el otorgamiento de mercedes. De un poder así cimentado, puede decirse lo que escribió Ramón Pérez de Ayala: «Poder, poder, tienes los pies de arena». Hoy, como hace veinticinco siglos, es absolutamente exacto lo que postuló Aristóteles en *La Política*: «Nada hay más monstruoso que la injusticia armada».

Dígalo, si no, la horrenda muerte de Arsenio Escalona¹² en Santiago de Cuba.

Fechado por Roa: 15 de octubre de 1954. Compilado primero en y tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 2, pp. 216-218.

Ética y política

Un partido político puede ser cualquier cosa menos un cenobio. A menos, desde luego, que su propósito sea redimir pecadores y conquistar cargos, jerarquías y mercedes celestiales. No conozco a ningún criollo que se le haya ocurrido emprender tan peregrina aventura. Los mismos que andan ahora predicando el aislacionismo político y exhibiendo sus clámides de dril cien lo hacen, exclusivamente, con vista al ejercicio y disfrute del poder temporal. Incluso su intransigencia suele ser, a veces, franciscana. No la arriesgarían en una mesa redonda o cuadrada, aunque fuese para sacar a la república del atolladero en que se encuentra desde la infausta madrugada de marras; pero, no temen ponerla a prueba, compartiendo el mantel en un sarao con gente empeñada en hundirla.

Ese rasgo de infinita misericordia me lleva de la mano a insistir en el arduo problema de las relaciones entre la ética y la política. La primera cuestión que salta es esa de si existen o no principios y juicios morales de universal validez. La segunda, si la moral es

¹² Jefe de acción del Movimiento 26 de Julio en Holguín. En 1956 fue detenido por la dictadura batistiana, mientras cumplía una misión en Santiago de Cuba. Tras ser torturado y asesinado, su cadáver fue arrojado a la bahía. Días después, su cuerpo apareció en una playa, causando un gran impacto nacional. (N. del Comp.)

o no producto variable de la estructura de las relaciones humanas y de patrones vigentes en determinado tiempo y lugar. Pero sería de todo punto imposible despacharlas en un artículo. Sí cabe argüir, en abono de mi tesis, que si los principios y juicios morales son universalmente válidos, no puede haber dos morales; y si, por el contrario, son la expresión de formas históricas de conducta, la moral incondicionada poco cuenta en política.

El acto político es moral cuando traduce necesidades y aspiraciones esenciales de la vida de los pueblos. Es inmoral, en cambio, si las ignora o impide satisfacerlas. Hablando en términos concretos, es moral un acto político si se endereza a mermar o suprimir la injusticia, la opresión, la miseria o la ignorancia. Cuando apuntala o robustece el poder que vive para sí y no para la colectividad, el acto político es inmoral, a despecho de la limpieza de sangre y de la decencia privada de sus ejecutores.

La corrupción administrativa es una de las más graves lacras de la vida pública cubana y de la mayoría de los pueblos de nuestra América. No se es moral, empero, sólo porque no se haya defraudado al fisco o habido dinero torticeramente. La tabla ética de valores, en política, es mucho más exigente. Es indispensable, asimismo, no derivar la fortuna de propiedades de manos muertas, del trabajo miserablemente retribuido o de canonjías disfrazadas. Ni es moral eludir los planteos que entrañen sustantivas transformaciones en la estructura económica y social de la república, a fin de que la honestidad administrativa, efecto y no causa, se trueque en elemental y común observancia. No lo es, tampoco, subordinar el interés nacional, al personal o de grupo, ni, en suma, permanecer ciego, sordo o mudo a la sujeción del hombre a sistemas sociales que menoscaban su decoro o reducen su trabajo a mercancía, o a relaciones económicas que implican dependencia política y explotación a destajo, por control remoto. Por ahí se pasea más de un Catón tropical que nada de eso le produce frío ni calor. Su afán de adecentamiento se quedó en el Carreño del oportunismo político y del usufructo del *statu quo*.

Santones y fariseos de esa laya son los que han venido torpedeando inmoralmente, en nombre de la moral abstracta, la necesidad impostergable de soldar en una fórmula concreta —garantías efectivas, unidad dinámica, libre expresión de la voluntad popular— a los que se aperciben a buscarle una salida a la situación y liberar así al país de los quebrantos económicos que lo agobian,

del escepticismo que lo mina y de la necesidad de apelar a la violencia armada.

Nadie les ha pedido nunca pactos, ni componendas, ni contubernios de ninguna clase. Lo que sí se les pide es lo que sus propias huestes y muchos de sus dirigentes y todo el mundo ansia y quiere: acción inmediata y conjunta para alcanzar el objetivo común previo en el camino de la total y definitiva recuperación democrática.

Si se logra, tiempo habrá luego para tirarse los trastos a la cabeza y proseguir el recíproco desenmascaramiento de los que ya no lo necesitan por haberse quitado la careta hace rato. Esa será también la hora de esas fuerzas nuevas que afloran compactas y pujantes sin complicidad con el pasado y ávidas de más amplios horizontes históricos. Su moral les viene de querer llevar hasta sus últimas consecuencias, y al nivel de la época, el trunco proceso iniciado en 1930. En ellas deposito yo mi fe y mi esperanza.

Fecha por Roa: 18 de abril de 1953. Compilado primero en y tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 2, pp. 202-204.

Glosas sobre la libertad

Si Sócrates viviera

Hace veinticinco siglos, Sócrates fue aprehendido, procesado y condenado a beber la cicuta. Se le inculpaba de propagar ideas disolventes, corromper la juventud, atentar contra la estabilidad de la *polis* y rebelarse contra los dioses. Fue el primer mártir de la libertad de conciencia. En sus horas de tribulación civil, John Stuart Mill solía reconfortarse con su ejemplo.

Veinticinco siglos después, los espíritus libres y los espinazos erectos siguen sorteando los mismos riesgos de Sócrates. A tal punto, que de ser éste coetáneo nuestro, no tendría otra alternativa que obsequiarle un gallo a Esculapio y tragarse la congrua porción de veneno. Y, eso, en caso de tener la buena ventura de toparse con verdugos de misericordioso talante y educación esmerada. Lo más lógico es que le mancillen la honra, lo muelan a palos, le abrasen la lengua, le acribillen los sesos y lo arrojen al muladar.

Sabéis, de fijo, quién era Sócrates. Pero no está de más exhumarlo de un trazo. Nació en Atenas, varias centurias antes de que el nacimiento de Cristo esparciera su aroma de leyenda por las riberas del lago Tiberiades. Su padre, Sofronisco, esculpía, prodigiosamente, el mármol. Fenaretos, su madre, alumbraba vidas, como rosales el vergel. Desde muy joven, lo poseyó la «funesta manía de pensar» y el afán, aún más grave, de hacer pensar a sus prójimos. Alcanzó a saber tanto sobre los primeros principios y las causas últimas, que sólo ya supo que nada sabía. Era, en suma, un filósofo. Y, según Jenofonte, Platón y Aristóteles, fue el más grande de los atenienses y un maestro vivo de conducta.

Casi toda su vida discurrió a la intemperie. Mayéutica en ris-
tre, recorrió las plazuelas y los mercados interrogando a los tran-
seúntes con la tenaz persistencia de un tábano. A Jantipa, su mujer,
le exasperaba, a veces, la locuacidad implacable de Sócrates y
hasta le propinó su sopapo bobo; mas, Sócrates respondía siem-
pre, con anticipado estoicismo: «Pega, pero escucha». Algunas de
sus preguntas ponían en tremendo aprieto a geomoros, demiur-
gos, eupátridas y metecos; y a todos incitaba a practicar la virtud,
pensar libremente, buscar la verdad, combatir la tiranía y mante-
ner sus convicciones a precio de vida. Era un viejo de cabeza
abombada, ojos taladrantes, sonrisa irónica, verba fluida, atuen-
do humilde y costumbres morigeradas.

Tuvo Sócrates enemigos abiertos y enemigos solapados. Nefas-
ta fue la ojeriza de los sofistas, en su mayoría dialécticos mañosos
y botafumeiros de los nuevos ricos. Le temían sobremanera los
arcontes, polemárcas y demagogos. No en balde Sócrates les po-
nía las peras a cuarto, lo mismo frente a las fúlgidas columnas del
Partenón que junto a las oscuras chozas de los pescadores. Aque-
lla luz que irradiaba del sonoro cuenco de su palabra, los cegaba
y enfurecía. De ahí que se concitaran un día y se conjurasen para
apagarla. Alquilaron a Anito y a Cleón y, a tenor de su falso testi-
monio, jueces envilecidos le impusieron, previa disertación me-
morable del acusado, la pena de suicidio. Incitáronle sus discípulos
a la huida. Su respuesta fue un brindis que prefigura la despedida
de Gorgias: «Por quien me venza con honor en vosotros». Llega-
da la hora, ya las primeras estrellas temblando en el cielo, con la
faz extrañamente iluminada, el pulso lleno y la conciencia ergui-
da, sorbió, con pausado ritmo, la pócima mortal. Esa muerte trans-
figuró su vida y la trocó en símbolo.

Si no hubo entonces miramiento ni respeto para su genio, tam-
poco los habría hoy si redivivo se le ocurriera a Sócrates desen-
mascarar las mentiras, duplicidades y aberraciones de la porción
del mundo en que vivimos. Hoy es lícito todo, menos «ser honra-
do y hablar y pensar sin hipocresía». La verdad ha sido insidiosa
o compulsivamente proscripta y hay que hablar y pensar confor-
me a patronos. Las grandes palabras, esas que han movido a los
hombres a ofrendarse socráticamente para acelerar el advenimien-
to de tiempos encinta de primavera, se han tornado antifaces des-
lumbrantes de torvos apetitos. El drama es mucho más profundo
y vasto de lo que externamente parece. En ese proceso creciente

de alineación de su espíritu, presionado, deformado y uncido por
fuera, el hombre acabará siendo, por dentro, un ente automático,
un robot insensible, un mecanismo electrónico.

En un mundo así, ya en trance de parto en la sociedad que
agoniza, no tendrán cabida los hombres de la estirpe de Sócrates,
anhelo y medida de todos los hombres que se atreven a ser quie-
nes son; pero sólo mediante hombres de la estirpe de Sócrates
podrá impedirse que ese mundo de postrimerías, madure y cuaje
en floración monstruosa. Si Sócrates viviera, se desviviría, heroi-
camente, por impedirlo.

Fechado por Roa: 2 de julio de 1952. Compilado primero en *En pie*. Tomado de
Retorno a la alborada, vol. 2, pp. 189-191.

Estampa de Tomás Moro

Si el Renacimiento fue pródigo en ingenios y genios, resulta, en
cambio, extremadamente tacaño en conductas. En este sentido, y
en otros que conciernen a su visión de la historia y a sus inquietu-
des sociales, Tomás Moro, autor de la *Utopía* y canciller de Ingla-
terra hasta que sus convicciones entraron en conflicto con el poder,
constituye ejemplo. Dotado de un entendimiento excepcional y
dueño de una vasta cultura, tuvo, también, un pulcro sentido de
la vida pública y privada. Fue, en todo instante, consecuente con-
sigo mismo y con sus ideas.

Sobre la figura y la obra de Tomás Moro se ha escrito copiosa-
mente. Biógrafos y ensayistas tuvieron en sus dichos y hechos
materia propicia para trazar seductores bocetos y tejer deslum-
brantes tapices. En los últimos años, y particularmente en oca-
sión de conmemorarse el tercer centenario de la muerte del
egregio humanista, se añadieron miles de páginas encomiásticas
a las ya acumuladas por sus exégetas y apologistas. Nuevos ensa-
yos y nuevos estudios florecieron por doquier. La más plástica y
jugosa historia de su vida sigue siendo, no obstante, la compuesta
por Daniel W. Sargent. Baste, como muestra, este magistral bro-
chazo: «Tenía unos ojos singulares, ojos que veían claramente en
las cuestiones y los caracteres, que discernían, sin engañarse, el

bien del mal». Esa prodigiosa clarividencia es, precisamente, la que domina, infundiéndole luminosa espiritualidad, al severo conjunto, en el ya clásico retrato de Holbein.

Tomás Moro nació en Londres en 1478. Consagrado desde la adolescencia al estudio y a la meditación, su vocación por el bien público lo llevaría, en plena juventud, a participar activamente en la política del reino y a intervenir en delicados problemas internacionales. Esta rica experiencia le permitió elaborar juicios muy agudos sobre las instituciones políticas, económicas y sociales de su tiempo y, asimismo, le suministró la base empírica para diseñar su esquema ideal de sociedad.

Era un conversador maravilloso. Sus contemporáneos, al aludir a sus tertulias, se referían siempre a las abejas platónicas y evocaban a Moro como un Sócrates redivivo. Fue amigo y consejero de todos sus pares. En su clara y apacible biblioteca, concibió y redactó Erasmo de Rotterdam el *Elogio de la locura*. La juventud esplendente de Juan Luis Vives discurrió a su vera. «Maravillome —comentábale a Erasmo— de la sabiduría y del talento de ese muchachito español». El rey y sus validos solían visitarle, a menudo, atraídos por el centelleo, el aroma y la sustancia de su plática.

Al ascender al trono Enrique VIII, fueron requeridos sus servicios como canciller, cargo que aceptó no sin ofrecer tenaz resistencia. Las relaciones entre ambos —celoso el monarca de sus prerrogativas reales y celoso Moro de la soberanía de su espíritu— se desarrollaron en una atmósfera tensa. Compelido por Enrique VIII a que prestara acatamiento a su matrimonio con Ana Bolena, se negó resueltamente por entrañar ello una apostasía. Fue aprehendido, procesado, juzgado y condenado a la pena capital.

Si digna fue su vida, aún más digna fue su muerte. Cuando el duque de Norfolk le echó en cara que suya era la culpa por haber olvidado que «la cólera del príncipe es la muerte», Moro le replicó estoicamente: «¿Es esto todo lo que tenéis que decirme? Pues entonces no hay entre vos y yo más diferencia que ésta: que yo moriré hoy, mientras que vos moriréis mañana». Y al notificársele que, al disponer su ejecución, el rey le otorgaba la gracia de ser decapitado, se ciñó a decir: «¡Dios guarde a sus amigos del perdón del rey!» Ya en el patíbulo, suplicó al verdugo eficacia en el desempeño de su oficio; y, apartando con fino humorismo las barbas del tajo, pronunció las que fueron sus postreras palabras: «No se debe cortarlas, pues no han cometido traición alguna».

Tomás Moro expiró sereno y altivo, abrazado a sus principios como a fúlgido estandarte. Un utopista no podía morir tópicamente. La historia de los mártires de la libertad de conciencia tiene pocas páginas acreedoras de parangonarse con ésta.

Aludiré siquiera a la «fortuna hispánica» de su *Utopía* y a la proyección de sus ideas en América. El tema ha sido objeto de fecundos asedios y es centro de vivísimo interés para los estudiosos de los problemas de historia de las ideas y de política social. Habré sólo de referirme, en esta ocasión, a hecho tan poco conocido como la férvida recepción que tuvo en España la publicación del libro de Moro y al penetrante y laudatorio juicio que le mereció a Francisco de Quevedo y Villegas.

Si bien la primera versión en lengua española de la *Utopía* apareció en 1637, se difundió y fue jugosamente comentada, apenas se publicó en 1516, entre los humanistas y teólogos familiarizados con Erasmo y la *philosophia Christi*. Puede decirse que fue uno de los más caros libros de horas de aquellos doctos y antifilológicos varones. La traducción de referencia, hecha por Antonio de Medinilla y Porres, justicia mayor de Córdoba, es incompleta —omite la primera parte de la *Utopía*— y va precedida de jaculatorias en verso y prosa y de las opiniones de Bartolomé Jiménez Patón y del más sesudo, chispeante y sabio de los pernitruertos.

Limitase Jiménez Patón a ensalzar, con emperifollada retórica, las galanuras de la traducción; Quevedo, en cambio, enjuicia, a fondo, la figura y la obra del egregio utopista. De los hechos y dichos de su noble, laboriosa y enhiesta vida se empapó, seguramente, en la biografía de Moro compuesta por Fernando de Herrera. Y cabe presumir, con sobra de fundamento, que tuvo a su disposición algún ejemplar completo de la *Utopía* o que leyó el que se ha conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, edición latina de Lovaina, de 1548, remitida por el propio autor con su autógrafo. De haber sólo abrevado en la parte vertida por Jiménez Patón, difícilmente habría podido desentrañar el supuesto tópico de la sociedad ideal concebida y elaborada mentalmente por el soñador inglés en sus líricas divagaciones cabe¹³ los brumosos canales de Brujas.

¹³ Según Raúl Roa Kouri, esta expresión era frecuentemente empleada por su padre en el sentido de «al lado de». (N. del E.)

El fervor de Quevedo por el humanista le fluye, a raudales, de la pluma: «Fue su ingenio admirable; su erudición, rara; su constancia, santa; su vida, ejemplar; su muerte, gloriosa; docto en la lengua latina y griega». Caló, como pocos, en la raíz de su crítica política y social: «Yo me persuado que fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo isla su idea y justamente reprendió los desórdenes de los más príncipes de su edad. Fuérame fácil verificar esta opinión; empero no es difícil que quien leyere este libro la verifique con esta advertencia mía: quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, a todos los reprende; esto hizo para satisfacer su celo nuestro autor». Impugna a quienes, solapada o abiertamente, motejan de herético a Moro: «No han faltado lectores de buen seso que han leído con ceño algunas proposiciones de este libro, juzgando que su libertad no pisaba segura los umbrales de la religión; siendo así que ningunas son más vasallas de la iglesia católica que aquéllas, entendida su mente, que piadosa se encaminó a la contradicción de las novedades, que en su patria nacieron robustas, para tan llorosos fines». Y le sobrecoge, profundamente, su genial capacidad de previsión: «Escribió aquella alma esclarecida, con espíritu de tan larga vista, que antevió los sucesos presentes, asistiendo con saludable consejo a las cabezas de los tumultos».

La ascética conducta de Moro y su estoico encaramiento con la muerte le arranca a Quevedo este sobrio y bruñido panegírico: «Su segunda vida escribió con su sangre su muerte, coronada de victorioso martirio». Y ya, a modo de resumen: «El libro es corto; mas para atenderle como merece, ninguna vida será larga. Escribió poco y dijo mucho. Si los que gobiernan le obedecen, y los que obedecen se gobiernan por él, ni a aquéllos será carga, ni a éstos cuidado».

No pudo tener, en verdad, mejor padrino español el muy ilustre ciudadano y vicesheriff de la ínclita ciudad de Londres. Ni dable le hubiera sido encontrar ahijado más digno de sus esmeros, mimos y encomios al insigne señor de la Torre de Juan Abad.

Fechado por Roa: 10 de abril de 1951. Compilado primero en y tomado de *Escaramuza en las visperas y otros engendros*, pp. 234-237.

La sombra beligerante de Maquiavelo

Si no le fue dable a Nicolás Maquiavelo ceñirse en vida los laureles de la victoria, nadie le ha aventajado en dar y ganar batallas después de muerto. Aristóteles, su más ilustre antecesor en el campo de la teoría política, le va muy en zaga en esta bélica sobrevivencia que parecía estar reservada al Cid Campeador. En la historia del pensamiento, son pocos los que pueden disputarle el señorío al genial discípulo de Platón. No es menos cierto, sin embargo, que su influencia es ya más ideológica que efectiva. El espíritu y la obra de Maquiavelo, en cambio, han trascendido el puro ámbito de la controversia académica para operar activamente en nuestro tiempo, incluso en la política de partido. Muchas veces, desde luego, sin que el secretario de la república florentina tenga arte ni parte en la zancadilla, en la martingala o en la fulastrería, urdida, descocadamente, en su nombre. Ese maquiavelismo de calderilla, propio de politicastros enfatuados con lecturas por el forro, es la negación misma del maquiavelismo de Maquiavelo, que es una interpretación de la naturaleza humana y una estrategia política elaboradas para sustentar e impulsar una concepción empírica de la vida, la sociedad y el Estado que, por responder a una de las constantes de la historia, sobrepasó sus objetivos inmediatos adquiriendo universal validez. No se es maquiavelico simplemente por hojear *El príncipe* con las faltriqueras repletas de dinero mal habido.

En la dorada placidez de la era victoriana era de rigor, para comprender y valorar debidamente a Maquiavelo, situarlo en su época turbulenta y en su patria desgarrada. De otra suerte, corría uno el riesgo de desfigurar su pensamiento y su obra. Ya hoy no hace falta. Maquiavelo y el maquiavelismo han alcanzado su hora de plenitud en este siglo de guerras brutales, revoluciones sangrientas y descubrimientos demoníacos. Cualquiera puede hoy entender su conducta y cualquiera puede desmontar su pensamiento. Maquiavelo es contemporáneo de Lenin, de Einstein, de Trotski, de Mussolini, de Roosevelt, de Hitler, de Churchill, de Franco, de Stalin, de Truman y del Papa. Se tropieza con su perfil de gavián a la vuelta de la esquina.

En la fiesta de luces y de sombras que fue el Renacimiento, abundaron los hombres del linaje espiritual de Maquiavelo. Hijo legítimo de aquella descomunal eclosión, sus ideas no podían

extrañar a sus contemporáneos, inmersos gozosamente en una atmósfera de libertinaje, incienso, depravación y boato, en tanto se propalaba, por todos los caminos, el hallazgo y deificación del hombre. Maquiavelo observa, capta, analiza e interpreta, con singular lucidez, el ambiente político de la sociedad en que vive. Y, mientras Leonardo pinta, Copérnico escruta, Erasmo escribe y Vesalio disecciona, él escudriña, medita, calcula, marrulla, propone y actúa. Su problema y su pasión es la unificación de Italia sobre la base de un Estado autoritario con apetito de imperio, concebido como obra de arte; y el propósito de contribuir a lograrlo, por cualquier medio, es lo que orienta y configura su pensamiento y su acción.

Las ideas políticas de Maquiavelo están profusamente esparcidas en *El príncipe* y en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Fernando V, más que Lorenzo de Médicis, es su prototipo ideal en *El príncipe*. No en balde el soberano español era uno de los tres artífices del Estado renacentista. Maquiavelo suministra en esta obra, ya clásica, reglas, consejos y advertencias para el gobierno de los Estados regidos por monarcas. En los *Discursos*, por el contrario, examina buidamente todo el proceso del Estado romano desde su fundación hasta el desplome de la república, desgranando sus reflexiones sobre cómo debe gobernarse una democracia, sin dejar por eso de fijar normas para la monarquía y la aristocracia. Aunque proyectada su atención sobre distintos tipos de gobierno, el objeto es el mismo en ambas obras: señalar las reglas para la conservación, desarrollo, afianzamiento y expansión del poder político. No es faena fácil, por cierto, encontrar la raíz profunda de las doctrinas de Maquiavelo. Espíritu realista y mente pragmática, no sólo no le interesó imprimirle un carácter sistemático a sus ideas, sino que ni siquiera se preocupó por ordenarlas a la luz de una determinada perspectiva. Las aparentes contradicciones que se observan, en varios pasajes de sus libros, dimanarían de esa postura deliberadamente asumida. A veces, un como remordimiento tardío aflora en sus escritos para difuminarse enseguida en la distancia. Los valores supremos del espíritu y los fines más nobles de la vida —que tienen hogar y culto en Luis Vives y en Tomás Moro en la propia época— le tocan la puerta, inesperadamente, cuando suele quedar a solas consigo mismo. De su pluma de ave le fluyen entonces versos melancólicos, como el atardecer en la campiña de Florencia. Es sólo un instante. La

razón de Estado, que es la clave de su pensamiento político, retorna inmediatamente por sus fueros.

Aportación capital de Maquiavelo a las ciencias sociales es su teoría del método. La única fuente verdadera de conocimiento es la experiencia, y la única guía segura, la observación de la realidad presente y pasada. Su propensión a acudir a la antigüedad grecorromana en busca de modelos es típicamente renacentista. De lo que aprendió en su vida de burócrata y diplomático, y de su vasto saber histórico, quiere deducir preceptos para la conducta política. «Mi intento —afirma— es escribir cosas útiles a quienes las lean y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual que como se imagina; porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien prefiere a lo que se hace lo que debería hacerse, más camina a su ruina que a su afianzamiento, y el hombre que quiere portarse en todo como bueno, por necesidad, perece».

He ahí ya, en las palabras finales de esta cita, la idea cardinal del maquiavelismo. No niega Maquiavelo, en el párrafo transcrito, las normas éticas ni el deber ser; pero afirma rotundamente que, en la práctica, conducen al fracaso. Fines y medios quedan escindidos. Moral y política, separadas. Son cosas distintas y requieren ser tratadas de distinta manera. Nada tiene que hacer la moral en la esfera de la política. La política ha de concebirse y tratarse políticamente. Si el fin de la política es el bien del Estado, la política debe limitarse, exclusivamente, a estudiar las técnicas y los modos que encaminan a su logro, prescindiendo al par de las formas de gobierno y de los criterios de valor. El político debe plantearse la consecución de sus fines políticos con medios políticos. Aspirar a un fin moral o religioso con medios políticos, o a la inversa, es incorrecto, ilógico, contraproducente e ineficaz. El político debe extraer de la cantera de la experiencia las normas que hagan factible la plena satisfacción de sus apetencias.

Ni que decir tiene que el maquiavelismo adopta, como supuesto, una concepción pesimista de la naturaleza humana. El hombre es originalmente malo. Se place en hacerle daño a sus semejantes. Este punto de vista es un *ritornello* en *El príncipe* de Maquiavelo. Si el hombre es naturalmente malo, su comportamiento será también malo mientras especiales motivos no lo induzcan a obrar bien. Hay que estar, pues, en guardia perenne frente a los demás. El recelo debe ser un postulado del político.

No niega tampoco Maquiavelo la existencia de una moral de Estado, ni niega que esa moral deba regir la política del soberano en tanto pueda aplicarse. Mas, en las situaciones en que la *necessità* lo exija, el príncipe debe apelar a la *virtú*. La *virtú* es, para Maquiavelo, la «suma de cualidades que la personalidad debe poseer para gobernar con grandeza y fuerza un Estado». Se trata, según el significado de la *virtú* latina, del valor personal, del genio político, de la grandeza de ánimo. Pero, además, la *virtú* es un ideal que el soberano debe conquistar para el Estado: un ideal que se traduce objetivamente en grandeza, fuerza, expansión y aumento del poder político. Únicamente cuando la *necessità* lo exija, debe el soberano apartarse de la *virtú*. Ni bueno ni malo por principio: bueno o malo según las circunstancias y las conveniencias. Si hay que matar, se mata; si hay que robar, se roba; si hay que infamar, se infama por el bien del soberano. Los escrúpulos de conciencia están radicalmente reñidos con la naturaleza de la autoridad política.

Esta *virtú* maquiavélica es lo que se conoce, comúnmente, por razón de Estado. El último capítulo de *El príncipe* es una inflamada exhortación a la unidad y a la independencia de Italia. Podría admitirse que era la exaltación de esa Italia atomizada y oprimida el fin céntrico de la política de Maquiavelo. Acaso la unidad y la independencia de su patria fueran su más vivo anhelo y su más caro sueño. Sobremanera sospechoso resulta, de todas maneras, que ese dramático llamamiento contradiga la trama fundamental de su pensamiento y disuene con el tono frío, racionalista, calculador, pragmático y marrullero de sus ideas. No se trata siquiera de robustecer y expandir el Estado como fin en sí. De lo que se trata es de crearle al soberano, o al grupo dirigente del Estado, condiciones apropiadas para domeñar al propio pueblo primero y a los demás pueblos después. La razón de Estado es, pura y exclusivamente, un instrumento de dominación nacional e internacional. Tarde llegaría Italia a la pugna de las grandes potencias occidentales por la hegemonía del mundo; pero, en su más promisorio sazón había confeccionado Maquiavelo la doctrina y la técnica para lograrla. Si el pueblo se doblega a los deseos del príncipe, el gobierno se desenvolverá con tacto y prudencia; pero si el pueblo se opone o rebela, se devastará inmisericordemente el país, se fomentará la disensión, se matará, perseguirá y encarcelará. Y cuando pueda temerse que alguno, con su talento o su ascendien-

te, organice y dirija al pueblo, lo enardecza y subleve, hay que atraerlo con prebendas y honores a fin de corromperlo y unirlo.

Maquiavelo recuerda, constantemente, que el fin justifica los medios. El soberano debe revestir siempre la forma de dos animales: el león y la zorra. Debe ser fuerte como el león y astuto como la zorra. Presto, a toda hora, a la crueldad o al engaño. Si los enemigos son muchos, conviene hacerse amigo del pueblo. Y ningún medio más eficaz para ello que el engaño, ya que «la masa humana se alimenta tanto de apariencias como de realidades». Pero considera que es mejor ser temido que amado. Siendo el hombre naturalmente malo, el miedo al castigo tiene más fuerza que la amistad.

Maquiavelo prefiere la crueldad al engaño. César Borgia, que fatigó parejamente la licencia, el peculado y el crimen, suscita su entusiasmo y su admiración. «Examinadas todas las acciones del Duque —concluye— no me atrevo a censurarle ninguna y sí a proponerle, cual lo hago, como modelo a cuantos lleguen al poder». En materia de crueldad, el término medio está excluido. No resuelve nada. Irrita al enemigo y no lo vence. La crueldad hay que saber administrarla para que sea eficaz. Toda crueldad inútil es reprobable. Su finalidad es su única justificación y por ello ha de tener límites. Si ha de procurar temor, no debe promover el odio. Si ha de derramar sangre, en lo posible no debe apoderarse de los bienes «porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio». No debe ser continuada y debe usarse inteligentemente.

Si la faz de león que debe compartir el príncipe con la de zorra, entraña la dureza y la crueldad en el interior, su expresión externa es la guerra. El Estado debe ser fuerte y estar poderosamente armado. Su ejército debe constituir un bloque compacto integrado por ciudadanos dispuestos a ofrendar su vida en defensa del príncipe. Las tropas mercenarias, sin otro estímulo que las soldadas y los saqueos, suelen ser flojas y cobardes. Mucho más peligrosas que éstas son las tropas auxiliares, enviadas por otros Estados; como dependen de su señor, defienden, primordialmente, los intereses de éste y no los de aquél a quien ayudan. La guerra es necesaria en la vida de los pueblos. Vigoriza y renueva, unifica y engrandece. La paz engendra el ocio, la discordia y la corrupción.

El príncipe, en suma, debe ejercitarse metódicamente en la mala fe, la astucia, la hipocresía, la traición, el soborno, la falsía, el

engaño y la crueldad. Si se precisa quebrar la palabra empeñada, debe quebrarse. Si hay que aparentar respeto a la religión, debe aparentarse. Si hay que simular pulcritud en el manejo de los fondos públicos, se simula. Si hay que prometer el paraíso terrenal, se promete. Si hay que traicionar al hermano, se traiciona. Si hay que enyugar al extranjero fingiéndole amistad, se finge. No sospecharía nunca Maquiavelo las implicaciones ulteriores de este cínico recetario. Entre sus contemporáneos, sólo los teólogos y juristas españoles lograron calar la entraña de su pensamiento oponiéndole la concepción de la autoridad política contenida en el *Fuero Juzgo*: «Tú eres rey si obras rectamente». El poder no se justifica, pues, por sí mismo; lo justifica el uso que de él se haga.

El maquiavelismo campea hoy, a sus anchas, en todo el orbe. Impera en las democracias, en los regímenes totalitarios, en las iglesias, en los partidos políticos, en las relaciones internacionales. Se ha olvidado, lamentablemente, que no hay peor enemigo de un poder Maquiavélico que otro poder maquiavélico. El despertar será un mundo de pesadilla, en el que regirá, vanamente, la transitoria superioridad de los vencedores.

Fecha por Roa: 19 de marzo de 1950. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 462-467.

La proeza de Toynbee

Entre los libros fundamentales de nuestro tiempo figura, incuestionablemente, el *A Study of History* de Arnold J. Toynbee, director del Real Instituto de Asuntos Internacionales y profesor de investigaciones de Historia Universal en la Universidad de Londres. Trece apretados y densos volúmenes integran el plan de esta obra monumental. De ellos ya seis han visto la luz, pulcramente editados por la Oxford University Press. El séptimo se halla en curso de publicación.

La magna síntesis de Toynbee abarca temas tan ambiciosos como la génesis, el crecimiento, el colapso y la desintegración de las civilizaciones, sus contactos en el espacio y en el tiempo, los ritmos que configuran su historia y las perspectivas de la civilización occidental. Esta sinfónica construcción marca, sin duda, un

hito cardinal en la historia de la historiografía. Hasta ahora, sin embargo, el *A Study of History* —objeto de encendidas polémicas en los círculos intelectuales más alertas de Europa— no había sido vertido a ningún otro idioma. Una editorial argentina ha emprendido recientemente su traducción a nuestra lengua. Gracias a su diligencia, esta vez los lectores hispanoamericanos no llegarán tarde al conocimiento de este óptimo fruto otoñal del pensamiento europeo.

Fue Fernando de los Ríos, en su último viaje a Cuba, quien puso en mis manos la obra del insigne historiador inglés. Había vivido inmerso en su hechizante atmósfera durante largos meses. La laboriosa y dilatada meditación afloraría jugosamente en sus memorables disertaciones sobre la crisis de la actual estructura política del mundo. Recuerdo literalmente su advertencia al prestarme el volumen primero: «*A Study of History* hay que leerlo por dentro y con sumo cuidado. Es fácil perderse en sus páginas a menudo enigmáticas». Inmediatamente sugerí su adquisición a la Biblioteca General de la Universidad. Desde entonces, los seis volúmenes publicados de *A Study of History* están en sus anaqueles a disposición de estudiantes y profesores. No sé el uso que unos y otros hayan hecho de ese caudaloso y estimulante abrevadero de saber; por mi parte lo he utilizado, frecuentemente, en mi cátedra.

Alguien ha llamado a Toynbee «el Spengler de mediados del siglo XX». No le falta, ciertamente, su punta de razón. Cabe, por lo pronto, el paralelismo. Se emparejan ambos en el estilo lujoso y en la concepción poemática; y, aunque ambos difieren radicalmente en el contenido de sus cogitaciones y en las consecuencias que extraen, el punto de partida metodológico es el mismo. Pero Toynbee supera a Spengler en acuidad, calado y visión. Su prodigiosa fantasía compite, ventajosamente, con la del sombrío profeta de la decadencia de Occidente; y lo deja muy atrás en el manejo de las intuiciones, conceptos y hechos. En Spengler prepondera el desboque imaginativo y el afán adivinatorio. Toynbee mira al cielo con los pies bien asentados en la tierra. En este sentido, *A Study of History* es un libro típicamente inglés. Muestra, al par, la impronta de Tomás Moro y de Francis Bacon.

La teoría solar del proceso histórico tuvo en Jorge Guillermo Federico Hegel su más empujado y fascinante expositor. No hubo, hasta Oswald Spengler, otra manera de concebir la historia fuera

de las coordenadas impuestas por el emperador del idealismo absoluto y absolutista. Europa era la raíz y el ápice de la cultura. Mero «país de reflejo», América. Incluso Carlos Marx —precursor de la dirección historicista de la filosofía contemporánea— incurrió en el propio error que angostó el promisorio horizonte de la dialéctica hegeliana. Spengler proporciona a la historia una óptica más límpida, abarcadora y científica. No sólo repudió la convencional división en tres edades; trascendió definitivamente también la interpretación ptolemaica del desarrollo social. Pero su interpretación copernicana queda aún girando en torno al clásico sistema europeísta de contemplar, entender y valorar el multiforme y complejo desarrollo de la convivencia humana. Desde su mirador de Berlín, Spengler escruta, con tudescas antiparras, el revuelto y plástico desfile de las viejas culturas.

Sin Goethe, Marx y Nietzsche, el filósofo prusiano no hubiera podido darle cima a su empeño; sin Spengler —que le rotura el surco y esparce los gérmenes—, tampoco Toynbee hubiera obtenido tan proficua cosecha. Pero lo que le diferencia de Spengler y singulariza su ingente faena es haber logrado «deseuropeizar» y «desnacionalizar» la tradicional concepción de la historia, convirtiendo ésta por primera vez en historias de la historia. A su poderoso empuje, el cuadrante de la ciencia histórica experimentó un viraje que jamás hubiera podido barruntar el venerable Herodoto.

De los hallazgos, ideas y sentimientos del vituperado siglo XIX ha vivido, en buena medida, la centuria que corre. No podía ser, en rigor, de otro modo. El proceso de la cultura es, al par, acumulación y devenir. Lo que está siendo viene ya dado dialécticamente en lo que fue. El porvenir brota del ayer, como el fruto de la semilla.

No es menos cierto, sin embargo, que al arribar a su madurez el siglo XX cuenta ya con un sistema propio de ideas. Es igualmente lógico que sea así. Cada época elabora una peculiar manera de sentir, comprender y explicar la vida que fluye y la historia de esa vida en función de presente y proyección de futuro. Se puede afirmar, pues, que el pensamiento y la sensibilidad actuales tienen una fisonomía, una estructura, un contenido y una perspectiva correspondientes a una determinada situación vital, espiritual y social.

A ese sistema de ideas propio de nuestro siglo, hay que adscribir el *A Study of History* de Arnold J. Toynbee. Es un producto específico de lo que Hegel llamara, con afilado acierto, el «espíritu del tiempo». Basta adentrarse en sus páginas para advertir,

enseguida, la entrañable vinculación de la magna obra de Toynbee con las corrientes fundamentales que configuran y rigen hoy la filosofía, las matemáticas, la sociología y la estética. De ahí las radicales discrepancias que muestra con las concepciones de Newton y de Ranke y sus profundas afinidades con las de Spengler y Einstein.

Toynbee aprovecha la enorme masa de saber histórico acarreada por la arqueología, la filología y la antropología; extrae todos sus jugos a las interpretaciones de sus antecesores; utiliza dinámicamente algunos conceptos troncales de la teoría clásica de la historia; pero la raíz de su pensamiento y de su sensibilidad se nutre de las ideas predominantes sobre el tiempo y el espacio y de novísimos conceptos sobre «la segmentación del estudio histórico en campos inteligibles, cada uno de los cuales genera fuerzas de radiación y atracción social semejantes a sus homónimas físicas en su capacidad de ejercer efectos a distancias inmensas de sus fuentes siquiera en grados minúsculos». Su filosofía de la historia, sustentada en una visión curva del desarrollo social, es de clara filiación relativista. Javier Pulgar Vidal y Víctor Raúl Haya de la Torre han examinado a fondo la posición de Toynbee, subrayando los disentimientos y las coincidencias que ofrece con la doctrina del Espacio-Tiempo Histórico esbozada en 1945 por el líder aprista.

Toynbee mismo fija su posición en las frases iniciales de *A Study of History*. «En cualquier época de cualquier sociedad —escribiera— el estudio de la historia, tal como las demás actividades sociales, está gobernado por las tendencias dominantes del tiempo y el lugar». Este punto de vista lo lleva a concluir que sin las categorías de espacio y de tiempo es imposible pensar el proceso de la historia. Ambas son inseparables y desempeñan céntrico papel en la historia como *res gestas* y como *memoria rerum gestarum*. La historia se convierte así en los dramas del hombre en sus multidimensionales escenarios.

Se afana Toynbee en delimitar, nítidamente, el área propia del estudio de la historia. Es tarea previa si se aspira a formular una concepción genérica de las historias de la historia, o —si se prefiere— de la historia de las historias. Tampoco olvida Toynbee que la ciencia histórica está urgida de una metodología adecuada y de un conocimiento exacto de sus elementos primordiales. No cabe ya duda de que los ingentes desarrollos de la física, la

química y la astrofísica se deben al riguroso aparato conceptual y a las precisas técnicas de investigación de que disponen sus cultivadores.

El problema quedó planteado por Carlos Marx al iluminar súbitamente el substrato económico de la vida social, hasta entonces desconocido o desdeñado por los historiadores. Spengler creyó haber encontrado en la naturaleza biológica de las culturas el hilo conductor del proceso histórico. Toynbee afirma, rotundamente, haber hallado la unidad histórica elemental.

Esta unidad histórica elemental —fundamento empírico de su filosofía de la historia— es la sociedad en el tiempo y en el espacio. No hay una sola historia, como sostuviera Hegel: hay tantas historias como sociedades han existido o existen. La pluralidad de sociedades es el único «campo inteligible de la historia». Toynbee ha conseguido, por lo pronto, «deseuropeizar» y «desnacionalizar» la historia. Todos los avatares y formas de la vida humana cobran jerarquía y sentido a la luz de esta nueva perspectiva. La tradicional concepción de la historia universal deviene paradójicamente provinciana.

No se concibe al hombre haciendo su vida a solas. Vivir es convivir. El hombre es, primariamente, un ser social; y, por serlo, ha logrado trascender la pura animalidad y conquistar un destino intransferible en el cosmos. En su monumental obra *A Study of History*, Toynbee desenvuelve, magistralmente, esta tesis, ya consagrada por la antropología, la sociología, la teoría política y la historia.

Según el gran historiador inglés, en un principio el hombre vivió en sociedades de estructura simple, rígida y homogénea. Miles de años después comenzó a luchar, sufrir, soñar y progresar en sociedades complicadas, heterogéneas y dinámicas. Las primeras son las denominadas sociedades primitivas. Las segundas, las llamadas sociedades civilizadas. Esta sucesiva constelación de sociedades es la unidad elemental de la historia. Toynbee reclama para sí este iluminante descubrimiento.

¿Cómo surge la civilización en la historia? ¿Es fruto de la continuidad o de la mutación? ¿De la evolución o del salto?

El tránsito de las sociedades estáticas a las sociedades dinámicas —para decirlo con palabras de Toynbee— es «siempre brusco». La continuidad del desarrollo histórico queda abruptamente rota; y esta ruptura se opera en virtud de la reacción del hombre

a un cambio desfavorable en el contorno, que «le obliga a comportarse de diferente manera». Es la respuesta ineludible a un reto insoslayable. Cuando la respuesta es vencida por el reto, la sociedad se fosiliza, como aconteció a algunas tribus africanas y amazónicas y a los esquimales. Hay sociedades que logran sobrevivir a su propio ciclo vital. Las hay también que se marchitan y mueren prematuramente.

La historia de las civilizaciones constituye la *memoria rerum gestarum* de las sociedades dinámicas. Su radio de conocimiento abarca desde las grandes civilizaciones orientales, hasta la occidental, pasando por la incásica y la maya. Estas sociedades dinámicas o civilizaciones, comprenden a grupos humanos afines; pero no deben ser confundidas con las comunidades que las componen. Del análisis comparativo de unas y otras, Toynbee concluye que ninguna de ellas «abraza al todo de la humanidad». Las clasifica en «especies» y destaca sus «relativas continuidades» y sus «paternidades, parentescos, aislamientos y fosilizaciones». Y, asimismo, devela y precisa «el aspecto interno de sus articulaciones y el aspecto externo de las relaciones entre ellas». La historia de las civilizaciones es un vasto, complejo y plástico proceso en espiral.

De las veinte civilizaciones que registra y estudia Toynbee, la única que ha podido ejercer una influencia ecuménica es la occidental, hoy sometida a la más dura prueba de su borrascosa y fecunda existencia. Toynbee, al revés de Spengler, no asume aire de profeta ni ademán de panegirista. El augurio y la lamentación están ausentes de su obra. Ni adivina, ni plañe. Toynbee considera que los valores fundamentales de la civilización occidental aún pueden salvarse si se establece un gobierno democrático mundial, se organiza una economía socialista y el espíritu cristiano se trasfunde a la vida de relación.

No es fácil empresa la lectura de *A Study of History*. Las ideas y los conceptos son, a veces, demasiado densos y apretados y el lenguaje suele suscitar confusiones por lo criptográfico que resulta a menudo; pero a medida que se desentraña el sentido recóndito de su simbología, se van esclareciendo y dilatando los confines del pasado y los horizontes del futuro.

Esta obra de Toynbee aporta a la historia de la cultura una nueva filosofía del desarrollo curvo de la convivencia humana. Ninguna otra de su tipo editada en los últimos veinte años puede

parangonarse en estilo, ambición, saber y profundidad. Ni sus limitaciones, ni sus errores, ni sus brechas pueden menoscabar ni ensombrecer la proeza de Arnold J. Toynbee. *A Study of History* no es sólo un libro señero; es también un testimonio de esta época crítica y trascendental que nos ha tocado en suerte vivir.

Publicado en *El Mundo* el 3 de agosto de 1952. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 68-73.

El opio de los intelectuales

Fue Sócrates quien planteó, por primera vez, en su doble dimensión teórica y ética, el problema de las responsabilidades y de los deberes de la *inteligentzia*. Numerosas requisitorias se han escrito, desde entonces, sobre el papel y destino de los intelectuales. En mis años mozos, suscitaban intenso revuelo las de Romain Rolland y Henri Barbuse. Las de Julien Benda y Archibald McLeish, aparecidas después, dejaron una encrespada estela de controversias. Esta del sociólogo francés Raymond Aron, vertida recientemente al español, produjo en París, al publicarse hace tres años, larga y ácida polémica. Ya empieza a promover ardientes encomios y violentas diatribas en los círculos culturales de nuestra América.

El libro de Aron comprende tres partes y un epílogo, rotulados, respectivamente, «Mitos políticos», «Idolatría de la historia», «La alienación de los intelectuales» y «¿Fin de la edad ideológica?». Un total de trescientas páginas de apretada y beligerante prosa en que abunda, paradójicamente, el uso y abuso del mito y el opio intelectuales para combatir el opio y la mitomanía de los intelectuales. No hay duda de que muchos escritores occidentales han sido y son víctimas de los embelecios sociales y de las brujerías políticas. Pero nada es más peligroso que combatir el embelecio con el embelecio y la brujería con la brujería. Acaba siempre en una desertión de las responsabilidades y deberes de la inteligencia. El primer deber del intelectual es decir la verdad, sin parar mientes en las consecuencias. El intelectual que la mixtifica o ignora, se traiciona a sí mismo y a la sociedad.

La tesis central del libro es objetivamente inexpugnable. Sobremanera febles, en cambio, sus conclusiones fundamentales. Y,

desde luego, tan letal como la «droga celeste» que abomina, el infecundo escepticismo que trasmina la actitud intelectual y vital de Raymond Aron.

Sin fecha. [*El opio de los intelectuales* apareció en 1955.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 402-403.

John Dewey y su aporte a la tradición norteamericana

Aunque publicado hace algún tiempo, este libro de Irwin Edman sobre John Dewey y su aporte a la tradición norteamericana¹⁴ conserva plena actualidad. La razón es obvia. A los siete años de su muerte, tras una vida tensa, laboriosa y fecunda, el eminente filósofo y educador sigue constituyendo el centro de imputación de la conciencia cultural de su país. Baste decir que la influencia de Dewey en la vida y el pensamiento del vecino pueblo corre pareja con la ejercida por Thomas Jefferson y Benjamín Franklin en su época. No pudo ser, en verdad, más atinada su inclusión en la serie *Makers of the American Tradition*.

Una breve referencia a esta valiosa colección aclarará el sentido que pretenden infundirle sus editores. Su propósito, en parte ya conseguido con los volúmenes publicados, es ir fijando los hitos cardinales del proceso de integración de la herencia espiritual de los Estados Unidos. Se trata, además, de un intento de aprehensión y comprensión del tema propuesto, desentendiéndose de las formas tradicionales de biografía y antología de las figuras seleccionadas. El método empleado combina los textos originales de los autores y su palabra viva recogida o grabada, con una aguda interpretación de aquéllos y de ésta a cargo de avisados y versados exégetas. Tal conjunción de elementos ha rendido sabrosos frutos, y de manera especial en el caso presente. Edman, quien desde muy joven abrevó en las enseñanzas de Dewey y largos años compartió con él tareas docentes, preocupaciones filosóficas e inquietudes civiles, logra componer una síntesis admirable, por

¹⁴ Se trata de *John Dewey: His Contribution to the American Tradition*, Bobbs-Merrill, Indianapolis, 1955. (N. del E.)

lo vivaz y completa, de los varios batientes del pensamiento de su insigne maestro.

Si universal en sus concepciones filosóficas, Dewey es, por las raíces que las nutren, la confluencia en su formación del sentido trascendente del puritanismo y del pragmático espíritu de frontera —corrientes modeladoras de la estructura vital e intelectual de la sociedad en que vivió— y los fines alcanzables que persigue: un norteamericano de pies a cabeza. Ningún pensador contemporáneo parece más distante de Dewey que Unamuno; y, sin embargo, hay ostensibles afinidades entrambos. Como al atormentado español le trasmina el fuerte olor de su tierra vasca en las más aladas disquisiciones metafísicas, a Dewey le rezuma siempre por todos los poros de sus ideas el rocoso aroma de su Vermont natal. Y, como Unamuno asimismo, sus avatares filosóficos lo empujan, inexorablemente, a vivir la filosofía como experiencia propia y personal y no ajena y objetiva.

Tentado desde mozo por la libertad y la aventura, se liberó, rápidamente, de todo dogmatismo, incluso de la hechizante liturgia de Hegel, para abalanzarse, como un pionero, hacia el horizonte ondeante que mientras más se alejaba más le atraía. Su retorno al empirismo inglés —significativo es su contacto con Darwin— responde, en el fondo, a un manifiesto designio de subrayar su divorcio con las conclusiones reaccionarias del emperador del idealismo absoluto y absolutista. Pero si Dewey se hubiera quedado ahí —puro empirista o mero positivista—, hartamente insignificante habría sido su aporte a la tradición norteamericana.

No sólo siguió adelante, sino que, al lanzarse audazmente a edificar un concepto y un método de la filosofía como experiencia dialéctica, dinámica y total de la naturaleza, de la conciencia, de los valores y de la voluntad, dio un impulso decisivo a la teoría y a la comprensión del acto cognoscitivo. Dewey, que ha partido de William James, traspone el pragmatismo al generalizar el método científico a zonas ópticas hasta entonces reservadas a la intuición y al relato simplemente descriptivo. Naturaleza y cultura, contrapuestas desde Kant hasta Dilthey en rígida dicotomía, pasan a ser, en la sistemática de Dewey, formas de expresión de una misma y última realidad alojada en el más acá. Al revés del culturalismo y del historicismo, el «instrumentalismo» no separa artificialmente en categorías abstractas lo que está orgánicamente integrado y es susceptible, por ende, de conocerse, explicarse, valorarse y modi-

ficarse, mediante un sistema conceptual de categorías concretas. No en balde en todos los órdenes de la naturaleza y del espíritu hay una perfecta continuidad e interrelación. Sobre tales supuestos epistemológicos, que entrañan una reeducación de la filosofía, levanta Dewey su psicología, en que la conciencia se define no como una facultad del espíritu, sino como una peculiar sensibilidad a los aconteceres.

Reeducada así la filosofía, su naturaleza sufre sustantivas mudanzas y, correlativamente, su teleología. El ambicioso empeño de captar las esencias es sustituido por el más modesto afán de servir de guía en las relaciones del saber principal con la vida social y el mundo histórico. La filosofía de Dewey concluye, pues, en pedagogía. En este rasgo característico y definitorio, su pensamiento entronca con la más pura tradición clásica y, particularmente, con Sócrates. Pero es la suya, urge ya precisarlo, una pedagogía para la democracia, y en consecuencia, para la vida libre, noble y justa; una *paideia* científica cuyo fin es conjugar, armónicamente, las potencias inalienables del individuo con las superiores necesidades de la comunidad.

Ciertas palabras de Dewey al respecto resultan de obligada transcripción: «¿Por qué preferimos el orden democrático y benigno al autocrático y brutal? ¿Podemos hallar razones que en última instancia no se reduzcan a la convicción de que el orden democrático promueve una mejor calidad de experiencia humana, una calidad más ampliamente accesible y disfrutable que la que permiten las formas no democráticas o antidemocráticas de la vida social? ¿El principio de aprecio de la libertad individual y de la decencia y bondad de las relaciones humanas no responde, en último análisis, a la convicción de que estas cosas son tributarias de una calidad superior de experiencia para el mayor número, como no lo son los métodos de represión, de coacción y de fuerza? ¿No se debe nuestra preferencia a que creemos que la consulta mutua y las convicciones alcanzadas por la persuasión hacen posible una calidad más alta de experiencia?»

La adhesión de Dewey a la democracia no fue prudentemente contemplativa, sino peligrosamente militante. Luchó a cara descubierta contra sus imperfecciones constitutivas y funcionales y contra sus adversarios abiertos y solapados. Su denuncia de la añagaza totalitaria quedará inscrita, con letras de fuego, en la memoria de aquéllos que, sintiendo la dignidad humana como imperativo

de conciencia, repugnan el vivir sin albedrío, espinazo y ensueño. La salvación del hombre dependía, para él, de su capacidad de organizar la libertad. Y sobre eso, a despecho de signos adversos, no albergó la más leve duda. Su «voluntad de creer» en el advenimiento de un mundo mejor, transido de fraternidad cristiana, y fundado en la filosofía como ciencia de lo factible, útil y bueno, hizo del puntilloso instrumentalista un fronterizo del más acendrado y fértil romanticismo.

Esa es la imagen que extrae de John Dewey el lector de este luminoso y refrescante libro, concebido y escrito por uno de sus más preclaros discípulos.

Sin fecha. [*John Dewey: His Contribution to the American Tradition* se editó en 1955.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 404-406.

La sociedad abierta y sus enemigos

Pensado y escrito en el trágico interregno de 1938 a 1943, este libro de Karl R. Popper es un ataque a fondo de las ideas y estructuras totalitarias de poder, y, a la par, una maciza defensa de la teoría y la práctica de la democracia. No conozco obra alguna en que se hayan expuesto con tanta crudeza y rigor las consecuencias nefastas de la «barbarie reflexiva», certera expresión usada por Juan Bautista Vico «para definir los frutos del poder de destrucción a cuyo servicio se pone el total de recursos de la inteligencia en un momento dado». Ni tampoco he leído alegato más despiadado contra los engaños del historicismo irracionalista y las aberraciones de las metafísicas autoritarias. Baste decir que esta obra ha elevado a su autor a los más subidos rangos del pensamiento contemporáneo. De «primerísima importancia», la califica Bertrand Russell.

Considerada en su más amplio sentido, *La sociedad abierta y sus enemigos* es una introducción crítica a la filosofía de la política y de la historia. Popper deslinda, pulcramente, las esferas ópticas propias y respectivas de las ciencias naturales y de las ciencias sociales. Los hechos naturales están sometidos a leyes universales, imprescriptibles e irrefragables. Los hechos sociales se caracterizan por su individualidad intransferible y las leyes que los

rigen son relaciones necesarias de contenido variable. Aquéllos son puramente automáticos. Estos son productos de la actividad consciente del hombre. De ahí que siempre respondan a fines deliberadamente propuestos y a determinada constelación de valores. Si bien la política y la historia pueden ser, y son, objeto de ciencia en la más estricta acepción del vocablo, a la vez constituyen saberes normativos, disciplinas del ser y del deber ser de la vida política y del proceso histórico. La libertad es, para Popper, la categoría fundamental de la axiología política y el centro de imputación de la convivencia humana. Sobre la arquitectura jurídica derivada de aquélla han de fundarse el orden y la autoridad para que sean legítimos.

El análisis sociológico de Popper arranca de una distinción previa entre lo que llama sociedad cerrada y lo que denomina sociedad abierta. La sociedad cerrada es, no obstante la altitud de su desarrollo técnico, una estructura tribal articulada en la creencia en los tabúes mágicos. La sociedad abierta se singulariza por estar asentada en la aquiescencia o el disentimiento racionales de sus componentes. Predominan en la primera las filosofías políticas de tipo mítico y las formas totalitarias de poder, y en la segunda, las filosofías políticas racionalistas y las formas democráticas de poder. Popper traza, con maestría, la evolución de ambas posiciones de conciencia a través de la historia de la filosofía y exhibe a plena luz las raíces del totalitarismo moderno en el pensamiento de figuras tan descollantes como Heráclito, Platón, Hegel y Marx. A Platón dedica la primera parte del grueso volumen. La segunda parte la consume casi toda el examen de las doctrinas filosóficas, sociológicas e históricas del marxismo. Y, tanto el uno como el otro asedio dialéctico, demuestran una independencia de criterio insólita en época en que suele pensarse por boca de ganso o al dictado de consignas petrificadas.

La sociedad abierta y sus enemigos contiene al final un verdadero arsenal de referencias, esclarecimientos y atisbos sobremana útil. El conocimiento de este libro resulta indispensable para quien pretenda poseer una imagen clara de la dramática situación que afrontamos en el plano de la historia universal.

Sin fecha. [*La sociedad abierta y sus enemigos* apareció en 1945.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 408-409.

Filósofo en entredicho

Ha muerto en Madrid José Ortega Gasset. Su figura y su obra pertenecen ya al dominio de las valoraciones históricas. En proceso de quehacer hasta que el lívido barquero se lo llevó rió arriba, su vida y su pensamiento —proyecto y conciencia incluso en la fatalidad domeñable de la circunstancia— están ahora ahí como formas de pensamiento y de vida, como vida y pensamiento objetivados. Tócale a otros, en adelante, revivir lo que fue en ese pensamiento vida personal, única e intransferible, y justipreciar lo que en esa vida fue auténtico o banal, insobornable o falsificado, valioso o vituperable. A muy escasos filósofos les fue dada esa póstuma hazaña de hacerse concreción de su propia filosofía, al dejar de ser ésta expresión vital de un ente de carne y hueso. Si al expirar todo filósofo, su filosofía, se trueca en sobrevivencia, en el caso de Ortega Gasset deviene inexorablemente, por imperativo inmanente, historia de la filosofía. Era su destino y el destino se ha cumplido. ¿Quiérese tema más incitante para un epígono?

«Monstruo en su laberinto», llamó Azorín a Ortega Gasset. «Laberinto de laureles», replicó Juan Ramón Jiménez. Aquel hombre ensimismado y tremante, tejido de distancias y sediento de aproximaciones —monólogo luzbélico en diálogo platónico—, siempre «buscó con violencia o rudeza, tal vez, a quien llevarse a lo suyo». La inteligencia le irradiaba por la frente comba con fulgor meridiano; y por los ojos claros y abisales fluía, a veces, trémulo arroyuelo, la abscóndita armonía de su espíritu. Celoso de sus rangos y prerrogativas, se le veía, ufano de su saber principal, estar encima y sobre en su principesco talante y la conciencia de su señorío en la insomne mirada de inspector. Era lógico que provocara incondicionales adhesiones y rispidas desavenencias cuando hacía su vida y su pensamiento en su doble circunstancia española y universal. Y lógico, también, que tuviera discípulos que proclamaran de hinojos su magisterio y adversarios resumantes de envidia.

Rendimiento y aversión aparte, José Ortega Gasset fue, por sus egregias calidades intelectuales, un grande de España y un español ecuménico. No incurrió en hipérbole Ernst Robert Curtius al considerarlo uno de los doce pares del intelecto europeo. Pero su grandeza no atenúa sus yerros, ni excluye sus debilidades. Ahí

están ya, como objeto de historia, su persona y su pensamiento. Prescindamos de la beatería y de la diatriba y juzguémosle a tenor de sus dichos y de sus hechos. «Cualquiera que sea el valor atribuido por nosotros a una obra de cultura —son palabras suyas— tenemos que buscar tras él al tipo de hombre que encarna».

Uno de sus fieles, Emilio García Gómez, acaba de caracterizarlo como el león de las letras españolas: «Leonina era su cabeza, y en su voz aceitosa y en su ancha boca parecía quedar una amputación del rugido». Domingo Marrero, autor de un libro espléndido sobre Ortega Gasset, apeló al símbolo del centauro —especie híbrida— para definirlo: «Ideador, curioso de ciencia, hombre de entre ayer y hoy, activo y sagaz espectador que casi salta a la verja del balcón y medroso se detiene en el momento del salto, mitad filósofo, mitad literato, pero en todo caso aristócrata intelectual de vivaz coquetería. Ortega Gasset se ha bautizado a sí mismo con justeza. Nació bajo su signo. Anca, ala y expresión lo delatan. Es lo que es. Hijo de sus circunstancias. Es el centauro. Habitante de ansias contrapuestas, que ensaya su carrera y su vuelo al mismo tiempo». Aciertan ambos en sus metáforas zoológicas; pero, sólo a medias García Gómez. Junto al anca y el ala, la garra. Su voz era de tenor.

De Píndaro extrajo Ortega Gasset su divisa: «Atrévete a ser quien eres». Quiso, y no pudo. El tipo de hombre que fue se traduce, cabalmente, en su filosofía, ala y garra; se menoscaba y quiebra en su conducta, anca y brida. La muerte imprimió en su mascarilla la huella ennoblecedora de la pugna y la amarga cicatriz de la bifurcación. Cuando se recomponga su vida con las categorías de su metafísica de la existencia, ese patético dualismo coronará, trunco penacho, la rota unidad del ser José Ortega Gasset. No cabe ahora intentarlo siquiera. Pero, no sería tampoco posible entender su pensamiento ni valorar su conducta, sin previo esbozo de su trayectoria ideológica y vital.

Mezcla de sangre andaluza y gallega, José Ortega Gasset nació en Madrid, el 9 de mayo de 1883. Su padre, José Ortega Munilla, escritor y periodista, era oriundo de Cuba y seminarista frustrado. De aquí la severa educación religiosa a que fue sometida la prole. Cuando Pepe cursaba las primeras letras con el sacerdote Ramón Mingüella, ya Ortega Munilla había conquistado un nombre en el periodismo y era director de la hoja literaria de *El Imparcial*. Pepe fue, como Rubén Darío, un niño prodigio. «Hallándose convalciente de una enfermedad —refiere la *Enciclopedia*

Espasa—, cuando sólo tenía siete años pidió un libro para entretenerse y le fue dado *El Quijote*, y a las tres horas sabía de memoria todo el primer capítulo y lo recitaba con suma gracia y propiedad». Estudió el bachillerato en el colegio de los padres jesuitas, en Miraflores del Palo. Aquella pedagogía formalista y autoritaria, más interesada en los negocios del más acá que en los arrobos del más allá, dieron al traste con los designios del padre. Sufrió su primera crisis de conciencia y abominó de la formación clerical. «Yo no soy partidario —dirá más tarde— que se suprima a nadie ni se expulse a nadie de la gran familia española». Pero aboga por la eliminación de los colegios de jesuitas en virtud de «la incapacidad intelectual de los reverendos padres». Marrero aduce que la defraudación lo cegó. «Su pasión anticlerical —escribe— le impidió ver cuánto debe la seriedad intelectual de su empeño, su casi ascética disciplina de estudioso, a los hábitos intelectuales que le inculcaron los reverendos padres».

Si se apartó resueltamente de la grey, Dios permaneció, empero, a la vista, a lo largo de su pensamiento y de su vida, y contempló muchos problemas desde una perspectiva cristiana. Ostensible es su preocupación filosófica por los temas teológicos. Pero a aquella experiencia deberá, asimismo, «seis años de mocedad hechizada por el embrujo de la vida y del paisaje del mediodía español». «Yo he sido —recordará luego— durante seis años emperador dentro de una gota de luz, en un imperio más azul y esplendoroso que la tierra de los mandarines». La flor de su vibrátil sensibilidad —milagro de la arcilla humana— despuntó en Málaga. Si el filósofo se sustenta en Castilla, donde el aire es buido, el paisaje, adusto, y vivir, dispararse, el esteta se nutre de alucinaciones mediterráneas y de líricos deliquios.

Su adolescencia alumbró, grávida de maduresces, en acerba y sombría coyuntura. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas había reducido a España a potencia de quinta clase. El pavoroso desastre puso de manifiesto las hondas raíces y las vastas dimensiones de la crisis que venía agostándola y planteó, en términos perentorios, la necesidad de encararla y resolverla. Fue aquella una hora de derrota, humillación, pesimismo, escarmiento y rebeldía. Dolió la patria, como flagelo en la entraña. En los espíritus más altos, la aflicción y la disconformidad adoptaron acento admonitorio y ademán de reto. Ángel Ganivet tradujo su desgarró en duro lenguaje de penitente: «En presencia de la ruina espiri-

tual de España hay que poner una piedra en el sitio donde está el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarlos todos a los puercos». El diagnóstico se hará más preciso y la terapéutica más eficaz en su *Idearium español*, lúcida hoja clínica de la decadencia nacional. Joaquín Costa sometió a crudo análisis la degeneración histórica de España; mas sin recurrir al retórico pregón de su regeneración moral. Demasiado perspicaz para tomar el rábano por las hojas, recetó una cura de caballo: crear una nación nueva. Pero, fue Miguel de Unamuno quien exhibió el secular trasfondo de la tragedia española y predicó, como vía purgativa y redentora, el rescate del sepulcro de Don Quijote. Era el hermano mayor de la generación del 98 y fue su primer hereje. El profeta que encauzó el ímpetu y desdeñó la alharaca había sido Francisco Giner de los Ríos, «el viejo alegre de la vida santa». Su sermón laico adquiría ahora carácter de patriótica preceptiva: consagración, trabajo, disciplina, dignidad, conducta. No en balde «la ciencia es cosa de conciencia».

Entre esa generación criticista y melodramática —compuesta ya por hombres mayores de treinta años al alborear el siglo— y la bisoña generación de Ortega Gasset hubo un vínculo profundo: el lacerante afán de redimir a España y el culto dionisiaco a Nietzsche. En lo demás, fueron más las discordancias que las afinidades. Ambas eran, por su actitud y altitud, generaciones de vanguardia y, por ende, polémicas y beligerantes. Ningún testimonio evidencia tan claramente el conflicto generacional como los primeros artículos de Ortega Gasset en *El Imparcial* y la correspondencia cursada, entre aquél y Unamuno, sobre el destino de la nación. En estilo suelto y altivo, el mozo pedía cuentas al joven maestro y censuraba «las majaderías de esos señores», a quienes si reconocía «algo de frescura y de vida antiliteraria» y denuedo «para romper y derribar ídolos», les reprochaba carencia «en absoluto de esa pequeña, infinitesimal capacidad de renunciamento, de disciplina, necesarios para hacer algo». Unamuno puntualizó las coincidencias entre sus respectivos pensamientos y posturas —inmerso ya aquél en Kierkegaard, impregnado Ortega Gasset del vitalismo nietzscheano— y solicitó permiso para publicar las cartas, recogidas hoy en el volumen V de sus *Ensayos*. Aunque el paradójico vasco preconizaba entonces como fórmula salvadora la europeización de España, ya le atormentaban la finitud de la vida humana y el hambre de eternidad.

En 1904 se graduó Ortega Gasset de doctor en Filosofía y Letras y marchó pensionado a Alemania, a fin de completar su formación. Meses antes se había distanciado tácitamente de Unamuno al descubrir el mundo mágico de las ideas y embriagarse de razón pura. No volverían a convivir hasta 1935, a despecho de acercarse cada vez más sus pensamientos, a partir del retorno de Ortega Gasset a las filosofías de la vida y de elaborar la suya propia.

Atraído por el coruscante prestigio de Guillermo Wundt, se matriculó en la Universidad de Leipzig, asistiendo a sus cursos de psicología y de historia de la filosofía; pero, sin encontrar en las doctrinas de Wundt lo que ansiosamente buscaba: un riguroso deslinde de las esferas ópticas del conocimiento y una epistemología fundada en el pensamiento puro. Wundt era, a la par, científico y filósofo. De una parte, resabio positivista, asignaba a la filosofía la exclusiva misión de organizar el saber facilitado por las ciencias experimentales en un sistema exento de contradicciones; de otra, la insuficiencia de los datos empíricos y del método científico para totalizar una imagen del universo lo inducía a preconizar una metafísica asentada en la conciencia y una teoría de los valores de visible progenie kantiana. Ese costado de su pensamiento, tan inmediato ya a las nuevas filosofías de la decadencia burguesa, fue lo que Ortega Gasset aprovechó de su estancia en Leipzig.

Se trasladó a Berlín en 1905. Su nombre no figura en los registros de matrícula de la imperial Universidad. Es probable, sin embargo, que haya asistido a seminarios y cursos especiales. Según él, en «aquella época no había en las cátedras de la Universidad de Berlín ningún gran profesor de filosofía». No es cierto. Había no sólo eminentes profesores de filosofía, sino, también, hombres que contribuyeron notoriamente a su formación, como Dilthey, Simmel, Paulsen, Wöelfflin, Meyer, Planck y Stumpf. «De allí —anota Marrero— lleva influencias que han de señalarse en el curso de su obra: su crítica a la ciencia, su interés historicista, su preocupación por la historia del arte». Aunque se resistiera a admitirlo, de dos de esos hombres fue deudor Ortega Gasset en grado máximo: Dilthey y Simmel. De aquél, sorbió conceptos troncales para la construcción de su filosofía de la razón vital y de la razón histórica; de Simmel, tomó ideas y categorías que, con otras de Heidegger, transfundió, como propias, a su metafísica de la existencia.

En la Universidad de Marburgo, y junto a Herman Cohen, el más fino y brillante exégeta de Kant, estudió Ortega Gasset du-

rante dos años. Jóvenes a la greña con el positivismo comtiano y el idealismo objetivo y dialéctico de Hegel fueron sus condiscípulos. Pero, Cohen no se contentaba con glosar al pontífice de Koenigsberg. Incluso solía enmendarle la plana y exponer su propio sistema. De Kant, sólo parecía interesarle el método y la preocupación epistemológica. Su discrepancia era tajante en cuanto a la prioridad del pensamiento sobre la intuición. Había que volver a Kant, pero superándolo: la realidad dimana de las ideas y éstas son más importantes que los hombres. No tardaría Ortega Gasset en afirmarlo enfáticamente. Pero, mucho más pronto se arrepentirá de ello, aventurándose por los desfiladeros del perspectivismo, de la fenomenología y del existencialismo, en denodada búsqueda de su propia expresión filosófica. El recuerdo de Cohen, el ágil viejecito que «lo armó caballero del empeño filosófico y aventurero de la alta metafísica», fulgirá, perennemente, en su espíritu.

Volvió a España germanizado y seducido, aparentemente, por el neokantismo. «Yo fui a Alemania —escribió al reanudar su colaboración en *El Imparcial*— para henchir de idealismo algunos tonelillos y no olvidaré el trabajo que me costó dar con el manantial. Desgraciadamente, no tenemos ni sospecha de lo que ha traído al mundo, y soporta ella sola, la Alemania del filósofo, del sabio, del pensador». Se preparaba ya, en secreta vela de cogitaciones y ensueños, para el ambicioso vuelo de su pensamiento. La publicación de *Personas, obras, cosas*, florilegio de artículos escritos en esa época, reveló hasta qué punto era capaz de aguantar los rigores del entrenamiento.

Emprendió la aventura del periodismo, ejercicio constante en su vida, fundando las revistas *El Faro* y *Europa*. Roturar surcos, sembrar desazones y galvanizar voluntades para salvar el país, europeizándolo, fue la misión que se impuso. Abordó la problemática nacional a la manera, otrora reprobada, de la generación del 98: con sentido mesiánico. Se sentía vocado a director de conciencias y a redentor de España. La atención intelectual empezó a seguirle la pista. Gran revuelo produjeron sus demandas de una reforma liberal, su polémica con Antonio Maura y su profesión de fe republicana. En 1914, coincidiendo con la aparición de las *Meditaciones del Quijote*, irrumpió en la vida pública con visera monárquica, al frente de la Liga de Educación Política Española. Su volubilidad ideológica le malquistó con el movimiento republicano. Señalóse su inconsistencia. El propio Ortega Gasset se

encargó de corroborarla: «Como tantos españoles, me sentí republicano en un cuarto de hora de mal humor». Antes había coqueteado con el sindicalismo y el socialismo. Su sonado discurso «Vieja y Nueva Política» inauguró un nuevo estilo en el género: la retórica de los conceptos. Su distinción entre la España oficial y la España real dio origen a movidas controversias. Pero su posición híbrida, oportunista y reaccionaria quedó nitidamente fijada: «Acción nacional bajo la fórmula de la nacionalización de la monarquía, del ejército, del clero y del proletariado».

En esos días empezó a editar, con Baroja, Azorín, Pérez de Ayala, D'Ors y Valle Inclán, el semanario *España*. El nuevo hebdomadario contribuyó, decisivamente, a levantar el tono de la vida cultural española y su influencia en la juventud fue sobremanera beneficiosa. Un artículo antológico, repudiando la intervención de los militares en la política, determinó, poco después de su regreso de Buenos Aires, su salida de *El Imparcial*. En 1916 fundó, con Urgoiti, el diario *El Sol*, la gran tribuna de su plenitud. Su carrera periodística culminó en la publicación de la *Revista de Occidente*, que fue una de las cofas más altas de los bajeles de alto bordo de la cultura europea. Hacia unos meses la editorial Espasa lo había nombrado consejero técnico. Esa experiencia le indujo a crear una propia, anexa a la *Revista de Occidente*. Mandó traducir y difundió los más jugosos frutos del pensamiento de vanguardia. En esa prócer faena le animó el propósito de mostrar a los lectores de habla española la existencia de un cuerpo de ideas peculiares al siglo XX.

Ortega Gasset inició tempranamente su labor pedagógica. Enseñó primero en el Colegio Superior del Magisterio y ocupó después, sucediendo a Salmerón, la cátedra de Metafísica de la Universidad Central de Madrid. Taló bosques, abrió ventanas y descubrió horizontes. Le disputó a Unamuno el cetro de la filosofía y la conducción de la juventud. Ya había chocado violentamente con éste, recién pisara tierra española. Inficionado del seco racionalismo kantiano, lubricado apenas con el neokantismo historicista de Baden, contrapuso cultura y naturaleza, ironía y razón, convencionalismo y espontaneidad. De Unamuno, en pleno zafarrancho existencialista, le exasperó la ruda franqueza y, sobre todo, su nueva palabra de orden: «Antes que europeizarnos, africanizarnos». Y, con manifiesta incompreensión del sentido y alcance de aquel exabrupto —zafia expresión del eterno pleito de las dos Españas y del eterno conflicto

entre razón y pasión—, cubrió de invectivas a «ese morabito máximo que desde las piedras reverberantes de Salamanca invita a toda una juventud al energumenismo». Se encontrarían al cabo, y muy pronto, por ahí, aunque prosiguieran largos años el mismo viaje en artolas: lo más fecundo y original del pensamiento de Ortega Gasset transitará, con apolíneo garbo, por el vitalismo, el existencialismo y el historicismo.

Fue en la cátedra donde realmente hizo su filosofía. Sus libros fundamentales se amasaron en aquel horno permanentemente encendido. Se cocían las ideas con trigo cernido en las universidades alemanas y se les daba estructura en moldes fraguados a orillas del Manzanares. Ortega Gasset creó escuela y formó cenáculo. Su prestigio trascendió las fronteras y trozos de su obra se tradujeron a otras lenguas. Wolfgang Köehler abrirá uno de sus cursos magistrales de esta guisa: «Hoy vamos a leer y comentar un capítulo de un libro genial: *El tema de nuestro tiempo*, de José Ortega Gasset». Curtius no demoraría en incluirlo entre los doce. «Uno de los europeos más finos y universales», subrayó Keyserling. El pensamiento filosófico español adquirió, por primera vez, jerarquía y acatamiento allende los Pirineos.

Pero Ortega Gasset no se ciñó a trabajar la filosofía en su cátedra y dentro de sus límites estrictos. Llevó su actitud filosófica a todos los temas, enriqueciéndolos e iluminándolos: arte y sociología, historia y literatura. Aún más. Exclaustró la filosofía y la esparció por los salones. La puso de moda y fue el filósofo de moda. Preciosas y petimetres se aglomeraban —rebelión de la aristocracia— en aulas y teatros para oír, sin taladrarle la pulpa, el tornasolado prodigio de su palabra. Los filosofemas cabrilleaban sobre las romas entendederas, como suntuosas colas de pavo real.

Los avatares de esa filosofía y su proceso de cuajo constituyen uno de los más fascinantes sucesos del pensamiento contemporáneo. Objeto será de otro comentario. Ahora lo que importa es exponer el fundamento de esa filosofía y precisar sus implicaciones. Según Ortega Gasset, la realidad radical es la del yo con su circunstancia, ese hacer uno con las cosas que llamamos vida. Con ellas convivo, coexisto. Es decir: vivo. Y vivo haciéndome mi vida, que es elección de posibilidades en forzosidad de la circunstancia. «Vivir —postula Ortega Gasset— es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él». En esa realidad que es mi vida, «se arraigan y radican todas las demás». Pero, esa vida no

se me da hecha de antemano. Cada uno vive su vida y tiene que hacerla y decidirla, indefectiblemente, minuto a minuto.

Soy lo que hago. Seré lo que hice. El hombre es libre para proyectar su vida y responsable de llegar a ser quien es o de frustrarse. Y, por eso, y ser la vida quehacer, la vida del hombre es inseguridad, problema, naufragio. Su salvación estriba en la certeza de algo, en llegar a saber a qué atenerse. Por esa razón, filosofa y hace filosofía, que es la instancia suprema; la verdad última. Filosofa, en suma, para no perecer. Perspectivismo, raciovitalismo, razón histórica, metafísica de la existencia: la vida es tiempo, circunstancia, proyecto, libertad, destino. Vivir es esforzarse en hacerse el ser que uno es. Ese es el mensaje de su filosofía y el tema de nuestro tiempo. De esa filosofía y de ese mensaje, ha de responder, tiene que responder, con sus actos, con su vida, José Ortega Gasset.

No puede omitirse la ingente faena rendida por Ortega Gasset en *El Espectador*. Bajo su balcón desfilaron, en feérico tropel, ideas, libros, autores, problemas. Ejerció la crítica literaria con gracia, acuidad y sabiduría. Pero, no fue menos importante su crítica filosófica y política. Sometió, a despiadado juicio de residencia, al idealismo y al realismo. Fue parejamente implacable con el siglo XIX por «su estúpida fe en el progreso» y «su cultura de medios». A la ciencia intentó, baldiamente, enmendarle la plana: «la verdad científica, por exacta que sea, es incompleta y penúltima». Pero, ninguna de esas críticas suscitó tan ácido debate como su juicio, proceso y condena de la democracia, «esa degeneración de los corazones». Juzgó atroz que alguien dijera: «Yo, ante todo, soy demócrata». La democracia sería, a lo sumo, una mera fórmula jurídica «incapaz de proporcionarnos orientación alguna para todas aquellas funciones vitales que no son derecho público». No era nuevo este punto de vista. Sus resentimientos políticos y sus ínfulas aristocráticas lo habían ya movido a expresar criterios de parecido jaez en *España invertebrada*, preámbulo, en más de un aspecto, de *La rebelión de las masas*. En esos libros —huerta de penetrantes equívocos aquél, semillero de confusiones éste— se advierte la incoercible proclividad de Ortega Gasset a confundir el pueblo con la plebe, la autoridad con el látigo y la revolución con el revolico. Como sociólogo deja bastante que desear. No se percató nunca de que la democracia, más que una fórmula jurídica, es toda una filosofía política de clase. Un ver, entender y hacer la política con

vista a la selección de los que mandan en función de los intereses que representan.

En nuestra América, el estilo y el pensamiento de Ortega Gasset hicieron su agosto entre 1920 y 1930. Se imitó su prosa barroca y se saqueó su opulenta temática. Sus giros vagaban sobre todas las peñas, como mariposas iridiscentes. «Yo soy yo y mi circunstancia», repetían muchos con los ojos en blanco. Se recitaban, como versículos de la *Biblia*, parrafadas enteras de *El tema de nuestro tiempo* y de su contrapartida, *La deshumanización del arte*. Su primera visita al «continente del tercer día de la creación» la efectuó en 1916. Redescubrió América y la poseyó con frenética alegría. El deslumbrante boato de la burguesía porteña le ofuscó la pupila y le edulcoró la lengua. Pero, Alfonso Reyes le recordaría que hay otra América —la auténtica y entrañable— que agoniza y sufre. Dio la callada por respuesta, mientras se complacía en autodenominarse Ortega, «El Americano», y en pregonar su deuda intelectual con Argentina. «El argentino —escribió— es un hombre a la defensiva, organizado políticamente en un Estado que busca un destino peraltado y un futuro soberbio». La Pampa, promesa: eso era. Algún «guarango» se quitó el poncho y le propinó su tunda dialéctica. Su réplica fue sagaz y cauta. Acaso entrevió el futuro y no quiso cortar las amarras. La vida fluía tumultuosamente, bajo su balcón, y el viento presagiaba tormenta. Ni el espectador puede sentirse seguro en tiempos de crisis.

El filósofo es la medida de su filosofía. Esta será lo que aquél sea. Toda filosofía entraña, por eso, un compromiso ético. No basta lanzar al camino una mazorca centelleante de pensamientos. Hay, además, que respaldarlos con hechos. Saber y deber, ciencia y conciencia han de ir siempre en connubio. Ortega Gasset era ya maestro y heraldo y zonas considerables de la juventud hispanoamericana fiaban en su doctrina y su conducta. Su exhortación a la vida como libertad había prendido en miríadas de corazones impacientes. La libertad afloró en España el 14 de abril de 1931. Cayó la monarquía y emergió la república. En el período inmediatamente anterior a ese histórico acaecimiento —dictaduras de Primo de Rivera y de Berenguer— el filósofo había dado la talla. Junto a sus colegas y discípulos, se irguió en viril protesta y demandó la reforma sustancial de la sociedad, del Estado y de la universidad.

En luna de miel con el régimen republicano, fue electo diputado a las Cortes Constituyentes. No habló en demasía; pero, sí con

empaques, sobriedad, buidez y elegancia. Sus disonancias de método y perspectiva con el poder democrático saltaron presto en afiladas aristas. Aquella no era la república que él quería y hubiera aceptado. Su perfil era enteramente falaz. Urgía rectificarlo, y a fondo. Surgió la Agrupación al Servicio de la República, germen de la equívoca tercera España.

Los tiempos no eran propicios para el sosegado y ascendente curso de una utópica comunidad de trabajadores de todas clases. Soplaban huracanes entrecruzados de revolución y reacción. Europa marchaba, vertiginosamente, hacia el precipicio. Las corrientes totalitarias de pensamiento y de acción, correlato político de las filosofías irracionales, anegaban ya estratos vitales de la conciencia y de la sociedad europeas. El morbo invadió a España y el fascismo echó raíces en las vísceras de la república. Tuvo significados voceros y milites en el parlamento, en el ejército, en la universidad, en la iglesia. La conjura, urdida en Roma y Berlín, estalló en 1936.

Habían llegado los días de prueba. Sobre los habitáculos y minaretes llovió la metralla. La barbarie, legitimada por la «nueva» filosofía alemana, asomó su garra peluda en el cárdeno horizonte. Precisaba elegir entre la vida banal y la vida auténtica, entre la vida como libertad y la vida como adaptación, entre someterse a la circunstancia o rebelarse. La vida misma ponía en cuestión la cuestión central de la filosofía de Ortega Gasset. Los acontecimientos sorprendieron a éste encamado. Su vieja dolencia hepática —se dijo— habíase recrudecido. Los intelectuales españoles se apresuraron a reafirmar su credo, su actitud y su militancia. La mayoría de los discípulos de Ortega Gasset suscribió el manifiesto de adhesión a la república. También el maestro. Autorizó su firma por conducto de María Zambrano. Pero el filósofo fue inferior a su filosofía en aquel trance impar. Pretextando graves quebrantos de salud, recabó y obtuvo permiso de salida, abandonó España y se instaló en París. Acólitos y antagonistas recriminaron su determinación. Su hermano Eduardo, contumaz y ferviente republicano, disculpó su ausencia, «asegurando que tan pronto se mejorase utilizaría su gran autoridad en favor de las aspiraciones del pueblo español».

El silencio amortajó el verbo del eximio pensador. «Duele, sí: no ha dejado de doler —confesaría María Zambrano, dilecta discípula— este silencio de Ortega. Lo hemos sentido como una losa fría». En 1939, la voz del filósofo se dejó oír de nuevo en la revista inglesa *Nineteenth Century and After*. Aún Madrid resistía. Mejor

hubiera sido que continuase callado. Se concretó a desmentir su adhesión a la causa republicana. En el documento figuraba, en efecto, su nombre; pero se lo habían arrancado —arguyó— mediante la coacción. Se negó a sí mismo y negó a su pueblo. No se atrevió a ser quien era y se lo tragó la circunstancia.

La decepción cundió en sus discípulos. Los mejores arrostran hoy, pindáricamente, la vida vicaria del destierro. Algunos de sus más empinados colegas, españoles del éxodo, rindieron ya la jornada: Antonio Machado, Joaquín Xirau, Fernando de los Ríos, Mariano Ruiz Funes. Otros sobrellevan la adversidad con temple admirable, como Gustavo Pittaluga, ejemplarmente erecto sobre su pobreza, su desolación y su ancianidad.

Ortega Gasset recorrió otra vez la ruta de América. En Buenos Aires encontró alero y calor. Dictó conferencias, escribió, meditó. Aún podía salvarse. Pero ya había perdido la forma y sucumbió a la nostalgia, desertando de la libertad. Regresó a España y prosiguió callado. Peor todavía: se olvidó de esa España —sangrante hasta el tuétano— y de la otra España, peregrina o transterrada. Traspasado de dolor lo consigno. Yo también hubiera querido oírle clamar, con desesperada iracundia, aquel grito varonil y tremendo: «¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las telas de mi corazón: mi corazón ruge dentro de mí; no callaré... ¿Hasta cuándo tengo que ver bandera y oír voz de trompeta?»

José Ortega Gasset debió morir en el exilio. Ha muerto en Madrid. El olor de santidad franquista que sahumó su agonía no lo reconciliará con Dios ni con los hombres. Será ya, para siempre, un filósofo en entredicho.¹⁵

Fechado por Roa: 30 de octubre de 1955. Compilado primero en y tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 1, pp. 442-454.

¹⁵ En su posterior «Carta a Eduardo Ortega Gasset», publicada el 15 de enero de 1956, y tomada de *Escaramuza en las vísperas...* (pp. 210-211), Roa responde a los señalamientos que aquel le hiciera en un artículo dedicado a su hermano José, aparecido en la revista *Cuadernos Americanos*, con la intención de rectificar algunos errores contenidos en el presente texto. En su «Carta...», Roa reconoce que:

(...) No fue, pues, el clérigo Ramón Mingüella, como dije, siguiendo a Domingo Marrero, quien enseñó las primeras letras a José Ortega

Actitud y altitud de Alfonso Reyes

En estos días celebrará Alfonso Reyes sus bodas de oro con las letras. Escribir ha sido su vocación, oficio y destino. Niño aún empezó a sembrar de misteriosos signos cuanto papel le caía a mano. Abrió su «Diario» al despuntarle la adolescencia. Eso fue allá por 1900. ¿Que podría anotar, a esa edad, que tuviera relevancia? Apenas los sucesos trascendentales de su intrascendente vivir: «Y hoy tomé café con leche con bastante pan y mantequilla». El 28 de noviembre de 1905 alumbró, en letra impresa, su premoni-

Gasset: simplemente le enseñó, como usted asevera, a «comer buñuelos» en los tórridos atardeceres del estío castellano. Tampoco sabía yo que su hermano hubiera cosechado tantas amarguras y decepciones durante su última estancia en Buenos Aires, otrora pródiga con él en gentilezas, arrobos y pleitesias. Queda, por ende, retirada esta frase: «En Buenos Aires encontré alero y calor».

Esas inexactitudes son, al cabo, intrascendentes. Si reviste suma importancia, en cambio, por su índole y alcance, la que, precisamente, motiva su reclamo. Afirma usted que el párrafo que, a continuación transcribo, es social, política e históricamente inexacto: «José Ortega Gasset debió morir en el exilio. Ha muerto en Madrid. El olor de santidad franquista que sahumó su agonía no le reconciliará con Dios ni con los hombres. Será ya, para siempre, un filósofo en entredicho».

Como no me duelen prendas, he de rectificar en parte ese juicio. Averiguaciones posteriores y, sobre todo, la actitud de la juventud universitaria española, que transfiguró en simbólica protesta contra el régimen el sepelio de don José, permiten desechar la malévola versión, difundida entonces, de que su hermano había muerto en «olor de santidad franquista». Con vivo dolor, que expresamente consigné, la acogí en mi artículo, estimándola cierta por antecedentes que parecían abonarla. Soy, por tanto, el primero en complacerme de que don José haya expirado *exul umbra* en la tierra de sus amores, meditaciones y agonías.

Pero, a renglón seguido, aclara:

Sigo creyendo, empero, que fue un error capital su retorno a España. Usted mismo discrepó de tan grave decisión y hasta le comunicó sus reparos. Y ratifico, igualmente, mis puntos de vista, en lo que al resto del artículo se refiere, transido, no obstante disentimientos y censuras, de acendrada estima y fervorosa admiración al escritor impar y al pensador egregio. Lo reconoce usted con nobleza que agradezco sobremanera: «En otros aspectos de su artículo se ha expresado con elevación y acierto». (N. del E.)

torio ejercicio: tres bruñidos sonetos inspirados en un grupo escultórico de Cordier. «Yo —dirá luego— comencé escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos». Si su primer libro vio la luz en 1911, seis años antes se había ya desposado con la pluma, aún la lleva en ristre y jamás la rendirá hasta que los hados se la arrebatan. Y para esa pluma implume parece haber esculpido esta palabra Cide Hamette: «Para mí sola nació, y yo para ella; ella supo obrar y yo escribir; sólo dos somos para el uno».

Alfonso Reyes ha pasado ya por dos estaciones ubérrimas y está ancorado en la tercera con el huerto en sazón y el granero repleto. Desde el *teocalli* de sus libros, cien cuando menos, nos contempla hoy —frágil corazón encinta de primavera— esa ancianidad lozana, jovial y resplandeciente que trasmina juventud en perenne renuevo. Yo le sorprendí una vez, como nos está ahora mirando desde su oratorio: en grato convivio con sus simpatías y sus diferencias, sus incunables y sus papeles, sus memorias y sus esperanzas; y, a sus pies, entre tezontles y mármoles, y sobre deslumbrante sarape, la capa madrileña, el bastón de mariscal y el casco de emperador azteca.

De sus trabajos y sus días surgió esa obra copiosa, proteica y unívoca en la que se reclina a dormir la siesta con la mente insomne. Laboreo tenaz, temática innumerable, horizonte creciente: haciendo esa obra se hizo a sí mismo cabal hombre de letras. Pero si el aliento es cósmico y ecuménica la perspectiva, la solera es mexicana, el abono mestizo y criolla la uva. Vano fuera buscar en bodegas ultramarinas el leve —inconfundible— matiz de su vino. Español por la lengua en que se vierte y expresa con personales acentos, primores y luces, su sensibilidad es americana. En esa levedad del matiz está, precisamente, el secreto de su emancipación espiritual y de su soberanía literaria. «Advierto desde que piso tierra de España —observaría— que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y yo soy discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo!» Y agrega: «Me ocurre pensar que esta desviación dialectal puede servirnos de índice para ir construyendo una teoría de nuestra sensibilidad diferente, americana, y hasta —en mi caso— mexicana». Pero sobre su mexicanidad universal y su universal mexicanismo volveré más adelante.

¿Poeta o ensayista? Ni uno ni otro: ambos. De aquí que, por el verso, le conozcáis la prosa, y por la prosa, el verso. La unidad de estilo, pensamiento y mensaje es perfecta en Alfonso Reyes. ¿Sabio? Sin duda, y mucho más que el Alfonso de las Siete Partidas. De su sabiduría podría decirse lo que Goethe de la de Humboldt: «Parece una fuente con muchos años; corre inconteniblemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija». De su plática salí yo una vez empapado de pies a cabeza: chorro fecundante en irisado despliegue de abanico. Cada varilla, una faceta: el poeta, el crítico, el filósofo, el erudito, el memorialista, el *gourmet*, el historiador, el geógrafo, el sociólogo, el filósofo; y, no obstante su cromática polifonía, limpia y fúlgida el agua del surtidor. Todos los Alfonso Reyes en un solo Alfonso Reyes.

Dejo a otros la seductora aventura de explorar los ricos veneros al arcano hontanar y el arduo empeño —nigromancia y alquimia— de destilar el agua múltiple en concentrados pomos de esencias. Simplemente voy a referir, con obligados apremios, la historia de una vocación consciente de sus deberes y responsabilidades. Al cabo, si bien se calibra, lo que más debe importar en un escritor es que oficio y conducta, letra y espíritu, sean uno y lo mismo.

Si hay escritores en los que el pensamiento y la existencia van por caminos distintos, y, a veces, contrapuestos, los hay, asimismo, en que la existencia prostituye el pensamiento y éste corrompe hasta lo más puro que roza. Vida y obra —pensamiento y existencia— se adunan, ejemplarmente, en Alfonso Reyes. Este los trasunta y se trasuntan en éste. No cabe, pues, en su caso, prescindir del hombre: *parentalia*, formación, acarreo, rutas, actitud, altitud. Ni tampoco de la obra, expresión del hombre, de su vida. «El arte de la expresión —ya él mismo lo dijo— no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano». Ni Julien Benda ni Archibald McLeish podrían llamarlo al orden: su vocación literaria es compromiso ético y forma la más alta de vivir.

No es difícil seguir la trayectoria vital y literaria de Alfonso Reyes. Ya se encargó él de hacer el inventario de aquélla y de esclarecer sus experiencias. Manía de bojearse a sí propio, aducen algunos. Vanidad incoercible, refunfuñan otros. Ni vanidad ni manía: cosa de aseo y apetito de historia. En Monterrey, la más dinámica y laboriosa ciudad de México —milagro arrancado al

desierto a puro coraje y a hincado esfuerzo—, nació Alfonso Reyes el 17 de mayo de 1889. Su niñez discurrió a la sombra del cerro de La Silla, punto de arranque, según propia confesión, de toda su geografía y base de sus andanzas por el mundo. Noveno vástago de doce hermanos, fueron sus padres Bernardo Reyes, militar, político y escritor —«varón sin lágrimas»—, y Aurelia Ochoa, mujer sensitiva y entera, «capaz de seguir a su campeón por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre».

Oriundos de Jalisco, donde nadie pierde ni se raja, soldado y soldadera fueron también custodios celosos de la prole y esposos modelos. El general Reyes manejaba, con pareja soltura, el sable y la peñola. Su afición a las letras y artes lo impulsó a difundirlas y protegerlas. Julián Carrillo, creador del sonido 13,¹⁶ y Juventino Rosas, autor del vals «Sobre las olas», le debieron apoyo y estímulo en los inicios de sus carreras. Enamorado de la repujada prosa y del tónico idealismo de José Enrique Rodó, editó su sermón laico a la juventud hispanoamericana. Fue amigo de Rubén Darío, de Porfirio Barba Jacob y de Manuel José Othón. A este extravagante potosino y errabundo poeta, le confió el padrinazgo literario de Alfonso. Pero, de súbito, el general Reyes se ceñía las espuelas y partía al galope, con Rodó en el arzón, ávido de proezas. Durante varios años fue aquél un hogar a caballo, bajo el ala rutilante de Ariel. No olvidaría Alfonso Reyes este singular connubio de armas y letras y, más de una vez, se enorgullecerá, melancólicamente, al cotejarlo con su frecuente divorcio en nuestra América.

De su padre —«alegría torrencial, vitalidad gozosa de héroe que juega con la tormenta»— heredó Alfonso Reyes cuanto hay en él de Juan que ríe; y de la madre —don de lágrimas sofrenado por la lucidez y la zumba—, el Juan que-llo-ra y «cierta delectación morosa en la tristeza». Pero en esa herencia se cruzaron apolíneos influjos y dionisiacos ancestros: «Castas, naciones, sangre y humores». Obra y actitud le delatan la mixtura: «¡Oh dioses! —exclama— ¿Tanta revoltura de atavismos será posible? Como si no fuera ya bastante que este pagano del Mediterráneo por afición se sienta asiático de repente, se le añadieron condimentos de Reyes, andaluces y manchegos, y de Ochoas, navarros, extremos y centro de

¹⁶ La teoría del sonido 13, concebida por Carrillo, se basa en la división de la escala en intervalos más pequeños que los semitonos tradicionales. (N. del E.)

Iberia; se arrojaron juntos en el crisol de la sustancia hispánica y la indígena americana, para que allá dentro sigan librando batallas Cortés y Cuauhtémoc, a la hora del insomnio (porque, dice el epigramatorio, en México lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc); se mezclaron salpimentas de Francia y del Pays Basque; y, en fin, las hogazas de Gerona, que por allí vínculo yo el nombre de Oga-zón». De esa confusión de naciones, sangres, castas, humores y aliños salió indemne por haberla aceptado como dato previo, y la redimió por la cultura y el verbo, abarcadores de orbes a partir de los orígenes.

De los azares de la guerra y de los rigores del cuartel, el general Reyes saltó al cargo de gobernador del estado de Nuevo León. Con puño suave, energía creadora y honradez acrisolada lo rigió durante algunos años, promoviendo su adelanto en todos los órdenes. En las postrimerías de su gobierno fue nombrado secretario de Guerra y Marina, trasladándose a la capital con toda la familia. Once años ha cumplido ya Alfonso. El aire sutil de la meseta —la región más transparente del aire— le afinó el aliento y la nitidez de la atmósfera le abrigó las quimeras. Concluyó sus estudios primarios y efectuó examen de admisión a la Escuela Preparatoria. Tejió rimas a hurtadillas e inició su diario. Departió, a menudo, con el padre, y muchas veces las del alba serían cuando abandonaba la lectura. Pero el general se cansó pronto del despótico estilo y del altanero talante de Porfirio Díaz y la familia retornó a Monterrey. En el Colegio Civil del Estado cursó el mozalbete año y medio de bachillerato.

En 1905, concluido ya su mandato y en abierto disenso con el dictador, a quien llegaría a discutirle la presidencia, el general Reyes se instaló en México. Años decisivos serán éstos para la formación del escritor y del hombre, que maduran en la vigilia, el estudio, la revolución y la tragedia. Cuando Alfonso Reyes traspuso el vetusto portón de la Escuela Nacional Preparatoria, se topó en el patio con José Vasconcelos, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Alejandro Quijano, Genaro Fernández MacGregor, Luis Castillo Ledón y Ricardo Gómez Robledo. Aquella hornada de mozos provenía de todo el país y como a una cita inexorable con la patria. Se encontraron sin buscarse: la agonía de México los juntó. La imponente estructura del porfiriato comenzaba a agrietarse. El subsuelo hervía de miserias, afrentas, ansias y cóleras.

Soplaban aires extraños. No eran vientos de fronda: eran vientos de pueblo decidido a rebelarse.

Cierto es que aquellos jóvenes preferían, por educación y temperamento, la pugna de ideas en el ágora al zafarrancho en las serranías. Salvo José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, ninguno era hombre de acción. Pero todos se enfrentaron al pasado y pusieron el hombro para acelerar el desplome. Se aprovecharían del silencio de la paz porfiriana para templar los aceros espirituales que cruzarían, invictamente, con los espadones enmohecidos de los «científicos». No eran milites de ninguna organización política; mas, tenían ostensibles puntos de contacto con el Partido Antirreeleccionista y con el Partido Liberal. «Formaron —puntualiza José Alvarado— un grupo de conspiradores y combatientes contra los cuarteles culturales del porfirismo y fueron uno de tantos batallones de la Revolución». Pero eso fue sólo parte de su quehacer. La generación del centenario echaría, también, las bases de la futura Facultad de Filosofía y Letras y los cimientos de la cultura contemporánea de México.

El benjamín de esa generación era Alfonso Reyes; Luis G. Urbina y Enrique González Martínez, los hermanos mayores; y Justo Sierra, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, los maestros. La prócer constelación se agrupó primero en torno a la revista *Savia Moderna*, levantó tribuna propia en el Ateneo de la Juventud y fundó más tarde la Universidad Popular, «escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros». Austeridad, disciplina y perseverancia en el trabajo intelectual eran los timbres morales de aquella generación; y patriotismo escarmentado y curiosidad insaciable —nacionalismo y universalismo—, las notas más acusadas de su actividad espiritual. El afán por el conocimiento de México y de la cultura hispanoamericana ocupó el primer plano de sus preocupaciones; y, a seguidas, con el amor a Grecia en algunos —particularmente en Alfonso Reyes—, el interés «por la literatura clásica española, por las letras inglesas y francesas antiguas y modernas, por las últimas corrientes del pensamiento, por los nuevos métodos críticos, filosóficos y literarios y por la integración de la disciplina cultivada en el cuadro general de las disciplinas del espíritu».

En diciembre de 1910, todavía en las calles los arcos triunfales erigidos por la dictadura para conmemorar el centenario de la independencia, se desbordó la disconformidad represada y México

entró en revolución. Se derrumbaron ídolos, instituciones, valores, jerarquías y símbolos. Todo un orden social cayó verticalmente. Fue tan vasta y profunda la conmoción que la torrencera revolucionaria se salió de madre, expandiéndose con caótico ímpetu. El empeño original pareció atomizarse y cundió la confusión, azuzada y, a veces, regida por las empresas petroleras. Caudillos militares y caudillos civiles se diputaron, en campos y ciudades, la jefatura de la insurgencia. Los que ayer peleaban juntos, ahora se exterminaban sin miramientos. El río revuelto proporcionó ganancias a los demagogos y barro a los filisteos. Aquéllos, atizaron pasiones y discrepancias; éstos, declararon guerra sin cuartel al espíritu. Tembloroso de ira, lo rememoraría Alfonso Reyes: «¿Universidad, Altos Estudios, Facultades, Decorados? ¿Traje de frac para un pueblo que anda descalzo? No, la cultura es aristocracia. ¡Abajo la cultura! Por respeto a los pies —nueva fábula de Menenio Agrippa—, querían cercenarnos la cabeza». Pero la torrencera revolucionaria volverá al cabo a su cauce y proseguirá su curso hasta imprimirle a México el aparentemente estable perfil que hoy exhibe a la vera de sus volcanes amodorrados. De la fiera y borrascosa lucha por la libertad, la tierra y el pan, surgió la burguesía nacional más sedimentada de nuestra América.

En 1911 se casó Alfonso Reyes; en 1912 le nació su primer y único hijo. Ya era abogado y profesor de lengua y literatura española en la Escuela de Altos Estudios, cuando, en el mismo año de sus esponsales, se estrenó como autor con su libro *Cuestiones estéticas*, encomiásticamente prologado por Francisco García Calderón e impreso en París. Suscitó, en unos, asombro: «Sorpresa de la prematuridad». En otros, resentimiento: «Este Henríquez Ureña, con sus consejos, nos ha matado en flor un poeta».

Por su vuelo y calado, *Cuestiones estéticas* era un libro adulto; y por su contenido, un semillero de logros y perspectivas. En sus páginas aflora la preocupación mexicana y están, ya en germen, los derroteros cardinales de la obra posterior de Alfonso Reyes: clásicos griegos y españoles, teoría literaria y filosofía de la cultura, ensayo y narrativa, crítica y didáctica, filología y dramática, Goethe y Mallarmé. Eso explica la inusitada acogida que mereció en Europa y México y la significación miliar que reviste en la historia de su vocación: se adivina ya en proceso de cuajo la conciencia del oficio.

No le fue dable a Alfonso Reyes saborear las mieles de su primer triunfo literario. A poco muere de peritonitis. Vinieron «luego-luego» días amargos, duros, sombríos, terribles. En vez de Platón en la cabecera de la cama, un 30-30 debajo de la almohada, listo para defender la vida. Si de la venganza de don Porfirio había podido escapar el general Bernardo Reyes, no lograría evadir, en cambio, la *vendetta* revolucionaria. El 9 de febrero murió, con las botas puestas, frente al Palacio Nacional.

Conturbado y dolido, Alfonso Reyes resolvió poner tierra y mar por medio y embarcó rumbo a Europa como segundo secretario de la legación en París, «nombramiento —apunta— con su poquillo de destierro honorable». El impacto psicológico del drama ensombrecerá, a veces, sus versos y sus prosas. Nunca, sin embargo, pondría su amargura ni su conciencia al servicio del porfirismo sobreviviente. Se sobrepuso a su desgracia y, en imperecedera lección, permaneció fiel al ideal revolucionario.

El mar. Europa. París. «Mi imagen de París, con la moda de aquellos días —anota en uno de sus ensayos—, es cubista. Cierro los ojos y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos a otros, como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel». La pupila de Alfonso Reyes se dilató, súbitamente, hasta los confines del mundo. En París vislumbra un futuro cargado de promesas y de realizaciones. Pero la legación fue disuelta al asumir la presidencia Venustiano Carranza y quedó fuera del servicio diplomático.

Estalló la guerra. Traspuso los Pirineos y se radicó en Madrid. Allí vivirá hasta 1924. Época fue ésta esencialmente integradora: su sensibilidad, estilo, persona y saber alcanzarán plenitud de madurez. Universalizó su pensamiento, acendró su españolismo, afirmó su americanidad, redescubrió México y alquitaró su mexicanismo en el alambique de la nostalgia. Afrontó estrecheces y privaciones, sin empeñar su capa madrileña. En el Centro de Estudios Históricos, y bajo el magisterio de Ramón Menéndez Pidal, adquirió, junto a Federico de Onís, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, las más finas y eficaces técnicas de investigación filológica y literaria. Colaboró en el diario *El Sol* y en la revista *España*, que dirigía José Ortega Gasset. Fue el pionero de la crítica cinematográfica en nuestra lengua. Sus versos, artículos y ensayos le granjearon amigos y ensancharon su nombre. Azorín, Eugenio D'Ors, Juan Ramón Jiménez y Ramón María del Valle

Inclán lo frecuentaban. Antonio Machado, Unamuno y Ortega Gasset lo distinguían. José Moreno Villa y Enrique Díez Canedo compartieron, fraternalmente, sus ilusiones y sus agobios. Frequentó el Ateneo. Era su secretario Manuel Azaña. Anudaron honda y perdurable amistad. De la estima que le tuvo como escritor da exacta medida este dictamen: «Pertenece a la gran familia de Quevedo». No fue menor el aprecio que le mereció el político: «Brava lección moral en que el hombre se levanta sobre los destinos mortales y se adelanta al juicio de la historia, dictándole de antemano la sentencia».

En ese largo interregno publicó un rímero: *Huellas*, varios libros de ensayos: *El suicida*, *Cartones de Madrid*, *El cazador*, *Simpatías y diferencias*, un fresco reverberante: *Visión de Anáhuac*, y una tragedia: *Ifigenia cruel*, que «no es evocación del pasado o del ambiente geográfico, sino mitología del presente y descarga de un sufrimiento personal».

En 1924 regresó a México por unos meses. Sus treinta y cinco años de edad eran cifra de una vocación desvelada, de una conciencia alerta, de una sensibilidad exquisita y de un pensamiento cuajado. De sus compañeros de promoción —la mayoría dispersos y algunos a la greña— sólo él ha llevado «al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo».

En ese mismo año inauguró, propiamente, el ciclo diplomático de su vida. Otra vez París. Nunca tuvo México personero tan empujado y celoso de su soberanía, dignidad y cultura. Era la suya «una diplomacia nueva y viva. En busca, como él dice, de la respiración internacional de México». Pero el diplomático no extravió, ni amputó, ni venció al escritor. Este siguió leal a sí mismo y laboró sin tregua. Su capacidad creadora adquirió ritmo vertiginoso. Versos, ensayos, libros irán hacinándose en las gavetas hasta rebosarlas.

Trasladado en 1930 a Brasil, irá luego, en comisión de servicio, a Argentina, Uruguay y Chile. Continuó acopiando cuartillas. Su imagen de América, presagio y utopía de sus más caros anhelos —enriquecida por la experiencia y la meditación—, se redondeó en esta etapa final de su ciclo diplomático, que se cierra en 1939. En ese tiempo se agudizó también, depurándose, su pasión por España: tampoco lo Cuauhtémoc quita lo Cortés. Y, cuando la república española fue traicionada por Franco e invadida la península por los condotieros de Hitler y Mussolini, el escritor y

el hombre suplantaron al diplomático y definieron claramente su posición junto al pueblo, que pueblo siempre se sintió Alfonso Reyes. «Pueblo me soy», ha escrito.

La reintegración de Alfonso Reyes a México culmina su vida y corona su obra: siembra y vendimia en prodigioso laboreo y óptima recolecta. Dará a las prensas los libros acumulados y los nuevos libros, que brotan densos de ideas y aligeros de forma, sus libros grandes y sus grandes libros: *Última Tule*, *La crítica en la Edad Ateniense*, *La antigua retórica*, *Junta de sombras*, *La experiencia literaria*, *El deslinde*. Se inicia la plenitud de plenitudes que ahora vive: la época serena y pródiga de la capilla alfonsina, en la que nunca se pone el sol.

«Al acercarnos a Alfonso Reyes —afirma Raimundo Lazo— estamos ante un caso de concurrencia de notas excepcionales, pluralidad excepcional de aptitudes y realizaciones, de dimensiones y realizaciones, de dimensiones y calidades, de valores y enseñanzas. En él se entrelazan y complementan el concepto y la imagen, la intuición fresca y gozosa, iluminadora de la vida, animadora del hombre y del artista, y la aventura intrépida del pensamiento, señorialmente dominador de la circunstancia». «La universalidad de Alfonso Reyes —postula Jorge Mañach— es el signo más señero de su eminencia». Ya había escrito Federico de Onís, al insurgir en la vida literaria española el egregio escritor neoleonés: «Americano, europeo y universal». En las citas que acabo de transcribir se plantea, en sus genuinos términos, el problema literario y humano de Alfonso Reyes, el problema de su mexicanidad universal y de su universal mexicanismo, el problema de su vocación, oficio y conciencia.

Alfonso Reyes es, sin duda, el más completo hombre de letras que ha dado México hasta ahora. No sé, empero, si, por comedimiento, me quedo corto en el juicio. ¿Por qué —me pregunto— confinarlo a México? ¿Acaso hay en su tipo quien le resista el parangón en nuestra América? Véase que lo subrayo: en su tipo. Ni tampoco olvido que Martí, Sarmiento y Darío le aventajan en genio. Cabría acaso el paralelismo con Martí, completo hombre de letras doblado de apóstol. Pero incluso Martí encarna otro tipo. Alfonso Reyes, digámoslo ya, es nuestro humanista moderno. Flecha viajera, clava su impronta en todas partes y de todas partes recibe, asimila y trasfunde tradiciones y novedades, que metaboliza su sensibilidad mexicana, americana. Curiosidad, ubicuidad,

receptividad, expresividad: sólo ignora lo que le es ajeno, y lo que sabe, lo recrea. No almacena: reelabora y difunde. Y, asimismo, como Goethe, crea y elabora: inventa: Es clásico y moderno.

Esa universal curiosidad y ese enciclopédico saber le han permitido cultivar todos los géneros y obtener proficuo rendimiento. Se ha ganado, en algunos, el bastón de mariscal: en la poesía, en el ensayo, en la teoría literaria.

Si parva en contraste con la selva radiante y melódica de su prosa, la poesía de Alfonso Reyes es de las más cernidas, delicadas y hechas de la literatura hispanoamericana. Sus esmeros y deliquios traducen, como en ningún otro género, la lealtad a la vocación y la conciencia del oficio. Es poesía vivida y revivida la que fluye por sus versos: hermética y popular, inefable y coloquial, esencial y contingente, recatada y cantarina. Es parte consustancial de su espíritu y de su obra, y la ilumina toda y preña de sentido.

En el ensayo, ese peculiar género literario en que las inteligencias plásticas se mueven a sus anchas, Alfonso Reyes sólo tiene un par en lengua española: Ortega Gasset. Lo ha transitado en todas sus formas y direcciones y ha descubierto todos sus secretos: léanse *Visión de Anáhuac*, *Las vísperas de España*, *Pasado inmediato* y *Trayectoria de Goethe*. Y, como estilista, ya lo señaló José Luis Martínez, domina todos los registros, todos los matices, todas las galas y todos los rigores. Su abundancia es lúcida, y sujeta a norma, sobriedad y limpieza. «Cuanto tema toca Alfonso Reyes con su pluma —concluye el crítico mencionado— diríase que le devolviera su yacente riqueza y nos lo entrega pulido, y animado, organizado como una unidad sinfónica, caprichosa y sabia en su capricho, movable y sosegada».

Aportaciones fundamentales ha hecho Alfonso Reyes a la teoría literaria. *La crítica en la Edad Ateniense* y *La antigua retórica* constituyen un buido examen de la contribución de la antigüedad al problema de la filosofía y de la ciencia del fenómeno literario y es la clave de bóveda de ulteriores indagaciones y análisis que van a nutrir *La experiencia literaria*, libro que ya anuncia *El deslinde*, su obra más ambiciosa, compleja y esclarecedora. No hay que dejarse engañar por el subtítulo de ésta: «Prolegómenos a la teoría literaria». *El deslinde* es todo un tratado de la descriptiva literaria: armado del método fenomenológico, Alfonso Reyes asedia y rinde al fenómeno literario y precisa su esfera óptica, sus atributos formales, sus funciones, sus categorías y las disciplinas conexas, de-

sentrañando «los problemas internos y la complicada estructura existente bajo el obvio designio de literatura». En esta obra monumental, Alfonso Reyes se ofrece a sí mismo en la experiencia de su vida y en el fruto entrañable de su pensamiento; es la obra en que la vocación, el oficio y la conciencia se funden en la gracia, sabiduría y acuidad de un espíritu generosamente derramado. «Cuánto me hubiera gustado asistir al asombro que hubiese producido en Aristóteles —escribe Warner Jaeger, el más reputado helenista contemporáneo— la lectura de *El deslinde*».

Mexicano, americano, universal, y, por universal, americano, mexicano. Pero «mucho muy mexicano», como se dice en su solar nativo. Sin embargo, se le ha reprochado, más de una vez, que su obra es ajena al espíritu de México y a su realidad cultural y social. Es ésta la peor censura que puede hacerse a Alfonso Reyes. Se amotina contra ella.

Razón le sobra. «Para bien o para mal —ha escrito recientemente— yo pertenezco a la literatura mexicana». Pero muchos años antes había escrito: «Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: en busca del alma nacional. La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como el primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraré extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica, buscar el pulso de la patria, en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la Tierra, interrogarlos pertinazmente en todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y de nuestros monumentos». Y, cuando Héctor Pérez Martínez le imputó, a tenor de sus notas a Góngora y de sus buceos en *El cementerio marino* de Paul Valéry, «evidente desvinculación de México», Alfonso Reyes se apresuró a aclarar lo que no pasaba de ser una leyenda o un equívoco. «Quien tuviera la paciencia de leer —le arguyó— los libros que he publicado en estos veinte años fácilmente se convencerá de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano. Si el ejemplo de mi vida significara una desvinculación internacional —como lo afirman las palabras de interpretación que contesto, que sin duda fueron escritas por ignorar el daño que hacen y lo injustas que resultan para el centinela mexicano destacado en tierras distantes—, entonces yo quiero que desaparezcan de mi

lado las más caras conquistas de serenidad y alegría que hasta ahora pude arrebatarme al destino. Habían de ser los míos quienes me escatimaran la satisfacción que todos los extraños hasta ahora me han concedido: la de reconocer que vivo por y para servicio de mi tierra hasta donde me alcancen los alientos». Y ya, más a fondo: «¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de los demás? Al contrario: a México le conviene que su voz se oiga en todas partes».

Pero no hace falta que aduzca, en su defensa, el testimonio de sus actividades literarias y de su obra escrita: ahí está él —voz universal de México—, orgulloso de ser regiomontano, mexicano de abajo arriba, depositario de su stirpe y fiador de México ante el mundo y por el mundo con su casco de emperador azteca. Ningún encomio literario podía compensarle de que le arrebatan la virtud de ser mexicano. Y, con afilada percepción de los dramáticos tiempos que nos han venido encima, y de las viejas y nuevas codicias que se ciernen amenazadoras, agravando nuestro calvario, colofona su réplica con esta severa e incitadora advertencia: «Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho quehacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo no se quita todavía las botas de campaña».

Ese beligerante sentido de nación y destino traspassa su doctrina americana, ancho cuenco en que confluyen los problemas, agonías y afanes del continente, vistos desde su raíz y en su floración humana. Alfonso Reyes recoge y renueva la tradición de Alberdi, Sarmiento, Martí, Hostos, Sierra, Varona y Rodó. Elucida, sugiere y convoca: la estatura de América alcanzará su ápice cuando adquiera efectiva conciencia de sí misma y su cultura se haga inteligible para las demás culturas. América, nuestra América, sigue siendo «la última Tule, límite de la esperanza».

Altitud intelectual y actitud ética se funden y confunden en Alfonso Reyes. No hay desniveles ni fisuras entre el escritor y el hombre. Su palabra es conducta y su pensamiento es acción. Pero no olvida que la palabra puede también servir de vehículo a la superstición, a la doblez, a la mentira y a la opresión. La más alta incumbencia del escritor es justamente impedir que la palabra se dedique a oficios espurios y demandar que se administre como

sacramento de redención humana. «No importa lo que en la fórmula lingüística se dice —previene—, sino lo que se hace con ella: ¿se propaga la muerte, o se propaga la vida? ¿Se procura la libre felicidad de los hombres, o se les reduce a la triste condición de las bestias?» Y exhorta a los escritores a que cumplan el deber que les impone su calidad de tales: «Maestros definidores, caballeros de la palabra, templadla cada día en la verdad». En haberlo siempre cumplido estriba la grandeza humana de la obra literaria de Alfonso Reyes.

Suele ya verse, muy de tarde en tarde, a don Alfonso deambulando por la avenida Juárez. No asiste a tertulias, ni a banquetes, ni a saraos. Sus disertaciones en el Colegio Nacional, verdaderos lujos del espíritu, se espacian cada vez más. La vida corre y hay que aprovecharla. Se percató de ello en su juventud y lo dejó indicado: «Voy de prisa. La noche me aguarda y está inquieta». De ahí la generosa avaricia con que distribuye su tiempo. La mayor parte de la noche y casi todo el día lo pasa en su biblioteca, empujando ideas y decantando vivencias. De ese fecundo y tenso apartamiento, han brotado los más pulposos frutos de su mente.

Durante mi destierro en México, tuve la fortuna de encontrármelo una noche en la Feria del Libro. Había yo entrado en la caseta de Nuevo León a saludar a un excelente amigo regiomontano —que también lleva su nombre y su apellido— cuando irrumpió Alfonso Reyes con sus ojillos chispeantes, su ágil papada y su rechoncha humanidad, pintorescamente tocada con una boina vasca. Los que allí estábamos lo saludamos efusivamente y le pusimos cerco. Si Alfonso Reyes es un monarca de la pluma, es también un señor de la palabra: sólo que se limita a subyugar a puro ingenio y sapiencia.

Su insólita presencia en aquel feérico mercado de revuelta literatura se explica por sí misma. Si bien ningún apetito podían ya despertar en él —de vuelta de todas las tentaciones y de todos los sibaritismos de la sensualidad intelectual— los confites y enchiladas al por mayor que desbordaban los vistosos escaparates, aquella caseta de Nuevo León era, en cambio, como una prolongación de su propia vida y de su propia obra, y sólo a estar un rato en ella había venido. De Monterrey, su cuna, vivía él ufano y siempre ensalzándolo, y allí estaban sus libros reunidos como trofeos y, presidiéndolo todo, su bonachona efigie, iluminada de candores e ironías. «Alfonso Reyes, mexicano universal», rezaba una inscripción en la pared central.

No pudo esta vez torcerle el cuello a la emoción. Sonreía conmovido. Y la equis que llevaba en la frente, como un oráculo de Quetzalcóatl, le fulgía con transparencia clásica. Era como si se hubieran fundido repentinamente, en su húmeda y encendida mirada, la visión dionisiaca de Anáhuac y el ritmo apolíneo de Atenas. Simbólica transfiguración aquella. Esa ha sido y es la obra de Alfonso Reyes: honda raíz mexicana y flor nutrida con zumos de todos los climas y de todos los tiempos.

El palique discurrió entre aladas anécdotas y sabrosas evocaciones autobiográficas. No se equivocan quienes lo pintan en perenne bojeo de sí propio. Sus mismas rimas y prosas son, como las de Goethe, «fragmentos de una confesión general». Alguien aludió a la necesidad de recoger su opulenta cosecha en una edición que la junte, debidamente clasificada y anotada. Supimos entonces que ya estaba en marcha la empresa. Y, al referirme yo al homenaje continental en proyecto para festejar su jubileo literario, se limitó a recordar, con picaresco mohín, que cuando en el juego de la gallina ciega le preguntan: ¿Qué quieres, ruido o silencio?, él contesta invariablemente: silencio. Pero el homenaje, iniciativa de Félix Lizaso, se está ya celebrando con ruido de alabanzas y silencio de objeciones. A México irá una delegación de la Universidad de la Habana a entregarle las insignias de doctor honoris causa en Filosofía y Letras y a testimoniarle la adhesión de los intelectuales que en Cuba permanecen en pie. Son los únicos que cuentan. Los otros, esos que se han vendido por treinta dineros o andan gozosamente en cucullas, que se traicionaron a sí mismos y traicionaron al pueblo cubano, nada significan ni representan, bufones o lacayos de un reyecito de cuerda.

Alfonso Reyes se ha ganado, juntamente con el novelista Rómulo Gallegos y el filósofo Francisco Romero —hombres de una sola posición en la existencia—, la admiración, el aprecio y el cariño de nuestra América. Ningún ejemplo más reconfortante de escritor entregado a su vocación literaria como expresión auténtica de vida. No ha sido, ciertamente, un agonista; mas, tampoco un contemplativo. Ha peleado sus batallas —las batallas del espíritu— y se ha atrevido a ser quien es. «El don de admirar la belleza —le oí yo decir— es el más alto don concedido al hombre. Pronto he de recoger mi barco en la ataranza, y os dejo, jóvenes, esta palabra de aliento. Defended, contra las nuevas barbaries, la libertad del espíritu y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad.

No me arrepiento de mi oficio, a pesar de sus contratiempos y torturas. Todo halla compensaciones en el júbilo de la creación. Tened un ideal, tened una aspiración, y si los vais satisfaciendo durante toda vuestra vida, ya habréis encontrado la razón de vivir».

Helo ahí entero y verdadero: un humanista que jamás soslayó los deberes y responsabilidades de ser un hombre y un escritor que nunca prostituyó su dignidad intelectual. Nada más lejos de Erasmo. Nada más cerca de Sócrates.

Fechado por Roa: 5 de septiembre de 1955. Compilado primero en y tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 1, pp. 427-442.

¿A dónde va el Estado?

Varios libros inéditos y otros inconclusos dejó al morir en el destierro Fernando de los Ríos. Tuve la oportunidad de oírle leer capítulos enteros de su obra sobre el substrato teológico de la dogmática política de la Revolución norteamericana de independencia. Cifraba en ella su más alta esperanza. Era —según me dijo— su contribución más importante a la filosofía política. No creo que lograra coronar el ambicioso y polémico empeño. Ya en ese entonces —primavera de 1946— una enfermedad implacable empezaba a minarle las arterias. Perceptibles eran sus quebrantos en la palidez del rostro, en el ademán fatigado y en la postración intelectual.

De todos esos libros, uno de los más valiosos es, sin duda, *¿A dónde va el Estado?*, recientemente aparecido en Buenos Aires con prefacio del insigne penalista Luis Jiménez de Asúa. Es una colección de estudios filosófico-políticos que da exacta medida del vasto saber, de la acuidad interpretativa, de la jugosa visión y del vigoroso talento de Fernando de los Ríos. No le va en zaga a ninguno de los teóricos del Estado más descollantes de nuestro tiempo. Este libro póstumo apareja a su autor con George Jellinek, Herman Heller, Hans Kelsen y Harold J. Laski. La bibliografía hispanoamericana sobre la materia se ha enriquecido extraordinariamente con este fundamental aporte del gran pensador y político español.

Cuatro enjundiosos y largos ensayos componen *¿A dónde va el Estado?* Se titula el primero «El problema de la continuidad en la

política» y ataca a fondo la compleja cuestión de las fuerzas del mal y de las raíces de la injusticia. No es nuevo el tema en la meditación filosófico-política de Fernando de los Ríos. Había sido objeto de acendradas reflexiones en su juventud, y hasta de algunos ensayos publicados entre 1911 y 1930. Se advierte nítidamente la impronta de la concepción fisicomatemática del *fluir* histórico, nutrida en la inmanencia del continuo de Leibnitz. Pero ahora aparece elaborado a la luz de su óptica humanista de la sociedad, del Estado y del derecho. Examina magistralmente el anarquismo, la arbitrariedad, la injusticia y la revolución como expresiones discontinuas del derecho; y concentra su atención en el análisis de las doctrinas del regicidio y del derecho de resistencia a la opresión en la Carta Magna, en los fueros aragoneses y en las Constituciones revolucionarias de Francia, como hitos cardinales en el proceso de integración de la teoría jurídica y del derecho positivo contemporáneo. La discontinuidad del derecho únicamente puede superarse mediante un poder público dimanado de la voluntad popular. «El derecho público —concluye Fernando de los Ríos— tiene armas para limitar, si no para destruir, los males señalados; pero estas armas necesitan ser esgrimidas por todos los miembros de la comunidad; es indispensable la democracia como supuesto. Porque sólo en la democracia puedo decir que la ley es mi ley y llegar, en realidad, a expresar, en ésta, mi voluntad. Sólo en la democracia la autoridad de la ley es expresión de la autoridad que en mí ha de ejercitar conforme a la ley del bien».

El segundo ensayo se titula «La responsabilidad de los monarcas en el moderno derecho público» y se ocupa del histórico conflicto planteado en Inglaterra entre el Estado autocrático y el Estado de derecho y de las sanciones judiciales y políticas correspondientes al rey o al presidente que infrinja o viole la Constitución. Abundan las referencias ilustrativas y las observaciones sagaces. El rigor teórico con que se desarrolla la tesis es digno de nota.

Lleva por título el tercer ensayo «La metodología política alemana: de Fichte a Hitler». La enmarañada situación internacional y la patológica concentración de poder en determinadas zonas geográficas, políticas y culturales infunden a este ensayo particular interés y palpitante actualidad. La revisión crítica que acomete Fernando de los Ríos de la metodología política alemana alumbra los más recónditos estratos de la realidad social que la alimenta y configura. Los ciclos y las oscilaciones del pensamiento político

alemán están admirablemente precisados y descritos. En estas buidas y documentadas páginas, desfilan, con plástica vivacidad, el concepto nacionalista del Estado de Fichte, el idealismo absolutista de Hegel, el organicismo jurídico de Gierke, el personalismo social de Cohen, la sistemática jurídica de Stammler, el normativismo lógico de Kelsen, la antinomia amigo-enemigo de Schmitt, la crisis del derecho público y el credo totalitario de Hitler. Este ensayo constituye una severa censura a la doctrina transpersonalista del Estado y del derecho y una militante adhesión a la teoría democrática del poder. No resulta ocioso subrayarlo. Las arraigadas ideas de Fernando de los Ríos sobre la fundamentación ética del socialismo continúan iluminando el trasfondo de su perspectiva histórica.

Refiérese el cuarto ensayo a «La estructura metajurídica de la magistratura del monarca constitucional». Su nudo dramático es el problema del poder, del Estado y de la sociedad. Luis Jiménez de Asúa lo considera el de más «hondura histórica, filosófica y técnica». Comparto plenamente el juicio. En este ensayo, Fernando de los Ríos despliega lujosamente su dominio de la historia, de la filosofía y de la sociología. Su panorámica del problema se inicia en Grecia y culmina en una exégesis crítica de la geopolítica, del racismo y del marxismo. Merecen especial encarecimiento los capítulos dedicados a la escuela cristiana de Sevilla, a Maquiavelo, a los juristas españoles del siglo XVI, a la doctrina contractual del Estado y a las declaraciones de derechos del hombre y del ciudadano de 1776 y 1789.

La consecuencia que extrae Fernando de los Ríos de ese análisis del pensamiento político y de las estructuras reales adoptadas por el Estado es que pisamos ya el umbral de las organizaciones de tipo ecuménico. «Estamos —afirma— en los albores de la organización universal del mundo como Estado». La historia evidentemente marcha hoy, impelida por fuerzas inexorables, hacia la unidad supranacional del poder. Pero lo que, según Fernando de los Ríos, no tiene aún respuesta clara es cuál ha de ser, a la postre, el contenido y la forma de ese poder. No se atreve a formularla. Duda y vacila. Su interrogante flota patéticamente sobre el lector al doblar la página final. ¿A dónde va el Estado? ¿Al aniquilamiento total de la persona humana o a su total liberación?

La réplica a la trágica disyuntiva trasciende el plano de la pura teoría política. De los pueblos dependerá, exclusivamente, que la

humanidad se salve en la planificación para la libertad o se hunda en la esclavitud tecnificada. No dudó nunca de esto Fernando de los Ríos. Ese fue precisamente el tópico central de nuestra charla la clara y fragante mañana de abril en que estreché su mano por última vez. Su fe profunda en una vida más bella y más justa le fulgía, como radiante arcoíris, en la barba nevada.

Publicado en *El Mundo* el 14 de junio de 1952. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 65-67.

El socialismo soviético *versus* el socialismo de la libertad

Ideas en conflicto y hombres a la greña

Ninguna centuria ha sido tan sañudamente zaherida como la decimonona de la era cristiana. De «estúpida» fue motejada por León Daudet en rencoroso panfleto. El vituperio alcanzó inusitada boga en los círculos intelectuales más exclusivos de la preguerra y fue el banderín de enganche de los cesarismos de nuevo cuño. No resulta ocioso recordarle a José Ortega Gasset la responsabilidad que le corresponde, por infundirle carácter de dogma en los predios hispanoamericanos a la estupidez deliberada del reaccionario polemista. Si «estúpido» fue el siglo XIX, no menos lo es el XX. Nada nuevo, en rigor, ha inventado el que corre. De la sustancia, de las ideas y de los sentimientos del XIX, vive aún este mundo despedazado, que develó el misterio de la energía nuclear para sumir a la humanidad en una pesadilla. Sus proezas y sus miserias en el campo de la cultura, de la técnica y de la política se prolongan, acrecentadas, en las nuestras. En el plano de las ideas y de las luchas políticas, el siglo XX se ha ceñido, exclusivamente, a llevar, hasta sus últimas consecuencias, las doctrinas políticas, las teorías económicas y los problemas sociales, nacidos de la revolución industrial, de la democracia burguesa y de la concepción pragmática de la vida. Nada me parece más ilustrativo, a este respecto, que un artículo de Jean-Jacques Chevallier aparecido recientemente. Intentaré resumirlo, sin contraerme meramente a recoger sus puntos de vista.

No cabe duda de que este medio siglo, sacudido por guerras descomunales y sangrientas revoluciones, dejará su impronta indeleble en la historia del pensamiento político. Al día siguiente del

Imperio napoleónico, Europa estaba ya preñada de gérmenes nuevos: gérmenes de la idea socialista, gérmenes de la idea nacionalista, gérmenes de la idea contrarrevolucionaria, gérmenes de la idea demócratacristiana. Gérmenes todos, que bullían sordamente en la redoma del liberalismo individualista. Su desarrollo fue paulatino. Pero, al declinar el jugoso regodeo de la era victoriana, maduraron vertiginosamente hasta alcanzar su hora de beligerante plenitud en nuestro tiempo. Millones de hombres, mujeres y niños saben ya, por propia experiencia, que algunos de los más brutales conflictos que han diezmando la especie han sido, en pareja medida, conflictos ideológicos y materiales.

La idea socialista transmitida por el siglo XIX conjuga ingredientes marxistas e ingredientes proudhonianos. El marxismo, triunfante en Alemania con Bebel y difundido en Francia por Guesde, enmascaraba apenas las vacilaciones doctrinales en que se debatían los ideólogos de la Segunda Internacional Obrera, denominada socialista o socialdemócrata. Causante principal de estas vacilaciones había sido Bernstein, al incoarle proceso de revisión a las teorías económicas, a la estrategia revolucionaria y a las previsiones de Carlos Marx. El Partido Socialista francés fue marxista sólo de nombre. El sobrio idealismo y el acento ético de Proudhon fueron contrapuestos por Jean Jaurès a la dialéctica materialista, a la lucha de clases y al aparato científico de la ortodoxia marxista. El espíritu anarcoide del sindicalismo —heredado igualmente de Proudhon— soportaba difícilmente el férreo centralismo de los partidos llamados marxistas; pero, a su vez, en el seno de estos propios partidos se comenzó a operar un proceso de «aburguesamiento», que dio pábulo a las tendencias reformistas en detrimento de las revolucionarias. La lucha de clases, con su inexorable corolario, la expropiación violenta de los expropiadores, dio paso a la lucha parlamentaria por el mejoramiento del proletariado en el cuadro de la democracia capitalista. Fue el minuto áureo de la solidaridad social. Europa entraba en una nueva época: la época de la armonía de todas las clases y de la prosperidad permanente, de la síntesis del individualismo y del socialismo bajo la protección jurídica del Estado y de los capitanes de industria.

¿Era esta imagen idílica la que Marx había trazado en el *Manifiesto Comunista*? ¿Respondía esta síntesis a su flamígero mensaje de condenación de la sociedad burguesa? Muchos de sus catecúmenos se resistían a admitirlo. Y, no tardarían unos, como Nico-

lás Lenin, en denunciar la mixtificación del marxismo por la Segunda Internacional Obrera; y otros, como Jorge Sorel, en considerarlo irremediabilmente descompuesto. Estalla la Primera Guerra Mundial. El socialismo proletario, ya aburguesado, deviene en modalidad vergonzante del *chauvinismo*. ¿No toman partido la inmensa mayoría de los llamados marxistas por sus patrias respectivas? ¿No caerá vilmente asesinado por un oscuro nacionalista Jean Jaurès? El primero de noviembre de 1914, en nombre de los bolcheviques, disidentes del Partido Socialdemócrata Ruso, Nicolás Lenin proclama la bancarrota de la Segunda Internacional. «El socialismo no puede vencer —concluye— en el angosto marco de la patria. La Segunda Internacional ha muerto. A la guerra imperialista opongamos la revolución proletaria. ¡Viva la Internacional depurada!»

Nunca profecía alguna tuvo tan cumplida realización. Lenin se va a revelar, prontamente, como genial hombre de acción. Gracias a él, a su maravillosa destreza en el aprovechamiento de las circunstancias, el marxismo se corporiza, se hace carne y sangre en un país de dimensiones enormes, de prodigiosos recursos humanos y naturales. Surge la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la «patria del socialismo», prefigura de un Estado mundial cimentado en las concepciones del marxismo-leninismo. La Tercera Internacional, la Internacional Comunista, brota, empenachada de presagios y de anatemas, sobre las ruinas humeantes de la Segunda.

¿Qué es el leninismo, esta adaptación «dialéctica» del marxismo a la época del imperialismo y de la revolución proletaria? Se trata, esencialmente, según Chevallier, de una «elucidación metódica del concepto de dictadura transitoria del proletariado íntimamente imbricado al concepto de partido único». El Estado burgués, aunque democrático en la forma, es, como todo Estado, una máquina de opresión de las mayorías trabajadoras. A este Estado burgués, derribado por la violencia, sucederá, fatalmente, el Estado proletario, que es también una máquina de opresión de clase, el poder que aplastará inmisericordemente a la minoría de los explotadores. El instrumento de esta implacable dictadura es el Partido Comunista. Este partido no guarda semejanza alguna con los partidos de la democracia burguesa. Es la forma suprema de organización de la clase obrera, su vanguardia consciente, su tropa de choque, dotada de una teoría, una estrategia y una táctica infalibles en la

comprensión del proceso histórico. Un partido que es, por su naturaleza y objetivos, necesariamente único, que no sabría ni podría compartir con ningún otro la dirección de la clase de la cual constituye su órgano de combate, unificado teórica y prácticamente por una disciplina de hierro. Pero la dictadura del proletariado no es más que una fase de transición —cuya duración es imposible prever— para asegurar el paso de la sociedad capitalista a la sociedad comunista. Ya en ésta, marchitado progresivamente el aparato de coerción del Estado, las clases sociales habrán desaparecido. Cada uno será retribuido según sus necesidades y no según su trabajo. Los hombres serán todos hermanos y el «libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de los demás». De nuevo el paraíso sobre la Tierra. El marxismo-leninismo —deformado en estalinismo al decir de León Trotski— es la dura, coherente, dinámica, eficaz y maquiavélica doctrina que abreva, por igual, al afanoso de poder que al soñador de utopías. «Su último artilugio —afirma Chevallier— es la “democracia popular”, típica estructura totalitaria que se beneficia del prestigio mágico inherente a la palabra democracia y a la palabra pueblo». La «democracia popular» es la antítesis de la democracia burguesa para el Cominform. Y, para los socialistas como León Blum, una fórmula oriental, primitiva y elemental destinada a embaucar al proletariado de Occidente.

Los acontecimientos y el flujo polémico de las ideas han sellado, definitivamente, el cisma creado en 1919 entre «socialistas» y «comunistas». El libro de Henri de Man, *Más allá del marxismo*, publicado en 1927, ha insuflado nuevo espíritu al idealismo proudhoniano. La experiencia de los movimientos socialistas autoritarios ha robustecido la fidelidad de los socialistas de Occidente a los métodos democráticos: sufragio universal, pluralidad de partidos, gobierno por consentimiento, libertades públicas, elecciones periódicas. Harold J. Laski ha contribuido, decisivamente, a esta dirección del movimiento socialista en la posguerra. El ideal de este socialismo por consentimiento continúa siendo, no obstante, la abolición de la propiedad privada. Mientras tanto, un epígono yanqui de León Trotski, especie de boxeador de la inteligencia, penetrante, ágil y desenfadado, el profesor James Burnham, viene de arrojar un singular adoquín en el proceloso mar de las ideologías, proclamando la era de los *managers*. El capitalismo está ciertamente condenado; pero

también lo está el socialismo. Al capitalismo sucederá —está sucediendo ya— un régimen de tecnócratas que regirán la sociedad con típico estilo totalitario. ¿Es ésto verdadero o falso? La controversia se intensifica por días. ¿Y qué se hizo del viejo anhelo de libertad, igualdad y fraternidad?

La idea nacionalista y la idea contrarrevolucionaria, distanciadas en una época, se enmaridan, gozosamente, a principios de este siglo. De este explosivo matrimonio, Barrés fue el profeta y Maurras el notario. El obsoleto tradicionalismo de De Maistre y de Bonald, doctrina de extrema derecha enderezada a combatir el Iluminismo y la revolución, se ve compelido a ligarse con el joven nacionalismo de progenie jacobina, propagado en Europa por las legiones subversivas de Napoleón. No demoraría, sin embargo, en abonar las concepciones absolutistas de Fichte y de Hegel. Maurras y la Acción Francesa lanzan sus ponzoñosos venablos contra la democracia burguesa y contra el internacionalismo socialista, que juzgan amenaza mortal para la unidad histórica de las nacionalidades. Examinan todas las cuestiones bajo el prisma exclusivo del «interés nacional» y abogan por el establecimiento universal de la monarquía. Este nacionalismo trabucaire encuentra una inesperada ayuda en un pensador de extrema izquierda, Jorge Sorel, cuyas *Reflexiones sobre la violencia* son una requisitoria apasionada contra la Revolución francesa, la democracia parlamentaria y el socialismo aburguesado.

El fracaso de este connubio fue estruendoso en Francia. Pero en otras partes de Europa, favorecida por las convulsiones internacionales y nacionales, la simbiosis de Maurras y Sorel tuvo, a partir de 1919, una poderosa influencia. De ella se nutrió especialmente el fascismo italiano, prototipo de los nuevos regímenes antiparlamentarios, antisocialistas y autoritarios. El fascismo —negación radical y definitiva de los postulados de la Revolución francesa— se oponía, abiertamente, a la revolución marxista-leninista, plagiándole a Lenin la técnica antidemocrática y totalitaria del partido único. Rechazaba la lucha de clases en nombre de la unidad orgánica del Estado-nación, que «funde las clases en una sola realidad económica y moral». Exaltaba, en lenguaje nietzscheano, la voluntad de poder y el orgullo nacional. Y, al mismo tiempo —usufructuando demagógicamente la crisis del capitalismo y el descontento proletario—, forjó el mito de la «revolución nacional», enemiga irreconciliable de las plutocracias. Mito capaz,

según aseguraba Mussolini, de competir ventajosamente con el mito liberal declinante y el mito marxista ascendente, simbolizado por la URSS.

Adolfo Hitler —condotiero genial— le imprimió al mito de la revolución nacional un carácter racista, que culminaría en crímenes y monstruosidades sin precedentes. Al Estado-clase de Marx y Lenin, opuso, directamente, el Estado-raza. La clave de la historia no estaba en la lucha de clases. La clave de la historia estaba en la lucha de razas. La raza aria ocupaba el primer rango en la jerarquía política, social, económica y cultural. El último, la raza judía. El partido único era el instrumento histórico de la raza aria para uncir la humanidad a su servicio; y Adolfo Hitler el enviado de la providencia para lograrlo. Cerrilmente antiliberal y antimarxista, Hitler supo también conciliar, eficazmente, un anticapitalismo de propaganda con un antisemitismo salvaje. El nacionalismo es el hijo adulterino del nacionalismo contrarrevolucionario. Y, lo más grave es que, habiendo sido derrotado en el campo de batalla, está renaciendo a ojos vista. La barbarie franquista es un eslabón de enlace entre el fascismo y el nazismo y una punta de lanza de la reacción creciente que se advierte en ambas Américas.

No puede pasarse por alto un matrimonio a la inversa de aquel que Maurras legitimó intelectualmente: el matrimonio de la idea nacionalista con la idea revolucionaria marxista-leninista. La fórmula fue concebida por Lenin como medio para rebelar a los pueblos coloniales u oprimidos contra sus explotadores. La cuestión nacional —escribe Lenin— es «una parte de la cuestión general de la revolución proletaria». Pero si la pasión nacionalista, aunque sea de derecha, resulta indispensable para galvanizar los movimientos de emancipación de los pueblos oprimidos, éstos, una vez liberados, deben entrar, a toda vela, en el internacionalismo proletario, bajo el signo de la URSS. De ahí las fulminaciones de la alta jerarquía soviética al mariscal Tito, promotor audaz de una herejía nacionalista de porvenir ignorado.

Entre la pasión de clase y la pasión nacionalista, traducidas en ideologías belicosas, poco espacio queda para la idea demócrata-cristiana. Sus débiles gérmenes sobrevivieron, dificultosamente, a las desilusiones de la Revolución de 1848, al cesarismo del Segundo Imperio y al anticlericalismo de la Tercera República. Sin embargo, la atrevida posición adoptada por León XIII en la

Encíclica *Rerum Novarum* marca una coyuntura de alza en el movimiento social cristiano. El esfuerzo patético de Lamennais, desaprobado por la iglesia, al fin daba sus frutos. El catolicismo se desvinculaba de los regímenes y de las fuerzas tradicionales y se resignaba, refunfuñando, a la sociedad «moderna», nacida de una filosofía anticristiana y de una revolución demoníaca. A partir de entonces, el movimiento demócratacristiano ha sufrido oscilaciones de gran amplitud. Pero las ideas que lo inspiran se van arraigando contra viento y marea. Fuera de Francia también ganan terreno. De ellas se alimentan vastas zonas populares en los países liberados del nazismo y del fascismo. Bajo la perspectiva puramente cultural, este movimiento, adoctrinado por Jacques Maritain, ha aportado una solución al problema cada vez más complejo y candente de las relaciones entre el individuo y el Estado, que estiman válida numerosos creyentes y no pocos incrédulos. Ni la democracia ni el socialismo serán posibles —postula Maritain— sin la cooperación del espíritu cristiano, que del individuo replegado en sí propio hace una persona ávida de servir, y del Estado, ese leviatán sin entrañas, una comunidad de personas inspiradas en el bien de todos.

Al promediar el siglo XX se enfrentan, disputándose encarnizadamente la hegemonía, ya en plenitud de desarrollo, las ideas políticas fecundadas por el siglo XIX. Después de apocalípticas contiendas en nombre de las más contrapuestas ideologías, jamás ha sido tan profunda y extensa la confusión, el desasosiego, el desamparo y el acoso. Las ideas políticas y los conflictos sociales han separado, de tal suerte, a los hombres, que parece imposible que se hayan vinculado universalmente en otros aspectos. En el curso del próximo medio siglo, el destino de los hombres dependerá —sentencia Jean-Jacques Chevallier— de «lo que el esfuerzo concertado de los grandes espíritus y de los grandes corazones hayan podido hacer por atenuar esta separación catastrófica y universalizar el pensamiento político».

Fechado por Roa: 15 de junio de 1950. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 468-474.

El padrecito rojo

José Stalin ha muerto. Ríos de tinta se han vertido en torno a su esperado deceso. Su ya quebrantada salud presagiaba el súbito desenlace. Nunca, en verdad, se han escrito tantas tonterías y estupideces para enjuiciar el tránsito a la historia de un gran líder político, como en esta ocasión. Da pena la fabulosa capacidad de la mente humana para fatigar el ridículo. Desde diversas perspectivas, incluyendo la marxista ortodoxa, Stalin es acreedor del repudio y la condena; pero lo que no puede ocultarse es la tremenda impronta que deja su paso por la Tierra. No es inferior a la de Lenin, Hitler, Trotski, Mussolini o Roosevelt. A su manera y bajo signo distinto, todos fueron, para decirlo con Herman Keyserling, «espíritus que de modo patente han comunicado a esta época impulsos vitales de carácter activamente histórico».

Mientras en los pueblos aquende la cortina de hierro se tejen y destejen conjeturas y algunos de la más varia índole, millares de rusos han desfilado, en muda y desolada procesión, ante el cadáver expuesto del padrecito rojo. Los propios corresponsales de la prensa occidental se muestran sorprendidos de la conmoción producida por el fallecimiento del más poderoso y dinámico dictador que recuerdan los siglos. Su incomprensión radical de la naturaleza, estructura y objetivos del régimen forjado por Stalin les impide trascender más allá de la imponente manifestación de duelo. De ahí la banalidad de sus reseñas y el simplismo de sus predicciones. Nada ilustra, sin embargo, tan nítidamente, la descomunal ignorancia que padecen —sólo pareja a la de los expertos oficiales en asuntos rusos—, como la pueril alharaca alrededor del pintoresco problema de la sucesión. No precisaba ser muy zahorí para percatarse de que, en consonancia con el carácter jerárquico del régimen soviético y su típica contextura de Estado-Partido, era cosa ya resuelta en vida de Stalin y correspondía sustituirlo a Georgi Malenkov, dueño de los resortes y secretos del poder por decisión del Comité Central del Partido Comunista, del Consejo de Ministros de la URSS y del Presidium de su Consejo Supremo. La proclama conjunta, suscrita al expirar Stalin, constituye un mero trámite del acuerdo previamente adoptado.

No cabe llamarse a engaño. Stalin ha muerto; pero su política está viva, el Estado soviético en pie, los países satélites en un puño, los partidos comunistas a la orden y firmes y enraizados en la

conciencia de millones de gentes los dogmas fluidos en que se sustentan la dominación del Kremlin y su proceso de desplazamiento geográfico y económico. Stalin puso en marcha el imperio soviético hacia su apocalíptico destino. Malenkov seguirá, inflexiblemente, la línea de Stalin. Ni las ofertas de paz, ni los rejuergos tácticos, ni las circunstanciales blanduras alterarán la estrategia concebida a raíz de la muerte de Lenin y desarrollada después de la expulsión y destierro de Trotski. Desde entonces, no es posible en la URSS el disentimiento sin riesgo de vida. Cuantos se han atrevido a controvertir «la línea» han pagado la osadía con la horca o con el campo de concentración. Las periódicas purgas no han tenido otra finalidad que limpiar el camino de herejes.

El derrocamiento del atrasado, despótico y podrido imperio de los zares y el advenimiento del régimen soviético es, sin duda, el vuelco histórico más trascendental de nuestra época. Como Juan Jacobo Rousseau la Revolución francesa, Carlos Marx presidió, ya muerto, una revolución hecha en su nombre y afinada en su doctrina. Era una empresa noblemente inspirada en la redención de los humildes y un incitante proyecto de una sociedad sin desníveles, injusticias, miserias y sombras, en la cual la libertad de cada uno sería la condición del libre desenvolvimiento de los demás, la razón de comunidad primaria sobre la razón de Estado y no habría mayor potestad que el señorío del espíritu. El *epos* religioso del pueblo ruso y su sentido mesiánico de la vida —subrayado por Dostoievski en profético arranque— fueron maravillosamente administrados por los heraldos de la buena nueva. Múltiples factores, objetivos y subjetivos, torcieron primero y frustraron después el magno empeño. El régimen soviético fue cobrando cada vez más un estilo político totalitario y una agresiva proyección nacionalista, hasta transformarse en un socialismo de Estado y de tipo policiaco y en la más ágil, pujante y maquiavélica fuerza de choque que ha lidiado por la hegemonía del planeta. Carlos Marx ha sido expurgado, corregido, monopolizado, rusificado y contradicho por el propio Stalin a fin de justificar la política imperialista del zarismo y la invasión soviética de Polonia conjuntamente con las huestes de Hitler. Ni exagera Maximiliem Rubel cuando afirma que Marx es hoy «autor maldito en la URSS». Es indiscutible que la escisión de la economía mundial creada por la Revolución rusa y la carismática influencia de la URSS al arrogarse la conducción providencial del movimiento obrero ha obligado al

capitalismo a sacrificar utilidades, expandir la riqueza, mejorar las condiciones sociales de existencia, enmascarar sus móviles rampantes y practicar por otros medios su política de explotación colonial. No es menos evidente, empero, que en vez de marchitarse progresivamente, el Estado soviético ha concluido por ser —a contrapelo de su pregonada sociedad sin clases— la más efectiva y brutal expresión del Leviatán de Hobbes y del Dios mortal de Hegel. De esa patológica aberración histórica, dimanán, paradójicamente, el embrujo de Stalin, la crisis del socialismo y el renuevo de la democracia. Pero sería absurdo pretender negar el gigantesco progreso técnico, económico, social y cultural de Rusia bajo el férreo mando de Stalin.

Si el problema del poder es el tema central de la teoría política, ninguno es más importante en el terreno de la acción política. La voluntad de poder es lo que precisamente singulariza y define al político de raza. Pocas veces conoció la historia tanto afán de poder y tanto poder concentrado como en José Stalin. Ni aptitudes y dobleces personales tan insólitamente acordes con la naturaleza y fines del poder ejercido. Sería pueril negarle a Stalin talento organizador y capacidad ejecutiva; pero mucho más lo sería ocultar su astucia, su hipocresía y su audacia. José Stalin fue en vida un nuevo zar para los imperios rivales y el fementido abanderado de un hermoso ideal para millones de proletarios y para los que aún alientan la esperanza de un socialismo fundado en la libertad. No importa que haya adulterado la historia de la Revolución rusa en provecho propio y suprimido implacablemente a sus adversarios. Para su pueblo, y especialmente para las nuevas generaciones, educadas en la superstición del materialismo dialéctico y en la obediencia mágica al caudillo, fue y será siempre el hombre que elevó a Rusia al rango de potencia mundial. Ayer fue un héroe. Hoy es un símbolo. Y de ahora en adelante, mientras el imperio soviético subsista, recibirá, junto con Pedro el Grande y Nicolás Lenin, la ofrenda de sus súbditos y el homenaje de sus vasallos.

Publicado en *El Mundo* el 10 de marzo de 1953. Compilado primero en *Viento sur*. Tomado de *Raúl Roa: imaginarios*, pp. 58-60.

El ejemplo de Hungría

Si los brutales métodos empleados por el ejército soviético para reprimir la patriótica sublevación del pueblo húngaro han suscitado la más severa repulsa de la conciencia libre del mundo, sus repercusiones en las zonas intelectuales sometidas o afectas al Kremlin están resquebrajando, gravemente, la dogmática unidad del movimiento comunista en el plano de la cultura. Los crímenes, desmanes y ultrajes perpetrados por los invasores han promovido enérgicas censuras y numerosas deserciones entre las focas amaestradas y los lacayos parlantes de Moscú. El implacable lavado de cerebro y el sistemático encallecimiento de la sensibilidad a que suelen ser sometidos los heraldos y palafreneros del cesaropapismo marxista, fallaron, a lo que parece, en estos casos. Este aspecto de la abominación desatada contra los pretensos campeones de los pueblos coloniales, dependientes y subdesarrollados, ha sido omitido, no obstante su significación humana y su trascendencia política, por las agencias cablegráficas en sus informaciones. Dado el angosto espacio de que dispongo, me limitaré a extraer, del abundante material que poseo, las opiniones, juicios y pronunciamientos más representativos.

En Francia, país en que la influencia comunista es enorme, los intelectuales de todos los credos políticos han execrado las infamias y depredaciones soviéticas en Hungría. Abrió la protesta el eminente novelista Albert Camus, encabezando un manifiesto en que se demanda de la Organización de las Naciones Unidas la adopción inmediata de medidas para sancionar el genocidio de que es víctima el pueblo húngaro. Su actitud, consecuente con sus arraigadas convicciones democráticas, no extrañó, ni podía extrañar a nadie. Singular sorpresa hubo de producir, en cambio, por su reiterada y babosa adhesión al comunismo totalitario, la reprobación pública de Jean Paul Sartre, el filósofo del existencialismo, a «las monstruosas matanzas de húngaros». Pero fue todavía más lejos el *enfant terrible* de los bolcheviques de salón: «Es una mentira abyecta —afirmó— pretender que los obreros están luchando al lado de las tropas soviéticas. El Ejército Rojo dispara contra el pueblo entero y no contra un puñado de mercenarios introducidos clandestinamente por las potencias imperialistas de Occidente. Yo condeno enérgicamente y sin reservas la agresión soviética».

Las más destacadas figuras intelectuales del Partido Comunista Francés, como Jacques Prevert, Simone de Beauvoir, Augusto Leconte, Roger Vailland y Claude Roy, no demorarían en imitarle. El Comité National des Ecrivains, brillante y poderoso núcleo intelectual que los comunistas habían controlado hasta ahora, se deshizo, virtualmente, al tremendo impacto de los sucesos de Hungría. En un dramático documento, que suscriben escritores comunistas tan significados como Louis Aragon, Francis Jourdain, Stanislas Fumet, Claude Morgan, Elsa Triolet y el propio Sartre, el Comité exige, del gobierno títere de Kádár, «protección para la vida, la libertad política y los intereses morales de los intelectuales húngaros». François Mauriac, André Bretón, Hervé Bazin, André Chanson, Marcel Pagnol y Jules Romain, los más altos exponentes acaso de la literatura francesa contemporánea, han consignado su flamígera condena al imperialismo soviético y su ferviente adhesión al pueblo húngaro. «Esta horrible lección nos muestra —escribió Romain— que un liberalismo comunista y un respeto eventual a los derechos del hombre por parte del comunismo son casi tan inconcebibles como la cuadratura del círculo». El famoso poeta negro y diputado comunista, Aimé Césaire, ha abjurado, públicamente, de su filiación.

No es distinta que en Francia la reacción de los intelectuales en Italia, uno de los más potentes baluartes del comunismo soviético aquende la cortina de hierro. En un manifiesto firmado, entre otros, por Carlos Musceita, Natalino Sapegno, Gaetano Trombatore y Lorenzo Vespignani, militantes comunistas de nota, se fija la posición de conciencia adoptada: «Hay que tener el valor de reconocer que los acontecimientos de Hungría nada tienen en común con un *putsch* o con un movimiento fomentado por los reaccionarios, sino que son una colérica manifestación de la voluntad de emancipación del pueblo húngaro». El remate de este turbión de críticas y defecciones ha sido la renuncia del prominente filocomunista Pietro Nenni al Premio Stalin de la Paz, que le fue otorgado en 1952.

La propia prensa comunista polaca ha dado vehementes muestras de simpatía y solidaridad con el pueblo húngaro. Jerzy Zalesky, redactor político del periódico *Rejsy*, de Gdynia, se expresa en los términos siguientes: «Que nadie entre vosotros se atreva a llamar a los rebeldes húngaros fascistas o agentes de la burguesía. No se trata de una conspiración contrarrevolucionaria. Tam-

poco es una intromisión de la reacción nacional o extranjera. Es la lucha desesperada del pueblo húngaro por la democracia y la soberanía nacional».

En Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, Inglaterra, Dinamarca y Estados Unidos, los más empujados hombres de ciencia y los más prestigiosos escritores han cerrado filas junto a los patriotas húngaros. La voz libre de nuestra América ya se dejó oír en vibrante documento, que tuve el honor de suscribir. Y, asimismo, la de los pueblos asiáticos y africanos que luchan por el advenimiento de un mundo en que impere la justicia, la igualdad y el respeto a los derechos humanos. La iniquidad ha sido de tales proporciones que hasta el anfibológico Pandit Nehru se vio precisado a calificar las masacres soviéticas en Hungría como «verdaderos ultrajes a la dignidad humana».

Si al valor no siempre acompaña la fortuna, nunca se pierden, sin embargo, las batallas que se libran por la libertad y la cultura contra el despotismo y la barbarie. El ejemplo de Hungría corrobora, una vez más, la plena validez del aserto.

Sin fecha. [Los hechos a los que se refiere ocurrieron en 1956.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 217-219.

Albert Camus

La consagración literaria, como la científica o la política, suele ser en Francia privilegio de la ancianidad. Albert Camus constituye excepción de la regla. Sin haber doblado aún el cabo de las tormentas, ciñe, con sencillez franciscana, los codiciados laureles del triunfador. Era, hasta hace unos meses, uno de los más granados escritores de nuestro tiempo. Ni Paul Valéry, ni André Gide, ni Jean Paul Sartre, le aventajaban en difusión, estima y prestigio. El Premio Nobel de Literatura acaba de instalarlo, de repente, en el proscenio de la fama universal. Ya algunos críticos lo juzgan un clásico. Otros intentan, en balde, aguarle la fiesta. Hay, empero, un hecho como puño: la posteridad le ha venido insólitamente al autor de *La peste* en el otoño de la juventud y en plena actividad creadora. No se había dado caso semejante en la patria de Descartes.

Albert Camus nació, justamente, en los umbrales de la actual centuria. El siglo XX comienza, en rigor histórico, con el estallido de la Primera Guerra Mundial. La serena agonía del siglo XIX se prolonga hasta el trágico pistoletazo de Sarajevo. Sus cárdenos fulgores presiden el inicio de la extraña aventura que corona equívocamente la desintegración del átomo.

Camus advino a la existencia el 7 de noviembre de 1913. Singular ocurrencia. El egregio escritor francés no es originario de Francia. Mondovi, provincia de Constantina, Argelia, fue su cuna. Tampoco puede ufanarse de haber sido arropado en pañales de seda. Era de familia sobremano humilde. Su padre, francés, labraba la tierra; el fuego de España encendía la sangre campesina de su madre. Nada, pues, se le dio por añadidura. Con enormes dificultades logró licenciarse en Filosofía y Letras en la Universidad de Argel; se ganó la vida, alternativamente, como vendedor de accesorios de automóvil, como oficinista, como meteorólogo y como empleado de la prefectura. Le apasionaban el deporte y el teatro. Y, cuando daba casi cima a su tesis de adscripción —versaba sobre San Agustín y Plotino—, la tuberculosis estuvo a punto de truncarle la vida.

Durante varios años, Camus compartió el periodismo con el teatro. Simultáneamente, dirigía, adaptaba, escribía y actuaba. Viajó por España, Italia y Checoslovaquia, escenarios reverberantes de sus opúsculos *El revés y el derecho* y *Bodas*.¹⁷ Defendió, como propia, la causa de la república española, vilmente agredida. La Segunda Guerra Mundial le sorprendió en París. Ni rehusó deberes, ni soslayó responsabilidades. Se alistó en la resistencia y, con ejemplar denuedo, presentó combate al nazifascismo en defensa de la libertad del espíritu. Y, en contraste con tantos, no se dejó seducir por el embeleco enervante del comunismo. Desde entonces, data su ríspida polémica con Sartre. En medio del fragor soterrado de la lucha a muerte con los invasores, publicó *El extranjero* y *El mito de Sísifo*; fue jefe de redacción de *Combat*, órgano de la resistencia, hasta la épica conquista de París. Recogió sus editoriales en un volumen titulado *Actuelles*.

Al editar sus obras de teatro *El malentendido*, *Calígula*, *Estado de sitio* y *Los justos*, Albert Camus figuraba ya entre los más eminentes valores jóvenes de la literatura francesa. Visitó Estados

¹⁷ Se refiere a *El derecho y el reverso* y *Nupcias*, respectivamente. (N. del E.)

Unidos en 1947. Honda huella dejaron allí sus disertaciones. El año siguiente registra su promoción al magisterio literario de las generaciones de posguerra: aparece *La peste*,¹⁸ novela impar de una época ruin. Vienen, a seguidas, los marmóreos peldaños que conducen al Premio Nobel: *El hombre rebelde*,¹⁹ *La caída* y *El exilio y el reino*. Un tríptico en que el dolor, la angustia, la servidumbre, la desesperación y la miseria en que han sumido al hombre los experimentos totalitarios adoptan simbólicos relieves que claman por los cuerpos destrozados, los corazones desleídos, las mentes anestesiadas y las conciencias enmudecidas. Camus funde y sobrepasa en libros que destilan sangre, hedor, ironía, reniego, coraje, desprecio y fe, el romanticismo domado de Gide, la lucidez enfermiza de Malraux, la fantasía agobiante de Kafka y la familiaridad con lo absurdo de Melville, sus ídolos literarios. Testigo, notario y fiscal a la vez, es el ojo insomne de nuestra época: un ojo tan afinado por la vigilia que todo lo ve, capta y denuncia con fidelidad crispante y parcialidad generosa. La preocupación central de su filosofía es la existencia del hombre como esencia de la cual manan su objeto, razón y sentido. Equidista, por ende, de la nada de Heidegger tanto como de la náusea de Sartre.

Reconforta decirlo. Camus no es de los que escribe perdiciones que engordan sino salvaciones que consumen. Ama a los perseguidos, martirizados y proscritos y por ellos pugna con su lirio erizado de púas. Odia a los déspotas, polizontes y carceleros. No es un arcángel rebelde. Es un ángel de la libertad. Su divisa lo pinta de cuerpo entero: «No inclinarnos nunca ante el sable, ni dar jamás la razón a la fuerza que no esté al servicio de la justicia». Y esa divisa explica, asimismo, la extraordinaria ascendencia espiritual de Camus allende las fronteras de Francia.

Esa es la razón, precisamente, de que a él fuera dirigido, en primer término, aquel angustioso reclamo que aún resuena en el mundo: «¡Atención! ¡Atención! Van a oír la Federación de Escritores. A todos los científicos, a todas las asociaciones de escritores, y a todas las academias, a la élite intelectual del mundo, les pedimos ayuda y socorro. Nos queda muy poco tiempo. ¡Ayudad al pueblo húngaro! Vosotros, Albert Camus, Karl Jaspers, Ignacio Silone».

¹⁸ *La peste* aparece en el propio 1947. (N. del E.)

¹⁹ Debe referirse a *El hombre rebelde*. (N. del E.)

A los pocos minutos, un denso y ominoso silencio. El último reducto libre de Budapest había caído en manos de las hordas mecanizadas de Krushev y de Kádár, dirigentes implacables de la «nueva clase», una estructura social producto del dominio totalitario de una minoría fanática, inescrupulosa y audaz sobre el poder, la propiedad y el pensamiento, en nombre de millones de hombres y mujeres que sojuzgan, humillan y esquilman, aduciendo teoremas de Marx, corolarios de Lenin y redundancias de Stalin.

Aquella dramática apelación de los héroes civiles de la cultura húngara le arrancó a Albert Camus la más terrible, sobria, oportuna y veraz admonición de los años recientes: «La verdad es que la sociedad internacional en su conjunto, que con varios años de retraso ha encontrado súbitamente fuerzas para intervenir en el Medio Oriente, permite, por el contrario, que Hungría sea asesinada. Hace ya veinte años dejamos aplastar la república española por las tropas y las armas de una dictadura extranjera. Aquel *magnífico valor* halló su recompensa: la Segunda Guerra Mundial. La debilidad de las Naciones Unidas y sus divisiones nos conducen, poco a poco, hacia la tercera que ya llama a nuestras puertas. Llama y entrará, si la ley internacional no se impone al mundo para proteger a los pueblos, y a los individuos».

En Albert Camus el pensamiento es acción y la acción es pensamiento. La sumisión, la doblez y la banalidad le son radicalmente ajenos. Tanto como el oportunismo, la demagogia y la neutralidad. Como Romain Rolland, es un combatiente de las letras. Pero un combatiente cuyo único juez es su propia conciencia. Hijos legítimos de ella —espejo atormentado de frustraciones, rebeldías y esperanzas— son sus novelas, ensayos, dramas y cuentos. Toda su obra es, por eso, testimonio vivo y polémico documento. La conciencia de Albert Camus es, en última instancia, conciencia de su tiempo.

Sin fecha. [Albert Camus recibió el Premio Nobel de Literatura en 1957.]
Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 375-378.

La profecía de Anatole France

La aplastante victoria del Partido Laborista ha puesto el poder público en Inglaterra bajo la suprema jefatura de la clase traba-

jadora. No es la primera vez que tamaña ocurrencia se produce en la historia. El 7 de noviembre de 1917, en un mundo desgarrado por la guerra y la revolución, se estableció en Rusia, entre los resplandores sangrientos del más vasto y profundo cataclismo social de que se tiene noticia, un gobierno obrero y un régimen socialista.

Uno y otro acaecimiento, aunque fases de un mismo proceso, presentan, sin embargo, sustantivas y formales diferencias. La raíz y el sesgo de las mismas hay que indagarlas en el respectivo desarrollo histórico de Rusia e Inglaterra. No resulta dable emprender la faena en una crónica volandera. Hay que conformarse con el subrayado *grosso modo*. Tras de sí no tiene Rusia, precisamente, ni la Carta Magna, ni el Renacimiento, ni la Reforma, ni la monarquía constitucional, ni el sistema parlamentario, ni la revolución industrial, ni el señorío de los océanos. Lo que Rusia exhibe, a sus espaldas, es el despotismo, la corrupción, la ignorancia, el pope, los hermanos Karamazov, el botero del Volga, la conspiración, el presidio político y la estepa. Y, una marcha dispar, en consecuencia, hacia la transformación dialéctica de sus relaciones sociales.

La conquista del poder obrero en Rusia tenía que ser, forzosamente, en toda circunstancia, producto de la insurrección armada y de la violencia popular. En Inglaterra, por la confluencia de factores propicios en un momento determinado de su evolución histórica, se ha podido alcanzar parejo objetivo por el sufragio universal, figurando al frente de la empresa un partido socialista, que está mucho más cerca de Fabio Cunctator que de Vladimir Ilich. Ya se sabe lo acontecido en el primer caso. El descompuesto armatoste del zarismo, la república gaseosa de Kerenski y las clases dominantes y sus órganos políticos, fueron batidos en toda la línea e implacablemente eliminados. No sería, por cierto, Nicolás II, quien designaría a Lenin presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Se sabe también lo ocurrido y lo que va a ocurrir en el caso de Inglaterra. El poder obrero, por ser fruto legítimo del libre juego de las instituciones democráticas, seguirá conviviendo con las clases derrotadas y sus partidos representativos y tendrá que implantar su programa socialista por la vía constitucional. Antes de la Revolución rusa, semejante sucedido se juzgaba teóricamente problemático. Después de la Revolución rusa, la hipótesis,

corroborada incontestablemente por los hechos, advendrá dogma de fe.

Inglaterra, cuna del capitalismo, de la política del poder, de la técnica del compromiso y del socialismo *sui generis*, ha puesto evidentemente en entredicho, en pleno desajuste de los mecanismos fundamentales de la sociedad burguesa, el consagrado teorema marxista según el cual ninguna clase dirigente ha abdicado ni abdicará jamás su control de la riqueza y del Estado sin presentar abierta y encarnizada porfía. El propio rey Jorge VI —ápice refulgente de la jerarquía capitalista y de la aristocracia británica— le ha entregado a Clemente Attlee, líder del Partido Laborista y del proletariado inglés, el cetro de la Commonwealth y del imperio durante un quinquenio. La irónica profecía de Anatole France, en *La piedra inmaculada*, está a punto de cumplirse.

En sí mismo y por sus dilatadas implicaciones, el insólito suceso invita a una rigurosa e inmediata revisión de posiciones teóricas hasta ahora inexpugnables y le da amplia carta de naturaleza a la controvertida doctrina de Harold J. Laski sobre la revolución por consentimiento. No quiere esto decir, en modo alguno, que por el simple y puro hecho de haber ocupado el Partido Laborista el poder, Inglaterra va a transformarse *ipso facto* en un país socialista. El partido victorioso tiene, ante sí, formidables obstáculos y poderosos intereses. Incluso puede ser desalojado, violentamente, del gobierno, por el concierto subversivo de las fuerzas conservadoras y de sus afines foráneas. Ni una cosa ni otra, empero, restarían plenitud de validez a la situación actual que dejo apuntada. A mayor abundamiento, Carlos Marx mismo admitió, más de una vez, en sus escritos, la posibilidad de que el poder obrero se pudiera conquistar en Inglaterra por los caminos de la democracia.

Lo que sí resulta indispensable, de toda suerte, es que el cambio operado en Inglaterra equivale al ascenso, otrora, de la clase media, al primer plano de la vida histórica; y ha resonado, en el corazón del *common man*, como el clarín del gallo en la madrugada.

Fechado por Roa: 29 de julio de 1945. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 443-445.

La batalla de Inglaterra

La conmoción espiritual producida en este país por la victoria laborista, sólo tiene precedente en el *V-E Day*.²⁰ Estupefactos andan, todavía, los augures de la prensa reaccionaria y amarilla. Y, no se les ha ocurrido salida más elegante, que la de acusar de ingratitude al pueblo inglés por haber discernido libremente su futuro. Boquiabiertos están aún, por la sorpresa, los periódicos y revistas liberales. Alicaídos los grandes magnates de la finanza y de la industria, regocijado el pueblo trabajador y la clase media y con la fe en renuevo las cabezas más alertas del *New Deal*. Se podrían contar, con los dedos de una mano, los comentaristas que se atrevieron a vaticinar siquiera la remota probabilidad de una derrota de Winston Churchill. Pocas veces, la propaganda dirigida embaucó, a tanta gente avisada, como en esta memorable coyuntura. Y, pocas veces también, resultaría tan gravosa para sus *managers* y usufructuarios. El destino político del mundo ha cambiado radicalmente de constelaciones ante sus propias faltriqueras.

La repercusión, el significado y el alcance de la victoria laborista radica, primordialmente, en el papel determinante de Inglaterra en el desarrollo y rumbo de la historia universal. Su parejo suceso hubiera tenido por teatro un país «chico», la cosa, en verdad, no habría suscitado mayor frío ni calor a los que hoy, en todas partes, confiaban en restaurar el viejo orden social y la política de poder que incubó en sus entrañas el fascismo y esta guerra gigantesca aún inconclusa; pero, como semejante vuelco ha ocurrido nada menos que en uno de los «tres grandes», los descensos de temperatura y las fiebres altas están haciendo su estrago.

Absurdo —dicen algunos. Es un misterio —afirman otros. Y no logran salir de ese círculo vicioso. Ni en la historia se da nada mágicamente, ni es tampoco una novela policíaca. Si Winston Churchill, el genial estratega de la victoria militar, el líder indiscutido del Partido Conservador y el dragón resoplante del imperio británico, ha sido derrotado, lo debe, exclusivamente, al descrédito y estrechez de miras de su política de posguerra y a algo que su pupila zahorí pasó por alto: la madurez de la conciencia pública

²⁰ Día de la victoria en Europa (*Victory in Europe Day*): 8 de mayo de 1945, fecha en que los Aliados aceptaron la rendición incondicional de la Alemania nazi. (N. del E.)

inglesa. Su propaganda electoral, desenvuelta en un estilo típicamente caudillista, sólo podía encontrar eco en sus propios prosélitos. En la conducción de la guerra, había estado a la altura de las circunstancias, dominándolas, al cabo, con su arrojo, su serenidad y su contumacia. Y ello hubo de ganarle el fervor y la asistencia unánime de todo el pueblo inglés, en primer término del Partido Laborista, que incluso le hizo concesiones incalificables. Baste recordar el silencio cómplice de sus ministros en el tratamiento autoritario que le dio Churchill a los problemas de Italia, Grecia, Bélgica, España y la India. Para la paz y la reconstrucción social, ¿qué podía ofrecer Churchill, que no fuera lo que, una y mil veces, había proclamado durante el curso de la guerra misma? Era, y lo decía con la complacencia y el orgullo de su rancia estirpe, el campeón de la libre empresa y del imperio, el guardián celoso y el custodio irreductible de las monarquías repudiadas y de los regímenes sociales obsoletos en Europa, el abogado de los hombres de negocios y el índice acusador de las reformas sociales y del socialismo. Ni siquiera se avino a aceptar, en principio, el medurado plan de seguridad de Sir William Beveridge. Y, si a todo esto se añade la reiterada incapacidad y miopía del Partido Conservador desde 1931, su tímido y rampante enfoque de la problemática social interna, su efectiva contribución política y financiera al fortalecimiento de Hitler y Mussolini, su flagrante complicidad con éstos en la conquista de Abisinia, en el derrocamiento de la república española, en la invasión de Austria, en el concierto de Munich y en el despojo de Checoslovaquia, se tendrá una idea precisa del enmarañado callejón en que habían de encontrarse los *tories*²¹ en la primera consulta electoral que tuviera efecto en Inglaterra.

El Partido Laborista, con un aguzado y nítido sentido del espíritu de la época, de las exigencias vitales de la opinión pública británica y de su tarea, no podía continuar responsabilizado con el gobierno de coalición nacional, al rendirse incondicionalmente Alemania, sin negarse a sí mismo, comprometer su futuro y traicionar a las masas trabajadoras inglesas. Los objetivos ulteriores de Churchill y la plataforma de posguerra del Partido Conserva-

²¹ El término *tories*, aún utilizado como sinónimo de conservadores, debe su origen al nombre de una antigua agrupación política británica, el Partido Tory, antecedente del Partido Conservador. (N. del E.)

dor le venían demasiado angostos. Otro era su programa, y otros, sus objetivos. En rápido esbozo, su política se enderezaba a la nacionalización de las grandes industrias y del Banco de Inglaterra, a la socialización progresiva de los medios de producción, a satisfacer las justas demandas de la India, a la paz por la justicia y a la extirpación de todas las formas supervivientes del fascismo derrotado. A ensanchar y fortalecer, en suma, la base material de las instituciones democráticas, ya en zaga del proceso industrial, del progreso técnico y de las formas sociales de vida que han crecido y madurado a su sombra.

Esta es la razón profunda de la ruptura del Partido Laborista con el gobierno de coalición nacional y de la abrumadora cantidad de sufragios que obtuvo en las elecciones. Si se analiza detenidamente la composición de la nueva Cámara de los Comunes, se advertirá, de inmediato, que la votación laborista trasciende, ampliamente, el ámbito de su propio partido. Ha sido el pueblo inglés, en su mayoría, quien ha decidido la magna contienda en su favor. Salta a la memoria, inevitablemente, el desastre electoral de Lord Balfour en 1906.

La victoria laborista es, pues, la victoria de todo un pueblo. Inglaterra, por razones diversas que antaño, vuelve a asumir, otra vez, la rectoría ideológica de la política mundial. América, y sobre todo los Estados Unidos, sentirán hondamente los efectos de este inesperado viraje a la izquierda del país que jamás dio un paso adelante sin pisar tierra firme. Los partidos laboristas de los dominios recobrarán ahora impulso y prestigio. El complejo y candente problema de la India y de las dependencias coloniales entra en una fase enteramente nueva. Hay que presumir que el derecho del veto perderá ahora su aire insolente. Las tendencias neoinperialistas, ya aflorando con seductores disfraces, tendrán que batirse, por lo pronto, en retirada, sin cejar por ello en sus designios. Los destinos de Franco, de Leopoldo de Bélgica, de Pedro de Yugoslavia y de Jorge de Grecia están sellados. No tardará un pronunciamiento de la Conferencia de Potsdam declarando la interdicción internacional de la «democracia orgánica» impuesta a sangre y fuego en España. La reacción, el fascismo y la política de poder han sufrido una derrota de insospechadas consecuencias.

Si el Partido Laborista es capaz de realizar a fondo su programa, esa derrota será decisiva. Si pierde el ritmo y la brújula y se concreta a emplastos de circunstancias y a reformas adjetivas, la

hora de su liquidación definitiva habrá sonado y tan vertical será su caída como perpendicular su encumbramiento. En las citas con el destino, o se vence o se parece. No hay otra alternativa. Ni Winston Churchill, ni el Partido Conservador, ni los poderosos intereses financieros e industriales, hasta hoy dueños y señores de la vida inglesa, se conformarán con el rol de espectadores. Ahora empieza, realmente, la batalla. Una batalla que, teniendo a Inglaterra como centro estratégico de operaciones, reclutará generales, soldados y espías en el mundo entero. No en balde se van a dirimir en ella los fundamentos últimos del próximo avatar de la convivencia humana.

El profesor Friedrich A. Hayek y sus acólitos andarán, seguramente, con el rabo entre las piernas. John Maynard Keynes, sin ser laborista, debe estar, en el fondo, reventando de euforia.

Fechado por Roa: 30 de julio de 1945. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 446-449.

Acicate y ejemplo

Junto al nevado paisaje de los Alpes suizos acaba de morir, tras prolongada enfermedad, Richard Stafford Cripps. Es la tercera figura de rango que pierde el *Labour Party* desde que Winston Churchill retornó al poder. Harold J. Laski y Ernest Bevin le precedieron en el «viaje ineluctable» de que hablara el poeta.

No es fácil llenar el hueco que dejan. Laski fue no sólo un socialista de arraigadas y encendidas convicciones; fue también un profesor de raza y un escritor con perspectiva propia y aportaciones originales a la teoría política y social. De genuina extracción proletaria, Bevin se destacó señeramente en las luchas sindicales y adquirió polémica notoriedad al frente de los asuntos extranjeros del gobierno de Clement Attlee. Stafford Cripps fue la revelación del laborismo de la posguerra.

Sobre sus hombros gravitó la abrumadora responsabilidad de impulsar el programa socialista en medio de adversas circunstancias internas y agudas tensiones internacionales.

Como tantos otros socialistas ingleses, Stafford Cripps procedía de familia acomodada y linajuda. Su padre, abogado prominente,

tenía a orgullo sus rancios prejuicios y añejos criterios; pero su influencia sobre Richard se vería pronto suplantada en el propio círculo doméstico por sus tíos Beatriz y Sidney Webb, fundadores ambos de la Sociedad Fabiana y autores de obras fundamentales sobre el movimiento obrero. Su monumental *History of the Trade-unionism*, escrita en colaboración, es ya un libro clásico. El diario contacto con los Webb decidiría el destino político del joven aristócrata. Su fina sensibilidad, su concepción evangélica de las relaciones humanas y su vocación por los estudios jurídicos, económicos y sociales, abonaron la rápida conversión.

El *Labour Party*, fundado en 1906, es hijo legítimo de la Sociedad Fabiana. El núcleo originario de ésta se agrupó en torno al norteamericano Thomas Davidson. Algunos de sus componentes disientían de la praxis reformista dominante y manifestábanse partidarios de la Federación Socialdemócrata, dirigida por Henry Hyndmann, discípulo de Carlos Marx. En la controversia planteada, la mayoría optó por un socialismo de tipo democrático y organizó la Sociedad Fabiana. Su propósito era crear un partido político independiente de la clase obrera y establecer un régimen social que asegurase el bienestar y la felicidad de todos. A George Bernard Shaw y a Sydney Webb, teóricos y heraldos del nuevo movimiento, no tardarían en unírseles Graham Wallas, Annie Besant, William Clark y Ramsay McDonald. Años más tarde ocuparían posiciones responsables Laski y Stafford Cripps, que era su presidente al fallecer.

El espíritu fabiano rige y configura la ideología del *Labour Party*, en la cual confluyen la tradición empírica de la política social inglesa y las ideas de Robert Owen, John Stuart Mill, William Morris, Carlos Marx y Eduard Bernstein. El laborismo repudia los rígidos cánones del socialismo revolucionario. Su táctica es la infiltración y la contemporización: su objetivo es acelerar el ritmo del movimiento obrero e infiltrar la idea socialista en todas las capas de la sociedad. El socialismo es una mutación gradual por consentimiento y su palanca es el sufragio universal.

Nunca el espíritu fabiano tuvo un intérprete más apasionado y flemático que Stafford Cripps. Ciertamente es que en ocasiones quiso ir, y fue, más lejos que sus compañeros de partido; mas, en ningún instante se apartó del socialismo de movimiento preconizado por Bernstein y Bernard Shaw.

Aquel hombre alto, magro, serio, miope, elegante y sobrio era temido y respetado por sus adversarios. Creía, al par, en Dios y en el socialismo. El púlpito, el parlamento y la plaza pública disputábanse sus vibrantes oraciones contra el capitalismo, el imperialismo, el fascismo. Hablaba como un profeta; pero sin que se le alterase el gesto o se le descompusiera el lenguaje. Era una cabeza lógica sobre una naturaleza volcánica. Su difícil gestión en Rusia, su delicada labor en la India acreditan inusitada sagacidad y equilibrio.

Pero fue como *Chancellor of the Exchequer* que Stafford Cripps dio la medida exacta de su estatura política. Su frío entusiasmo le permitió enfrentarse con la ingente empresa de sentar las bases del socialismo en una estructura económica agrietada y bamboleante. No tenía otro camino que adoptar drásticas medidas para extirpar la bolsa negra, contener la inflación, atenuar los desniveles sociales, intensificar la producción y consolidar la libra esterlina. El programa de austeridad que propugnaba era un programa de privaciones; pero sólo mediante su riguroso cumplimiento podrían salir adelante el socialismo e Inglaterra.

Stafford Cripps transitó inflexiblemente el áspero camino, en manifiesto contraste con la política zigzagueante de Bevin. No vacilaría siquiera en apelar a la ayuda norteamericana para superar la crítica situación financiera que arrostraba el país. Ganó la batalla; pero perdió la salud. Expiraría dos años después con la serenidad propia del que ha cumplido una misión útil en la Tierra. La apretada victoria electoral de Winston Churchill demuestra hasta qué punto el relativo éxito de la dura experiencia laborista obtuvo resonancia en la opinión pública.

La vida clara, generosa y fecunda de Sir Richard Stafford Cripps debería servir hoy de acicate y ejemplo a cuantos pugnan por el advenimiento de un mundo socialmente planificado para la libertad.

Publicado en *El Mundo*, el 25 de abril de 1952. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 59-61.

PARTE 2

LA POLÍTICA DE LA LIBERTAD

La revolución traicionada

Escaramuza en las vísperas

I. Preámbulo de una polémica

No sé si Ramón Vasconcelos habrá ya podido liar su jolongo y refugiarse en la bucólica mansedumbre de unas vacaciones campestres; pero, lo que sí sé, es que no debo, ni puedo esperar su retorno para ripostar las acotaciones que hizo en la revista *Bohemia* a determinados puntos de mi artículo «El espíritu de Gibara».²² Me parece oportuno reproducirlos: «Ramón Vasconcelos, en su diatriba diaria contra el movimiento revolucionario, intenta confundir a los ingenuos pintando las cosas del color que le conviene. Mezcla y revuelve a revolucionarios y a farsantes, a la

²² Texto reproducido en *Retorno a la alborada...* (vol. 1, pp. 169-171), publicado originariamente por Roa el 6 de agosto de 1947 a propósito de la devaluación, «en el propio sitio que sirvió de radiante escenario a la fabulosa proeza», de un monumento en memoria de la expedición. En él, expresó:

Sobran episodios de aquella ingente contienda para galvanizar los temperamentos más fríos y mover la pluma más desganada a descripciones homéricas. Ninguno, sin embargo, puede compararse, por su dimensión legendaria, con la expedición de Gibara. Un exiguo grupo de hombres, batido implacablemente por tierra, aire y mar, esculpió el 17 de agosto de 1931 una página digna de Peralejo o Las Guásimas. Fue un inaudito despilfarro de coraje, una espléndida quijotada en la campaña criolla. Emilio Laurent, el invicto caballero de la locura revolucionaria, adquirió aquel día perfil de titán y estatura de héroe. Y, sus compañeros todos, se ganaron inmarcesibles laureles.

(...)

De esa piedra, como de invisible fragua, brota férvido el espíritu indomable de la revolución cubana. Los que ven sólo la atmósfera, ni lo

revolución y al revolico, en una misma redoma repleta de ácidos. Y la emprende, indiscriminadamente, contra unos y contra otros, contra ésta y aquélla. Nos acusa de pandilleros, ladrones, falsarios, incapaces, insensibles y empedernidos. Y, no nos dice improprios peores, porque ya agotó el diccionario. ¿Cuándo, sin embargo, su prosa vibrante se ha estremecido siquiera ante un holocausto o una hazaña del movimiento revolucionario? ¿Por qué reserva las más delicadas reacciones de su exquisito sensorio para encarecer la satrapía de Batista o evocar con secreta fruición la ominosa? Bien está que se repudie y enjuicie, severamente, el desafuero, la tropelía, el robo, el asesinato y la inverecundia, sea quien fuera el autor y venga de cualquier parte; lo que sí no puede admitirse es que todo se desfigure y subvierta y se pase por alto la varonía, el desinterés y la oblación de una juventud en lidia a muerte con el más autoritario, corrompido y criminal de los gobiernos cubanos».

Manifiestamente sulfurado por esas apreciaciones, Vasconcelos considera que lo «juzgo de pasada y de compromiso y con el criterio egolátrico y desconsiderado», propio de la generación que recibió su bautismo de fuego el 30 de septiembre de 1930. Y, como «diatriba equivale a injuria», rechaza, de plano, el carácter difamatorio que he atribuido a sus «comentarios cotidianos, ácidos si el hecho es de los que yo mismo condeno desde mi columna de *Pueblo*, suasorios si la persuasión resulta el mejor reactivo ante el error de buena fe». Contempla, analiza, llama la atención, aconseja, juzga y falla. Sólo y nada más que eso. Y, «si se excede, a veces, no es culpa suya, sino de los que se exceden». Ni «trata tampoco de confundir a nadie». Llama, por su propio nombre, al pandillero, al ladrón, al falsario, al empedernido y al revolucionario. Distingue y recuerda. Su «punto de vista personal» es claro y concreto: no «niega la revolución»; lo que «niega es que se apliquen sus postulados». «Algún día —concluye— hablaremos de esto a calzón quitado. Entonces me será fácil demostrar que esta famosa Revolución del 33 se aleja cada vez más de los principios

adverten, ni lo perciben. Los que ven el subsuelo, saben que ese espíritu no tardará en aflorar y corporizarse de nuevo en la masa irredenta, para la batalla definitiva de nuestra liberación nacional y social. Las grandes rebeliones vienen del hondón de la tierra y se gestan oscura y silenciosamente. (N. del E.)

democráticos de la verdadera, que es la del 95. De todos modos, convendría preguntar cuál ha sido el fruto efectivo de estos catorce años de conmovición revolucionaria».

Su tarea, en suma, es dar y quitar en pura justicia, importándole un pito las malquerencias que suscite su objetivo dictamen. No en balde parece estar más allá de la apasionada contienda entre tirios y troyanos, como si nada tuviera que ver con las cuestiones que se ventilan y los intereses que se dirimen. Es, sin duda, «un papel muy molesto; pero cada cual escoge el que más se aviene con su gusto y temperamento».

Véanse ahora, en apretado resumen, las conclusiones a que Vasconcelos arriba en el proceso, ya concluso para sentencia, que viene incoando al movimiento revolucionario engendrado por el machadato. Su esterilidad, desde luego, ha sido absoluta. Ni siquiera ha podido salvarse el impulso ideal que lo animara, ni el espíritu de radical disconformidad con la república factoril, que le diera su trascendencia y sentido. Nada, como no sean las propias lacras que yo he denunciado, han rendido como «fruto efectivo» nuestros afanes, abnegaciones y sacrificios. Nada. Incluso las «bases y artículos más importantes» de la Constitución de 1940 «son la obra en su casi totalidad de los delegados liberales a la Constituyente, tales como José Manuel Cortina, Orestes Ferrara, Rafael Guas Inclán, y el propio Carlos Márquez Sterling, que la presidió y desencalló cuando estaba a punto de sumergirse por la incapacidad —permitido Vasconcelos sin que me reste nada por dentro— de Grau San Martín». Y, aunque no niega la revolución en abstracto y hasta espera y desespera de la que no se ha hecho todavía, omite las razones y motivos determinantes de la única que intentó hacerse en Cuba después de la de 1895, estableciendo un divorcio entre los principios y objetivos de ambas, que sólo caprichosa o demagógicamente podría argüirse. Acusa, por último, a nuestra generación, de «haber borrado la historia anterior a 1933 y de monopolizar el futuro». Pero no vacila en incurrir en parejo delito al liquidar, de un plumazo, lo que esta historia fue antes de la fecha citada.

Juzgo ineludible, sin embargo, antes de encararme con el negativo balance que Vasconcelos presenta, fijar posiciones y esclarecer perspectivas. No resulta ocioso advertir, además, que habré de apartarme, por respeto a mí mismo y por el tono recíproco a que en el orden personal me obliga su réplica, de la adjetivación

soez que suele privar en nuestros debates políticos, al punto que son ya *rara avis* los que trascienden el zoológico ámbito del gruñido para desenvolverse en el humano palenque de las ideas. Entre Vasconcelos y yo, median discrepancias irreconciliables de pensamiento y acción. Hemos vivido un mismo proceso en aceras opuestas y con enfoques distintos. Es un escritor de raza y un panfletario temible; pero, ha solido usar su talento y su pluma para defender y auspicar hombres, doctrinas, métodos y regímenes que yo he repudiado y repudio. Nunca me ha pedido cuartel, ni yo se lo pido. Ninguno de los dos podemos llamarnos a engaño. Pero nada sacariase en limpio apelando al improperio barato, si sus imputaciones permanecieran en pie.

Ni Vasconcelos ni yo hemos sido, ni somos, espectadores del drama cubano; mas, a juzgar por la postura que asume, diríase que está mirando lo que en torno acontece desde un balcón del Olimpo, como si el tormentoso conflicto que a sus plantas se desarrolla fuera una pieza de Esquilo. Vasconcelos me sitúa, irónicamente, «royendo roñoso mi mendrugo de ilusión y esperanza en la sacra colina», aguardando en vano el ansiado milenio. Permítame ahora que, para disipar todo equívoco y entendernos mejor, lo caracterice en su verdadero papel.

Sabido es que en nuestra farándula política han pululado y pululan partiquinos y cómicos, que no tendrían cabida ni en el pornográfico *show* de un cabaret de baja estofa. Son los Tacoronte de ayer y los Tacoronte de hoy. No figura, precisamente, entre ellos, Ramón Vasconcelos. Se trata, en su caso, por el contrario, de un actor de primera fila y ya consagrado por una ejecutoria larga y asaz conocida. Dentro del Partido Liberal, por supuesto, Vasconcelos equidista de Salvito García Ramos y de Alfredo Hornedo. Nunca, hasta ahora, ametralló al pueblo a mansalva. Ni ha podido todavía inscribir un mercado único a su nombre en el registro de la propiedad. Vasconcelos le ha dado el pecho a sus adversarios, escribe sus propios artículos y ha fungido, a veces, en coyunturas de prueba, sin dejar de ser estrella, de director de su compañía, como Charles Chaplin en sus películas. También yo distingo y recuerdo.

Cuando en 1925 ingresaba yo en la Universidad, ya Vasconcelos se había ganado una sólida reputación periodística en el *Heraldo de Cuba*. Aún su prosa retorciase de ira por el vil despojo de que había sido objeto el coronel Carlos Mendieta por una mayoría

sobornada del Partido Liberal. Exaltó la máscara bizarra de Julio Antonio Mella en su huelga de hambre. Combatió a Machado cuando muy pocos lo combatían, pero, dejó, paradójicamente, de hacerlo, cuando ya todo el pueblo se le había revirado y se apresaba a tumbarlo. Adscrito a nuestra legación en París estuvo los años más sangrientos de la tiranía. Retornó a Cuba después del 12 de agosto y desafiando, a la par, a los revolucionarios, a Fulgencio Batista y a los machadistas maldecidos y errantes, logró restaurar, en una campaña en que puso a plena tensión su inteligencia y su audacia, el Partido Liberal, transformándose en su jerarca supremo, abriéndole de nuevo la talanquera a los machadistas proscritos y poniéndolo al arbitrio de la dictadura castrense, sin perjuicio, en un fugaz momento de temperamental enfurruño, de clavarle a Batista el impar remoquete de Napoleón de bolsillo. No rehuyó responsabilidades, ni se pasó al enemigo. Se opuso, abiertamente, a la huelga de marzo, y aceptó, sin chistar, el golpe de Estado que destituyó a Miguel Mariano Gómez. Ha sido y es senador y fue ministro de Educación en el período presidencial de Batista. Obra suya es la Ley docente. Y, aunque jamás dejó de batirse contra los que menosprecian y exprimen al negro y de alentar una límpida y férvida admiración por Rubén Martínez Villena, estuvo y está, a toda hora, frente al movimiento popular que derribó al machadato y barrió con Batista sacándole lasca, a diario, a las concupiscencias, torpezas y yerros del gobierno de Grau San Martín y al espectáculo abominable que ofrecen los mercaderes, matones y tráfugas de una revolución traicionada, vendida y mixtificada.

Ese ha sido y es el verdadero papel y la perspectiva de Ramón Vasconcelos en el drama cubano. No lo califico, ni lo enjuicio. Me concreto a situarlo para centrar históricamente nuestra polémica.

Distinta ha sido mi posición y distinta mi perspectiva. Pertenesco, a mucha honra, a la generación que Vasconcelos befa y desahucia. Mi papel, en el retablo revolucionario, jamás alcanzó el rango que el de Vasconcelos en la farándula política. He sido, a lo sumo, un luchador de vanguardia, sin responsabilidades ni lauros mayores. Eso sí: ni antes, ni ahora, pacté con la politiquería, ni con el latrocinio, ni con el vandalismo, ni con el crimen. No fui grausista en 1933, ni lo he sido en 1944. Mucho menos podría serlo en 1947. He permanecido fiel a los ideales de Rafael Trejo, Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente Brau. Y, por esos ideales, seguiré

pugnando aunque se esfumara de la memoria de todos el noble anhelo que nos llevó a la cárcel, al martirio y a la muerte. Por lo demás, nunca he presumido de sabio, ni de profeta, ni de guapo.

Ramón Vasconcelos le ha pedido cuentas a nuestra generación. No rehúyo el envite. Ni tampoco dejaré de pedírsela a las generaciones que provocaron su heroica, generosa y perdurable insurgencia.

II. La historia borrada

Recogido quedó ya, en el preámbulo de esta réplica, el reto lanzado por Ramón Vasconcelos en su demoledor artículo «La revolución que no se ha hecho». Ni un solo punto, por escabroso y difícil que parezca, será soslayado por mí en esta rendición de cuentas que me apresto a encarar desnudamente. Hora era ya de «quitar-se el calzón» y presentar el balance. Dada la índole y trascendencia de las cuestiones planteadas, me veré precisado a alargar mis impugnaciones. No se olvide que lo que se está ventilando entre ambos, y más allá de los dos, es el tema capital de la hora.

Sería lo más adecuado, a mi entender, empezar por el principio. Afirma Vasconcelos, rotundamente, que nuestra generación «ha borrado la historia anterior a 1933 y ha monopolizado el futuro para demostrarnos que antes de ella no hubo verdaderos cubanos y después de ella no habrá otros cubanos genuinos que los de su promoción». Se equivoca, en verdad, de medio a medio. Por muy «ególatras» y «desconsiderados» que fuéramos —lo somos mucho menos de lo que Vasconcelos presume—, resultaría pueril, a todas luces, pretender borrar lo imborrable, lo que está marcado, con impronta indeleble, en el torso sangrante del pueblo cubano. Ha confundido, sin duda, la antorcha redentora que armó nuestro brazo, con la obtusa piqueta de un iconoclasta vulgar.

Jamás hemos creído, ni dicho, ni escrito, que la historia comienza en nosotros. Lo que sí se nos puede imputar es que nos hayamos resistido a admitir como norma, paradigma o modelo, la república factoril que culmina en Machado. Y se nos puede imputar, asimismo, que le hayamos dado resueltamente el pecho a sus mandones y chupópteros, en un patriótico afán de tramontar para siempre el pasado ominoso. Nuestra perspectiva y nuestra actitud se sustentan, aunque Vasconcelos con su proverbial intemperan-

cia lo niegue, en el ejemplo inmarcesible y en el ideario incumplido de 1868 y de 1895, que opera aún como fuerza motriz en la forja de nuestro inmediato destino. Cada generación tiene su propio quehacer. El quehacer de la nuestra fue, y sigue siendo, transfundirle realidad histórica, a la altura del tiempo, a los principios revolucionarios que las generaciones usufructuarias del legado mambí desconocieron y hollaron. No otra fue la suprema aspiración del movimiento popular que derrocó el machadato. Pero si rebelarse contra un estado de cosas que conducía, inexorablemente, a la decadencia y extinción de la nacionalidad cubana es un hecho punible, cargamos alborozados con el delito. Si seguir pugnando por que el empeño, en gran parte fallido, se lleve a su definitivo cuajo implica un soberbio afán de «monopolizar el futuro», bienvenido el sambenito que Vasconcelos nos cuelga.

No: ni suprimimos ni borramos la historia a nuestro gusto y capricho, ni creemos que somos los únicos cubanos genuinos que ha dado la isla. Cubanos son, para mí, cuantos han nacido en esta maravillosa y desdichada tierra y cuantos, provenientes de otras, trezan su vida a la nuestra y juntos con nosotros luchan, trababan, padecen, gozan, sueñan y mueren.

No es nuestra generación quien borra y suprime. Es Ramón Vasconcelos quien soslaya y omite. Nada menos que omite y soslaya las responsabilidades abrumadoras de los que modelaron la historia anterior a 1933. Es Vasconcelos quien calla y oculta lo que esa historia fue y cuáles sus frutos nefandos. Está uno tentado a pensar que, para Vasconcelos, la politiquería, el latrocinio, el cohecho, el prebendaje, el matonismo, la trepadora, el asesinato, la narcomanía y la inverecundia se iniciaron en Cuba republicana con Ramón Grau San Martín. Gerardo Machado, Alfredo Zayas, Mario García Menocal, José Miguel Gómez y Tomás Estrada Palma fueron santos varones, circuidos de cándidos serafines.

Niega Vasconcelos, categóricamente, que se haya cosechado «fruto efectivo algunos de estos catorce años de conmoción revolucionaria». Yo afirmo, enfáticamente, que la revolución ha sido traicionada, vendida, mixtificada, calumniada y exprimida. Y afirmo, también, que aún alienta su espíritu; y, que de todo este turbulento proceso ha quedado, viva y madura, una nueva conciencia. En su oportunidad, por supuesto, tendré que demostrar lo que digo. Antes vengo obligado a pedirle cuentas a las generaciones que motivaron, con su conducta execrable, la gallarda y fructuosa

sublevación de la nuestra. El lector podrá así establecer el contraste y deducir conclusiones.

Colonia superviva, llamó Enrique José Varona a la república regida y ordeñada por una casta jactanciosa y voraz de generales y doctores, dóciles, sin embargo, al gesto cesáreo del procónsul yanqui. «No son momentos propicios los actuales —escribía melancólicamente en 1919 el viejo maestro— para quienes han dado calor en su seno a esperanzas que están muy lejos de haberse cumplido. Ni en la situación general del mundo, sacudido por la más pavorosa catástrofe de que hay memoria, ni en la particular de mi patria, desgarrada por las pasiones de sus hijos, que parecen ciegos ante las tremendas señales de los tiempos, pueden encontrarse alicientes para mantener un estado de ánimo que se abra confiado al porvenir». «La república —constataba dolorido Carlos M. Trelles en 1923— se encuentra enferma; y lo que es más triste, gravemente enferma». «Nuestra patria —advertía conturbado en el propio año Raimundo Cabrera— está atravesando una pavorosa crisis. No es la crisis de un gobierno, no es la crisis de un partido, no es la crisis de una clase, es la crisis de toda un pueblo». «La sociedad cubana —clamaba Fernando Ortiz en 1924— se está disgregando. Cuba se precipita rápidamente en la barbarie».

Algo sobremanera grave debió haberle acontecido a la república para que esas voces, esclarecidas y adultas, se levantaran, de consuno, presagiando un inminente desastre. Grave, muy grave, para que Manuel Sanguily decidiera refugiar su «fiera inconformidad en el hogar». Grave, gravísimo, para que este lírico lamento empenachara de iracundia «la rubia cabellera de los cañaverales»:

*Musa patria, esto no fue
lo que predicó Martí.*

No podía ser, en efecto, más grave lo que había acontecido. De la república de nítida y potente raíz popular, libre y laica, sin distinciones de raza ni privilegios de fortuna, efectivamente soberana y económicamente independiente, que propugnara el auténtico Partido Revolucionario Cubano, sólo restaban en 1924 los símbolos ficticios de la Constitución, la bandera y el himno. La «independencia teórica» se había transformado, por obra de una compleja constelación de factores, en «vestidura formal de un protectorado efectivo».

La Revolución de 1895 tuvo un carácter y un contenido acusadamente democráticos y un genuino apoyo de masas. Iba enderezada a impedir, por una parte, «la perpetración en formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y de la composición burocrática de la colonia», y a obstaculizar, por la otra, «que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América». «Cuanto hice hasta hoy, y haré —dirá José Martí en el ápice de su glorioso sacrificio—, es para eso». La mutación de la forma y el contenido de la vida cubana, el replanteo y ajuste de las relaciones sociales, la organización de la economía sobre el primado de la justicia distributiva y la sustentación popular del poder político, se obtendrían, como natural resultado, de la consecución de ese doble objetivo. No podía, en modo alguno, ser antes. Ya hoy se ve claro.

La guerra se había desatado para rescatar la libertad, el decoro y la riqueza, de un poder extranjero que agotó la avaricia, la crueldad y el desprecio, cebándose en la carne y el espíritu del pueblo cubano. Se había ido a la lucha para reconquistar la tierra, el comercio, la industria, la banca, la moneda y la dignidad nacional. Y para erigir un Estado dueño de sus propios destinos y armado de los instrumentos y recursos indispensables para llevar a cabo la ingente faena de reconstruir una nación devastada, empobrecida y desangrada, y de impulsarla, rápidamente, por la vía de la paz, del progreso y de la cultura. Pero la intervención interesada de un imperio naciente, el desvalimiento económico y la desvertebración política de la burguesía criolla, el cansancio propio de una larga y penosa contienda y la complicidad de los falsos patriotas, darían al traste, aun antes de haberse fundado, con la república prometida en el *Manifiesto de Montecristi* y puesta en trance de advenimiento por la Revolución de 1895. Las bases de una estructura económica factoril y de una superestructura política típicamente burocrática —fecundo caldo de cultivo para la corrupción, el caciquismo, la improvisación, el chanchullo y la tiranía— quedaron firmemente asentadas y ya perforado el pozo negro que alimentará el subsecuente complejo de inferioridad colonial, que hasta 1933 privaría en el contenido inmediato de la conciencia cubana.

Injusto sería negar totalmente la gestión desenvuelta por el general Brooke en su breve mandato. «Iba gobernando —puntualiza Elías Entralgo— de acuerdo con los mejores intereses y las

mejores aspiraciones del pueblo cubano. Hacía reformas legislativas, organizaba la guardia rural; licenciaba el Ejército Libertador; dictaba medidas de saneamiento moral y material; auspiciaba la organización de los partidos políticos, estimulaba la organización de la enseñanza; perseguía el vicio». De súbito, en plena labor, fue relevado y sustituido por el general Leonardo Wood. Como antes Martínez Campos se llevara consigo la bandera española, con Brooke se marchó el espíritu de la *Joint Resolution*. Wood, como gobernante, iba a constituir el «antecedente indispensable de la imposición de la Enmienda Platt».

Inolvidable lección suya. Limitó sus poderes a la Convención Constituyente y dispuso, a su antojo, de la mayoría de los delegados electos. Compensó a los que se plegaron servilmente a sus torvos designios y proscribió a los que se resistieron a inclinar la cerviz. Pocos, muy pocos, se mostraron erectos en aquella coyuntura de prueba. Sirvan de ejemplo, por lo señero, Manuel Sanguily, Juan Gualberto Gómez y Salvador Cisneros Betancourt. Wood impuso, por sorpresa y mediante intimidación, la Enmienda Platt, la *cuentecita*, como la apodara, irónicamente, el Generalísimo Máximo Gómez. Y Wood impuso también, como primer presidente de Cuba, a Tomás Estrada Palma. Ese fue —nada menos que ése— nuestro estreno en la vida republicana.

Aún recuerdan, estremecidos, el 20 de mayo de 1902, los testigos sobrevivientes. Júbilo análogo jamás lo vivió nuestro pueblo. Flotaba nuestra bandera en lo alto. Wood fue despedido por una sinfonía de vítores y una procesión de pañuelos. Estrada Palma asumía la presidencia de la república entre clamores, laureles y lágrimas. Pero, el cubano quedaba reducido, de nuevo, a la condición de paria en su propia tierra. Nada de lo que hubiera podido hacerle libre y feliz era suyo. Las fuentes de producción, el comercio, la banca, la moneda, la industria y la tierra seguirían siendo extranjeras. Se inauguraba, en suma, un nuevo ciclo de dominación colonial, que haría de Cuba presa fácil de negociantes y *politicians* del poderoso vecino y cornucopia de manengues, camajanes y mercaderes. «El suelo —había previsto Martí— es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás». Nada valió la palabra fustigadora y profética de Manuel Sanguily oponiéndose al Tratado de Reciprocidad con los Estados Unidos y, mucho me-

nos, su proyecto de ley, que ni siquiera fue discutido, prohibiendo la enajenación de nuestras tierras y nuestros bienes raíces.

La frustración de los objetivos cardinales de la Revolución de 1895 venía ya dada, pues, en el desenlace impuesto por el gobierno de Estados Unidos al interferir en su desarrollo y suplantar en su rectoría a la república en armas. «El naciente Estado —precisa Entralgo— tuvo que decir sus primeras balbucencias con una soberanía en tutela o en curatela». «Esa será —concluye— la trayectoria que desde las alturas políticas se ve obligada a recorrer la sociedad cubana entre 1898 y 1933». La factoría, con todos sus vicios y secuelas, volvería, por sus fueros, con los atributos y arreos de una república democrática, formalmente perfecta a la ingenua luz de un texto de cívica.

La república factoril —grotesco remedo de la verdadera, pesadilla espantosa de los cubanos honrados, abominable reiteración de la colonia española, máscara hipócrita de apetitos primarios, feudo propicio para la simulación, el parasitismo y la farsa— desconoció al negro, al guajiro y al obrero; transformó el poder público en patrimonio privado; convirtió los partidos políticos en agencias de colocaciones e hizo del sufragio un mero expediente para sustituir, al compás de la brava, el cambiazo o el revolico, un equipo de aprovechados por otro. Y todos, moderados y liberales, conservadores y populares, absolutamente todos, eran uno y lo mismo, sin perjuicio de aludirse, engoladamente, a diario, al programa de la revolución emancipadora y a la sagrada huesa de los caídos. El fulanista y el muñecón, el tribuno de pacotilla y el plumífero a paga se sentía en la gloria. Y, mientras los ingenios producían ríos de azúcar y montañas de oro y la capital rastacuera se ufanaba de su externa incorporación al ritmo de la vida contemporánea, los entendimientos más altos y los espíritus más sensibles se replegaban, en un gesto de asco y reniego, en el ostracismo voluntario y en los gabinetes tapiados de libros. En la pública estima, un *bidet* llegó a ser más apreciado que un poema de Heredia, un lienzo de Romañach o una danza de White. Y, aunque ahora lo soslaye y omita, de todo eso fue testigo y actor Ramón Vasconcelos.

Difícil resultaría pintar un cuadro más lúgubre que el ofrecido por el proceso republicano hasta 1924. La única pincelada de luz, lo único que se salva del creciente avance de sombras, es el incipiente movimiento obrero, la disconformidad desorientaba del

pueblo, la pureza inmaculada de algunos próceres y el primer período presidencial de Estrada Palma. Se hizo cargo éste de un tesoro exhausto y dejó ahorrados \$26 000 000. Nunca tuvo la república supeditada administrador más eficiente y honesto. Realizó verdaderos prodigios con un presupuesto de \$18 000 000. Vetó la ley restableciendo la lotería y se opuso, tenazmente, a la lidia de gallos. La mortalidad, de 75 por mil, descendió al 13 por mil. Fue aquélla, sin duda, la hora áurea de la sanidad cubana. Construyó 328 kilómetros de carreteras. Mantuvo reducido el ejército a 3 000 soldados. Impulsó la enseñanza y fomentó la inmigración cualificada. Pero, concedió 519 indultos y fue siempre solícito servidor de los intereses norteamericanos.

Lo que vino después, Vasconcelos lo sabe mejor que yo. Estrada Palma, comido por la ambición y azuzado por sus adictos, se lanzó imprudentemente a la aventura reeleccionista, cometiendo toda clase de atropellos y fraudes que dieron por fruto la insurrección de agosto de 1906. Y prefirió, antes que avenirse a una solución cubana con el Partido Liberal, entregar nuestros destinos a un nuevo procónsul, que abriría, descocadamente, las esclusas de la venalidad y del despilfarro y sumiría la isla en un pantanoso relente. Magoon dispendió, en unos meses, los millones economizados por Tomás Estrada Palma; en dos años derrochó \$83 000 000. Elevó el presupuesto a \$28 000 000, aumentó el ejército a 5 000 soldados, concedió 1 400 indultos, creó la botella y construyó 600 kilómetros de carreteras, con márgenes tan jugosos para contratistas, ingenieros y funcionarios, que muchos se enriquecieron de la noche a la mañana.

José Miguel Gómez, presidente electo en 1909, fue uno de los más aventajados discípulos de Magoon. Legalizó la lidia de gallos y restableció la lotería. A partir de ese instante, el poder legislativo quedó al arbitrio del favor palatino y la compra de votos fue el arma más poderosa de los partidos políticos. Ganancias enormes se amasaron, impunemente, al socaire de la concesión del Drago y el canje del Arsenal por Villanueva. Aumentó el ejército. Concedió 1 800 indultos. «En su época —anota Carlos M. Trelles— se inicia la república fastuosa y la era de los presidentes millonarios o multimillonarios». Su *slogan* electoral no pudo ser más impúdico: «Tiburón se baña, pero salpica». Y, como nunca se las diera de apóstol, al revés de otros que se encasquetan el sayo para embaucar a los tontos, se hacía acompañar, en sus excursiones políticas, de un simbólico escualo. Ni que decir tiene que Mario García Menocal y

Alfredo Zayas lo imitaron en todo y en todo lo superaron. Traficaron con la guerra, la soberanía y la voluntad popular.

Con lo dicho, sin embargo, no basta. Véase ahora, con la elocuencia irrefutable de las cifras, lo que Fernando Ortiz denomina expresión métrica de la decadencia cubana. En 1900, el «16 por ciento de la población cubana estaba matriculada en las escuelas». En 1924, sólo estaba matriculado el 9 por ciento. Baste consignar que en 1919 —desmienta Vasconcelos, si puede, el censo de población de esa fecha— el 54 por ciento de los cubanos no sabía leer ni escribir. En 1919, de «un total de 234 000 escolares, sólo 71 terminaron sus estudios, o sea, el 0.30 por ciento».²³ Parejo proceso se contempla en la segunda enseñanza. Y, la Universidad misma, está corroída hasta el tuétano por la incapacidad, el atraso, el favoritismo, el fraude y la indisciplina. No puede ser más profunda la crisis que afronta la enseñanza secundaria, ni más grave la amenaza que se cierne sobre la alta cultura. «Si continuáramos en ese estado de decadencia escolar y la próxima generación creciera tan impreparada como la que ahora llega —escribe Ortiz—, nuestras libertades carecerían en el futuro de su más firme sostén, el de la civilización, y Cuba vendría a ser como un gran batey en una empresa, que entonces no sería nuestra, y los cubanos no podríamos ser en el suelo que un día habría sido rico y solariego fundo de nuestros padres, sino humildes oficinistas o simples cortadores de caña ajena. Si la instrucción primaria es deficiente, la secundaria y la superior están en ruinas o carecen de la trascendencia educativa que Cuba requiere. La Universidad ha mostrado, no ha mucho, hasta donde llegan sus dolencias, hasta la indisciplina de profesores que no quieren o no saben cumplir sus altos deberes, y hasta la impotencia real de hacerlos cumplir, a que han llegado las autoridades académicas y gubernativas».

¡Y todo eso ocurría, Vasconcelos, sin que aún hubieran irrumpido, a hacer de las suyas, los bonchistas de Jaime Mariné y los pandilleros de hoy!

Si la pulcra administración de la justicia es la base misma de la convivencia civilizada, hay que convenir en que la república estuvo

²³ Por la redacción, podrían malinterpretarse las cifras. De las estadísticas sobre la matrícula oficial en escuelas públicas recogidas en el *Censo de la República de Cuba de 1919* (Maza, Arroyo, y Caso, S en C, La Habana, cap. VI, p. 240), deducimos que Roa se refiere a que, de la cifra total de matriculados en los diversos grados ese año, sólo 71 cursaban el 8^o grado, término de los estudios secundarios. (N. del E.)

a punto de retornar a la selva. Estafa, hurto, robo, malversación, estrupo, raptó, parricidio, asesinato, suicidio, disparos de armas de fuego: no hubo artículo del código penal que no fuera infringido en masa. «En los primeros veinte años de nuestra existencia republicana —apunta Ortiz—, se otorgaron dieciséis leyes de amnistía, en las que, fuera de los pocos casos justificables de delincuencia política, han sido beneficiados criminales de toda especie, no pocos de los cuales han podido así ocupar cargos públicos».

El indulto funcionó, a toda máquina, desde 1902 hasta 1924. Estrada Palma concedió un promedio mensual de 6; Magoon, de 46; Gómez, de 29; Menocal, de 30; y Zayas, de 33. El 20 por ciento de los candidatos postulados por los partidos políticos en las elecciones parciales de 1922 tenía antecedentes penales.

Vasconcelos se asombra de que muchos titulados revolucionarios de ahora le den punto y raya a Al Capone. En tiempos en que las responsabilidades del poder estaban en manos de su generación, más de una vez hubo que desarmar la policía de La Habana por estar integrada, en su mayoría, por delincuentes de oficio indultados por el presidente de la república. ¿Y qué decir de la «privilegiada impunidad contra la justicia» que fue en la república anterior a 1933 la inmunidad parlamentaria? ¿Y qué de las cárceles y prisiones, verdaderos «seminarios del crimen»? ¿Puede extrañarse Vasconcelos de que los descarriados de nuestra generación hayan heredado, de la suya, esa «conciencia pública de la impunidad» que soy el primero en repudiar y combatir?

En veinte años, los dirigentes de la república factoril remacharon, sin remordimientos ni escrúpulos, el férreo dogal de nuestra servidumbre económica: las tres cuartas partes del suelo laborable, el 75 por ciento de la industria azucarera, los servicios públicos, las instalaciones portuarias, el gran comercio de importación, muchos títulos del Estado y los principales renglones de la actividad mercantil quedaron en poder del capitalismo extranjero. En veinte años, se contrataron ocho empréstitos por valor de \$160 000 000 y se gastaron \$1 000 000 000.

Esa es, en síntesis, la historia que pretendió borrar Vasconcelos. Y, como de profesor a profesor no va nada —en su mocedad rebelde Vasconcelos fue maestro—, aquí está el cuestionario.

¿Qué recibió el pueblo cubano, en progreso material y espiritual, de esos empréstitos leoninos y de esos dispendios principescos? ¿Cuántas carreteras se construyeron? ¿Se hizo algo efectivo

por el arte, la cultura y la ciencia? ¿Cuántas escuelas rurales y de artes y oficios se edificaron? ¿Cuántos centros de investigación científica se fundaron? ¿Se alojó acaso en sitio apropiado al Museo, la Biblioteca Nacional, la Sociedad Económica de Amigos del País, la Academia de Ciencias Físicas y Naturales, la Escuela de Pintura y Escultura, la Sociedad Geográfica de Cuba y la Academia de la Historia? ¿Cuántos hospitales se fabricaron con esa suma fantástica? ¿Se intentó siquiera publicar una edición oficial de las obras completas de José Martí, como homenaje de la república a su genio y su holocausto? ¿Se incluyó alguna vez en los planes de estudios del bachillerato y de las carreras universitarias el conocimiento obligatorio de la historia y la literatura cubanas? ¿Cuántos proyectos se presentaron en el Congreso para reformar el régimen feudal de la tierra, el sistema fiscal, los aranceles de aduanas, la organización financiera, la administración pública, la enseñanza primaria, secundaria y superior? ¿Qué medidas se pusieron en práctica para modificar la relación de esclavitud en el régimen jurídico del trabajo, suprimir el latifundio, diversificar los cultivos, propender al desarrollo industrial, suministrarle al guajiro semillas y aperos, y garantizarle al negro preterido y explotado la plena paridad a que le hacía acreedor su condición de persona y su valiosísimo aporte a la independencia y a la cultura? ¿No fueron vilmente asesinados centenares de negros en la llamada guerra racista? ¿Quién se ocupó nunca de las provincias, como no fuera demagógicamente en vísperas de comicios? ¿Dónde están, que no los veo, los caminos, puentes, regadíos, acueductos y repartos de tierra legados a nuestra generación por las anteriores? ¿Dónde, Vasconcelos —dígamelo pronto, por favor, que yo soy bastante impaciente y curioso—, las inquietudes trascendentales, las concepciones metafísicas y las obras maestras de los chambelones, del Mayoral que viene sonando el cuero y de los cuatro gatos? ¿Tuvieron, en rigor, repercusión alguna en el plano universal de las ideas? ¿No le parece ya obvia la razón patética del «yo no tumbo caña, que la tumba el viento»?

Esos son nuestros cargos. Y, esas, las responsabilidades de la república que nos resistimos a admitir como norma, paradigma o modelo: la república que pintó de mano maestra Carlos Loveira, que satirizó acerbamente José Antonio Ramos, que fustigó Manuel Sanguily y combatió Enrique José Varona. La república, en fin, en que se gobernó en nombre del pueblo, contra el pueblo y

en beneficio exclusivo de los mangoneadores que la rigieron. El machadato representaría el apogeo de ese proceso de franca desintegración nacional. El cuadro se tornará entonces dantesco.

Pero ya había sonado en la colina universitaria, augurando el remanso después de la tormenta, el clarín de la juventud llamando a la lucha por la república verdadera. Y ya Rubén Martínez Villena proclamaba, en versos restallantes, la necesidad de

*(...) una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones,
para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje.*

III. La regeneración degenerada

El machadato es la culminación y síntesis de la frustración de la república y de la sobrevivencia de la colonia. Ambas quedan crudamente exhibidas al sangriento crepitar de ese período tenebroso. Vasconcelos no suscribiría, desde luego, este juicio. «La obra administrativa y política de los primeros cuatro años de Machado —afirma paladinamente en su bosquejo “Diez presidentes distintos y una sola república verdadera”— no tiene precedentes por lo renovadora, patriótica y eficaz». Mucho más cauto se muestra en el artículo que provoca esta réplica. Impugna los pecados y errores de su gobierno, afirma que la reelección ni la prórroga pueden justificarse, concluye que Machado debió haberse ido al terminar su período, o antes, si el país lo proclamaba; pero se pronuncia, abiertamente, en favor de la política económica de la tiranía, por entender que iba enderezada a promover la liberación económica de nuestro pueblo.

Juzgo absolutamente falso este punto de vista. Entre las consideraciones y cálculos de Machado jamás entró, como veremos, propósito alguno de redimir la economía cubana del yugo extranjero; lo que hizo, por el contrario, fue uncirla aún [más] de lo que ya estaba. Y veremos también en qué consistió la obra administrativa y política de Machado en sus primeros cuatro años de gobierno.

En los albores de su campaña presidencial, Gerardo Machado tuvo el atrevimiento de visitar a Manuel Sanguily, pretendiendo ganar su adhesión y concurso. Breve y tajante fue la entrevista. Ni siquiera le dejaría Sanguily insinuarle el objeto. Y finalizó, abruptamente, de esta guisa:

—¿Reformar la Constitución? ¿Y por qué? ¿Cómo puede saberse si es buena o es mala cuando jamás se ha cumplido y siempre se ha violado? No. La Constitución de 1901 es virgen y mártir. Cumplirla y no reformarla: he ahí su deber.

Y, volviéndose a los que le rodeaban, lanzó esta trágica profecía:

—Si este hombre llega a ser presidente, ensangrienta la isla.

Gerardo Machado asumió la presidencia de la república el 20 de mayo de 1925. Venía a regenerar el país y a dotarlo de «agua, caminos y escuelas». Su programa electoral, pregonado a bombo y platillo, galvanizó la fe moribunda del pueblo cubano, ya harto de la falsía, incapacidad y codicia de sus gobernantes.

Jamás canto de sirena alguno suscitó más ingenua y ferviente acogida. Jamás se organizó un escamoteo de la credulidad popular con tamaña impudicia. Machado juraba solemnemente, a sabiendas de que mentía, no ir a la reelección, suprimir la Enmienda Platt, no contratar empréstitos extranjeros, concertar un nuevo tratado comercial con los Estados Unidos, moralizar la administración, adecentar las costumbres, reformar el poder judicial y las leyes, renovar la enseñanza primaria, respetar la autonomía universitaria, mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, levantar el nivel económico del guajiro, establecer juntas de arbitraje para resolver las huelgas, suprimir la lotería nacional, atender la salubridad pública, afianzar la libertad, robustecer las instituciones democráticas y «convertir a Cuba en la Suiza de América». Nada más. Nada menos. Adviértase, sin embargo, que dejaba enteramente de lado la diversificación de cultivos, el rescate de la tierra, la disolución del latifundio, el crédito agrícola, la banca nacional y el fomento de la industria nativa. Su demagogia se detuvo siempre ante la estructura colonial del país. Siervo del imperialismo, sólo dejaría de serlo al ser echado por éste, como gastado instrumento, el 12 de agosto de 1933.

Merece, en verdad, subrayarse. Ni por su patriotismo postizo, ni por su turbia ejecutoria política, ni por su temperamento despótico, ni por su montaraz ignorancia, ni por su vanidad patológica, debió Machado obtener la confianza del electorado cubano. No se paró mientes siquiera en los medios espurios que empleara Machado para suplantar a Carlos Mendieta en la postulación liberal. Vivida lumbrarada podría proyectar sobre este oscuro episodio Ramón Vasconcelos. Ni apenas caso se hizo de las trescientas

colecturías, de las tres Secretarías y de los cuatro escaños en el Senado que, a cambio de su apoyo, Machado pactara con Zayas, fungiendo de comprador Laureano Falla Gutiérrez, y de cobrador, su yerno Viriato. Esta candidez popular da la más exacta medida del fracaso de la república como escuela de ciudadanía. El endiosamiento, el cipayismo y la guataquería iban a encontrar el surco pródicamente abonado en el rudimentario desarrollo de la conciencia pública. No cabe ya duda. La insólita glorificación de Machado fue la transferencia inconsciente de un agudo complejo de inferioridad colectiva.

Si alguien supo siempre a dónde enfilaba la proa y lo que quería, fueron Gerardo Machado y su ducha y audaz camarilla. «Ninguna huelga durará más de un cuarto de hora bajo mi gobierno», había afirmado jupiterinamente en New York, ante un jubiloso auditorio de banqueros y *politicians*. «Es necesario que el ejército sepa —dijo en el banquete que le fuera ofrecido por las fuerzas armadas— que es la institución que más quiero; de ella surgió y en ella estoy y muchos jefes y oficiales serán ocupados por mí, para encauzar, por caminos de orden y disciplina, los distintos departamentos y servicios de la administración pública». «Cuba exige de todos —expresaría en su nombre Jesús María Barraqué— un gobierno de rigor». Y, como Clemente Vázquez Bello y Wilfredo Fernández, trama ya, mediante la supeditación del Congreso y de los partidos políticos —el cooperativismo no entrañaba otra cosa—, la reforma constitucional y la prórroga de poderes.

Carlos Miguel de Céspedes quedaría encargado de urdir los financiamientos y de llevar adelante, como contrapartida del gigantesco chanchullo, el capitolio, la carretera central y el ensanche y embellecimiento de La Habana. Los números de circo se confían a Rogerio Zayas Bazán. Se batiría, implacablemente, a los *souteneurs*, a las rameras, a los boliteros y a los cacos de subalternas agallas; pero la lotería, la ruleta y la prostitución de alcurnia procurarían divertimento y fortuna a sus conmitones y esbirros. Y, a la férrea centralización de poderes, al control de botellas y garrafones y a la adjudicación a testaferros y allegados de las subastas y contratos para suministros de material al Estado, se les denominará, pomposamente, honradez administrativa. Ese era, en síntesis, su verdadero programa, que auspician y respaldan, con proficuo rendimiento, Orestes Ferrara y su circunstancial adversario, Mario García Menocal.

No tardaría mucho la «regeneración» en enseñar sus afilados colmillos. A los tres meses justos de haber ascendido al poder, cae, alevosamente acribillado a balazos, el comandante Armando André, director del periódico *El Día*. Machado estaba ya en camino, sin duda, de «consagrarse a la libertad y de establecer definitivamente la patria cubana», como había prometido en pintoresco discurso. Una mañana, semanas después, las guásimas de Ciego de Ávila aparecían cuajadas de isleños ahorcados. El secuestro de un opulento hacendado le venía de perlas para aterrorizar la campiña. Se clausuran periódicos, se militariza la segunda enseñanza, se liquidan brutalmente las huelgas. Un silencio profundo —silencio de plomo— invade el ambiente. Sólo se escucha el humillante corear de los lacayos y el bronco alborozo del matarife enfatuado.

De súbito, se alza, viril y potente, un griterío de protesta que saca un instante de su embaucamiento a las masas. Ni «vagos», ni «jugadores», ni «comunistas», ni «políticos descontentos», son los que valerosamente se alzan, denunciando los crímenes y desmanes del gobierno. El griterío viene de la colina más empinada y discola de la urbe. Son estudiantes quienes se lanzan, quijotes-camente, a la brega. Machado había impuesto la reposición en sus cátedras a los profesores expulsados en 1923. El 25 de noviembre el problema hizo crisis. Julio Antonio Mella, que había sido arbitrariamente irradiado de la Universidad unos meses antes, retorna triunfante al viejo escenario de sus juveniles proezas.

La primera hornada de nuestra generación, sacudida ya por las inquietudes de la posguerra y violentamente turbada por la descomposición imperante y la cerrazón de horizontes, había intentado, en memorable estallido —expresión cubana de la insurgencia continental de la juventud iniciada en 1918 en Argentina—, transformar la obsoleta estructura académica de la Universidad y darle al país la nueva perspectiva política, económica, social y espiritual que demandaban los tiempos. A partir de ese momento, la problemática cubana queda planteada en términos antagónicos al tradicional fulanismo de moderados, liberales, conservadores y populares. Se inicia, con la vaguedad e inmadurez típicas de un pueblo sin economía propia, reducido socialmente a la servidumbre, sin preparación política y espiritualmente desorientado, una lucha por la liberación general del país que asume carácter inconfundible y singular estilo en el plano de las ideas, los objetivos y los métodos.

Mella, pionero indiscutido de esa lucha, levanta su oratoria encrespada y sonora ante una vibrante multitud estudiantil. Recuerda, precisa, advierte. Desde su revista *Juventud* había augurado los días de dolor y sangre que aguardaban a Cuba bajo la égida de Machado, a quien calificó, certeramente, de Mussolini tropical. Esa propia tarde, sería detenido y procesado, con exclusión de fianza, como supuesto inductor de un atentado terrorista en el teatro Payret. Y, como protesta, se declara en huelga de alimentos.

El pueblo entero se puso, vigilante y erguido, junto al lecho del heroico revolucionario, demandando del gobierno su excarcelación inmediata. Rubén Martínez Villena fue el abogado de Mella. Gustavo Aldereguía, su médico. La juventud universitaria, su guardia de honor. La campaña por la libertad de Mella trascendía ya nuestras costas. Fue precisamente, en esa sazón, que Ramón Vasconcelos exaltó la máscara gallardía del gran luchador. Y, es de entonces también, el cintarazo de fuego de Rubén Martínez Villena, cruzado por éste en el propio rostro de Gerardo Machado ante la estupefacción de Barraqué y Muñiz Vergara:

—Es un salvaje, un animal, una bestia... ¡Un asno! ¡Un asno con garras!

Mella fue puesto en libertad tras esa tumultuosa entrevista. Y, pocos días después, amenazado de muerte, se vio compelido a salir clandestinamente de su patria; aun desde lejos, su verbo candente seguiría castigando sin tregua a la tiranía.

Machado no perdió prenda. Disolvió la Asamblea Universitaria y la Federación de Estudiantes y derogó la autonomía universitaria. Traído subrepticamente al Aula Magna por un grupo de estudiantes traidores, juró, profanando las cenizas del padre Varela, que volvería a aquel recinto, al transcurrir los cuatro años de su gobierno, para mostrarle a la juventud «una Universidad modelo en una patria feliz». Volvería, mucho antes, para recibir el doctorado honoris causa en Derecho, proclamándose partidario del fascismo italiano y émulo criollo de Primo de Rivera. Esos guiños de inteligencia, entre el «general de alquiler» y el «general degenerado», se traducirían pronto en pareja persecución a la juventud, a la cultura y a la Universidad. Y, por eso también en Cuba como en España, la Universidad, por lo que significa y representa y por ser la primera institución agredida, sería el baluarte de la disconformidad popular y el símbolo de la dignidad nacional.

«¿Cuándo empezó la protesta, cuándo empezó la rebeldía?», se pregunta Ramón Vasconcelos. He ahí la respuesta: en 1925. Y todavía al año siguiente, en que tiene ocurrencia lo dicho, el precio del azúcar anda por las nubes. Sin necesidad del «cero punto y fracción de centavo», sin necesidad de la pavorosa crisis que afrontará el capitalismo a partir de 1929, Machado persigue, sojuzga, encarcela, mata y roba. La responsabilidad histórica de Machado estriba —admítalo o no Vasconcelos— en haber apurado, hasta sus últimas consecuencias, en una coyuntura decisiva de la historia mundial, la frustración de la república y la sobrevivencia de la colonia.

¿Machado, nacionalista? ¿Machado, apóstol de nuestra liberación económica? ¿Machado, revolucionario?

La política proteccionista de Machado ni es de Machado, ni en rigor es proteccionista. En 1921, el gobierno de Estados Unidos eleva los derechos de importación al azúcar cubano, de 1,0048 a 1,60 centavos por libra. La tarifa Fordney McCumber los aumenta, en septiembre de 1922, a 1,7648 centavos. Y, en 1930, a 2,00 centavos, la tarifa Hawley-Smooth. La resultante de estos sucesivos aumentos es la caída de la exportación del azúcar, desde 3 643 121 toneladas en 1929, hasta 1 396 119 en 1933. El precio del azúcar declina, parejamente, hasta caer por debajo de un centavo. En 1932, llega a 0,57, y en 1933, a 0,53. En el mismo período, y como consecuencia de la política proteccionista norteamericana, Filipinas aumenta su exportación de azúcar a Estados Unidos, libre de derechos, de 324 000 toneladas en 1924, a 1 141 000 en 1938; Hawai, de 608 000 en 1924, a 985 500 en 1935. Puerto Rico duplica sus cifras en el propio interregno.

El gobierno de Machado no tenía, evidentemente, otra salida, frente a la feroz guerra arancelaria que caracteriza la época, que aumentar los derechos a los productos de importación. La medida, en realidad, era innecesaria. En la misma proporción en que Estados Unidos elevaba las tarifas y en que declinaban los precios, se iba reduciendo la capacidad adquisitiva de Cuba en el mercado norteamericano. Henry A. Wallace ha demostrado, de manera indubitable, cómo la política proteccionista de su país nos conducía, conjuntamente, al desastre.

Pero hay que señalar, además, en la política económica de Machado, un aspecto que los machadistas callan. La reducción vertical de nuestra capacidad de compra en el mercado yanqui

determina, imperiosamente, la necesidad de incrementar la producción nacional. No era, sin embargo, la situación de miseria reinante la más apropiada para estimular las inversiones. La camarilla palaciega, enriquecida con el plan de obras públicas y el saqueo sistemático del tesoro público, era la única económicamente apta para acometer la empresa. Surgen fábricas de cemento y de pintura. Se amplía y desarrolla el renglón del calzado. Mejoran las ganaderías vacuna y porcina, la cría de aves y el consumo de huevos del país. La industria de los derivados de la leche —mantequilla, queso, leche evaporada o condensada— cobra un fuerte impulso. Se empieza a consumir manteca de puerco cubana y a elaborar aceites vegetales.

¿Podría decirme Ramón Vasconcelos cuántos de esos negocios no eran del propio Machado o de los machadistas más destacados, que aprovechaban así en su personal beneficio las condiciones de extrema penuria en que malvivía el pueblo cubano? ¿Querría explicarme Vasconcelos por qué, a este período de incremento en la producción nacional, correspondió, paradójicamente, la más espantosa miseria de que se tiene data desde la reconcentración de Weyler? ¿Es ésa la liberación económica de que se hace lenguas Ramón Vasconcelos? ¿No se desmoronaría estruendosamente esa edificación de barro al cambiar la política comercial de Estados Unidos en virtud del advenimiento de Roosevelt a la presidencia de la república? ¿Qué posibilidades de pervivencia podía tener el proteccionismo machadista dentro del régimen de relaciones económicas a que Cuba está enfeudada? ¿No hubo necesidad de arrojarlo por la borda para salvar la industria azucarera de 1934, amenazada de mortal catástrofe? ¿Se lamenta todavía alguien de ese «sacrificio» ineludible? ¿No se salvó la posibilidad siquiera de vender nuestro azúcar a cuota fija y a precios miserables, sacrificando, en cambio, las «conquistas económicas» de la era machadista, que jamás dieron de comer al pueblo?

No defiendo, ni puedo defender sin negarme a mí mismo, el Tratado de Reciprocidad Comercial suscrito en 1934. Bajo Batista, como bajo Machado, las soluciones económicas fundamentales venían impuestas desde arriba, según la conveniencia y el rumbo de la política norteamericana.

Si Menocal y Zayas intentaron antes que Machado prorrogarse el mandato, el proyecto de vertebrar la isla por una carretera

central afloró en diciembre de 1924. Una compañía, presidida por Domingo Méndez Capote, la Cuban-American Construction Co., ofrecía construirla sin necesidad de apelar a la banca extranjera; pero Machado, que andaba ya madurando con Carlos Miguel de Céspedes un fabuloso *affaire*, se opuso enérgicamente al proyecto, so pretexto de que estaba incluido en sus planes. El 15 de julio de 1925, en efecto, el Congreso votaría la Ley de obras públicas, disponiéndose en ella el dragado de puertos, la pavimentación y el alcantarillado de ciudades y pueblos, y la construcción de la carretera central, el capitolio, casas-escuelas, hospitales y acueductos.

Ni que decir tiene que Machado se apresuró a declarar que llevaría a cabo este plan con ejemplar pulcritud y sin recurrir a la ayuda norteamericana. La inclusión cada año en el presupuesto de \$5 000 000, para el Fondo Especial de Obras Públicas, y una red agobiadora de nuevos impuestos, ya aprobados por el Congreso, bastarían para sufragar las cuantiosas erogaciones. No está de más añadir que las facultades atribuidas a Machado por la Ley de obras públicas anulaban, prácticamente, las prerrogativas del parlamento. Se inauguraba el sistema de gobernar por decreto. Y Vasconcelos sabe, acaso mejor que yo, que el 19 de febrero de 1927, no obstante prohibirlo expresamente la Ley de obras públicas, Machado entregaba el financiamiento de la cacareada empresa al Chase National Bank y su ejecución a una compañía de dudosa solvencia, la Warren Brothers.

Si Vasconcelos quiere ahora dar de lado a lo que le costó a nuestro pueblo en hambre, indigencia, esclavitud y sangre el capitolio y la carretera central, es cosa suya y allá él con sus cosas. Nada más instructivo, en punto a los enjuagues, negocios y martingalas realizados al socaire del plan de obras públicas, que las actas de la comisión investigadora, designada por el Comité de Banca y Moneda, del Senado de Estados Unidos, para conocer de las actividades y prácticas de los banqueros americanos y de sus conexiones económicas con los políticos cubanos. Es una página bochornosa. ¡Y todavía andan sueltos y orondos, y más de uno dándose golpes en el pecho, sus inverecundos beneficiarios!

Aplastada la rebeldía estudiantil, dueño absoluto de vida y hacienda, el gobierno de Machado empezó a mover la maquinaria, ya preparada, de la reforma constitucional y la prórroga de poderes. La regeneración degenerada plantearía una coyuntura de fuerza que sólo por la fuerza podría resolverse.

IV. La generación inmolada

Ocurrió en las postrimerías del gobierno de Zayas. Gerardo Machado comentaba, con sus íntimos, las condiciones caóticas en que recibía la administración pública y la atmósfera de libertinaje imperante en el país. Alguien alude, de súbito, a la creciente insubordinación de estudiantes, periodistas y obreros. Machado riposta, con impúdica sonrisa, que el soborno, en sus manos, es un arma irresistible. Su interlocutor no se da por satisfecho. «No olvide, general —arguye—, que entre los estudiantes, periodistas y obreros puede haber líderes sobornables; pero los hay, también, con bastante entereza para resistir las tentaciones del soborno». «A esos —responde, ya descompuesto, Machado—, los desaparezco».

Nunca he creído mucho en el valor de la anécdota para caracterizar las situaciones históricas. No cabe duda, sin embargo, que la referida constituye excepción. Machado cumpliría su amenaza al pie de la letra. La supresión física de estudiantes, periodistas y obreros infunde a su régimen el torvo perfil de la «mayordomía espantada de Veintemilla» o de la «hacienda sangrienta de Rosas». Antes que él, ya otros habían apelado al abominable expediente del asesinato político. Sólo a partir de él, se instaura el terror como esencia del poder. La antinomia amigo-enemigo es la clave de su sadismo político. Acordes, Vasconcelos, en que «el cero punto y fracción de centavos» fue el principal combustible de la revolución emancipadora y de la revolución antimachadista. Acordes, por ende, en «que lo económico prima sobre lo social, lo social prima sobre lo político, lo político, a su vez, prima sobre lo económico». Pero, ahí queda, más allá de lo que fue circunstancia, más allá del «balance», del «platillo» y del «primado», más allá incluso de la dialéctica de la historia, la predisposición de Machado para el ejercicio del crimen, su conciencia atrofiada, su estilo brutal, su paranoia incurable, su voracidad incoercible, su sensualidad senil, su espíritu crapuloso. Queda lo que Vasconcelos intenta eludir vanamente. Queda, en suma, Gerardo Machado. Los que ahora se han puesto a ensalzar, póstumamente, sus «virtudes» y a empequeñecer sus crímenes, o hablan por boca de ganso o mientan a sabiendas.

Si alguien puede personificar en nuestras tierras infortunadas el concepto patrimonial del poder, es, sin duda, Gerardo Macha-

do. No le aventajaron en el uso, abuso y disfrute romano de aquél ni Porfirio Díaz, ni Manuel Estrada Cabrera, ni Juan Vicente Gómez, ni Augusto B. Leguía. Le sobrepasó, únicamente, Rafael Leónidas Trujillo, lepra de América y náusea del mundo. Admítalo ya Vasconcelos. Tirano Banderas encarna en Gerardo Machado. No en balde don Ramón María del Valle Inclán se apresuró a clavarle públicamente el dardo de su desprecio.

¿Conoce Vasconcelos duplicidad mayor que la de este moderno señor de horca y cuchillo? ¿Sabe, por ventura, de simulador más desorejado que este analfabeto ensoberbecido?

Machado había prometido, solemnemente, respetar la Constitución y la ley. Había jurado, ante todos los altares y ante todos los dioses, no ir a la reelección. Mas, apenas había traspuesto los umbrales del Palacio Presidencial, se vistió a sí mismo con el derecho omnímodo de vida y hacienda. Nada tiene, por eso, de extraño, que pretendiera perpetuarse en el cargo. Mucho antes de ser electo, ya andaba sigilosamente urdiendo la trama para reformar la Constitución y prorrogarse el mandato. Sus promesas y juramentos eran la pérfida máscara de su oculto y decidido propósito. El lobo se disfrazaba, una vez más, de cordero. La farsa llegó a ser tan perfecta que Clemente Vázquez Bello, Carlos Miguel de Céspedes y Rogerio Zayas Bazán se disputarían, encarnizadamente, de entrada, la sucesión presidencial.

De esa rivalidad irreductible, se serviría Machado, hábilmente dirigido por Wilfredo Fernández, el escéptico proveedor de los más cínicos artulugios. Ninguno estaba dispuesto, desde luego, a renunciar a su aspiración en favor de los otros; pero, los tres se avenían, gozosamente, a prorrogar a Machado y a prorrogarse ellos mismos. El cooperativismo había ganado su primera batalla y se aprestaba a llevar adelante el plan concebido.

No podían ser, en efecto, más propicias las circunstancias. La disconformidad estudiantil semejava estar definitivamente aplastada. El movimiento obrero, destruido y amilñado. Los asesinatos sucesivos de los líderes Enrique Varona, Santiago Esteban Brook, Alfredo López y Margarito Iglesias —escopeteados alevosamente los dos primeros, sepultados vivos en estiércol los dos últimos— desbrozaban el camino de obstáculos. Una parte de la prensa, vendida; amordazada la otra. Sólo se atrevían a desafiar el soborno y el plomo las revistas *Bohemia*, *La Semana*, *Karikato* y *Carteles*. Sólo rompían al croar de las ranas, ora un manifiesto

de la Liga Antiimperialista, ya un pronunciamiento de la Universidad Popular José Martí, bien una protesta del Partido Comunista, a la sazón casi diezmada su dirigencia. Carlos Mendieta rumiaba, al parecer resignadamente, en la soledad fructífera del central Cunagua, el amargo pasto de la derrota. Mario García Menocal y sus connilitones eran validos del régimen.

Los financiamientos en marcha, la paz social garantizada, sometido el colonato, la guajirada empavorecida, el salario a ras del suelo, el negro inferiorizado, resurrecto el garrote, la factoría a todo tren. El gobierno de Washington y la banca norteamericana palmoteaban de júbilo. No le iban en zaga los magnates criollos. El Ejecutivo y el Congreso funcionaban de consuno. Las fuerzas armadas, ahítas de mercedes, privilegios y honores. El azúcar estaba aún a buen precio. Las recaudaciones eran altas. La camarilla palaciega se enriquecía impunemente. Se iniciaba ya la construcción de la carretera central. La Habana, ensanchada y embellecida por Carlos Miguel de Céspedes, era, además, la «ciudad más limpia del orbe».

Ningún escenario más apropiado, en verdad, para montar la tragicomedia de la regeneración degenerada. El 29 de marzo de 1927 la Cámara de Representantes aprobaba, con ocho votos en contra, la reforma constitucional y la prórroga de poderes. Se alzaba el telón entre el aplauso de los paniaguados y el clamor servil de los guatacas. Los periódicos, en su casi totalidad, sahumaban incienso en loor del Egregio.

Horas más tarde el gozo se le iría al pozo a Machado. Un formidable griterío sacudía la colina universitaria. Los estudiantes, reunidos en magna asamblea, acordaban protestar del «proyecto de prórroga de poderes, por considerarlo contrario a los más elementales principios democráticos». «Individuos que traicionan al pueblo extendiéndose ilegalmente su mandato —concluían— no son dignos de reformar la obra de aquellos ilustres constituyentes que, inspirados en el santo ideal del patriotismo, hicieron suya la frase del maestro: la patria es ara y no pedestal».

Dramático instante aquél en que la juventud universitaria decidió hacer depositario de su protesta a Enrique José Varona. Y allá nos encaminamos en corajudo y compacto tropel; pero, la policía nos sale al encuentro y, tras implacable toleteo, consiguió escindir la manifestación en dos grupos. Sólo uno lograría penetrar en casa de Varona. En el fragante jardincillo, nos aguardaba el maestro. Nos saludó con emoción sofrenada:

—¡Muchachos! ¡Mis muchachos!

Terminábamos apenas la lectura de nuestro manifiesto cuando la policía, con su jefe al frente, irrumpió en el lugar, maltrató de obra y de palabra a Varona, repartió palos a voleo y destrozó el mobiliario de la sala. Algunos rodeamos a Varona, tratando de protegerle. El jefe de la policía se dirigió a él en forma descompuesta y profiriendo amenazas. El viejo maestro le replicó de esta guisa:

—¡Salga de aquí, miserable! ¡Usted ha hecho, en plena república, lo que no se atrevió a hacer un capitán general de la colonia!

El brutal atentado se difundió como reguero de pólvora. Esa misma tarde, la Universidad fue asaltada por la policía, y esa misma noche recibía yo de las manos venerables del gran pensador unas líneas encendidas, exhortándonos a proseguir la lucha emprendida.

Al constituirse el Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de poderes, la lucha adquiere carácter organizado. El gobierno acusa a los estudiantes de estar instigados por políticos descontentos y por agitadores a sueldo de Moscú. Un reducido núcleo de intelectuales, encabezado por Rubén Martínez Villena, denuncia la maniobra y se solidariza con el movimiento. Los dirigentes estudiantiles dan pronto señales de incapacidad y tibieza. Son enseguida sustituidos por una aguerrida falange que pondría en jaque a la Universidad y al gobierno. «Esta juventud —advertirá su primer manifiesto— ni se vende ni claudica». Mella, en vibrante mensaje, envía su adhesión y su aliento.

Cunde la agitación por toda la isla. Mendieta y sus adictos retornan a la palestra. El Senado aprueba la prórroga. Se improvisan, cada día, numerosas tángran. La Universidad es clausurada y militarmente ocupada. Centenares de estudiantes son expulsados por orden de Machado, que trasmite al Rector, «sargento» Averhoff, el secretario de Instrucción Pública, general José B. Alemán. Varios intelectuales, algunos periodistas y numerosos obreros son reclusos arbitrariamente en la cárcel, acusados de comunistas. La revista revolucionaria *América Libre* y la Universidad Popular José Martí son suprimidas por decreto. Se desata la intimidación y el terror.

De repente, Machado se embarcó para Estados Unidos. Había decidido invitar personalmente —se dijo— al presidente Calvin Coolidge a la inauguración de la Sexta Conferencia Panamericana,

que se efectuaría en enero de 1928 en La Habana. Algunos ingenios creyeron que Machado aprovecharía la coyuntura para recabar la abolición de la Enmienda Platt y un mejor trato arancelario para el azúcar.

El objetivo fundamental de su inesperado viaje era obtener manos libres y respaldo abierto en punto a la prórroga. La prensa liberal yanqui acusó a Machado de dictador tropical y le enrostró sus crímenes y atropellos. Kellog saldría en su defensa. Machado era un demócrata insospechable. No permitía que la mala yerba del comunismo creciera en la isla. Salvaguardaba, como propios, los cuantiosos intereses norteamericanos en Cuba. Poseía una integridad a toda prueba. «Nosotros queremos expresarle —afirmaría descomedadamente Thomas A. Lamont, gerente de la casa J. P. Morgan— que no nos importa la forma, pero veríamos con mucho gusto que continuara en el poder tan buen administrador».

Machado retornaría aparentemente victorioso. Manos libres y respaldo abierto a sus ambiciones, a cambio de oficiar de verdugo del imperialismo yanqui. Se extendió una pasarela desde la Pila de Neptuno hasta el Palacio para recibirlo. Orestes Ferrara habló ante la multitud lacayuna que lo vitoreaba, proclamándolo presidente perpetuo. Machado se despidió de «su pueblo» con unas frases incoherentes, el acento bronco y el dedo mocho erizado de rayos. Varios días después recorrería la república, en viaje de propaganda, predicando «la necesidad de una larga cura de reposo político». Regresó abrumado de homenajes, condecoraciones y pergaminos. Ya está a la venta, en las librerías, la *Biología de la democracia*, de Alberto Lamar Schweyer. «Perdóname Martí, pero Machado te ha superado», diría un profesor universitario. «Dios en el Cielo y Machado en la Tierra», afirmará un arzobispo. «Los cuatro equivocados que combatíamos la prórroga —lamentábase Ramón Vasconcelos— estábamos ciegos. Estábamos completamente fuera de la realidad. El vidente ha sido el general Machado».

Pero la prórroga de dos años, aprobada por el Congreso, no podía contentar el apetito de poder de Machado. La Convención Constituyente, electa de dedo y presidida por Antonio Sánchez de Bustamante, se encargaría de satisfacerlo ampliamente. El artículo 115 de la Constitución de 1901 limitaba las atribuciones de la Convención a aprobar o rechazar la reforma votada por los cuerpos colegisladores. La Convención lo hizo trizas. Se suprimía la prórroga de Machado; pero, se le facultaba para reelegirse por

un período de seis años, que terminaría el 20 de mayo de 1935. Se suprimía la vicepresidencia; pero, se prorrogaban los mandatos a todos los que ocupaban cargos electivos, excepto al alcalde de La Habana.

Los «nacionalistas», acaudillados por Carlos Mendieta y Roberto Méndez Peñate, ponen el grito en el cielo. Interponen recursos de inconstitucionalidad en el Tribunal Supremo. El estudiantado se revuelve impotente en el cuartel universitario. Julio Antonio Mella denuncia el golpe de Estado en el periódico *Cuba Libre*, órgano de combate de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos, sita en México. Los estudiantes desterrados en New York y en París dejan oír su voz de condenación y esperanza. No se concretan ya a propugnar el puro y simple derrocamiento de la tiranía; plantean, a la par, la lucha contra la estructura colonial que la genera y el imperialismo que la apoya. La ola fascista en ascenso y la crisis económica en puertas, dilatan su perspectiva política y afinan su comprensión de la realidad cubana.

El 15 de enero llegaron a La Habana, en el acorazado Texas, el presidente Coolidge y la delegación norteamericana a la Sexta Conferencia Panamericana. Habían precedido, al imperial arribo, numerosos arrestos de líderes estudiantiles y obreros. Una comisión haitiana presidida por Dantés Bellegarde, que venía a protestar contra la ocupación militar norteamericana en la vecina república, fue detenida y expulsada. Dos militantes comunistas recluidos en La Cabaña, el español Claudio Bouzón y el polaco Noske Jalob, fueron lanzados al mar con sendos lingotes en los pies. Análogo fin tendría, semanas después, el revolucionario venezolano Francis Laguado Jaime. ¡Simples muestras de complacencia con el imperialismo yanqui y de solidaridad con Juan Vicente Gómez!

Con hipócritas peroratas de Coolidge y Machado, quedó inaugurada la conferencia. Se deshizo Coolidge en encomios a Cuba «independiente, libre, próspera y pacífica» y escaso le resultó el tiempo para protestar su amistad a nuestra América. Machado cantó, a todo pulmón, las excelencias del panamericanismo y las bienandanzas de la democracia. Pero a las plantas de ambos estaban, para desmentirlos rotundamente, la libertad decapitada y la sangre vertida.

No pudo ser más indigna la posición de Cuba en la conferencia. Orestes Ferrara se declaró paladín, en cumplimiento de

compromisos inconfesables, de la intervención norteamericana en los asuntos internos de nuestra América. Trece delegaciones, capitaneadas por Argentina, se pusieron frente a la nuestra. La controversia alcanzó tal tensión que hubo de transferirse para la Conferencia de Montevideo. «El papel de Cuba en la Conferencia Panamericana —escribe a la sazón Vasconcelos, poniendo el dedo sobre la llaga— ha sido el de un mayordomo, atento a los caprichos del señor. Pudo por lo menos Ferrara haber comprendido los pudores de Cuba, estrangulada por el corbatín de Wall Street, acogotada, sojuzgada».

Nuevos areópagos tienen por sede La Habana: el Séptimo Congreso de la Prensa Latina, la Segunda Conferencia de Emigración e Inmigración, la Conferencia Internacional de Universidades; pero, siguen el escopeteo, el atropello, el robo. Desaparecen dos aviadores. Muere a perdigonazos el coronel Blas Masó. Es victimado, en pleno día, Bartolomé Sagaró. Rafael Iturralde, secretario de Guerra y Marina, huye hacia Estados Unidos, acusado de conspirar contra el propio gobierno de que formaba parte. Machado, candidato único, resulta electo en las elecciones de 1928, concurriendo a las urnas menos del diez por ciento del electorado. El brazo medio comido de Claudio Bouzón es identificado por su esposa, en el vientre de un escualo. Se prohíbe la pesca del tiburón.

El 10 de enero de 1929 es abatido Julio Antonio Mella en Ciudad México, por escopeteros de Machado, en connivencia con el presidente Portes Gil y el embajador yanqui Morrow. De su pecho jadeante brotó, viril y magnífico, el grito inolvidable y terrible: «¡Machado me ha matado! ¡Muero por la revolución!» Días antes, agentes a sueldo de la tiranía, lo habían acusado de profanar la bandera cubana. Un cable de Mella, remitido a Sergio Carbó, la propia noche de su muerte, destruyó la vil especie. La protesta esta vez recorrió el mundo. Machado será, en lo adelante, el asesino sin fronteras. Mella seguía «siendo útil después de muerto».

El *crack* bancario de 1929, la tarifa azucarera Hawley-Smooth y la crisis económica mundial en desarrollo se traducen en Cuba, por obra del despilfarro, el saqueo del tesoro público y la falaz política arancelaria del gobierno, en una vertical caída del poder de compra del pueblo, de los ingresos fiscales, de las utilidades y de los salarios. El fantasma del hambre ronda ya la mayoría de los hogares cubanos. La bancarrota del Estado se hará pronto visible. El capitolio y la carretera central, presu-

puetados en \$3 000 000 y \$52 000 000 respectivamente, no bajarán de \$20 000 000 el primero, y de \$100 000 000 la segunda. Del impuesto especial de obras públicas, se han tomado \$15 000 000 para cubrir desniveles y ese desequilibrio ha sido, a su vez, cubierto por los ya desenmascarados financiamientos de la banca yanqui. En cuatro años y medio se han dispendiado, en el faraónico plan de obras públicas, \$200 000 000. Sobre las aguas cómplices de la bahía de La Habana flotan acusaciones definitivas. Desde el primero de noviembre de 1928 se ha quebrantado el ordenamiento jurídico de la república. Se gobierna de facto.

Pero hay quienes no quieren ver ni quieren oír. En el homenaje nacional ofrecido a Machado el 24 de febrero de 1930 por la Federación Médica de Cuba, el profesor universitario Ricardo Núñez Portuondo —hoy candidato presidencial del partido de Vasconcelos— resume, como sigue, la obra de un gobierno farsante, criminal y rapaz: «No hay revoluciones, existe tranquilidad absoluta en nuestros campos, no se indulta a los delincuentes, la prensa es respetuosa con el derecho de todos, no se votan leyes de amnistía por delitos comunes, nuestro Congreso cumple orgulloso con su deber y nos mostramos orgullosos de él, el poder judicial está perfectamente depurado, las obras públicas se hacen y se pagan, no hay epidemias, estamos al día en el pago de la deuda exterior, la Universidad perfectamente organizada celebra su bicentenario con representaciones de los otros altos centros docentes del mundo que concurren a nuestro país a mostrarle su admiración. Ahora somos libres e independientes por nuestras virtudes domésticas, y eso hay que abonárselo en su cuenta al actual presidente de la república, general Gerardo Machado y Morales».

Machado había dicho que no toleraría una huelga más de quince minutos. El 30 de marzo se paralizó nacionalmente el trabajo. Fue un impresionante despliegue de organización, disciplina y audacia, obra casi exclusiva del Partido Comunista. Rubén Martínez Villena, su heroico conductor, condenado a muerte por el gobierno, se vería compelido a abandonar el país. La radicalización creciente del movimiento obrero ejercerá influencia decisiva en el desarrollo ulterior del proceso revolucionario y, particularmente, en el estudiantado.

Con motivo de haberse declarado inconstitucional un decreto de Machado que prohibía los mítines durante la zafra, los «nacionalistas» iniciaron una campaña pública contra el gobierno. Una

inquieta muchedumbre se concentró en el Parque Central para escuchar a Carlos Mendieta, Roberto Méndez Peñate y Juan Gualberto Gómez. El mitin se desarrolló sin incidentes. A tiro limpio acabaría, en cambio, el efectuado en Artemisa algunos días más tarde, con un saldo de cuatro muertos y diecinueve heridos. Los «nacionalistas» inculparon al ejército de la masacre. Se incoa proceso en la Audiencia de Pinar del Río. En el sumario aparecen agravando la situación de Juan Gualberto Gómez, como antecedentes penales, sus conspiraciones y encarcelamientos durante la dominación española. Machado se hizo personalmente responsable de lo ocurrido.

Los «nacionalistas», que todo lo fiaban a Washington y al Tribunal Supremo, habían creído, cándidamente, que el nuevo embajador norteamericano Guggenheim desarrollaría una política favorable a sus aspiraciones. Nada parecía decirles la respuesta negativa del Congreso, en combinación con Machado, al mensaje de éste solicitando reformas electorales que permitieran la organización de nuevos partidos.

La chispa que incendiaría la isla de punta a punta, poniendo en pie de guerra la conciencia pública, será prendida por la juventud universitaria, como «baluarte que es de la libertad y su ejército más firme». En el otoño de 1930 un pequeño grupo de estudiantes, tras un detenido análisis de la situación nacional, concibió un plan de lucha enderezado a promover un levantamiento popular contra la tiranía. Nos brindaría el pretexto para iniciarla la resolución del Rector Martínez Prieto, posponiendo la apertura del curso académico, por indicación de Machado, hasta después de las elecciones parciales de noviembre. Se organizó el Directorio Estudiantil Universitario. Se establecieron contactos con los profesores antimachadistas y con núcleos obreros. La tángana, ya histórica, del 30 de septiembre comprendía los extremos siguientes: a) manifiesto al pueblo de Cuba; b) asamblea en el Patio de los Laureles contra la resolución del Rector y contra los crímenes, latrocinios y desafueros del gobierno; c) manifestación a casa de Enrique José Varona; d) rompimiento de hostilidades con la tiranía.

Agitadas y premonitorias fueron las vísperas de la memorable jornada. «Aquí hace falta una víctima», afirmó dramáticamente Rafael Trejo. Nuestra hora, sin duda, había llegado. La «generación desconsiderada» y «ególatra» estaba ya madura para la muer-

te. Lista para inmolarse. Dispuesta a todos los sacrificios, abnegaciones y heroísmos. ¡Cuántas primaveras tronchadas, cuántas vidas prematuramente rotas por un mañana luminoso y cordial que no sería nuestro!

La ciudad amaneció el 30 de septiembre cargada de inquietudes y de brumas. Movilizada la policía. Acuartelado el ejército. Policías, a pie y a caballo, circulaban frente a la Universidad en ademán provocativo. Hubo que variar el rumbo. Los conjurados, sin faltar uno, se concentraron, a la hora convenida, en el parque Alfaro.

—¡Muera Machado! ¡Abajo el imperialismo yanqui!

Un toque de clarín rompe el tumulto y enardece los pechos: es Félix Ernesto Alpízar. La manifestación se pone en marcha. No llevamos más armas que los puños de acero de Pepelín Leyva y de Pablo de la Torriente Brau. Llega la policía. Bofetadas. Disparos. Cae, gravemente herido, Pablo de la Torriente Brau. Se desploma, balaceado por la espalda, Rafael Trejo. Nuevos disparos. Sangre obrera se mezcla, simbólicamente, con sangre estudiantil. La manifestación, tras de inflamar la ciudad con sus anatemas, se dispersa bajo un copioso aguacero.

La «víctima necesaria», por irónico designio de las cosas, sería, precisamente, Rafael Trejo. Un pueblo entero lo acogería al caer en sus brazos y se pondría en tormentoso movimiento tras su cadáver.

La lucha irreconciliable con la república factoril daba comienzo. Se abría la primera gran etapa de un proceso inconcluso. Se reanudaba, a la altura del tiempo, en circunstancias diversas, la epopeya trunca de 1895. Se quería una Cuba distinta y un futuro mejor. Ese fue el santo y seña de la nueva generación. Ni con la francesa, ni con la rusa, ni con la española, tiene por qué cotejarse nuestra revolución. Vasconcelos ha olvidado que las revoluciones no se fabrican a capricho, ni se imitan a conveniencia, ni se les dicta su curso ulterior. Las revoluciones son productos históricos y responden a una determinada constelación de factores que condicionan sus formas de expresión, desarrollo, alcance y sentido. Nuestra revolución aspiró, pura y exclusivamente, a darle a Cuba su plenitud de destino, sin cerrarle las perspectivas a su ulterior desarrollo.

A la muerte de Trejo, la Universidad es clausurada. El 5 de octubre es descubierta y reprimida una conspiración militar

respaldada por los viejos caudillos. Los «nacionalistas» y elementos afines y colaterales van a representar, en la lucha contra el machadato, el punto de vista de la política tradicional. Son suspendidas las garantías constitucionales. Se establece oficialmente la censura de prensa. Tánganas y papelitos. Actos comunistas de calle. El Partido Comunista introducirá en la pugna la concepción marxista de clase, la fórmula política de un gobierno obrero y campesino y el concepto vigente de la liberación nacional y social. Es asesinado Lora Infante, director del periódico *La Voz de Oriente*. El profesorado universitario se adhiere al Directorio Estudiantil. Cae Abelardo Pacheco, director de *La Voz del Pueblo*.

Machado gestiona, por conducto de Carlos Miguel de Céspedes, un acercamiento con los estudiantes. Fracaso estruendoso. Y, como represalia, amortiza los sueldos de los profesores y clausura todos los planteles de enseñanza secundaria. Muchachas en flor pelean por la libertad en las calles. Fernando Ortiz demanda, en documento público, la renuncia de Machado. El 24 de diciembre se frustra una nueva conspiración militar. La persecución arrecia. Es asesinada Herminia Barbarrosa. Se organiza el Ala Izquierda Estudiantil. Su programa y sus objetivos corresponden a una clara perspectiva antiimperialista. El 3 de enero son detenidos numerosos dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario y varios miembros del Ala Izquierda Estudiantil. Nuestro inacabable peregrinaje por las cárceles y prisiones da comienzo.

Estalla una bomba en Palacio. Son asesinados, en el castillo de Atarés, Raúl Martín y José Domingo Machado y, brutalmente torturados, Panchito Díaz, Ramón Betancourt y José Agustín Borges. Se inauguran, pomposamente, el capitolio y la carretera central, a espaldas de un pueblo acosado y famélico. Las partidas de la porra, como perros de presa, desnudan mujeres, atropellan ancianos, mancillan hogares. Tánganas y papelitos. Mujeres a caballo y caudillos en *bloomers*. Los «nacionalistas» siguen fiando todavía en Washington y en el Tribunal Supremo. «No creo en el Supremo, no tengo fe en el Supremo —clamaría el general Peraza—; aquí se ha perdido y se está perdiendo un tiempo precioso».

La organización y el desate de una insurrección popular están a la orden del día. Se crea en New York la Junta Revolucionaria. Los esbirros de Hoover no le pierden pie ni pisada a sus componentes. Mal organizado, sin unidad efectiva de métodos y propósitos, estalla el movimiento en agosto de 1931. El pueblo acude a la

cita. En un artículo mío publicado en *Línea*, órgano del Ala Izquierda Estudiantil, se iza la consigna de la hora: «Tiene la palabra el camarada máuser». Sin grandeza ni gloria, los viejos caudillos se entregan en Río Verde. El gesto impar de Peraza, la inverosímil resistencia de Arturo del Pino en Luyanó y la fabulosa proeza de los expedicionarios de Gibara iluminan el desastre y renuevan la fe.

Se atiborran las cárceles. Arsenio Ortiz asesina, a mansalva, en Oriente. Atarés es teatro de los más crispantes tormentos. Surge el ABC. Aporta la política del atentado personal y una solución nacional-reformista, con ribetes fascizantes, del problema cubano en su Manifiesto-Programa. Al terror oficial, se opondrá, ahora, el terror revolucionario. Es asesinado Floro Pérez. Los presos políticos en el Castillo del Príncipe son inmisericordemente acuchillados por una gavilla de forajidos. Se asesina y entierra en los establos de Atarés a Félix Ernesto Alpízar. Papelitos y bombas. Actos comunistas de calle. Muere el capitán Calvo. Una bomba, enviada por la policía con un infeliz mozalbete, estuvo a punto de volar en pedazos a la familia Proenza. Son asesinados el «gallego» Álvarez y sus hijos Narciso, Ramón y José. Cae Clemente Vázquez Belio, presidente del Senado. Son asesinados en su propia casa, el representante Miguel Ángel Aguiar y los hermanos Gonzalo, Leopoldo y Guillermo Freyre de Andrade. Escapan, milagrosamente, el senador Ricardo Dolz y el representante Carlos Manuel de la Cruz. *Heraldo de Cuba*, órgano de Machado, anunció previamente, como ocurrida, la muerte de todos. Es el bestiario y la selva. La Universidad del Aire, dirigida por Jorge Mañach, polariza en sus audiciones lo que de actividad cultural resta en Cuba.

Asciende a la presidencia de los Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt. Nutridos contingentes de presos políticos son puestos en libertad. Machado está temeroso de un brusco cambio de la política norteamericana en Cuba. Es asesinado Argelio Puig Jordán. Juan Mariano González Rubiera, un bizarro adolescente, aparece asesinado la mañana del 30 de diciembre de 1932. Los pies atados, lleno de golpes, el vientre aún sangrante. Son asesinados Pío Álvarez y Mariano González Gutiérrez. Nunca presencié nuestro pueblo más espantoso desfile de crímenes. ¡Lástima de panfletos que se perdió de escribir Vasconcelos!

No. No estábamos solos en aquel desesperado combate. De todas partes venían voces de apoyo y aliento: la Federación Universitaria

Española, la Unión de Estudiantes Hispanos, la Federación Universitaria Argentina, la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios de Francia, la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos, la Federación Universitaria Mexicana, la Women's International League for Peace and Freedom, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, la Liga Francesa contra la Oposición Colonial y el Imperialismo, el Círculo de Estudiantes Hispanoamericanos de Gante, la Federación Universitaria Hispanoamericana, el Socorro Rojo Internacional, la Liga Francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza y las Cortes de la república española. Junto a nosotros se manifestaban, con la palabra y la pluma, Miguel de Unamuno, Pío del Río Hortega, Ramón María del Valle Inclán, Alfredo L. Palacios, Henri Barbuse, Waldo Frank, Romain Rolland, Alberto Ghirardo, Rodrigo Soriano, Antonio Espina, Rómulo Gallegos, Manuel Ugarte, León Wert, Paul Langevin, Carleton Beals y todos los espíritus y juventudes libres del mundo. Nada da más exacta medida de la hondura y trascendencia del movimiento revolucionario cubano, que esta repercusión en el extranjero.

En febrero de 1933, Hamilton Fish demandó, en la Cámara de Representantes, la intervención inmediata en Cuba del gobierno de Washington, a fin de proteger los intereses norteamericanos. El otrora mimado «administrador» de la factoría resultaba ya una impedimenta para los inversionistas, negociantes y *politicians*, ávidos de un clima político más propicio a sus faltriqueras. Es asesinado Carlos Fuertes Blandino. Nuevos atentados. Bombas y papelitos. Son asesinados, a la vista de la vecindad espantada, José Antonio y Solano Valdés Daussá. El corresponsal del *New York Times*, que lo presencia, trasmite el crimen espeluznante a los lectores de su periódico. Los senadores Shipstead y Borah reclaman la intervención de Estados Unidos en Cuba, a tenor de la Enmienda Platt. El presidente Roosevelt comprende que semejante medida daría al traste con la pregonada política de buena vecindad. Opta por el garrote detrás de la diplomacia.

Benjamín Sumner Welles, nuevo embajador de Estados Unidos, arriba a La Habana con plenos poderes para «resolver» la crisis cubana. La mediación entra en cancha con su tristemente célebre mesa redonda. El ABC y los viejos caudillos se ponen, dócilmente, al servicio de Welles. La maniobra del mediador no

podrá engañar a nadie: su objeto es capitalizar, en beneficio de la cancillería y de la banca norteamericanas, el movimiento revolucionario, eliminando a Machado sin alterar las bases ni la estructura del machadato. El Directorio Estudiantil, el Ala Izquierda y las organizaciones obreras denuncian la vil mascarada.

Un paro insignificante se ha ido transformando, entretanto, bajo la dirección del Partido Comunista, en un avasallador desbordamiento de disconformidad, que culminará en la más vasta y potente huelga general de que tiene data nuestra historia. Se da la orden de volver al trabajo al conceder Machado las reivindicaciones de clase planteadas. Inútil. Las masas ignoran la orden. Nada podrá ya desviarlas de su rumbo y propósito. Ni la horrenda masacre del 7 de agosto. Pero Welles le sale al paso a la huelga, apoyado por el ABC y los viejos caudillos, provocando un cuartelazo militar que deja la situación en sus manos. «No abandonaré el poder hasta el 20 de mayo de 1935. Ni un minuto más ni un minuto menos», diría fanfarronamente el tirano. Ahora huía, despavorido, rumbo a Nassau. Era el 12 de agosto de 1933. Fungía de presidente Carlos Manuel de Céspedes. Mandaba mister Welles.

La revolución había sido traicionada.

V. *El alba de la efebocracia*

No se ha esclarecido, ni precisado debidamente, la significación histórica del 12 de agosto de 1933. En cuanto entraña el derrocamiento del dictador Gerardo Machado, por la presión irresistible del pueblo cubano, es un suceso revolucionario. En cuanto comporta la perpetuación del régimen combatido, es una peripecia asaz común en la historia de las insurrecciones populares de nuestra América. Más allá de la fuga despavorida del tirano y de la vindicta implacable, fungía de presidente Carlos Manuel de Céspedes y mandaba el mediador. Se había ido Machado; pero subsistía el machadato. Subsistía su estructura económica, su Constitución espuria, su Congreso apócrifo, su estilo político, su sometimiento a la embajada norteamericana. Machado mismo seguía siendo presidente en uso de licencia. Se convalidaba el bestiarío y la selva. Se restauraba el pasado sin pudor, ni respeto, ni escrúpulo. Se daba por concluido lo que todavía pugnaba, desesperadamente, por nacer.

El formidable movimiento de liberación nacional y social que había ya roturado los surcos de un nuevo destino, experimentaba, por obra de un cuartelazo urdido por Sumner Welles y del mero traspaso del mando al ABC y a los viejos caudillos mediacionistas, el más abominable escamoteo que registra nuestra historia republicana. La muchedumbre, dando epiléptico escape a sus reprimidos rencores, se entregaba al saqueo, al incendio y a la caza inmisericorde de los que otrora asesinaban a mansalva, protegidos por el poder público. La revolución, que nada tenía que ver con aquel gobierno contrahecho, vacilante, incapaz y genuflexo, traicionada en su propia esencia, se mostraba por su costado más torvo, elemental y repelente. No era aquello lo que se quería, ni se había luchado por aquello. Se había agotado el heroísmo, la proeza y la abnegación para darle a Cuba un régimen genuinamente popular, una soberanía efectiva, la independencia económica y un espíritu a la altura del tiempo. La falsificación era evidente; el desparramo, inaudito; el disfraz, sobremanera conocido.

No tardaría mucho en cundir la decepción, el descontento, la protesta. El pueblo, percatado al fin del «cambiazco», se apercebe a reanudar la interrumpida porfía. Se reclaman, a diario, la disolución del Congreso, la abrogación de la Constitución de 1928, la convocatoria a una asamblea constituyente. Pronto se volverá a la conspiración y a la lucha. El entierro del obrero Margarito Iglesias, del sargento Miguel Ángel Hernández y del estudiante Félix Ernesto Alpizar, fue un grito de guerra. Sobre la tumba de éste, convertida en trinchera, dije yo estas palabras, que fijaban nítidamente la postura del movimiento revolucionario: «Nuestros esfuerzos, los ingentes esfuerzos del pueblo cubano, nos han sido robados. Los objetivos centrales por los que se despilfarró tanto desinterés y heroísmo, por los que se sufrió persecución, cárcel, tortura y muerte, no se han logrado aún, no se lograrán sin el previo derrumbe de la estructura colonial que nos subyuga, oprime y desangra».

El Directorio Estudiantil Universitario, el Ala Izquierda, el ABC Radical, Pro Ley y Justicia, el Partido Comunista y las organizaciones obreras se lanzan a la batalla contra el gobierno de Céspedes. La súbita enfermedad del brigadier Julio Sanguily deja acéfalo el ejército. Una descomposición creciente minaba ya los más soterrados estratos y las jerarquías más visibles de las fuerzas armadas. El general Menocal fragua un golpe de Estado, con la reducida

porción de la oficialidad que le es adicta. Un grupo de oficiales jóvenes, verdaderamente anhelosos de una rectificación esencial de la vida cubana, conspiran con el Directorio Estudiantil para el establecimiento de un gobierno que satisfaga las renovadas exigencias de las masas. Los comandantes y coroneles machadistas, que aún ocupan posiciones estratégicas en el alto mando, se niegan a someterse a la imperativa depuración y reorganización del ejército. La tropa, empavorecida ante la pregonada rebaja de sueldos, la reducción de los efectivos militares y el licenciamiento de numerosos soldados, cabos y sargentos complicados en atropellos y crímenes, se mueve sigilosamente, envalentonada por la indisciplina reinante, hacia una defensa clasista de sus posiciones amenazadas. Y junto a eso, avivando la hoguera, el rescoldo urticante de las humillaciones sufridas, de las pretericiones injustas y de las discriminaciones raciales.

El ritmo del movimiento revolucionario se acelera por días. Falta, sin embargo, la unidad de métodos, de propósitos y de fines. El Directorio Estudiantil Universitario, brigada de choque de la nueva insurgencia, precisa y expone, en un manifiesto, su posición nacional revolucionaria. El Partido Comunista, que a través de la Confederación Nacional Obrera de Cuba controla el movimiento proletario, propugna una revolución agraria antiimperialista y un gobierno obrero y campesino, rubricando de consignas las fachadas, vallas y postes. Se suceden las huelgas en atorbellinada teoría. Arrecia el desorden. No hay autoridad. No hay gobierno. No hay ejército.

Pero Sumner Welles, el presidente Céspedes, el ABC y los viejos caudillos se frotan las manos de contentos. Han encontrado la piedra filosofal. Hela ahí: disolver el Congreso, destituir los alcaldes, anular la Constitución de 1928, declarar intangible la deuda del Chase National Bank, restablecer la Constitución de 1901, convocar elecciones generales para el 24 de febrero de 1934, iluminar el capitolio y proclamar consumada la revolución. Eso hacen. Y vencidos por la portentosa hazaña, se entregan plácidamente a la siesta sobre la almohada rugiente de un volcán.

La insubordinación militar del 4 de septiembre pondría término, sin disparar un tiro, al engendro sietemesino de la mediación imperialista. Urge ya puntualizarlo. Ninguna finalidad revolucionaria, ni expresa ni tácita, perseguiría aquella sublevación clasista de soldados, cabos y sargentos. Su único objetivo era la solución

de los problemas inmediatos y concretos de tipo cuartelario que la promueven. Sus líderes más destacados no se habían distinguido, precisamente, por su antimachadismo convicto y confeso. Menos que ninguno Fulgencio Batista. La insubordinación se trueca en golpe de Estado, al comprender sus dirigentes que la resolución adoptada resulta incompatible con el gobierno de Céspedes.

Se imponía, pues, buscar inmediatamente un respaldo civil y constituir un nuevo gobierno. Llega primero Pro Ley y Justicia, que era la única agrupación revolucionaria previamente informada de la insubordinación en proceso. Casi pisándole los talones, el Directorio Estudiantil Universitario. Numerosos revolucionarios, identificados con este organismo o desafectos al gobierno de Céspedes, acuden presurosos a Columbia al saber la noticia. Algunos miembros del Partido Comunista y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, atraídos por el soviético pergeño de la asonada, intentan franquear la puerta del campamento. Los centinelas les cierran el paso. Se discute y examina, agitadamente, la situación, varias horas. Yo estuve allí y nadie me lo cuenta. El sargento Batista, que taimadamente ha suplantado a Pablo Rodríguez y a José Eleuterio Pedraza, sus más cercanos rivales en la dirección del movimiento, actúa ya como su personero en la junta. La noche despliega magníficamente su manto de estrellas.

No le costaría mucho al Directorio Estudiantil Universitario imponer sus puntos de vista y asumir la literatura del pronunciamiento. Se constituye, a su propuesta, la Agrupación Revolucionaria de Cuba, integrada por alistados del ejército y la marina, civiles pertenecientes a distintos sectores revolucionarios y el Directorio Estudiantil Universitario. Adoptar el programa de éste, establecer la forma de gobierno provisional que en él se propone y designar a los profesores Ramón Grau San Martín y Guillermo Portela, al abogado José Miguel Irizarri, al periodista Sergio Carbó y al sargento Fulgencio Batista miembros de la Comisión Ejecutiva, son sus primeros acuerdos. Batista declina, conturbado, la inesperada merced. Grau San Martín propone al profesor Carlos de la Torre. Rubén de León aboga por Porfirio Franca. Se arguye que, para evitar la tacha de comunista que pudiera hacerse a la sublevación militar y dado el carácter colegiado del gobierno, radicalmente extraño a nuestra tradición constitucional, convendría designar un banquero. Porfirio Franca completa la Pentarquía. Y se acuerda, finalmente, lanzar sendas proclamas explicativas al

pueblo. El ABC fue madrugado esta vez. Arribó al campamento cuando ya todo estaba cocinado y comido. Sumner Welles, mientras tanto, dormía a pierna suelta. Y el presidente Céspedes andaba por Sagua, consolando, franciscanamente, a los damnificados del ciclón.

Al alborear el 5 de septiembre de 1933, la insubordinación de soldados y clases ha cambiado de naturaleza, contenido y significado. Por primera vez en el mundo, la juventud estudiantil se arrogaba una función política directora. La efebocracia refloraba en el trópico entre palmeras y plátanos fritos. No sólo eso. Por primera vez en Cuba, se constituía un gobierno sin la previa certificación de Washington y se declaraba dispuesto a acometer la transformación general de la estructura factoril de la república. El movimiento revolucionario, sin duda, entraba en una nueva fase. No podría afirmarse que ha tomado el poder; pero sí que estaba en condiciones de impulsarlo hacia la satisfacción de las más perentorias apetencias y necesidades del pueblo.

El programa del Directorio Estudiantil Universitario, adoptado por la Pentarquía, es ya un documento histórico. Vasconcelos debía leerlo *sine ira et studio*.²⁴ No puede compararse, desde luego, en ningún sentido, con *El contrato social*, de Juan Jacobo Rousseau, con el *Manifiesto Comunista*, de Carlos Marx y Federico Engels, o con el *Manifiesto de Montecristi*, de José Martí. Ni descubre Mediterráneos, ni enriquece, con hallazgos geniales, el pensamiento político. Simplemente recoge, articula y adapta.

Vasconcelos le exige demasiado a una juventud que se ha tenido que formar, dramáticamente, en la cárcel, en la persecución, en la tortura y en la muerte. Pero allí late la conciencia de la crisis de transición que vivimos y allí está el núcleo fundamental de lo que luego habrá de llamar Antonio Guiteras el nacionalismo revolucionario. Allí se condenan y exponen las medidas que, de ser aplicadas —algunas lo han sido—, conducirían al país al progresivo recobramiento de su plenitud de destino, aún sin lograr. Y allí se rinde culto, en fin, a la dignidad humana, a la justicia social, a la libertad política, a la democracia efectiva y a la solidaridad de todos los pueblos de nuestra América en la lucha contra la opresión y el imperialismo.

²⁴ Sin encono ni parcialidad. Objetivamente. (N. del E.)

Mediaba ya la mañana, cuando empezaban a circular por las calles autos repletos de estudiantes y soldados, dando vivas a la «revolución auténtica» y al nuevo gobierno. En un principio, los transeúntes se mostraban entre azorados y absortos. Más tarde, se izaban banderas en los balcones y el júbilo se desborda por los barrios pobres de la ciudad. El presidente Céspedes retornó, precipitadamente, a La Habana. La embajada norteamericana era un avispero. No faltó un solo mediacionista a recibir las órdenes de Sumner Welles. También acude el sargento Batista, fuertemente escoltado, a presentar sus respetos al embajador y a ofrecerle toda clase de seguridades de que serán protegidas la vida y hacienda de los nacionales y extranjeros. De inmediato, se van deslindando los campos.

La Comisión Ejecutiva arribó a la mansión presidencial alrededor de las dos de la tarde. Fue recibida por Carlos Manuel de Céspedes y sus secretarios, consejeros y ayudantes. Reproduzco, a continuación, la versión que da el periodista Enrique Lumen del cambio de poderes.

Céspedes inicia el diálogo:

—Y bien, señores...

Los revolucionarios callaban. Alguno llevaba la misión de hablar, pero...

¡Silencio! ¡Atolondramiento de unos y otros! Expectación de Céspedes y de sus Secretarios.

Grau San Martín toma la palabra.

—Señor: hemos venido a recibir de usted el gobierno de la nación.

—¿Y quién les ha autorizado a ustedes para ello?

—Pues... Sabrá usted que en Columbia... Y la Junta Revolucionaria nos encarga...

—¿Y quiénes integran esa Junta?

—La Junta la integran el Directorio Estudiantil Universitario, la Unión Revolucionaria, el ABC Radical, Pro Ley y Justicia...

—¿Y se consideran suficientemente fuertes esos grupos para constituir un gobierno legal?

—Es que, señor, también integran la Junta todos los soldados y marinos del país.

—¡Bien, doctor Grau! ¿Se han dado ustedes cuenta de la responsabilidad que contraen ante el pueblo de Cuba y ante la historia?

—Hace años, señor, que hemos cumplido la mayoría de edad...

Y, despidiéndose fríamente de todos, Carlos Manuel de Céspedes se retiró de Palacio.

Horas más tarde, ya asomaría su garra la conjura reaccionaria contra el gobierno antimediacionista constituido en Columbia. A toda máquina navegaba hacia nuestras costas una flotilla norteamericana de buques de guerra, con el acorazado Wyoming a la cabeza y el secretario de Marina a bordo. Resurge la inquietud, la confusión, la protesta. Los grupos mediacionistas, incitados por el ABC, no se dan por vencidos. Se conspira ya en la sombra. El alto comercio español financia la empresa. La mayoría de la oficialidad depuesta se recluye en el Hotel Nacional, cobijándose bajo el ala protectora de Welles, supremo instigador de la rebelión y del desorden. Enfila el Wyoming el canal del puerto, en zafarrancho de combate. Un estudiante revolucionario, Manuel Guillot, le descerraja las balas de su pistola. Es todo un símbolo.

Un gran grito de dignidad sublevada, de auténtica cubanía, estremece la isla entera: ¡Fuera la marina yanqui! Bajo ese lema, la Liga Antiimperialista organiza un mitin en el Parque Central. Miles de hombres y mujeres acuden a protestar contra la injerencia, ante la estatua de José Martí. Nuevos barcos de guerra irrumpen, amenazadores, en el horizonte. La conciencia nacional se dilata, vigoriza y renueva. Los pabellones permanecen invictos. Manos juveniles los sostienen en alto. No hay flaquezas de ánimo, ni quebrantos de rótulas. La determinación irreductible de defender, a pie firme, la autodeterminación, la independencia y la soberanía de Cuba, ilumina las almas y enardece los pechos.

Se llama a los oficiales «inmaculados» a hacerse cargo del mando. Ninguno responde. Se designa a Batista coronel jefe de las fuerzas armadas. Sergio Carbó refrenda el decreto. Aumenta el desorden, la confusión, la protesta. La conjura reaccionaria está ya rindiendo sus frutos. El Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba atizan el fuego, desencadenan las huelgas, socavan la autoridad de la ya tambaleante Comisión Ejecutiva. Los más disímiles anatemas se entrecruzan en las arengas, manifestos y paredes: ¡Cuba para los cubanos! ¡Muera el imperialismo yanqui! ¡Fuera los extranjeros soberbios! ¡Viva la revolución social! ¡El ABC es la esperanza de Cuba! ¡Todo el poder para los obreros, soldados y campesinos! ¡Mueran los comunistas a sueldo de Rusia! ¡Viva la Revolución cubana! ¡Viva el Partido Comunista! ¡Mueran Menocal, Mendieta, Céspedes, Welles, Miguel Mariano! ¡Viva la Comisión Ejecutiva! ¡Mueran los fascistas! ¡Viva la Liga Antiimperialista! ¡Muera el ABC fascista! ¡Viva el Directorio! ¡Mueran

los negros! ¡No pague luz, ni gas, ni teléfono! ¡Abajo la discriminación racial!...

La calambrina empieza a expandirse en la Pentarquía. Pronto pierde los estribos. No está a la altura de la tarea. Ha sido sobrepasada por ésta y por el ritmo tumultuoso de los acontecimientos. Su fin está próximo. Expira sin grandeza ni gloria. La Agrupación Revolucionaria de Cuba, esta vez reunida en Palacio, a propuesta del Directorio Estudiantil Universitario, designa presidente de la república a Ramón Grau San Martín. Jura el cargo ante el pueblo. La Enmienda Platt queda prácticamente abolida y la reacción puesta en raya.

Independientemente de lo que haya venido después, esa página gloriosa, en la que vibra desnuda la audacia, la bizarria y el decoro de la juventud, fulgirá, con perennes destellos, en nuestra historia. El alba de la efebocracia es, también, por lo que representa y augura, el alba de una Cuba nueva y de un futuro mejor. Téngase por seguro. Nuestra generación no se inmoló en vano.

VI. Trayectoria y balance del ciclo revolucionario

Someter a revisión crítica el proceso revolucionario fue el propósito cardinal de esta réplica. No resultaba, en verdad, faena fácil. Pero no había otra respuesta posible a las fulminaciones de Ramón Vasconcelos. Buen tramo de la abrupta jornada quedó ya rendido. Creo haber precisado la génesis, los factores condicionantes, las fuerzas en juego, los objetivos históricos y la naturaleza de la formidable sublevación popular de 1930. Creo haber hecho justicia a la generación inmolada, haber desentrañado el sentido de la mediación norteamericana, del 12 de agosto y del 4 de septiembre, y haber advertido que, traicionada por un cuartelazo militar de progenie imperialista, tampoco la revolución ocupa el poder la madrugada memorable que lo puso a su alcance. Falta ahora reducir, a debe y haber, los resultados concretos de esta agitada etapa de la vida cubana.

Conviene insistir. La revolución de que se trata tiene lugar en nuestro planeta; pero su escenario no está en Francia, ni en la Unión Soviética, ni en España, ni en México. Se origina y desenvuelve en la isla de Cuba, en una coyuntura universal de mutaciones más profundas, complejas y vastas que las que caracterizaron

el tramonto del Imperio romano y el alba de la modernidad. No es ajena a las ilusiones, agonías y conflictos de la época y forma parte de la pugna descomunal entre un mundo que nace y un mundo que muere. Mas, su razón de ser y su pergeño responden a los requerimientos específicos de la dinámica histórica de un país sin economía nacional, reducido socialmente a la servidumbre, sin tradición de gobierno propio, políticamente desencantado y espiritualmente deprimido. En otras palabras: el carácter, el contenido, el alcance, el estilo y la trayectoria de la Revolución cubana están dados por las peculiaridades inherentes a nuestro ser y devenir en el proceso general de la historia. No se trata, pues, de una revolución de tipo socialista en un país metropolitano; se trata, pura y exclusivamente, de una revolución anticolonial de amplias implicaciones políticas, económicas y sociales.

De ser una revolución de este tipo le vienen su tono nacionalista, su carácter antiimperialista, su preocupación por los desposeídos, su concepción pragmática del Estado, su insistencia en la reforma agraria, su énfasis en la industrialización, su contenido socialdemocrático, su antifascismo y su solidaridad con todos los pueblos oprimidos y explotados del orbe. De ahí su replanteo de los objetivos frustrados de la Revolución de 1895. De ahí su grito de guerra: «Cuba para los cubanos». De ahí sus reveses, alternativas, bandazos, contradicciones y excrecencias. De ahí la crisis que afronta desde sus propios orígenes. De ahí que aún no haya podido conquistar el poder. De ahí, en suma, que su aspiración suprema fuera, y siga siendo, darle al pueblo cubano la plenitud de destino en un régimen de libertad y de justicia social. Más concretamente: transformar las relaciones internas de poder de las masas populares y sustituir las tradicionales relaciones de subordinación a los Estados Unidos por una efectiva, perdurable y cordial convivencia, fundada en el respeto a nuestra soberanía, en la reciprocidad verdadera y en el desarrollo independiente de la vida cubana.

No hay otro punto de partida para entender y valorar el proceso revolucionario. Limitaciones insoslayables me impiden realizar un detenido análisis del ciclo recorrido por éste en el período posmachadista. Me contraigo, en consecuencia, a esbozar sus fases principales.

Marca su inicio el derrocamiento del gobierno mediacionista de Carlos Manuel de Céspedes y el ascenso a la presidencia de la

república de Ramón Grau San Martín. Esta primera fase representa, sin duda, la curva de alza del ciclo revolucionario. El curso de la torrencera popular, momentáneamente represado por Sumner Welles, el ABC, la vieja política y la jerarquía militar, recobra su cauce y acelera su ritmo. Nunca, como en esa ocurrencia, despuntan perspectivas tan claras y promisorias, ni las condiciones objetivas fueron tan propicias, ni estuvo tan presto el espíritu público para emprender la gigantesca tarea de remodelar la sociedad cubana a la altura del tiempo. Nunca el impulso revolucionario adquirió ímpetu tan poderoso, ni se mostraron tan incapaces, invertebradas y confundidas las fuerzas históricamente aptas para interpretarlo, disciplinarlo, organizarlo y dirigirlo. Nunca sazón alguna fue, a pesar de todo, más próspera en conquistas fundamentales para nuestro pueblo.

Nada de lo acontecido en esta turbulenta etapa contradice lo dicho. No cabe ya duda de que una certera comprensión de la problemática planteada y de las tareas congruentes hubiera permitido transmutar el gobierno nacional reformista de Grau San Martín en un gobierno nacional revolucionario. De haberse logrado, otro sería el panorama que tenemos delante. La revolución estaría hoy pariendo sus frutos más óptimos.

Hay ya suficiente lejanía para juzgar, serenamente, el gobierno presidido por Grau San Martín desde el 10 de septiembre de 1933 hasta el 15 de enero del año siguiente. Los testimonios desafiados de sus enemigos suministran una imagen astigmática de esa enmarañada, fluctuante, convulsa y aleccionadora experiencia. El sectarismo que los tiñe y la violencia de la brega deforman el contorno y desnaturalizan el dintorno de los hechos. Mi artículo «Mongonato, efebocracia, mangoneo», imbuido de la concepción extremista entonces en boga en la izquierda revolucionaria, es prueba fehaciente de ello.

No es que yo vaya ahora a arrepentirme de haberlo escrito. No es eso. Sigo creyéndolo justo a la luz de una óptica genuinamente revolucionaria. Pero lo considero injusto en cuanto falsifica el carácter del gobierno de Grau San Martín, mide por un mismo rasero los intereses y grupos que lo sustentan y los que se le oponen, no discierne el alcance popular de sus medidas, sólo ve la incapacidad, la petulancia, la flaqueza y la arrebatina que lo mina, ignora la gallarda y trascendental postura de la delegación cubana en la Conferencia Panamericana de Montevideo, pasa por alto la in-

gente labor revolucionaria de Antonio Guiteras y del núcleo decidido que lo sigue, y subestima el rol jacobino de las capas más avanzadas de la pequeña burguesía en los pueblos política y económicamente enfeudados a la dominación extranjera. No me duelen prendas en reconocerlo.

Vasconcelos, desde luego, como Sumner Welles, le niega la sal y el agua a esta primera fase del ciclo revolucionario. «Fue una tromba y un desastre». Sólo eso. Las razones le sobran, en cambio, para justificar dialécticamente el ciclón de tambochas desatado por Fulgencio Batista. Necesario es ya ir poniendo los sucesos, las ideas y los hombres de nuestro inmediato pasado en su verdadero sitio. Urge ya, por lo menos, trocar la pasión irreflexiva por la reflexión apasionada en el debate político.

El gobierno de Grau San Martín no fue, ni podía ser, por su estructura, composición y objetivos un gobierno revolucionario. Ni siquiera consigue expresar la relación de poder, la unidad de fines y la coherencia de métodos que dimanen de su propio carácter nacional-reformista. La verdad monda y lironda es, sin embargo, que ha sido hasta hoy el único gobierno cubano que intentó remover la estructura colonial de la república. Múltiples circunstancias, intrínsecas y extrínsecas, le impiden llevar a cabo la épica empresa. Su propia debilidad, ante todo. Y, después, lo demás.

No se le dio un minuto de respiro. Vivió en acoso perpetuo. Fue combatido a sangre y fuego por la embajada norteamericana, los oficiales depuestos, el ABC, la vieja política, el alto comercio español, las corporaciones económicas, las empresas extranjeras, los monopolios de servicio público, el Partido Comunista, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, el estudiantado de izquierda y la casi totalidad de la prensa. No tuvo más defensa militante que las aguerridas huestes del Directorio Estudiantil Universitario, ni más pregón que sus propias obras, insidiosamente desfiguradas por la reacción, el imperialismo y la izquierda marxista, en absurda coincidencia. Le faltó el apoyo activo del ejército. No supo incorporarlo políticamente a la lucha contra la restauración y la injerencia.

Fulgencio Batista desertaría, prontamente, de sus deberes. Mejor dicho: volvería a ser quien era. En la medida en que el gobierno horadaba la tupida red de los intereses creados a la sombra ominosa de la república factoril, se escurría furtivamente al campo enemigo para entregarse, con descoco inaudito, en las garras del embajador Jefferson Caffery. No podía ser más lamentable

el espectáculo en las esferas rectoras. Cundían los efebos ensoberbecidos y faltaban los conductores de talla. La mayoría de los dirigentes, con excepción de Guiteras, se manifestaron muy por debajo de las exigencias del instante, Grau San Martín a la vanguardia.

No es cierto que Grau San Martín sea, como afirma Vasconcelos, la «encarnación del sentimiento revolucionario, el producto indiscutido de la Revolución del 33». Precisamente por ser todo lo contrario de eso, apresuraría la catástrofe. Le faltó garra política, don de mando, impulso revolucionario, conciencia de su misión histórica. Le faltó intransigencia y audacia. Ni hondura, ni duración, ni estabilidad podía tener el poder en sus manos. Pasó por aquello, sin que aquello pasase por él. No gobernó; fue gobernado. Ni siquiera supo desembarazarse a tiempo de Batista. En el domicilio de Sergio Carbó perdió, el 3 de noviembre de 1933, la oportunidad de segar de raíz su traición inminente. Aquel día se disolvió el Directorio Estudiantil Universitario y Antonio Guiteras, desoiído y burlado, debió sentirse más solo que nunca.

La conjura reaccionaria se abrió paso rápidamente. No tardaría el ABC en encubrir, con especiosa argumentación, su declarada repugnancia al «vicio de origen». Varias veces hubo de presentar su renuncia Grau San Martín. Ahora sería definitiva. Únicamente Guiteras se negó a aceptarla. Jamás participó de los cabildeos, chanchullos y zancadillas de Columbia. La revolución fue vendida por un plato de alubias. Fulgencio Batista era el ejecutor aprovechado de la venganza de Welles.

Pero la responsabilidad del fracaso no corresponde, exclusivamente, a Grau San Martín. Cae, por igual, sobre los que combatimos torpemente al gobierno desde la izquierda. El objetivo inmediato de organizar un amplio frente de lucha contra la reacción y el Imperialismo —premisa previa a la conquista del poder revolucionario por las masas populares— fue sustituido por una propaganda palabrera de consignas utópicas y un planteo de la revolución proletaria que trascendía las condiciones objetivas del país y la disposición subjetiva del pueblo. Baste recordar, en resumen, que la izquierda revolucionaria y la Confederación Nacional Obrera de Cuba no sólo permanecieron neutrales en la contrarrevolución de noviembre, sino que también se opusieron violentamente a las medidas más radicales del gobierno. La incapacidad de maniobrar por cuenta propia de su dirección quedó crudamente expuesta al desnudo. El viraje posterior a la huelga

de marzo de 1935, intentaba readaptarla al nivel de desarrollo del movimiento revolucionario; pero tamaño error no podía repararse con un simple cambio de línea. La perspectiva de conquistar el poder revolucionario se frustra por la carencia de un vehículo político apropiado, de un instrumento de lucha, de un partido pertrechado teórica y prácticamente para unificar, organizar y dirigir hacia la victoria a las masas desorientadas y dispersas.

Si se ponderan las circunstancias adversas que afrontó el gobierno de Grau San Martín y se contrasta su anverso y reverso, el saldo resulta favorable a su combatido mandato. Es cierto que fue un régimen anarcoide. Careció de plan, de trabazón orgánica, de equipo dirigente, de estrategia y de táctica. Es cierto que muchos efebos se soltaron las trenzas y se entregaron alegremente al mangoneo, bajo la sonrisa displicente del mongonato. Es cierto que persiguió al movimiento obrero marxista, asaltó sindicatos, liquidó huelgas a tiro limpio y culminó en horrenda masacre el pacífico entierro de las cenizas de Julio Antonio Mella. Es cierto que recabó subterráneamente el reconocimiento norteamericano y trató por todos los medios de apaciguar a Welles, que fatigó la cuerda floja y el palo de ciego, que no supo penetrar en las propias clases sociales que amparaba y defendía, y que toleró el desorden, la conspiración y la revuelta. Es cierto que desarticuló la administración pública y distribuyó el botín entre los «revolucionarios auténticos», que menudearon los atraquitos y florecieron las canonjías. Es cierto todo eso, y mucho más.

Pero no es menos cierto que, en determinado momento, puso en raya a la reacción y al imperialismo. Es cierto que, en cuatro meses de oposición sin cuartel y de un creciente desmandamiento de masas, estableció el Ministerio del Trabajo, el salario mínimo, la jornada máxima de ocho horas, la sindicalización obligatoria, la nacionalización del trabajo, la recompensa y el subsidio a los obreros inválidos por accidente o por enfermedad profesional, el contrato colectivo de trabajo, el derecho de tanteo y la regulación de la zafra en favor de los ingenios cubanos, del colonato y de los obreros azucareros.

Es cierto que en la Conferencia de Montevideo mantuvo enhiesta la dignidad nacional, defendió y consagró la libre determinación de los pueblos hispanoamericanos, ilegalizó la Enmienda Platt y sentó las bases de una cooperación interamericana compatible con la soberanía, el decoro y el progreso de las naciones

inermes del continente. Es cierto que depuró la deuda exterior, cumplió sus obligaciones internas e internacionales, administró pulcramente las recaudaciones, decretó la autonomía universitaria, ordenó la reapertura de los centros secundarios de enseñanza, reivindicó los derechos de la mujer y del negro, respetó las libertades públicas, rebajó la tarifa eléctrica y convocó a Asamblea Constituyente. Es cierto que liberó en apreciable medida al pueblo cubano del complejo de inferioridad colonial, contribuyó a madurar la conciencia popular y delimitó para siempre los ámbitos de la reacción y de la revolución. Y es cierto, finalmente, que todo eso lo hizo batido, implacablemente, por todos los flancos, bajo la más infame campaña terrorista y difamatoria que se recuerda.

Guiteras le había impreso sentido y carácter a aquel tormentoso y efímero ensayo; pero, el pueblo personificaría en Grau San Martín lo que pudo haber sido y no fue. Esa es, precisamente, la fuente mágica de su popularidad, de su insólito carisma. Ese, y no otro, fue el origen del mito, nutrido de logros y esperanzas, realidades y ensueños. Grau San Martín se convirtió, a partir del 15 de enero de 1934, en el símbolo de redención de las masas cubanas. Cien mil personas fueron a despedirlo al embarcar rumbo a México. Una montaña abrumadora de sufragios le dio el triunfo el primero de junio de 1944. Puro espejismo; pero, así fue...

La segunda fase del ciclo revolucionario se caracteriza por el aplastamiento inmisericorde del movimiento popular. El machadato, como estructura, sistema y estilo, queda plenamente restaurado bajo la presidencia, por control remoto, de Carlos Mendieta. Absoluto es el sometimiento a la embajada norteamericana. Se organiza un aparato represivo de cariz acusadamente fascista, concebido por el ABC y apoyado, resueltamente, por el general Menocal y Miguel Mariano Gómez. La Constitución provisional prohíbe la confiscación de bienes de los machadistas culpables, pospone la ejecución de la pena de muerte a los delinquentes de la tiranía hasta que la Constituyente sea electa y resuelva, suprime el derecho de huelga y deroga la autonomía universitaria, reconquistada a punta de coraje en acciones de calle. Se crean tribunales sumarísimos para juzgar a los adversarios del régimen. La «confidencia» se eleva al rango de prueba, se establece el arbitrio judicial y se falla por convicción moral. Los tribunales de urgencia reviven los atropellos, injusticias y crímenes de la colo-

nia española. Pronto se vería el ABC cogido en sus propias mallas al retirarse del gobierno y enfilarse los cañones.

Batista inicia un acercamiento, sigiloso primero, abierto después, con los machadistas en fuga y con los antiguos dirigentes del Partido Liberal. Machado mismo, desde Santo Domingo y con el apoyo político y material de Trujillo, prepara febrilmente la reconquista y la revancha. El folleto *Los títeres de Ferrara*, escrito por Pablo de la Torriente Brau con abundante correspondencia interceptada a la vista, revela magistralmente los hilos ocultos y los protagonistas enmascarados de la trama. El palmacristí se administra, a toda hora, a los que se niegan virilmente a plegarse. La prensa insumisa sufre, a diario, los zarpazos brutales del régimen, ya en la pendiente de la dictadura castrense. Repletas están las cárceles de estudiantes, obreros, escritores y periodistas. Guiteras es perseguido con la orden expresa de eliminarlo.

En menos de once meses, el régimen instaurado a bombo y platillo el 18 de enero de 1934 retrogradaba a un estado de cosas que linda ya con la selva. La huelga general de marzo de 1935 fue la réplica desesperada de un pueblo que prefería jugarlo todo a una carta. El estudiantado universitario fue el intérprete máximo de esa instintiva, audaz y heroica insurgencia. Unánimemente, respondieron las masas populares a la orden de paro. Pero el movimiento, interiormente roído por las contradicciones y desavenencias de las organizaciones proletarias, sin recursos efectivos de agresión y defensa, fue yugulado por las bandas enfurecidas de Batista y Pedraza, abiertamente respaldadas por el embajador Jefferson Caffery. Cifra aterradora suman los asesinatos. Las cárceles no dieron abasto. Millares de empleados públicos fueron cesanteados, vandálicamente asaltados los sindicatos obreros, saqueada la Federación Médica de Cuba, clausurados los periódicos revolucionarios y tomados militarmente los Institutos, las Escuelas Normales, la Escuela de Artes y Oficios y la Universidad, cuyos museos y bibliotecas serían desvalijados por la soldadesca.

La mayoría de los dirigentes revolucionarios se vio obligada a marchar al destierro. Se entroniza, otra vez, el terror, como esencia del poder. Cuando se disponía a salir de Cuba, es asesinado en El Morrillo, por orden de Batista, Antonio Guiteras. Se perdía la figura más empinada, el ánimo mejor templado, la voluntad más indomeñable, el brazo más enérgico y el espíritu más puro del movimiento nacional revolucionario. Hasta qué punto era irreparable su pérdida se podrá advertir hoy con sólo mirar en torno.

Batista se sintió fuerte y se proclamó señor de horca y cuchillo. El centro del poder se trasladó a Columbia. Hizo y deshizo cuanto le vino en ganas. Quitó y puso rey, a su antojo y medida. Asesinó a mansalva. Dispuso del tesoro público, como patrimonio privado. Rehabilitó los viejos partidos. Retuvo indebidamente al vapor Manuel Arnús en el puerto de La Habana y disolvió los centros republicanos españoles. El cubil de Pedraza rivalizó con el Santo Oficio y la Gestapo. Dividida y desorientada, la revolución agitaba, vanamente, desde el exilio, el fantasma de una insurrección importada. Ni el Partido Revolucionario Cubano, ni Joven Cuba, lograrían ponerse efectivamente de acuerdo para desarrollar una acción revolucionaria conjunta. El Frente Único de Liberación Nacional, establecido en Miami, en 1936, por la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista, Izquierda Revolucionaria, el Partido Agrario Nacional, Joven Cuba, el Partido Aprista Cubano, la Legión Revolucionaria de Cuba y el Partido Comunista, fue el más serio intento programático, estratégico y táctico de retrotraer la revolución frustrada a su camino de triunfo. No pasó de ahí. Ya va siendo hora de historiar todo esto, de fijar responsabilidades y esclarecer posiciones.

El sesgo de la situación internacional —la guerra ya estaba a las puertas— obligaría a Batista a cambiar de rumbo político. Un buen día amaneció rutilantemente disfrazado de campeón de la civilidad y de la democracia. Coqueteó con la España republicana. Hizo la vista gorda con las organizaciones revolucionarias y con los comunistas. El Bloque Revolucionario Popular —nueva tentativa de unificar la revolución— fracasó por el entreguismo de unos y la concepción excluyente de Grau San Martín. Determinadas actitudes posteriores de la izquierda promueven una gran confusión en el movimiento obrero y profundizaron, aún más, la crisis del proceso revolucionario en su conjunto.

Agotado el ciclo de la dictadura militar, Batista traza su plan. Continuará en el poder por otros medios. Será el candidato presidencial de los partidos vinculados a su régimen. Sigue fielmente las instrucciones de la cancillería norteamericana. Convoca a Asamblea Constituyente libre y soberana. Los nuevos partidos movilizan sus fuerzas y se aperciben a concurrir a los comicios. La oposición gana la mayoría de los escaños y se demuestra, una vez más, el radical divorcio de las masas populares de los usurpa-

dores insaciables del 18 de enero de 1934. El movimiento de renovación nacional, hasta entonces compulsivamente reprimido, adopta la vía jurídica para la obtención de sus aspiraciones inmediatas. La Constitución de 1940, las elecciones generales de ese propio año y la «jornada gloriosa» del primero de junio de 1944, son los acaecimientos más descollantes de la nueva fase.

Es enteramente falso que «los artículos más importantes de la Constitución de 1940 sean obra, en su totalidad, de los delegados liberales de la Constituyente». Las actas de la Convención evidencian, por el contrario, que es a los nuevos partidos, y particularmente a los delegados auténticos, comunistas y abecedarios, a quienes se debe su orientación doctrinal y sus más relevantes progresos en materia política, económica, social, racial y cultural. Son los nuevos partidos los que plasman en normas jurídicas las reivindicaciones y reformas demandadas, a costa de sacrificios y abnegaciones sin cuento, por las masas populares. Vuelva Vasconcelos sobre el *Diario de Sesiones* y podrá comprobarlo.

Si las elecciones generales de 1940, que dieron la presidencia a Batista, estuvieron ostensiblemente viciadas por el fraude y la coacción, la justa electoral de 1944 fue el más rotundo y clamoroso mentís a los que fiaban su permanencia al comercio del voto, a los recursos del poder y al impresionante despliegue de una coalición de partidos formalmente mayoritaria. Se contó con todo; menos con la voluntad insobornable del pueblo cubano, con el intacto reservorio de sus fuerzas morales. No había sido en vano la siembra de la generación inmolada. El espíritu que galvanizó esta incontrastable rebelión civil es el mismo que derribó el machadato, que desató la huelga de marzo y que inflamó luego a los que intentamos derrocar, por la vía insurreccional, al partido político castrense que, con Batista y Pedraza a la cabeza, se había adueñado por la violencia de los destinos de la nación. Se desmoronaba, estrepitosamente, la carcomida estructura de un régimen que sólo estuvo al servicio del enriquecimiento personal y de los intereses extranjeros. La herencia recibida no podía ser más gravosa, y los problemas, más apremiantes y complejos. Pocas veces gobierno alguno se encontró en situación más difícil. Batista dejaba, tras sí, la república desmantelada.

De toda suerte, semejante vuelco abría al pueblo cubano una ancha y luminosa perspectiva de reconstrucción y de progreso. La oportunidad era única para un gobierno decidido, honesto,

responsable y capaz que, a la par, gozara de la confianza pública. Pero Guiteras ya estaba muerto, y los más caracterizados efebos de antaño, en su mayoría ansiosos de pegarse a la ubre. Esta vez Grau San Martín gobernaría por su cuenta y riesgo, con la responsable anuencia del Partido Revolucionario Cubano (A), que ha sobrevivido milagrosamente al impar poder atomizador de su jefe. Las consecuencias, positivas y negativas, están a la vista: de un lado, el rescate del fuero civil, el diferencial azucarero, la apertura de nuevos mercados, el incremento de la legislación social, Ventas de Casanova,²⁵ las obras públicas sin empréstitos extranjeros, la denuncia de la cláusula 202 E,²⁶ el respeto a la libertad de pensamiento; del otro, la imprevisión, el despilfarro, la promoción de los mediocres, los trueques, el BAGA,²⁷ la bolsa negra, el *affaire* de la Compañía Cubana de Electricidad, el compadrazgo, la incapacidad, el rollo, la tozudez, el mesianismo. Peor servicio no ha podido prestarle a la clase obrera que escindir la antagonicamente y mantener su dependencia política y sindical.

Ninguna perspectiva ofrecen, sin embargo, sus furibundos censores de la otra orilla. Mera logomaquia de circo. Son ya demasiado conocidos para engañar a nadie. Se sabe de donde vienen, lo que quieren y a donde van. Y si los viejos exorcismos de los nuevos magos renuevan la fe de parte del pueblo, es por encarnar el afán de adecentamiento de las costumbres públicas. Pero lo importante, desde mi punto de vista, no es el haber de aciertos que pudiera exhibir el gobierno de Grau San Martín, en ventajoso parangón con los de Machado y Batista; lo importante es que la

²⁵ En Ventas de Casanova, actual provincia de Santiago de Cuba, las tropas mambisas bajo el mando de Máximo Gómez utilizaron por primera vez la guámpara acerada para combatir contra el ejército español. También allí, pero en 1933, tuvo lugar la rebelión campesina dirigida por Romárico Cordero, en la que cientos de familias emprendieron la recuperación de las tierras del Estado de las cuales habían sido desalojadas por la Guardia Rural. Con su lucha, los campesinos impidieron la consumación de los planes de Gerardo Machado de apoderarse de esas tierras. La mención de Roa debe referirse a este último suceso. (N. del Comp.)

²⁶ A través de la cláusula 202 E, el presidente Grau San Martín pactó en secreto con Estados Unidos la supresión de la cláusula de garantías que establecía el diferencial azucarero. (N. del Comp.)

²⁷ «Bloque Auténtico Grau-Alsina», dirigido por José Miguel Alemán, entonces ministro de Educación, una de las figuras más corruptas de ese gobierno. (N. del Comp.)

revolución ha sido mixtificada, que se ha agudizado su crisis, que se ha menoscabado su crédito, que se han ensombrecido sus horizontes. Más que por lo que ha hecho, Grau San Martín será juzgado por lo que pudo hacer y no hizo. Prometió el paraíso y nos lanzó al purgatorio. La revolución está hoy más urgida que nunca del partido que la levante, reorganice, interprete y dirija.

Vasconcelos, que fue ministro de Educación y autor de la Ley docente, que tuvo a su arbitrio recursos y medios sobrados para ordenar la enseñanza y difundir la cultura, arremete sin contemplaciones contra la Universidad. No seré yo quien venga a defenderla de sus deficiencias y lacras. Ni a negar que el tradicional prestigio de la Federación Estudiantil Universitaria se ha opacado, por desgracia, en los últimos años. He denunciado, infatigablemente, esas lacras y deficiencias como estudiante y como profesor. El bonchismo de antes —alquilado por Mariné y protegido por Batista— y el contrabonchismo subsiguiente jamás obtuvieron la aquiescencia ni el respaldo de la mayoría del profesorado y de la masa estudiantil. Jamás transigí ni con uno ni con otro. Uno y otro cometieron sus crímenes y desafueros con la complacencia visible de Batista, Mariné y Benítez. Pregúntele Vasconcelos a Ramón Zaydín.

La Universidad, que radica en Cuba y ha participado decisivamente en el proceso revolucionario y político del país, no ha podido aún superar su crisis interna; pero va saliendo de ella paulatina y firmemente. Su adelanto es notorio en todos los órdenes. Sus fondos se administran con nitidez ejemplar. Vasconcelos parece haber olvidado que, desde que se promulgó la Ley docente y se aprobaron los nuevos estatutos, la única forma de ingresar en el profesorado es el concurso-oposición. Lo puedo gritar a pleno pulmón y radiante de orgullo: la Universidad posmachadista, esa misma que Vasconcelos vitupera y desahucia, es superior, docente, académica y culturalmente, a la otra, a la de Averhoff y Ferrara. Y ha podido siempre resistir el más riguroso cotejo con su circunstancia. Aún sigue siendo la estrella polar de la ciudadanía y el vigía celoso de la tradición revolucionaria y de la dignidad nacional.

Vasconcelos alude dolosamente a Jorge Roa. Acaba de morir. Y ya sólo me cabe recordar su sólida inteligencia, su imaginación portentosa, su ingenio centelleante, su vasta cultura, su bondad ingénita, su simpatía irresistible y su vida generosa. Mucho antes de 1925 dilapidó una fortuna. Duras estrecheces y dificultades innúmeras arrojó en el machadato. Como mi abuelo Ramón

Roa, se ha ido «sin dejar orificada su memoria». Sin duda, le hace honor a la stirpe. Y algún día se sabrá por mí lo que hizo, lo que supo y quién fue.

La acrimonia de Vasconcelos suele tener compensaciones inesperadas. Heme aquí investido de la taumatúrgica facultad de decretar revoluciones a mi soberano talante. ¡Ojalá me fuera ello dable! Pero Vasconcelos sabe, tan bien como yo, que basta asomarse fugazmente al ventanal de la historia para percatarse de que las revoluciones ni se inventan, ni se promulgan, ni se imponen. No se entra en ellas por generación espontánea. Un largo proceso las incubaba, prepara y desata. Sólo cuando la sociedad se ve coactivamente detenida en su evolución, la revolución germina y madura. Ni el varón de Plutarco, ni el héroe de Carlyle, ni el hombre representativo de Emerson, ni el superhombre de Nietzsche, pueden, por sí solos, determinar el salto en la historia. Sin atmósfera, sin subsuelo y sin ocasión, la voluntad de *renunciamiento* y *remolde* está condenada al malogro. Las revoluciones necesitan, para producirse, un estado de espíritu, condiciones específicas y coyuntura propicia. Su triunfo o fracaso dependerá, fundamentalmente, de su conciencia, de su organización, de sus líderes, de su profundidad y de su duración. Aun fracasada, seguirá alentando mientras no se culmine. Incluso la contrarrevolución sufre, consciente o inconscientemente, el influjo de la revolución. La historia demuestra que ninguna revolución es inútil, que ninguna revolución se pierde enteramente, que toda revolución destruye, cambia, edifica y fecunda, que toda revolución derrotada vuelve siempre por sus fueros. «Cuando un pueblo entra en revolución —sentenció José Martí—, no sale de ella hasta que la corona».

El pueblo cubano entró de nuevo en revolución el 30 de septiembre de 1930 y aún no ha salido de ella. Ramón Vasconcelos admite, a regañadientes, que esa revolución fue «el vago sueño de un puñado de ilusos». Pero niega, de plano, que se haya querido hacerla efectivamente. Niega que exista hoy como hecho, como tendencia, como movimiento. Niega que sobreviva siquiera el impulso ideal que la animara. Niega que haya dejado obra alguna que la redima de sus taras, reveses y frustraciones. Niega, en suma, su vigencia factual, institucional y espiritual. «La revolución no le ha producido al país un solo beneficio, un solo avance, una sola mejora». Lo único que la revolución ha creado es el «infrahombre, obsesionado por un inframundo en que las ideas no cuentan ni como instrumento

de destrucción, en que el argumento supremo es la metralla, en que la mano usurpa el rango rector de la cabeza».

Vasconcelos niega y reniega a su gusto y capricho y lo confunde todo a sabiendas. Juzga a la revolución y a los revolucionarios por la jauría de pandilleros, mercaderes y tráfugas que, invocándola, están medrando a su costa y a costillas del BAGA. Sabe lo que busca. Dice lo que quiere. So pretexto del revolico auténtico, procesa, afrenta y condena a una revolución que jamás estuvo en el poder y que ha conseguido, no obstante, por haberle influido en determinadas circunstancias y por su activa presencia en otras, roturarle surcos a la gran palingenesia de mañana. Y, en su afán de subvertirlo y deformarlo todo, deliberadamente ignora que durante una década la república fue secuestrada, en nombre de la revolución, por una gavilla de farsantes, ladrones y asesinos. Suprime la dictadura militar, la represión brutal de Pedraza, la responsabilidad de los partidos políticos que apoyaron y disfrutaron la nueva satrapía. Borra la historia de antes y recompone la historia de ahora. Ni recuerda, ni distingue. Fulgencio Batista: he ahí lo único que discierne, valora y exalta, en estos últimos catorce años, como fruto efectivo de la «conmoción revolucionaria». No cabe duda. Ramón Vasconcelos está en su papel. Y, ahí lo dejo, con su pluma tajante, sabedores ambos que estamos y estaremos siempre irreconciliablemente encontrados.

La revolución ha sido traicionada, vendida, mixtificada, vilipendiada y ordeñada. Sólo reafirmando enérgicamente sus principios y autodepurando sus filas podrá sobrepasar la grave crisis que encarna. La experiencia ha sido dura; pero sobremanera fructífera. Necesario era tumbar a Machado, barrer a Batista y someter a Grau San Martín a la prueba inapelable de los hechos. Eso hemos ganado. Y, hemos ganado también una nueva conciencia y un nuevo espíritu, que viven en las conquistas logradas, alientan en la repulsa a la vieja política y claman en los que todavía sufren hambre y sed de justicia, en los que están ya convencidos de que sólo les vendrá el pan, la libertad, el decoro y las luces por la ruta riesgosa, difícil y larga que abonaron con su sangre una legión de héroes y un racimo de mártires.

Fechado por Roa: 7 de septiembre-21 de diciembre de 1947. Compilado primero en *15 años después*. Tomado de *Escaramuza en las visperas y otros engendros*, pp. 21-75.

El fugitivo vuelve por la picada

Aún está por hacer el análisis crítico y la valoración de conjunto del proceso revolucionario que alumbra en 1923 el verbo fúlgido de Julio Antonio Mella. Nadie ha intentado todavía desentrañar sus causas, seguir su trayectoria y aprehender su sentido. Quien se dispusiera a encarar semejante faena, rendiría, sin duda, un eminente servicio a nuestra comprensión inmediata de lo que vino después.

Esa gran gesta popular produjo un líder jacobino, una figura presidencial y un figurín evadido de las páginas de *Tirano Bandejas*. Ni que añadir tengo que me refiero a Antonio Guiteras, a Ramón Grau San Martín y a Fulgencio Batista. Muerto en plena siembra de su esforzada existencia, Guiteras es ya un símbolo. Ramón Grau San Martín, tras una pugna sin tregua, ocupa, desde 1944, la máxima jefatura de la república. Fulgencio Batista, su implacable adversario —durante una década supremo jerarca de nuestros destinos—, es hoy, pura y simplemente, un fugitivo millonario. Si Guiteras personifica la auténtica revolución y Grau San Martín representa el revolico auténtico, Batista encarna la clásica monotonera. Esa es, en junto, la dramática parábola recorrida por la política cubana desde el 10 de septiembre de 1933.

Entre esa fecha gloriosa y los turbios días que ahora corren en atropellado estruendo, se han visto cosas que harían «hablar» las piedras hasta por los cantos. Batista, en recientes declaraciones, parece haberse olvidado de las que carga en su libreta de cheques. Ha doblado la hoja de sus fechorías, con el propio desenfado con que regía el Congreso desde los cuarteles. Y, con impudicia muy suya, arremete contra Grau San Martín. «¡Ya Grau no engaña a nadie! —afirma con el bronco acento de un Júpiter jubilado— Cuba ha pagado un alto precio por conocerlo».

Ya Cuba, efectivamente, conoce a Ramón Grau San Martín. Pero conoce, mejor aún, al ex guajirito de Banés. Y, entre uno y otro, ya ha establecido también las distancias y las jerarquías. Los de la otra orilla, esos mismos que intentaron arrebatarle la victoria a Grau San Martín mediante un golpe de Estado, es natural que alteren la resta y modifiquen, ventajosamente, la suma. Es su oficio y su beneficio. No creo que Eddy Chibás, ya en guerra abierta con su antiguo protector y heterodoxo maestro, se atreva, por pura acrimonia, a tergiversar el balance. Ni la opinión públi-

ca, ni los partidos y grupos revolucionarios, podrían incurrir, por muy defraudados que se sientan, en tamaño error de perspectiva. Revalidar a Batista, a la luz de Grau San Martín, sería negar los hechos y negarse a sí mismos.

Se puede estar contra Grau San Martín, enjuiciar severamente su gobierno y emplazarlo ante el tribunal inexorable de la historia. Se debe movilizar al pueblo en torno a un programa y a una doctrina de más amplios horizontes históricos que los ofrecidos por el Partido Revolucionario Cubano y las peroratas dominicales de Chibás. Ya resulta inaplazable luchar por la unidad del movimiento revolucionario y por una transformación efectiva y profunda de la vida pública. Se puede y se debe hacer todo eso y mucho más. Lo que no se puede es estar con Batista. Lo que no se debe es pactar con el enemigo, ni con las fuerzas que antes lo apoyaron e intentan, por trasmano, imponerlo de nuevo. Eso no se puede, ni se debe hacer, aunque esa alianza entrañara la conquista misma del poder por vía electoral. En política, como alguien genialmente dijera, «no sólo importa el qué, sino que importa también el quién y el cómo».

Fulgencio Batista se muestra sorprendido, y al par indignado, por una supuesta invitación al retorno que le ha dirigido Ramón Grau San Martín. No cree a un hombre, de «las pasiones de éste», capaz de «semejante lección de urbanidad política». Ni está dispuesto a aceptar garantías de «quien le falta autoridad y moral para estrecharle la mano». Y se enciende, de pies a cabeza, por «los epítetos degradantes y soeces» que Grau emplea para calificar a sus adversarios, llamándoles pandilleros, batracios y locos. De súbito, mira a la lejanía, se alisa la cabellera y refresca su cólera en el paisaje marino. Y, en un raptó de estupendo humorismo, decide no tomarlo en serio.

Hace bien. Si fuera cierta esa invitación, Batista tampoco la aceptaría. No puede aceptarla. ¿Cómo podría ser de otro modo, si aún tiene muy serias cuentas pendientes, no con Grau San Martín, sino con el pueblo de Cuba? ¿Cómo podría regresar tranquilamente a esta isla, quien derribó el gobierno revolucionario de septiembre, instaló en el poder a Carlos Mendieta, cumplió órdenes de Jefferson Caffery, asesinó a mansalva, yuguló la huelga de marzo, amordazó la prensa, entronizó el palmacristi, clausuró la Universidad, persiguió al magisterio, amasó una fortuna, violentó la voluntad popular en 1940 y trasmutó la democracia en infecta demagogia?

¿Qué autoridad y qué moral, pues, las tuyas, para asumir, desde lejos, esa catoniana postura? ¿A qué esos sobresaltos tardíos por los «aquejarres nocturnos de Grau» y los victimados en las calles por manos que irresponsablemente replican a sus torturas y asesinatos? ¿No suele morir a hierro el que a hierro mata? ¿No llama la sangre siempre a la sangre?

Ahora se destapa Fulgencio Batista con una carta pública que es uno de los más cínicos documentos políticos de que tiene memoria el país. En los tiempos áureos de su sangrienta satrapía, el «Napoleón de bolsillo» gustaba proclamarse, entre fusiles y charreteras, el líder de la revolución septembrista. Hoy se declara liberal de pura cepa. Es decir: liberal del gallo y del arado. Y apela, naturalmente, como fórmula salvadora para la república y para sus intereses, a la unidad de la «oposición», incluyendo a todos los que se manifiestan inconformes o descontentos con el «régimen de perdición que preside Grau San Martín». Hasta le hace un guiño a los ortodoxos.

Juntarse, para ganar las elecciones de 1948 y liberar a Cuba del desastre económico, de la guerra civil, de la anarquía política, del caos social: he ahí su consigna. En el lenguaje de Fulgencio Batista, que saqueó el erario público, fomentó la bolsa negra, acorraló a sus opositores, gobernó a su antojo y desorganizó la administración pública, eso significa el aplastamiento de los partidos revolucionarios y la vuelta al predominio castrense, a la coga desenfundada, a la persecución, a la cárcel y al crimen. Ese es su concepto del orden, de la paz social y de la democracia. Esa fue su escuela política. Y, también, el altísimo precio que pagamos por conocerlo.

Queda advertido el pueblo cubano. Fulgencio Batista está dispuesto a abandonar su dorado ostracismo si en las elecciones generales de 1948 capturan, otra vez, el presupuesto sus acólitos y escopeteros. Antes dispuso, con soberano desprecio, de vidas y haciendas. Ahora, con más experiencia y olfato, sólo le interesa gobernar tras el trono.

En ese irreprimido afán de mando y riqueza, estriba todo su pudor, todo su bochorno, todo su desengaño. La pretensa catilina contra Grau San Martín es un tiro directo contra el movimiento popular que lo llevó a la presidencia de la república y que sigue representando, independientemente de las torpezas, inverecundias y tropelías de su gobierno, el nuevo espíritu que cuajó en la

épica contienda contra el machadato. Esto es lo que primordialmente importa y lo que resulta ineludible denunciar.

Si Grau San Martín pudo ser en 1944 un camino de la revolución, Batista es ya, definitivamente, el camino de la reacción.

Fechado por Roa: 5 de julio de 1947. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 21-24.

La herencia del BAGA

La corajuda y promisoría faena de Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación, puesta en memorable discurso bajo la luminosa égida de Enrique José Varona, ha abierto a debate el problema de la enseñanza pública en Cuba. Acontece ello, significativamente, en el año consagrado a rendirle tributo al esclarecido maestro por cumplirse el centenario de su nacimiento. También yo quiero tirar mi cuarto a espadas en ese debate. Soy profesor y nada de lo que afecta al destino de mi patria me es ajeno. No se trata, como pudieran suponer algunos, de una cuestión académica. Se trata, por el contrario, de una cuestión en la que anda por medio nada menos que el porvenir de la república. Hemos arribado ya al punto crítico. Y ésta es, probablemente, la última oportunidad que nos resta para expulsar definitivamente a los mercaderes del templo y dirigir la enseñanza por nuevos cauces con el absoluto respaldo de la ciudadanía responsable. No importa que hayan salido al camino los politicastros de oficio, los chupópteros de toda laya y los simuladores de siempre. Son los eternos conjurados del medro en peligro. Hay que batirlos implacablemente.

La mayoría de nuestros educadores han terciado ya en esta contienda en pro del niño, de la juventud, de la cultura y de la dignidad nacional; pero su intervención se ha ceñido, por lo general, al mero ámbito de la actualidad. Cumplen, sin duda, una misión necesaria y fecunda. Deben proseguirla contra viento y marea. He preferido, por formación y temperamento, retrotraer el pasado al presente en función de futuro. No hay vía más segura que ésta para esclarecer la génesis, la trayectoria y las consecuencias de los problemas sociales y formular la solución correspondiente. «Ha de saberse lo que fue —advirtió sentenciosamente

José Martí—, porque en lo que fue está lo que es». Creo, en consecuencia, que puede ser útil trazar el proceso de la educación pública en Cuba desde sus propios orígenes hasta nuestros días. Era mi propósito, desde luego, empezar por el principio; pero la aviesa campaña de los turiferarios póstumos del BAGA en defensa de la «política educacional» de José Manuel Alemán me obliga a ofrecer por anticipado, en dos artículos, la pavorosa realidad con que hubo de enfrentarse Aureliano Sánchez Arango el 10 de octubre de 1948 y el balance de su obra en estos seis meses.

Carlos Prío Socarrás asumió la presidencia circuido de rollos y rodeado de crucigramas por todas partes. Ninguno de los apremiantes y complejos problemas heredados por su gobierno alcanzaba, sin embargo, ni las dramáticas dimensiones, ni la trascendencia nacional, que la situación de bancarrota imperante en la enseñanza. La cubanidad de alquiler, que el 10 de octubre de 1944 se instaló en el *tercer piso* tremolando demagógicamente el gallardete de la revolución, dejó la república en la pendiente del caos y el Ministerio de Educación convertido en una pocilga. No en balde Ali Babá y los cuarenta ladrones habían envilecido, descocadamente, la dependencia que otrora galvanizara con su saber y enalteciera con su conducta Enrique José Varona.

Nada puntilloso fue Carlos Prío Socarrás en la elección de su primer gabinete. Sobremanera holgado le viene el flus de ministro a varios de sus integrantes. Basta simplemente mirar en torno para percatarse de ello. Tuvo, en cambio, un singular acierto al confiarle a Aureliano Sánchez Arango la suprema rectoría de la instrucción pública. De que se le juzgaba capaz de llevar adelante su declarado propósito de rescatar, fumigar y recrear el Ministerio de Educación abundarían pronto las manifestaciones expresas de cuanto significa y pesa en la docencia cubana. El Consejo Universitario le brindó su sostén; el profesorado secundario, su ayuda; el magisterio, su adhesión; y el pueblo, su calor y su fe. No se tiene en vano una ejecutoria revolucionaria como la de Aureliano Sánchez Arango, ni sus sobresalientes títulos de carácter, valentía y talento. Era su propia vida la que lo defendía y amparaba. Era su probada devoción al bien público la que garantizaba su labor futura. De nuevo se repetía el caso de Manuel Sanguily al ocupar la Secretaría de Estado en el gobierno de José Miguel Gómez.

Inmediatamente que tomó posesión del cargo, Aureliano Sánchez Arango echó sobre sí la titánica empresa de limpiar los detri-

tus que rebosaban el Ministerio de Educación, de imprimirle a éste el carácter técnico que la Constitución preceptúa, de reconstruir el aparato administrativo y de restablecer los servicios que suprimió, en provecho propio, la codicia desaforada de José Manuel Alemán y su cohorte de paniaguados y pistoleros. No sólo eso. Se aprestó, asimismo, a reformar a fondo la estructura, los métodos y los objetivos de la enseñanza y a dotar a la Dirección de Cultura, en el anteproyecto de presupuestos, de los recursos y medios indispensables para difundir las luces en toda la isla, mediante el libro, la revista, la conferencia, la exposición, el concierto y la radio. De los frutos cosechados hasta hoy y de la recolección en perspectiva de siembras continuadas hablaré la próxima vez. Ahora veremos, en apretado resumen, el paso arrollador de las huestes de Atila sobre los predios de la enseñanza pública en Cuba.

No es de data reciente en el Ministerio de Educación el incumplimiento de sus funciones, la corrupción administrativa y el arbitrario manejo de los fondos. Ni es tampoco de los últimos tiempos el desbarajuste dominante en el régimen de enseñanza. «Si Cuba no levanta el nivel de su educación —afirmaba Ramiro Guerra en 1922—, todos nuestros males públicos se agravarán, viviremos en perpetua crisis y al fin llegaremos a la quiebra y a la liquidación final de las instituciones nacionales». Pero no es menos cierto que la incompetencia, el desorden, la descomposición, el dispendio y el prebendaje introducidos por el grausato en el Ministerio de Educación no tienen paralelo en nuestra historia republicana. En lo que al aspecto puramente administrativo concierne, se batieron todos los records. En el aspecto académico, nunca antes la autoridad profesoral estuvo tan quebrantada, ni la indisciplina estudiantil proliferó tan impunemente. El inciso K,²⁸ desnaturalizado ya por Fulgencio Batista, fue el instrumento de que se valieron José Manuel Alemán y sus inmediatos antecesores y sucesores para transformar en jugoso lodazal lo que debió ser jardín pulcramente atendido. El soborno, la intimidación, el robo y la botella hicieron su agosto. Nóminas suculentas amamantaron

²⁸ El inciso K de la Ley No. 7 de Ampliación Tributaria, promulgada el 5 de abril de 1943 durante el primer gobierno de Fulgencio Batista, autorizaba los pagos para nuevas plazas de maestros y profesores, la construcción de nuevas instalaciones escolares y la compra de materiales docentes, pero fue empleado por los gobiernos de Grau y de Prío como cobertura legal para el robo, en gran escala, de fondos públicos. (N. del Comp.)

el gansterismo. El Ministerio de Educación daba la impresión de un lupanar artillado.

Se campeaba allí a título de amigo o de favorito de José Manuel Alemán. Millares de enchufados pululaban, insolentemente, por los pasillos. La burocracia atemorizada esperaba ansiosa, en ocio forzado, la hora de irse. No había control alguno para conocer los gastos y créditos del departamento. Se tramitaban las cuentas a base de atracos. En el Negociado de Pagaduría —según investigación practicada por Aureliano Sánchez Arango— «habían desaparecido los libros, los comprobantes de pago, las matrices de cheques y otros documentos, existiendo sólo los archivos llenos de cuentas pendientes de pago, amarradas en montones, sin orden ni cuidado alguno». Los datos aportados por esa investigación constituyen el más rotundo mentís a las idílicas acuarelas pintadas en los capítulos, pretensamente azules, de un negro relato que Tartufo no vacilaría en suscribir. Los libros registros de entrada y salida del Ministerio «llevábanse en forma anómala y desordenada, existiendo frecuentes enmiendas y raspaduras; el tarjetero de empleados utilizado por el Negociado de Personal y Bienes había desaparecido; el almacén y los talleres del Ministerio no funcionaban en lo absoluto, encontrándose en el mayor abandono; el Negociado de Estadística no rendía labor alguna, contentándose con hacer breves compilaciones; gran parte de los archivos de las Escuelas Politécnicas desaparecieron sin que en esa fecha hubiera comenzado el curso en Ceiba del Agua; la Escuela José Martí permanecía cerrada desde hacía dos años; la Dirección de Cultura permanecía en completa inercia, y no ejercía sus funciones la Dirección de Enseñanza, ni la Jefatura de Sección de Enseñanza Superior y Especiales».

Frecuentes eran los nombramientos falsos y las cesantías sin nombramientos. Hubo una persona que recibió tres nombramientos distintos. Se mantenía, en total desatención, el estado desastroso de las casas escuelas. Los créditos de material escolar iban, directamente, al bolsillo de los encargados de distribuirlos. Pupitres, libretas y lápices se trasmutaban, mágicamente, en fincas suntuosas, en palacios aladinescos y en autos charolados. El ayuno escolar fue el desayuno diario de la voracidad desmandada. Los desahucios se multiplicaban a granel. En Palma Soriano el pueblo se amotinó y hubo una protesta general en contra del lanzamiento de una escuela pública. Se nombraron cientos de «ins-

pectores» para fiscalizar a los maestros públicos. Dos de estos «inspectores» fueron designados en un barrio de Santiago de Cuba que tenía una sola escuela con un solo maestro. El parque deportivo José Martí —modelo en su tipo— se entregó, deliberadamente, a los estragos de la maleza, y su piscina, dedicada a vivero de peces. Se malversaron, a plena luz del día, los créditos de la Escuela Normal Rural y de los hogares infantiles campesinos. Ni Grau San Martín, ni José Manuel Alemán, dieron oídas a ese escandaloso estado de cosas, que suscitó la repulsa popular, la protesta del estudiantado consciente y la denuncia reiterada de parte de la prensa. El jerarca del BAGA tenía mayor valimiento con el presidente de la república que un señor de horca y cuchillo con Carlomagno.

No puede ser más sombrío el panorama de la enseñanza en este infausto período. El porcentaje de analfabetismo en Cuba alcanza hoy proporciones aterradoras. Necesidad imperativa fue siempre la fundación de escuelas y la creación de plazas. El gobierno de Grau San Martín fabricó numerosas escuelas y aumentó notablemente el número de maestros; pero, de las 628 escuelas construidas con cargo al diferencial azucarero, sólo 37 estaban emplazadas en parajes donde hacían falta. Las 591 restantes se situaron arbitrariamente, con fines, por lo común, de propaganda politiquera. No interesaba, en ningún caso, la atención a las verdaderas necesidades de la población escolar. Vastas zonas campesinas, urgidas de escuelas, quedaron a merced de la ignorancia, la miseria y el parasitismo. El costo nominal de las escuelas rurales construidas fue de \$12 000 por unidad. Su costo real no debe sobrepasar de la tercera parte de esa suma.

Imperaba, a todo trapo, el sistema de libre nombramiento en el magisterio. El número de concursantes a las oposiciones se vio reducido, por tal motivo, al 13 por ciento del total de opositores en años anteriores. En cinco meses, fueron designados libremente más de mil maestros. Se destinaban a las enseñanzas especiales el 72 por ciento; el 28 por ciento a la enseñanza común. Fueron enchuchados casi todos en los distritos urbanos. Según el censo efectuado por el ejército en 1946, 1 220 fincas permanecían sin escuelas, y de sus pobladores, 54 416 niños sin enseñanza. La violación del reglamento de instrucción primaria se erigió en norma. Se desconocían y burlaban los derechos del maestro de escalafón, se engavetaban los recursos de alzada fallados por el poder ejecutivo, se distribuían

nombramientos apócrifos y se vendían aulas en pública subasta. En tanto se despilfarraban \$67 000 000, brillaban por su ausencia el material de trabajo, el desayuno escolar y el pago de los alquileres. Se les birlaba sus haberes a más de 3 000 conserjes. No tramitaba un solo expediente la Comisión de Retiro. Excepto las escuelas rurales, la mayoría de los edificios escolares quedaron sin concluir. Los créditos para equipar el Instituto de la Víbora y la Escuela Normal de Matanzas se esfumaron como bruma mañanera al latigazo del sol.

En numerosas escuelas, los maestros de enseñanzas especiales sobrepasaban, considerablemente, el número de maestros de enseñanza común, viéndose estos impedidos de cumplir el normal desarrollo del programa. La cantidad total de maestros existentes el 31 de mayo de 1948 ascendía a 22 634. De esa cantidad, sólo 14 127 pertenecían a la enseñanza común. Entre junio y octubre de 1948, durante el tristemente célebre albur de arranque, se nombraron 119 maestros de *kindergarten*, 367 de enseñanza común y 829 de enseñanzas especiales. El número de inspectores provinciales de enseñanza común, de inspectores de distritos auxiliares, de inspectores de enseñanzas especiales y de inspectores generales ascendía, respectivamente, en vísperas del cambio de poderes, a 35, 300, 494 y 11. Detrás de esas cifras el fango chorrea a borbotones.

En las escuelas especiales, el nivel de enseñanza descendió a extremos increíbles. Su profesorado, en gran parte, era hijo del favoritismo y de la politiquería y su incompetencia corría pareja con su genealogía. Baste recordar que una profesora de la Escuela Normal de *Kindergarten* de Santiago de Cuba y otra de la Escuela del Hogar de la propia ciudad fueron desaprobadas en los exámenes de ingreso en la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Oriente —ya lo habían sido en la Universidad de la Habana— por atentados a la gramática y carencia absoluta de preparación. Y, tampoco debe olvidarse a un estudiante de la Escuela Superior de Artes y Oficios de Santiago de Cuba que pasó a ser alumno de sí mismo, al autodesignarse profesor a título de «líder de la juventud». ¡Oh manes de Julio Antonio Mella, de Rafael Trejo y de Ramiro Valdés Daussá!

De las denominadas escuelas politécnicas, «especialmente» atendidas por José Manuel Alemán, podría escribirse un capítulo digno de la picaresca española. Es la farsa más descomunal que

se haya montado en el trópico. Nadie sabe, a ciencia cierta, el resultado de esa enseñanza ni los objetivos que perseguía. Lo único que se supo siempre fue que sus créditos se tragarón a fauces abiertas y que fueron escándalo impar en punto a profesorado, disciplina y aprendizaje. La Escuela Técnica Industrial de Rancho Boyeros constituye excepción. Funcionó con regularidad y fue objeto de particulares predilecciones. La fundó Gerardo Machado y ostenta el nombre de General José B. Alemán.

Aún más dramático y sublevante es el cuadro ofrecido por la enseñanza secundaria. La mayoría de los actuales institutos arrastran el pecado de su origen espurio. Fueron improvisados por Fulgencio Batista en 1937 a fin de recompensar a la legión de traidores y oportunistas que se habían plegado, servilmente, a sus exigencias después de la huelga de marzo. Estos planteles, creados sin edificios propios, sin profesorado idóneo y sin material docente, fueron caldo de cultivo de la incompetencia, la corrupción y la algarada. Durante el gobierno de Grau San Martín, el sistema de la libre designación establecido por Batista llegó a su apogeo. Hubo un instituto con 160 alumnos y una nómina de 110 profesores y 105 empleados. Como el promedio de sueldos es de \$150, puede calcularse que cada uno de los bachilleres graduados le costó al Estado alrededor de \$25 000.

La distribución del profesorado en los planteles secundarios jamás se ajustó a un estudio estadístico de las necesidades regionales, ni a razones de competencia o de antigüedad. Siempre la palanca decidió la designación, el traslado o el ascenso. Las disposiciones inconsultas, disparatadas o perjudiciales, dictadas por presión del alumnado o para satisfacer las apetencias de camajanes, fueron innumerables. En varios institutos, la plétora profesoral obligó a repartir el trabajo en dos períodos durante el curso a fin de que se pudieran cumplir las tres horas semanales de labor. Situaciones agudas se promovieron, por esta causa, en los institutos de Marianao, del Vedado y de la Víbora y en la Escuela Normal de La Habana. Ni que decir tiene que los planteles secundarios más abarrotados eran los de la capital de la república o de sus alrededores. Los institutos anteriormente mencionados tenían más de cien profesores cada uno. El de Santiago de Cuba, con 2 300 alumnos, contaba sólo con 50. Y, para completar el cuadro, añádase a lo dicho la expedición de certificados de octavo grado para ingresar sin examen en el bachillerato; el pernicioso sistema de copias, folletos o libros impuestos por profesores de pacotilla, las deficiencias

fundamentales de los planes de estudio, el anacronismo de los métodos de enseñanza, la falsificación de títulos, la indisciplina estudiantil y la quiebra de la autoridad profesoral. Estos dos últimos extremos merecen tratamiento aparte.

No hubo perturbación más grave y profunda en la vida docente cubana que durante la regencia, ya directa, ora por control remoto, de José Manuel Alemán. En época de sus inmediatos antecesores, el Ministerio desconoció, sistemáticamente, la autoridad de directores, claustros y profesores hasta reducirla al escarnio; pero fue bajo el imperio mefítico del BAGA que los bonchistas hicieron la zafra, se holló a toda hora la dignidad de los centros docentes y se pisoteó sin tapujos la legislación escolar. Los jefes de la piratería estudiantil gozaban de más influencia y consideración en el Ministerio que los directores y profesores. Las decisiones de los consejos de disciplina se revocaban a la simple petición de los propios sancionados o se dejaban sin efecto a capricho del ministro. Se sucedían en toda la isla, sin consecuencia alguna, las huelgas y la toma de planteles. Papel mojado eran los acuerdos de los claustros. Era la hora áurea del bravucón, del granuja y del ignorante, que se proyectaría con reverberaciones sangrientas en la Universidad de la Habana.

Ningún ejemplo más ilustrativo, como compendio y culminación de este cúmulo de inverecundias, que lo acaecido en el Instituto de Holguín. Un grupito de facciosos, acaudillado por un pescador profesional de río revuelto, declaró un paro absolutamente injustificado e inmoral so pretexto de la «severidad» de ciertos exámenes y la negativa de algunos profesores a someterse a su arbitrio. Como el claustro rechazara, tajantemente, las exigencias y coacciones de que fue objeto por parte de los revoltosos, éstos se apoderaron del edificio y cometieron desmanes de todo género. Las «demandas» se aumentaron hasta incluir la destitución de la directora, el vicedirector, el secretario y dos profesores de matemáticas. El Ministerio envió a Holguín a los inspectores de segunda enseñanza Pedro Cañas Abril, Emilio Legañoa y Francisco Souto. Su informe fue favorable a las autoridades del plantel y recomendaron el pleno respaldo a quienes eran víctimas de un miserable complot. El Ministerio designó entonces al profesor Aníbal Rodríguez como delegado en el Instituto de Holguín, al objeto de intentar una conciliación entre las partes en conflicto. No le fue posible conseguirla, dada la actitud hostil del alumnado, al

cual se enfrentaría sin vacilaciones, recomendando igualmente en su informe el apoyo a las autoridades del Instituto y al claustro de profesores. El plantel fue al cabo restituido por el ejército a la directora, María del Carmen Núñez Berro, que dispuso enseguida la reanudación de las clases. Inconcebible resulta el estado en que fue encontrado el local al desalojarlo aquel tropel de energúmenos: el mobiliario destrozado, las aulas mancilladas por heces fecales, el pizarrón del aula magna repleto de dibujos pornográficos y de frases obscenas. De todo eso se tomaron fotografías y se levantó acta notarial. Pero al renunciar Carlos Arazoza y sustituirlo Miguel Ángel de la Guardia, el Ministerio, que aparentemente respaldaba al profesorado de Holguín, hizo causa común con los perturbadores, satisfizo todas sus «reivindicaciones» y entregó el instituto a un profesorcillo desprestigiado y venal. Se premiaba, una vez más, la desvergüenza y la incapacidad. Los profesores que arrostraron virilmente las embestidas del gansterismo estudiantil fueron destituidos, cesanteados o trasladados a otros planteles.

No todo, afortunadamente, estaba podrido en Dinamarca. En manifiesto contraste con esta ola de inepticias, inmoralidades y tropelías, se forman promociones de jóvenes afanosos y descuella una pléyade de profesores, provenientes en su mayoría de la generación revolucionaria, que honraron la cátedra y sirvieron la causa de la cultura. Esta constelación de jóvenes sólidamente preparados, no sólo luchó a brazo partido para rescatar el decoro de la enseñanza, sino que rindió al par una fructuosa labor académica. Incluso arriesgando a veces la vida, estos profesores tuvieron tiempo y sosiego para escribir libros, realizar investigaciones y publicar monografías que sitúan a Cuba entre los pueblos de nuestra América de más rica y valiosa producción en materia didáctica. Los textos de matemáticas editados por Ignacio Fiterre y Sócrates Rosell han sido cálidamente encomiados en los centros escolares del extranjero. Los libros de geografía y psicología publicados por Levi Marrero y José María Velázquez figuran como textos en Puerto Rico y en Centro y Suramérica. También se han distinguido, por sus aportes a la bibliografía didáctica, Carlos González Palacios, Gustavo Torroella, Aníbal Rodríguez, Manuel J. Gayol, Amelia Santana, Fernando Portuondo, Raúl Gutiérrez Serrano y Mercedes Rosaura y Ernesto García Tudurí. En universidades extranjeras, han laborado proficuamente Antonio Hernández

Travieso, Gerardo Canet, Isabel Iglesias y Humberto Piñera. Carlos Alfara, Pedro Cañas Abril y Julio César Torras se llevan las palmas en la investigación de las irregularidades cometidas en distintos planteles, y Dulce María Escalona, Leví Marrero, María del Carmen Núñez Berro, Ignacio Fiterre y Carlos Salomón como directores. No cabe duda de que un profesorado capaz de dedicarse por entero a sus tareas, en medio de las dificultades, inquietudes y agresiones a que fue sometido, está en óptimas condiciones para contribuir, decisivamente, a la victoria en la batalla por la educación pública en Cuba. Ni los estudiantes verdaderos, ni los padres de familia, serán remisos a ocupar el puesto de vanguardia que les corresponde.

Aureliano Sánchez Arango recibió, hizo ahora seis meses, la herencia putrefacta del BAGA. Ni administrativa, ni técnicamente, era un Ministerio lo que se ponía en sus manos, era una sentina. El intrusismo invadía el magisterio. La enseñanza secundaria presagiaba tormenta. Ni señales de vida daba el Estado en el terreno de la cultura. Derruidas las casas escuelas, exhaustos los almacenes, suprimido el desayuno escolar, el pistolero atrincherado detrás de los cheques, la administración descoyuntada, la niñez abandonada a su propia suerte. No había otra alternativa que virar resueltamente al revés el podrido y desvencijado armatoste y reconstruirlo de nuevo desde los cimientos a la cúpula. Pero, ya la vibrante clarinada de Aureliano Sánchez Arango denunciando el comercio de aulas y la venta de cargos, y el apoyo visible de la opinión pública, del magisterio incontaminado y del profesorado honesto y competente, anunciaban el advenimiento de tiempos mejores.

Fechado por Roa: 8 de mayo de 1949. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 71-79.

El rescate de la cueva

De las vacilaciones, torpezas, yerros y excesos que ha ido acumulando el gobierno de Carlos Prío Socarrás nadie pudo llamarse a engaño desde el instante mismo en que fue designado su primer gabinete. Tampoco de los aciertos y logros que pudieran apuntarse. Cabía prever las consecuencias, en cada caso, con matemáti-

ca exactitud. Nunca el ñame ha producido mameyes. Siempre el peral ha dado peras. La fecunda y denodada labor de Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación verifica, cumplidamente, lo dicho.

No se equivocó Prío al confiarle la suprema rectoría de esa dependencia. Ingentes y apremiantes eran los problemas que heredaba el nuevo gobierno. Ninguno alcanzaba, sin embargo, como ya subrayé en mi artículo «La herencia del BAGA», ni las dramáticas dimensiones ni la trascendencia nacional que la situación de bancarrota imperante en la enseñanza. Había que expulsar a los mercaderes del templo y virarlo todo al revés. Esta empresa titánica demandaba un hombre de voluntad férrea, carácter diamantino, capacidad relevante y coraje a toda prueba. Un hombre, en suma, que nada tuviera de común con la procesión de farsantes que ha desfilado por el Ministerio de Educación, ni responsabilidad alguna en las inverecundias, excrecencias y tropelías del grausato.

Nada evidenció más claramente el tino de Prío que la toma de posesión de Aureliano Sánchez Arango. Se lanzaran truculentos rumores para aguarle la fiesta al nuevo ministro. Ninguno de esos augurios tuvo eficacia. Allí acudieron, en avalancha, los profesores competentes, los escritores sin miedo, los revolucionarios honrados, los compañeros de antaño, los amigos de siempre. Vi a gente que hacía años se había esfumado de mi vista. Gente que convivió con nosotros en el Castillo del Príncipe, en la fortaleza de La Cabaña y en el Presidio Modelo. Y pueblo, pueblo anónimo, que iba a mostrarle su simpatía a quien no se arredró ante los pistoleros de José Manuel Alemán, que tomaba posesión de su cargo a pecho descubierto, que estaba decidido a coger al toro por las astas y no esgrimía otra arma que su fuerza moral. Aquello no se parecía a los velorios de paniaguados que suelen ser, entre nosotros, los trámites de circunstancias. La apretujada y febril muchedumbre que escuchó las claras, viriles y promisorias palabras de Aureliano Sánchez Arango en el hemiciclo, le infundieron al acto singular resonancia y simbólico significado. No en balde Aureliano Sánchez Arango era un revolucionario ejemplar y un profesor intachable. Y no en balde había proclamado bajo la égida luminosa de Enrique José Varona: «Estoy dispuesto a enfrentarme a cada instante a cuantos han conspirado y conspiran contra la moral y la cultura. Vengo a esta gestión para exaltar las

mejores calidades del niño y del joven cubanos, no para deprimirlos; a enseñar, a educar y a galvanizar las fuerzas morales y cívicas, no a impulsar o favorecer la estulticia, ni a glorificar el desenfreno de los apetitos, ni a reverenciar la mediocridad y la impudicia. Rebajar los valores esenciales del espíritu es llevar a los pueblos, por senderos oscuros, a la pérdida de la libertad. Deprimir es aquí preparar el imperio de la opresión».

Aureliano Sánchez Arango se dio a la tarea inmediatamente que tomó posesión del cargo. Había que fumigar y reconstruir de consuno. Miles de prebendas, de nombramientos apócrifos y de plazas subastadas reclamaban la poda implacable. No se podía contemporizar, ni hacer concesiones, sin traicionar el espíritu mismo de la cruzada emprendida. El estado caótico que ofrecían las distintas dependencias del Ministerio requería un tratamiento de urgencia y una reorganización acorde con la amplitud y complejidad de las funciones que le venían atribuidas por la Constitución y las leyes. Barrer la podre que inficionaba la cueva del BAGA le costó a Aureliano Sánchez Arango comparecer ante el Senado. Macizo de fondo y tajante de estilo fue su informe. No vaciló un solo momento ante las amenazas y vociferaciones de los piratas de la enseñanza. La limpieza se hizo. Se expulsaron de las nóminas a los comecandelas, se suprimieron los sueldos fantasmas, se dejaron sin efecto los nombramientos del albur de arranque. La ciudadanía responsable aplaudió cálidamente la medida y el magisterio empezó a sentirse garantizado en sus legítimos derechos.

En el orden administrativo, la reorganización abarcó desde los cimientos a la cúspide. Se dotó el departamento, en consonancia con las disposiciones de la carta fundamental, de una Subsecretaría de carácter técnico, con la consiguiente redistribución de funciones y la creación de nuevas oficinas. La reorganización administrativa incluida en el anteproyecto de presupuestos comporta reformas esenciales, a tono con las finalidades propias del Ministerio y el incremento y extensión de sus actividades. El Negociado de Presupuestos y Cuentas se eleva a la categoría de Dirección con dos secciones y sus respectivos Negociados. A fin de ejercer un riguroso control de todos los pagos, de reducir los gastos administrativos de las Escuelas Politécnicas y de facilitar el cobro de haberes a los profesores, funcionarios y empleados del interior de la isla, se crea una Pagaduría Central. El Negociado

de Estadística adquiere el rango que técnicamente le corresponde y se le dota de un moderno equipo de tabulación y clasificación de datos que le permitirá disponer de una información fidedigna del movimiento escolar y del desenvolvimiento administrativo del Ministerio. Las dos Subsecretarías se organizan sobre el plano de la unidad de propósitos de la dual estructura. Las Direcciones de Enseñanza y Escuelas Politécnicas y las de Administración y Contabilidad quedan adscriptas, respectivamente, a la Subsecretaría Técnica y a la Subsecretaría Administrativa. La Dirección de Administración tiene una función coordinadora entre los Negociados de Personal y Bienes, Almacén y Efectos Escolares, Registros y Archivos, Custodia y Limpieza, y Suministros. Este último Negociado, de nueva creación, queda encargado de la adquisición de todo el material del Ministerio y sus dependencias, mediante pulcros y adecuados procedimientos que han rendido ya visibles frutos en estos seis meses.

Ninguno de estos nuevos servicios afecta económicamente las atenciones docentes, académicas o culturales del Ministerio. Basta decir que las transformaciones operadas en el aparato administrativo ascienden, por una parte, a \$10 000 más de lo que tiene asignado hasta la fecha, y por la otra, disminuyen en \$73 000 el costo de los Negociados incluidos en la Dirección de Administración, lo que permite crear, sin gravamen alguno, la Dirección de Contabilidad. Aún más. Desde octubre de 1948, el Ministerio viene ahorrándole mensualmente al tesoro de la nación la respetable suma de \$953 000. Jamás se ha laborado tan intensamente en el Ministerio como en estos seis meses. Testigo he sido de jornadas de sol a sol. Ningún funcionario devenga un centavo extra por esta abrumadora tarea. Ni una sola persona figura hoy en comisión a las órdenes del Ministro. Los empleados fantasmas han desaparecido definitivamente bajo las horcas caudinas de la ficha dactiloscópica. Si hay algún botellero clandestino, la responsabilidad incumbe, exclusivamente, a quienes certifican sus servicios incumpliendo sus deberes. Se acabaron las filtraciones, las canonjías y los negocios. La Comisión de Compra y Subasta, integrada por Salvador Vilaseca, Ignacio Fiterre, Fernando González, Felipe Donate y René Hernández Vilá, es máxima prenda de garantía. Basta advertirlo en el crédito que goza actualmente el Ministerio en las esferas comerciales. La honestidad administrativa trompeteada por Carlos Prío en su propaganda electoral es

blasón singular de Aureliano Sánchez Arango y debe exaltarse, a toda hora, para sonrojo de quienes la propugnan demagógicamente de labios afuera.

Las medidas adoptadas en el campo de la enseñanza demuestran, inequívocamente, que un nuevo espíritu rige hoy la política educacional de la república. Se han anulado todos los nombramientos de maestros e inspectores efectuados entre junio y octubre de 1948 sin cumplir los requisitos legales. Los maestros sustitutos e interinos indebidamente promovidos en este período fueron reintegrados a las plazas que anteriormente desempeñaban. Aureliano Sánchez Arango renunció expresamente a realizar ningún nombramiento libre en la docencia. Las designaciones de maestros e inspectores se han realizado de acuerdo con el Reglamento General de Instrucción Primaria. Sólo tienen derecho a ocupar las plazas vacantes o de nueva creación los maestros de escalafón. No se ha producido ningún traslado de una escuela rural a una urbana sin llenarse los requisitos reglamentarios, ni se han concedido licencias o comisiones a maestros rurales sin previo cumplimiento de lo dispuesto en la ley. Se está confeccionando el censo escolar. Numerosas aulas rurales, a un ritmo de ocho a diez por semana, se han ido creando de acuerdo con las necesidades del paraje y mediante los trámites de rigor. Se han establecido gratificaciones extraordinarias para los maestros rurales que residan en los lugares en que enseñan. Las designaciones de alumnos eminentes en las Escuelas Normales, del Hogar y de *Kindergarten* se han reglamentado debidamente. El sistema de oposiciones se ha modificado, agregándose una prueba escrita y disponiéndose que se efectúen por Distritos de Inspección, a fin de que los aspirantes estén vinculados al sitio en que han de trabajar. Los cargos de inspectores de todas las categorías y enseñanzas, que vaquen o sean creados, se cubrirán por oposición en unos casos y por concurso en otros. Se ha regulado el sistema para cubrir las plazas vacantes de auxiliares de *kindergarten* y establecido rigurosamente un régimen de escalafón para los auxiliares en ejercicio.

Las deficiencias de material escolar —crónica tragedia de la enseñanza cubana— se han suplido, en parte, mediante un crédito de \$250 000. La supervisión y fiscalización de las inspecciones ha quedado sometida a la Oficina del Centro Técnico de Inspecciones

creada a esos efectos. Se ha sustituido el tradicional desfile escolar del 28 de enero por actos en concordancia con la resistencia física de la niñez y el pensamiento de José Martí. La organización del Negociado de Dietética marca un señalado paso de avance en la materia. No se ha podido aún restablecer el desayuno y la merienda escolares en todos los ámbitos de la república; pero están ya distribuyéndose 109 984 raciones diarias entre 4 446 escuelas. La Comisión Técnica para la reforma de la enseñanza primaria ha concluido ya y elevado a la superioridad un completo análisis de las deficiencias y vicios que la adulteran y lastran. También han elaborado su informe los técnicos designados para estudiar las reformas de las Escuelas Primarias Superiores. La fiscalización del funcionamiento, nivel técnico y orientación de las escuelas privadas se ha venido efectuando asidua y celosamente.

Parejos resultados se han obtenido en la enseñanza secundaria. La disciplina estudiantil y la autoridad profesoral, resquebrajadas medularmente en los últimos años, han sido restablecidas en todos los planteles de la isla. No se han tolerado violencias de ninguna clase. Las peticiones de los alumnos son recibidas por conducto reglamentario y resueltas con insobornable espíritu de justicia. Directores, profesores y claustros han tenido el pleno respaldo del Ministerio en el ejercicio de sus funciones. El Instituto de Holguín —otrora el más abominable baldón de la docencia cubana— ha vuelto a recobrar su prestigio y desenvuelve hoy normalmente sus labores, gracias a la eficaz cooperación de los profesores Carlos Alfara y Julio César Torras. Se ha creado la Comisión Nacional de Psicometría y Orientación Vocacional para la segunda enseñanza. Esta Comisión, integrada por profesores secundarios y asesorada por profesores universitarios, tiene a su cargo las investigaciones y mediciones de inteligencia, el diagnóstico de aprovechamiento y dificultades del aprendizaje, la orientación vocacional y el examen de la personalidad de los estudiantes de todos los centros secundarios de enseñanza.

Se ha modificado el reglamento general de los institutos y se han introducido reformas parciales en la Escuela de Periodismo. El reglamento para cubrir por concurso-oposición todas las cátedras vacantes o de nueva creación está ya concluido y están confeccionándose los escalafones del profesorado. Se estudia incluso la posibilidad de convocar a concurso-oposición todas las plazas

proveídas por mero nombramiento. La Comisión Técnica de reformas de la segunda enseñanza, compuesta por la más granada representación del profesorado secundario, acaba de elevar un acucioso y documentado informe a Aureliano Sánchez Arango proponiendo un amplio plan, enderezado a transformar, radicalmente, las bases, los métodos y los objetivos de la enseñanza con una visión dinámica de los intereses y aptitudes del alumno, las necesidades de una educación al servicio de la nacionalidad y las exigencias científicas y pedagógicas. Se han recogido las directrices cardinales y los aportes positivos de Enrique José Varona, superando los anacronismos y limitaciones de su ya histórica reforma.

La enseñanza politécnica ha sido puesta por primera vez en marcha hacia sus verdaderos objetivos. Ya funcionan el Centro Politécnico Superior de Ceiba del Agua y la Escuela José Martí de Rancho Boyeros, que permaneció clausurada durante dos cursos. Se ha reajustado la plantilla de la Dirección, se ha suprimido el personal docente superfluo y se han otorgado 1 200 becas más sin que hayan aumentado las cantidades consignadas a esas atenciones. De acuerdo con los informes de la Comisión designada para la reforma de la enseñanza politécnica, se han dispuesto ya de los créditos para adquirir los instrumentos, útiles y maquinaria necesarios a fin de transformar la Escuela José Martí, la de Matanzas, la de Las Villas y la de Holguín en verdaderos centros vocacionales. La restauración del Parque Infantil José Martí se ha iniciado ya sin necesidad de gastos extraordinarios. El próximo curso reanudarán su funcionamiento los Hogares Infantiles.

La Comisión Nacional de Educación Física ha sido reorganizada, previa depuración del profesorado y de las irregularidades cometidas. Nueva estructura se le ha dado al Instituto Nacional de Educación Física. Se edita, mensualmente, la *Revista de Información Científica y Pedagógica*, destinada al profesorado de educación física. Cuarenta mil niños y adolescentes están participando en los primeros juegos deportivos nacionales, inaugurados el pasado 24 de abril con un desfile atlético frente al capitolio. Las competencias culminarán el próximo mes de junio en esta ciudad.

La antorcha del maratón martiano avanza ya hacia la provincia de Oriente portada por jóvenes corredores. Una gran oportunidad se le ofrece a Aureliano Sánchez Arango con motivo de la suspensión del Tercer Congreso Panamericano de Educación Fí-

sica que debía efectuarse en Lima. La turbulenta situación política del Perú, sometido a los rigores brutales de una dictadura militar de típico estilo fascista, obligó a adoptar ese acuerdo. No hace aún muchos días que la Oficina Permanente de dichos congresos, radicada en Montevideo, propuso a La Habana como posible sede del Tercer Congreso. El Ministerio de Educación, que está vivamente interesado en encauzar por nuevos rumbos la educación nacional, debe recoger esa propuesta y arbitrar los recursos necesarios a fin de que ese importante evento se celebre en nuestra capital.

La Universidad de Oriente, oficialmente reconocida por un acuerdo del Consejo de Ministros, ha sido eficazmente ayudada por el Ministerio de Educación, que ha intervenido en su reorganización provisional dictando los estatutos que habrán de regirla hasta que el Congreso apruebe la ley correspondiente que establezca y garantice su régimen de enseñanza, su dotación económica y su autonomía docente y administrativa. Elías Entralgo, José Manuel Gutiérrez y yo participamos en esa labor como representantes de la Universidad de la Habana, conjuntamente con Felipe Salcines, Pedro Cañas Abril y Felipe Martínez Arango, figuras destacadas de la nueva y pujante institución, llamada a los más altos destinos.

Diversas actividades de índole cultural ha auspiciado el Ministerio de Educación en estos seis meses. Ha subvencionado tres funciones del Ballet de Alicia Alonso y doce conciertos populares de la orquesta Filarmónica de La Habana. Se han efectuado representaciones teatrales en las escuelas públicas. Inusitado esplendor revistió la celebración del Día de la Canción Cubana. A propuesta de Aureliano Sánchez Arango, el Consejo de Ministros declaró *Año Varona* el que cursa, como homenaje al esclarecido maestro en el año de su natalicio. La contribución del Ministerio de Educación comprende un concurso periodístico con premios en metálico para los tres mejores artículos publicados sobre la significación de Varona en la cultura cubana, un ciclo de conferencias sobre su vida y su obra, una antología popular de sus prosas más descollantes en filosofía, literatura y política, una feria del libro cubano y la convocatoria de un congreso americano de filosofía. La ayuda económica y el calor espiritual prestado por Aureliano Sánchez Arango al Cuarto Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, recientemente celebrado en la

Universidad de la Habana, corrobora su ahincada preocupación por los intereses superiores de la cultura. Ahora mismo se va a clausurar el XV Salón de Humoristas, auspiciado por el Ministerio de Educación en el Parque Central, con tan extraordinario éxito de público y de crítica que su organizador, el genial caricaturista Juan David, está a punto de estallar de alborozo. Una exposición de Fidelio Ponce y otra de pintura moderna serán próximamente inauguradas.

La merma sufrida por el presupuesto de Educación, asciende a \$35 000 000. Dentro del tremendo reajuste que le toca, Aureliano Sánchez Arango ha hecho prodigios para salvaguardar los intereses fundamentales de la enseñanza y de la cultura. De sobra conocida es la situación de abandono y miseria en que ha vegetado siempre la instrucción primaria en nuestro país. Este sector, el más vasto y por lo mismo el más importante de la docencia cubana, ha sido objeto de preferente atención en el anteproyecto de presupuestos confeccionado por el Ministerio de Educación. Se han aumentado cuantiosamente las consignaciones relativas al material escolar, al fluido eléctrico, al servicio del agua, a la reparación y conservación de casas escuelas, al desayuno escolar, a los haberes de empleados fallecidos, a las sustituciones de maestras por maternidad y a la creación de nuevas escuelas. A \$468 192 asciende la consignación fijada para la creación de 400 aulas en el próximo curso. En cuanto a la atención del magisterio, tres consignaciones nuevas aparecen en el anteproyecto de presupuestos: una para abonar las gratificaciones que reglamentariamente deben percibir los directores con aula y sin aula por su labor de supervisión; otra para restituir al magisterio el sobresueldo por cinco y diez años de servicios que una ley de la república estableció y se ha venido incumpliendo; y, finalmente, una cantidad inicial para establecer la gratificación a los maestros rurales residentes en lugares apartados de difícil acceso, como el más eficaz estímulo para lograr su vinculación y arraigo en el medio campesino. Las plazas de maestros de enseñanza común, de enseñanzas especiales y de *kindergarten* incluidas en el anteproyecto de presupuestos ascienden a 22 759. No se suprime, pues, ni un sola de las existentes en la enseñanza primaria.

Los inspectores quedan distribuidos de acuerdo con las necesidades de los distintos tipos de enseñanzas, escuelas y maestros. No se ha seguido otro criterio que el puramente técnico y, en todo

caso, las excedencias propuestas se ajustan a lo dispuesto en el Reglamento General de la Instrucción Primaria. En la enseñanza común, habrá un inspector por cada 70 maestros; y en las enseñanzas especiales, uno por cada 45 maestros de *kindergarten*, por cada 86 de artes manuales, por cada 35 de música y por cada 7 de educación física. La totalidad de las excedencias, en la enseñanza común, alcanza a 30 inspectores, y a 251 en las enseñanzas especiales. No resulta ocioso añadir que en música y en educación física había un promedio de un inspector por cada dos maestros, y a veces por cada uno, en justa correspondencia con la descocada política de distribución del peculado, puesta en vigor, a bombo y platillo, por Ramón Grau San Martín.

Igualmente considerables son las consignaciones de material para los centros secundarios. En los Institutos se eleva a \$67 000; en las Escuelas del Hogar, a \$36 000; en las Escuelas Especiales (Artes y Oficios, Escuelas Técnicas Industriales), a \$229 072; en las Escuelas Profesionales de Comercio, a \$47 470; y en las Escuelas Normales, a \$32 650. Es absolutamente falso que se supriman los cursos nocturnos que han venido funcionando en los Institutos. Los fondos para su sostenimiento aparecen, expresamente consignados, en el anteproyecto de presupuestos. No son ajenos al propalado infundio algunos profesores que aún siguen los dictados del BAGA y grupos estudiantiles que aspiran estentóreamente a estudiar cada vez menos, en nombre de una tradición que ignoran y mancillan. Las Escuelas Profesionales de Comercio, sitas en las cuencas lecheras de Sancti Spiritus y Bayamo, son particularmente atendidas y orientadas sus enseñanzas en el sentido de cooperar a la organización más cabal y al más amplio desarrollo de las actividades agrícolas e industriales de esas zonas ganaderas.

A las actividades culturales se les presta, por primera vez, la debida atención económica. La Dirección de Cultura ha solido ser, desde su fundación, la cenicienta del Ministerio de Educación. Mucho antes de que José Manuel Alemán convirtiera esa dependencia en la cloaca de la república, ya habían sido proscritos los valores del espíritu. Aureliano Sánchez Arango ha puesto las cosas en su verdadero sitio. En el anteproyecto de presupuestos se asignan \$300 000 al capítulo de subvenciones y dotaciones. El Archivo, la Biblioteca y el Museo Nacionales dispondrán ahora de \$20 000 cada uno para cubrir sus primordiales necesidades.

Se consigna la suma de \$160 000 para el sostenimiento de los becarios del Ministerio. Y para la organización de actos culturales, otorgamiento de premios, publicaciones de libros, exposiciones de pintura y escultura, concursos literarios, musicales, científicos y periodísticos, que antes contaban con dotaciones mezquinas o carecían totalmente de ellas, se fija en el anteproyecto de presupuestos un cuarto de millón de pesos. No debía Aureliano Sánchez Arango dejar de la mano la creación de una Escuela Libre de Pintura y Escultura, que es ya urgencia inaplazable del alto coeficiente de madurez a que han llegado las artes plásticas en Cuba. Ni su anunciado proyecto de fundar un Instituto de Investigaciones Científicas y Altos Estudios.

Esta es, en apretado resumen, la gigantesca labor desarrollada por Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación durante los seis meses que acaban de transcurrir. Sólo, mediante el esfuerzo constante y creciente y la más absoluta probidad, ha podido lograrse el cambio radical de estructura y de orientación que se observa ahora en esa vasta y compleja dependencia. Aureliano Sánchez Arango ha ofrendado sus mejores energías a esa faena. Fecunda ha sido la siembra y ubérrima será la cosecha.

El Ministerio de Educación prefigura lo que pudieran ser los restantes si tuvieran al frente hombres de la voluntad tesonera, de la irreprochable conducta y del claro talento de Aureliano Sánchez Arango. No de otro modo se explica el puro oxígeno que hoy se respira en lo que fue una sentina hasta el 10 de octubre de 1948. El esforzado núcleo de colaboradores, que echó rodilla en tierra junto a él, sabe que está lidiando por la niñez, por la cultura y por un porvenir mejor. Me honra sobremano haberme ligado entrañablemente a ese noble empeño que lleva adelante, contra viento y marea, entre asechanzas e insidias, un compañero de los días heroicos que permanece limpio de pies a cabeza y puede invocar sin remordimientos a Julio Antonio Mella, a Rafael Trejo, a Antonio Guiterras y a Pablo de la Torriente Brau. Gran risa me dan los apostolitos de gabinete que han optado por presenciar este bizarro y reconfortante espectáculo desde el florido ventanal de sus jugosas ocupaciones. Y, solo desprecio, los que se han erigido un pedestal político clamoreando reformas docentes que jamás sintieron ni quieren.

No es agrediendo a la soberanía de la conciencia, ni aherrojando a sus adversarios, ni reviviendo instituciones odiosas como se

conquista el respaldo popular y se restaura el imperio del orden democrático, en grave trance por la impunidad del gansterismo y la crisis de autoridad. Camino equivocado y sumamente alarmante está tomando el gobierno con estas inconsultas y arbitrarias medidas, que afectan a la sustancia misma del régimen de libertades establecido y garantizado en la Constitución. Tiempo es aún de recoger velas y seguir la ruta de trabajo, responsabilidad y decoro, trazada por Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación. De otra suerte, no le arriendo las ganancias a Carlos Prío y al Partido Revolucionario Cubano. El futuro será de los que breguen por el presente sin complicidades con el pasado. No pertenezco a ningún partido político, ni es mi oficio la oposición sistemática. Es una sincera advertencia al presidente de la república.

Fechado por Roa: 22 de mayo de 1949. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 81-91.

La isla de los empleados públicos

Medio siglo de existencia cumplirá pronto la república. En algunos aspectos, el balance arroja, como acaba de demostrar Ramiro Guerra en documentado ensayo, un saldo sobremano favorable. No ha podido aún trascender, sin embargo, la estructura económica que obstaculiza su pleno desarrollo político, industrial, comercial y agrario. El objetivo fundamental del movimiento revolucionario que insurge el 30 de septiembre de 1930 fue la transformación de las bases coloniales de nuestra economía y de las condiciones sociales de vida de nuestro pueblo. La desproporción entre lo querido y lo logrado es demasiado visible para que necesite ser subrayada. Baste decir que, no obstante el adelanto espiritual y material obtenido, Cuba continúa siendo, en última instancia, una plantación azucarera rodeada de empleados públicos por todas partes.

Nadie ha pintado tan certeramente el drama psicológico de la burocracia criolla como Enrique Serpa en uno de sus cuentos; pero la tragedia externa de ese oscuro proceso de resentimientos, defraudaciones, amarguras y miserias está aún por describir. Ni siquiera se le acreditan sus probados sacrificios al fiel servidor

del Estado. La contribución del empleado público al derrocamiento del machadato fue decisiva. Se lo jugó todo a una carta en la huelga de marzo de 1935. De todos los núcleos sociales de la república, ha sido el más zarandeado, preterido y burlado. No se le ha hecho nunca justicia. La designación, el ascenso y la destitución han estado siempre a merced de los mangantes de turno. Excepcionalmente se ha tenido en cuenta la capacidad, la eficacia y la honradez. Miles de casos podrían citarse de la probidad premiada con la cesantía, y de la aptitud, con el menosprecio. La Comisión del Servicio Civil ha funcionado, usualmente, a conveniencia y arbitrio del partido de gobierno. No ha pasado de ser un demagógico señuelo la carrera administrativa.

A partir de 1940, ninguno de los aspirantes a la suprema magistratura dejó de inscribirla en su programa; para todos fue letra muerta apenas se atrincheraron gozosamente en el presupuesto. En la plataforma presidencial de Fulgencio Batista se prometió, a bombo y platillo, «la organización de la administración pública sobre la base de la carrera administrativa y su tecnificación». Uno de los más restallantes latiguillos de la propaganda auténtica, antes de ocupar el poder, fue el establecimiento de la carrera administrativa. No vacilaría en pasarla por la piedra de su disparpajo el inefable simulador de la Quinta Avenida. Eddy Chibás, Juan Marinello y Ricardo Núñez Portuondo también ofrecieron establecer la carrera administrativa en sus plataformas de gobierno. Numerosos proyectos de ley, encaminados a su implantación, duermen la siesta del olvido en el Senado y en la Cámara. Carlos Prío Socarrás prometió solemnemente, durante su campaña electoral, promulgar la Ley de inamovilidad del empleado público. En su primer mensaje presidencial al Congreso, demandó de éste la ley complementaria correspondiente, sin que nada se hiciera por satisfacer el clamor de la opinión pública, harta ya de chicharrones de viento. Ahora, en un nuevo mensaje al Congreso, el presidente Prío ha puesto otra vez, en el primer plano de la actualidad, la carrera administrativa. No resulta ocioso, pues, dedicarle un comentario al asunto.

Si el problema de la reorganización de la administración pública y la tecnificación del Estado es ya de solución inaplazable, es también de los más enmarañados y arduos. La íntima relación de dependencia entre el sistema de monocultivo imperante y el cre-

cimiento desmesurado de la burocracia le imprimen peculiar sesgo a la cuestión de la carrera administrativa en nuestro país. Es indiscutible que las angostas perspectivas inherentes a toda estructura económica de tipo colonial y la debilidad congénita de la burguesía cubana han convertido a la administración pública en una de las principales fuentes de subsistencia de la clase media y algunas capas del proletariado; pero no lo es menos que el aumento de la población y la creciente amplitud y complejidad de las actividades del Estado, que invade hoy esferas otrora inaccesibles al poder público, son, asimismo, factores concurrentes de capital relevancia. Nada habría que argumentar si el hecho en cuestión estuviera determinado, meramente, por el perfeccionamiento de la organización administrativa y el efectivo cumplimiento de sus funciones. Es grave, desde luego, que los partidos políticos cubanos hayan venido usufructuando como botín de guerra los cargos públicos desde los tiempos idílicos de Tomás Estrada Palma, que dio el santo y seña; pero es aún más grave que el nivel moral de la administración pública haya descendido en la propia medida en que el personal ha proliferado. «Si el Estado moderno es esencialmente burocrático —escribe Harold J. Laski—, su vida está estrechamente ligada a la condición de sus funcionarios públicos, la administración descansa en las manos de éstos, y es imprescindible que quienes tienen la misión de aplicar el derecho, deben poseer las aptitudes necesarias para cumplir esta tarea». La administración pública cubana jamás fue modelo en su género; pero nunca alcanzó el grado de desbarajuste, corrupción, incapacidad, improvisación y favoritismo que en los últimos años. Las emanaciones mefíticas de la ciénaga de Zapata huelen a primavera si se las contrasta con los hedores del BAGA, sigla representativa del pistolero empollado con cheques.

La carrera administrativa tiende a satisfacer dos exigencias fundamentales de la sociedad contemporánea: la organización de un servicio civil eficiente y honrado mediante la tecnificación de la administración pública y el establecimiento de un régimen de garantías para la clase burocrática. Esta doble fundamentación de la carrera administrativa ha contribuido a considerarla, frecuentemente, como aspiración propia del programa general de la tecnocracia y como forma particular de expresión del sindicalismo proletario. La palabra tecnocracia —indicativa de un nuevo sistema y filosofía de gobierno por la ciencia y por los científicos— fue

lanzada a la circulación por el ingeniero norteamericano H. Smyth. El movimiento en pro de la tecnocracia adquirió su meteórico esplendor paradójicamente al ser elegido Franklin Delano Roosevelt, un político, para suceder a Herbert Hoover, un ingeniero. Su «doctrina» podría resumirse de esta suerte: habiendo fracasado el gobierno constitucional en la dirección de los Estados Unidos, resultaba indispensable sustituirlo por un gobierno de ingenieros. Nadie, fuera de éstos, era capaz de comprender la técnica industrial. Sólo los ingenieros estaban capacitados para resolver la crisis económica que agobiaba al país, que era una crisis puramente técnica. Sólo ellos, en consecuencia, debían asumir la dirección del gobierno y procurar el bienestar general con la adecuada tecnificación de los servicios públicos. La tecnocracia olvidaba que el gobierno de los procesos mecánicos y el gobierno de los hombres son radicalmente distintos. Su aspiración a tecnificar la administración respondía, sin duda, a una necesidad de nuestra época; pero no es menos cierto que la tecnificación de la administración pública es absolutamente compatible con un régimen democrático. El ideal sería la coexistencia efectiva de un gobierno por elección y de una administración por selección.

Mucho se ha controvertido, en los últimos años, sobre el problema del sindicalismo administrativo. Escasos son los gobiernos que permiten la sindicalización de los funcionarios y empleados públicos. Este tipo de sindicalización, que aboga por los mismos derechos que informan la carrera administrativa, está prohibido en Cuba desde el Decreto-ley núm. 65 de 9 de marzo de 1934. Ni que decir tiene que la mayoría de los dirigentes obreros son partidarios del sindicalismo administrativo, aduciendo que entre la administración pública y los funcionarios y empleados existe un verdadero contrato de prestación de servicios. Este punto de vista ha sido vigorosamente combatido por los que entienden que la situación de los funcionarios y empleados públicos viene dada legalmente por el Estado y sólo a éste incumbe reconocer o no el derecho de aquéllos a sindicalizarse o a asociarse para fines recreativos y culturales. No existe, pues, en ningún caso, contrato de trabajo entre la administración y sus servidores. La naturaleza jurídica del vínculo que liga al empleado público frente al Estado es enteramente distinta a la del obrero frente al patrono. Ni siquiera la relación económica es la misma. Todo esto, por supuesto, es discutible a la luz de la doctrina social y de la sindicalización progresiva que se advierte en todas

partes. Lo que sí resulta inobjetable es que la carrera administrativa nada tiene que ver con la sindicalización de los funcionarios y empleados públicos. La carrera administrativa va enderezada, exclusivamente, a la tecnificación de la administración y a la protección de los derechos de sus agentes.

Dos sistemas se han solido enfrentar para el reclutamiento y organización de los funcionarios y empleados públicos: el sistema del despojo (*spoils system*) y el sistema del mérito. En el primero, los cargos públicos constituyen el botín del partido vencedor en las elecciones. No se atiende a la naturaleza de las funciones públicas para cubrir los cargos ni a la capacidad de los empleados. En el segundo, la selección se efectúa atendiendo a la capacidad y aptitud de los aspirantes y se garantizan su inamovilidad, sueldos y ascensos. La Ley del Servicio Civil, promulgada por el Decreto núm. 45 de 11 de enero de 1909, estableció en Cuba la carrera administrativa. Esta ley fue redactada por la Comisión Consultiva, encomendándosele la ponencia a Erasmo Regüíferos, quien hubo de elaborarla con la decisiva colaboración de Luis Carmona Castaños. No obstante ese extraordinario paso de avance en el proceso de la tecnificación de la administración, en la práctica ha imperado siempre el sistema del despojo, del peculado y del prebendaje. Ha sido más ineficaz la Comisión del Servicio Civil que la quinta rueda del coche. La Sección Segunda del Título-VII de la Constitución de 1940 ha preceptuado los principios cardinales de la carrera administrativa contenidos en la aludida ley de 1909 y establecido, en una disposición transitoria, la necesidad de adoptar una legislación complementaria. Con anterioridad a Cuba, habían constitucionalizado estos principios, entre otros, el Estado Libre de Danzig, Finlandia, Alemania y la república española. Inglaterra y Francia han mantenido, tramontada ya la mitad de la pasada centuria, una eficiente organización administrativa y un sistema de selección por el mérito. Desde Andrew Jackson a nuestros días, los Estados Unidos han ganado bastante terreno en ese camino; pero, nadie ha superado aún el récord del presidente Jackson como salteador de cargos públicos.

La cuestión del estatuto del funcionario público ha concitado la atención primordial de los congresos internacionales de ciencias administrativas efectuados antes de la Segunda Guerra Mundial. Entre las conclusiones adoptadas, merecen citarse las siguientes: a) el valor moral, la capacidad intelectual, el conocimiento de la actividad

administrativa y ciertas aptitudes particulares indispensables para el ejercicio de determinadas funciones son cualidades requeridas en todo buen funcionario; b) selección y promoción de los funcionarios y empleados en atención a su capacidad y sus aptitudes; c) período de prueba como requisito previo a la inamovilidad en el cargo; d) adiestramiento constante de los servidores del Estado a través de cursos organizados conjuntamente con los poderes públicos, los centros universitarios y las instituciones docentes; y e) preparación universitaria especializada y título correspondiente. Es interesante señalar que en estos congresos fue objeto de vivísimo debate el problema de la insuficiencia de la pura formación jurídica para el desempeño de los cargos públicos, preconizándose la creación de institutos especiales en las universidades a fin de asegurar una adecuada preparación para la carrera administrativa.

Según la Constitución de 1940, son «funcionarios, empleados y obreros públicos los que, previa demostración de capacidad y cumplimiento de los demás requisitos y formalidades establecidos por la ley, sean designados por autoridad competente para el desempeño de funciones o servicios públicos y perciban, o no, sueldo o jornal con cargo a los presupuestos del Estado, la Provincia o el Municipio, o de entidades autónomas». Y, a seguidas, dispone que «su inamovilidad se garantiza por esta Constitución, con excepción de los que desempeñen cargos políticos o de confianza. El ingreso y el ascenso en los cargos públicos —que no sean políticos o de confianza— sólo podrán obtenerse después que los aspirantes hayan cumplido los requisitos, y sufrido, en concurso de méritos, las pruebas de idoneidad y de capacidad que la ley establecerá, salvo en aquellos casos, en que por la naturaleza de las funciones de que se trate, sean declarados exentos por la ley. No se podrán imponer sanciones administrativas a los funcionarios, empleados y obreros públicos sin previa formación de expediente, instruido con audiencia del interesado y con los recursos que establezca la ley». La propia Constitución ordena, para resolver las cuestiones relativas a los servicios públicos, la creación de un organismo de carácter autónomo que se denominará Tribunal de Oficios Públicos, del cual me ocuparé detenidamente en otra ocasión.

Si se examina el texto constitucional de 1940, salta manifiestamente a la vista la íntima conexión que establece entre la función de la enseñanza superior y la organización de los servicios públicos. Adriano G. Carmona ha iluminado, magistralmente, la traba-

zón orgánica de estas instituciones y advertido las beneficiosas consecuencias que de este hecho podrían derivarse para el mejoramiento y progreso del pueblo cubano. De acuerdo con el artículo 47 de la Constitución, «la cultura, en todas sus manifestaciones, constituye un interés primordial del Estado». Esto significa, ni más ni menos, que el Estado cubano aspira a poner en función social la cultura y la Universidad al servicio del pueblo. No en balde el artículo 53 postula que «la enseñanza oficial proveerá al estímulo y desarrollo vocacionales, atendiendo a la multiplicación de las profesiones y teniendo en cuenta las necesidades culturales y prácticas de la nación». La propia Constitución declara que los Ministerios de Educación, de Salubridad y Asistencia Social, de Agricultura y de Obras Públicas, actuarán «exclusivamente como organismos técnicos». La intención de irradiar la política de estos departamentos se infiere del precepto mismo; pero, también se precisa, categóricamente, que la labor a desarrollar en esos departamentos deberá encomendarse a profesionales especializados en cada una de esas ramas de la actividad estatal. De otra suerte, ninguno de esos Ministerios podría actuar «exclusivamente como organismo técnico». No se trata, en este caso, de tirar un cuarto a espadas en favor del profesionalismo, que en garantía de las funciones públicas ampara la Constitución en el artículo 57. Se trata, por el contrario, de defender las funciones técnicas del Estado, de propinarle una estocada a fondo al intrusismo de la política en el ámbito que le está constitucionalmente vedado. Lo importante, en definitiva, es que la enseñanza y la administración se unen y enlazan, la administración se tecnifica y la técnica encuentra cabida en la administración. Esa es, justamente, la piedra angular de la carrera administrativa y de la inamovilidad. El Estado dejará de ser un hospicio de incapaces y botelleros para garantizar, únicamente, a los funcionarios y empleados de idoneidad y pulcritud reconocidas. Aureliano Sánchez Arango, profesor genuino, revolucionario de cepa y hombre entero y verdadero, está dando el ejemplo en el Ministerio de Educación, que por primera vez, desde que fue promulgada la Constitución de 1940, tiende a convertirse rápidamente en un organismo técnico.

En lo que a ella particularmente concierne, ya la Universidad de la Habana viene proporcionando enseñanzas especializadas a los ciudadanos con vocación de servicio en el Instituto

de Administración Pública de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. La fundación de este Instituto se apoya en el artículo tercero de los estatutos universitarios, en que se preceptúa, taxativamente, que los planes de enseñanza deben concordar con los fines del Estado. Por el carácter autónomo de las materias científicas que se cursan en este centro, el Consejo Universitario le ha impartido validez profesional al título de Capacitado en Administración Pública que expide. En tal virtud, diversos Ministerios han reconocido a los graduados del Instituto su derecho a la gratificación adicional que previene el Decreto núm. 2743 del 30 de agosto de 1934. La experiencia ha sido en grado sumo fructífera. Los alumnos del Instituto de Administración Pública representan un valioso aporte a la vida universitaria por su asidua asistencia a las clases, su afán de superación y su sentido de la responsabilidad. Y, al prepararlos debidamente para el desempeño de sus funciones e inculcarles un espíritu de servicio público a prueba de tentaciones y chanchullos, el Instituto está contribuyendo a levantar el nivel técnico y moral de la burocracia cubana.

Ahora tienen la palabra el Congreso y el presidente Carlos Prío Socarrás. Si se quiere realmente limpiar la podre que inficiona la administración pública y organizarla para el cumplimiento de sus fines, debe promulgarse cuanto antes la Ley de oficios públicos, pendiente hoy de aprobación en el poder legislativo. El proyecto presentado por el senador Antonio Martínez Fraga, a pesar de sus limitaciones y extravíos, pudiera servir de base a la discusión. La Ley de oficios públicos deberá plasmar los principios constitucionales a que he hecho referencia y consignarlos en preceptos que se conjuguen, armónicamente, con aquellos otros principios de la propia Constitución que tienden a la tecnificación de la administración y a darle acogida preferente en sus departamentos a los ciudadanos preparados al efecto por la Universidad de la Habana. Pero será indispensable, además, verificar las aptitudes y capacidades respaldadas por un título académico mediante un concurso de méritos, como se dispone en el artículo 108 de la Carta de 1940. Y, deberá establecerse, parejamente, el régimen de garantías que defiendan al funcionario y al empleado del ascenso inmerecido, de la reducción de emolumentos y de la cesantía arbitraria. Salvo «aquellos funcionarios, empleados y obreros que acrediten llevar más de veinte años en la administración», en lo adelante la

carrera administrativa deberá regir, con implacable rigor, en todas las dependencias del Estado.

La reconstrucción de la educación pública emprendida por Aureliano Sánchez Arango y la Banca Central recientemente puesta en marcha, bajo la diestra dirección de Felipe Pazos, son las notas positivas más acusadas del llamado régimen de la cordialidad. Si a la promulgación de la carrera administrativa se sucedieran las demás leyes complementarias de la Constitución y el gobierno se aprestara decididamente a movilizar el crédito, abrir nuevas fuentes de producción, poner en movimiento el dinero acumulado en los bancos, estimular las inversiones, diversificar los mercados, someter a los monopolios extranjeros al interés nacional, atajar el desempleo y combatir la depresión, impulsando de consuno la industrialización de nuestra economía y el nivel de vida de la población, Cuba dejaría de ser la isla de los empleados públicos, el agro una plantación azucarera, la administración una pocilga, y los partidos políticos reservorios de caudillos y gavillas de aprovechados. El pueblo le daría a este programa pleno respaldo y activo concurso. No en vano su destino anda por medio.

Fechado por Roa: 20 de marzo de 1949. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 92-100.

Chorro de luz

En el año del cincuentenario de la fundación de la república y en vísperas de comicios generales, un golpe militar nos ha retrotraído a tiempos que parecían definitivamente tramontados. No puede ser más dramático el cuadro. Hasta el 10 de marzo de 1952 tuvimos un gobierno por consentimiento. Tenemos ahora, a pesar del estatuto y del reconocimiento, un gobierno por imposición. La estructura constitucional vigente desde 1940, fruto genuino de la voluntad popular, ha sido segada de un tajo. Cuba ha dejado de pertenecer a la ya opaca constelación de la democracia hispanoamericana. Estamos de nuevo en la encrucijada. A muchos se le antoja una pesadilla. Desgraciadamente es una realidad.

No se trata, en modo alguno, de una mutación radical de las bases de sustentación de la sociedad cubana en beneficio de las masas populares. Si así fuera, estaríamos en presencia de una verdadera revolución y, por consiguiente, de un nuevo orden social

legitimado por la «aquiescencia plausible». Se transitan otra vez trillos y estelas que nos son dolorosamente familiares. Ninguna semejanza ofrece este típico cuartelazo con la sublevación del 4 de septiembre de 1933. Esta nuda insurgencia es idéntica, por su naturaleza y finalidad, al derrocamiento del gobierno revolucionario del doctor Ramón Grau San Martín en enero de 1934 y a la destitución del doctor Miguel Mariano Gómez en diciembre de 1936. La pretensa justificación aducida muestra, diáfano, el real móvil de la asonada: apoderamiento por la violencia de lo que no podía obtenerse por el fallo democrático de las urnas.

Vitores y banderas, jubilosamente fundidos, saludaron la promisoría alborada del 4 de septiembre. El Directorio Estudiantil Universitario y zonas considerables del pueblo le imprimieron carácter y sentido a la subversión. Silencio, aprensión, estupor, incertidumbre, ira y tristeza —mezcla singular de incontenible repudio— ha sido la réplica popular a este salto en el vacío. Una turbia atmósfera de pesadumbre flota sobre la ciudad, que había tornado a ser, durante la última década, «alegre y confiada».

Serena, enjundiosa y firme es la palabra del máximo organismo de gobierno de la Universidad de la Habana al enjuiciar el pronunciamiento castrense que ha dado al traste con veinte años de porfiada brega para asegurarle al pueblo cubano autodeterminación nacional, convivencia pacífica, justicia social, progreso cultural y libertades políticas y civiles. El Consejo Universitario, con ejemplar sentido de su misión rectora, ha fijado su postura con el sobrio, severo y directo lenguaje que la contingencia demanda. Su mensaje es un chorro de luz en esta hora crepuscular de la república. No sólo procesa, juzga, falla y condena en nombre de los principios democráticos. También advierte, orienta y recaba.

En este histórico documento —cuyo contenido ofrezco en apretado resumen— la Universidad de la Habana defiende el decoro de la ciudadanía y propugna postulados inmanentes a la existencia de la república y a la organización democrática de la vida civil. No acepta, ni puede aceptar, la sustitución del Estado de derecho por la usurpación de poderes. Sin un sistema de normas que garanticen la inviolabilidad de la conciencia y los derechos correspondientes, no puede haber seguridad jurídica. La única vía legítima para el ejercicio de la autoridad política es el sufragio universal. Ninguna persona, o entidad, tiene el derecho de arrojarse la *salvación del país*, por encima de la Constitución y de las leyes. Los errores de la democracia sólo pueden curarse con la

democracia. La convalidación del golpe militar entrañaría, ineludiblemente, la consagración de la violencia como instrumento político. Fatal y grave, por sus implicaciones y consecuencias, es obtener el concurso de las fuerzas armadas, mediante la destrucción de su organización disciplinaria y jerárquica. Los derechos individuales, políticos y sociales, plasmados en la Constitución de 1940, han desaparecido virtualmente al concentrarse en una sola persona el poder ejecutivo y el poder legislativo. La suspensión de las garantías constitucionales no es más que un expediente del gobierno de facto para prolongar su arbitraria permanencia. No hay, pues, otra salida a este sombrío callejón, en que han metido a la república quienes estaban obligados a salvaguardarla, que el inmediato restablecimiento de la Constitución de 1940 y de las garantías constitucionales, la sustitución presidencial de acuerdo con lo previsto en los artículos 148 y 149 de la Constitución, el funcionamiento pleno de todos los poderes y organismos del Estado y la normalización del proceso electoral en forma que permita restaurar el ritmo constitucional quebrantado.

No es esta la primera vez que la Universidad de la Habana, como corporación, asume pareja postura. Ya en 1930 y en 1935, se irguió contra los regímenes dictatoriales a la sazón imperantes. La bicentenario institución —reservorio de la alta cultura y baluarte irreductible de la dignidad nacional— ha estado siempre en su puesto en las coyunturas críticas de la patria. No podía dejar de ocuparlo en esta difícil circunstancia. Como igualmente se apresuró a ocupar el suyo, con impar denuedo, la actual Federación Estudiantil Universitaria, bizarra continuadora de la gloriosa tradición de la juventud cubana. Ningún timbre más claro de orgullo que este nuestro de ser hoy estudiante o profesor de la Universidad de la Habana.

No importa que, por el momento, el horizonte luzca cerrado. El mensaje universitario encuentra los oídos alertas y los corazones en línea. Nuestro pueblo maduró su conciencia democrática en la manigua y ya no quiere ni sabe vivir de otro modo que sintiéndose dueño de su propio arbitrio. Ni la conjura de las fuerzas tenebrosas podría doblegar su voluntad o deformar su espíritu. De la levadura de ese pueblo —amasada por madres abnegadas y padres viriles— surgieron nuestros apóstoles, héroes y mártires. El futuro pertenece, exclusivamente, al pueblo cubano.

Ya la Universidad de la Habana ha dado la pauta y el norte. Ni violencias estériles, ni atomizaciones suicidas. La república es patrimonio de todos y no capellanía de unos cuantos. Guárdense

arrogancias, rencores y sectarismos en el campo de la resistencia civil y anúdense inteligencias, entusiasmos y voluntades.

La única manera digna y fecunda de honrar a Cuba, en este aciago avatar de su destino, es unirnos todos y luchar infatigablemente por el restablecimiento del orden constitucional derrocado.

Nunca se repetirá bastante que nada se da por añadidura en la historia. Y, porque así es, de la actividad que se despliegue en la consecución del objetivo propuesto, dependerá, en gran medida, el carácter, el sesgo y el curso ulterior de los acontecimientos. La libertad no es una flor de invernadero, ni una merced de los dioses. Hay que conquistarla para merecerla.

Publicado en *El Mundo* el 1 de abril de 1952. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 219-222.

Lo que el golpe se llevó

Mucho se ha reflexionado y escrito sobre la libertad. Tanto, por lo menos, como sobre la virtud, la belleza, el amor y la justicia. No en balde encarna un valor ya definitivamente incorporado al repertorio de los temas fundamentales de la vida humana. Sin libertad el espíritu se agosta, la sociedad se corrompe, la cultura se anquilosa y el hombre se cosifica.

Sobremanera difícil resulta precisar la fecha exacta en que afloró la libertad como idea. Se suele dar por sentado que germinó en la conducta de Sócrates, despuntó en la hoguera de Giordano Bruno, maduró en las grandes revoluciones populares y cuajó en el Estado de derecho. No faltan, sin embargo, los que fijan su cuna en la India milenaria de las pagodas y mahatmas, o en la China venerable de los aforismos y cohetes. Es una cuestión, pues, aún sujeta a controversia.

De lo que no cabe ya duda es que la libertad surgió, como sentimiento, con el primer hombre que tuvo conciencia de su dignidad. Pudo haber sido en la selva, junto a una pirámide o en una galera. Vendría luego, sucesivamente, la concepción de la libertad como categoría racional, jurídica, política, económica, social, ética, filosófica; pero entonces, como hoy, en que se aspira al pleno señorío del espíritu en una estructura social fundada en la equitativa distribución de la riqueza, la raíz y el ápice de la libertad es la soberanía de la conciencia.

Múltiples definiciones se han formulado de la libertad. Algunas admirables por lo enjundiosas y precisas. La de Montesquieu

sobresale entre ellas. Se singularizan otras por su savia al par metafísica y poética. Figuran, entre éstas, las de Miguel de Cervantes y Juan Jacobo Rousseau. Hay varias que delimitan, rigurosamente, la naturaleza, ámbito y contenido de la libertad. Ninguna aventaja, en este aspecto, la de Maximiliano Robespierre. Pero nadie, absolutamente nadie, supo captar como José Martí el sentido profundo y las implicaciones efectivas de la libertad. «Es el derecho —sentenció en aquella su prosa concentrada de médulas y aromas— a pensar y hablar sin hipocresía». Esta definición vertebrada y unifica, en suprema síntesis, la libertad como destino, norma y concepto. La libertad resulta así concebida en función del hombre en cuanto tal. Y, en consecuencia, deja de pertenecer a la esfera de los derechos patrimoniales —libertad libértida— para ser libertad de todos, mediante un régimen de garantías contra los desvíos, transgresiones y abusos del poder.

De no existir ese régimen de protección jurídica y de seguridad política, la libertad se torna merced, ficción, caricatura o mero enunciado sin validez sustantiva. No de otra suerte acontece en los gobiernos que la proclaman en «estatutos» o «Constituciones» que dimanen, exclusivamente, de la voluntad de uno. La dogmática democrática es papel mojado o torniquete encubierto sin el sustentáculo de la aquiescencia popular y de las instituciones en que se corporiza y expresa.

Pero vengamos a lo concreto. Hoy existe en Cuba libertad absoluta de pensamiento. Incluso el esclavo puede sentirse libre en la atormentada soledad de su conciencia. Ya lo advirtió estoicamente Marco Aurelio en la Roma decadente de los césares. Pero lo que ya objetivamente no existe es la libertad de expresión. Antes era un derecho garantizado por la ley. Ahora es una gracia dispensada al arbitrio.

El «golpe» nos trajo la democracia embalsamada, el camaleón vergonzante, el merengue con púas, el consejero aconsejado, el partido tricolor y la paz de la tranca; pero se llevó, a ochenta días de las elecciones y en vísperas del centenario de José Martí, el *derecho a pensar y hablar sin hipocresía*. Se llevó, en suma, la esencia y razón de ser de la república proclamada solemnemente en Guáimaro el 10 de abril de 1869 y establecida el 20 de mayo de 1902 entre vítores, lágrimas y banderas.

Publicado en *El Mundo* el 23 de abril de 1952. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 226-227.

Resistir y esperar

No había yo nacido aún el 20 de mayo de 1902; pero, según testigos sobrevivientes, jamás emoción análoga ha sacudido después al pueblo cubano. Azul el cielo, el aire encendido, reverberante el mar. Millares de banderas flameaban alegremente en los balcones. Don Tomás Estrada Palma, austero y humilde, ocupaba la presidencia de la república entre clamores, laureles y lágrimas. Una sinfonía de vítores y una procesión de pañuelos despedían al general Leonardo Wood. Cuba —a despecho de dolorosos menoscabos y de limitaciones ostensibles— adquiriría el estatus de nación independiente y una nueva estrella fulguraba en el firmamento político de nuestra América. Ningún hecho puede alcanzar más alta jerarquía histórica que éste para un pueblo que todo lo ofrendó a fin de regir soberanamente sus destinos.

Medio siglo cúmplase hoy de la gloriosa efeméride. Pero lo que debió haber sido epinicio y epifanía al arribo de la madurez se ha trocado en hosco y patético retraimiento. La república fundada en Guáimaro el 10 de abril de 1868 no está para jubilosos desbordamientos este 20 de mayo. La patria está de duelo y su símbolo máspreciado a media asta en el corazón de los cubanos. En el mismo año en que conmemora su advenimiento a la vida independiente le fue arrebatada la libertad mediante un alevoso golpe de mano. El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo —cifra y compendio del *Manifiesto de Montecristi*— ha sido violentamente suplantado por el gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo.

José Martí quiso que la república fuese «con todos y para todos», sobre el primado de la libertad y de la justicia. Y quiso también que la ley primera y fundamental de la república fuese el culto a la dignidad plena del hombre. Su mandato ha sido desconocido y su memoria mancillada en vísperas del centenario de su natalicio. La usurpación ha sustituido al consentimiento; el estatuto, a la Constitución; el consejo consultivo, al parlamento; la arbitrariedad, al derecho; y la voluntad unipersonal, al régimen democrático.

Pero aún resuena, orienta e ilumina la palabra de José Martí. «Un pueblo —afirmó en crítica circunstancia— no se funda, General, como se manda un campamento. Para realidades trabaja-

mos y no para sueños. Para liberar a los cubanos y no para acorralarlos». «Hay que impedir —postuló en los umbrales de su holocausto— que Cuba se tuerza por intereses de grupo o por la autoridad desmedida de un grupo militar o civil». Y, como previendo estos días oscuros, difíciles y angustiosos, dejó esta clara y terminante advertencia: «No puede combatirse con medios de respeto a los que, por encima de todo respeto, saltan y rompen. No puede tenerse miramientos para los que anidan en el seno de la Constitución con ánimo de herirla y devorarla».

En otro 20 de mayo también luctuoso —la república se encontraba a la sazón intervenida y un procónsul yanqui a su frente—, Ramón Roa, mi abuelo, escribió estas palabras de fe y de esperanza: «En esta fecha nos vienen a la mente los gloriosos hechos, la abnegación sin límites, los ingentes sacrificios del cubano revolucionario que tonifican más de medio siglo de nuestra historia; y esto nos basta para no desesperar del porvenir que todavía tenemos en nuestras manos, y el cual depende de nuestra conciencia y de nuestra dignidad». Y, a su conjuro, me vienen a la memoria el ejemplo de Rafael Trejo y de Julio Antonio Mella y de Antonio Guiteras y de Pablo de la Torriente Brau.

De las tumbas de cuantos cayeron antaño y hogaño en defensa de la libertad de Cuba, brota hoy en ráfaga llameante la consigna de Enrique José Varona: «Resistir y esperar».

En esta actitud beligerante conmemoraré yo el 20 de mayo en 1952. No podía ser de otra manera en quien tiene, como su más puro timbre de orgullo, el ser nieto de un teniente coronel del Ejército Libertador, que fue al par ayudante y secretario de Ignacio Agramonte, Julio Sanguily y Máximo Gómez.

Publicado en *El Mundo* el 20 de mayo de 1952. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 230-231.

¿A dónde va Cuba?

Esa es la interrogación que brota de múltiples labios, con angustioso trémolo, en estos días convulsos, azarosos y sombríos, en que empecinamientos, rencores y agravios furiosamente desatados

siembran la muerte, el dolor y el luto, como semillas malditas, en el corazón de un pueblo bueno, laborioso, pacífico, campechano, alegre y confiado. Es la interrogación que se hace hoy, en la intimidad de su conciencia, el ciudadano sensible y responsable, sin distingos de filiación, fortuna, sexo y raza. Sobre todo se la hacen las madres, las esposas, las hermanas y las novias, heridas ya muchas por la pérdida de seres queridos. Y, la respuesta que he escuchado, ha sido siempre la misma y con trémolo igualmente angustioso: Por el camino que han tomando las cosas Cuba va, inexorablemente, hacia el abismo.

Ni exageran ni se equivocan. Interrogación y respuesta responden a la lógica demoníaca que parece regir los acontecimientos que a todos afectan, acongojan y preocupan. ¿Es que podría haber otra alternativa cuando el Estado de derecho, fundamento de la convivencia civilizada, es sustituido por el estado de naturaleza, ley de la selva?

Nada peor puede ocurrirle a un pueblo que esta catastrófica subversión en sus relaciones de vida individual y colectiva. Se desploma el orden social, corrómpense las instituciones, se trastuecan los valores, la cultura se estanca, cunde el odio, se expande la violencia, la impunidad señorea, la razón se eclipsa, la inseguridad se entroniza y el *homo homini lupus* de Hobbes deja de ser una metáfora para convertirse en cotidiana y brutal realidad. ¿Podría significar esto, en algún sentido, una solución a la tremenda crisis en que nos debatimos? ¿O entrañaría, por el contrario, la inmersión de Cuba en un ciclo interminable de sangre, lodo, miseria, desesperación y tiniebla?

Si de algo cabe estar seguro es que el pueblo entero repudia esa alternativa. Está frente a ella. Está contra ella. El país entero quiere paz, seguridad, justicia, libertad, progreso. Quiere vivir conforme a la Constitución y a la ley. Quiere elegir libremente a sus gobernantes y ejercitar plenamente sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales. Quiere respeto para la vida, la hacienda y la dignidad de las personas. Quiere, en suma, que se le oiga, se le atienda y se le tenga en cuenta, como depositario legítimo que es de inalienable albedrío. Quiere eso. Sólo eso. Nada más que eso.

Eso ha querido desde hace cinco años y sigue hoy queriendo el país; pero en vez de escucharle y de traducir en hechos sus apremiantes reclamos, se le ha ido metiendo en un callejón que ya

casi no tiene salida y que es el más propicio caldo de cultivo de la siniestra antinomia amigo-enemigo. Se ha desoido, menospreciado y engañado al país como si éste no existiera, o fuese un mudo rebaño de fantasmas. Y así, por la soberbia de unos y la miopía de otros, estalló el drama, que muchos presagiaron a tiempo y hasta propusieron fórmulas de avenencia decorosa para conjurarlo. Todo se salió abruptamente de cauce y ahora nadie vive tranquilo.

Ni añadido ni quitó. Ese es el cuadro que está a nuestra vista. Y precisa convenir en que no pueden ser más lúgubres las perspectivas.

¿Qué hacer? Todo menos cruzarse de brazos y fiarlo todo a los dioses. La indiferencia, el silencio o la inhibición resultan en esta hora delitos de lesa patria. Hay que hacer cuanto sea necesario para evitar que caigamos, definitivamente, en el abismo.

Este texto recibió el Premio Justo de Lara en 1957. Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 221-222.

Una herencia, social y democrática, para la Revolución de 1930

Rescate y proyección de José Martí

Mucho se ha escrito y hablado, en estos últimos tiempos, sobre José Martí. No se ha dado aún, sin embargo, una versión condigna de su vida trepidante y generosa, ni se ha sustanciado, plenamente, el alcance de su pensamiento político. Julio Antonio Mella —que amó tanto a Martí como el más ferviente martiíolatra— juzgó esa faena «una necesidad, no ya un deber de la época». Y, más de una vez, soñó escribir un libro sobre Martí «en una prisión, sobre el puente de un barco, o en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital convaleciente de cualquier enfermedad», ya que estos eran para él —fuerza apostólica en duelo permanente— los «instantes que más incitan a trabajar con el pensamiento». Balas arteras troncharon aquella vida impetuosa y resplandeciente, que era esperanza y clarín de los oprimidos. Mella anhelaba arrancar a Martí de «tanto mercachifle, de tanto adúlón, de tanto hipócrita que habla o escribe sobre él».

Ese libro, aún por hacerse, tiene que escribirse. Y sólo una pluma limpia y viril, genuinamente revolucionaria, podrá culminar tamaña empresa. Este libro deberá devolvernos, como fue, aquella vibrante y poética figura, «la personalidad más conmovedora, patética y profunda —al decir de Fernando de los Ríos— que ha producido hasta ahora el alma hispana en América». En las páginas de ese libro, deberá estar todo Martí: el poeta más preocupado de la utilidad de la belleza que de su goce subjetivo, el escritor coruscante y personalísimo, el tribuno de vuelos inusitados y abisales hallazgos, el amador infatigable que calcinó brumas y malogró primaveras; pero, estará, sobre todo, como síntesis

fúlgida de estas descollantes calidades, el revolucionario ejemplar. Y, ya estaremos entonces en aptitud de mensurar, en toda su estatura, al hombre que afirmó, para siempre, que «las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso sino por sus instantes de rebelión». Quien realice ese libro —que Julio Antonio Mella pudo haber rematado victoriosamente— se hará digno de gratitud imperecedera. Mientras no se realice, que cada cual contribuya, en su medida, a difundir los momentos estelares de la vida de José Martí y a desentrañar la esencia de su pensamiento revolucionario, proyectando su luz potentísima sobre las tinieblas enconadas del presente cubano.

Nadie más acreedor, entre nosotros, a todos los homenajes y a todas las recordaciones que José Martí. No en balde es nuestro «gran fiador» ante el mundo. Y visto ya en perspectiva, como hombre y como revolucionario, tiene muy pocos pares legítimos en la historia. Honrarlo, honra. Evocarlo, enaltece. Pero esta evocación y esta honra no pueden enmarcarse en los senos recónditos de un culto abstracto. Ha de ser, tiene que ser, un culto vivo, pugnaz, beligerante: un culto como el que esta noche le rendimos. No nos hemos juntado, en este aniversario de su muerte, para verlo como no fue, ni para pintarlo con atributos y arcos que jamás usó ni fueron suyos, ni para vaciarle de gusanos la carne mortal y rellenarla imbécilmente de miraguano divino, ni para vestir con muse-linas pudorosas su magnífica y exultante desnudez humana. Nos hemos juntado esta noche para verlo como fue, como es imperativo verlo, como contemplamos las figuras señeras de otros pueblos, en función de realidad. Los genios obedecen también a las leyes inexorables del espacio y del tiempo. Y, mientras más de su instante y de su medio sea el poeta, el pensador y el revolucionario, más dilatada resonancia tendrá su acento, su mensaje o su conducta en la historia.

Por ser muy de La Mancha —ha escrito Miguel de Unamuno—, es Don Quijote un símbolo ecuménico. Por ser muy de su tiempo y de su medio, es José Martí primogénito del mundo. Momentos antes de partir rumbo a Santo Domingo —donde lo aguardaba ya impaciente y calzado y con la estrella rutilante en el sombrero mambí el Generalísimo Máximo Gómez—, escribió Martí al Club 10 de Octubre de Puerto Plata: «Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos». «Hasta hoy —dirá enseguida en nuestra tierra oriental— no

me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio». Y el 18 de mayo, en el pórtico mismo de su caída estremecedora, en carta a Manuel Mercado, recogería, con emoción difícilmente sofrenada, lo más puro y perdurable de su pensamiento revolucionario: «Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso». La urgencia ineludible del combate dejó trunca esa carta. Y, trunca también, la obra magna a la que José Martí había ofrendado su vida.

Pero esa vida y esa obra no han muerto en Dos Ríos. Mientras la colonia siga viviendo dentro de la república, y Puerto Rico no logre entrar en América, y casi toda ésta sufra en sus carnes laceradas la tenaza mortal de la dominación extranjera y sienta sus entrañas roídas por el buitre del caudillaje y de la tiranía, ahora miméticamente revestido de plumajeseudodemocrático, la obra de José Martí necesitará ser completada y su pensamiento político tendrá mucho que hacer en América, junto con la espada de Simón Bolívar y el rifle de Sandino. Y, cabalmente por eso, porque José Martí vive y alienta y está presto de nuevo, en su caballo piafante, a pelear por la libertad americana y la justicia social, urge —como pedía Mella— rescatarlo de los falsos intérpretes de su doctrina, de los que usufructúan desvergonzadamente su sacrificio, de los que titulándose discípulos suyos no han vacilado en transformar su devoción en cheque y de los que, entre estos últimos, han exhibido, con inaudito descoco, como propios, sus inconfundibles tesoros literarios. Hay que rescatarlo de manos purulentas y de labios impuros y convertirlo, otra vez, en bandera de fe y esperanza, en tribuna y trinchera. Hay que rescatarlo de los escribanos y mandones que enarbolan todos los días, en provecho propio, sus aforismos rutilantes y sus apotegmas encendidos. Es hora ya de salirle enérgicamente al paso a los chupópteros insaciables de su gloria, a los que trafican con sus huesos, a los que repiten su letra traicionando su espíritu, a los que son incapaces de sustentar con su conducta, en las horas de prueba,

los mandatos imperativos de su doctrina ética del comportamiento civil.

Escribir o hablar sobre Martí puede cualquiera. Lo que ya no puede cualquiera es vivir, como propia, la vida de sacrificio, de abnegación y de coraje que vivió Martí. Vivir como Martí vivió, en tensión heroica contra lo que es y está superado, es patrimonio exclusivo de los que viven para Martí y no de Martí; de los que sienten en la entraña el dolor y la justicia de una república usufructuada por una oligarquía rapaz contra todos y por el bien de ella; de los que, por su posición creadora en el proceso social, anhelan traer, con su esfuerzo, etapas superiores de su desarrollo. Para esos, que representan la fuerza motriz de nuestra nacionalidad, hay que rescatar a Martí. Para que Martí viva, como anheló y pidió vivir, diluido, como misteriosa esencia, en las raíces más insobornables de los desheredados y perseguidos de América.

A coadyuvar a ese rescate apremiante, vengo precisamente, esta noche, invitado por los estudiantes del Instituto de La Habana, que han sido siempre, con sus compañeros universitarios, «el baluarte de la libertad cubana y su ejército más firme». «Las Universidades —dijo Martí— parecen inútiles; pero de ellas salen los apóstoles y los héroes». La experiencia de la nuestra —de esa casa gloriosa que hay que defender, en pareja medida, del bonchismo interno y del bonchismo externo— verifica, enteramente, la validez de este aserto. Apóstoles y héroes han brotado, en fecunda simiente, de las aulas cubanas. Sintetizo la constelación nutridísima en estos nombres preclaros: Julio Antonio Mella, Mariano González Rubiera, Rafael Trejo, Ramiro Valdés Daussá. Martianos genuinos fueron estos jóvenes bizarros, que jamás escondieron lo que pensaban ni contemplaron el crimen en calma, que fueron a toda hora fieles a sí mismos y al destino de Cuba, que ni transigieron ni desmayaron, que frente al holocausto les creció el denuedo y frente al oprobio se irguieron coléricos, que viven no obstante estar muertos, que nos señalan el rumbo con índice inapelable. ¡Qué lejanos estos practicantes de la doctrina martiana de la conducta civil, de esos otros que ayer y que ahora reducen su culto a Martí a rito externo, a gallardías de gabinete, a hazañas bibliográficas, a santificaciones sin sentido, a especulaciones jugosas! ¡Qué distantes estos bregadores del ideario martiano de esos plumíferos sietemesinos que, de vivir en su tiempo, lo

hubieran dejado solo porque llevaba luz y entre el yugo que engorda y humilla y la estrella que ilumina y mata se hubieran abrazado, alegremente, al yugo! No, no podían estar junto a él los que ahora, con la boca enojada de citas y las manos repletas de infolios, están contra él en la práctica política y en la conducta ciudadana. Junto a él pudo estar Félix Ernesto Alpizar. Junto a él pudo estar Mariano González Gutiérrez. Junto a él pudo estar Ivo Fernández Sánchez. Junto a él pudo estar Antonio Guiterras. Junto a él pudieron estar cuantos en la república han ofrendado su vida por completar su obra de liberación nacional y social.

De ese Martí, del Martí revolucionario, es que nos sentimos intérpretes los jóvenes que aún no hemos pactado con los que, en su nombre, sojuzgan, confunden, medran y matan; los que todavía no nos hemos incorporado —ni nos incorporaremos nunca— a la comparsa batistera, ni a los que, desde la otra ribera, hoz y martillo en alto, le hacen miserablemente el juego.

La vocación revolucionaria despuntó, tempranamente, en José Martí. A los diez y siete años apenas, fue llevado, junto con Fermín Valdés Domínguez, ante un consejo de guerra y condenado a seis años de presidio. Fue su primer encuentro con el aparato represivo de la España colonial, que el régimen franquista hoy reproduce agravado. Inevitablemente, llamea en la memoria su condenación inapelable: «Si Dante hubiera estado en presidio, no hubiera tenido necesidad de pintar el infierno: lo hubiera copiado». Conmutada la pena por la de destierro, Martí fue deportado a España, en donde radica hasta 1874. Al instaurarse la república en España, Martí se enfrenta con ella, demandándole el reconocimiento inmediato de la independencia cubana, ya ganada, en desigual contienda, contra los ejércitos bien nutridos y equipados de la monarquía borbónica. De España, pasó Martí a Francia, y a Inglaterra; y, de ésta, puso proa rumbo a México.

Fue aquél, sin duda, un momento decisivo de su existencia. México era América, la América de Juárez, «más grande por infeliz y por nuestra que la América de Lincoln». Allí, a la vera de los volcanes humeantes y de la indiada exprimida, trabó Martí conocimiento entrañable con nuestra realidad americana, una realidad amasada de injusticias y pletórica de ímpetus. Una realidad, que «no venía de Washington ni de Rousseau, sino de sí misma»; y urgida, en consecuencia, de «plasmar en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración». América fue así, para

José Martí, el «continente de la esperanza humana». Y, al declararse hijo suyo, se consagró a su «revelación, sacudimiento y fundación urgente», en un afán desbordado de «poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América».

México le robó el corazón y le maduró la pupila, incendiada por la guerra cubana. «México —escribe— no yerra, y se afianza y agrega mientras se encona y descompone el vecino del Norte». Años más tarde, en un acto organizado en honor de México, Martí saludará en éste «al pueblo ejemplar y prudente de América, la república que viene a ser en América como la levadura de la libertad». Y, angustiado por su destino, le recordará, severamente, su heroico e ineludible deber continental: «¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú guiarás; yo habré muerto, ¡oh México!, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego velas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas».

México le abre las talanqueras de América. Y por ellas se entra Martí, jubiloso e inquieto, como quien penetra en selva virgen. Pero América seguirá siendo México y Martí volverá de la hazaña con el jolongo rebosante de maravillas y mieles y hondamente perturbado el espíritu por el destino de esas tierras, presas codiciadas del *Norte revuelto y brutal que las desprecia*. «De sociología —concluye— se sabe poco, y de sus leyes, tan precisas como ésta: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se aparten de los Estados Unidos». Formulada en las entrañas mismas del «monstruo», fruto directo de la observación y del estudio de la realidad americana, esta ley sociológica ya no se apartará nunca de la meditación y de la acción políticas de Martí. Sobre esa ley sociológica se levantará su concepción revolucionaria del problema antillano y de sus implicaciones y consecuencias continentales. «El fiel de América —afirma con perspicacia asombrosa— está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—, serían en el continente la

garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo».

La Revolución cubana no podía, pues, sin traicionar su destino histórico, confinarse, egoístamente, a la isla oprimida. La Revolución cubana tenía, a la vez, que liberar a Puerto Rico del yugo español, levantar, con su triunfo, un farallón inexpugnable a todas las expansiones futuras y a la expansión norteamericana, ya a punto de cuajar en proceso imperialista. Y, para lograrlo, precisaba ensanchar y enriquecer el contenido social de esa revolución e impedir que, con su participación, los Estados Unidos capitalizaran, en beneficio de sus financieros y *politicians*, el movimiento emancipador. Martí se dio a ello consciente de sus limitaciones y dificultades.

El alcance histórico de esa tarea ha planteado más de una vez, entre nosotros, si Martí trascendió o no, en su concepción teórica y práctica, el ámbito específico de la revolución de independencia nacional. Se ha opinado, por algunos, que Martí era recónditamente socialista. Es una opinión sobremanera aventurada. No basta reunir un haz reverberante de frases aisladas y aducirlo como prueba. De todas maneras, aunque Martí hubiera sido íntimamente socialista —que no lo fue— no habría podido operar, como tal, en aquella coyuntura. No existía otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación colonial de España, cada día más exasperante y sangrienta. La genialidad de su pensamiento político radica en haber planteado la revolución de independencia nacional sobre bases que viabilizaran su ulterior desarrollo. Esta concepción suya, que lo convierte en pionero de la lucha antiimperialista en América, hubo de tropezar con los resabios castrenses de los jefes del 68, prodigiosamente duchos en bélicos menesteres, pero cortos de visión política; y en algunos núcleos de emigrados, víctimas aún del complejo de inferioridad creado por la prédica falaz de los anexionistas.

Martí fue implacable con unos y con otros. Cuando Máximo Gómez solicita su apoyo, para el movimiento armado de 1884, le

responde enérgicamente: «Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento». Y, cuando entre los cubanos de la emigración se encarecen los proficuos rendimientos que implicaría para Cuba convertirse en un estado más del imperio norteamericano, Martí enrojece de cólera y con el látigo quemante de su apóstrofe azota, despiadadamente, el rostro de los claudicantes. Sólo ante los autonomistas experimenta Martí pareja repulsa que ante los anexionistas de entonces, que son los entreguistas de hoy, los mismos que pretendieron sentarlo en la mesa redonda de la mediación en contubernio con el imperialismo y los representantes del machadato.

Al cabo, la tenacidad de Martí logró quebrantar los diques que la miopía de unos y la incompreensión de otros habían levantado, vinculando al gran objetivo que el instante demandaba a Maceo y a Moncada, a Máximo Gómez y a Flor Crombet, a los pinos viejos y a los pinos nuevos, a los héroes curtidos del 68 y a los combatientes bisoños del 95. Y, para viabilizar ese gran objetivo, para obtener la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico, surgía y se organizaba el Partido Revolucionario Cubano, que convocaba a la guerra «para bien de América y del mundo». «Pelemos en Cuba —declara Martí— para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana».

Pero, donde se evidencia cristalinamente que el movimiento revolucionario organizado y dirigido por Martí se proponía, como objetivo cardinal, impedir que Cuba y Puerto Rico cambiaran de arreos coloniales, o que la independencia teórica fuera sólo vestidura formal de un protectorado efectivo y a su sombra asfijante se conjugaran, para desangrarnos y empobrecernos, el millonario del Norte y el caporal nativo, es en el sentido que Martí le infunde a la guerra y en la misión y contenido que le asigna a la república. La guerra necesaria no va dirigida contra el español ni contra España: va proyectada, exclusivamente, contra la dominación opresora y exhaustiva de ésta, alimentada y mantenida por la monarquía borbónica y su bellaca nobleza. Como su conocimiento del rol hegemónico que aspiraban a ejercer los Estados Unidos no le impidió alabar sus glorias legítimas y sus hombres representativos y juzgar aliado suyo al gran pueblo norteamericano, víctima, a su vez, de la organización imperial que lo rige, Martí advirtió la coexistencia de dos Españas radicalmente distintas: la España artificial, desapoderada, cruel, ambiciosa y parasitaria, y la

España vital, la verdadera, la única, feudo infortunado y transitorio de la otra, contra la cual habría de alzarse el 18 de julio de 1936 en épico estallido. De vivir, José Martí, el último adversario de la España colonial en América, se hubiera inclinado, alborozado y reverente, ante el pueblo español, que disputa solitario y espléndido al gansterismo internacional su derecho a la vida y a la libertad.

Aunque los fundamentos económicos de la república democrática tienen que enraizarse, necesariamente, en el sistema general capitalista, Martí quiere que la república cubana —amiga cordial del vecino poderoso, pero sin interferencias, ni sumisiones, ni hipotecas que la subordinen, esclavizándola, al interés político y económico de su casta dominante— satisfaga el anhelo y la necesidad de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de todas las desigualdades sociales y de una equitativa distribución de la riqueza. Su criterio, a este respecto, no admite dudas. Martí encarna, en América, las esencias más puras y progresistas del pensamiento democrático. «La revolución —responde a Carlos Baliño— no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república». «Si la república —advierte con palabra tajante— no tiene por base el carácter entero de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como un honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás, la pasión, en fin, por el decoro del hombre, la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos y no para sueños. Para liberar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos». «Hay que impedir —postula categóricamente— que las simpatías de Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, o por la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra». «El hombre —observa certeramente para entonces y para siempre— no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígase hombre y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro; peca, por redundante, el blanco que dice *mi raza*; por redundante, el negro que dice *mi raza*. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que aparta, especifica o acorrala, es un pecado contra la humanidad. Hombre es más

que blanco, más que mulato, más que negro. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro».

He ahí la réplica anticipada de Martí a los nazis, falangistas y fascistas que infectan hoy la república, disfrazados de demócratas. La réplica anticipada de Martí a Hitler, a Mussolini y a Franco, dirigentes supremos de la mafia totalitaria, de la regresión corporativa, del retorno brutal a la gleba y a los autos de fe. «Un gobernante —afirma— puede tener simpatías por un culto determinado; pero cuando acepta el cargo de gobernante, sobrado difícil para que todos lo entiendan y lo cumplan, acepta con él la Constitución y leyes adicionales que el cargo representa: prohíben estas leyes contemplación predilecta a culto alguno; la ley no asiste a los actos religiosos porque la Ley es el Estado; el Estado no puede tener principios religiosos, porque no cabe la atención especial a una determinada tendencia religiosa en aquel que tiene el deber de atender de igual manera a todas». «En nuestros países —escribe—, ha de hacerse una revolución radical de la educación, si no se les quiere ver siempre, como aún se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes como el monstruo de Horacio. Contra teología, física. Que la enseñanza elemental sea elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué se enseñe la de la formación de la Tierra. No basta ya, no, para enseñar, dar con el puntero en las ciudades de los mapas, ni hilar con fortuna un romancillo en escuelas de sacerdotes escolapios. Alcemos esta bandera y no la dejemos caer: la enseñanza primaria tiene que ser científica». Y de ahí la réplica, también anticipada, de Martí, a los que ahora insurgen tremolando contra la escuela cubana pública y privada el estandarte de la libertad de enseñanza en un afán desesperado de controlar esa libertad a favor de la clerecía extranjera y de la concepción totalitaria de la vida y del mundo. Para esos zapadores de la nacionalidad, escribió Martí estas palabras: «No puede combatirse con medios de respeto a los que, por encima de todo respeto, saltan y rompen. No pueden tenerse miramientos constitucionales para los que anidan en el seno de la Constitución con ánimo de herirla y devorarla». Y, redondeando su concepción de la república por cuyo establecimiento efectivo luchaba, concreta su aversión profunda a la explotación del hombre por el hombre. José Martí anhelaba —síntesis de su pensamiento político— una república holgada, libre y cordial, donde la ley primera y fundamental fuese el culto a la dignidad

plena del hombre, una república laica y generosa, con «la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan», una república sin siervos, ni mendigos, ni apapipios, ni esclavos. «Esclavo —puntualiza— es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él». «Con los oprimidos —agrega con visión y lenguaje actualísimos— había que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y al hábito de los opresores». «Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia». La patria no vale por sí misma: vale en la medida que sea justa. No es triunfo, sino agonía y deber. Nunca está hecha. Hay que hacerla y rehacerla cada día. Si crear suele ser oficio de poetas, llevar a la vida lo creado es oficio de hombres.

La caída de José Martí fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico. El nuevo delegado, Tomás Estrada Palma, hizo cuanto pudo por hipotecar, antes de nacida, la república de Cuba. Y la causa puertorriqueña fue abandonada a su suerte. Coincidiendo con esas torpezas y con la carencia de una burguesía cubana vigorosa, hizo su aparición en Estados Unidos —ya completada su expansión interior a expensas de las regiones más opulentas de México— el capital monopolista, ávido de nuevos mercados y de nuevos territorios preferentemente poco desarrollados, donde volcar el excedente de su producción mecánica, extraer materias primas fundamentales para la industria en ascenso e invertir óptimamente sus dólares inactivos. Pero, a la vez, necesitaban los Estados Unidos robustecer, por imperativos estratégicos y ulteriores miras, su posición en el mar Caribe. Su intervención en la guerra hispano-cubana señala el inicio de la etapa imperialista en dicho país. El derrumbamiento del poderío español en América fue sustituido, de esta manera, por la dominación colonial de los Estados Unidos en Puerto Rico y por el control económico y político de Cuba mediante la Enmienda Platt, facilitado por la apertura, sin limitaciones, de nuestras riquezas a sus banqueros y negociantes. «El suelo —había prevenido Martí— es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás».

Nada valió la palabra admonitoria y profética de Manuel Sanguily en el Senado de la república y mucho menos su proyecto de ley —que ni siquiera fue discutido— prohibiendo la enajenación de tierras y bienes raíces. La obra generosa, trascendental y re-

volucionaria de José Martí quedó así frustrada por su muerte prematura y por la conjunción de factores hostiles. Las consecuencias de esa frustración las hemos sufrido durante treinta y cinco años de farsa seudodemocrática y de realidad colonial, en que Cuba ha sido patrimonio sangriento de una minoría victoriosa y factoría azucarera circuida de palmares. Contra lo que él predicó y se propuso, la república ha sido —es hoy más que nunca— «la perpetuación con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu burocrático, militarista y corrompido de la colonia». La curva del sojuzgamiento económico marca ya sus temperaturas más altas. Cuba vive hoy una vida anémica y empantanada, a merced de las barreras arancelarias norteamericanas, de los unilaterales tratados de reciprocidad y de los préstamos intervenidos. «Quien dice unión económica —advirtió Martí—, dice unión política. (...) Hay que asegurar el comercio para asegurar la libertad. (...) Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato, o algún bachiller, a unión política. (...) La unión con el mundo, y no con una parte de él contra otra».

Trunca en 1895, la obra emancipadora de José Martí está aún por hacer. Hacer esa obra, transfundir a la realidad histórica el ideal de vida que alimentó su existencia y dio valor simbólico a su muerte, es la etapa inmediata que a Cuba se le planea en este tránsito violento que el mundo se dispone a afrontar, que está afrontando ya en Europa y en Asia. Si esto es así —y negarlo sería ignorar la dinámica interna de los procesos históricos, el nexo vital entre las situaciones fallidas y la etapa subsiguiente—, José Martí, que se batió denodadamente con la monarquía española por devolverle a Cuba sus riquezas arrebatadas y el control de sus destinos sobre una base genuinamente democrática, opera, tiene que operar hoy, en que a las viejas servidumbres se enfrentan nuevas y más sombrías esclavitudes, como fuerza creadora, como rueda impelente durante largo trecho del riesgoso camino. El espíritu popular, con esa percepción finísima que lo caracteriza, advirtió, antes que nadie, esta vinculación militante del pensamiento emancipador de José Martí y la actual coyuntura histórica y, por eso, antes que nadie también, se apretó y aprieta, fuertemente, alrededor de su ideario democrático, presto a defenderlo de manos intrusas y de criminales mixtificaciones.

Al pueblo cubano, y particularmente a su juventud estudiantil, corresponden la culminación de la faena inconclusa de José Martí: realizarnos históricamente sin interferencias ajenas. Estamos contra el fascismo, monstruo de mil cabezas engendrado en la entraña tenebrosa de una civilización en decadencia; pero, estamos también, contra los que, en nombre de la democracia o del socialismo, pretendan sojuzgarnos. Contra unos y contra otros: con la justicia para todos, con la democracia verdadera y la riqueza justa para todos, con el derecho a la propia determinación para todos.

La lucha por ser lo que queremos ser, amanecida en José Martí, se reanudó el 30 de septiembre de 1930. Violentamente desviada el 12 de agosto de 1933, tuvo su arranque soberbio en la huelga general de 1935. Hoy vive soterrada, aguardando su hora. No importa que, por el momento, las constelaciones luzcan adversas. La responsabilidad de este momento hediondo y confuso, en que privan en la vida pública los intereses más opresivos y reaccionarios, no alcanza directamente a nuestro pueblo. La responsabilidad es exclusiva de los que torcieron su rumbo traicionando su deber histórico. Esa responsabilidad no tardará en exigirse. «Cuando un pueblo entra en revolución —postuló José Martí—, no sale de ella hasta que la corona». El destino de esa revolución es nuestro propio destino. De pie frente al porvenir, abracémonos a él como a la estrella que ilumina y salva. Y, aceptemos como jefe, en tanto ese destino no trascienda históricamente los objetivos emancipadores de la revolución de independencia nacional, a José Martí, que no faltará a la cita, como estuvo presente el 19 de Mayo de 1895, para morir de nuevo, de cara al enemigo, como había soñado y pedido, por la independencia de Cuba y Puerto Rico, por el futuro de América, por «poner al hombre en el pleno goce de sí mismo».

Conferencia leída el 19 de mayo de 1937 en el Anfiteatro Municipal de La Habana. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 485-498.

La revolución inconclusa

Momento estelar de nuestra historia es la efeméride que conmemora *Bohemia* en este número extraordinario. El 24 de febrero de 1895 el pueblo cubano reafirmó definitivamente su determinación

de ser libre. De nuevo relampagueó el machete, la isla se inflamó de punta a punta y se puso impetuosamente en marcha «la guerra necesaria y justa». Aún resuena, como clarinada en la amanecida, el mensaje de Enrique José Varona a los pueblos de nuestra sangre: «Los cubanos han apelado a la fuerza, desesperados, no iracundos, para defender su derecho y sacar triunfante un principio eterno, sin el cual peligran las sociedades más robustas en apariencia, el de la justicia. No hay derecho para oprimir. España nos oprime. Al rebelarnos contra la opresión, defendemos el derecho. Así servimos la causa de la humanidad, sirviendo nuestra propia causa. No hemos contado el número de nuestros enemigos, ni hemos medido su fuerza. Hemos sacado la cuenta de nuestros agravios, hemos pesado la masa de injusticia que nos agobia y hemos levantado el corazón a la altura de nuestras legítimas reivindicaciones. Delante, a pocos pasos, pueden estar la miseria y la muerte. No importa. Cumplimos con nuestro deber. Si el mundo nos vuelve la espalda, tanto peor para todos. Se habrá consumado una nueva iniquidad. El principio de la solidaridad humana habrá sufrido una derrota. Habrá disminuido la suma de bien que existe en el mundo, y que el mundo necesita para que sea pura y sana su atmósfera moral. Cuba es un pueblo que sólo requiere libertad e independencia para ser un factor de prosperidad y progreso en el concierto de las naciones civilizadas. Hoy es un factor de intranquilidad, desorden y ruina. La culpa es exclusivamente de España. Cuba no ofende, se defiende. Vea América, vea el mundo de parte de quién están la razón y el derecho».

Aquel disciplinado, potente y dinámico movimiento revolucionario era producto de la confluencia dialéctica de la necesidad histórica y de la voluntad concertada de las emigraciones y del pueblo de la isla, al conjuro del genio político de José Martí. En eso consistió el aparente milagro. La revolución iniciada era la última estrofa del poema épico de 1810. Pero era también la primera estrofa de la oscura y sangrienta iliada del hombre común, libre ya de vendas y grillos y en desesperada porfía por ganar un puesto al sol en un mundo regido por la política de poder y usufructuado polémicamente por imperios de presa. José Martí tuvo clara y afilada percepción de ello. Horas antes de partir rumbo a Santo Domingo —donde lo aguardaba ya impaciente y calzado, y con la escarapela rutilante en el sombrero mambí, el Generalísimo

Máximo Gómez— había escrito al Club 10 de Octubre de Puerto Plata: «Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos». Y como él había convocado la guerra, su responsabilidad no concluía, sino comenzaba con ella. Alzar el mundo era su misión histórica; pero su íntimo deseo sería pegarse al último tronco, al último peleador, morir callado. De ahí su exultante confesión al pisar los breñales de Oriente: «Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio».

Gozo todavía mayor es para José Martí ver cómo la insurrección se va desarrollando conforme a sus previsiones, planes y anhelos. Confía y espera y sueña. Su *Diario* adquiere, a menudo, tono marcial. Pero a los heraldos del ideal les toca siempre ofendarse antes de llegar a la tierra prometida. El 19 de mayo de 1895 José Martí caería, con arranque de apóstol y estilo de héroe, en Boca de Dos Ríos. En su ya histórica carta a Manuel Mercado, había fijado nítidamente el verdadero alcance de su pensamiento revolucionario y la dimensión americana de su obra: «Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso». José Martí ha muerto; pero un pueblo entero alzará su cadáver como llameante bandera. Lo anticipará él mismo en frases lapidarias: «La muerte da jefes. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva». Y la revolución siguió adelante, guiada invisiblemente por quien la trajo con su esfuerzo y la consagró con su holocausto.

Cada palma fue un mástil; cada montículo, un centinela; cada bohío, un campamento. Máximo Gómez y Antonio Maceo emularon glorias de Ayacucho y Junín, antaño renovadas por Ignacio Agramonte y Julio Sanguily. Hasta los caracoles de las playas y las sombras iluminadas de Simón Bolívar y Benito Juárez se incorporaron a la pelea. Blancos y negros se disputaron, confundidos, el laurel y la oblación. La historia se hizo leyenda y la leyenda, historia. Los que tuvieron la dicha de ser actores de la proeza magnífica-

ron para siempre sus horas vacías. Los que hoy la evocamos añorantes le rendimos guardia de honor reverentes y orgullosos. El pueblo capaz de tamaña empresa es un gran pueblo. Ningún goce más hondo para un cubano que poder decirlo a plena voz.

De aquel egregio despilfarro de abnegación y coraje, surgió esta Cuba de hoy, en comprometido trance de *renquiciamiento y remolde*. Duro, fatigoso y largo ha sido el proceso de formación de la nación cubana. Largo, fatigoso y duro, el camino de su libertad. Nada se nos dio nunca por gracioso regalo de los dioses. Todo lo que fuimos y lo que somos lo hemos conquistado a brazo partido.

Tierra de explotación y medro fue la nuestra durante varios siglos. Tuvimos que crear sobre el lodo, la sangre, la ignorancia y el fanatismo. Nuestra población indígena fue brutalmente exterminada. De poco valdría la noble y contumaz protesta de fray Bartolomé de las Casas, protector de los indios y grande de España. El negro —cazado en las selvas misteriosas de África por empedernidos mercaderes— sustituyó al indígena como pura fuerza de trabajo. El régimen social impuesto por los colonizadores no podía ser más simple e inhumano: una típica pigmentocracia que fundaba sus derechos a la exacción, al crimen y a la esclavitud en supuestas superioridades raciales y religiosas. Las leyes de Indias jamás se acataron, ni se cumplieron. El azúcar, manchado de infamia, fue, desde los comienzos, nuestra principal fuente de riquezas y de penurias. Y la fuente también de todas las abominaciones y codicias internas y foráneas.

En el seno opresivo y deformador de ese presidio rodeado de agua por todas partes, creció lentamente el pueblo cubano. Hizo sus primeras armas contra los corsarios y piratas. Cultivó el surco heredado de sus mayores. El ambiente telúrico y la comunidad de destino le dejaron su impronta indeleble. Del proceso de transculturación y mestizaje nació el criollo, que ama su tierra y su estirpe. La fragancia deleitosa del trópico y el voluptuoso regodeo de los sentidos aroman sus lánguidos, sensuales y pintorescos cantares. En 1762, los ingleses, a la sazón en guerra con España, sitiaron y tomaron La Habana, no sin que los cubanos le ofrecieran gallarda resistencia. La isla, hasta entonces secuestrada del mundo por el monopolio implacable de España, se abrió al mar ávida de aires y de luces. Junto a las oleadas de esclavos que sucesivamente la inundaban, empezaron a colarse las ráfagas

redentoras del enciclopedismo y de la revolución industrial. El brusco y creciente desarrollo del comercio ultramarino transformaría la factoría en colonia de plantaciones, dedicada al cultivo en gran escala de la caña, del café y del tabaco. Y, parejamente a ese vigoroso impulso económico, brotarían un nuevo espíritu y una cultura que, por los gérmenes que la preñan, los problemas que plantea y las soluciones que aporta, está destinada a convertirse en fermento revolucionario. No en balde se ha dicho que don Francisco de Arango y Parreño fue el primer habanero y el protoprecursor de la patria.

La gesta hispanoamericana removió profundamente la conciencia criolla. Vate y adivino, poeta y profeta suelen ser uno y lo mismo. La trompa mesiánica de José María Heredia anunciaría —prodigioso despliegue de trenos, nostalgias, imprecaciones y ayes— que los radiantes días por llegar están en camino. Sintién-dose ya con estatura de hombres, vegueros y esclavos se suble-van. Se descubren las primeras conspiraciones. Ascienden al cadalso los primeros mártires. No tardaría en aflorar y abrirse paso victoriosamente —anexionistas y reformistas han agotado su circunstancial vigencia histórica— el movimiento emancipador. Y, al estallar éste el 10 de octubre de 1868, tiene ya, tras de sí, una tradición, un martirologio y una fe. Amor de patria y amor de mujer vibran, fundidos, en la guitarra insurrecta:

*Cuando yo envaino el acero
después que pasa la acción,
vas fija en mi corazón
como un brillante lucero.
¡Escucha!... El clarín guerrero
suena ya en la selva umbría...
¡Adiós!, que si en este día
la muerte he de recibir,
al instante de morir
pensaré en ti, vida mía.*

Ni vencidos ni convencidos retornarían los cubanos a sus hogares maltrechos después de diez años de desigual contienda. Guiados por la estrella solitaria habían ido a la manigua en pos de una patria ideal. De la manigua volvían con la imagen concreta de esa patria ideal. Su divisa continuaba siendo independencia o muerte. Pero necesitaban reponer sus fuerzas, aliviar sus fatigas,

restañar sus heridas y olvidar sus decepciones. Era indispensable una tregua. Ni «soborno, ni infamia, ni traición», como dirían irresponsablemente los que permanecieron boconeando en el destierro. Simplemente un paréntesis. Eso sería, en rigor, la paz suscrita en Zanjón el 28 de febrero de 1878. En esa tregua, el pueblo cubano —estremecido aún por las hazañas de la guerra— se apercibió y preparó para nuevas y más trascendentales batallas, en tanto que las potencias pulían sus garras y acechaban la coyuntura propicia para caer sobre Cuba y apoderarse de ella. Los descreídos y los ambiciosos —en su mayoría cubanos descas-tados— se arrimaron a la sombra de la más reaccionaria facción del Partido Autonomista. Los desvalidos y explotados, los que sufrían en su carne y en su dignidad la afrenta del colonaje, los que no podían seguir viviendo de rodillas sin mutilarse el decoro, se agruparon primero en torno a los que mantenían enhiesto el pendón separatista y se vertebraron luego en el Partido Revolucionario Cubano.

José Martí fue la conciencia, el pensamiento y la palanca de la revolución. Titánica, en verdad, sería su labor. De un lado, ata, ordena, espolea, ilumina y funda. Del otro, le imprime al movimiento insurreccional carácter civil, objetivos democráticos, contenido social, sentido económico y proyección americana. Esclarece, deslin-da, precisa. La guerra no era contra el español, ni contra España: la guerra era contra el régimen que enyugaba, corrompía y degrada-ba, por igual, a españoles y cubanos. Y, al calor de su palabra arrebatada, los «pinos viejos» y los «pinos nuevos» sellarían, en abrazo memorable, el propósito de conquistar, por el común es-fuerzo, la independencia de Cuba y el establecimiento de una república que tuviera la libertad por asiento y en la cual la riqueza y la cultura se difundieran generosamente en los llanos y no se atesorasen avaramente en las cumbres. Para eso se había organi-zado el Partido Revolucionario Cubano y para eso se desataba la guerra. Y, asimismo, para acelerar el equilibrio del mundo, salvar el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, galvanizar el espíritu de la América nuestra y salvaguardar el futuro de las Antillas de sojuzgamientos soterrados y de insolentes depredaciones.

Pero la república concebida por los fundadores y diseñada por José Martí en el *Manifiesto de Montecristi* emergió a la existencia en condiciones sobremanera adversas. La voladura del

acorazado Maine, la *Joint Resolution* y los *rough riders*²⁹ de Teodoro Roosevelt desviarían el curso ulterior del proceso revolucionario. Contrahecha y menoscabada surgió la república, sin que permitiera advertirlo momentáneamente el legítimo júbilo de su advenimiento. Si la Enmienda Platt ponía en cuestión su soberanía, económica y financieramente quedaba a merced de tutores sin escrúpulos, que tendrían siempre dúctiles instrumentos y complacientes servidores en los partidos políticos, en los tribunales de justicia, en la administración pública y en la prensa. La estructura colonial supervivía bajo los símbolos ficticios del himno, del escudo y de la enseña. En ese pozo de aguas negras se cebó el complejo de inferioridad que caracteriza nuestra vida republicana hasta el 30 de septiembre de 1930.

Nuevas generaciones, empujadas históricamente a completar la trunca epopeya de 1895, le inyectaron al pueblo cubano nuevos bríos y nuevas esperanzas. Las fundamentales mutaciones operadas, a partir del 12 de agosto de 1933, en la estructura económica, política y social del país, son frutos de su heroica arremetida contra la colonia sobreviviente en la república. Muchos más hubiéramos cosechado si la competencia, la honestidad y la visión de porvenir hubieran primado en las esferas rectoras. Muchos más, en suma, si el movimiento revolucionario que derrocó al machadato no hubiese sufrido tremendos extravíos y dolorosas frustraciones, incriminables principalmente a Fulgencio Batista y a Ramón Grau San Martín, pero sin excluir las responsabilidades de Carlos Prío y las irresponsabilidades de Eddy Chibás. En el campo de la moral pública se ha llegado a inauditos extremos. No podría explicarse de otra suerte que aparezcan luciendo refulgente clámide —en oportunista coincidencia— quienes han fatigado los siete pecados capitales de la inverecundia política.

Justamente lo que no pudo traerse en su momento, o fue pervertido, o aplastado, es lo que ahora urge alcanzar. Este, y no otro, es el compromiso histórico que plantea el 24 de febrero de 1895. «Cuando un pueblo entra en revolución —nunca se repetirá demasiado esta sentencia de José Martí—, no sale de ella hasta

que la corona». La etapa que hoy vivimos es, sin duda, contrastada objetivamente, mejor que la de ayer. Mas, es sólo eso: una etapa. Mientras esté en devenir, la Revolución de 1895 no se habrá coronado. Y, como los tiempos son otros y el mundo ha entrado en nueva y decisiva fase de su historia —en la cual se entremezclan significativamente estertores y vagidos—, habrá que culminar la Revolución de 1895 a la altura de la época y en apretado haz con los pueblos que Simón Bolívar liberó con su espada y José Martí fecundó con su verbo.

Publicado en *Bohemia* el 24 de febrero de 1951. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 116-121.

Manuel Sanguily

Si la evocación de Manuel Sanguily es válida en cualquier coyuntura, en ninguna lo es, sin embargo, como en ésta, en que un puñado de espíritus independientes nos hemos reunido, a la sombra radiante del Libertador, a renovar nuestra fe en el destino de América. Muy pocos, entre los primogénitos de nuestra patria común, alentaron esa fe tan activa y ardidamente como él. Ni nada da tampoco cabal medida de su tamaño humano como esta consagración suya —pareja a la de Simón Bolívar y José Martí— a «poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América», a plasmar en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración. Un siglo del natalicio del egregio cubano va ahora a cumplirse y a festejarse. Y, por lo ya dicho y porque me brota del hondón del alma, yo quiero rendirle anticipado tributo en la entraña caldeada del pueblo por «donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la naturaleza», de esta Venezuela que se ha de «querer y admirar sin límites porque la sangre que dio por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla». Ni escenario más augusto, ni trance más oportuno, ni homenaje más simbólico.

No fue sólo Sanguily escritor de estilo inconfundible y vigoroso pensamiento, crítico de buidez y rigor poco comunes, tribuno de vuelo sostenido y lógica avasalladora, e historiógrafo de juicio

²⁹ Nombre por el que fueron conocidos los miembros del Regimiento de voluntarios de caballería, creado por el propio Roosevelt, que llevó a cabo el ataque estadounidense contra la loma de San Juan, en julio de 1898, por el acceso a Santiago de Cuba. (N. del E.)

insobornable, puntillosidad extrema y magistrales esclarecimientos. Fue, además, por encima de todo —síntesis perfecta de su personalidad multifacética—, revolucionario ejemplar y fundador de la república. Pocos en este sentido, le aventajan en pasión, desinterés, gallardía, perseverancia, espíritu de sacrificio, pulcritud de conducta, claridad de fines, comprensión de su tiempo y amplitud de perspectiva. Supo siempre a dónde iba, lo que quería y cómo obtenerlo.

La tarea revolucionaria a la que se dio Manuel Sanguily iba derechamente encaminada a dotar a Cuba de genuina personalidad política, de una estructura social efectivamente democrática y de la soberanía económica indispensable para vincularla, con plenitud de atributos, al destino de América. Nacido bajo la dominación española, se encaró, mozo aún, al dilema que su circunstancia le planteaba: colono o persona, términos que podrían simbolizarse, respectivamente, para decirlo con José Martí, en el yugo y la estrella. El yugo significaba la tripa repleta y la cerviz doblada. La estrella significaba la despensa vacía y la dignidad enhiesta. Discípulo dilecto de José de la Luz y Caballero, hijo legítimo de El Salvador, Sanguily no vaciló un instante: se abrazó a la estrella. Era el único modo auténtico de ser persona. Y la única vía adecuada para que Cuba conquistara su personalidad política, su independencia económica y el señorío de sí propia. Si Cuba quería ser libre, tenía que luchar para conseguirlo. Nunca la libertad se dio por añadidura. Y, para merecerla —lo advirtió ya Goethe y lo comprueba la historia— hay que pelear por ella todos los días.

Sanguily se lanzó a la manigua a luchar por la libertad cubana. No parará ya de pugnar por ella hasta que su indómita cabeza, que «sólo se inclinó ante el libro», caiga vencida por la muerte en desigual combate. En el campo y en la ciudad, en el libro y en la tribuna, en el folleto y en la asamblea, en Cuba y en el extranjero, dondequiera que esté, dondequiera que el deber lo lleve, será siempre un soldado de la libertad cubana. Imposible encontrar página suya que no muestre la impronta candente de su actividad emancipadora. Tras la interpretación más objetiva, se encontrará siempre emboscado al revolucionario. Tras el artista de la palabra, la arena arremolinada. Tras la miel, la lava. Tras la rosa, la avispa. Aun en el epistolario íntimo asoma, en cada línea, la agonía del peleador, perpetuamente obsesionado por el destino de su patria.

No bastaba, sin embargo, luchar por la libertad de Cuba. Urgía, parejamente, insuflarle un contenido concreto a esa libertad.

Esta preocupación lo punza y desvela. Las páginas de su *Diario* revelan la torturante angustia que lo poseía cuando las querellas caciquiles, los apetitos desmandados y la estrechez de miras, propias de una insurrección originariamente lastrada por la mentalidad feudal de muchos de sus principales promotores, amenazaban torcer, mixtificar y frustrar los objetivos históricos de la ingente contienda, que no podían ser otros que darle al pueblo de Cuba, sobre el primado de la independencia nacional y de la libertad política, un régimen social que promoviera, indefinidamente, su ascenso cultural y garantizara, por el trabajo creador y la riqueza justa, sus condiciones de existencia. Ni para jerarquías artificiosas, ni para privilegios abominables, ni para irritantes discriminaciones, quería Sanguily la libertad cubana. La quería, como Ignacio Agramonte, como todos los grandes revolucionarios de nuestra América, para viabilizar el ensanchamiento constante de la base material de vida de nuestras masas y levantarlas al refinado disfrute del banquete platónico. Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y no gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo. Semejante trastruque —que Venezuela y Cuba han sufrido más de una vez en su carne y en su espíritu— entrañaba la supervivencia de la estructura colonial, hipócritamente disfrazada con arcos republicanos.

Esta postura, mantenida inquebrantablemente durante diez años, machete en ristre, era la expresión vital de su pensamiento político, de límpida progeñe democrática. Y, por eso, no transigió con las veleidades castrenses, ni con el espíritu faccioso. Vicente García supo de su discrepancia tajante y de su condena implacable. En frente lo tuvieron cuantos intentaron transformar, en mando cuartelero, la jefatura civil de la revolución. Loma de Sevilla es uno de los más claros timbres de su gloria.³⁰ Y sus arremetidas contra la concepción militarista de Máximo Gómez, Manuel de la Cruz y Enrique Collazo, la más vibrante y contundente defensa

³⁰ En Loma de Sevilla, el 25 de junio de 1875, tuvo lugar la histórica entrevista de Máximo Gómez con Vicente García, que abordó las demandas de los sediciosos de Lagunas de Varona. Ramiro Guerra narró el episodio así:

Manuel Sanguily, presente en la entrevista, ante las objeciones presentadas por Vicente García respecto al acuerdo propuesto por Gómez, pronunció un elocuente discurso, en el que instó a García a la concordia y a la solución ajustada a la ley y evocó la historia de grandes hechos de

del ideario democrático que ungió con su sangre y blasonó con su ejemplo.

Si por los atajos de La Mancha salió Alonso Quijano a la conquista del mundo, por los andurriales de la libertad cubana llegó Sanguily al americanismo, etapa superior de evolución de su pensamiento político. Más que en Locke y en Jefferson, se había amantado en los enciclopedistas franceses. En ellos sorbió, al par que los ingredientes teóricos de su construcción política y social, el zumo fertilizante de la dignidad humana. El culto a la dignidad plena del hombre, que José Martí quiso que fuera la ley primera y fundamental de la república, fue también su culto. Ni que decir tiene que esa perspectiva y ese culto pugnaban, radicalmente, con la problemática concreta de su circunstancia; pero, a la vez que su repudio, le daban la razón histórica de su existencia y los medios efectivos de superarla. «La historia —escribe— es el esfuerzo perpetuo del espíritu contra la forma, la reproducción eterna del ave que rompe el huevo solicitando mejor existencia, y son las instituciones moldes de las sociedades, que se endurecen y oprimen, que desfiguran y matan, que a veces resultan estrechas, porque envejecen mientras las sociedades se renuevan, y que, por lo mismo, deben cambiar al compás de ellas, si se quieren evitar la violencia y el dolor; deben modificarse a tiempo, para que no sean desbaratadas al estampido de la revolución».

Ese concepto de la historia está en la raíz misma de su acción y de su pensamiento. Y, sustentándose en él, es que, al examinar las distintas tendencias políticas que se disputan el favor público

García en servicio de Cuba. Llegó un momento en que el jefe de las Tunas, hondamente conmovido, interrumpió al teniente coronel Sanguily, exclamando: «Pues bien, señores; menos al presidente Cisneros, estoy dispuesto a someterme a cualquiera... que me empleen dondequiera, aunque sea de convoyero, o que me echen a un rincón. No quiero servir de estorbo... Estoy dispuesto a todo». (*Guerra de los diez años. 1868-1878*, vol. II, Cultural, La Habana, 1952, p. 262.)

En palabras de Roa, Loma de Sevilla representó el «triunfo de la ley sobre la espada, de la disciplina revolucionaria sobre el desorden contrarrevolucionario, del espíritu nacional sobre el caciquismo, de la tendencia democrática sobre el afán de predominio, de los intereses generales del pueblo en armas sobre los intereses privados de los grupos facciosos y demagógicos, comidos hasta el tuétano por la ambición de poder, la osadía y la insolencia». Ver «Loma de Sevilla», en *Viento sur*, p. 195. (N. del Comp.)

después del convenio del Zanjón, manifestará su adhesión a la separatista o revolucionaria, única capaz de adecuar la forma social al espíritu pujante de la cubanía. «El espíritu separatista —afirma— no es propio únicamente de los naturales de Cuba, ni exclusivo de los antiguos revolucionarios. El espíritu separatista es esencial y peculiarmente colonial, y muy propio de toda agrupación, de todo sistema de intereses lastimados, desconocidos u oprimidos por otra agrupación o por otro sistema de intereses que el caso no es tanto un asunto de sentimiento, por lo general, como un asunto complejo de toda suerte de circunstancias. Por eso, el espíritu separatista está en el fondo, en la sustancia de la naturaleza humana. Dondequiera, así en lo moderno como lo antiguo, siempre que una fracción del género humano se sienta explotada, humillada, ahogada —a menos que haya bajado hasta el enflaquecimiento o la vileza—, se revuelve, lucha, y, si preciso fuera, perece, antes que consentir impasible en su ruina y en su oprobio, que primero que la ley humana de la ciudad está la ley divina de la naturaleza, para que fuesen la regla de la vida, el sentimiento de la dignidad y el sentimiento de la justicia».

Los párrafos transcritos fijan, cristalinamente, la posición de Sanguily ante la autonomía, ante lo español y ante España. No podía admitir, ni justificar, ni encarecer, una tendencia política en radical discordancia con la historia, la naturaleza y la determinación del pueblo cubano. No fue odio contra el español, ni contra España, lo que impulsó a aquel a sublevarse contra el régimen colonial, que lo estrujaba y ofendía. El espíritu separatista, conciencia del querer ser de toda comunidad humana entrabada en el libre desenvolvimiento de su personalidad política, económica y cultural, era una necesidad histórica, una tendencia inexorable, una ley natural, como la llamó Sanguily en típico lenguaje roussoiano. Ya la estructura colonial, agotadas sus posibilidades de reajuste y acomodamiento, resultaba incompatible con el proceso superador que le había nacido, dialécticamente, en las entrañas.

El espíritu separatista era, pues, por su propia índole, inconciliable con las formas absorbentes de poder. Si la Revolución cubana aspiraba a realizar la democracia, no podía, sin negarse a sí misma, emplear medios y modos antidemocráticos, en la puja por su propio alumbramiento. Ese espíritu separatista tendría, en Sanguily, su concreción más encendida y afilada. Es su personero y su dinamo. No tuvo José Martí, en su campaña revolucionaria,

coadyuvante más eficaz, valeroso y decidido que el expedicionario de la Galvanic y héroe de Palo Seco. En las fauces mismas del despotismo, pobre y perseguido, aviva, constantemente, con su verbo y con su pluma, la llama de la rebeldía cubana.

No se ha hecho aún justicia a la participación decisiva de Manuel Sanguily en la formación de la conciencia revolucionaria, que sirvió de combustible al estallido de Baire. En esa época tempestuosa, fatigó la elocuencia desde la tribuna, que fue a la sazón su trincherá. Nostálgico de sus días heroicos, por sus períodos, reverberantes y lujosos, desfilan, en epopéyico estilo, las proezas de la Guerra Grande. Y, es en esta propia época también en que, como culminación de su pensamiento político, aflora, por primera vez, el americanismo en su palabra. En su admirable oración sobre José María Heredia, el poeta nacional de Cuba, Sanguily reitera su fe en el destino de América y concreta, en fórmula definitiva, su concepción del americanismo. «El americanismo —postula— no es impulso de aproximación de razas, como el germanismo o el eslavismo, sino una tendencia social, un ideal de vida y de gobierno, cuyo término es la federación, cuya base es la autonomía, cuya fórmula es la república y cuya esencia es la democracia». «Buscad ese espíritu en Europa —concluye— y no lo encontraréis».

El contraste violento entre la tendencia ideal y la realidad histórica no escapó a su pupila. En muchas regiones de América, la democracia era montonera; la autonomía, chauvinismo; la república, «mayordomía lúgubre» o máscara reluciente de corrompido bajalato; pero, por lo mismo, en el seno de los pueblos burlados, maltratados o uncidos, existía, con renovado ímpetu, el espíritu americanista de la hora germinal de la emancipación, el espíritu de que América fuera lo que debe ser, el hemisferio de la paz, de la justicia social y de la dignidad humana. Mientras Cuba y Puerto Rico permanecieran sojuzgadas, esa transformación, ese avatar más alto de la conciencia que implicaba el americanismo, sería imposible. Ambas, por su historia y su coraje, se habían ganado sitio propio en América. Ambas, por no ser todavía América, representaban las esencias más activas y creadoras del americanismo, que es impulso incontrastable hacia la libertad. Liberadas ambas, el americanismo estaría ya, como espíritu, en aptitud de transfundirse en realidad histórica. No ayudar, efectivamente, a esa liberación, a que Cuba y Puerto Rico entraran en América —aún Puerto Rico no ha entrado—, era traicionar la naturaleza misma del americanismo.

Hay que decirlo. No cumplió entonces América su deber de solidaridad continental. Más todavía: fue «cómplice indiferente», porque era montonera y no democracia, del infortunio cubano y del dolor boricua. Medio siglo hacía desde que Simón Bolívar postulara, como base de todo americanismo, la independencia de Cuba y Puerto Rico. José Martí, en el umbral mismo de la guerra necesaria, había precisado que «la independencia de las Antillas era el fiel de la balanza americana, la garantía del equilibrio en el continente, la de la independencia de la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallaría más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo».

Bolívar y Martí fueron traicionados. «No —clamó entonces, con hirviente iracundia, Manuel Sanguily—, no encuentro excusa para América; porque no existe más que un derecho divino, el derecho divino que tiene toda sociedad humana de vivir conforme a su voluntad, el derecho a no ser explotada por otra, el derecho a no ser afligida por la fuerza y Cuba es su paladín esforzado y solitario; no existe más que en un interés americano, el interés de la democracia y la república, y Cuba es su único y abnegado representante, ya que los pueblos hermanos no se atreven a requerir en su defensa la espada creadora con que Bolívar quiso redimirlos, ni aun ahora que la lanza con que Boves aterró los llanos de Venezuela se ha convertido en la puntilla del torero con que Weyler ultraja la civilización y deshonor el linaje humano». El americanismo comporta imperativos insoslayables y deberes intransferibles. Sentir como propias las afrentas, las angustias y los afanes de América, acudir con las banderas desplegadas en auxilio del hermano que sufre la opresión y quiere a precio de sangre sacudirla, es lo que singulariza y define el americanismo verdadero. Lo otro es ese americanismo postizo, genuflexo y retórico, que mima y condecora el *State Department* y suelen exhibir, sin sonrojo, los Juan Vicente de ayer y los Trujillos de hoy.

Americanismo genuino, ese que redime, crea, galvaniza y transforma, fue el de Manuel Sanguily. En los días oscuros del absolutismo colonial, se abrazó a él con fervor de cruzado. En los días inciertos de la colonia dentro de la república libró, con el

americanismo por escudo, solitario y altivo, como altivo y solitario había antaño bregado contra los poderes opresivos de la monarquía borbónica, sus más épicas y trascendentales batallas, defendiendo el destino de América en el destino de Cuba, en su derecho a la libertad y a la justicia, en el respeto a su soberanía y a su independencia, conquistada a punta de sacrificio en hazañosa porfía. «Porque si no vivimos por derecho propio y si nuestra condición nos ha sido otorgada en precario por ajenos caprichos y conveniencias —afirmó solemnemente—, ni cabe dignidad en nuestra vida, ni autoridad en el Estado, ni posibilidad siquiera de orden verdadero y paz permanente y honrosa».

Mal americanismo, americanismo que enfeuda el espíritu a la letra, era aquel que empezaba a negarle al vecino el derecho a regir su propia casa y conducía, indefectiblemente, a la servidumbre. No admitió Sanguily, bajo ningún pretexto, que una parte de América predominara sobre la otra. Nada lo movió tanto al combate, como la opresión del débil por el fuerte. La imagen de una América señoreada por oligarquías codiciosas y tiranuelos de alquiler, lo incitaba al flagelo. Para él, América —ésta y la otra, la de Sarmiento y la de Lincoln, la de Juárez y la de Whitman— era «el continente humano por excelencia, la mansión del hombre redimido, la tierra de la libertad personal, el laborioso taller donde se embotan las armas inútiles del soldado y se forjan las azadas conquistadoras del agricultor, la patria augusta del ciudadano inviolable, el refugio del oprimido, el mundo de la esperanza». Para él, América era eso, quería ser eso, o no era nada. No sólo hay en Sanguily una doctrina del americanismo, florecida al calor de la experiencia histórica y madurada en la intuición genial de azares, contingencias y riesgos, ya prefigurándose en la corriente soterrada del futuro. Hay también una práctica, una conducta, un estilo.

Consecuente con su postura, Sanguily dio también la pauta de cómo debe defenderse, en el orden nacional, el destino de América. Aplastada la dominación española por el esfuerzo conjunto del ejército mambí y de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos, Cuba quedó sujeta a la jurisdicción y gobierno de éstos, no obstante la Resolución Conjunta. Sanguily se ofrendó a lo que consideraba el supuesto previo de nuestra incorporación al destino de América: la defensa celosa de nuestro derecho a organizarnos en Estado independiente y soberano. No otro es el levantado móvil que informa su controvertida actitud en la Asamblea del

Cerro. Elegido delegado a la Convención Constituyente por el Partido Republicano de La Habana, hubo de enfrentarse, sereno y erguido, con el espinoso y complejo problema de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Acallando sus convicciones más íntimas, se produjo, al discutirse la Enmienda Platt, en favor de su aceptación, no sin antes librar recia lidia por evitarla o restringirla. En el acta de la memorable y agitada sesión, quedó constancia de su limpia actitud: Sanguily «votaba la enmienda porque por sus términos creía favorecer la Constitución de la república de Cuba y de la personalidad cubana, que de otro modo desaparecerían por completo, porque entendía que la Enmienda Platt es el complemento y pretende llevar a la realidad, según terminante declaración de su preámbulo, la *Joint Resolution* de 20 de abril de 1898 y, sobre todo, porque es una imposición de Estados Unidos contra la cual toda resistencia sería definitivamente funesta para las aspiraciones de los cubanos».

Votó Sanguily la Enmienda Platt; pero nadie, en la historia ulterior de la república, habría de oponerse como él, ni con su autoridad moral, a la aplicación de sus grilletes. Nadie tampoco, como él, puso en juego mayor suma de inteligencia y de energía para impedir que Cuba se transformara, por obra del acaparamiento foráneo de nuestras tierras y riquezas, en una factoría azucarera a merced de aranceles y de especuladores extranjeros. En un proyecto de ley presentado al Senado de la república, intentó Sanguily, con visión profética de nuestro gran drama futuro, corporizar jurídicamente la advertencia admonitoria de Martí. El primer artículo de esta frustrada declaración de independencia económica prohíbe, taxativamente, a partir de la fecha, «todo contrato o pacto a virtud de los cuales se enajenen bienes raíces en favor de extranjeros». «Ningún extranjero —reza el artículo sexto— ni ninguna sociedad extranjera de cualquier clase y denominación que fuera podrán fundar caseríos, poblados y ciudades sin autorización previa del Congreso de la república, mediante información acerca de su conveniencia y necesidad». «Los caseríos —se preceptúa en el artículo octavo— construidos en los bateyes de los ingenios de azúcar, u otras cualesquiera fincas rústicas, cuya población no fuera inferior a doscientos cincuenta moradores, se incorporarán a los ayuntamientos más próximos, de los cuales serán considerados como barrios, rigiéndose por las disposiciones y ordenanzas que aquéllos dictaren o estuvieren vigentes». Si

el latifundio perdió a Roma, también podía perder a Cuba. Y, para evitar que Cuba se pierda, por la concentración de la propiedad territorial y su traspaso a manos extranjeras, es que su voz se yergue erizada de presagios y fulminaciones.

Este proyecto de ley ni siquiera se puso a debate. Las consecuencias que trataba de evitar están, dramáticamente, a la vista: Cuba, tierra de feracidad milagrosa, verdadero paraíso antillano por su clima y estupenda posición geográfica, es presidio de cañas amargas. Las mutaciones operadas en la estructura social de la industria azucarera y el alza del precio, de las utilidades y de los salarios, en los últimos años, no han alterado, ni pueden alterar por sí solas, las condiciones coloniales de la economía cubana. Pueblos agrarios sin suelo propio en su mayoría, económica y financieramente supeitados al capital extranjero, vecinos siempre a mano y sólo buenos a la hora del saqueo tolerado o de la entrega sin escrúpulos: he ahí lo que nos empareja, subyuga y abraza. La disyuntiva es clara y terminante: o reservorios de materias primas o naciones enteras y verdaderas. México intentó trazar el sendero. Cuba ha luchado briosamente, en estos últimos tiempos, por rescatar su destino, adelantando un trecho en la áspera ruta. De Venezuela depende hoy, en gran parte, el futuro de nuestra liberación nacional y social. Cuenca materna de la independencia hispanoamericana, debe ser, otra vez, gonfalon y vanguardia.

Parejo objetivo al de su proyecto de ley sobre la tierra inspiró la denodada oposición de Sanguily a nuestro primer Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos. Si antes dio el alerta sobre el latifundio y denunció sus graves implicaciones políticas y sociales, ahora da la clarinada sobre los peligros que, para nuestra nacionalidad, traería consigo el soberbio señorío de los trusts y de las empresas centralizadoras extranjeras. «Si uno de los poderosos motivos —declaró en el Senado—, si uno de los grandes alientos, si la fuerza propulsora mayor para sublevar al pueblo cubano contra la dominación española, fue la absurda situación económica en que se colocó respecto de la península, ¿cómo suprimir tanta sangre devastadora, las calamidades sin cuento, para volver atrás la corriente de los sucesos reproduciendo el pasado en una como apostasía que revive un régimen condenado de manera formidable?» «La aprobación del Tratado —sentencia— es una perturbación más, un nuevo factor de confusión y trastorno, acaso también motivo a la larga de la desesperación irrecusable

de las clases del trabajo que llevan sobre sus hombros con mayor pesadumbre el esplendor de las otras y que al cabo —humildes y casi siempre ignoradas— son las que deciden en definitiva el destino de los pueblos; porque el problema de la reciprocidad, como el problema nacional, el problema fundamental de la vida económica e independiente de los cubanos, está íntimamente relacionado con el problema de los trusts; que por fuerza han de vivir y sólo viven en razón de los privilegios que obtienen, por lo que de propia necesidad tienen que explotar al Estado, sujetándolo a su influencia y poderío corruptor». Y, sabiéndose de antemano derrotado por la opinión adversa de un parlamento sometido antes que al interés de Cuba a los reclamos de la banca extranjera, concluyó su formidable perorata de esta guisa quijotesca: «Tal vez en breve otra palabra os señalará rumbo distinto y haréis lo que ella dicte. Lamentaré, sí, por mi patria no por mí, verme en el suelo bajo su lanza de oro; pero, entonces, parodiando al más generoso hidalgo que haya concebido humana fantasía, yo le diría con sincero convencimiento: Me alegro de tu triunfo, como amigo; lo siento, empero, como cubano. Por esto sólo dueleme en lo íntimo del ánimo; que tus armas son mejores que las mías, mas no tu causa. Sí, Caballero de la Blanca Luna, podré reconocerme derribado; pero jamás me harás confesar que no es la más hermosa dama que vieran ojos humanos, la que yo venero y bendigo desde el fondo del corazón atribulado».

Designado secretario de Estado del gobierno del general José Miguel Gómez, Sanguily evidenció, una vez más, la prócer estatua de su espíritu, su auténtica cubanía, su lealtad militante al americanismo. Fue aquél, en verdad, un período cuajado de enormes dificultades. Pocas veces estuvo tan amenazada de zozobrar nuestra soberanía y de eclipsarse nuestro honor nacional, como entonces. Manuel Sanguily se produjo a la altura de su historia, de su investidura y de las circunstancias. Ni se acobardó ni se vendió: le hizo frente a los acontecimientos de «cara al enemigo y al debate y con la palabra, de oro, como la cabellera». A la intromisión extraña en nuestros asuntos, respondió con el repudio enérgico y bizarro. Un telegrama suyo al presidente Taft, suscrito por el general Gómez, impidió, por la voluntad de resistencia que anunciaba, el desembarco de tropas norteamericanas en Cuba. Había salvado, en pareja medida, con su resuelta postura, el destino de Cuba y el destino de América. Y, tuvo aún la ocasión de

ratificarla virilmente, ante el propio secretario de Estado de Norteamérica, al visitar éste, poco después, La Habana, en sospechoso periplo por el continente.

Su paso por la vida pública fue digno trasunto de su conducta revolucionaria; pero, al hacerse irrespirable la atmósfera deletérea que empezaba a circuir, Sanguily refugió su «fiera inconformidad en el hogar». «Se fue a su casa —escribe Rubén Martínez Villena en lapidario boceto— a sufrir la espantosa impotencia del creador que ya sobraba, a mirar, con desolados ojos de padre parálítico, la ruindad fraticida de los hijos; a ver, en un tremendo destierro espiritual, la obra honrada de la abnegación en ambiciosas manos de pillos. Desde allí, espectador emocionado, lanzó sobre el desastre sus ironías y sus anatemas; porque rara vez convivieron más armónicamente en un espíritu el humorismo y la cólera». Sus días postreros, iluminados de resplandores retrospectivos y ensombrecidos de penas inconsolables, discurrieron entre sarcasmos y libros, ternuras balsámicas, y relampagueantes indignaciones; pero asido, fuertemente asido, al «ancla de oro» de su fe inextinguible en el pueblo cubano y en la plena realización de sus destinos.

Agua viva y purificadora fue su verbo. Lección inmarcesible de ciudadanía fue su vida, en un medio ya en proceso de profunda descomposición. Jamás sacrificó el bienestar colectivo a su bienestar personal. Nunca manchó su boca con la mentira. Ni la vanidad, ni la envidia, enturbiaron jamás el nítido fulgor de su mirada. Nació pobre y murió pobre, pudiendo haber amasado una fortuna. Defendió, infatigablemente, contra malandrines y follones, la Dulcinea desvalida de sus sueños. Debeló tinieblas y encendió luces. Vivió siempre en «agonía y deber». Murió, como había soñado, con «el perfil vuelto hacia los astros». Y, como aún tiene mucho que hacer en América, junto con Simón Bolívar y José Martí, como Cuba está hoy más necesitada que nunca de su brazo y de su mente, he creído ineludible evocarle en Venezuela, en la propia actitud con que lo despidió mi adolescencia: rodilla en tierra y a pecho descubierto.

Discurso pronunciado en la plaza Bolívar, Caracas, Venezuela, el 20 de febrero de 1948. Compilado primero en *15 años después*. Tomado de *Retorno a la alborada*, vol. 2, pp. 55-65.

José Ingenieros

Venía ya herido de muerte cuando en 1925 pasó por La Habana rumbo a Buenos Aires. Sobre la ciudad resplandeciente tendía su esmalte azul el cielo de septiembre. Un grupo de jóvenes —escritores, poetas, periodistas, universitarios— abordó el buque para testimoniarle su admiración y su simpatía. De algunos tenía ya referencias por sus versos, sus ensayos, sus folletos y sus libros. Sostenía, con otros, correspondencia frecuente. Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Gustavo Aldereguía le eran familiares. Charló largo y tendido con todos. Y, aunque a menudo se quejaba de un agudo dolor en la frente, la risa clara y la paradoja buida le infundieron a su plática la promisoría fragancia de la primavera. Seguía siendo joven y aún confiaba en los jóvenes.

Alguien evocó sus irónicas travesuras de antaño. Y se le encandilaron los ojos y se le dilató la sonrisa. El Syringo volvió por sus fueros y una cosecha de urticantes anécdotas le granó, alegremente, de los labios gruesos. Los ecos de su carcajada se multiplicaron en la soledad de la cubierta. De súbito, una alusión al tormentoso presente y al incierto porvenir de nuestra América le cambió la fisonomía, el tono y el ademán. Y habló, con dramático acento, del papel de la juventud y de los deberes de la inteligencia en las grandes crisis de la historia. «No olvidéis —concluyó gravemente— que vuestra misión es desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental. Ni tampoco olvidéis que todo tiempo futuro será mejor». Y así se despidió de aquel grupo de jóvenes José Ingenieros, el gran maestro de la juventud hispanoamericana. Iba ya camino de la muerte; pero su última palabra en Cuba era una apelación al combate y una profesión de fe.

No tuve yo entonces la oportunidad de conocer personalmente a José Ingenieros. Pero la lectura de *El hombre mediocre*, *La universidad del porvenir* y *Los tiempos nuevos* ya me habían ganado la devoción y la estima. Cuando murió, entregando con varonil serenidad su espada rota al destino vencedor, Rubén Martínez Villena, en vibrante artículo, lo situó, por su triple condición de carácter, apóstol y maestro, entre los heraldos de la juventud hispanoamericana, más allá de José Enrique Rodó y de José Vasconcelos.

No exageraba Rubén. Se puede controvertir, con sobra de argumentos, la originalidad del aporte científico y filosófico de José Ingenieros a nuestra cultura. Hasta resulta dable sostener que,

en su obra, predomina el divulgador sobre el creador. Prefiero ahora eludir la cuestión. En definitiva, aun aceptándolo, como yo lo acepto, lo importante en él es su actitud ante la ciencia más que su producción científica, su posición crítica ante las abstracciones metafísicas más que sus proposiciones relativas al porvenir de la filosofía, su vida acrisolada más que sus sermones laicos, en los que es fácil percibir el eco de Guyau y la huella de Emerson. Lo importante era que la juventud perdía a uno de sus guías más leales y puros, a un hombre entero y verdadero, que predicaba con el ejemplo, que arrostró injuria, soledad y pobreza antes que torcer o callar hipócritamente su criterio. Y, por ello —porque lo vieron siempre apercibido a perderlo todo, incluso la vida, antes que traicionar su pensamiento o deshonorar su conciencia—, los jóvenes se sintieron irresistiblemente atraídos por su noble figura.

No sé si el rito persiste; pero hasta 1930, cada año, en el aniversario de su prematura caída, los estudiantes de nuestra América se reunían para discutir su obra y para repasar su vida, reafirmando en ambas su fe apasionada en que la juventud es la levadura moral de los pueblos, los ideales dan confianza en las propias fuerzas, el pensamiento vale por la acción que permite desarrollar, el espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos. Y lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor.

Dos efemérides transcurrieron sin que nosotros nos congregáramos en torno a la sombra iluminada de su memoria. No podía ser de otra suerte en una Universidad amordazada por los consejos de disciplina y militarmente intervenida por haberse erguido la juventud estudiantil contra la prórroga de poderes. La Asociación de Estudiantes de Derecho decidió, a contrapelo de las autoridades universitarias, rendirle público tributo a José Ingenieros el 31 de octubre de 1928. Fui yo designado para consumir un turno en el acto; pero, minutos antes de iniciarse, hube de renunciarlo por entender que el profesor escogido para el resumen estaba moralmente incapacitado para hablar sobre José Ingenieros. No hacía unas semanas que había concluido de esta guisa una *picúa* perorata loando las excelencias de la dictadura: «Perdóname, Martí; pero Machado te ha superado».

La réplica de la Asociación a mi actitud fue irradiarme de su seno durante un curso. Al año siguiente, de nuevo invitado —esta vez por Lorenzo Rodríguez Fuentes—, leí una conferencia titulada «La actitud política y social de José Ingenieros», en la velada

conmemorativa. Aún los soldados hollaban la Universidad y era Rector el «sargento» Octavio Averhoff. Recuerdo que Carlos Prío, Ramón Miyar, Rafael Rubio Padilla, Silvia Martel, Florentino Mas, el poeta manzanillero Manuel Navarro Luna y otros compañeros me sirvieron de *claque* en los puntos culminantes, logrando arrastrar con sus aplausos al resto de la concurrencia.

Mi protesta contra la ocupación militar de la Universidad y mi denuncia de la farsa panamericana que se representaba, a la par, en el Aula Magna —alabanza al monroísmo y a la Enmienda Platt en la persona intelectualmente descolorida de James Brown Scott—, mientras Nicaragua se desangraba cruelmente y era cada vez más arrolladora y brutal la penetración imperialista en Cuba, Haití, Santo Domingo y toda la zona oprimida y explotada del Caribe, provocaron un vendaval de gritos, y más de uno condenando al régimen de Machado. Como el Cid, José Ingenieros seguía dando y ganando batallas después de muerto.

De estudiante, el esclarecido maestro argentino fue, con José Martí, Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Juan Montalvo, Manuel González Prada, Alfredo L. Palacios y José Carlos Mariátegui, mi ideal abrevadero. En estos días, arreglando mis libros me tropecé con un amarillento ejemplar de *Las fuerzas morales*. Salté de un capítulo a otro, deteniéndome en algunos párrafos; pero, galvanizado por aquella estimulante exhortación, sin darme casi cuenta releí el libro de un tirón.

El 31 de octubre de este año se cumple justamente el veinticuatro aniversario del deceso de su autor. Evocar a quienes aleccionaron con sus hechos y roturaron conciencias con sus dichos es obligación ineludible y tarea útil. Mucho más, si en torno lo que impera es el medro, la simulación, la demagogia, el miedo y la chabacanería. Hoy, que la Universidad está en crisis y urgida de radicales transformaciones, en que faltan hombres y sobran homúnculos en la vida nacional, en que la juventud universitaria no ha tocado aún a rebato, quiero rendirle a José Ingenieros, como profesor, el homenaje que siempre le rendí como estudiante.

Nació José Ingenieros el 24 de abril de 1877. Su infancia se deslizó —precisa Héctor P. Agosti— en medio de acontecimientos definitivos: el levantamiento de Buenos Aires, el gobierno de Roca, la legislación liberal de Wilde, el unicato de Juárez Celmán, la revolución del Parque. Aún Domingo Faustino Sarmiento perturbaba, con sus truenos verbales, la plácida digestión de

la aristocracia porteña. La generación de 1880 —radiante constelación de risueños varones— aceleró el pulso de la vida política, social y cultural de Argentina. En manifiesta pugna con el gaucho y el engolamiento, despliega el abanico de la risa y el pañuelo del humorismo, satirizando el empaque de los seudopócrates y burlándose de los adulterios melodramáticos del tango.

No desdeñan la cultura europea; pero, la preocupación por lo argentino es la nota dominante de esta generación que encabeza Sarmiento y muestra la impronta de Moreno, Echevarría y Alberdi. El proceso de industrialización precipita su ritmo y deja en zaga a las facciones agropecuarias que habían venido ejerciendo, omnímodamente, la dirección política y económica del país, después de la frustración democrática de 1810. Lucha irreductible entre la urbe y la pampa, entre las sobrevivencias corrompidas de la colonia y los elementos pujantes de la burguesía.

Esta mutación interna en la estructura económica y social de Argentina repercutiría, profundamente, en el ámbito de la cultura, de la técnica y de la política. A la vez que el capitalismo imponía su estilo peculiar en las formas de vida, introdujo el sistema de ideas y la tabla de valores que le sirvieran de sustento y espuela. Grandes inversiones de capitales británicos contribuyeron, decisivamente, al desarrollo de determinadas industrias; pero, en tanto que Argentina se enfeuda cada vez más a los banqueros de Londres, crece y se organiza el proletariado y se difunden y arraigan las teorías sociales importadas de Europa. El culto a la razón y a la ciencia se puso de moda. En literatura, Rubén Darío, recién llegado de Chile entre palmas y vítores, fue el nuevo oráculo. Martín Fierro y la vidalita dieron paso al minué y al vizconde rubio de los desafíos. Inusitada primacía alcanzaron las ciencias de la naturaleza. José María Ramos Mejía impulsó la medicina por los cauces de la investigación y de la experiencia. Florentino Ameghino —merecedor de sentarse a la diestra de Darwin, según un hiperbólico europeo— coronó sus estudios paleontológicos, reclamando, para América, la gloria de ser la cuna de la especie humana. Y, mientras la religión se batía en retirada en vastas zonas de la conciencia social, Augusto Comte y Herbert Spencer fueron deificados.

En esa atmósfera típica de la fase ascendente de la burguesía industrial, en que el liberalismo político y el clangor de las fábricas se fundían con la escolástica positivista y la ebullición de la

clase media, despuntó la adolescencia de Ingenieros. Hijo de un emigrado italiano, fundador de la Primera Internacional, desde muy joven estuvo en contacto con intelectuales, conspiradores, obreros, y folletos subversivos. Su casa era el centro de operaciones de los socialistas y ácratas de la época. Durante todo el tiempo que permaneció en Buenos Aires, Enrique Malatesta era visita diaria y él asistía emocionado a las encarnizadas polémicas entre su padre y el célebre anarquista italiano.

No había traspuesto la quincena y ya José Ingenieros andaba metido en reuniones clandestinas y en andanzas revolucionarias. Aunque se confesaba socialista y secuaz de la Internacional, en rigor estaba más cerca de Bakunin que de Marx. La culpa la tenía Max Stirner y, sobre todo, Federico Nietzsche, cuyo rastro espiritual puede todavía columbrarse en sus últimos libros. El superhombre, la moral de los fuertes y la acción directa lo fascinaban. Su diversión favorita era el motín callejero. En el Colegio Nacional, donde cursaba el bachillerato, sus profesores lo mostraban siempre como arquetipo de indisciplina y de aversión al estudio. Era lógico. Un temperamento rebelde como el suyo, la fina calidad de sus neuronas y su sensibilidad exquisita no podían acomodarse al principio de autoridad, ni a los desmedrados conocimientos que oía verter, cada mañana, mecánicamente, en la clase. En cambio, la madrugada le sorprendía en metódicas y provechosas lecturas.

Sus primeras escaramuzas políticas las hizo al frente de una hoja estudiantil, denominada significativamente *La Reforma*. La sublevación popular de 1890 tuvo su adhesión y su apoyo. Meses después, el levantisco mozalbete encabezaba revueltas estudiantiles y, al año siguiente, al estallar la llamada revolución provincial, fue uno de los conductores del arriesgado asalto a la municipalidad de Avellaneda.

En ese propio año, ingresa en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y es protagonista de pintorescas y resonantes aventuras. Su vocación por la medicina afloró desde los primeros momentos. Estudió con ahínco las materias basales. Horas enteras las dedicaba a disecar en el anfiteatro de anatomía. Era alumno interno del Hospital de Clínicas, acudía asiduamente a las clases prácticas y devoraba libros, folletos y revistas. Apasionado de su carrera, no se desvinculó, por eso, de sus actividades políticas y sociales. Estas asumieron, por el contrario, una orientación

y un matiz definidos. Ingenieros organizó el Centro Socialista Universitario e ingresó en el partido de los trabajadores, haciéndose cargo de la secretaría general. Y aún tenía tiempo para el *titeo* y la *fumistería*. Fundó, con Rubén Darío, la *Syringa*³¹ y le tomó el pelo a medio Buenos Aires.

En 1897 dio a la estampa, con el poeta Leopoldo Lugones, *La Montaña*, periódico que tuvo repercusión nacional y fue un ardiente vocero de las aspiraciones y necesidades de la clase obrera argentina. Durante ocho meses, *La Montaña* apareció regularmente, suscitando cada número el odio y el ataque de la reacción, que acabaría por dar al traste con la publicación. Esta circunstancia serviría para verificar que no todos los que compartieron las jornadas de *La Montaña* poseían verdadera consistencia política. En su gran mayoría, se fueron despavoridos a rumiar sus hazañas revolucionarias en aterciopeladas poltronas. Lugones, por su parte, desertó por unos mendrugos: su prosa restallante se trocaría en incensario del despotismo, proclamando, descocadamente, que el bienestar de América y del mundo radicaba en el imperio del sable. Su inverecundia trascendió todos los límites. Baste recordar su abyecta defensa, con su lírico colega José Santos Chocano, del oprobioso régimen de Leguía.

Pero José Ingenieros había nacido con la «luz y firmeza del cristal de roca». Ni se amedrentó, ni se vendió. Se mantuvo siempre fiel a su ideario socialista y a su concepción democrática. Ciertamente, al graduarse de médico, abandonó la barricada y la conspiración por el laboratorio y la cátedra. Mas, esta retirada de la lucha activa —que fue sólo un paréntesis— no puede interpretarse como una dejación de sus principios. Cada vez que las contingencias demandaron un pronunciamiento público, Ingenieros lo hizo con la misma valentía y el mismo calor que en aquellos días turbulentos de su juventud. Y, en todo instante, sus libros fueron baluarte de su ideología política. No de otra raíz les viene su eficacia rectora. Cada nuevo libro suyo era ansiosamente leído por la juventud y los oprimidos, a los que llevaba el aliento y el acicate

³¹ El grupo *La Syringa* estuvo formado, además de por Darío e Ingenieros, por Ojeda, Doello, Pardo, Lugones, Freyre, Mauricio Nirenstein. Como círculo literario, fue un grupo hermético, practicante de las paradojas y de las ironías tan frecuentes después en los ambientes sociales de la literatura argentina. (N. del Comp.)

de su palabra fraternal y rebelde. Revítese su obra y se advertirá, en toda ella, un clamoreo constante contra la bellaquería y la demagogia, el dogmatismo y la simulación, el sofisma y la hipocresía, la mentira y el servilismo.

En los últimos años de su carrera, Ingenieros se especializó en patología mental internándose resueltamente, a instancia de Ramos Mejía, en los intrincados predios de Charcot y de Lombroso, de Maudsley y de Morselli. El conocimiento y trato del famoso criminólogo Pietro Gori, que dictó un breve curso en la Facultad de Medicina, acrecentó en Ingenieros su predilección por los problemas psicopatológicos. A los 23 años se graduó de médico y su tesis, *La simulación de la locura*, obtendría el premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada ese año en Argentina.

A propósito de su ejercicio de grado, se cuenta una sabrosa anécdota que pinta, admirablemente, su carácter. Como carecía de recursos económicos, solicitó de la Facultad que se le eximiera del pago de los derechos de grado. Y, como transcurrieron varios meses y aquélla no respondiese, optó por ofrecerle la dedicación de la tesis al portero de la Facultad, a cambio de que este apresurase favorablemente el trámite. Ingenieros cumplió su palabra. Al frente de su tesis puede leerse esta deliciosa dedicación: «Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad». El tribunal examinador juzgó aquello una grave irreverencia. Pero al hacérselo presente a Ingenieros, éste, sin inmutarse, se concretó a responder: «Yo no he venido aquí a discutir mis afectos, sino mis conocimientos».

Su tesis de grado le abriría a Ingenieros las puertas de la estimación científica. César Lombroso la encareció cálidamente. Fue designado Jefe de Clínica de las cátedras de Neurología y de Medicina legal. La Academia de Medicina le adjudicó, en sesión solemne, el más codiciado galardón a que podía aspirar un sabio argentino. Y en el banquete que la intelectualidad hubo de ofrecerle para festejar el triunfo, Ingenieros —sin abandonar su sonrisa ni su absurda levita gris— pronunció palabras que fueron luego norma luminosa de su vida. Fijó allí, como fórmula de juventud, la que enarbolaría como propia hasta el momento en que, sintiendo ya próxima la huida de la lucidez, escribió, con pulso firme, la página liminar de *Las fuerzas morales*. Fórmula que encuadró en estos términos: «Vida ascendente y programa infinito».

Y, concluyó su discurso, haciendo votos porque un argentino de su generación conquistase análogo premio de la Academia de Medicina de París. Un libro suyo, escrito en francés, *Patología del lenguaje musical*, lo obtendría meses más tarde.

En 1901, Ingenieros fue al Congreso Científico de Montevideo, representando a la medicina argentina. A su regreso centró su atención en los problemas criminológicos. Siendo aún estudiante había publicado trabajos y folletos sobre la materia. Crea el Instituto de Criminología y funda los Archivos de Psiquiatría y Criminología. El resultado de sus indagaciones y experiencias lo recogió en un libro ya clásico, no obstante sus fallas y lagunas, en el que precisa su posición adversa a los excesos y miopías del positivismo italiano, que en un principio había seguido a pie juntillas. Lo más destacado de la *Criminología* de Ingenieros es, sin duda, la clasificación psicopatológica de los delincuentes, altamente elogiada por Ferri y Lombroso.

Ingresó en la docencia universitaria en 1904, como profesor de Psicología, desarrollando una intensa labor, culminante en su libro *Psicología biológica* y en un ensayo que alcanzó gran boga, *Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas*. En abril de 1905, partió para Europa como delegado al Quinto Congreso Internacional de Psicología, convocado en Roma. Treinta años acababa de cumplir a su regreso de este viaje y era ya la personalidad más descolante y discutida de la inteligencia argentina. Varios de sus libros se habían traducido al inglés, al alemán, al francés y al italiano. Universidades de Europa y Estados Unidos le habían otorgado, honrándose, títulos honoris causa. Habíase codeado fraternalmente en Roma con Lombroso, Sergi, Ferri, Janet y William James. Y, de paso por París, el eximio Lacassagne no vaciló en ofrecerle su cátedra y lo presentó así a sus alumnos: «He aquí un maestro que viene a enseñar a la edad en que yo comenzaba a aprender».

Desierta a la sazón la cátedra de Medicina legal, Ingenieros se inscribió como aspirante en el concurso. La Facultad le otorgó, por unanimidad, el primer puesto en la terna. A pesar de eso, o quizás por eso mismo, el presidente de la república designó profesor de Medicina legal a un paniaguado suyo. Sintiendo ofendido en su dignidad intelectual, Ingenieros se embarcó para Europa, no sin antes declarar que iba a autopsiar moralmente a Sáenz Peña. Y en Suiza, frente a la nivea majestad de los Alpes y a la quietud cristalina de los lagos que supieron de la

angustia secreta de Amiel, cumplió su promesa escribiendo *El hombre mediocre*. Hay en ese libro páginas de subido valor poético y exaltada fe en las virtudes cardinales del carácter. Si Sáenz Peña sale descuartizado de sus páginas, Ameghino y Sarmiento, que encarnan el genio argentino, son líricamente enaltecidos.

El hombre mediocre fue recibido en nuestra América con mezcla de alborozo y sorpresa. Los jóvenes gustaron de aquella literatura cálida y emuladora, que entusiasmaba y esclarecía. Para los que le creían enteramente sumergido en las hoyas de la psiquiatría, el libro fue una verdadera revelación. Y, en la propia Europa, Mayer comentaba la viva sorpresa que le habían producido aquellas páginas, cuyo potente lirismo le recordaba, a veces, los mejores capítulos de Emerson.

Pero la injusticia inferida va a operar un cambio decisivo en la vida de Ingenieros y a imprimir rumbos distintos en la orientación de su pensamiento. El hombre de gabinete dará paso al hombre de acción. El psiquiatra y el criminólogo, al apóstol, al sociólogo y al moralista. El ciclo de su producción científica se ha cerrado ya definitivamente. El nuevo ciclo será de prédica y de lucha. En Lausanne y en Heidelberg prepara y afila sus armas. Presiente la gran faena que le aguarda. «Estoy —escribe a un amigo— en el camino de Damasco. Atraveso por una crisis de idealismo romántico, cuyo desenlace para mi personalidad intelectual no sé prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable; el alma se me ha regenerado totalmente. Ahora —¿lo creerás?— me gustaría ser un apóstol o un santo de algún nuevo ideal».

El 22 de noviembre de 1913 arribó Ingenieros a Buenos Aires. Ya había desaparecido de la escena política el personaje causante de su destierro voluntario. Venía desbordante de salud y de optimismo y con el ánimo maduro para las más ingentes empresas. Se había vuelto a encontrar. Su último libro estaba despertando a la juventud, dormida al arrullo de Próspero, junto a la estatua impasible de Ariel. Su nombre empezaba a resonar de un extremo a otro del continente. En cambio, sólo un periódico registró, en la penúltima plana, su llegada. Era la respuesta del mundo oficial, de la gauchocracia crapulosa y reaccionaria, a su rebeldía generosa y a su conducta diamantina.

Meses después Europa se consumía en la hoguera sangrienta de la guerra. Ingenieros ocupó, inmediatamente, su puesto de combate. En lo adelante, cuanto haga y escriba irá transido de una

viva emoción política y humana. Su vida será ofrenda y torbellino. En medio de la confusión y la angustia reinantes, su voz poderosa se alzaré iluminando la conciencia popular. Llama a la revolución y a la guerra contra la guerra. Su prosa, tan armoniosa y nítida en la exposición científica, fue entonces agresiva y candente. Se derrumba el imperio de los zares en Rusia. Sin pararse a medir las consecuencias, acallando el temor cariñoso de la esposa y desoyendo la advertencia leal de la amistad, dando un ejemplo imperecedero de coherencia absoluta entre sus principios y su conducta, entre su pensamiento y su vida, hizo suya la causa de la Revolución rusa. Su conferencia en el Teatro Nuevo, colmado de estudiantes y obreros, sobre la *Significación histórica del movimiento maximalista*, tuvo relieve y resonancia americanos. De todos los parajes del continente le llegaron mensajes encendidos de simpatía y aliento.

La reforma universitaria, que tuvo su inicio en Córdoba en junio de 1918, encontró en José Ingenieros un decidido y eficaz propulsor. Su palabra y su pluma se movieron incansables, en favor del gran movimiento estudiantil que pugnaba por incorporar la Universidad al ritmo de los tiempos nuevos. «El nuevo ideal universitario —escribió— se manifiesta como tendencia a aumentar la función social de la cultura, que no debe considerarse como un lujo para entretener ociosos sino como instrumento capaz de aumentar el bienestar de los hombres en el planeta. Renovar la Universidad es un problema de moral y de acción. Las ciencias son técnicas de economía social. La filosofía es un proceso de unificación de ideas generales para ensanchar el horizonte de la experiencia humana. Bienvenida la nueva generación universitaria. Su obra será eficaz si logra que su acción se mantenga inmune de las filtraciones políticas y confesionales que en todas partes usan los demagogos y aventureros que se mezclan a los movimientos juveniles para desviarlos de sus originarias tendencias. La juventud que no está con las izquierdas es una simple vejez que se anticipa a las canas».

El movimiento reformista se expandió por toda América. La revolución universitaria de 1923, dirigida por Julio Antonio Mella, logró, en denodada batalla, sentar las bases de una verdadera transformación en nuestra casa de estudios. Los movimientos de 1927 y 1930 intentaron afianzar y robustecer las conquistas obtenidas entonces. De aquella espléndida lumbrarada, restan hoy las sombras y las cenizas de lo que pudo haber sido y no fue.

Hombre de energías proteicas, de asombrosa capacidad de trabajo, Ingenieros, en medio de la tremenda agitación en que vivía, tenía tiempo y serenidad suficientes para elaborar, a la vez, dos de sus obras más ambiciosas y densas de pensamiento, *La evolución de las ideas argentinas* y las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*. Grita, en las páginas de esta última, contra las supersticiones y el pasado, cuyo suicidio proclama jubilosamente. Exhorta a la lidia abierta por la renovación de la sociedad. Cree en un venturoso porvenir inmediato. Es un libro tumultuoso y profundo. Concluye con una invocación a los jóvenes: «Y a vosotros, que sois la esperanza de la humanidad, de los pueblos, de la cultura, creo un deber deciros la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril: respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente, ni busquéis en él los ideales del porvenir. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis; más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo».

La penetración cada vez más veloz y profunda del imperialismo norteamericano en nuestros pueblos preocupó hondamente a Ingenieros. Y, en el banquete que en octubre de 1922 ofreció la intelectualidad argentina a José Vasconcelos, fijó su postura frente al dramático proceso, desentrañando meridianamente sus causas. Dijo palabras viriles y esclarecedoras. «No somos —afirmó—, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. El peligro no comienza en la anexión, como en Puerto Rico; ni en la intervención como en Cuba, ni en el pupilaje como en Nicaragua, ni en la secesión territorial como en Colombia, ni en la ocupación armada como en Haití, ni en la compra como en Las Guayanas. El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos a renovarse y aumentar sin cesar, en condiciones cada vez más deprimentes para la soberanía de los aceptantes. El apóstol cubano José Martí advirtió hace ya tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea puente hacia la servidumbre».

Este discurso, publicado en *Renovación* y profusamente reproducido en las revistas estudiantiles y obreras de América, no es sólo una exposición analítica y documentada del problema. Es

también un llamamiento a la lucha, una incitación al combate. De lo que no cabe ya duda es de que nuestro futuro depende de nosotros mismos: de nuestra organización y disciplina, de nuestra capacidad y pulcritud, de nuestro coraje y espíritu de sacrificio.

En mayo de 1925, Ingenieros fue invitado por el gobierno francés a la conmemoración del centenario de Charcot. Cuando regresó en septiembre, nadie pudo sospechar su próximo fin. Venía repleto de ilusiones y de proyectos. Inmediatamente editaría *Las fuerzas morales*, su último libro, concluido pocos días antes de embarcarse para Francia. Después se dedicaría a terminar el tercer tomo de *La evolución de las ideas argentinas*, para concentrar enseguida sus meditaciones en la elaboración de los *Principios de metafísica*, ápice natural de la labor filosófica emprendida en las *Proposiciones...*

No pudo ser así. Dos semanas después de su llegada, el dolor en la frente, intenso como nunca, iba acompañado de un inquietante edema de los párpados. Cayó en cama. Era la primera vez, en veinte años, que Ingenieros faltaba a su consultorio. La enfermedad pareció ceder y se instaló en el gabinete. El 29 de octubre tuvo que recogerse de nuevo. No volvería ya a levantarse. El 31 había muerto, como había soñado y pedido en el prólogo de *Las fuerzas morales*, escrito la noche anterior, en los umbrales mismos de la agonía, antes de envejecer, y en la vanguardia de su generación.

Fechado por Roa: 23 de octubre de 1949. Compilado primero en *15 años después*. Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 223-234.

Dictadura y totalitarismo

Estrellas a ras del suelo

De todos los pueblos de nuestra América, ha sido al de Venezuela, fragua de la gesta emancipadora y cuna de Simón Bolívar, al que le ha tocado afrontar, en su desenvolvimiento, las más adversas circunstancias. No se trata, desde luego, de un destino manifiesto, ni de un castigo de la providencia. Ni se trata tampoco de que el único gobierno adecuado a su tradición histórica, a su desarrollo social, a su composición étnica y a su estructura psicológica sea el cesarismo criollo, que Laureano Vallelnilla Lanz intentó convertir en tesis sociológica para justificar y encarecer los asesinatos, robos y atropellos del Tigre de Maracay. Las razones fundamentales que explican el predominio del despotismo en la historia republicana de Venezuela hay que indagarlas en su historia misma y en la historia del imperialismo. Son las propias razones que le permitieron denunciar a Enrique José Varona, a fines del pasado siglo, el fracaso de la democracia en la mayoría de nuestros países. No se puede hablar de democracia, sin prostituir el vocablo o mentir a sabiendas, cuando el pueblo no participa efectivamente en la dirección política, económica, social y cultural de un país, o cuando sus riquezas y sus determinaciones están en manos extranjeras. Nada significa una Constitución formalmente perfecta si no traduce los factores reales de poder, o se vulnera abierta o solapadamente. Es en este sentido, que cabe afirmar que la democracia ha fracasado hasta ahora en la mayoría

de los pueblos que sufren, luchan, sueñan y mueren al sur del río Bravo. Ya lo expresó Rubén Darío en gráficos versos:

*Cristo va por las calles flaco y enclenque,
Barrabás tiene esclavos y charreteras,
y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque
han visto engalonadas a las panteras.*

Asaz frecuentes han sido los eclipses de la libertad en nuestra América. Centenares de veces caudillos y generales han impuesto, por la violencia, su voluntad y su codicia. No aludo exclusivamente al pasado. En los días que corren, tras una guerra universal en defensa de la dignidad humana, del régimen democrático y de la libre determinación de los pueblos, contadas son las repúblicas hispanoamericanas en que se respetan los derechos individuales, en que funcionan realmente las instituciones representativas y que mantienen una política acorde con la Carta del Atlántico en la esfera internacional. Doctores y gamonales rigen omnímodamente en algunas, a la usanza de Rosas, García Moreno y Veintemilla; en otras, como Bolivia, Ecuador y Paraguay, las asonadas se suceden en vertiginosa teoría; en varias, las juntas militares son dueñas de vida y hacienda; en Colombia se presagian los horrores de la guerra civil; en Santo Domingo y Nicaragua imperan «lúgubres mayordomías». Pero este secuestro de la libertad nunca ha sido tan constante como en Venezuela. Ni, al par, tan esforzada y viril la lucha del pueblo por su rescate y disfrute. En este aspecto, su semejanza con España resulta evidente. Incluso se podría trazar un dramático paralelismo entre el desplome de la república española y el último colapso de la democracia venezolana.

No es mi propósito, en esta ocasión, referir la pugna entre la barbarie y el progreso en la historia republicana de Venezuela; pero, sí quiero destacar los principales jalones de esa gran tragedia, que es de todos y a todos nos afecta. Apenas liberada Venezuela de la coyunda colonial, bayonetas aún cubiertas de laureles depusieron a José María Vargas, electo presidente por una abrumadora mayoría de sufragios. Varios años más tarde, soldados al servicio de un caudillo ambicioso —otrora la primera lanza de Oriente— disolvieron el Congreso, asestándole rudo golpe al renacer de la fe democrática. A partir de entonces, la historia política de Venezuela es un surco sangriento en que señorean los espadones ensoberbecidos y las oligarquías montaraces. Juan

Vicente Gómez representa la culminación de ese tormentoso proceso. Veintisiete años duró su torvo reinado, en que se fatigó el crimen, la miseria, el latrocinio y el entreguismo en escala que trasciende los más duros epítetos. Mientras en la Rotunda y en las fortalezas militares se sometían a las más horrendas torturas a los abanderados de la libertad, el subsuelo de Venezuela se prorrataba, descocadamente, entre los principales monopolios petroleros y se entraba a saco en el tesoro público con inaudito desenfreno.

No le fue dable al pueblo venezolano derribar aquella oprobiosa satrapía y sancionar, por mano propia, a sus más caracterizados responsables y beneficiarios. Juan Vicente Gómez moría en 1935, rodeado de sus conmillones, de un cáncer prostático. Su jefe de Estado Mayor, general Eleazar López Contreras, heredaba la presidencia de la república sin que un alzamiento popular hubiera echado por tierra la estructura administrativa, económica y social de la insaciable y feroz autocracia. No es menos cierto, sin embargo, que la desaparición de Juan Vicente Gómez del escenario político abrió una etapa de transición en la vida de Venezuela, que habría de culminar, con la consiguiente resistencia de las clases sociales, los intereses económicos y las facciones políticas quebrantadas por el empuje de las masas populares, en el gobierno constitucional presidido por Rómulo Gallegos, la más alta figura de las letras americanas de nuestra época. Fugaz y fecundo fue el tránsito de Venezuela por los caminos de la democracia. Un año hace justamente ahora que un golpe de Estado, urdido en los cuarteles y apoyado por las empresas petroleras, las fuerzas reaccionarias, los caudillos fugitivos y los espadones del continente, retrotraería a Venezuela a los tiempos más ominosos de la era gomecista.

La profunda transformación operada en la vida pública de Venezuela, en la década subsiguiente a la muerte de Juan Vicente Gómez, se debió, primordialmente, a los elementos revolucionarios que habrían de constituir el partido Acción Democrática. Rómulo Betancourt fue el estratega indiscutido de esta lidia memorable en favor de la libertad política, de la independencia económica, de la honestidad administrativa y de la justicia social. Su acción enérgica y responsable se orientó, principalmente, en tres direcciones. En el orden político, recabó la inmediata devolución al pueblo de su soberanía arrebatada. Su lema fue elecciones libres, mediante sufragio universal, secreto y directo, de todos los

cargos electivos de la nación. En el orden administrativo, combatió a sangre y fuego el peculado, gangrena tumefacta del gobierno de Medina Angarita. Y, en el orden económico, demandó una mayor participación del Estado venezolano en las cuantiosas utilidades derivadas de la explotación de los hidrocarburos nacionales. Esta triple dirección del movimiento encabezado por Rómulo Betancourt, le ganaría, rápidamente, un cálido y decisivo apoyo de las masas populares. No serían otras las consignas centrales del programa que enarbolaría la Junta Revolucionaria al asumir el poder el 18 de octubre de 1945. El nuevo gobierno, surgido de la confluencia espontánea de la calle y del cuartel ante la inminente imposición de un presidente títere, precisó, en tajante proclama, su línea de conducta. «El gobierno provisional —se afirma categóricamente en ese documento ya histórico, redactado y suscrito por Rómulo Betancourt— tendrá como misión inmediata la de convocar al país a elecciones generales para que, mediante el sistema de sufragio directo, universal y secreto, puedan los venezolanos elegir sus representantes, darse la Constitución que anhelan y escoger el futuro presidente de la república». Semanas después, en un mensaje radial a la nación, Rómulo Betancourt fijaría, terminantemente, la política petrolera de la Junta Revolucionaria: «En Venezuela no deberán obtenerse sino utilidades honestas, y no sobrebeneficios exagerados, por quienes son concesionarios de fuentes nacionales extranjeras». Y, en punto a política internacional, se rompían relaciones diplomáticas con Trujillo, Somoza, Cárrias y Franco y se propugnaba un cordón sanitario contra los regímenes opresores de pueblos.

En un lapso brevísimo, Venezuela adelantó más en el camino de la democracia que muchos pueblos hispanoamericanos en una centuria. Trece partidos políticos se disputarían, prontamente, la opinión pública en libre y ardoroso debate. La organización sindical cobró inusitado vuelo. De 1935 a 1945, se habían inscripto en el Ministerio del Trabajo 522 asociaciones de trabajadores y cinco asociaciones patronales. De 1945 a 1947, se inscribieron 740 organizaciones obreras y 12 asociaciones patronales. Trescientos mil obreros y campesinos organizados darían expresión militante a sus aspiraciones y necesidades en la Confederación de Trabajadores de Venezuela. Y se vivificarían también la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción. Seiscientos contratos colectivos de trabajo se concertaron entre los sindicatos

y las empresas. La demostración más inequívoca del clima social propiciado por la Junta Revolucionaria se encuentra en esta declaración formulada por el presidente de la Cámara de Comercio de Caracas el 27 de enero de 1947: «Aquí en Venezuela, hasta el presente, no se ha presentado ningún conflicto serio de trabajo».

No tardaría la Junta Revolucionaria en promulgar un estatuto electoral de la más pura sustancia democrática. Se establecía la creación de un Consejo Supremo Electoral, integrado por delegados de todos los partidos políticos y al cual le incumbía todo lo concerniente a los comicios, sin interferencia alguna del poder ejecutivo. Era, en su estructura y funcionamiento, un organismo autónomo. Y se consagraba el sistema de sufragio directo, universal y secreto, siendo electores y elegibles todos los venezolanos, hombres o mujeres, mayores de dieciocho años. Un millón cuatrocientos mil ciudadanos acudirían a las urnas el 27 de octubre de 1946 para elegir a los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente, sin que sufrieran el más leve menoscabo la libertad de conciencia y la paz pública. Acción Democrática obtuvo, en esa justa comicial, 1 100 000 votos, y su más cercano oponente, el partido fascistoide COPEY, sólo 180 000 votos. Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Felipe Llovera Páez se encargarían de impugnar, en documento dirigido a la Asamblea Nacional Constituyente, a los que trataron de atizar el descontento en las filas del ejército en nombre de supuestos fraudes cometidos: «La Asamblea Nacional Constituyente —afirmaron enfáticamente los traidores de hoy— es representativa de la voluntad popular, elegida libremente el 27 de octubre de 1947, en comicios que estuvieron bajo nuestra vigilancia y por ello nos consta que fueron llevados a cabo con la mayor pureza». La Constitución elaborada por esa Asamblea es una de las más avanzadas de nuestra América. Bajo sus amplios preceptos se efectuaría, el 14 de diciembre de 1947, la intachable elección de Rómulo Gallegos para presidente de la república.

Ejemplar fue la obra de la Junta Revolucionaria en la depuración de la administración pública. Se creó un Tribunal de Responsabilidad Civil y Administrativa, que habría de juzgar a los funcionarios acusados de latrocinio en anteriores regímenes. Las sentencias dictadas por ese tribunal, previo el juicio correspondiente, entrañaron la devolución al patrimonio nacional de más de 100 000 000 de bolívares. La Junta Revolucionaria, a su vez,

obligó a todos los funcionarios a hacer declaración jurada de sus bienes ante un juez. Y, ya bajo el régimen de Rómulo Gallegos, se promulgó una ley contra el enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos.

No puede ser más halagüeño el balance de la obra efectuada en Venezuela por la Junta Revolucionaria primero, y después por el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos. Esa obra, en el orden económico y social, fue el fruto de una audaz política fiscal, que afectaba las utilidades de las grandes empresas nacionales y extranjeras. Se reconoció y ratificó la Ley de hidrocarburos aprobada en 1943; pero, la política petrolera se llevó a consecuencias decisivas, para el futuro económico de la nación, con la reforma de la Ley de impuesto sobre la renta y la Ley del 50-50, en virtud de la cual las ganancias de las compañías deben distribuirse, por partes iguales, entre el Estado y las empresas. Estas reformas se tradujeron en una considerable elevación de los ingresos fiscales. En 1944, el Estado venezolano percibió sólo 400 000 000 de bolívares de la industria petrolera. En 1947, 1 300 000 000 de bolívares. Facetas cardinales de esa política nacionalista fueron la negativa a otorgar nuevas concesiones sobre el subsuelo de Venezuela, la venta en mercado abierto de una parte de la regalía sobre la producción, la reinversión de parte de las utilidades de las compañías en el incremento de la producción de artículos alimenticios, mediante la formación de empresas mixtas con las cuales se asoció el Estado a través de la Corporación Venezolana de Fomento, y el apoyo a las demandas de los trabajadores petroleros, que vieron aumentados sus salarios en un 80% sobre los niveles anteriores a la revolución de octubre.³²

Los ingresos fiscales así obtenidos se aplicaron, preferentemente, a la consolidación y el desarrollo de la economía nacional. El instrumento de esa política fue la Corporación Venezolana de Fomento, a la cual se le confió la misión de incrementar y financiar empresas, privadas y públicas, enderezadas a transformar la estructura económica de Venezuela mediante la diversificación de la producción, la tecnificación de la agricultura, el aprovechamiento de los recursos naturales y los préstamos a largo plazo.

³² El 18 de octubre de 1945, un golpe militar vinculado a Acción Democrática derrocó el gobierno de Isaías Medina Angarita e instauró la Junta Revolucionaria, presidida por Rómulo Betancourt. (N. del E.)

Sembrar el petróleo fue la norma que rigió la confección del presupuesto aprobado durante la administración de Rómulo Gallegos. De cada 1 000 bolívares, 441 se destinaban a convertirse en escuelas y hospitales, en obras sanitarias y de regadío, en puertos y carreteras, en casas para obreros y en importación de maquinaria. Los resultados están a la vista. En tres años, se construyeron más edificios escolares que en los ciento cuarenta y cinco precedentes de la historia republicana. Se edificaron numerosas casas para obreros. La red de carreteras fue extraordinariamente ampliada. Se duplicó el número de los maestros. Las universidades fueron reorganizadas y su matrícula notablemente acrecentada. Se fundó la Flota Gran Colombiana, juntamente con los gobiernos de Ecuador y Colombia, para liberar al país del monopolio marítimo ejercido por empresas extranjeras. Veinticinco mil hectáreas de tierras planas fueron incorporadas a la producción mediante el regadío. Se reconstruyó el puerto de La Guaira. La electrificación estaba en marcha. Se creó el Instituto de Alimentación Popular. Los seguros sociales se reformaron sustancialmente, extendiéndose y mejorándose sus servicios. El paludismo, la tifoidea y las enfermedades parasitarias fueron implacablemente batidos. Se aumentó el potencial humano de la nación mediante una política inmigratoria de puertas abiertas. La tierra fue racionalmente distribuida y se sentaron las bases de una efectiva reforma agraria. Y se mantuvieron a toda hora, en plenitud de vigencia, las libertades individuales y públicas, garantizadas en la Constitución. No cabe duda de que Venezuela volvía a ser otra vez ejemplo y bandera.

La réplica de las empresas petroleras, de las fuerzas reaccionarias y de los militares ávidos de riqueza y de poder a esta heroica empresa civilizadora fue el cuartelazo del 24 de noviembre de 1948. Se habló de bancarrota administrativa, de caos económico, de anarquía social, de incapacidad política, de sectarismo estéril. Hasta se puso en solfa la probidad irrecusable del equipo dirigente del gobierno presidido por Gallegos. Se habló de todo eso y de mucho más para justificar el criminal atentado. Pero he aquí, al año de haber usurpado la voluntad popular la junta de coroneles traidores, lo que dicen los hechos con su aplastante elocuencia:

1) Abrogación de la Constitución democrática de 1948. 2) Abrogación de la Ley de educación nacional, en que se establecía la escuela unificada, gratuita y obligatoria. 3) Abrogación de la Ley

de reforma agraria. 4) Abrogación de la Ley de enriquecimiento ilícito. 5) Anulación de los juicios incoados a los convictos de peculado. 6) Paralización de las obras de regadío y cultivo intensivo y extensivo de la región de El Cenizo, que se proponían incorporar a la producción 100 000 hectáreas de tierras hasta ahora baldías. 7) Destrucción de las comunidades agrarias, fundadas por el Ministerio de Agricultura y Cría y la Corporación Venezolana de Fomento para explotar, en forma colectiva, tierras hasta entonces inmovilizadas. 8) Venta a precio vil, de numerosas propiedades de la nación —haciendas, empresas industriales, potreros, ganado— a paniaguados del régimen o a socios comanditarios de los coroneles traidores. Sirvan de ejemplo el central Tacarigua y los telares, la estación ganadera experimental y las fábricas de mantequilla y aceite de la ciudad de Maracay. 9) Aumento en un 54% del presupuesto del Ministerio de Defensa. 10) Abandono de las construcciones escolares. 11) Rebaja, en 18 000 000 de bolívares, del presupuesto destinado a obras sanitarias. 12) Rebaja, en 15%, al Consejo Venezolano del Niño. 13) Asignación de 300 000 000 de bolívares para gastos secretos y prebendas. 14) Reducción, en 26 000 000 de bolívares, del presupuesto de la Corporación Venezolana de Fomento. 15) Reducción, en 5 000 000 de bolívares, de la cantidad destinada a las campañas de alfabetización y de difusión de la cultura. 16) Reducción, en 1 500 000 bolívares, de los fondos asignados a la educación primaria, secundaria y normal. 17) Supresión de dos escuelas normales. 18) Reducción de los presupuestos de la Orquesta Sinfónica de Venezuela y de la Radio Nacional. 19) Anarquía administrativa y latrocinio a caño abierto. 20) Supresión de los derechos individuales y de las libertades públicas. 21) Censura de prensa. 22) Restablecimiento de relaciones con Franco y Trujillo. 23) Persecución sistemática a los adversarios políticos. 24) Disolución del partido Acción Democrática y de sus organismos sindicales. 25) Expulsión de estudiantes y profesores desafectos en las universidades. 26) Entrega abierta al capitalismo extranjero. 27) Alianza pregonada con Perón, Odría, Somoza, Franco y Trujillo. 28) Cárceles repletas. 29) Torturas y asesinatos a mansalva. 30) Confinamiento en infernales campos de concentración, en la tórrida e insalubre región de El Dorado, de millares de ciudadanos. 31) Destierro de las figuras representativas del gobierno constitucional derrocado.

Ese es, en rápido recuento, el haber de la junta de coroneles traidores, al año de haber usurpado el poder en Venezuela. Sus estrellas de militares han quedado a ras del suelo. Ya la historia ha dictado su fallo. El pueblo de Venezuela, que ha organizado corajudamente la resistencia acosado de rifles por todas partes, no tardará en darles su merecido, colgándolos, en acto de suprema justicia, de los «altos y olorosos» caobos que montan guardia de honor junto a la estatua de Simón Bolívar. Caracas volverá otra vez a cuajarse de orquídeas y Rómulo Gallegos retornará triunfante entre el jubiloso clamor de las muchedumbres. No en balde supo caer de pie en la hora aciaga de la derrota.

Fechado por Roa: 27 de noviembre de 1949. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 288-296.

Triunviros al desnudo

Múltiples y complejos son los problemas que afronta nuestra América en estos días azarosos que preludian la tercera guerra mundial. Ninguno, sin embargo, tan apremiante y dramático como la marcha victoriosa de las dictaduras militares, el repliegue suicida de los escasos gobiernos democráticos que perviven y la torpe complicidad del *State Department*, aterrorizado por sus propios fantasmas.

Esta embestida contra las libertades públicas, el desarrollo industrial y los avances sociales, responde a una estrategia y a un plan trazados por la nueva Santa Alianza, que tiene su cuartel general en la España franquista, su brigada de choque en la Argentina de Perón, su raigambre en las oligarquías nacionales, su apoyo embozado en los monopolios extranjeros y su chivo expiatorio en el comunismo. Sus bases económicas y sociales son las mismas en todas partes. Idéntico también el lenguaje de los espadones, los objetivos que persiguen y el destino manifiesto que atribuyen a los ejércitos. No se precisa ser muy zahorí para percatarse del contenido reaccionario y del pergeño totalitario de las insurrecciones acaudilladas por estos pretensos redentores de pueblos. Es la barbarie organizada, que vuelve por sus fueros a la altura del tiempo. El espíritu de la *mazorca*, del virreinato y de los *caos* impulsando el leviatán del neofascismo en beneficio de sus

legatarios y de la constelación de ambiciosos, aventureros, resentidos y cavernícolas que medran a su vera.

No cabe ya duda. La concepción totalitaria de la vida, la sociedad y el Estado, derrotada en los campos de batalla, ha resurgido en la posguerra y está ganando terreno, por días, en todos los parajes. La América que Simón Bolívar liberó con su brazo y José Martí iluminó con su prédica, tiene también ya su cortina de hierro, tras la cual —sin que la ONU se dé por enterada ni la OEA se sienta aludida— se atropella, se encarcela, se explota, se tortura, se deporta y se asesina a mansalva. Y, mientras los condotieros se unen y conciertan para socavarlos y derruirlos, los gobiernos democráticos levantan, airadamente, su voz de protesta contra la violación de los derechos humanos en el este de Europa y silencian los desmanes y crímenes que, ante sus propias narices, se están cometiendo, invocando en unos casos y olvidando en otros compromisos internacionales igualmente solemnes; pero, lo más grave es que, con esta dualidad vergonzante, están sirviendo, inconscientemente, los torvos propósitos de sus enemigos declarados de fuera y de dentro.

Debió de ser más tajante nuestra Cancillería al precisar su postura ante la situación reinante en la polémica región del Caribe. No son los gobiernos democráticos los que perturban la paz del Caribe. Los que perturban la paz del Caribe son los que han degollado la libertad y establecido bajalatos a la vista de todos. La paz del Caribe quedará restablecida cuando sean derrocados los perturbadores que se han impuesto, a sangre y fuego, en Santo Domingo, Nicaragua, Honduras, Venezuela y Colombia. No puede ser otra la réplica de los gobiernos de Cuba, Guatemala y Haití, recientemente sometidos a una vejaminosa investigación por la OEA, que de sobra sabe quiénes son las víctimas y quiénes los victimarios. Si los gobiernos democráticos que aún restan en nuestra América tuvieran clara conciencia de los peligros que les acechan y una política internacional coherente, firme y definida, aprovecharían la coyuntura para recabar, en cumplimiento de compromisos multilaterales contraídos en San Francisco, París, Río de Janeiro y Bogotá, una investigación inmediata de las condiciones imperantes en los pueblos hermanos sumidos en el infierno del neofascismo militarista. El gobierno democrático, que se atreviese a dar este paso decisivo, le imprimiría dimensión histórica a su política internacional y, al par, se defendería a sí propio y su

pueblo y alentaría la resistencia de los pueblos que luchan, heroicamente, por sacudirse la esclavitud y el oprobio.

Aunque nada efectivo ha hecho, hasta ahora, por impedir esta epidemia de golpes de Estado, el gobierno de Washington ha manifestado, más de una vez, su preocupación por el sesgo alarmante de los acontecimientos en nuestro hemisferio. «Creo —le escribía el presidente Harry Truman a Rómulo Gallegos, en carta publicada en *Bohemia*— que el uso de la fuerza para efectuar cambios políticos es, no solamente deplorable, sino también contrario a los ideales de los pueblos americanos. El gobierno de Estados Unidos se propone hacer todo lo posible, de acuerdo con sus obligaciones internacionales, para fortalecer las fuerzas democráticas del hemisferio. Esta preocupación ha sido presentada a la atención de los gobiernos de otras repúblicas americanas y se ha solicitado de ellas un consejo para determinar qué pasos deben darse debidamente a fin de alentar procedimientos democráticos y constitucionales en las Américas». El propio presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás, apenas asumió el cargo, hizo un cálido llamamiento para integrar un frente de naciones democráticas y presentarle un dique al proceso de expansión de los regímenes de fuerza en nuestra América.

¿Por qué no recoge esa iniciativa el nuevo ministro de Estado, profesor Ernesto Dihigo, y plantea la cuestión en la OEA y en la ONU? Además, al franquearle sus puertas a la comisión investigadora de la OEA, Cuba —que no tiene arte ni parte en la zozobra creada en el Caribe por la hiena de Santo Domingo, la pantera de Nicaragua y el chacal de Honduras— queda obligada, por imperativos históricos y por propio decoro, a demandar que se incoe proceso a los usurpadores del continente. Venezuela podía encabezar, sin disputa, la lista negra de los encausados. Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, el odioso triunvirato de tenientes coroneles que hoy oprime, saquea y desangra la patria del Libertador, en el breve lapso de un año se han hecho acreedores a la horca en la plaza pública y al desprecio de la posteridad. Su responsabilidad es doble: por haber traicionado al pueblo venezolano y por haber retrasado el reloj que, en dinámico y fecundo trienio, habían adelantado audazmente, con pleno respaldo popular, la Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt y el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos.

Tuve el honor de asistir a la toma de posesión del esclarecido autor de *Doña Bárbara*. Sabía ya, por haber seguido muy de cerca

el proceso, de las profundas transformaciones operadas en la estructura social, económica, política y administrativa de Venezuela durante el gobierno revolucionario. Venezuela había cambiado, radicalmente, de fisonomía y de espíritu. Detrás quedaban, como alucinante pesadilla, el lúgubre rechinar de los grillos que caracterizó la era gomecista y los despilfarros, inverecundias, trapecerías y desmanes de los generales López Contreras y Medina Angarita. El pueblo venezolano, tras un dilatado período de subversiones castrenses y de regímenes montaraces, sentía renacer su fe en los destinos de la democracia y en el futuro de nuestra América. La revolución de octubre le había devuelto el ejercicio de la soberanía y lo había incorporado a la ingente tarea de conquistar la liberación nacional y social de Venezuela. Ni aun sus más encarnizados adversarios pueden negarle a Rómulo Betancourt, sin mentir a sabiendas, que cumplió lo prometido al ocupar la suprema jefatura del gobierno revolucionario: libertad política, honestidad administrativa, justicia social, sufragio universal, constituyente soberana y elecciones libres. Cuando salió de Miraflores para su modesto hogar de Caracas, pudo reiterar a sus amigos lo que ya había afirmado en imponente asamblea: «Vuelvo a mi casa con la única hacienda que poseía el 18 de octubre: mi pluma y mi vocación de servicio». Y, volvía también, con el aplauso y la gratitud de un pueblo, que lo vio afanarse en procurarle sustento, libertad y decoro. Igual acontecería con Rómulo Gallegos. Electo presidente en comicios ejemplares, de su casa salió para Miraflores a coronar la empeñosa faena con parejo desvelo y renovado brío. Una multitud entusiasta lo escoltó la histórica mañana en que se hizo cargo de la presidencia de la república y el pueblo entero de Venezuela presenció, sobrecogido, la majestad de su caída. Su nombre, ya consagrado en las letras con fulgores inextinguibles, se trocaría en símbolo de la democracia americana. Quienes lo depusieron, en artera emboscada, llevarán para siempre, en la frente, el infamante *inri* de los traidores.

En mi artículo «Estrellas a ras del suelo», publicado en *Bohemia* al cumplirse el primer aniversario de su asalto al poder, hube de hacer un balance de la dictadura militar, que traducido a hechos sobrepasa todos los cálculos y todas las previsiones. De entonces acá, la persecución ha arreciado y la resistencia ha crecido. Ni que decir tengo que la tediosa perorata de Carlos Delgado Chalbaud el 24 de noviembre del año pasado, prometiendo convocar a elecciónes y restablecer las garantías constitucionales, fue una farsa montada, exclusivamente, para el consumo exterior. Su cinismo colmó la medida al anunciar, enfáticamente, que las cárceles rebosantes de Venezuela estaban vacías de secuestrados políticos. Un mes más tarde, seis estudiantes universitarios que se habían asilado en Colombia, Rogelio Anzola de Armas, Hugo Guillén, Evelio García Hernández, Alejandro Yabrudy, Efraín Guzmán Monagas y Carlos Andrés Pérez —este último, secretario privado de Rómulo Betancourt y diputado al Congreso Nacional—, fueron entregados a la Junta Militar por los secuaces de Laureano Gómez y sepultados en las mazmorras de la Cárcel Modelo de Caracas, en donde han sido objeto de toda clase de maltratos. Y, un mes antes, al compás de la fanfarria de Miraflores, habían salido del país, deportados, un centenar de ciudadanos.

La muerte del teniente coronel Mario Vargas evidenció hasta qué punto clavaron sus escrúpulos en las charreteras los junteros neofascistas de Venezuela. Vargas era la más limpia figura militar del movimiento revolucionario de octubre. No obstante estar gravemente enfermo, se ofrendó a la reconstrucción democrática de Venezuela, con impar abnegación y fervor. El alevoso derrocamiento de Rómulo Gallegos lo sorprendió en Saranac Lake, en donde estaba sometido a severo tratamiento; pero, cuando aterrizó en Maiquetía, ya sólo pudo consignar su protesta y su repudio. Fue arrestado en su domicilio y, pocos días después, se vio compelido a abandonar el país. Sus vínculos políticos y su identificación personal con Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos se estrecharon, aún más, en la adversidad. Era un hombre entero y verdadero y sus dichos estuvieron acordes, a toda hora, con sus hechos. Al enterarse de su fallecimiento, la Junta Militar, sin respetos ni miramientos de ninguna índole, se apoderó de su cadáver y quiso explotar políticamente su entierro; mas, no contaron éstos con la criada respondona. Miles de hombres y mujeres, desafiando las bayonetas, acompañarían a Mario Vargas hasta su tumba, en amenazadora torrencera. Ya en el cementerio, la muchedumbre se impuso y logró que Antonio Pinto Salinas, previamente designado por Acción Democrática para despedir el duelo en nombre del partido, levantara su palabra condenatoria ante el momentáneo estupor de los facciosos; pero, como se arremolinase la multitud al ser violentamente derribado el orador de la improvisada tribuna y profririese gritos y acusaciones contra los

triumviros presentes, la guardia nacional desenfundó las pistolas y proyectó una granizada de balas sobre los protestantes, con un saldo de cinco muertos, numerosos heridos y centenares de presos, la mayoría de los cuales fueron deportados sin previo juicio.

Análoga suerte han corrido obreros, estudiantes, profesionales, intelectuales y periodistas en lo que va de año. Las prisiones de Venezuela están cuajadas de jóvenes, mujeres y ancianos. Se allanan los hogares, se tortura a los presos, se asesina impunemente. La censura de prensa es absoluta. Hace varias semanas fue expulsado de Venezuela el escritor y periodista Alberto Ravell, que permaneció recluido en La Rotunda durante quince años, cargado de grillos. No pertenece a ningún partido político. Ha sido un combatiente infatigable por los derechos del pueblo. Como su pluma no se vendió ni se rindió, fue secuestrado primero y desterrado después. A quinientas alcanzan las deportaciones en este año de gracia.

En un solo día, el 19 de enero de 1950, fue allanada siete veces la casa de Luis Tronconis Guerrero, director del diario *El País*, clausurado por la Junta Militar, a raíz del golpe de Estado. Tronconis logró salir, clandestinamente, de Venezuela y hoy se encuentra en Colombia. En los calabozos de la Seguridad Nacional, le fue aplicado el «tercer grado» al doctor Raúl Nass, director de la Secretaría de la Presidencia durante los gobiernos de Betancourt y de Gallegos. Actualmente está preso e incomunicado en la Cárcel Modelo de Caracas y condenado a régimen de pan y agua. Nass tampoco milita en ningún partido político. Los métodos nazis se practican frecuentemente. Con motivo de la captura de una emisora clandestina, para obligar al ciudadano Pedro González Abad a que se entregara, fueron detenidos e incomunicados su padre y hermano. La esposa y los niños de un obrero llamado Luis Durán han sido secuestrados a fin de obligarlo a delatar a sus compañeros de resistencia. El doctor Miguel Romero, distinguido profesional de Barquisimeto, ha sido brutalmente torturado por un capitán de apellido Naranjo. De numerosos ciudadanos se ignora su paradero. Se les supone secuestrados y recluidos en los campos de concentración de El Dorado.

La situación en el ejército es verdaderamente crítica. Tres amplias galeras de la Cárcel Modelo de Caracas están abarrotadas de oficiales, clases y soldados. La agitación y el descontento se acentúan por instantes. Uno de los edecanes del triunvirato, el comandante Roberto Casanova, ha sido confinado en la ciudad

de San Juan de los Morros, sospechoso de estar conspirando contra la camarilla palaciega. Los triumviros están sentados sobre un volcán de apetitos y pasiones puesto en erupción por su voracidad y su soberbia. Ven conspiradores hasta en la sopa. Se espían entre sí y se dan la mala, recíprocamente, cada vez que pueden. Marcos Pérez Jiménez ha creado una policía militar privada que funge de perro de presa. Los oficiales de la guarnición de Maracaibo se sientan a la mesa protegidos por esta milicia fascista, organizada por esbirros importados de España. El descontento se manifiesta también en la esfera de los negocios. El caos administrativo, el saqueo del tesoro público y la intranquilidad social han quebrantado el comercio, retraído los capitales y mermado los ingresos fiscales. Venezuela es hoy un inmenso campo petrolero rodeado de cárceles por todas partes. Los triumviros están al desnudo.

El pueblo, entre tanto, se organiza y pelea sin desmayos ni vacilaciones. Los cuadros de la resistencia se engrosan constantemente. Veinticinco periódicos clandestinos denuncian los atropellos, robos, estupideces y crímenes de los tenientes coroneles traidores. Varias emisoras clandestinas bombardean, sin tregua, el ya tambaleante armatoste del neofascismo venezolano. La voz de Acción Democrática es la única voz libre que se escucha tras la cortina de hierro. Algún día habrá que historiar las proezas y sacrificios de esta anónima epopeya.

Los gobiernos democráticos de nuestra América no pueden permanecer impasibles, sin traicionarse a sí mismos y a sus pueblos, ante esta brega denodada que tiene por teatro a Venezuela, Santo Domingo, Argentina, Honduras, Nicaragua, Perú, Paraguay y Colombia. Nunca se repetirá bastante que la libertad es indivisible y que los gérmenes del neofascismo militarista sólo esperan el ambiente propicio para desarrollarse. Ha llegado la hora de reclamar en la ONU y en la OEA la adopción de medidas enérgicamente enderezadas a ponerle coto a las dictaduras militares y a los regímenes de fuerza, si queremos que nuestra América vuelva a ser el baluarte de la libertad y el continente de la esperanza humana. Y es la hora también de levantarse los pueblos para defender lo conquistado y recobrar lo perdido.

Fechado por Roa: 19 de febrero de 1950. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 297-305.

Dictadura exportada

Aunque parezca mentira, el asesino, ladrón y pirata dominicano Rafael Leónidas Trujillo tiene cubanos a sueldo que defienden sus fechorías, mancillan la memoria de Máximo Gómez y traicionan los intereses fundamentales de la nacionalidad. El abordaje, captura y secuestro del buque mercante guatemalteco Quetzal por una unidad filibustera de la marina dominicana ha puesto, a plena luz, el sucio papel que está desempeñando ese grupo de condotieros. Pocos podían ya llamarse a engaño respecto a la política agresiva y al estilo totalitario del régimen de «Chapita». El ilegal apresamiento del Quetzal y la inicua condena de sus tripulantes a largos años de trabajo forzado —cinco compatriotas nuestros entre ellos— acabaron por abrirle los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos. Pero los turiferarios y paniaguados de Trujillo no vacilarían en imputarle al presidente Carlos Prío la responsabilidad de la turbulenta situación creada en el Caribe por el enfatuado matachín. Según propalan descocadamente, son los polvos de su constante interferencia en los asuntos internos de Santo Domingo y su torpe afán de «exportar democracia» a diestra y siniestra los que han traído estos lodos.

La consecuencia de la falaz y remunerada argumentación salta a la vista. No es Trujillo, que ha burlado mil veces las normas y acuerdos de la OEA, la ONU, el CIP y la OIT, el culpable de la penderciera actitud que caracteriza a su gobierno y de su último acto de piratería. El único culpable de que Trujillo ande enfurecido eructando rayos y centellas, en típica reacción de legítima defensa, es el gobierno de Carlos Prío, que ha ajustado siempre su política internacional al sistema jurídico interamericano y a la Organización de las Naciones Unidas. El arcángel Rafael metido a demonio a contrapelo de su voluntad. Ni más, ni menos.

Firme y clara ha sido nuestra posición ante las reiteradas provocaciones de Trujillo y el coro arrodillado de sus plumas a paga. Si bien es cierto que el gobierno de Cuba predica la democracia que practica, y repudia toda forma autoritaria de organización política en cualquier sitio del planeta, no lo es menos que, en ningún momento, como afirmó categóricamente el ministro de Estado en su reciente entrevista *Ante la Prensa*, se ha dedicado a «exportar democracia» a Santo Domingo, ni a ninguna otra tiranía o dictadura del hemisferio. Y, por ello, es que se ha opuesto y

opone, abiertamente, a «los gobiernos que se dedican a exportar dictadura». «En Cuba —dijo textualmente el doctor Aureliano Sánchez Arango tras de defender el derecho de asilo a los perseguidos políticos— se nos han hecho secuestros de exilados y se les ha desaparecido de la faz de la Tierra, utilizando instrumentos que nada tienen que ver con las relaciones normales de las naciones. El apresamiento del Quetzal, la propaganda difamatoria contra nuestras instituciones y gobernantes y el soborno de periódicos y periodistas, obedecen a un plan previamente organizado que opera en los países democráticos. Nosotros nos limitamos a lo menos que pueden hacer los pueblos libres, que es escoger los mejores amigos. En Cuba se ejerce la democracia a plenitud y los cubanos todos se sienten satisfechos de ella. Nosotros no tenemos una política especial contra Trujillo, ni contra nadie. Defendemos los intereses nacionales, de defender la soberanía y la dignidad cubanas, agredidos por Trujillo, es de lo que cabalmente ahora se trata.

No ha habido tiranuelo, cesarillo o sátrapa en nuestra América que no haya intentado derribar por cualquier medio, solo o en concierto, las instituciones democráticas en los pueblos vecinos. Su odio a la libertad y al progreso trasciende las propias fronteras. Ninguno, sin embargo, ha alentado ese propósito con la contumacia e insolencia de Trujillo. Megalómano delirante, sueña, en sus orgías orientales, con ceñirse la diadema imperial de Tiberio y señorear, con pergeño de macho cabrío, sobre las «provincias» de Santo Domingo. Subyugar a Cuba —contrapartida de su bajalato— es la obsesión que atormenta su depravada vigilia.

Durante los veinte años de su tenebrosa «era», Trujillo ha convertido a Santo Domingo en una finca privada, que explota y usufructúa a expensas del sudor, de la sangre y de la vida del pueblo. Ni Mussolini, ni Hitler, ni Franco han concentrado tamaña suma de poder arbitrario en sus manos. Luis XIV resulta un niño de teta a su lado. Su jactanciosa divisa —Dios y Trujillo— basta para procesarlo, juzgarlo y ahorcarlo. Este régimen unipersonal, dinástico y feudal —agravado sobremanera por la paranoia y el ambisexualismo de Trujillo— es radicalmente incompatible con la convivencia civilizada. Ya sólo, por eso, merecería la interdicción internacional y el derrocamiento revolucionario. Un régimen así debía estar excluido de las Naciones Unidas, de la Organización de Estados Americanos y del derecho de gentes.

Pero justamente, por no ser así, constituye un permanente peligro para la paz y la seguridad de los pueblos del Caribe. La naturaleza y los objetivos de la política internacional de todo Estado están condicionados por la índole de su estructura interna. El absolutismo político nacional lleva, inexorablemente, al intervencionismo político en la vida internacional. La satrapía trujillista sirve, como ninguna otra, para verificar el aserto. Si alguien puede alertar títulos exclusivos en el vil comercio de exportar dictadura, es el barbarócrata dominicano.

No me es dable referir pormenorizadamente las amenazas, conjuras, enredos, complots, agresiones y atentados de Trujillo contra los pueblos que habitan en la cuenca del Caribe. Quizás acometa la empresa en varios artículos. Esta vez me limitaré a destacar aquellos hechos que evidencian, palmariamente, su política intervencionista y la vesánica ambición de someter a su rampante dominio a esos pueblos. Empezaré con Haití y terminaré con Cuba.

De todos los pueblos de esa región, es Haití, por su vecindad geográfica, el más expuesto a los vandálicos ataques de Trujillo y el que más ha sufrido su criminal intromisión. Entre los objetivos cardinales de la política exterior de Trujillo ha figurado siempre, en primer plano, la conquista y anexión de Haití. Desde 1933 inició una intimidatoria campaña de prensa y una serie de actos hostiles, que culminaron en la instalación de aeródromos fronterizos y en la espantosa matanza de doce mil haitianos. El presidente Vincent, empavorecido, accedió incluso a entregarle los emigrados dominicanos reclusos en el campo de concentración de Jeremie, salvándolos de la tortura, la cárcel y la muerte un virtual ultimátum del gobierno revolucionario de Ramón Grau San Martín, a propuesta del secretario de Gobernación Antonio Guiteiras. A partir de esa época, Trujillo ha intervenido directamente en los asuntos internos de Haití, sobornando jefes militares, fomentando revueltas, alquilando periodistas y planeando el asesinato de los presidentes Elié Lescot y Dumarssais Estimé, con la ayuda de aventureros, demagogos y rufianes de la vecina república. Crear quintacolumnas es uno de los métodos favoritos de su estrategia política.

La madeja del atentado contra Lescot fue tejida por Augusto Ferrando Gómez, cónsul en la ciudad fronteriza de Balladere, y Tomás Hernández Franco, encargado de negocios en Port-au-Prince.

La captura de varios haitianos conjurados permitió al gobierno de Lescot descubrir la urdimbre de la conspiración y precisar sus conexiones con Trujillo. Agentes del FBI comprobarían, poco después, que las armas ocupadas habían sido vendidas al ejército dominicano por el gobierno de los Estados Unidos.

En 1949 Trujillo organizó una conspiración, con ramificaciones en Buenos Aires, Quito, Río de Janeiro, New York y Puerto Rico, para asesinar al presidente Estimé e instaurar una dictadura militar títere presidida por el coronel Astrel Roland, sobornado jefe de un estratégico departamento militar de Haití. Los dirigentes inmediatos de esa conspiración se proponían envenenar al presidente Estimé y a los militares haitianos Magloire, Lavaud y Levelt, con la cooperación de Johanna Verbracken, bella aventurera belga especializada en administrar pócimas mortales a la sombra fragante de sus senos. Esta tuvo que salir precipitadamente de Haití al suscitar las sospechas de Magloire.

No obstante este contratiempo, el plan de Trujillo siguió en pie. Astrel Roland continuó conspirando descaradamente y la legación dominicana laborando en la organización de un nuevo complot contra la seguridad interior y exterior de Haití. El simultáneo asesinato de Estimé, Magloire, Prosper, el propio encargado de negocios de Santo Domingo, Sebastián Rodríguez Lora, y algunos diplomáticos hispanoamericanos —entre los cuales figuraba el ministro de Cuba en Haití, doctor Enrique Camejo—, marcaría el inicio de la sublevación, que conllevaba la inmediata invasión del territorio haitiano por bandas uniformadas de Trujillo. Develada a tiempo la siniestra conjura, Estimé presentó formal denuncia, ante el Comité Interamericano de Paz, de «las actividades conspiratorias y agresivas de la república dominicana contra Haití». Ya los poderes especiales conferidos a Trujillo por el Congreso para declarar la guerra a cualquier nación del Caribe a su entero arbitrio, so pretexto de una inventada invasión a Santo Domingo con base en la finca L'Amelie, sita en la región oriental de Cuba, habían puesto en estado de alerta al presidente Estimé y al gobierno de Prío. Las protestas de Haití y Cuba motivaron una enérgica declaración del Comité Interamericano de Paz, que entrañaba una denuncia de la política intervencionista de Trujillo y del carácter antidemocrático de su régimen. Al ver descubiertas las maquinaciones de Trujillo, Sebastián Rodríguez Lora abandonó su cargo, refugiándose en los Estados Unidos y revelando en

dramático documento detalles del sensacional complot, que incluía su propio asesinato a fin de «justificar» la invasión a Haití.

La injerencia de Trujillo en los asuntos internos de Venezuela está sobradamente comprobada. Ya había amagado sus primeras fintas durante el corrompido y demagógico gobierno del general Isaías Medina Angarita, ofreciéndole dinero y armas al lugarteniente de Juan Vicente Gómez, general Eleazar López Contreras. Pero es durante el régimen revolucionario presidido por Rómulo Betancourt, que adquiere esa injerencia un carácter francamente agresivo y sedicioso. La compra de cincuenta mil rifles automáticos al gobierno de Brasil estaba destinada por Trujillo al derrocamiento del gobierno de Betancourt. Igualmente las armas robadas en la base militar de Bush, con la participación decisiva de Carlos Libardo Blanco, cónsul de Santo Domingo en Miami. El fiscal de la causa consideró absolutamente probada la implicación de Karl John Eisenhardt y Edward Brower, autores materiales del robo, en una conjura para invadir el territorio venezolano y derribar su gobierno. Ambos fueron condenados a un año y un día de presidio.

En febrero de 1948, ya electo presidente Rómulo Gallegos, apareció imbricado Trujillo en un nuevo acto de hostilidad contra el gobierno democrático de Venezuela. Rómulo Betancourt, en posesión de informaciones fidedignas, denunció ante las cancillerías del continente y la Unión Panamericana que los días 26 y 27 de enero habían salido de Estados Unidos rumbo a Venezuela, con escala en Santo Domingo, los aviones piratas de bombardeo PBI-3888 y PBI-30137. Dichos aviones, con tripulación venezolana y equipados por Trujillo, despegaron hacia Caracas desde el aeropuerto dominicano Kilómetro 22. El jefe de la abortada «operación de bombardeo» sobre Caracas era el mayor venezolano Carlos Maldonado Peña, que ocupó un alto cargo en las fuerzas aéreas de Santo Domingo a raíz de su huida de Venezuela.

Los tentáculos de Trujillo han intentado también estrangular al régimen democrático de Guatemala. Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz constituyen uno de los blancos preferidos de la emisora oficial dominicana. El infecto chorro de procacidades, insultos, difamaciones y calumnias que expelen esos micrófonos no tiene par en el mundo. Su director, Ramón Marrero Arizti, es una cloaca parlante. Siguiendo su táctica de costumbre, Trujillo ha comprado periodistas y adversarios del régimen. En las numerosas

conspiraciones que tuvo que encarar Arévalo, anduvo siempre la mano del ensoberbecido matarife dominicano. Hay pruebas indubitables de haber incitado personalmente al coronel Arana a sublevarse contra los poderes legítimamente constituidos. Su última agresión a Guatemala es el apresamiento y secuestro de la motonave Quetzal, que se dirigía a Puerto Livingston con un cargamento de posturas de aguacate. Si esta cadena de agresiones no se para a tiempo, Trujillo acabará por imponer su guapetonería en los barrios más apartados del Caribe. Ninguna consideración humana, ningún escrúpulo de conciencia cabe admitir en este sanguinario homúnculo. No se detiene ante nada por respetable que sea. Dondequiera que pueda dividir, azuzar, corromper y subvertir estará presente con su red de cipayos, espías, saboteadores, aventureros y malhechores. Costa Rica, Panamá, Quito, Lima y Río de Janeiro saben, en carne propia, de sus tropelías, intrigas y amenazas. La participación de agentes trujillistas al servicio de Laureano Gómez en el incendio de Bogotá es ya un secreto a voces.

Ningún país del Caribe, excepción de Haití, ha sido tan sistemáticamente agredido y agraviado por Trujillo como Cuba. Muchos años antes de la frustrada expedición de Cayo Confites, el sátrapa dominicano aprehendió, torturó y despojó de sus bienes al ciudadano cubano Max Rodríguez. El general Enrique Loynaz del Castillo, a la sazón ministro de Cuba en Santo Domingo, renunció a su alto cargo como protesta contra este incalificable atropello. Muchos años antes de la masacre de Luperón, Trujillo hospedó a Gerardo Machado y a su hamponesca cohorte, brindándole protección y apoyo de toda índole. Monstruos cargados de crímenes, como Arsenio Ortiz, Jorge Crespo, Mariano Faget y Ramón Souto, ocuparon posiciones señeras en los cuerpos represivos de la satrapía, dignos émulos de la Gestapo nazi. Pero Trujillo fue aún más lejos. Preparó, organizó y financió el retorno de Machado a Cuba en 1934. Copiosa correspondencia, capturada por Pablo de la Torriente Brau en New York y editada en un folleto titulado *Los títeres de Ferrara* en 1935, pone al descubierto la trama. Desde entonces, Trujillo ha venido interviniendo, constantemente, en los asuntos internos de nuestro país.

Es, sin embargo, a partir de 1944, que Trujillo planifica su política agresiva contra Cuba. Soborna periódicos, estaciones de radio y líderes obreros. Intriga en los mandos militares de las

provincias orientales y se capta varios generales batisteros refugiados en Miami. Envía espías y saboteadores a La Habana. El mayor Henri Gazon, agregado militar de la legación dominicana en Cuba, estimula las querellas entre los «grupos de acción» y anuda estrechas relaciones con Genovevo Pérez Dámera. El general Federico Fiallo fue designado por Trujillo para preparar, con un grupo de oficiales retirados por Grau San Martín, la invasión de Cuba. La campaña difamatoria contra el gobierno cubano corrió pareja con el desarrollo de la conspiración, que al cabo se malograría. El fracaso, meses más tarde, de la expedición de Cayo Confites, por intervención directa de Genovevo Pérez Dámera, sellaría la amistad y connivencia de Trujillo con el jefe del ejército de Cuba. No dejaría ya de incitarlo diariamente a derrocar el régimen constitucional y erigirse en dictador de la isla.

En 1947, Anselmo Paulino Álvarez, ministro de Gobernación de Trujillo, envió a Santiago de Cuba, en calidad de cónsul, a Augusto Ferrando Gómez —ya conocido por sus actividades gansteriles en Haití— con instrucciones de fomentar un golpe de Estado contra el gobierno de Grau San Martín. No le respondieron los comprometidos. Pero, antes de retornar a Santo Domingo, perpetró un asalto armado al Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago. *Bohemia* dio cuenta del hecho en esa oportunidad. No hace muchos meses Ferrando Gómez asesinó, con refinada sevicia, a ocho dominicanos en una solitaria carretera. Una de las víctimas era hermano de Miguel Ángel Ramírez, propietario del Quetzal.

La llamada «Conspiración de New Orleans» —hasta ahora desconocida del pueblo cubano— se organizó también en el propio año de 1947. Bajo el aparente propósito de dedicarse a la explotación de madera en Honduras Británica,³³ se constituyó en New Orleans la Marsalis Construction Company. Fungía de presidente William I. Marsalis, y de tesorero, George W. Rappleyes. Esta compañía adquirió inmediatamente, del material sobrante de guerra, dos buques del tipo LST, cuatro aviones P-38, varios tanques, piezas de artillería, bombas aéreas, armas automáticas, abundante parque y camiones ligeros y pesados. Dichos buques fueron bautizados Libertad y Pepín Rivero, y abanderados nicaragüenses. Los miembros de la tripulación, los pilotos y los choferes eran todos de nacionalidad norteamericana y poseían experiencia mili-

tar. El plan trazado comprendía los siguientes extremos: bombardeo de La Cabaña, el campamento de Columbia y el aeropuerto militar; desembarco de una fuerza expedicionaria en la playa de Marianao, que ocuparía Columbia; desembarco de los tanques y camiones en la ribera izquierda del río Almendares a fin de tomar primero el cuartel del Cuerpo de Ingenieros y marchar después sobre el Palacio Presidencial.

Notificado el gobierno de Cuba por el Servicio Secreto del Tesoro de los Estados Unidos de las extrañas adquisiciones y misteriosas maniobras de los presuntos negociantes en madera, ordenó al cónsul en New Orleans que procediera a solicitar el embargo de los buques y aviones. Uno de éstos logró escabullirse; pero se vio forzado a aterrizar en Rancho Boyeros, donde fue detenido y requisado. Las investigaciones practicadas demostraron que detrás de este ataque filibustero a la capital de Cuba estaba el Chacal de las Antillas. Los acusados, Marsalis, Rappleyes y Saint Phillip, al declararse culpables de la tenencia ilegal de implementos de guerra, fueron sancionados a varios años de presidio.

La inesperada destitución de Genovevo Pérez Dámera por el presidente Carlos Prío se debió a su participación en un golpe castrense proyectado y dirigido por Trujillo. El gobierno cubano estuvo ampliamente informado de los pasos de Pérez Dámera por los dirigentes del movimiento revolucionario dominicano. La drástica determinación adoptada por Prío dio al traste con esta nueva conjura trujillista. El martes 23 de agosto de 1949 eran irradiados del ejército Genovevo Pérez Dámera y un grupo de oficiales sospechosos. El odio de Trujillo contra Cuba se exasperó descomunally ante este descalabro. No tardaría, empero, en volver por la picada.

El abordaje, captura y secuestro del Quetzal forma parte de la nueva maquinación enderezada a derrocar el régimen democrático en Cuba y a suprimir a figuras representativas de los movimientos populares de liberación en el área del Caribe. Los datos que apporto son rigurosamente exactos. El consulado dominicano en Miami es el centro de operaciones de esa vasta conjura internacional urdida en el despacho de Trujillo. Los principales agentes de este subversivo consorcio, dedicado a la exportación de dictadura en las propias narices del Comité Interamericano de Paz, han sido extraídos por Trujillo del inagotable reservorio de conspiradores, contrabandistas, pistoleros, soplones, espías y lacayos

³³ Con ese nombre se conoció la república de Belice hasta 1973. (N. del E.)

que tiene su servicio. Dos de los más corrompidos y crueles personajes de la camarilla palaciega, Augusto Ferrando Gómez y Aníbal Díaz, figuran como responsables inmediatos ante Trujillo de esta sombría organización que da punto y raya a las mafias de Sicilia y a los bonches de Chicago. José Arizmendi Trujillo, hermano del sátrapa, colabora estrechamente con ambos. Grupos a sueldo de la torva empresa laboran, secretamente, en lugares estratégicos de toda América. Hace ya mucho tiempo que los servicios de inteligencia de la Junta Militar de Caracas y de la tiranía dominicana actúan de consuno. Justamente, en estos momentos, uno de los más peligrosos conjurados de Miami ha sido enviado por el coronel Marcos Pérez Jiménez a trabajar con los espías y matones de Trujillo. El mosto de la intriga y la traición contra la democracia cubana hierve hoy en el subsuelo del Caribe.

Es indispensable que nuestro pueblo lo sepa. No sólo cuenta Trujillo con recursos bélicos superiores a los nuestros; cuenta también con la ayuda de cubanos descastados, prestos a todas las infamias, ya para satisfacer sus resentimientos personales o políticos, ya en beneficio propio. Esta táctica de utilizar a determinados cubanos en agresiones contra su propio pueblo se remonta, como ya se ha visto, a la caída de Machado. Pero es en los últimos años que Trujillo ha desarrollado una política de captación sistemática de los cubanos enemigos del régimen democrático, o carentes de escrúpulos. Esbirros de las dictaduras de Machado y de Batista operan hoy al servicio de Trujillo. Notorio es el caso del ex cabo Manuel Alonso, amigo íntimo de Mariano Faget y uno de los victimarios de Pedro Fajardo Boheras, conocido por Manzanillo en los círculos revolucionarios. Es uno de los hombres de confianza del general Federico Fiallo y desempeña la jefatura secreta del aeropuerto de Santo Domingo. Su misión es vigilar a todo cubano que visite ese país. Bajo las órdenes de Alonso actúan la mayoría de los porristas exilados.

Trujillo ha tratado también de captarse a los pseudorrevolucionarios y aventureros políticos que se han visto compelidos a emigrar de Cuba por transgredir el código penal común. Varios han ingresado ya en las filas del espionaje dominicano. Incluso anti-gueros militantes comunistas y ex miembros del ejército republicano español vienen desarrollando actividades contra su propio pueblo, jugosamente recompensados por Trujillo. Baste citar, por vía de ejemplo, a José Tabío Silva, ex comunista, ex combatiente

antifascista, ex jefe de la policía de Costa Rica, ex empleado personal de Tacho Somoza y traficante en drogas. No ha sido ajeno a ninguna de las maquinaciones de Trujillo contra Guatemala, Haití y Cuba. Cubanos a sueldo de Trujillo participaron en el frustrado asesinato en Miami del ex presidente de Costa Rica José Figueres, y cubanos son los que asesinaron al líder obrero Mauricio Báez y traman la muerte de los más significados líderes del movimiento democrático dominicano. No es descabellado presumir que la garra de Trujillo anduvo metida en el frustrado asesinato de Rómulo Betancourt, ex presidente de Venezuela. Y, si a todo esto se añade la procaz campaña desatada por Trujillo contra nuestras instituciones, la arbitraria condena de los marinos cubanos, los esfuerzos redoblados por sobornar periódicos, periodistas y legisladores, los preparativos para la invasión por sorpresa, los cambios en el personal diplomático y la probable imputación de hechos imaginarios al gobierno de Guatemala y al nuestro que justifiquen la agresión, unido ello al inminente desplazamiento de Tacho Somoza en el liderazgo antidemocrático en América Central por Tiburcio Carías, con el apoyo de la satrapía dominicana, se tendrá el enmarañado trasfondo de la gravísima situación que arrostramos.

Cuando escribo estas líneas no ha fallado todavía el Comité Interamericano de Paz la formal protesta de Cuba. El gobierno, por lo pronto, ha congelado sus relaciones diplomáticas con Trujillo, confiando sus intereses a la representación de Chile. Su determinación de acudir, si precisa, al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, a la Asamblea General de la propia organización y a la Corte de Justicia Internacional, se mantiene inquebrantable. No podía ser de otra manera. El resultado de la apelación interpuesta en favor de los marinos cubanos y la absolución y ascenso del capitán Brito es una farsa indignante. El gobierno de Guatemala, por su parte, se apercibe a presentar el abordaje y apresamiento del Quetzal ante la Comisión Interamericana de Paz, haciendo causa común con Cuba.

La Internacional de los espadones aprieta sus cuadros en violenta arremetida.

Nunca, como en esta coyuntura, juntarse para defender la soberanía nacional, la democracia representativa y la justicia social es la palabra de orden. El pueblo cubano debe proseguir en pie de lucha hasta que sean devueltos a sus familiares los compatriotas

secuestrados por Trujillo. Hay que ganar esta batalla cueste lo que cueste y pase lo que pase. Bien lo merecen los hombres y mujeres que pelean heroicamente por la libertad en las entrañas convulsas de la satrapía dominicana. No en balde, como dijera José Martí en carta memorable a Federico Enríquez Carvajal, «esto es aquello y va con aquello».

Publicado en *Bohemia* el 23 de diciembre de 1951. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 152-162.

Arenga soñada

Había leído esa tibia noche de otoño los poemas de Antonio Machado. Y, de nuevo, me pareció grito que clama, incita y espera aquel verso que fue recato de amor, soledad perfumada, espejo de entraña, saudades de Soria, mármol que llora. Durante largo rato estuve recorriendo, en semivigilia, los caminos ensangrentados de España, «vendida de monte a monte, de río a río, de mar a mar». Entonces soñé un sueño extraño y pronuncié esta arenga:

«Creo en la libertad, en la justicia y en la cultura. Y, justamente por eso, es que vengo a consumir un turno en este acto a título de profesor universitario. Debo, sin embargo, antes de entrar en materia, dilucidar un problema de conciencia que me sale al paso. Quiera que no, yo me gano la vida amasando ideas en la cátedra universitaria. Pero, quiera que no, también soy, antes que profesor, y después de profesor, lo que siempre he sido y quiero seguir siendo, a pesar de los pesares y de la ganga hedionda que tiene adherida la palabreja, por obra y gracia de sus usurpadores: un revolucionario. Y he ahí por qué me parece obligado conmigo mismo despojarme de inmediato de la “muceta de doctor” y “entrarle a la res con la manga al codo”. Sé bien lo que hago. Incluso el profesor ganará con ello.

»De tiempo en tiempo, convienen sobremanera estas bruscas inmersiones en sulfumán y creolina para contrarrestar el sutil laboreo de la polilla académica. ¿Para qué sirve, en rigor, un sabihondo sin savia vital? Sólo sirve, como tantos que yo conozco y padezco, para disfrazarse de Minerva, sin salvarse, por ello, de que los estudiantes genuinos le tiren cada día, mientras retorizan a todo trapo, la serpentina de su desprecio. Profesor sin profesión

de fe política, sin conciencia civil de la ciencia, sin sentido social de su ministerio, puede ser, a lo sumo, un erudito a la violeta o un maestro Ciruela; pero jamás un profesor en el legítimo significado del vocablo. Profesor es el que guía, el que va delante, el que predica con el ejemplo, el que tira la piedra y no esconde la mano. Como Sócrates, como José de la Luz y Caballero, como Francisco Giner de los Ríos. De los que no lo son, de los falsos profesores, hay que huir, por razones profilácticas, aunque reciten, de un tirón, la *Enciclopedia Británica*.

»Por lo pronto, y en prenda de buena fe, prometo ser breve, claro, sencillo, directo y beligerante.

»La agonía y la esperanza del pueblo español nos congrega de nuevo en un acto público que es, en pareja medida, condenación y demanda. Para llorar lágrimas de cocodrilos o suscribir autógrafos sentimentales no estamos ahora. Esta es hora de pelea y a pelear hemos venido. A pelear por el pueblo español y para el pueblo español, que es como pelear por todos los pueblos oprimidos y esclavizados, humillados y ofendidos.

»No es lo mismo, en efecto, ni en el terreno de los hechos, ni en el ámbito de la valoración histórica, pelear por el pueblo español que por el pueblo hindú, por el pueblo griego, por el pueblo puertorriqueño, o por el pueblo dominicano. Cuando se pelea por esos pueblos, atropellados y zaheridos en lo más íntimo de su dignidad nacional, si teóricamente se está quebrando una lanza en favor de una causa que los trasciende, en la práctica se está peleando por cada uno de ellos en particular; pero, cuando se pelea por el pueblo español se pelea por todos los pueblos en análoga o similar circunstancia, que no en balde aquél echó sobre sus espaldas, en patética soledad sin paralelo, el destino de la libertad, de la justicia y de la cultura sin distingos de razas y naciones, reviviendo en sus hazañas las arremetidas de Simón Bolívar y fundiendo, entre resplandores inextinguibles, a los mambises de Palo Seco y a los milicianos de Guadalajara.

»Si el fascismo hubiera sido derrotado en España, ya la India sería independiente y lo sería también Puerto Rico, y el cráneo lombrosiano de Trujillo sembraría el espanto en la vitrina de un museo dominicano. No exagero. Ni hace falta hacerlo en abono de mi tesis. Sólo una frase epónima necesito recordar para verificar irrecusablemente su validez: el “no pasarán” madrileño. ¿Qué hombre libre del mundo no sintió, como propia, esa bizarra salida?

¿No fue emulada en español y a la española, por las mujeres chinas, ante las murallas derruidas de Shanghái y de Cantón? No fue acaso, durante una época, nuestro más efectivo grito de guerra contra la dictadura corporativa de Fulgencio Batista, que no vaciló en saquear los centros republicanos españoles y retener en el puerto de La Habana al vapor Manuel Arnús? Y ahora mismo, ¿qué hombre libre del mundo no sabe que al pelear contra Franco le está propinando una estocada mortal al miura totalitario?

»Fue esa proyección ecuménica y ese sentido de humanidad lo que hizo entonces de Madrid capital y conciencia del orbe, y de España una alborada maravillosa de ilusiones. Por ella sufrieron, lucharon y murieron, como por la propia tierra, jóvenes de todos los parajes y latitudes; por ella sufrió, peleó y murió un cubano que simboliza mejor que otro alguno, por su alta jerarquía intelectual y humana, a todos nuestros compatriotas caídos en tierra española. Por España sufrió, luchó y murió, de cara al enemigo, Pablo de la Torriente Brau. Y, al hacerlo sufría, luchaba y moría también por la independencia de Cuba.

»Triunfó el fascismo en España y ya se sabe por qué. No voy a repetir lo que para todos es punto menos que pan comido; pero sí a recordar que la responsabilidad de las denominadas democracias en ese triunfo corre pareja con la de las potencias totalitarias. Y lo que es más grave todavía. Aún el paraguas de Chamberlain cierne su ala tenebrosa en los círculos dirigentes de casi todas las Naciones Unidas. Y eso sí que no puede callarse ni admitirse. Eso hay que clamorearlo en cada esquina y contra eso hay que oponerse resueltamente, so pena de que la flamante Carta del Atlántico³⁴ tenga que formalizarse sobre la carne tumefacta del pueblo español, mientras el buitres epiceno, un generalote analfabeto, un reyezuelo clorótico o un politicastro de borrón y cuenta nueva deglutan, inverecundamente, las cuatro libertades, a la sombra de la democracia asesinada por la espalda.

»Hay que estar alerta. Un lord inglés de nefanda memoria —peluca empolvada, pantalón impecable, gesto engomado, cerebro

³⁴ Declaración conjunta de los gobiernos estadounidense y británico durante la Segunda Guerra Mundial (pero antes de que Estados Unidos entrara en la contienda), que expresaba ciertos principios comunes de sus políticas nacionales que se seguirían en la posguerra. Puede considerarse el primer antecedente de la Carta de las Naciones Unidas, documento fundacional de la ONU. (N. del E.)

de olla y careta de *gentleman*— dijo una vez, atrincherado cobardemente tras la escuadra de Su Majestad, mientras el pueblo español ponía a la altura de las estrellas el decoro humano envilecido por la *City* y el *Quai D'Orsay*, que todo él no valía lo que la gota de sangre de un marino británico. No pido excusas por el estilo tan zafio de señalar. Aludo a Lord Duff Cooper. Tamaña bellaquería dijo hace años este galoneado palafrenero del fascismo, en un lenguaje que de sobra conocemos por propia experiencia. Y eso siguen diciendo todavía muchos, con la boca apretada de rabia, en los Ministerios de Relaciones Exteriores, en los centros financieros, en las esferas mercantiles, en las instituciones culturales y hasta en los saraos de los embajadores democráticos.

»Quienes eso dicen albergan, ahora como antes, un pravo y manifiesto propósito: alimentar y sostener, a toda costa y por cualquier vía, un foco de fascismo en la Tierra, sea en España, sea en Italia, sea en Argentina. Lo que les manda su interés es continuar el fascismo, por otros medios y otras formas, después de su derrota en los campos de batalla. Los que eso dicen quieren eso. Y, contra los que dicen y quieren eso, se precisa estar en guardia permanente. Son los munichistas³⁵ de ayer, los que llevan el corazón en las tripas, los eternos remontadores de ríos, los mercaderes de la democracia, los quintacolumnistas disfrazados de ovejas, los farsantes de todas las insignias, los oportunistas y traidores de toda laya y progenie.

»Ya despunta en Europa y en Asia el tormentoso crepúsculo de la derrota para los que intentaron restaurar la vieja relación de esclavitud con el aerodinámico pergeño del aquelarre por televisión. El heroísmo, la disciplina y el ímpetu sostenido de los pueblos en armas han contribuido de manera decisiva a producirla. Ingleses y rusos, norteamericanos y chinos, franceses y griegos, yugoeslavos y holandeses, belgas y polacos, checos y brasileños, italianos y noruegos, filipinos y canadienses, hindúes y australianos han fatigado el valor y la abnegación en homéricos combates. El gigantesco esfuerzo industrial de los Estados Unidos merece particular encarecimiento. Y no puede tampoco olvidarse el valioso aporte de los pueblos de nuestra América, que han dado ahora infinitamente más de lo que han recibido. Ya se han concertado acuerdos internacionales con vistas a un mundo mejor, liberado

³⁵ En alusión al Pacto de Munich. (N. del E.)

de la tiranía, de la inseguridad, del imperialismo y de la guerra. Hace sólo unos días tuvo lugar en Yalta una trascendental reunión. Y en estos mismos momentos, se está efectuando en México una conferencia, acaso decisiva para los destinos de nuestros pueblos.

»Gran expectación se ha suscitado en torno a todo eso. Un denso silencio, que no huele precisamente a rosas, rodea, sin embargo, la cuestión española. ¿Y España, qué?, preguntan angustiados todos los antifascistas. Inútil indagar la respuesta. ¿Maniobra? ¿Contubernio? ¿Complicidad? ¿Presión de las oligarquías reaccionarias?

»Lo que sea. Lo cierto es que, hasta hoy, no se ha definido la política de las Naciones Unidas frente a España, como no sea el bienquistarse con el régimen franquista, cargado de crímenes horrendos y repleto de cieno hasta el tope. No cabe duda de que por el momento, lo que está primando es la determinación reaccionaria de mantener en España un gobierno dependiente y antidemocrático.

»Pero, una cosa es con guitarra y otra con violín. El pueblo español no ha muerto. ¡Qué va a morir! Ahí está lidiando a diario por la libertad y el decoro de los que lo han abandonado, miserablemente, a la sevicia inagotable de Franco. Su gesta aún ilumina los confines más remotos del planeta. Ni ha perdido el coraje, ni ha perdido el honor. Hay agonía y hay esperanza. Es decir: hay puja y hay horizonte.

»La república española fue un día derribada por una torva confabulación, en la que fungieron de cómplices los rectores de las potencias democráticas. La república tiene que restituirse a España si no se quiere una paz maldita y gravada. El pueblo español, que la anhela y lo sabe, brega por ella sin escatimar riesgos ni sacrificios.

»A nosotros, pueblos de América forjados en la matriz hirviente de España, hermanos suyos en la lucha contra la anti España de aquí y allá, afanosos de una libre comunidad cultural hispanoamericana, sin imperios obsoletos ni noblezas manganzonas, nos toca poner codo a codo nuestro esfuerzo con el pueblo español en esta hora incierta de su futuro, que es el nuestro. Si nadie lo ha dicho, lo digo yo ahora. España es el espejo en el que tienen que mirarse los pueblos de nuestra América: en la perspectiva histórica y en el proceso de la cultura, lo que España sea, seremos nosotros. Y, es precisamente por esta inexorable identidad de destino, que estamos peleando por nosotros mismos al pelear por España. Ahora bien: ni nos disolvamos estérilmente en querellas de partidos

o de grupos, ni caigamos en la química turbia de las fórmulas perfectas. Lo que la república sea en este nuevo granar, obra será del pueblo español. Este, y sólo éste, será quien fije la índole y el alcance de su contenido económico y de su estructura social. Nada de eso nos compete ni incumbe.

»Lo que urge es contribuir, con todas nuestras energías y entusiasmos, al derrocamiento popular del régimen franquista y al restablecimiento de la república democrática en España. Múltiples maneras hay de cooperar a ese empeño inaplazable. La más importante y eficaz, sin duda, para los cubanos y españoles de Cuba, es lograr la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales con el general de feria Francisco Franco. Rige ahora nuestro país un gobierno que se precia de su respaldo popular. Toquémosle a la puerta vigorosamente. Exijámosle, cara a cara, su inmediato rompimiento con la cohorte de pillos y la banda de murciélagos que se ha adueñado por la violencia, para mayor gloria y servicio del fascismo internacional, de los resortes fundamentales de la vida pública y privada de España. Si lo hiciere, que la historia se lo abone a ese gobierno. Si se negare a ello, que la historia se lo demande por haber desoído el hondo clamor del pueblo cubano»...

La hora de demandarlo ha sonado. España sigue llevando, a cuestas, la pesada cruz de su tragedia inenarrable. Está ya gestándose una guerra terrífica contra la Unión Soviética, desatada por la codicia de los imperialismos sobrevivientes. La Carta del Atlántico es un papel mojado. Un amasijo de marrullerías los acuerdos de Potsdam. Sobre una sobria lápida, en Hyde Park, se mustian los apócrifos laureles de la buena vecindad. Ficciones son las soberanías nacionales de los pueblos pequeños. Impera la política encapsulada en la bomba atómica. La libertad, la justicia y la cultura están más amenazadas que nunca por los leviatanes enmascarados y las panteras al descubierto. Reflorece, con inaudito descoco, la falange y la hispanidad entre nosotros. Los intelectuales ambidiestros traicionan, una vez más, los deberes de la inteligencia. Genovevo Pérez ha retornado de España condecorado por Franco y con la panza acrecida. Es todo un símbolo. Y pesadilla, pura pesadilla, aquella arenga mía soñada una tibia noche de otoño de 1944.

Fechado por Roa: 29 de agosto de 1948. Compilado primero en *15 años después*. Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 199-205.

Pablo de la Torriente Brau y la Revolución española

Dos grandes honores le fueron conferidos póstumamente a Pablo de la Torriente Brau. La adjudicación del premio Justo de Lara a su bellísima crónica «Guajiros en New York», publicada en la revista *Bohemia*, es uno de ellos. El otro, otorgado en España, ya inmóvil, definitivamente inmóvil la mano que habría escrito el libro egregio de la Revolución española, fue el homenaje condigno a su sacrificio y a su ejemplaridad revolucionaria: la imposición solemne a su pecho acribillado, entre el sordo retumbar del cañón y una guardia silenciosa y nutrida de puños en alto, de las insignias gloriosas de capitán de milicia muerto en campaña. Este tributo sobrepasa, largamente, a todos los tributos que hubieran podido rendirse a Pablo de la Torriente Brau: este tributo, conmovido y viril, del pueblo español en armas, a su generosidad y bravura, convierte al excelso revolucionario cubano en héroe y en símbolo, sobre todo en símbolo, de los oprimidos del mundo.

Si no estuvieran históricamente ligados la Revolución española y los empeños liberadores que alienta el pueblo cubano, la sangre fecunda de Pablo de la Torriente Brau los habría vinculado indisolublemente. Desde el inicio de aquélla, han afluído a España numerosos cubanos y forman ya legión los que han entregado su vida, generosamente, en aras de un futuro mejor, de un futuro luminoso y cordial que no será suyo. No hace aún tres semanas que el cable reportó, con dramático laconismo, la muerte, en acción de guerra, de Rodolfo de Armas, figura representativa del estudiantado cubano. Ya antes habían caído, de cara al enemigo, el joven y valioso escultor Jesús Maydagán y Moisés Raigorowski. Pero fue Pablo de la Torriente Brau quien ostentó más cabalmente, por su vigorosa personalidad intelectual y su alta jerarquía revolucionaria y humana, la representación de Cuba irredenta en la pugna memorable que sostiene el pueblo español contra las hordas sombrías del fascismo internacional, a cuyo frente aparece, con nominal jefatura, ese general de alquiler que responde por Francisco Franco. Fue más todavía: fue Cuba misma participando, activamente, en una guerra que es ya, por su contenido y alcance, el prólogo epopéyico de la guerra definitiva entre las oligarquías parasitarias y los que hasta ahora han venido sufriendo, no obstante su posición creadora en el proceso productivo, el fardo monstruoso de sus exacciones, torpezas, injusticias y crímenes.

En España se están librando, en efecto, las primeras batallas de esa ineludible contienda. No se hable ya más, porque se miente cínicamente, de que las morismas «nacionalistas» y los condotieros de Hitler y Mussolini, fraternalmente confundidos con los rufianes del Tercio, llevan en la punta de sus bayonetas intrusas la salvación, la cultura y la integridad de España. España —la España legítima— está toda ella y en pie de lucha contra los invasores fascistas y los generales aventureros que se han puesto, descocadamente, a su servicio, violando su juramento de lealtad a la república.

La guerra española —que inicialmente ofrecía las características típicas de un conflicto interior— es ya española sólo de nombre. No importa que Anthony Eden en la Cámara de los Comunes y León Blum en el Parlamento francés se nieguen, criminalmente, a contemplarla y a tratarla en su verdadera faz y naturaleza. La actitud de Eden es, en definitiva, la adecuada a la correlación de fuerzas sociales que representa; pero la de León Blum, jefe de un gobierno particularmente enderezado a impedir el desarrollo y establecimiento del fascismo en Francia, es ya merecedora de la condenación y denuncia de las conciencias honradas. No es esa, precisamente, la conducta de Italia y de Alemania. Ni Roma ni Berlín disimulan su posición y su interés en el conflicto español. ¿No ha dicho una y otra vez el Doga melodramático, rapiñador de Etiopía y codicioso de Ceuta, de las islas Baleares y de las minas de mercurio de España, que sus camisetas negras no saldrán de ésta en tanto no instalen triunfalmente en Madrid al Pu Yi gallego, pretense salvador de la «civilización cristiana de Occidente» y a su cohorte mahometana y católica? ¿No ha vociferado reiteradamente Hitler, que aspira igualmente a repartirse las riquezas y el suelo de España, su oposición irreductible a que triunfe la causa del pueblo? ¿No bombardean implacablemente, los Capronis romanos y los Junkers nazis las ciudades indefensas controladas por la república, asesinando mujeres y niños y destruyendo los tesoros artísticos y culturales, acumulados por el genio español en largos siglos de esforzado y fecundo laboreo? ¿No desembarcan, diariamente, contingentes enormes de tropas regulares extranjeras en los puertos facciosos, con la connivencia punible del llamado Comité de No Intervención, instrumento dócil de la intervención constante y abierta de Hitler y Mussolini en favor de los generales traidores y de los falangistas, moros, inquisidores,

villanos, duques y manganzones que pretenden instaurar en España un sistema policíaco y totalitario, que castigue la discrepancia con la muerte, reglamente y degrade el conocimiento, entronice la servidumbre social y reduzca al trabajador a la condición de simple máquina productora en beneficio exclusivo de la finanza, de los señores de la tierra y de los altos jerarcas de la iglesia católica? ¿Hay alguien que dude, a estas alturas, que la lucha formidable mantenida por el pueblo español contra los militares sublevados el 18 de julio de 1936 es una lucha por la independencia nacional y por el decoro del hombre? ¿Que el pueblo español lidia, a la vez que contra los militares traidores y sus cómplices nativos, contra los gobiernos de Alemania e Italia, que han atacado e invadido a España sin previa declaración de guerra, como si España fuera una «Abisinia blanca» o un sultanado de Melanesia? ¿No salta meridianamente a la vista que, sin la ayuda extranjera —concertada por Gil-Robles y Lerroux mucho antes del triunfo electoral de las izquierdas—, la militarada fascista habría sido totalmente liquidada hace rato y en España funcionaría, con ritmo ascendente, un régimen de justicia social y de dignidad humana?

La guerra civil española —precisa puntualizarlo— es ya guerra de todos. Por eso, gobiernos y pueblos se han polarizado, activamente, sobre uno u otro bando beligerante. Resulta obvio añadir que sólo una ínfima minoría de los primeros, con México ejemplarmente a la cabeza, se han alineado junto al gobierno que representa la voluntad inalienable del pueblo español, políticamente encuadrada en el Frente Popular. La casi totalidad de los gobiernos europeos ha tomado, por el contrario, una posición plenamente adversa a la causa republicana. Ello explica la impunidad con que la armada insurgente ha ejercido y ejerce la piratería en todo el litoral español. Ello explica las insolencias de Mussolini y las bravuconerías de Hitler. Ello explica por qué el convenio de neutralidad funciona, exclusivamente, en detrimento de los intereses legítimos del gobierno español. De aquende el Atlántico, ya podrá suponerse. Consecuentes con su tradición y carácter —factorías endomingadas con arreos democráticos—, las satrapías y dictaduras de América se aprietan, unidas, alrededor de Franco, de Burgos y del fascismo internacional. En cambio, los pueblos todos, aun los pueblos mismos deformados por la horma ideológica de los regímenes totalitarios, aun los núcleos humanos más

retrasados y distantes, con una fina percepción de su destino y de la trágica realidad circundante, sienten como suya, y la defienden y enarbolan, la causa que ennoblece con su sangre y su heroísmo el pueblo anónimo y trabajador de España. Por su parte la inteligencia ha estado esta vez a la altura de las circunstancias. Las figuras más prestigiosas y claras del arte, de las letras y del pensamiento actual, se han apresurado a enviar su adhesión militante a esa gran causa. Sintetizo la pléyade numerosa en unos cuantos nombres ilustres: Romain Rolland, Albert Einstein, Aldo Huxley, André Gide, Pablo Picasso, H. G. Wells, Elías Castelnuevo, Joaquín García Monge y Waldo Frank. De vivir, José Martí, nuestra gran figura histórica, la encarnación más representativa y beligerante del pensamiento democrático en América, que ofreció su genio y su vida toda a la magna tarea de liberar a Cuba del pretorianismo colonial y del dominio exhaustivo de las camarillas monárquicas y oscurantistas de España, estaría hoy, también, alentando con su verbo fúlgido, y acaso con su presencia iluminada, a los españoles que han entablado duelo a muerte contra las mismas clases y fuerzas históricas que nos sojuzgaron y exprimieron, en nombre de Dios y de la civilización, durante más de cuatrocientos años.

Sobre Madrid, sitiada desde hace seis meses por las tropas mercenarias del fascismo internacional, se concentra hoy la mirada del mundo. Madrid es hoy nuestra angustia y nuestra esperanza. Madrid derrotado implicaría nuestra derrota: implicaría un retroceso de siglos en el curso ascendente de la historia. Madrid victorioso entrañaría una victoria contra la barbarie fascista y acaso la quiebra definitiva del régimen económico que la engendró y alimenta. Por acelerar esta victoria —que es victoria del mundo y de Cuba— luchó y murió en España Pablo de la Torriente Brau y combaten y caen innumerables revolucionarios de todas las latitudes. España es hoy lo que fue Francia en 1789: raíz y vehículo de una nueva etapa histórica, «realidad y conciencia del mundo», como alguien ha dicho.

Por eso, porque España es «realidad y conciencia del mundo», está presente en este acto, viva y ardiente en nosotros, que la sabemos y sentimos nuestra, que es parte de nosotros mismos, de todos los que bregan por un mundo nuevamente amanecido, «donde el derecho al pan y el derecho al canto tengan pareja consagración». Por eso, este homenaje encendido que hoy tributamos a la

memoria de Pablo de la Torriente Brau es también un acto de fe en los destinos del pueblo español y un homenaje ferviente a la España revolucionaria y eterna; a la España de Don Quijote y de Miaja, de los comuneros de Castilla y de los mineros asturianos de González Peña; a la España de Numancia y de Irún, de las milicias populares y de las mujeres aguerridas; a la España que, a costa de la flor de sus hijos mejores, está salvando a la cultura y a la conciencia humana de la hoguera y del grillete; a la España, en fin, que no sólo vencerá sino también convencerá. Homenaje sincero, emocionado, vertical. Homenaje que, por ser a Pablo de la Torriente Brau y al pueblo español, es, asimismo, un tributo afirmativo a la Revolución cubana y a cuantos ofrendaron su vida y su libertad por enaltecerla e impulsarla. Ese, y no otro, es, a mi juicio, el sentido entrañable y profundo de este acto memorable, que proyecta una claridad prometedor y robustece el aliento en esta coyuntura dramática que Cuba atraviesa.

Pablo de la Torriente Brau se encontraba en New York al estallar la sublevación fascista en España. Hacía más de un año que compartía los rigores del exilio con las exigencias y abnegaciones de la lucha revolucionaria. No pasó un solo día, en todo ese tiempo, sin que Pablo ofrendara a la causa antiimperialista un aporte relevante de su inteligencia o de su brazo. En unión de varios compañeros igualmente exilados, fundó la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista, cuyo objetivo central era propiciar el establecimiento de la unidad indispensable de acción de las fuerzas cubanas de izquierda. En ese empeño nobilísimo, Pablo de la Torriente Brau puso a toda presión su capacidad y energía: *Frente Único* —vehículo periodístico de aquél— era emplanado y, en su casi totalidad, redactado por él. En su apartamiento humildísimo, se discutían y acordaban las actividades del grupo. Allí, Pablo de la Torriente Brau hacía de aglutinante y de palanca impulsora. Siempre optimista, siempre contento, siempre infatigable. El New York revolucionario advirtió pronto en él, en su desbordada y exultante vitalidad, a una fuerza de la naturaleza fecundamente encauzada. Jamás había pasado por sus centros de lucha un hombre tan inflamado de fe en la victoria final de la revolución y de tan vertiginoso dinamismo como Pablo de la Torriente Brau. A puro milagro, organizó actos de masa donde antes jamás se habían podido celebrar más que bailes, y contribuyó, eficazmente, con Alberto Saumell, a echar las bases del Club

Martí, existente todavía. Y mientras realizaba todo eso y trabajaba doce horas diarias para ganarse difícilmente el sustento, tenía aún tiempo y sosiego para completar su magnífico libro sobre el Presidio Modelo y escribir, con impar humorismo, las *Memorias del soldado cubano desconocido*,³⁶ farsa novelesca que es, sin duda, su más acabada realización literaria.

En esa brega terrible y hermosa, lo sorprendió el 18 de julio de 1936. Pablo de la Torriente Brau percibió, rápidamente, la magnitud y proyección del conflicto. No era aquel un mero pronunciamiento militar al estilo del siglo XIX español. De pronunciamiento tenía incuestionablemente. Pero, si sólo hubiera sido eso, carecería de la enorme significación histórica que reviste. La insurrección del 18 de julio, preparada sigilosamente por Roma y Berlín y dirigida por los generales monárquicos y mercenarios, por los descendientes de Weyler y de Martínez Campos, envolvía, históricamente, la sublevación, en masa, de las clases secularmente opresoras del pueblo español en un supremo y desesperado esfuerzo por arrancar los destinos del país a sus legítimos intérpretes. No era, pues, la clase trabajadora, ni sus organizaciones ni partidos representativos, quienes encendían la guerra civil, sino las propias clases conservadoras que, al lanzarse a la sangrienta aventura en complicidad con el fascismo internacional, abrían sobre España la perspectiva de una pugna excluyente, con toda su secuela de horrores y de sustantivas transformaciones. Sobre esas clases conservadoras, cerrilmente empeñadas en mantener, no obstante su escaso volumen —menos del 2% de la población total de España—, su predominio económico y político sin ceder un ápice de sus fabulosos beneficios, cae toda la responsabilidad histórica de la guerra civil que está arruinando y desangrando el viejo y glorioso solar de la raza. Son ellas las que, a pesar de autoproclamarse defensoras de la civilización occidental y de la tradición española contra la «furia moscovita» que amenaza aniquilarlas, están destruyendo, con aviones alemanes e italianos, las ciudades más españolas y los monumentos más representativos y valiosos de la cultura y del arte peninsulares. Son ellas, y no las «fuerzas disolventes» y «asiáticas» que se han «apoderado» del gobierno de Azaña, las que ultrajan a España invadiéndola con soldados extranjeros, ex convictos y moros que ceban su

³⁶ Se refiere a *Aventuras del soldado desconocido cubano*. (N. del E.)

cavernaria sevicia en la carne inocente de mujeres y niños. Son ellas, y no la «anarquía salvaje y demoledora» de la España izquierdista, las que violan mujeres y fusilan prisioneros en masa, las que torturan, infaman y veján, las que, santificadas por la bendición de la Iglesia, ametrallan los hospitales y descuartizan a los curas que se niegan a convertir los templos en fortalezas y el sacerdocio en militancia fascista. Son ellas, y no los españoles genuinos que pusieron en desordenada y ridícula fuga a los sicarios de Mussolini en Guadalajara, las que están escribiendo, a golpes de crímenes, de depredaciones e infamias, la página más incivil y sangrienta que registra la historia de la barbarie humana. Son ellas, en fin, las que merecieron de Miguel de Unamuno, en los umbrales de su agonía, palabras definitivas de condena y repulsa que, en cierta manera, lo reivindicaban de su adhesión inicial.

«Yo había creído —dice Unamuno— que este movimiento era un movimiento que salvaría la civilización porque se me aseguró que operaría con medios cristianos. Por el contrario, he visto triunfar con él al militarismo, al cual soy total y profundamente opuesto. Y ¿qué decir de estos alemanes que se encuentran por todas partes en las calles de Salamanca cantando “Deutschlan über Alles”? ¿Es ésta una guerra nacional o internacional? Aquí me tienen prisionero, temerosos de que yo vaya a gritar al mundo entero las causas de mi separación del rectorado de la Universidad de Salamanca, de que yo diga que ellos fusilan a espaldas de los sucesos del frente. Pero yo he escrito al extranjero, a Francia, a Inglaterra, a Portugal, para decir cómo este movimiento es inicuo, sádico, cruel, bestial. Se me dice que en el campo “rojo” las mujeres pelean como fieras; pero aquí, entre los rebeldes, se asiste al odioso espectáculo de mujeres cubiertas de reliquias y escapularios que asisten a los fusilamientos como quien asiste a un teatro. Mola es el digno hijo de Martínez Anido y de Arlegui, esos canallas que, al servicio de Primo de Rivera, diezmaron las filas obreras bajo las balas de los pistoleros a sueldo».

El movimiento cavernícola, paralizado en octubre de 1934 —única vez que el proletariado y el pueblo se han enfrentado a tiempo con el fascismo—, cobró audacia y orientación decidida ante la amenaza que entrañaba para su pervivencia la incorporación de la masa a la gobernación del país, como consecuencia de la victoria electoral de las izquierdas el 16 de febrero de 1936.

Nadie podía llamarse a engaño, ni mucho menos sorprenderse, al acontecer el estallido. Desde la subida al poder de Gil-Robles y Lerroux en octubre de 1934 con la anuencia desvergonzada de Niceto Alcalá Zamora —determinante central de la gloriosa insurrección del proletariado en Asturias y de la ruptura de los partidos esencialmente republicanos con la nueva situación creada—, España vivía bajo la amenaza de un golpe fascista, vigorizado y alentado por los arrastres históricos que han torcido siempre, en favor de las camarillas gobernantes, su rumbo ascendente. Las elecciones del 16 de febrero —proyectadas directamente contra esa amenaza— determinaron un cambio brusco en la correlación de fuerzas dominantes. Y ante el desbordamiento popular incontenible —que arrancaría de las mazmorras y cárceles a treinta mil presos políticos y expulsaría del poder a Gil-Robles y secuaces— la reacción tuvo un instante de profunda vacilación, que habría de traducirse, en la práctica, en una retirada medrosa del escenario, que no supo aprovechar el gabinete de Casares Quiroga, reduciendo, resueltamente, la base material de su fuerza política. Fue sólo un instante. La CEDA,³⁷ Falange Española, los grupos monarquizantes y el alto clero católico se aprestaron, inmediatamente, a la lucha por el recobramiento del terreno perdido.

Ningún método más eficaz para lograr sus propósitos que desatar sobre el gobierno un diluvio de injurias y de falsas acusaciones, capaces de suscitar en torno suyo una atmósfera de inquietud y de confusión. Gil-Robles y Calvo Sotelo, desde sus escaños parlamentarios, arremetieron brutalmente contra el gabinete de Casares Quiroga imputándole estar al servicio de intereses extraños, mientras la prensa derechista —verdadero surtidor de inmundicias— iniciaba, por su parte, un ataque refinado y sistemático contra el prestigio y esencia de las instituciones republicanas, intentando infiltrar en la opinión neutral del país la creencia de que por el camino de la democracia y del Frente Popular se iba, inexorablemente, a la anarquía y a la barbarie. Esta repugnante campaña era la etapa previa del movimiento sedicioso, estudiado y aprobado, dos meses antes del triunfo electoral de las izquierdas, por Sanjurjo y los agentes de Hitler y de Mussolini en Berlín.

³⁷ Confederación Española de Derechas Autónomas: partido político hegemónico de la derecha española durante buena parte de la II República. (N. del E.)

La agitación —atizada ya sin embozo por los cónsules italianos y las oficinas comerciales nazis— adquirió un ritmo aciclonado. Los atentados y masacres de obreros, ejecutados por falangistas y pistoleros a sueldo, se multiplicaban por días. La infidencia cundía en la alta oficialidad del ejército. Era voz pública que se estaba preparando un golpe de Estado fascista. En vano, Indalecio Prieto desde la prensa y los partidos del proletariado advertían al gobierno de la gravísima situación que confrontaba. El asesinato de un oficial de la Guardia de Asalto por un grupo de falangistas determinó al gobierno de Casares Quiroga a asumir una actitud definida y enérgica contra las embestidas y provocaciones de la reacción. Se dictaron, inmediatamente, medidas destinadas a cortar el ascenso de la marejada fascista. Por su parte, el pueblo, olfateando la inminencia del golpe de Estado, se lanzó a la calle, ocupándola. La sublevación militar del 18 de julio era la respuesta brutal al intento. Una vez más evidenciaba la historia que un gobierno revolucionario inserto adjetivamente en la maquinaria del Estado, sin pleno control de todos sus órganos y particularmente de los represivos, está cogido, fatalmente, entre dos fuegos: entre las fuerzas de la reacción y los fusiles infieles del ejército.

Pero esta vez el gobierno revolucionario superaría victoriosamente el trágico callejón sin salida. La egregia lección que ofrece la lucha española es precisamente esa: ni en determinadas coyunturas el ejército regular, al servicio del poder o alzado contra él, es capaz de sofocar las determinaciones revolucionarias del pueblo, ni el fascismo es una forma histórica ineluctable e invencible, como es creencia generalizada. Se les había olvidado a los generales traidores y a sus amos extranjeros que el pueblo español, a quien juzgaban muerto, existía, que estaba presto a defender, a precio de vida, las libertades populares y las esencias más puras y progresistas de la cultura y de la personalidad histórica de España. La toma inverosímil del cuartel de la Montaña en Madrid con un corto número de fusiles, piedras y palos, y la reconquista de Barcelona a pecho descubierto, quedarán en la historia como muestra imperecedera de lo que es capaz un pueblo —sobre todo el pueblo español— cuando se decide a afirmar su voluntad de ser libre.

Desatada la lucha entre la España caduca, corrompida y perecedera, y la España nueva, la situación asumió caracteres inequívocos y dilemáticos, con sus correspondientes derivaciones

internacionales. Triunfante la reacción, España sufriría, conjugados, a Felipe II y a Fernando VII, con estructura corporativa y cetro mediatizado. Victoriosas las fuerzas democráticas y laboriosas, España conservaría su integridad nacional y gozaría de un régimen de justicia y de superación cultural en marcha hacia formas superiores de convivencia histórica, que culminarían en la realización del socialismo.

El eje de la lucha revolucionaria mundial indudablemente se había trasladado a España. De los resultados de lo que allí estaba aconteciendo, dependería una involución en escala internacional hacia el medioevo o la inauguración de una época nueva limpia de injusticias y sombras. Pablo de la Torriente Brau comprendió lúcidamente que su puesto, como revolucionario y como hombre, estaba en España; que era un deber irrenunciable apoyar por todos los medios al pueblo español y compartir sus reveses y triunfos; que había, en una palabra, que estar explícita y activamente con España, donde se estaban debatiendo los destinos futuros de todos los pueblos y del pueblo cubano.

«España —me escribió a la sazón— es hoy mi preocupación única. Vivo obsesionado por lo que allí está pasando. Y ni como ni duermo pensando cómo podría llegarme hasta allá. Ya estoy en contacto con el consulado español. Quiero pelear en España, por España y por Cuba. Y para lograrlo, sacaré el dinero si es preciso del fondo del mar. Pero ten la seguridad que me iré».

Había decidido irse a España y se iría. Impedirselo, convencerlo de lo contrario, era, fue, tarea inútil. En sus largas horas de insomnio, en los huecos relampagueantes del trabajo brutal, se veía ya confundido en el frente con el pueblo armado, entre milicianos sin miedo y sin tacha, uno más entre ellos, soldado de la libertad española, que es ser soldado de la libertad del mundo. Sus ahorros precarios los guardaba con generoso celo avaro. No tenía otra aspiración ni más pensamiento que allegar fondos para pagarse el pasaje. La fiebre de la Revolución española se había posesionado de él, absorbiendo toda su capacidad de servicio, sus energías inagotables y su sentido heroico de la vida. Sus cartas evidencian su resolución inquebrantable. Ramiro Valdés Daussá y yo intentamos entonces, egoístamente, sofrenar aquella pasión volcánica, aquel deseo torrentoso de ofrendar la vida, por amarla mucho, a la causa de la justicia, que si lo llevaba derechamente al país glorioso donde hoy vive el mundo su momento crucial, lo

arrancaba acaso para siempre de la Revolución cubana, en la que tanta falta hacía. He aquí su respuesta admirable:

«Es inútil. He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España precisamente para darle a Cuba, a la Revolución cubana, toda mi experiencia. Creo que, si por cualquier razón, me fracasara el viaje, me tirarían en un rincón a morir solitario, a morir de dolor y de rabia».

Pudo, al fin, tras múltiples y denodados esfuerzos, zarpar rumbo a España como corresponsal de guerra de la revista *New Masses* y del periódico *El Machete*. Teté Casuso cuenta cómo aquel día memorable —no obstante el aullido agorero de un perro vecino durante la noche— todo él irradiaba confianza, alegría, luz. Iba empenachado de júbilo, como Sandokan se hacía a la mar tormentosa en busca del leopardo inglés.

Fue a España, pero primero estuvo en París y después en Bruselas, en el Congreso Mundial de la Paz. Y en un minuto de tregua se llegó hasta Brujas con Leonardo Fernández Sánchez, realizando así uno de los anhelos más hondos y sostenidos de su espíritu. Brujas, la muerta, la ciudad silenciosa y romántica que inmortalizó Rodembach en sus versos, debió sentir que un soplo de alegría primigenia la sacudió hasta la entraña al paso de Pablo por sus calles dormidas. De Brujas —cuyo recuerdo crepuscular se le fijó en la retina— fue a Barcelona, vía Francia. Y de la ciudad condal —todavía palpitante de la jornada épica del 19 de julio de 1936— a Valencia y enseguida a Madrid, la urbe simbólica en este amanecer embanderado de esperanzas que estamos viviendo.

Aquel Madrid no era, ciertamente, el Madrid negligente, capitoso y sensual que trascendía, perfumado y rutilante, de las crónicas literarias. Era un Madrid responsable, vigilante, viril, abnegado, heroico: un Madrid en pie de guerra por la independencia nacional de España y por la dignidad humana. Un Madrid cuajado de milicianos vibrantes y de proclamas marciales, de cartelones alusivos a los acontecimientos del frente y de niños huérfanos y mujeres despanzurradas por la artillería fascista y los bombardeos aéreos. Pablo de la Torriente Brau debió sentir ante él —ante ese Madrid— una conmoción visceral.

Como iba en funciones de corresponsal de guerra, se puso inmediatamente a la obra. Su primera gestión periodística fue en el invencible y castigado frente del Guadarrama. Allí, y en plena lucha epopéyica —lucha que sólo tiene par en la historia contem-

poránea con la guerra civil rusa—, conoció y trató al general Julio Mangada, y allí, también, tuvo su bautismo de fuego y polemizó con el enemigo de trincheras a trincheras.

«La tribuna —escribió en crónica escalofriante por lo vívida— fue un parapeto sobre una roca. El escenario, la noche prelunar, densa aún y peligrosa. Mi contrario, un cura guerrillero. El público, los milicianos de la Revolución española y los fascistas insultadores, requetés, falangistas, guardias civiles y militares traidores. Los aplausos, ráfagas de ametralladoras».

Vinieron entonces los días oscuros, difíciles y torturantes de la caída de Toledo y del retroceso paulatino y estremecedor hacia Madrid. Las gavillas uniformadas de Franco, equipadas y nutridas por Alemania, Portugal e Italia, en incontenible ofensiva, irrumpieron una mañana al otro lado del Manzanares, frente a la ciudad misma. Merece registrarse la fecha: 7 de noviembre de 1936. El alto mando fascista anunció esa propia noche por radio que dos días después sus soldados cenarían en la Puerta del Sol. El «no pasarán» miliciano pareció ceder al «pasaremos de todas maneras» rebelde.

En esa coyuntura angustiosa, cuando la caída irremisible y fulminante de Madrid se pregonaba de confin a confin y hasta se festejaba anticipadamente con jerez añejo por el beodo y bigotudo general Queipo de Llano, Pablo de la Torriente Brau se presentó en el Ministerio de la Guerra. Cien mil hombres se habían alistado de una sola vez, en épico arrebató, esa propia mañana. Las mujeres, rifle al hombro y los ojos brillantes, desfilaban por las calles ametralladas, camino del Puente de los Franceses. Cuadrillas de niños contribuían, febrilmente, a reforzar las defensas de la ciudad. Pablo de la Torriente Brau no había nacido para «contemplar el crimen en calma». Ni era honrado pelear con la pluma cuando lo que urgía era enfrentarse decididamente a las balas. Así fue. Pablo de la Torriente Brau arrojó violentamente su pluma —esa pluma suya que deja páginas inmortales— y se alistó en las milicias con el gran pintor español Gabriel García Maroto. Autodenominados comisarios políticos, lo fueron oficialmente después por el ministro de la Guerra, Julio Álvarez del Vayo.

Contra lo que se esperaba, Madrid no cayó. Contra lo que se creía, Madrid resistió a pie firme, con inquebrantable heroísmo, las arremetidas reiteradas del Tercio, los bombardeos aéreos y el diluvio interminable de obuses fascistas. Pablo de la Torriente

Brau —comisario político del batallón comandado por Valentín González, «El Campesino», compuesto por agricultores de Extremadura y Castilla— desafió, en primera fila, como el 30 de septiembre de 1930 las iras cavernarias de los esbirros machadistas del imperialismo yanqui, la metralla mortífera. La valentía, el ímpetu, la abnegación sin tasa del pueblo madrileño desbordaron su admiración siempre alerta para loar lo admirable.

«Aquí —escribe—, en medio de una serie de cosas que serán siempre indescriptibles, ha ocurrido el espectáculo de un pueblo que, en todo momento, ha pensado en la victoria o en la muerte, pero nunca en la rendición. Y esto es digno de que se diga en todo instante para que se sepa lo que un pueblo puede llegar a ser cuando se dispone a no ser esclavo más nunca».

El implacable bombardeo aéreo le arranca las reflexiones siguientes:

«Mentira es todo lo que se ha dicho y escrito y se ha filmado hasta ahora sobre la guerra. Con razón me decía López Rubio en el Castillo del Príncipe que todo lo que había visto y leído no servía para nada junto a la realidad bárbara de la guerra europea. Y aquí pasa lo mismo. Porque debo advertirte que a Madrid no le enseña nada ninguna de las ciudades que fueron castigadas durante la guerra de 1914. Hay barrios enteros destrozados por el cañón y los bombardeos aéreos de la aviación fascista, que ha causado entre las mujeres y los niños madrileños tantas o más víctimas que las que han causado durante toda la guerra. Los incendios nocturnos fueron empleados con gran frecuencia y no han vacilado en bombardear museos, palacios y hospitales. Nada les detiene ante su fracaso. Llegaron a Madrid como en un paseo y después el paseo se les ha convertido en un tormento como el de Tántalo. Porque hace más de quince días que están a la vista de Madrid. Que están más cerca de Madrid, en muchos casos, que los mismos madrileños y, sin embargo, no pueden ni podrán entrar nunca. Y por eso han decidido hacer todo y no han titubeado en declarar que, aunque no ganen, se encargarán de dejar destruida la ciudad y toda España. Y la destruirán, pero no vencerán».

El batallón de «El Campesino» había sido destinado a contener el empuje insurgente en el estratégico sector de la Casa de Campo. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, sus componentes se batieron, valerosamente, con un enemigo más numeroso y mejor pertrechado. Pero todas las acometidas fueron vigorosamente re-

chazadas. Todas las sorpresas frustradas a tiempo. En ese forcejeo desesperado y constante con la muerte, Pablo de la Torriente Brau se encontró aún más a sí mismo, robusteciendo su temple y acisolando su fe revolucionaria. Jamás, ni hablando consigo mismo, el desaliento tiñó su palabra. Jamás dudó de su suerte: estaba convencido, absolutamente convencido, de que saldría intacto de la pugna tremenda.

«Estos ojos míos no pueden cerrarse sin que yo antes cuente las cosas maravillosas y espantables que vieron —decía. De mí —continuaba— no te preocupes. Sigo siendo el hombre afortunado. Y ahora en estos días difíciles de Madrid también estoy teniendo suerte. El pasado no debe asustar. Ni el porvenir tampoco. Estoy seguro, completamente seguro, de que saldré indemne de aquí. Es necesario que yo salga indemne de aquí. Tú sabes que yo todo lo pienso y lo hago con la vista y el pensamiento puesto en la Revolución cubana».

Muy pronto, Pablo de la Torriente Brau fue un comisario político citado, frecuentemente, en la orden del día. No era éste un cargo sin mayor trascendencia. Comisario político no puede serlo cualquiera. Del comisario político dependen, fundamentalmente, la eficiencia, la cohesión y la capacidad ofensiva de las unidades revolucionarias. Un comisario político ha determinado muchas veces, él sólo, el curso de una batalla. A través de él se conecta políticamente el gobierno con las milicias. Es él quien cuida, fomenta y asegura la disciplina que debe regir las tropas populares. Es él quien forja, bajo la metralla o en el descanso eventual, la conciencia política del combatiente. Es él quien se preocupa de que al miliciano no le falte nada, quien le procura educación revolucionaria y le suministra periódicos y libros. Es el primero en el asalto y el último en el repliegue. Es él, en suma, quien carga sobre sus hombros, no sólo la mochila y el rifle, y lleva en sus labios la arenga inflamada y el consejo oportuno, sino la indispensable tarea de convertir la audacia popular, irreflexiva y anárquica, en rigurosa, serena y coordinada capacidad militar. Pablo de la Torriente Brau fue todo eso y más que eso. «Era —ha dicho el periódico *Claridad* comentando su muerte— el comisario que necesitaban los luchadores para conservar su puesto sin vacilar, sin dejarse ganar por titubeos».

Una mañana brumosa de noviembre —brumosa de niebla y del humo ceniciento de las explosiones— el batallón de Valentín

González recibió órdenes de trasladarse a Alcalá de Henares. Allí repondría sus efectivos perdidos y se tomaría un respiro como premio a su combatividad y heroísmo. La jornada había sido, en efecto, durísima. García Maroto estaba gravemente herido: un obús le había cercenado las piernas. Raigorowski, tan conocido y estimado entre nosotros por su participación descollante en la lucha revolucionaria del estudiantado, muerto verticalmente en su puesto. Y centenares de bajas en las filas anónimas. Pero Pablo de la Torriente Brau escapó a la infernal embestida sin el más leve rasguño. Y junto a él, fuertemente apretado a su brazo de hierro, caminaba ahora un muchacho de doce años apenas, que acababa de perder a sus padres y hermanos en un bombardeo aéreo. En lo adelante, ese niño, adoptado por él, sería su amigo mejor y su ayudante de campo.

En Alcalá de Henares lo que menos hizo Pablo de la Torriente Brau fue descansar. Se pasaba el día y muchas veces la noche en reuniones políticas y en viajes de recorrido por las zonas aledañas. No tenía tiempo que perder: el tiempo era poco para ver y ser útil.

«El día 23 de noviembre —escribe— me fui con “El Campesino” a hacer un recorrido por varios pueblos, a enterarnos de varios asuntos. Caminamos más de cuatrocientos kilómetros y sólo nos detuvo la falta de gasolina. Pasamos en la mañana temprano por Loeche y por Arganda. Y después por Morata de Tajuña, que, desde los cerros, lucía cubierta por una neblina que forma el humo de las chimeneas de las casas. Y había mujeres lavando en la fuente y hombres dándole de beber a sus borricos. Pasamos por Chinchón, donde hay un castillo en lo alto. Allí se nos cruzó una caravana de camiones con víveres para Madrid y presencié el espectáculo de cientos de hombres que iban para el trabajo en sus pollinos y sus arados sobre ruedas para no estropear la carretera.

»En Villaconejos había los famosos de ese pueblo. Y después vi, en la mañana clara, el agua azul del Tajo correr por Aranjuez. Iba entre los altos pinos y las hayas corpulentas. Aquel es un pueblo de reyes y de jardines, que tiene los árboles en fila, como enormes granaderos que estuvieran siempre esperando el paso de una majestad para rendirle homenaje. Hoy, al lado de las verjas de hierro, los cuerpos de milicianos que hacen la guardia de carreteras encienden fuego para soportar el frío.

»Después pasamos por Ciruelos y por Yepes, el del buen vino. Y por las huertas de Valdecarábanos, donde hay miserables casitas

empotradas en la piedra de los cerros. Más allá, la estación de Huerta estaba destrozada por el bombardeo de la aviación. En Mora ya no podíamos con el hambre. Y conseguimos un pan caliente y un poco de queso, blanco y fresco como el agua. Mora, de famosos almacenes de vino, tiene dos bellas iglesias antiguas y el tejado viejo está siempre cubierto por una nube de palomas grises. Hay muchachas bonitas que van a la fuente con cántaros como en los dibujos antiguos. Después pasamos por Orgaz, por Senseca y por Mazarrambres, y cuando llegamos a Cuerval, el pueblo contemplaba dos coches blindados que allí estaban, como signo de la guerra. Porque en todo el recorrido no había otra señal de la lucha que el puño de los campesinos en alto para saludarnos al pasar.

»Es curiosa esta guerra. Fuimos bordeando la zona de Toledo, donde todos los días hay combate y por allí había paz, inclusive alegría y hasta alguna abundancia relativa. Los campesinos encargados de las guardias y control de las carreteras, con sus escopetas de caza, eran divertidos. “El Campesino” los ponía en un aprieto, cuando, al pedirnos ellos «la documentación», les decía: “¡Dame primero la tuya!”...

En uno de sus frecuentes viajes a Madrid con «El Campesino», Pablo encontró a Candon, el comandante cubano, y aprovechó la contingencia para examinar los destrozos causados en los últimos días por la aviación extranjera en los lugares más céntricos de la ciudad.

«En la Gran Vía, en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, en la de Sevilla y en muchas más —comenta indignado— los destrozos han sido bárbaros. La potencia de esas bombas es extraordinaria, casi tanta como el encanallamiento de los fascistas. El número de muertos y heridos ha sido espantoso. El depósito de cadáveres ha sido un espectáculo único de imponente. Se puede afirmar que han matado los fascistas más mujeres, viejos y niños, que combatientes. Por fortuna han sido evacuados ya millares de personas, para librarlas de la muerte o la mutilación».

Esa propia noche asistió, en la Comandancia del Quinto Regimiento, a una conferencia de los comisarios políticos en relación con la necesidad inaplazable que confrontaba el gobierno de estructurar un mando militar único.

De vuelta a Alcalá de Henares, descubrió, jubiloso, que en el batallón de «El Campesino» militaba un poeta, Miguel Hernández, incorporado hasta hacía una semana en el cuerpo de zapadores.

«Es un muchacho todavía, pero yo —asegura— lo considero uno de los mejores poetas españoles. Lo he nombrado jefe del Departamento de Cultura y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa. Además planeamos algunos actos de distracción y cultura. Y con él me fui después a visitar algunas cosas famosas de Alcalá. Vi la Hostería del Estudiante, digna de una escena del cine, olorosa a historia y a tiempo viejo; el paraninfo de la Universidad Complutense, que fundó el cardenal Cisneros, con sus artesonados mudéjares y sus paredes platerescas; el bello patio trilingüe, en el que ya hoy no se habla ninguna lengua; la fachada y el patio de la Universidad. Y pasé por frente al archivo, bellissimo, y a las viejas murallas. Luego fui hasta el Henares.

»De Cervantes no hay sino una estatua, obra maestra de ridiculez, y una placa con faltas de ortografía en el lugar donde estuvo su casa».

La última incursión de Pablo de la Torriente Brau a Madrid fue el 14 de diciembre. Pocas veces sufrió la ciudad martirizada y heroica bombardeos tan crueles y sistemáticos como a la sazón. Recojamos sus impresiones de ese día de horror y de gloria.

«Al amanecer de hoy —anota— tuvimos un intenso cañoneo. En las cercanías de las calles de Abascal y de Quevedo se podía ver el aire lleno de humo y del polvo de los edificios que se desplomaron. Las familias abandonaban sus hogares deshechas en llanto, arrastrando a sus hijos con precipitación. Los muertos quedaron atrás. Mas no lejos de ese lugar, cientos de hombres hacían su entrenamiento militar para marchar al frente. Fui después al Cuartel General del Socorro Rojo Internacional, que, temporalmente, y no lejos de allí, se había instalado, pues el bombardeo de que fue blanco el cuartel de la Montaña, lo arrojó de su antiguo local.

»En el Socorro Rojo había, como siempre, cientos de mujeres y de niños que huyendo del cañoneo allí se refugiaban, y fuera había muchos que, descansando sobre montañas de ropa, esperaban una oportunidad para que se les enviara a Barcelona y Valencia. Los chiquillos, al partir en grandes camiones, cantaban alegremente, ondeando sus pequeñas banderas rojas. No se le ocurre a uno pensar que muchos de ellos son ya o van a ser huérfanos. No le entra a uno en la cabeza porque la revolución es madre para todos. Dará a luz, con mayor pérdida de sangre y con

más intensos dolores que cualquier madre, a un pueblo nuevo. Y presiento con honda alegría como será este país andando el tiempo. Me enardece el pensarlo. España será una maravilla; y mientras más dura y cruel sea la guerra, más grandes y rápidos serán los resultados.

»¡Cómo truena la artillería! Vale la pena oírla siquiera una vez en la vida. Parece como una tempestad de truenos y relámpagos en las montañas del Oriente de Cuba. Las fuerzas aéreas fascistas, que han demostrado ser inferiores a las nuestras en combates a corta distancia, parecen no cansarse de cometer actos vandálicos que desafiarían cualquier descripción.

»Anoche mismo, después de un formidable tiroteo que recibieron de nuestros cañones durante la tarde, sus aviones reaparecieron arrojando bombas incendiarias sobre la ciudad. En la oscuridad de la noche hicieron surgir hacia la Casa de Campo el resplandor de los incendios que provocaron. Bombardearon también el Hospital. Su desesperación usa de estos métodos. Cada vez que oigo su artillería más cercana a Madrid, me imagino que la nuestra se acerca más a Sevilla y a Burgos.

»Supongo que la prensa internacional algo habrá dicho de su bestialidad más reciente. Sobre Madrid hicieron descender un paracaídas conteniendo el cuerpo horriblemente mutilado de uno de nuestros aviadores que cayó detrás de sus líneas. Ni aun las tribus caníbales harían cosa semejante. Su barbarismo no es exhibicionista. Por nuestra parte, el general Miaja, jefe de la Junta Delegada de Defensa, acaba de dictar una orden para que sean respetadas las vidas de todos los aviadores fascistas que caigan sobre Madrid».

Ya en el Convento de las Claras, Cuartel General de «El Campesino», en Alcalá de Henares, Pablo remató la crónica iniciada en Madrid, acaso la última que brotara de su pluma magnífica.

«La guerra —confiesa entre asombrado y dolido— lo torna a uno insensible. Anoche iba con «El Campesino» en el auto y recogí el diario de un desertor, al que momentos antes habían ejecutado. Bromeamos con todo desenfado acerca de cómo quedaría su cadáver bajo la noche inclemente y la lluvia helada e interminable.

»Alguna vez fui un hombre de sentimiento y volveré a serlo. Noches pasadas, mientras discutíamos un problema, López, el asistente de Pepe Galán, hizo funcionar el radio del carro. Nos encontrábamos en medio de un campo de batalla a la sazón silencioso, cerca

del enemigo. El receptor transmitía una de las baladas más románticas de Chopin, que muy a menudo había oído en un ambiente distinto por completo: la sala de conciertos. Y mientras aguzaba mi oído para captar el menor de los ruidos enemigos cercanos, recordaba, no sin cierta nostalgia, los tiempos en que la música tenía otros horizontes para mí que el de un himno a la revolución cantado por la tropa en marcha, inarmónica, bronca e intensamente. Y como permaneciera pensando en tiempos idos mientras terminaba la balada de Chopin, López me dijo: ¿le gusta a usted mucho? Recuerdo sus palabras porque la noche siguiente y en la misma carretera desapareció tal vez para siempre. Es probable que alguno de los “destacamentos de sorpresa”, en una rápida escaramuza, le capturara con sus compañeros de viaje».

Aunque la hora aciaga se acerca, aunque ya la muerte lo ronda, Pablo no la presente. El 17 de diciembre «El Campesino» recibió un sobre cerrado: la Junta Delegada de Defensa le ordenaba ponerse en marcha hacia Majadahonda. Antonio Aparicio ha recordado, en sentido artículo, el júbilo que poseyera a Pablo de la Torriente Brau ante la perspectiva de volver de nuevo al frente, de reanudar la lucha contra los invasores de España. La columna se puso inmediatamente en camino. Dos días después, al amanecer del 19, Pablo de la Torriente Brau caería rifle en mano, como había soñado en su vigilia febril, combatiendo por la libertad de España, por la libertad de Cuba, por la libertad del mundo. Poseído de ese impulso tan típicamente suyo, se había lanzado, en el alba rosada y fragante, sobre la trinchera enemiga. Sólo le siguió en el arranque espartano el pionero huérfano, su hijo adoptivo, su amigo mejor y ayudante de campo, para caer, confundida su sangre inocente con la del gran revolucionario, a pocos pasos de éste. Tres días después, sus camaradas, los campesinos de Valentín González, con la radiosa y emocionante visión de su sacrificio como airón de gloria en la bayoneta, como impulsados por una fuerza secreta y arrolladora, como impulsados por el espíritu atlético de Pablo de la Torriente Brau, desalojaron, en un violento cuerpo a cuerpo, la trinchera fascista, recobrando sus ensangrentados despojos.

Lino Novás Calvo, escritor y combatiente, cubano también, ha narrado, con palabras trémulas y viriles, el entierro revolucionario de Pablo de la Torriente Brau. Fue, sin duda, el entierro que él merecía y anhelaba. Un «entierro sin cera, ni flores, ni lágrima,

ni rezos». Junto a su ataúd sencillo, montaron guardia de honor sus compañeros de lucha y un pelotón de marinos. Entre los circunstantes, se hallaba un grupo de escritores y periodistas y un representante de la Junta Delegada de Defensa. Un silencio profundo, roto intermitentemente por cañonazos lejanos, dominaba el ambiente. En lo alto, empezaban a madurar los trigales de estrellas, y en el horizonte cerrado de árboles gigantescos un vago resplandor presagiaba el plateado florecer de la luna. Sobre una colina ornada de cipreses, se alzó de súbito la «figura guerrillera» de «El Campesino». Tenía el puño en alto y el duro perfil temblorosamente recortado en la sombra.

«Camaradas —comenzó diciendo con acento velado—, tan sólo cuatro palabras. Los deberes de la guerra me llaman urgentemente al Ministerio. Y no tengo que decirlos sino que sigáis el ejemplo que nuestro jefe político ha dejado entre nosotros; y que cuando volváis al frente le vengueis con ese ejemplo, acometiendo al enemigo con el valor y con el aliento que le animó a él hasta el fin».

Un largo silencio siguió a estas palabras de «El Campesino». El representante de la Junta Delegada de Defensa avanzó entonces y, abriendo el cristal del féretro, prendió sobre el pecho agujereado de Pablo de la Torriente Brau, en nombre del pueblo español y de su gobierno legítimo, las insignias de capitán de milicia, mientras los puños en alto saludaban, por última vez, el cuerpo inerte del gran luchador. Después se elevaron al cielo, como ofrenda y como himno, los sones de *La Internacional* cantada por los presentes. Una descarga de artillería rubricó el acto solemne. Sobre el ataúd cayó, lenta y dolorosamente, tierra fresca y removida, tierra de España, que él había fecundado con su sangre, tierra que servirá de raíz y sustento a la España nueva, a la España que se está gestando, entre sacrificios supremos y proezas inenarrables, en los campos de Extremadura y en las mesetas de Castilla, en las huertas de Valencia y en las montañas inexpugnables que defienden a Bilbao.

Ahora nos queda su recuerdo y su ejemplo. Nos queda su vida emuladora y dramática, afirmativa y generosa. Nos queda, para mitigar el dolor de su ausencia y exhibirlo como inapreciable trofeo, este recordatorio imperecedero, suscrito por el comisario de cultura de la brigada de «El Campesino»:

«Al frente de los hombres de “El Campesino”, ha caído herido de muerte Pablo de la Torriente Brau, periodista y luchador

americano. Al estallar la sublevación facciosa, al saber al pueblo español en armas, vino a través del Atlántico a nuestro lado y enriqueció la prensa norteamericana con expresivas narraciones de los sucesos que en tierra de España han venido ocurriendo y con su noble defensa de la causa del trabajador. Curtido en las luchas contra la burguesía de su país, con cicatrices y señales de ellas, alentó y educó, incansablemente, a millares de milicias. Aún conserva su cuerpo el dolor de su valentía caída y, aún, y siempre, tendremos tiempo de vengarle».

América, España y el mundo entero de los proletarios han perdido a uno de sus más necesarios defensores.

Nos queda aún más. Nos queda sepultarlo en tierra cubana. Acaso no esté lejano ese día memorable, en que «las palmas serán más altas» y la libertad y la justicia, ya conquistadas, heroica y virilmente como está conquistando las suyas el pueblo español, atenuarán nuestro duelo inconsolable. Entonces llevaremos a Pablo de la Torriente Brau, cantando canciones de vida, a compartir el rumor de los pinos y la ejemplaridad del sacrificio, con Rubén Martínez Villena, con Gabriel Barceló, con Rafael Trejo, con Antonio Guiteras y con las cenizas, todavía insepultas, a la sazón sepultadas, de Julio Antonio Mella.

Folleto publicado en 1937 (pp. 7-46).

Tanto en la paz como en la guerra: libertad e independencia en la guerra fría

Exequias de la buena vecindad

La encendida repulsa que ha suscitado la nueva Ley azucarera aprobada por el Congreso de los Estados Unidos y, particularmente, la cláusula 202 (E), interpolada en aquélla, evidencia, de modo palmario y definitivo, que ya pasaron los tiempos en que se podía disponer de nuestros destinos, como Henry Ford de su corbata. El contraste de esa viril actitud con el silencio ovejuno y la pasividad cómplice de otrora ante idénticos atentados y análogas extorsiones, es sobremanera aleccionador y reconfortante.

Distará aún mucho de haber obtenido lo que quiso, en punto a la sustantiva transformación de la vida pública cubana, el movimiento revolucionario puesto en marcha el 30 de septiembre de 1930; pero, lo que sí está viva, alerta y madura es la conciencia forjada en veinte años de brega por la liberación nacional y social de nuestro país. Antes del movimiento universitario de 1923, ¿dónde están los gobiernos, los partidos políticos, la prensa, los intelectuales y los jóvenes que se alzarán vibrantes contra la soberbia de los césares y los desmanes de sus procónsules? ¿Quiénes, fuera de Manuel Sanguily y Enrique José Varona, dejaron oír su palabra de admonición y combate contra la injerencia extranjera? ¿Qué movimientos colectivos de protesta se produjeron contra el acaparamiento torticero de las tierras, los empréstitos leoninos y el insolente señorío del capital financiero norteamericano? ¿No fue la república hipotecada, por obra de sus gobernantes y mayoriales, sin que la sublevación y la cólera la encrespasen de cabo a cabo? ¿No fue una corajuda manifestación de estudiantes, encabezada por Julio Antonio Mella, la que salvó la dignidad nacional,

en ocasión de serle devuelta a Cuba la Isla de Pinos, que siempre fue nuestra? ¿Y no constituían grupo exiguo, menospreciado y perseguido, los escritores, profesionales y obreros que laboraban oscura y denodadamente por liberarnos del complejo de inferioridad colonial, que nos había convertido en coro sumiso de cipayos, bajo la batuta dócil de moderados, liberales, conservadores y populares?

Ahora, en cambio, es todo el pueblo el que grita, el que se levanta, el que protesta, el que pugna. Ahora son los partidos políticos, los periódicos, los obreros, los intelectuales, la Universidad y hasta algunos que, antaño y hogaño, vivían perennemente curvados ante la embajada yanqui. Y esa es nuestra siembra. Ese es nuestro fruto. Esa es la cosecha de la más gallarda, generosa y valiente de las generaciones republicanas, que tuvo héroes y mártires y no ha plegado aún sus banderas, la generación de Rafael Trejo, Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente Brau.

Las voces discordantes y las sordinas remuneradas no cuentan en este caso. Ni los hermafroditas, ni los eunucos, ni los asalariados tienen arte ni parte en las másculas determinaciones de los pueblos. En coyunturas como ésta, en que se juega la existencia misma de la nacionalidad y la república, lo único que cuenta es la varonía, el decoro y el patriotismo. A los discrepantes, a los vendidos, a los traidores y a los cobardes, se les desprecia o se les empala. José Martí jamás contó, para luchar por la independencia de Cuba, ni con los anexionistas, ni con los autonomistas, ni con los voluntarios, ni con los guerrilleros. La revolución tenía que venir limpia desde su raíz.

No hay que hacerse ilusiones. La política de buena vecindad ha concluido. Mejor dicho. Franklin Delano Roosevelt, el de más clara visión y ancho espíritu de todas las épocas, se la llevó consigo a la tumba. Yace, en Hyde Park, desde 1945, bajo un mármol severo y una corona de laurel. El gran sueño bolivariano de una América libre y unida, que el egregio estadista intentó realizar, es sólo el bello recuerdo de una esperanza trunca. El Partido Republicano, el más desenfrenado campeón del imperialismo de que se tiene data, ya había empezado a regir, solapadamente, el gobierno de Washington, antes de que Harry Truman —un demócrata de rampante perspectiva— asumiera la presidencia de la república. Ya Roosevelt, en su última campaña electoral, se vio compelido a declarar superado el *New Deal* y a ofrecer un progra-

ma que satisficiera la creciente exigencia de las grandes empresas y monopolios, adversarios acérrimos de sus reformas económicas y sociales y de su política de buena vecindad. Se explica. ¿No les proporcionaba acaso fabulosas ganancias la guerra por las cuatro libertades y no habían recobrado, a la sombra jugosa de la unidad nacional, su antigua posición de monarcas de la economía y de dictadores del *State Department*, transitoriamente perdida? Bajo la presión incontrastable de esas fuerzas, el país que había proclamado la Carta del Atlántico y suscrito el Acta de Chapultepec,³⁸ iba, inexorablemente, a la dominación imperial en disputa abierta con el leviatán soviético. Truman sería el plegadizo ejecutor de esa política. Las consecuencias están a la vista: reducción progresiva de las libertades civiles, represión draconiana del movimiento obrero, purga de los funcionarios adictos al *New Deal*, armamentismo desenfrenado, intervención abierta en Europa y Asia, sometimiento compulsivo de la América hispana. Cortina de oro contra cortina de hierro.

Mayor embaucamiento —si se exceptúan el «milenio» nazi y el «paraíso» comunista— no conoce la historia. El gobierno que prometió solemnemente al mundo una nueva era de paz, libertad y prosperidad, rivaliza hoy con Rusia en su afán desorbitado de control económico y sojuzgamiento político. Y, ya se sabe, por reciente y monstruosa experiencia, la resultante de ese proceso. La política de poder, a la altura de nuestro tiempo, desemboca, fatalmente, en el fascismo y en la guerra por la hegemonía mundial, aunque se invoque la democracia, la libertad y la justicia y el socialismo totalitario de Stalin esté en frente. No sería la primera vez que, al calor de una deslumbrante retórica, germinara, paradójicamente, la más tenebrosa esclavitud.

¿Era esa, en verdad, la misión redentora que se habían asignado los Estados Unidos por boca de Franklin Delano Roosevelt? ¿Para eso sacrificó ese gran pueblo la flor de sus hijos mejores?

La nueva Ley azucarera, y la cláusula 202 (E) que incluye, es signo inequívoco de ese alarmante proceso. No sólo entraña un

³⁸ Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial (1945), los países miembros de la Unión Panamericana, reunidos en la Conferencia Interamericana sobre los Problemas de la Guerra y la Paz (Conferencia de Chapultepec), acordaron aplicar una política de mutua defensa y solidaridad frente a posibles agresiones. Ya en la posguerra (1947), y en cumplimiento de una disposición del Acta, se firma el ya mencionado Tratado de Río de Janeiro. (N. del E.)

Guerra y posguerra

desconocimiento intolerable de la valiosa contribución de Cuba al titánico esfuerzo de guerra de los Estados Unidos, sino que pone nuestros destinos a merced de politicastros y de mercaderes sin escrúpulos. Nos lanza a la ruina y nos reduce a la subalterna y humillante condición de factoría con himno y bandera. Nos agrede y nos insulta. Significa, a todas luces, la vuelta descocada a la interpretación unilateral de la doctrina de Monroe, al vasallaje de la Enmienda Platt, a la diplomacia del *dollar* y a la política del *big stick*. Una ley, en suma, de típica factura imperialista, que se presta a la coacción económica y al chantaje político; y que se alza, como siniestro dogal, en el camino de nuestro desarrollo independiente y de nuestra libre determinación. Ni siquiera el alevoso agresor de Pearl Harbor ha merecido semejante tratamiento.

El gobierno de Ramón Grau San Martín está obligado a impedir que esa ley ominosa sea definitivamente aprobada. No está solo en esa lucha. En los propios Estados Unidos, el movimiento obrero, los núcleos liberales, los elementos progresistas del Partido Demócrata, la juventud universitaria y la prensa más avizora y responsable se han pronunciado, severamente, contra ella. Y, en el Senado de la Unión, cuarenta votos en contra reivindicaron el prestigio del cuerpo, hollado por los cuarenta y dos a favor. Aún no la ha sancionado el presidente Truman. Y tiene, junto a sí, al pueblo entero de Cuba, presto a caer de pie antes que vivir genuflexo y comer de limosna. Ahora es cuando hay que dar la batalla. Aquí y en Washington, en las Naciones Unidas y en la Conferencia de Río de Janeiro. Y, como primera medida, William Belt debe ser cesanteado.

Roosevelt definió al buen vecino como «aquél que se respeta a sí mismo y que, por consiguiente, respeta también los derechos de los demás y la santidad de sus convenios con los otros Estados que considera vecinos». Si la política de buena vecindad ha sido ya abandonada y desconocido radicalmente el sistema jurídico interamericano, recojamos el reto y demostremos, a la faz de la Tierra, que «los vecinos son ellos, y los buenos, nosotros».

Fecha por Roa: 2 de agosto de 1947. Compilado primero en y tomado de *15 años después*, pp. 30-34.

Si todavía el eje totalitario dará mucho que hacer a las Naciones Unidas, puede ya afirmarse, sin embargo, que la guerra ha entrado en la fase crítica que precede al desenlace. No precisa ser un estratega para percatarse de ello. Basta, meramente, estar impuesto del curso de las operaciones militares.

Los continuados reveses de los nipones en el Pacífico, la obstinada resistencia china, el formidable empuje soviético y la progresiva transformación de los acontecimientos en el frente de Túnez, indican, a todas luces, que la correlación de fuerzas está cambiando en favor de la causa democrática. La estrella parda del fascismo empieza ya a palidecer. No tardará en apagarse. El «invencible» ejército alemán, forjado para el dominio imperial del planeta, habrá concluido su meteórica carrera de barbarie ante los ejércitos vencedores de Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética, apoyados, en la ofensiva final, por las poblaciones sublevadas de los países invadidos. Esta vez, si el nacionalsocialismo no es arrojado del poder por una revolución popular, o la victoria se obtiene como fruto de una rendición negociada que incluya a los Quisling, a los Pétain, a los Franco y a los generales de la Reichswehr, Alemania perderá la guerra en el campo de batalla.

Ni que decir tiene que la destrucción total del poderío bélico nazi constituye la premisa indispensable para la total liquidación del sistema de relaciones sociales que engendró su nacimiento y desarrollo. No bastará, empero, la pura derrota militar del fascismo para impedir su reproducción y considerar la guerra ganada desde el punto de vista de los pueblos. Mucho menos, si el triunfo se alcanzara como hedionda secuela de un concierto de tipo munichista. No siempre una victoria militar conlleva una posguerra justificativa de la sangre derramada y de los bienes materiales y valores culturales destruidos. La historia está repleta de guerras ganadas por los Estados Mayores y las clases dirigentes y perdidas por los pueblos. Todas las guerras de conquista que en el mundo han sido no muestran distinto resultado.

Ganar la guerra, en el sentido que adjudico al término, significa haber ganado también la paz, haber hecho la guerra por algo justo y para algo socialmente fecundo, levantado y humano. No hay otra alternativa. Si la guerra se hace con fines de predominio,

la posguerra, por imperativo dialéctico de los factores en juego, será, no puede ser sino la consagración del despojo y el germen de nuevos y más sangrientos conflictos. En otras palabras: lo que la posguerra sea viene dado, ineludiblemente, por la naturaleza y objetivos de la guerra, por ir ésta enderezada a impedir o desatar su continuación ulterior por otros medios.

La guerra promovida por el fascismo es una guerra típicamente sojuzgadora y encaminada, en consecuencia, a establecer una paz armada que garantice su hegemonía mundial. Ahora bien, ¿están haciendo las Naciones Unidas una contraguerra al fascismo para exterminarlo radicalmente, una guerra para acabar con la guerra e instaurar una paz efectiva y perdurable, que viabilice el libre desenvolvimiento de todos los pueblos, la seguridad internacional y la oportunidad de todos los hombres a una vida decorosa sin discriminaciones de ningún linaje? ¿Alientan esa suprema aspiración los que participan en ella? ¿Es, asimismo, compartido ese anhelo por los gobiernos y la alta burguesía de las Naciones Unidas? ¿Existe, a este respecto, una real unidad de pensamiento y de acción?

En cuanto a los pueblos concierne, no cabe duda de que su primordial apetencia es destruir las bases sociales y económicas del fascismo y establecer una paz basada en la autodeterminación, en la justicia y en la libertad. Si en sus manos estuviera exclusivamente la decisión, no sería otro su objetivo. A juzgar por sus dichos, esa es también la apetencia de los gobiernos y de las clases sociales acomodadas, cuyo influjo en la política de guerra y en la política de paz sigue siendo determinante.

Bueno es no olvidar, en estos momentos, que las palabras se vacían de sentido y pierden su validez cuando son contradichas por los hechos. ¿Cómo explicar, en efecto, la cotidiana postulación de una guerra liberadora y de una posguerra sin violencia, sin miseria y sin opresores ni oprimidos con esa deletérea «doctrina» por ahí circulante de que lo que únicamente importa es derrotar al enemigo, prescindiendo de los medios y de los modos para lograrlo? ¿Es que puede compaginarse la oferta de un mundo nuevo con la legitimación de Darlan, con los manejos de Murphy y con la turbia política seguida por Franco, personero insolente de un orden social fundado en la injusticia, en la opresión y en el entreguismo?

Debería rechazarse, mientras no se demuestre lo contrario, que esa ponzoñosa «doctrina» tenga cabida en los líderes de las Naciones Unidas. Pero cabe presumir, en virtud de recientes pronunciamientos de figuras responsables de Inglaterra y Estados Unidos, que esta concepción fascista de la guerra y de la paz tiene hondos raigambres en los círculos reaccionarios de ambas naciones y representa, por encima de eventuales posturas, su genuino punto de vista. Es también el punto de vista de los que en Cuba lucran y se enriquecen, con la bandera democrática en alto, a expensas del «sudor, de las lágrimas y de la sangre» de quienes están ofrendándolo todo por el advenimiento de un régimen social que excluya a los demagogos, a los traficantes de armamentos y a los expoliadores de pueblos, de quienes luchan, en suma, por impedir, con su sacrificio, una tercera guerra mundial. La súbita llegada de Anthony Eden a Washington parece obedecer a la angustiada inquietud que socava hoy el pecho de todo combatiente y de todo antifascista. Son ya muchos los que se plantean esta dramática interrogación: ¿están realmente unidas en la guerra y para la paz las Naciones Unidas?

El sesgo que ha tomado, últimamente, el aspecto político de la guerra, demuestra, sin duda, que si ganar la paz es el objetivo céntrico de los pueblos, sólo podrá ésta ganarse si desde ahora se pugna por su alumbramiento, si desde ahora se conduce la guerra a su efectiva corporización y disfrute. Nada se da en la historia por intervención del Espíritu Santo. Incluso uno mismo, como individuo, es lo que hace. Estas verdades, de tan sobadas, suelen olvidarse a menudo. Y, a menudo también, escamotearse interesadamente. Nunca, por eso, se insistirá demasiado recordándolas. Y nunca tan necesario reiterarlas como ahora.

La historia no se hace, ni se ha hecho jamás, por sí misma. Es el hombre quien la hace y, a su vez, es hecho por ella. Ni los filósofos del Iluminismo, ni los economistas panglossianos de Manchester entendieron sus mecanismos internos. La humanidad fluye hacia la libertad, la justicia y el progreso si se empuja a sí propia a su conquista; pero, también puede refluir, a pesar suyo, hacia la injusticia, la opresión y el retraso.

La seductora teoría del progreso indefinido, del mundo marchando automáticamente en línea recta a la plenitud de su perfección, se da de trompicones con la realidad. El proceso histórico es la resultante necesaria de ascensos y descensos, de equilibrios y

desequilibrios, de acciones y de reacciones, en una espiral sin término prefijado. No suele siempre avanzarse. Ni siempre se alcanza lo que se quiere. A la dinámica de las fuerzas creadoras, se contraponen, permanentemente, la estática de los elementos cosificados, la activa resistencia de las relaciones, intereses y formas cristalizadas. Hace ya un siglo lo vio, con singular acuidad, el vituperado Augusto Comte. Más tarde, lo habría de ratificar la interpretación materialista de la historia. Y luego lo confirmaría, mil veces, el curso mismo del desarrollo social. Sobre todo, este tormentoso tiempo nuestro, en que se entrecruzan caminos que se excluyen. Testigos y actores somos de este magno duelo entre dos mundos embestidos. Feneciente, uno. En trance de parto, el otro.

No resulta ocioso advertir que el parto sin partero es ajeno a la historia. Y un retraso de aquél, una vacilación o un desmayo, pueden transformar la epifanía en apocalipsis. Si queremos un mundo genuinamente libre, regido por el poder de la justicia y la autoridad del amor, hay que ganar la guerra y la posguerra.

Fecha por Roa: 16 de marzo de 1943. Compilado primero en *15 años después*. Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 105-108.

El soldado inglés y la posguerra

El problema de la reconstrucción social del futuro parece haber entrado en el ámbito de las preocupaciones cardinales de la población civil de las Naciones Unidas. Sumamente interesante sería pulsar las ideas que albergan al respecto los que lidian la guerra en los frentes de batalla. Sabemos ya lo que piensan las figuras responsables de Inglaterra, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en relación con el deber ser de la convivencia humana en la etapa subsiguiente al ciclo bélico. El plan de seguridad social elaborado por Sir William Beveridge resume en buena medida, a mi juicio, lo menos que el pueblo inglés aguarda de la paz. La cálida adhesión prestada al mismo por el Partido Laborista —órgano auténtico del proletariado británico y punto de arranque de toda política progresista en Gran Bretaña— verifica cumplidamente el aserto. Incluso el ágil semanario *Tribune*, portavoz de la izquierda laborista, ha

asumido una actitud positiva ante el plan Beveridge. Sabemos, asimismo, a lo que aspiran y quieren los espíritus más alertas de la inteligencia inglesa. Como sabemos también lo que quieren y a lo que aspiran los magnates de la *City*, los viejos conservadores de peluca empolvada, los proyectos liberales de casaca y espadín y los munichistas del *Cliveden Set*. Acontece lo propio en lo que a Estados Unidos concierne.

Lo que no sabemos a fondo es lo que alientan y esperan los que llevan directamente sobre sus hombros el peso de la guerra. ¿Son meras tuercas que obedecen mecánicamente las órdenes del supremo comando como los soldados de las potencias totalitarias, o anidan en sus cabezas criterios propios sobre la razón de su faena y de los objetivos que conlleva una guerra popular contra el fascismo? ¿Son puros títeres, o conservan intacta su capacidad de discernimiento? Resulta, en verdad, difícil precisarlo. Si en condiciones de guerra es tarea hartamente compleja un libre sondeo de la opinión civil, mucho más lo es tratándose de un ejército, inaccesible por naturaleza a pruebas de este tipo. Algo puede, sin embargo, vislumbrarse en la reciente experiencia realizada por Harold J. Laski, profesor de ciencia política en la Universidad de Londres y uno de los más sagaces teóricos del Estado moderno.

En una conferencia pronunciada por Laski ante un denso auditorio de soldados británicos sobre los problemas de la reconstrucción social, hubo de advertir alborozado que a éstos les interesaban tanto dichos problemas como la inmediata derrota militar del fascismo. Se mostraron todos inequívocamente convencidos del destino final de los ejércitos de Hitler, Mussolini e Hirohito. Muchos se manifestaron, en cambio, inquietos respecto «al empleo que se hará de esa victoria». El recuerdo de la decepción de sus padres hace un cuarto de siglo ensombrecía su horizonte mental y entibiaba su confianza; pero se pronunciaron unánimemente dispuestos a impedir que la historia se repita.

Esta postura parece estar fuertemente enraizada, al decir de Laski, en la base de todos los cuerpos armados del país. «Nuestros combatientes —escribe— dieron a las Naciones Unidas todas las oportunidades necesarias para que la paz futura cumpla estos anhelos; pero si no ven claramente que se lograrán tales finalidades, las fuerzas inmensas que trabajan en este momento en Gran Bretaña explotarán con tal violencia que su poder se hará sentir en el mundo entero. Ni siquiera la popularidad de

Churchill podrá frenar la potencia dinámica de la desilusión de estos elementos».

Es opinión igualmente dominante en los cuerpos armados británicos que Estados Unidos debe superar su aislacionismo internacional y batir sin tardanza los reductos aislacionistas de su política interior por constituir la palanca de los intereses imperialistas que siguen operando en la sombra. Los soldados interrogados por Laski, acerca de esta vital cuestión, se produjeron cerradamente partidarios de una intervención responsable de Estados Unidos en la organización de un orden mundial fundado en la autodeterminación nacional, en la democracia representativa, en la justicia social y en la paz. Si esto no se lograra, si «los intereses creados, económicos o políticos, intentaran atrasar el reloj de la historia, la derrota del hitlerismo traería una crisis de tal magnitud que todas las palabras son pálidas para describirla».

Duda el profesor Laski que el soldado británico pueda explicarse lúcidamente la lógica inevitable de los acontecimientos; pero juzga indiscutible que posee una fina y clara intuición de que su futuro depende de la amplitud y rapidez con que los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas comiencen a planear el mundo de la posguerra. Sabe, por otra parte —añade—, que «el futuro ya vive entre nosotros, que se decide día por día por lo que los gobiernos acuerdan a cada instante, y que las decisiones que no promueven el interés común tendrán malas consecuencias durante la próxima década. Los hombres de negocios y los publicistas que sueñan con un mágico retorno al simple sistema natural de Adam Smith votan por un mundo sin perspectivas de paz».

Desgraciadamente esta óptica obsoleta es la que prepondera todavía en determinados círculos dirigentes de la guerra, como si al compás de su desarrollo no se estuviese transformando la estructura de la sociedad industrial. El propio fascismo representa un vuelco reaccionario de las relaciones internas del régimen capitalista sobre una base aún más concentrada, absorbente y explosiva. El gran problema de la democracia consiste, precisamente, en trascender las condiciones económicas que han impedido su real vigencia. Los derechos subjetivos —constelación jurídico-política que denominamos genéricamente libertad— no pueden ejercitarse dentro de una urdimbre de relaciones e intereses que le dan validez eterna a un sistema patrimonial que cons-

tituye un valladar infranqueable a la expansión horizontal de la riqueza socialmente producida. La doctrina individualista, liberal o clásica de la convivencia jamás ha podido replicar, fundamentalmente, a esta objeción; siempre ha tenido que salirse por la escalera de fuego de las leyes naturales, como si el proceso histórico no tuviera las suyas propias dimanantes de su flujo irreversible.

Los teóricos del liberalismo económico presentaron la democracia como sistema político correspondiente, ligándolo a los dogmas de la libre explotación de las masas. Se confundieron e identificaron las cosas y el hombre, el patrimonio y la libertad, el problema técnico de la distribución de la riqueza y el problema ético de la dignidad humana. La rectificación de la democracia tiene que empezar por establecer ese distinguo en la teoría y en la práctica. No seguir confundiendo e identificando, como hasta ahora han venido haciendo muchos de sus expositores y líderes, los derechos subjetivos, imprescriptibles e inalienables, con los derechos patrimoniales, objetivos e históricos. Conciernen aquéllos a la libertad, a la personalidad humana; se refieren éstos a los bienes, a la vida material. Los problemas que atañen a la personalidad humana sólo pueden resolverse, en consecuencia, «con el hallazgo y establecimiento de una estructura social más justa, que permita reducir la cuestión a sus verdaderos términos de simple tecnicismo económico aplicado a las necesidades y aun a las conveniencias de la comunidad». Los derechos patrimoniales no pueden seguir señoreando omnímodamente sobre los intereses sociales e individuales; tienen que ponerse en función colectiva, ya que, de otra suerte, estarían en pugna con el progreso material y espiritual de la sociedad e impedirían el pleno desarrollo de la personalidad humana, la creación y el ensueño.

No otra es la concepción de la democracia de los soldados ingleses interrogados por Laski. Libertad, sí; pero no la libertad fantasmal del *laissez faire*, traducida, en la práctica, en un dejar hacer para los que poseen y en un dejar pasar para los que trabajan. Libertad como «conciencia de necesidad». Libertad, para decirlo con Graham Wallas, como «la oportunidad de una iniciativa continuada», sin más límites que la evolución ascendente de la sociedad y el perenne refloreamiento del espíritu humano.

La lección deducida por Harold J. Laski de esta memorable experiencia es reconfortadora y terminante. «Ahora —concluye— es el momento de organizar las condiciones de un mundo mejor,

porque así daremos a los ejércitos de la democracia el arma suprema de la esperanza y evitaremos que las fuerzas de regresión, que basan sus proyectos sobre nuestra fatiga, aprovechen nuestras diferencias para alcanzar siniestras ventajas».

Los hombres que a pie firme y a pecho descubierto resistieron la brutal acometida nazi, impidiendo con su abnegación y heroísmo el establecimiento universal de la barbarie tecnificada, no quieren, pues, ser indignos de su hazaña: una nueva aurora despunta en la vieja Inglaterra, redimiéndola en parte de sus grandes pecados contra la libertad y la democracia.

Publicado en *El Mundo* el 6 de septiembre de 1944. Compilado primero en y tomado de *Viento sur*, pp. 25-28.

Aliados por conveniencia

La vida como servidumbre es hoy el rasgo predominante de muchas de las «repúblicas dolorosas» de nuestra América. El despotismo político se ha enseñoreado incluso de países otrora ensalzados por el respeto de sus conductores a las instituciones democráticas. Millones de hombres y mujeres están «viviendo» sometidos, por una parte, a un sistema depauperante de subconsumo, y a merced, por la otra, de autócratas, camarillas u oligarquías que, habiéndose adueñado del poder por la violencia, el soborno o el fraude, detentan sus destinos mediante expedientes y métodos que muy poco difieren de los empleados por los fascistas, los nazis y los falangistas.

No empece ello, sin embargo, para que sus untuosos y gárrulos heraldos en los organismos internacionales estén siempre prestos a encarecer las bondades de la democracia, a rendirle pleitesía a la *Declaración de los Derechos del Hombre* y a denunciar «los horrores del comunismo», sin que la tarifada abominación suscite la más leve reprimenda. La enajenación por empresas extranjeras de los recursos fundamentales para el desarrollo económico nacional es, por lo común, el trasfondo de ese vasto y hondo drama.

Durante largo tiempo, y especialmente a partir del estallido de la guerra fría, los rectores del gobierno norteamericano han considerado que era preferible promover, apañar y proteger a los

regímenes de fuerza en este hemisferio, por entender, con crudo pragmatismo, que su absoluta carencia de base popular los plegaría dócilmente, a cambio de proporcionarles armas y respaldo moral, a las exigencias de su estrategia internacional y a los reclamos de sus inversionistas. Dura experiencia y amargo desengaño ha sido el balance de esta imprevisora y vidriosa política. Esa retaguardia de naciones oprimidas y esquilmas por gobernantes que predicán lo contrario de lo que practican, es, precisamente, el talón de Aquiles del sedicente mundo libre.

El cambio operado al respecto, aunque todavía sin dimensión de profundidad, es tan ostensible que los más impenitentes alabarderos de algunos dictadores hispanoamericanos han empezado a tronar, con furia jupiterina, contra una injerencia que hasta ahora auspiciaron, y a motejar de traidores a quienes jamás la admitieron y sólo se contraen, ya a sacar de su engaño al pueblo norteamericano, ora a demandar de su gobierno que, en estricto cumplimiento de principios y convenios internacionales, deje de otorgarles su respaldo y apoyo a quienes jamás tuvieron los de sus pueblos.

Ya la gente más avisada y sensible de las organizaciones democráticas de Estados Unidos se está percatando de que esos aliados por conveniencia constituyen peligrosa rémora y tremendo baldón. No es concebible lógicamente que pueblos vejados, perseguidos y hambreados por aspirar al pleno ejercicio de sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales se dispongan a morir por la esclavitud propia y la dominación ajena. Una colectividad puede ser capaz de jugarse, a cara o cruz, su albedrío y decoro. No se precisa apelar a ejemplos históricos. Sobran allá, acullá y aquí, vivos y admirables. Es harto problemático, por no decir imposible, que arriesgue voluntariamente una uña en holocausto de los mismos grilletes que la atormentan y humillan. Cosa tan elemental, sobada y sabida, suele olvidarse, a menudo, y de ahí ese grotesco espectáculo que mil veces se ha visto: dictadores con gorros frigos y gorros frigos haciéndoles el juego a los dictadores.

Hay, sin duda, síntomas reconfortantes. Justamente esos que encolerizan a quienes, con tal de mantenerse en el usufructo del mando, entregan, a la par, autodeterminación y riqueza, sin parar mientes en sus funestas consecuencias. Mientras gozan de luz verde les importa un comino que manos intrusas rijan los asuntos internos de nuestras patrias; y, no sólo alquilan periódicos y periodistas extranjeros para embaucar a diestra y siniestra, y cuando

les conviene no sólo se enfurruñan temporalmente con sus congéneres del vecindario, sino que hasta utilizan los proscenios mundiales para montar retóricas indignaciones. La injerencia, en este caso, es válida en la medida que aproveche a sus fines.

En cuanto se rompe el embeleco, y hay periódicos y periodistas que les salen al paso a las patrañas remuneradas, el injerencismo se trasmuta, de palanca de Arquímedes, en *inri* ignominioso para los adversarios. Y así resulta, peregrinamente, que son los injerencistas los que nunca lo fueron por cubanos y amigos sinceros del pueblo norteamericano, y son antinjercistas los que fatigan la zalema y la dádiva con menosprecio de la soberanía y dignidad nacionales.

Eso hicieron Trujillo y Rojas Pinilla. Antes lo hizo Machado. Y no sería raro que alguno de sus imitadores llamara en su apoyo, ya en pataleo final, y en defensa de cuanto mancillara, a sus adversarios más recalitrantes.

Para eso, y para cosas peores, hay que estar apercebidos en esta América nuestra que, nacida de la libertad, como de la raíz el fruto, se resiste heroicamente a ser «feudo» ni «capellanía» de nadie.

Fechado por Roa: 19 de octubre de 1955. Compilado primero en y tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 158-160.

La Conferencia de Bandung

La Conferencia de Bandung proyecta un haz de luz sobre la posición de los pueblos asiáticos y africanos en sus relaciones con Occidente. Sus acuerdos son asaz explícitos para llamarse a engaño. El ciclo de las dominaciones imperiales parece entrar en su ocaso. No por otra razón asume tan agrios y sombríos caracteres la actual pugna de poderes. Asia y África —renaciente aquélla de su letargo de siglos, naciente ésta a la vida propiamente histórica— han adquirido plena conciencia de su destino y de la coyuntura en que precisa encararlo. Insurgen a la palestra con una perspectiva ecuménica y con un acento preñado de resonancias humanas.

En esta su universal proyección estriba, precisamente, la significación y el alcance de la Conferencia de Bandung. Su mensaje de paz, unidad, libertad y cooperación trasciende las concepciones excluyentes que hoy dividen, azuzan o enconan el mundo,

poniendo incluso en peligro la sobrevivencia de la especie. Los pueblos asiáticos y africanos han sufrido en propia carne las consecuencias de la política de los compartimientos estancos y de las esferas de influencia. Saben que la independencia absoluta es imposible en una estructura internacional interdependiente; pero tampoco olvidan lo que entraña la dependencia. De ahí que hayan afirmado su soberanía y su personalidad, como un acto de aproximación y simpatía a todos los Estados dispuestos a reconocer su derecho y su aspiración a vivir, libre y decorosamente, en la comunidad jurídica internacional. «La única vía que conduce a la paz —sostuvo un hindú— es el respeto recíproco mediante la superación racional de las diferencias y particularidades en la identidad fundamental de todos los hombres. El sojuzgamiento, la discriminación y el odio son fuentes de temores, discordias, revoluciones y guerras». Peregrina ocurrencia, sin duda, esa de que sean pueblos «paganos» los que renueven y expandan el ideal de igualdad y fraternidad del cristianismo primitivo.

La ausencia de Occidente en la Conferencia de Bandung ha sido puramente formal. Su presencia gravitó, de manera ostensible, en sus deliberaciones y postulados. Pero no sólo porque hubiera allí representantes de países que mantienen vínculos y compromisos con Estados Unidos, Inglaterra y Francia, o formen parte del sistema estratégico de defensa occidental contra la agresión comunista en Asia y África. Se debió, sobre todo, a que Occidente, incluyendo en este caso a Rusia, ha sido, y sigue siendo, el centro del poder colonial en Oriente y, a la par, monopoliza los secretos de la sumisión, de la devastación y de la muerte en masa, ya sufridas por un pueblo asiático.

Fue contra esos métodos de sujeción y exterminio —resultantes de una patológica acumulación de poder que tiende inexorablemente a la hegemonía— que se irguieron los pueblos reunidos en Indonesia. Eso explica su simultánea condena de todos los imperialismos y de la fabricación, experimentación y uso de las armas termonucleares. Y, asimismo, su cálida adhesión, a despecho de los rezongos de Chu En-lai, a la Carta de las Naciones Unidas y a la *Declaración de los Derechos Humanos*, piedras angulares, si su vigencia se universaliza e instrumenta, de la convivencia pacífica, de la cooperación internacional y del gobierno por consentimiento. Consecuencia de esa adhesión, fue el expreso repudio de las formas totalitarias de organización política y social y la dramática

exhortación a la reducción de armamentos y a la aplicación de la energía atómica en beneficio de la humanidad. Nada se quedó en las gargantas. El texto de la declaración final contiene una corajuda advertencia a Occidente. No habrá paz, ni puede haberla, sin libertad política, desarrollo económico, respeto a las creencias, igualdad racial, acceso a la cultura y bienestar social para todos los pueblos. Ni habrá sosiego espiritual, ni puede haberlo, mientras penda la amenaza de una guerra total.

En la Conferencia de Bandung, Rusia intentó arrimar su sardina a la brasa a través de la China roja y sus satélites; pero no fue menos claro y enérgico el alto al imperialismo soviético y a los planes expansionistas de Mao Tse-Tung. Para los pueblos asiáticos y africanos, el coloniaje es tan abominable bajo el signo de Occidente como bajo el signo de Oriente.

Las naciones «inferiores» y «atrasadas» de Asia y África acaban de darle una severa lección a las naciones que se precian de «superiores» y «progresistas». La libertad, la justicia y la cultura han hablado por ellas. No se equivocó el Vaticano al saludar, jubilosamente, los pronunciamientos de la Conferencia de Bandung. Milagros de la fuerza moral.

Sin fecha. [La Conferencia de Bandung se realizó en abril de 1955.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 93-95.

La agonía de Gandhi

El ayuno voluntario iniciado por Mohandas K. Gandhi presagia concluir trágicamente. Empobrecido su endeble organismo por los años y por el constante bregar de estos últimos tiempos, ofrendados a la independencia de su pueblo, el Mahatma hindú se extingue lentamente, sobre una humilde estera, en el fúlgido palacio de Aga Kan. Aún conserva la mente lúcida y el espíritu en pie; mas, el corazón fatigado parece ya a punto de traicionarle.

No es ésta la primera vez que el ardiente apóstol de la *satyagraha*,³⁹ que «el hombrecito débil, de cara flaca, con grandes orejas

³⁹ Gandhi consideraba inadecuados los términos «resistencia pasiva» y «desobediencia civil» para definir su método de lucha, al que prefirió llamar *satyagraha*, que en sánscrito significa «abrazo de la verdad». (N. del E.)

separadas, vestido con ruda tela blanca, desnudos los pies e incansable en el trabajo» —según la plástica versión de Romain Rolland—, apela al extremo recurso de la huelga de alimentos; pero, nunca en circunstancias tan dramáticas, ni con exigencias tan definitivas. Su pueblo espía, con un nudo en la garganta, las más leves señales de su estado y levanta su trémulo ruego al cielo indiferente.

Hasta nosotros sólo llegan las escuetas noticias de las agencias controladas. Resulta fácil captar, sin embargo, entre líneas, la honda inquietud que su creciente gravedad suscita en los centros responsables de las Naciones Unidas. Ninguna derrota sería más terrible, para éstas, que el holocausto de Gandhi por los mismos principios que declaran defender. ¡Macabra burla, en verdad, la de su recuerdo macerado para quienes están despilfarrando generosamente la vida por el advenimiento de un mundo libre y justo!

La debilidad de Gandhi se agudiza por minutos. Sus médicos desesperan ya de salvarlo. Los líderes del movimiento encabezado por Gandhi y figuras representativas de los partidos políticos y grupos significados de la India se han dirigido, en patética apelación, al virrey, al gobierno británico y al enviado especial del presidente Roosevelt. El primero ha respondido, altaneramente, con un libro blanco, en que se acusa a Gandhi de haber desatado un movimiento sedicioso contra la dominación inglesa, y se niega, en consecuencia, a ponerlo en libertad sin condiciones. El gobierno británico y el enviado especial de Roosevelt han dado, hasta ahora, la callada por respuesta. Ni siquiera los intelectuales de uno y otro país han demandado la suspensión de su arresto, como si la libertad de Gandhi y la independencia de la India no formaran parte del esfuerzo de guerra contra la potencia del eje totalitario. Los intelectuales cubanos, que no pierden coyuntura para calzar un papel público de protesta, tampoco han dejado oír su condenación.

Sobremana sospechoso parece este silencio. Demuestra, por lo pronto, que la mayoría de nuestros escritores y artistas se mueven por control remoto. ¿Es que no pueden adoptar postura alguna que no venga previamente certificada?

Justísima la protesta por la aprehensión de cualquier comunista, nacionalista revolucionario o luchador por el mejoramiento de su patria. Se trata de actos de típica factura autoritaria. Pero, ¿acaso el arresto de Gandhi es una expresión genuina del espíritu democrático? ¿O es, por el contrario, un acto de pareja filiación

que los anteriores? No inspiran a los antifascistas motivos más nobles que a Gandhi: el afán de éste es la absoluta independencia de la India como condición previa a su efectiva y plena incorporación a la lucha contra el fascismo. En otras palabras: Gandhi aspira a que su patria —puro reservorio de materias primas y de fuerza de trabajo— esté presente en esa lucha, mostrándose como ejemplo a los pueblos hoy sojuzgados por el nazismo y como testimonio inequívoco de que la nueva era, prometida a tambor batiente, alumbraba ya el horizonte milenario de un país que tuvo una cultura próspera y reclama su autodeterminación nacional. La cuestión planteada por Gandhi sólo puede promover el júbilo y la adhesión de los hombres libres y de los pueblos que aspiran a una convivencia internacional fundada en el respeto mutuo y, particularmente, de aquellos que, como el nuestro, han pugnado sin desmayos por labrar su propia vida sin interferencias ni supeditaciones.

Gandhi prestó su leal cooperación a la Gran Bretaña, durante la guerra pasada, a cambio de la autonomía para la India. Se abstuvo, sin embargo, de desencadenar la violencia como réplica al incumplimiento de la promesa. Los principios cardinales del *satyagraha* y su concepción religiosa de la política se lo impedían. Nada más ajeno, a nuestra perspectiva histórica, que su táctica y su estrategia. Ni nada más en contradicción con el fascismo que su teoría de la dignidad humana. Cuando las hordas de la barbarie tecnificada invadieron a Polonia, Gandhi pronunció estas palabras: «Hitler no conoce otro dios que la fuerza bruta». Y, al oponerse resueltamente al plan Cripps, que aplazaba hasta la posguerra la solución del problema de la independencia hindú, no faltó, sin embargo, quien le tildase de nazófilo e incluso de convivencia con los japoneses.

Alguien ha dicho, recientemente, que «el ayuno de Mahatma Gandhi es un chantaje al imperio británico». No faltará tampoco, a buen seguro, si un estallido popular subsigue a su muerte, quien lo acuse de quintacolumnista y acaso intente ver en su magra figura un correlato hindú de Quisling, de Laval o de Franco. Cabe presumirlo todo, cuando se recibe en una capital democrática, como pro aliado, a un falangista convicto y confeso, en tanto se mantiene a treinta mil republicanos españoles presos en el norte de África. Esta torva conjura, enraizada en los círculos reaccionarios de las Naciones Unidas, interesados exclusivamente en salvar sus beneficios, es uno de los más poderosos obstáculos a la creación de una auténtica unidad popular contra el eje totalitario.

Hay que poner las cosas en su sitio. La atención de los pueblos se concentra hoy en la llameante y afilada vestidura carnal de Mahatma Gandhi. La cuestión de la independencia de la India está puesta a la orden del día. No se trata ya, por su profundidad y dimensión, de un problema factible de resolverse, como se pretende erróneamente, por un tratamiento compulsivo, como si la India fuera una empresa privada y Gandhi un réprobo. El derecho de la India a su independencia puede negarlo el fascismo, sin violentar su naturaleza imperialista; pero, no puede objetarse desde el campo antifascista, sin contradecir los principios fundamentales de la libre determinación de los pueblos y de la soberanía popular. Las razones aducidas por el gobierno de Winston Churchill, aplazando la *purna swaraj*⁴⁰ hasta la posguerra, constituyen, a la luz de la Carta del Atlántico, una flagrante negación de sus supuestos de existencia.

¿Y por qué posponer ahora lo que se promete conceder después? ¿O es que se pospone ahora, precisamente, para escamotear luego la oferta?

A nadie puede interesarle más que al gobierno británico deshacer este equívoco, que siembra de ponzoñosos recelos el horizonte de los pueblos pequeños. Y, ninguna contingencia más adecuada que ésta, en que el ayuno voluntario de Gandhi ha puesto en dramática tensión al pueblo hindú y ensombrecido el curso de la guerra contra el Japón. Ni que decir tiene que determinados sectores financieros e industriales de Inglaterra —explotadores tradicionales de las riquezas inagotables de la India a expensas de su miseria y atraso— sufrirán un profundo quebranto en sus ganancias y dividendos con su independencia; pero, ganaría el pueblo inglés, el gobierno de Churchill y la causa propugnada por las Naciones Unidas. ¡Cómo perderían, en cambio, en la conciencia de los pueblos, si persisten en su actitud intransigente y el apóstol de la heroica dulzura, el férvido pregonero del *satyagraha*, el traductor de Platón, el discípulo de Tolstoi, el émulo de Sócrates, muriese!

La responsabilidad de esta muerte, dígame lo que quiera, no caerá, precisamente, sobre Gandhi, ni sobre el pueblo hindú. Caerá, de manera inexorable, sobre los que no supieron evitarla a tiempo. De acontecer ello, la Carta del Atlántico tendría su primer

⁴⁰ Autogobierno. (N. del E.)

mártir. «Nuestra lucha —ha afirmado el quijotesco hombrecillo que simboliza hoy la voluntad inalienable de un pueblo ilustre en la historia de la cultura— tiene por fin la amistad del mundo entero. La no violencia ha llegado entre los hombres; y quedará. Ella es la anunciadora de la paz del mundo».

No es ésta la ocasión de plantear las discrepancias con el ideario político y social de Mahatma Gandhi. Ni tampoco, de controvertir sus singulares métodos de lucha. Idealista y práctico, se denomina él mismo. Rabindranath Tagore, el delicado poeta de *Gitanjali* —pomo rebosante de líricas fragancias—, habla, conmovido, de «su naturaleza simple, modesta y pura». Y, también, de su «santidad» y de «la serenidad que envuelve a todos sus combates». El inglés Andrews, su amigo y discípulo, recuerda, ante su ternura inflamada, la frase memorable de Goethe en Valmy: «Un nuevo heroísmo, aprendido en el sufrimiento, ha levantado sobre la Tierra una nueva guerra del espíritu». «A Gandhi —escribe Romain Rolland— no le falta sino la cruz». «Este hombre dulce y piadoso —postula José Carlos Mariátegui— es una de las mayores figuras de la historia contemporánea».

Si los movimientos populares enderezados a transformar las relaciones de convivencia nunca han alcanzado su objetivo mediante el ayuno, la oración o el aforismo, no es vía eficaz de comprensión calibrar los gestos personales de resonancia colectiva prescindiendo de la constelación histórica en que se producen. Se puede discutir el estilo de conducta política asumido por Gandhi. Se puede hasta impugnar la totalidad de sus ideas. Lo que no puede negarse es que el estilo político de Gandhi, incluso el sustrato religioso de su pensamiento, responde a fuerzas, intereses, usos, mitos, convenciones, formas y anhelos aún operantes y válidos en la vida cotidiana de la India. No de otra raíz le viene su profética ascendencia y su multitudinario arrastre. Por su insólita capacidad de resistencia activa, algunos lo juzgan un gran revolucionario. Por su requisito contra la gran industria y la mecanolatría, otros lo reputan tradicionalista. En esta ocasión, empero, precisa, ineludiblemente, rubricar sin reservas, el juicio que otrora formulara Pandit Jawaharlal Nehru: «Revolucionario o reaccionario, lo cierto es que ha cambiado la faz de la India; ha dado orgullo y fuerza de voluntad a un pueblo humillado y desmoralizado; ha inyectado a las masas vigor y conciencia y elevado el problema de la India a categoría de problema mundial». Y, asimismo, anhelar, parejamente, que tras-

ponga vivo la dura prueba que se ha impuesto y su pueblo recobre la independencia perdida.

Es terrible; pero, así es. Mientras los jefes de las Naciones Unidas se embriagan con capitosas peroratas y felicitaciones recíprocas, Mohandas K. Gandhi, el último santo de la libertad, yace, olvidado y moribundo, sobre una humilde estera, entre columnatas de jaspe y la cólera reprimida de su pueblo, prolongación ejemplar de su espíritu irreductible. No puede contemplarse en calma esta agonía vertical sin detrimento del decoro humano.

Fechado por Roa: 24 de febrero de 1943. Compilado primero en *15 años después*. Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, pp. 101-105.

Raíces del conflicto anglo-egipcio

Un somero análisis de los móviles que inspiraron la apertura del canal de Suez, de las condiciones que se impusieron a Egipto y del sistema unilateral de su explotación económica —todo a la mayor gloria y provecho del imperio británico— permite afirmar que, en el conflicto actualmente en desarrollo, la razón y el derecho están de parte del pueblo y el gobierno egipcios. En el orden de los principios en que fundamenta sus títulos a la dirección ideológica el «mundo libre» nada cabe objetar. La sorpresiva decisión del coronel Gamal Abdel Nasser es un acto jurídico de soberanía interna, legitimado por el derecho internacional. Su semejanza con la nacionalización de las empresas petroleras en México por el gobierno del general Lázaro Cárdenas es harto visible. El propio país que la disputa y rechaza poco puede alegar en esa materia. Inglaterra, durante el régimen laborista, nacionalizó cuanto le vino en ganas sin pedirle permiso a nadie y, con toda seguridad, se hubiera opuesto a todo tipo de injerencia al respecto. Su causa, desde este punto de vista, está moralmente perdida ante la conciencia internacional.

El problema, sin embargo, se torna sobremanera complejo y se carga de implicaciones y consecuencias que afectan al destino humano cuando se enfoca desde el ángulo pragmático de la correlación de fuerzas en pugna en la arena mundial. Si es evidente que el gobierno egipcio tiene la razón histórica y la fuerza del derecho de

su parte, es cierto, asimismo, que está jugando una carta muy peligrosa y no precisamente al servicio de su pueblo. La Unión Soviética desempeña en el actual conflicto el papel que otrora ha desempeñado Inglaterra. Utiliza los legítimos agravios, resentimientos y aspiraciones de un tercero para arrimar la brasa colonial a la sardina imperialista. Su papel ha sido fundamental en la génesis inmediata del drama y de su conducta dependerá, en gran medida, la naturaleza de su desenlace. El propósito manifiesto de las potencias occidentales de mantener a los países «subdesarrollados» en la órbita de su dependencia política y económica, añadido a su torpeza diplomática y a su incapacidad de previsión histórica, ha sido el otro factor determinante de la crisis planteada y de la inminente amenaza de guerra que se cierne sobre la humanidad. Sería ingenuo pensar que las operaciones bélicas quedarían circunscriptas al escenario geográfico de la controversia.

Si bien las raíces de la creciente tensión anglo-egipcia se remontan a los albores de la Segunda Guerra Mundial, sus elementos desencadenantes se han producido ante nuestros ojos con ritmo vertiginoso. La crisis aflora en términos violentos a partir de la denominada revolución nacionalista encabezada, nominalmente, por el general Naguib, y dirigida, efectivamente, por el coronel Nasser. Aquella insurgencia de tipo militar, apoyada con explosivo ardor por las muchedumbres fanatizadas y famélicas de Egipto, promovió la ojeriza, la desconfianza y la sorda hostilidad de Inglaterra y de Francia. Estados Unidos adoptó, en cambio, una actitud equidistante ante la nueva situación creada. No la calorizaba; pero tampoco la combatía. El derrocamiento del general Naguib descubrió los verdaderos móviles y objetivos de la Revolución egipcia. Aumentó la tensión con Inglaterra primero, y enseguida con Francia, al generalizarse la rebelión en sus colonias y dependencias del norte de África. La dictadura franquista abdicó, a tiempo, su soberanía, ya puesta en solfa, y otorgó la independencia al Marruecos español. Francia, por el contrario, decidió defender, a sangre y fuego, su vacilante estructura imperial. No resulta aventurado presumir que Nasser ha estado proporcionando constante ayuda material y moral a los argelinos.

Sin embargo, la necesidad biológica de conservar el Oriente Medio dentro de su esfera de influencia obligó a Inglaterra, a Estados Unidos y a la propia Francia a hacerle carantoñas al régimen de Nasser. La construcción de la represa de Asuán, indispensable para el desarrollo económico de Egipto, fue hábilmente

introducida por Nasser en el tablero de la discordia entre Occidente y Oriente. Su petición a Inglaterra y Estados Unidos de que financiaran la costosa empresa corría pareja con su compra de armamentos y de aviones de retropropulsión a Rusia y su progresivo acercamiento a Tito y a Nehru, aparentemente campeones de la coexistencia y de la paz y, en el fondo, alfiles inconscientes en el juego de ajedrez de la expansión soviética. La agresiva protesta de Inglaterra y Estados Unidos contra el gobierno egipcio por haber roto la paridad militar árabe-israelita, fue respondida por Nasser con una invitación oficial al canciller soviético Dimitri Shepilov, a que asistiera a la evacuación de las tropas inglesas del canal de Suez. Rusia, a su vez, se había apresurado a insinuarle a Nasser que se encontraba en disposición de financiar la represa de Asuán, en caso de que Inglaterra y Estados Unidos desistieran de su ofrecimiento.

La réplica de Inglaterra fue esta vez vía Washington. El canciller John Foster Dulles manifestó, con su típica crudeza y excepcional miopía, al embajador egipcio —que le había ido a visitar precisamente para comunicarle que Nasser aceptaba el financiamiento anglo-norteamericano de la represa de Asuán— que su gobierno carecía ya de interés en la ayuda económica a Egipto y daba por canceladas todas sus ofertas. Anthony Eden se produjo, *ipso facto*, con igual tono y en idéntico sentido. La prensa inglesa y norteamericana alabó, con marcial retórica, la vigorosa y resuelta actitud de sus respectivos gobiernos y calificó incluso de golpe maestro de la diplomacia occidental la decisión adoptada sobre la represa de Asuán.

Justamente tres días después, el coronel Nasser anunció en Alejandría, ante una multitud electrizada, que había resuelto nacionalizar el canal de Suez. La estupefacción inicial en las cancillerías occidentales dio paso, enseguida, a la indignación y a la amenaza. El temido peligro de una tercera guerra mundial, a nivel atómico esta vez, se alzaba en el horizonte. La desesperada medida de Nasser engendraría la desesperación de los afectados. El oso moscovita, en tanto, se frotaba el hocico de gozo, se afilaba las garras y observaba, cautelosamente, el enconado panorama.

Sin fecha. [El presidente Nasser nacionalizó el canal de Suez en julio de 1956.]
Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 209-211.

Tormenta en Egipto

La dramática nacionalización del canal de Suez absorbe hoy la atención internacional. Sobremanera tensa era ya, desde hace unos meses, la situación en el Oriente Medio; pero sin que amenazara efectivamente, todavía, la estructura política y militar creada por las potencias occidentales en el Mediterráneo. La abrupta medida del coronel Gamal Abdel Nasser varió, radicalmente, el panorama: el fantasma de la guerra fría se trocó, de súbito, en corpórea inminencia de guerra caliente. Mayúscula ha sido la sorpresa de Londres, París y Washington. Ninguna de las cancillerías interesadas en la polémica zona, excepción de la soviética, esperaba este desafiante paso del gobierno egipcio, que entraña, en rigor, una virtual declaración de guerra a la Gran Bretaña.

La turbia atmósfera suscitada por los agravios, resentimientos, complejos e intereses en conflicto, dificulta el examen objetivo del problema. Cada uno lo ve y juzga de acuerdo con la posición que ha adoptado en la actual lucha de poderes que conmueve al mundo. Se eluden esenciales motivaciones históricas y flagrantes yerros de la diplomacia occidental. Ni siquiera se pregunta de parte de quién están la razón y el derecho. En último análisis, la cuestión se plantea en términos de disyuntiva inexorable: o con el «mundo libre» o con el «mundo esclavo».

Ni que decir tengo que yo estoy, abiertamente, contra el «mundo esclavo» —personificado por la Unión Soviética—; pero, sólo estoy con el «mundo libre» en la propia medida que signifique la genuina contrapartida de ese «mundo esclavo» y su política conduzca a la plena realización de los hermosos principios que enarbola. Entre ellos figura uno que resplandece en la Carta del Atlántico y es la garantía misma de la integridad y desarrollo de los pueblos débiles: la autodeterminación nacional. Dejaría de ser, *ipso facto*, cubano si no lo suscribiera. En ese principio, se fundamenta nuestra existencia histórica como nación independiente y es la clave profunda del ideario político de José Martí.

«En el pasado —ha dicho nuestro genial veedor— está la raíz del presente». No cabe, pues, entender la cuestión anglo-egipcia si se prescinde de su génesis. Egipto es uno de los pueblos más viejos del orbe. Incluso hay historiadores que siguen afirmando, no obstante el descubrimiento de las culturas sumergidas o atlántidas, que en el legendario país de los faraones y de las pirámides

comienza, propiamente, la historia como proceso creador del hombre. Egipto, según Federico Nietzsche y Jacobo Burckhardt, alumbró el advenimiento del «milagro griego». El Egipto moderno, en cambio, vivió una vida vegetativa y totalmente subordinada a Inglaterra desde la pasada centuria. Era una mera dependencia de su imperio, y de las peor tratadas por pertenecer sus habitantes, en virtud de su pigmento, a una «raza inferior». No se olvide que el gobierno británico mantuvo siempre una política distinta para las colonias *sensu strictu* que para los dominios.

Eso explica, nítidamente, el régimen jurídico impuesto al canal de Suez. La compañía propietaria, oficialmente radicada en El Cairo y residente en París, explota la vital arteria por una concesión arrancada al gobierno egipcio que se extinguirá en 1968. Las utilidades que percibe anualmente ascienden a noventa millones de dólares. El gobierno egipcio sólo percibe el siete por ciento de las utilidades netas. La mayoría de las acciones adquiridas por ingleses en la época de Disraeli están hoy en poder del gobierno británico. Ciudadanos franceses son los tenedores del treinta y cinco por ciento del total de las acciones.

El canal de Suez, prodigiosa obra de ingeniería debida al genio de Fernando Lasseps, se inauguró el 16 de noviembre de 1869. La Convención de Constantinopla, suscrita el 29 de noviembre de 1888 por Inglaterra, Rusia, Italia, España, Turquía, Austria, Hungría y Holanda, garantizó la libertad de navegación por sus aguas en tiempos de paz y de guerra. Egipto fue deliberadamente excluido de esa Convención, como Cuba del Tratado de París.

El canal de Suez fue, en puridad, desde su inauguración, un camino feudal del imperio británico. Era la vía obligada de su comercio con Asia y el mareducto de la mayor parte del petróleo que se consume en Europa. Mientras Inglaterra se beneficiaba con sus pingües rendimientos, Egipto, reducido política y militarmente a un protectorado de la Corona, sólo percibía una porción subalterna de las cuantiosas utilidades del tráfico marítimo por su territorio. En 1936 Inglaterra y Egipto firmaron un pacto, a tenor del cual, aquélla se arrogaba la custodia militar del canal. Hace unas semanas —coronación de las negociaciones iniciadas a raíz del derrocamiento de la monarquía— los últimos soldados ingleses evacuaron Egipto y este adquirió plenitud de soberanía sobre el canal de Suez, sin que sufriera merma o menoscabo alguno la compañía que tiene a su cargo su administración y disfrute, ni se contraviniesen las cláusulas del Convenio de Constantinopla.

El 26 de julio del año en curso el coronel Gamal Abdel Nasser, presidente de Egipto y heraldo del islam, nacionalizó sorpresivamente el canal de Suez y se desató la tormenta.

Sin fecha. Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 207-209.

La salida de Egipto

El conflicto planteado por la nacionalización del canal de Suez evidencia la descomunal incompreensión de las potencias occidentales del problema del Oriente Medio y del soterrado sesgo de las corrientes vitales del proceso histórico. La época en que se podían resolver compulsivamente este tipo de cuestiones concluyó con la Segunda Guerra Mundial. No se suscribió en vano la Carta del Atlántico, ni cayeron en tierra baldía los principios preconizados por las Naciones Unidas en su lucha contra el eje totalitario. Los países sometidos a un régimen de tutela descubrieron el derecho a labrar su propio destino en el ejemplo de las naciones conductoras de esa lucha, autoerigidas en portavoces de la democracia, de la libre determinación de los pueblos y de la dignidad humana. Y, al encontrarse a sí mismos, se decidieron, en mayor o menor grado, a dar la batalla que antaño dieran, triunfalmente, Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos.

Esa es la raíz histórica de los movimientos revolucionarios y nacionalistas que sacudieron las colonias y dependencias de Occidente apenas se signó el armisticio. Los pueblos árabes, ligados entrañablemente por la comunidad de religión, cultura, miseria y destino, se irguieron de consuno y constituyeron hoy una unidad racial, política y espiritual, en estado patente de rebelión.

Las potencias occidentales se apercibieron a encararse a la nueva situación por los medios tradicionales que aportan la concepción y la práctica imperialistas. En vez de atraerse al islam con una política que reconociera sus ansias legítimas y promoviese su desarrollo económico, social y cultural, lo que hicieron fue, con inaudita torpeza, echarle combustible a la hoguera. No cedieron un ápice en su soberbia e irritante postura. Y, por si ello fuera poco, se apeló al chivo expiatorio del comunismo, como ha acontecido en nuestra América, para justificar lo injustificable.

Condenados secularmente a la indigencia, a la ignorancia y a la opresión en beneficio de otros, los pueblos árabes, herederos de una gloriosa tradición en el proceso de la cultura, aprovecharon las circunstancias favorables que le brindaba la coyuntura internacional para reconquistar sus derechos y satisfacer sus aspiraciones. Las potencias occidentales tenían en sus manos los arbitrios y recursos para contribuir a su desarrollo económico, a su progreso social y a la democratización de su vida política. No podía ser, en verdad, más dramático, el contraste entre el infrahumano nivel de vida imperante en esos pueblos y la enorme riqueza drenada de sus entrañas. Los vastos yacimientos de petróleo que les había deparado la naturaleza eran, paradójicamente, la causa de su pobreza, dependencia y atraso. Nada hicieron, empero, las potencias occidentales por aliviar ese patético y ominoso estado de cosas. Permanecieron incommovibles y abroqueladas en una actitud análoga a la mantenida por Rusia con sus satélites. Sembraron fustas y están recogiendo fustas.

De todas las naciones árabes, Egipto es la de más peso específico en la política internacional y la más importante por su grado de desarrollo, posición estratégica y pujanza política. Se la puede, desde luego, doblegar por la fuerza. Pero no es esa la solución efectiva y perdurable que los tiempos reclaman. No se trata de destruirla, sino de atraerla; se trata de convencerla y no de vencerla. Las medidas adoptadas por Inglaterra —congelación de los fondos egipcios, movilización de reservistas, envío de unidades navales a Malta y Chipre— y las vociferaciones melodramáticas de Francia, acuciada por la crítica situación de Argelia y el apremio de los tenedores de acciones, conducen a la catástrofe que, precisamente, se intenta impedir. Egipto puede ser derrotado, el gobierno de Nasser derribado y el canal de Suez ocupado; pero eso entrañaría, a plazo más o menos largo, la ruptura total y definitiva de Occidente con el mundo islámico en beneficio del comunismo totalitario.

El camino está en el acuerdo racional y la coordinación equitativa de intereses. No cabe discutir el derecho de Egipto a nacionalizar el canal de Suez siempre que indemnice a los perjudicados y preserve la libertad de navegación en tiempos de paz y de guerra a tenor de la Convención de Constantinopla. Egipto es una nación libre y soberana y nadie está facultado a intervenir en las decisiones jurídicas internas de su gobierno. Pero tampoco puede el

coronel Nasser, so pretexto de un acto de soberanía, poner en peligro la paz mundial y dejar abiertas las esclusas a las aguas turbulentas de la expansión soviética. Si Inglaterra y Francia se han opuesto a su autodeterminación nacional —Estados Unidos ha asumido una posición conciliadora—, Rusia lo incorporaría en calidad de vasallo a su sistema imperial. De ahí que negociar, sin transigir, sea la única salida del callejón en que han metido a Egipto los imperativos de su dinámica interna, la torpeza de la política occidental y las incitaciones de la Unión Soviética.

El nacionalismo egipcio —resorte biológico y base política de la aureola popular del coronel Nasser— sólo podrá salvarse acoplado sus ímpetus y necesidades a la interdependencia económica mundial y peleando por el advenimiento de un mundo de veras libre, democrático y próspero junto a los pueblos que repudian, a la vez, la cortina oriental de hierro y la cortina occidental de sables. Esa es la única tercera posición virtualmente factible y operante. La otra, carente de raíz y meta, sirve, de manera exclusiva, los designios e intereses del imperialismo soviético, patológica excrecencia de una revolución socialista degenerada.

Sin fecha. Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 211-213.

La Conferencia Interamericana por la Libertad de la Cultura

En la mestiza y soberbia metrópoli que antaño fuera blando regazo de la autóctona y resplandeciente Tenochtitlán, acaba de efectuarse la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, organización de defensa permanente de los fueros de la conciencia, de los derechos humanos y de la paz y, a la par, seminario de estudio y discusión de los problemas de nuestro tiempo. Pocas veces una reunión de intelectuales ha promovido tan vivo interés y tan fecundo revuelo. La esperanza y el escepticismo, la adhesión y el repudio, la loa y el vituperio, la han circundado de un halo polémico, corroborante de su necesidad e importancia.

Inmediatamente que fue convocada, sus adictos y sus adversarios se alinearon en posición de combate. La fe, el entusiasmo y el apoyo le vino de los agonistas de la libertad y su tono beligerante

del silencio que brota de las tribunas, del gemido que asciende de las ergástulas y del clamor que surge de las tumbas, allende y aquende la cortina de hierro. Escribas, botafumeiros y zombis de los extremismos de izquierda y de derecha se conjugaron, significativamente, para procesarla, juzgarla y condenarla de antemano. Unos y otros extrajeron, de su bien provisto arsenal dialéctico, las más gruesas invectivas y las más difamatorias presunciones, metralla asaz conocida por los que se han negado, resueltamente, a admitir el falso dilema que plantean en términos análogos. Harto obvios eran sus tangentes designios: intimidar con el apelativo de imperialista y con el marbete de comunista a quienes equidistan de los «congresos de la paz» y de las «anfictionías panamericanas» por entender que son paralelas que se cruzan y secantes que se cortan, a expensas de la miseria, la ignorancia, el trabajo, el albedrío y el decoro ajenos.

El maquiavélico truco —cambio ilegal de palabras en la bolsa negra de la semántica política— les había proporcionado, en otras ocasiones, primas jugosas. Pero esta vez les salió el tiro por la culata a los rifleros del nuevo orden totalitario y del viejo sistema imperialista. Ninguno de los intelectuales hispanoamericanos invitados se dejó intimidar ni confundir y todos acudieron a la cita para examinar y discutir, sin ataduras ni orejeras, las cuestiones que atañen y preocupan a sus respectivas naciones y a la gran patria común en esta coyuntura decisiva de la historia universal. Su descarnado, valeroso y soberano enjuiciamiento de la problemática continental, y la ríspida, concreta y formal denuncia de los enemigos de la libertad del espíritu Río Bravo arriba y Río Bravo abajo, constituyen la más clara y firme respuesta del pensamiento democrático americano a las focas amaestradas del Kremlin, a los papagayos de alquiler del macartismo y a los zorros evadidos de la neutralidad de la cultura, mero parche antibiológico para encubrir, elegantemente, el espinazo flexible y la conciencia hipotecada. Este acto de genuina independencia política y espiritual implica el más efectivo paso que se haya dado, durante los últimos años, en el camino de la colaboración y solidaridad indispensables para presentarle batalla, en el frente ideológico, a las dictaduras y satrapías criollas y a las tendencias y estructuras de poder, continentales y extracontinentales, que interfieran, obstaculicen, mermen o impidan la autodeterminación nacional, el desarrollo económico, el progreso social y el ascenso cultural de

los pueblos de este hemisferio. Testigo y actor de la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, puedo y debo ofrecer a los lectores de *Bohemia* una información de primera mano de sus deliberaciones, pronunciamientos y acuerdos, a fin de que dispongan de suficientes elementos de juicio para valorar su significación y trascendencia.

El proyecto de llevarla a cabo se diseñó el pasado otoño durante la Conferencia de Milán sobre el porvenir de la libertad, la de mayor envergadura y alcance de las celebradas hasta ahora por el tema en cuestión y la asistencia de representantes de cinco continentes. Los delegados americanos concurrían, por primera vez, en proporción elevada, a los periódicos debates auspiciados por el congreso. La Conferencia de Milán planteó, en toda su crudeza, el problema de las verdaderas alternativas de la libertad en nuestro siglo. El análisis de una de esas alternativas, la más inmediata y esencial para los hispanoamericanos, motivó esta dramática y definidora advertencia: «Si el mundo democrático no es capaz de solucionar los problemas humanos, económicos, políticos y culturales de los pueblos o continentes subdesarrollados, sometidos éstos a dictaduras semibárbaras y a una explotación inhumana, corren peligro de caer bajo el totalitarismo comunista, que los utilizará contra nuestra civilización, y nuestro concepto de vida libre». De esas graves consideraciones, nació, precisamente, la idea de que un grupo de intelectuales de ambas Américas se juntaran en México para ventilar, a fondo, los problemas que afectan al destino de la libertad en el Nuevo Mundo.

Atinada fue, sin duda, la elección de México como sede de este envite. Uruguay y Costa Rica —dechados de convivencia democrática en la selva de sables de la barbarie americana— pudieron haberse escogido por merecerlo a todas luces. Razones de vario linaje indujeron a optar por la vecina república. Hubiera sido absurdo, por lo demás, celebrar una conferencia sobre la libertad de la cultura en América en una porción de ésta en que la libertad es aherrrojada y la cultura perseguida.

La organización de la conferencia estuvo a cargo del Comité Ejecutivo Mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura y de su filial mexicana. El temario objeto del debate general se desglosó en tres ponencias, confiadas, respectivamente, a Luis Alberto Sánchez, Arthur P. Whitaker y Eduardo Santos: «La libertad de la cultura en América Latina», «La libertad de la cultura en Esta-

dos Unidos» y «La colaboración de los países americanos en defensa de la libertad de la cultura». Agrupo, a seguidas, por países, a las personas invitadas. Argentina: José Luis Romero, Carlos Alberto Erro y Guillermo de Torre; Bolivia: Humberto Plaza; Brasil: Erico Verissimo y Stefan Bactu; Canadá: F. R. Scott; Colombia: Germán Arciniegas y Jaime Posadas; Costa Rica: Luis Alberto Monge; Cuba: Raúl Roa, Mario Llerena y Pedro Vicente Aja; Chile: Arturo Aldunate Phillips y Jaime Castillo Velasco; El Salvador: Luis Gallegos Valdés; Ecuador: Benjamín Carrión; Estados Unidos: Arthur P. Whitaker, John Dos Passos, Norman Thomas, Ralph Ellison, Mancel Cardoso y Frank Tannenbaum; México: Pedro de Alba, Salvador Azuela y Mauricio Magdaleno; Panamá: Rogelio Sinán; Perú: Luis Alberto Sánchez, Roberto Mc Lean, Manuel Vázquez Díaz y Luis Heysen; Puerto Rico: Jaime Benítez; Uruguay: Roberto Ibáñez y Sara de Ibáñez; y Venezuela: Gonzalo Barrios y Ricardo Montilla. Se nombraron invitados de honor a Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes, Eduardo Santos y Francisco Romero. En su calidad de miembro del Comité Ejecutivo Mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura, se designó presidente de la conferencia a Salvador de Madariaga, y como vicepresidentes, a José Luis Romero, Benjamín Carrión, Germán Arciniegas, John Dos Passos, Carlos Alberto Erro y a este prójimo.

No cabe negar que en la lista de invitados brillan por su ausencia las luminarias satélites del que ordena y manda en Moscú; pero, mal que les pese a sus empresarios isleños, algunos de los intelectuales hispanoamericanos mencionados tienen relieve universal en el campo de las letras y muchos gozan de excelente reputación por sus dichos y sus hechos en la lucha por la libertad y la cultura en tierras subyugadas y exprimidas. Esos a que me refiero nunca han servido a Tirano Banderas ni a Mr. Cutting y nada tienen que ver con los crímenes de Stalin. Las luminarias satélites, en cambio, sin parar mientes en sus dichos, le han hecho el caldo gordo a Batista, Odría, Trujillo y Perón —ya están al partir un confite con Franco—, se arrodillaron ante Mr. Cutting cuando Rusia fue invadida por los nazis y fatigaron el servilismo pregonando las señeras grandezas del hoy desacreditado y proscripito demiurgo de las más monstruosas iniquidades que recuerda la historia.

La sesión inaugural de la conferencia se efectuó en el Palacio de Bellas Artes. Fue presidida por Pedro de Alba, Salvador de

Madariaga, Germán Arciniegas, Mauricio Magdaleno, Norman Thomas y Julián Gorkin. Los delegados ocuparon asientos especiales detrás de la presidencia. Un público heterogéneo llenaba la sala en actitud expectante. El largo transcurso de la ceremonia y el ritmo a veces desvaído de los oradores debió defraudar un poco a los oyentes. Los discursos pronunciados —excepción hecha del vibrante y enjundioso de Norman Thomas y de las pimentosas ocurrencias de Madariaga— se caracterizaron por sus cautelosos recordatorios, convencionales omisiones y sofrenados ímpetus verbales. Muy a tono con el aterciopelado ambiente, la sesión se disolvió, sin pena ni gloria, en humos de cortesías y en recíprocas zalemas.

El panorama cambiaría, bruscamente, al iniciarse las sesiones de trabajo en el auditorio del Seminario de Cultura mexicana, sito en el bosque de Chapultepec. El represado torrente saltó, indomeñable, al abrirse la reunión y darse lectura a un cablegrama del coronel Carlos Castillo Armas, adhiriéndose a la conferencia. La tajante repulsa al títere de la United Fruit la encabezó el uruguayo Roberto Ibáñez, con el pleno respaldo de los delegados. El inesperado incidente trajo al primer plano de la asamblea, repleta de exilados venezolanos, nicaragüenses, guatemaltecos y dominicanos, a los congéneres de Castillo Armas, desfilando, uno a uno, con su cohorte de verdugos, polizontes y soplones, y tras ellos el Tío que los aúpa, protege y azuza. Ninguno escapó a ese juicio sumario que anticipa la implacable sanción que les reserva la historia.

Las abominaciones mayores se las ganaron Trujillo, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Tacho Somoza y Batista. El chileno Jaime Castillo Velasco propuso, y se aprobó, que se proclamara a Trujillo «el máximo envilecedor de la cultura en América» y se le pidiera cuenta, a diario, del secuestro y asesinato de Jesús de Galíndez. Germán Arciniegas propuso, juntamente con Frank Tannenbaum, director de su tesis de grado, que la conferencia le rindiera homenaje al escritor desaparecido por ser un héroe de la cultura y un mártir de la libertad. La Universidad de Santo Domingo, otrora huerto de sabiduría y escuela de dignidad, fue severamente apostrofada por su abyecta rendición a la tiranía y cálidamente alabada la Universidad de la Habana por mantenerse enhiesta y derramando claridades en circunstancias adversas. El general Rojas Pinilla fue declarado el más feroz enemigo de la democracia, la libertad y la cultura en la América meridional. Befa y escarnio se asociaron para condenar los bajalatos ensangrentados de Pérez Jiménez y de

Batista. A Tacho Somoza, señor de vida y hacienda en la Nicaragua de Rubén Darío, se le prodigaron los más terribles epítetos. ¿Quién pudo barruntar siquiera que dos días después un vengador anónimo saldaría, con su vida, el fabuloso debe de las depredaciones y crímenes del victimario de Sandino?

Era lógico, y así fue, que a la procesión de analfabetos encumbrados por el fraude, la traición o la violencia, siguiera el desfile de los maestros de letra y conducta desterrados de sus patrias: férvido y vertical fue el tributo a Rómulo Gallegos, Eduardo Santos y Juan José Arévalo. Y, tremante de emoción liberal, el homenaje a José Ortega Gasset. De Jacobo Arbenz, cosaco de alfeñique con ínfulas de Lenin, nadie se acordó, ni quiso acordarse, ni falta que hacía.

En esa propia sesión se leyó y discutió la ponencia de Luis Alberto Sánchez sobre «La libertad de la cultura en la América Latina». Prescindiendo de consideraciones sociológicas y filosóficas que la habrían alargado innecesariamente, el escritor peruano encaró el problema, a tenor de los hechos, en la prensa, la universidad, la escuela, las letras, las ciencias, las artes y las instituciones culturales, subrayando de entrada la frecuente discordancia de aquéllos con las Constituciones y leyes, paradigmas abstractos de mancillados principios. Intentaré resumir sus conclusiones en cada uno de los aspectos abarcados por la ponencia.

La libertad de prensa es puramente teórica en la mayoría de nuestros países y bastante teórica también en la institución continental encargada de defenderla, preocupada y ocupada, sobre todo, en garantizar los intereses patronales que representa. Los grandes rotativos suelen ser empresas mercantiles y no órganos al servicio de la sociedad. Se contraen, por lo común, a difundir las ideas de sus dueños y, muchas veces, sin que se lo exija el gobierno, a torcer, reducir o deformar los estados colectivos de opinión, en detrimento de la libertad de la cultura. En los regímenes dictatoriales, esas empresas operan —las excepciones confirman la regla— como silenciadores de sus desmanes, latrocinios, persecuciones, torturas y crímenes. Abundan, asimismo, los diarios que sobreponen la promoción de espurios intereses extranjeros a legítimos intereses nacionales.

La autonomía docente y la libertad de cátedra son puro papel mojado en numerosas universidades hispanoamericanas. Intervenidas o supervisadas por el poder público, cuando no reclutados

sus profesores en los bajos fondos de la vida intelectual, su faena queda subalternamente reducida a la producción en serie de técnicos y especialistas, liberados, por la intimidación o la golpiza, de «la funesta manía de pensar». El régimen de autonomía y la libertad de cátedra sólo dan frutos óptimos en una atmósfera limpia de injerencias, trabas y coacciones. En ese sentido, la Universidad de la Habana constituye un caso insólito.

El maestro público es el peor remunerado de los burócratas y el menos apreciado de los misioneros. Ni se le respeta, ni se le estimula, ni se le valora. Su cardinal papel en la formación ética y cívica del niño se ha trocado en obsecuente repetidor de nociones. De esa mixtificación y menoscabo, provienen, en buena parte, la crisis de la democracia y el drama de la educación.

Aparentemente, el cultivo de las letras se desenvuelve sin constreñimientos. Ocurre, empero, que hay escritores perseguidos, y libros puestos en el *Index* de la censura oficial. En Santo Domingo, Colombia, Venezuela y Nicaragua se prohíbe la circulación de libros, periódicos y revistas de orientación liberal y contenido democrático. No es ello óbice, sin embargo, para que gobiernos de torva factura organicen —farsa inaudita— reuniones científicas, ferias internacionales y exposiciones de libros con la punible concurrencia de gobiernos democráticos y la gozosa cooperación de la Organización de los Estados Americanos. El escapismo a lo abstracto, pretérito u ornamental, y la servidumbre a las invenciones del poder público, son notas muy acusadas en la literatura de los países sojuzgados. No faltan, desde luego, los escritores que han preferido el silencio deliberado a la fuga vergonzante, y la cárcel o el destierro, a la abdicación. Los regímenes policíacos no son el único obstáculo a la libertad de la cultura. El alto costo de los libros y la irrisoria capacidad adquisitiva de obreros, campesinos, estudiantes y profesionales, coadyuvan, también, a empobrecerla y debilitarla. El escritor es poco menos que un paria. Si no sucumbe su libertad, sucumbe su cultura, o sucumbe la libertad de la cultura.

En el campo de las ciencias naturales, la libertad de investigación, de crítica y de exposición apenas es dificultada por los gobiernos dictatoriales. Bueno es recordar, con todo, que cuando los investigadores y los sabios se rebelan a las imposiciones del poder, o simplemente se mantienen al margen, se les separa de sus laboratorios y cátedras sin miramientos de ninguna clase, como

aconteció con el profesor argentino Bernardo Houssay, Premio Nobel de Fisiología. En el campo de las ciencias sociales —historia, sociología, economía política— la libertad de investigación, de crítica y de exposición sufre impedimentos y agresiones constantes. Se veda el examen de determinados problemas, la lectura de determinados libros y el conocimiento de determinadas doctrinas económicas y sociales. Los estudiosos de física nuclear están expuestos, a menudo, al expediente de limpieza de ideas y al sometimiento incondicional. En las artes plásticas, por el contrario, la libertad de creación es respetada e incluso estimulada, como acaece en México, más allá y más acá de discrepancias estéticas y ubicaciones ideológicas.

Las instituciones culturales son casi apéndices de partidos totalitarios, o del régimen imperante, y laboran, generalmente, bajo sus directivas y consignas. En algunos países democráticos, el Estado se ciñe a proteger la cultura y a salvaguardar su libre desarrollo; en los gobiernos dictatoriales, las actividades que denominan culturales son dirigidas, controladas y usufructuadas al estilo nazi, falangista o soviético. Ni la OEA ni la UNESCO se interesan ni preocupan por el problema de la libertad de la cultura en nuestra América, confinándose a esfuerzos desarticulados y económicamente desvalidos la lucha por su preservación o rescate. Las consecuencias de todas estas interferencias, menguas y restricciones a la libertad de la cultura y de sus inexorables corolarios políticos, psicológicos y sociales, se han traducido, y traducen, en una creciente obnubilación del espíritu crítico, en un visible deterioro de la fe en las instituciones representativas y en una actitud de conciencia proclive a absorber todos los fermentos y ponzoñas antidemocráticos, imperialistas y totalitarios.

El animado debate que siguió a la lectura de la ponencia de Luis Alberto Sánchez giró, primordialmente, en torno al problema de la libertad de expresión. El argentino José Luis Romero señaló, por sus nombres, a los amigos y a los enemigos de la libertad de la cultura. Sin libertad de expresión —arguyó— es sobremanera difícil que los pueblos hispanoamericanos puedan encontrar soluciones propias y adecuadas a sus necesidades elementales, supeditaciones foráneas y apetencias de libertad y de justicia. La libertad de expresión es un imperativo biológico para las naciones subdesarrolladas o dependientes, compelidas a defender su ser y propulsar su devenir mediante el análisis crítico y

la denuncia pública del origen y procedencia de sus males, vicios y deficiencias. Salvador de Madariaga sostuvo que sin libertad de prensa no existe ninguna libertad. Pueden suprimirse otras libertades aisladamente; pero la supresión de la libertad de prensa trae, a la postre, la pérdida de todas las libertades. Y apuntó que, a los peligros ya aludidos, había que añadir otro gravísimo y sutil, generalizado ya en los periódicos europeos y norteamericanos, que consiste en relegar a segundo plano las ideas y darle excesiva jerarquía a los sucesos. Germán Arciniegas, Benjamín Carrión y Roberto Ibáñez previnieron a la conferencia de que si aspiraba a contribuir, eficazmente, a la causa de la libertad de la cultura, debía condenar las transgresiones a la libertad de expresión y solidarizarse con los escritores y periodistas que padecen persecución, cárcel o destierro por ser fieles a su misión y a sus pueblos. Nada define más acerbamente el estado de sitio que afronta la prensa en muchos países del continente —concluyó Arciniegas— que esta insolencia absolutista de Rojas Pinilla: «En Colombia la opinión pública soy yo».

Arthur P. Whitaker desarrolló su ponencia sobre «La libertad de la cultura en Estados Unidos» con sobriedad sajona, rigor tudesco y claridad latina. El profesor norteamericano comenzó su informe precisando las relaciones existentes entre la libertad de la cultura y las demás libertades. La libertad de la cultura no sólo supone la libertad de comunicación con los demás hombres y pueblos: afecta, asimismo, a la integridad de la persona humana y todos sus juicios de valor, ya sean políticos, económicos, morales, estéticos o religiosos.

Cuando los canales de expresión de la cultura no están siempre abiertos a la libertad —sentenció— pueden fácilmente pervertirse y transformarse en medios de dominación psicológica, política y social. En Rusia, fuera del politburó, todo el mundo es diente de rueda; y en Estados Unidos no puede trabajarse en física nuclear, a menos que se preste absoluta adhesión a la política del gobierno. La Constitución norteamericana garantiza la libertad de palabra, de conciencia, de asociación y de reunión; mas, a pesar de eso, la libertad de la cultura sufre algunas restricciones en el campo de la igualdad de oportunidades y se enfrenta a problemas que es perentorio resolver. El comunismo, por su carácter totalitario y su fuerza expansiva, es la más grave amenaza que pende hoy sobre la humanidad. Sin embargo, en Estados Unidos el peligro

estriba, paradójicamente, en el anticomunismo, que se excita e incrementa con fines antidemocráticos y se usa como chivo expiatorio de los escritores independientes y de los espíritus libres.

Es indudable —aseveró Whitaker— que se ha progresado bastante en el terreno de la discriminación racial; pero aún falta mucho por hacer y es un obstáculo importante para la libertad de la cultura. Y, recogiendo alusiones de delegados hispanoamericanos, finalizó su exposición diciendo que el gobierno de Estados Unidos, sea cual fuese la situación internacional, debía apartarse del reprochable expediente de buscar la estabilidad de las naciones hispanoamericanas dándole igual trato, y aun preferente, a los gobiernos dictatoriales.

Luis Alberto Sánchez abrió la discusión sobre la ponencia de Whitaker. Encareció la necesidad de abolir toda discriminación como medio de afianzar la libertad de la cultura en el hemisferio y propuso que la conferencia se manifestase en favor de la igualdad de oportunidades para la conquista y el disfrute de los bienes materiales y espirituales. El argentino Carlos Alberto Erro enjuició, acremente, las restricciones a la libertad académica en Estados Unidos e instó a Whitaker a que aclarase hasta qué punto eran válidas las censuras de Stephen Spender al estado de sumisión impuesto a los escritores de su país. Luis Alberto Monge, costarricense, señaló que la actitud combativa de Estados Unidos contra la amenaza comunista había desembocado en un anticomunismo histérico que, en vez de constituir una defensa de la libertad, se torna en camisa de fuerza para los intelectuales y fomenta en los dirigentes obreros hábitos, métodos y sentimientos antidemocráticos. Mario Llerena atacó, frontalmente, las dictaduras hispanoamericanas y se pronunció en favor de una estricta separación de la iglesia y el Estado. Ralph Ellison, único delegado negro asistente a la conferencia, obtuvo una salva de aplausos al declararse descendiente de esclavos y propugnar la igualdad de todos los hombres en un régimen de libre, justa y pacífica convivencia. El chileno Arturo Aldunate Phillip analizó los problemas planteados por la deshumanización de la técnica y la alienación del obrero, y adujo que el señorío del hombre sobre la máquina es premisa indispensable para la salvación de la libertad y de la cultura. Con sorda irritación y dificultoso manejo del español, Frank Tannenbaum intentó explicar la razón profunda del predominio de la violencia, del centralismo político y del caudillaje en la América

hispana con argumentos desempolvados, unos del *Cesarismo democrático* de Laureano Vallenilla Lanz, y con otros que escamoteaban la influencia determinante, en muchos casos, de las empresas y los monopolios extranjeros en el cariz y sesgo de nuestros asuntos internos. Fue una pitada descomunal. Roberto Ibáñez le salió al paso con vehementes palabras, salpicadas de citas de Bolívar, Juárez y Martí. El novelista John Dos Passos se adelantó a la mesa y liquidó el infortunado conato de guerra civil. Su colega Enmanuel Cardoso cerró la sesión con un cálido llamamiento a la mutua comprensión y estima de los auténticos valores culturales de ambas Américas.

La lectura de la ponencia sobre «La colaboración de los países americanos en defensa de la libertad de la cultura» consumió casi dos horas de una gélida mañana. Su autor, Eduardo Santos, desterrado ex presidente de Colombia y ex director del suprimido diario *El Tiempo* de Bogotá, entró derechamente al ruedo, y con la serenidad, inteligencia y bravura del diestro, cogió el polémico tema por las astas. La colaboración de los países americanos en defensa de la libertad de la cultura —postuló categóricamente— es factible, benéfica y en no poco grado necesaria; pero sólo en la medida en que se fundamente en un criterio de mutuo respeto y recíproca deferencia y responda a un efectivo concepto de la buena vecindad, excluyente, por naturaleza, de pretensiones indebidas, presiones mortificantes o intromisiones abusivas. Este previo planteamiento lo llevó, como de la mano, al candente tópico del imperialismo. Había irrumpido en la plaza el toro más fiero de la corrida.

No eludió sus embestidas el avezado ponente. En vigorosos trazos, revivió la historia del imperialismo norteamericano, de sus diversas modalidades y de sus amargos frutos, particularmente en la turbulenta región del Caribe. Nada olvidó ni omitió: ni sus despojos, afrentas y atropellos, ni la tenacidad, entereza y denuedo de nuestros pueblos y de sus escritores más representativos —Martí, Varona, Sierra, Sanguily, Rodó, Ingenieros, Sanín Cano, García Monge— en el heroico empeño de rechazarlo y estigmatizarlo, ni el denso aporte de argumentos y datos de eminentes publicistas norteamericanos. Con una diáfana visión del problema e imbuido de un alto espíritu de justicia, tampoco dejó de exaltar la política de buena vecindad preconizada y practicada por Franklin Delano Roosevelt, que dio un vuelco decisivo a las rela-

ciones interamericanas y a los sentimientos que la configuraban y regían. Al compás de esa actitud, las clásicas campañas antiimperialistas dejaron de tener actualidad y basamento y cedieron el campo a nuevas fórmulas.

Pero, si bien es cierto que los métodos del *big stick* parecían pertenecer a un pasado ingrato, no lo es menos que el apoyo del gobierno norteamericano a las dictaduras, y especialmente el caso de Guatemala, gravitan, pesadamente, en las relaciones interamericanas. En lo que a Guatemala concierne, saltan a la vista —transcribo literalmente— «la falta de madurez de los pueblos latinoamericanos y la ligereza de sus gobernantes, la intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de otro país, no por negada menos cierta; los extraños manejos de su embajada, la siniestra influencia de poderes económicos que hace muchos años envenenan y perturban la vida de las repúblicas centroamericanas». «Inexplicable y asombroso —agrega— fue el esfuerzo publicitario colosal hecho en Estados Unidos para convertir las fanfarronadas de un gobierno irreflexivo, y sus propósitos de limitar con razón los poderes tentaculares de una compañía extranjera, en máximo peligro continental. Absurdo el empeño en sostener que la situación de Guatemala representaba en América un peligro tan grande como el de los superarmados ejércitos rusos en el centro de Europa. Pronto se vio que ese espantajo, artificialmente creado, no tenía la menor consistencia. En menos de una semana todo eso se derrumbó, sin que los gobernantes agrédidos pudieran ofrecer resistencia apreciable a conspiraciones financiadas y organizadas desde fuera».

Pero no hay que confundirse ni extraviarse. Si urge velar porque el viejo imperialismo no vuelva por sus desafueros, también precisa impedir que el antiimperialismo se trueque en falaz instrumento de la política imperialista de la URSS. La perfecta sincronización de ese antiimperialismo con el agresivo desplazamiento geográfico, político y económico de Rusia y con las oscilaciones de la estrategia soviética es tan evidente como escandalosa y alarmante. Lo que fue, y es, sentimiento autóctono determinado por hechos y doctrinas intolerables, se pretende transformar en típica arma comunista, ajena y contraria a los reales intereses y genuinas aspiraciones de los pueblos hispanoamericanos. Y a impedir, justamente, que esa legítima reacción defensiva se reduzca ahora, en el trágico ajedrez de las pugnas internacionales, al pobre

papel de peón jugado sin escrúpulos por el imperialismo soviético, es a lo que ya se aprestan, en compacto despliegue, los movimientos democráticos, nacionalistas y socialistas y los hombres libres del continente.

La colaboración interamericana —reiteró Santos— es posible y aconsejable; pero es indispensable para ello que se asiente en una firme unidad de pensamiento y de acción frente a las dictaduras, a los monopolios extranjeros que las apoyan y a los organismos panamericanos que viabilizan y respaldan declaraciones como la de Panamá, que resultan dolorosamente desvirtuadas por las firmas de gobernantes que en sus feudos eliminan, o implacablemente mutilan, lo mismo que en la solemne declaración se ensalza y recomienda. Se da de cachetes la actitud agresiva que asume el gobierno de Estados Unidos cuando se adoptan medidas en beneficio de nuestras retrasadas y dependientes economías nacionales con su absoluta indiferencia cuando las dictaduras del hemisferio occidental pisotean los derechos humanos y se perpetúan por medios fraudulentos o correctivos; o cuando —peor aún— se las provee de armas y aviones, so pretexto de quiméricas invasiones y de problemáticas ayudas, que utilizan, exclusivamente, para mantener unidas a las masas populares. La mayoría de nuestras sedicentes repúblicas están hoy ocupadas por sus propios ejércitos, al socaire de la política de no intervención y del derecho de los pueblos a darse el régimen que prefieran y vivir bajo el sistema que escojan. ¿Quiérese más atroz deformación de esa política y de ese derecho? ¿Quién ignora ya que esos regímenes son impuestos a la fuerza a los pueblos que los padecen y abominan?

«La libertad y la cultura —concluyó Eduardo Santos— son indivisibles. O existen o no existen. Son bienes que a todos los hombres corresponden y oxígeno indispensable para el espíritu. Defenderlos y vigorizarlos es condición previa de toda colaboración interamericana, que sólo tiene así objeto y sentido. La nueva América, la de nuestras esperanzas y nuestro sueños, es ante todo paz. Y porque es y tiene que ser paz, será libertad y cultura».

La ponencia de Eduardo Santos suscitó larga, encendida y puntualizadora controversia. Germán Arciniegas dispuso la fría temperatura reinante con este chispazo: «La responsabilidad de las dictaduras que asuelan a nuestra América incumbe también a Estados Unidos». Arturo Aldunate Phillips arremetió, enérgicamente, contra la onerosa carga política y económica que entraña

el armamentismo. «Los anticuados equipos militares que adquieren o se les facilita a los dictadores —afirmó— para nada servirían si nos atacasen en una guerra atómica. Representa, en cambio, el importe de millares de escuelas, hospitales, caminos, regadíos y fábricas. Sirve sólo para aumentar el poder represivo de los dictadores y prolongar su arbitrario y disoluto mandato». John Dos Passos abogó por un cordial entendimiento entre ambas Américas en un pie de igualdad y de recíproco respeto, y en parejo sentido se manifestó Arthur P. Whitaker. «De la existencia del imperialismo y de sus funestas consecuencias —aclaró José Luis Romero— nadie es responsable en particular. No se llamen a engaño nuestros compañeros norteamericanos. El imperialismo es un proceso de expansión económica y política, generado por la alta concentración de capitales. Si ustedes y nosotros convenimos en que ese impersonal mecanismo es la causa principal de nuestro subdesarrollo y el sostén de nuestras dictaduras, nada nos separa y todo nos une. El peligro comunista, producto de tendencias absorbentes y sojuzgadoras ínsitas en todo régimen totalitario, es indiscutible; pero más indiscutible aún, que es al imperialismo norteamericano y no al imperialismo soviético a quien debemos, en notoria medida, los males que aquí se han denunciado». Intervine yo también en el debate exponiendo la ominosa situación imperante en Cuba y relatando los desmanes inferidos a la Universidad de la Habana, exposición y relato que intentó impugnar, en una crónica aviesa, babosa y mendaz, el aventurero italiano, machadista confeso y batistero convicto Aldo Baroni. «Los mejores agentes del imperialismo soviético —puntalicé— son los que pretenden combatirlo con sus propios métodos. El ejemplo más concluyente de lo dicho lo suministran hoy algunos de los más importantes países de nuestra América. En vez de contraponerle a su barbarie tecnificada los valores que le infunden objeto y sentido a la vida humana —soberanía del espíritu, Estado de derecho, gobierno representativo, justicia social, ciencia y conciencia—, le contraponen su rústica brutalidad y la antinomia amigo-enemigo como esencia del poder». Salvador de Madariaga, desde la presidencia, lanzó esta rotunda afirmación:

«Hay dos hechos igualmente inadmisibles e inobjtables: el apoyo del *State Department* al régimen franquista y a las dictaduras hispanoamericanas». La caliginosa sesión se clausuró con un patético discurso del novelista guatemalteco Mario Monteforte

Toledo, expulsado de su patria hacía unas semanas no obstante su probada militancia antitotalitaria. «Todos esperábamos —terminó— que se apareciera en la Conferencia de Panamá el genio del Libertador Simón Bolívar. Y, efectivamente, apareció y dijo: “*I don't speak English*”, y desapareció». En los periódicos del mediodía centelleaba la noticia del año: «Atentado al dictador Somoza».

Distribuidos voluntariamente en sendas comisiones para el estudio de los problemas políticos, económicos, filosóficos, ideológicos y educativos, y del problema general de la libertad de la cultura, los delegados elaboraron numerosas ponencias que, debatidas y aprobadas en sesión plenaria, se convirtieron en resoluciones de la conferencia. Recojo, a continuación, las más importantes: 1) Repudio a todos los movimientos y estructuras de poder imperialistas y totalitarios, sea cual sea su color y divisa. 2) Las inversiones en los países hispanoamericanos han de conllevar la limitación al máximo de las utilidades de los inversionistas y deben servir, sobre todo, al desarrollo de las economías nacionales y a la elevación de los niveles de vida de las masas populares. 3) Las materias primas de los países hispanoamericanos deben ser pagadas a precios remunerativos, poniendo coto a su explotación abusiva. 4) Las inversiones de capitales extranjeros deben excluir la intervención de los inversionistas y de sus gobiernos en la vida política o cultural de los pueblos hispanoamericanos, como ha venido ocurriendo hasta ahora. 5) Los delegados norteamericanos deben luchar —y a ello se comprometen— porque su gobierno apoye a los regímenes democráticos, en vez de apoyar y financiar las dictaduras, enemigas juradas de la libertad y la cultura. 6) La tarea central de la mayoría de los pueblos hispanoamericanos consiste en impulsar y aplicar una profunda reforma agraria, base del desarrollo de las economías nacionales, de la elevación de los niveles de vida de las masas populares y del proceso de industrialización progresiva. 7) La libertad de expresión es la clave y la garantía de las demás libertades. Debe haber libertad de obtención de papel, sin limitaciones, por parte de los gobiernos, y libertad de información, sin supeditaciones a los aparatos oficiales o a las agencias. 8) La Universidad debe ser libre y autónoma. Las autoridades públicas no deben ni pueden intervenir ni pretender controlar los regímenes universitarios, que deben estar gobernados por sus propias autoridades. El Congreso y sus Asociaciones apoyarán cuanto contribuya al desarrollo y

afianzamiento de esta autonomía y de esta libertad universitaria y se opondrán a cuanto las mermen, restrinjan o vulneren. 9) Debe asegurarse la libre circulación del libro y de las revistas en los países hispanoamericanos. Se oponen a ella múltiples trabas monetarias y aduanales y, lo que es aún más grave, cuarentenas ideológicas de tipo totalitario. Mientras esa libertad no se asegure, no será posible hablar de interamericanismo en el terreno de la cultura ni en ningún terreno. 10) La más absoluta libertad de conciencia debe imperar en el ámbito americano. 11) Se constituirá la Asociación Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, con sede permanente en un país americano y compuesta por representantes de ambas Américas, incluyendo a Canadá. Este organismo se reunirá periódicamente a fin de garantizar el enlace y los contactos de los intelectuales del hemisferio y entre estos y los de los países europeos, asiáticos y africanos, que forman parte del Congreso o colaboren en sus actividades. 12) Se crearán Asociaciones del Congreso por la Libertad de la Cultura en los países en que no existan todavía y en aquellos en que, no obstante su régimen político, sea dable. En los países sometidos a dictaduras rampantes, su creación se diferirá hasta que las condiciones lo permitan.

La sesión de clausura de la conferencia congregó la flor y nata de la inteligencia mexicana y a numeroso y selecto público. Asistieron, a pie firme y los pendones en alto, los perseguidos y proscritos por la barbarie y el despotismo. Hablaron Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes y John Dos Passos. Su palabra limpia y entera se irguió sobre la concurrencia y traspuso, flecha de luz, las paredes como una afirmación de fe en la cultura y de esperanza en la libertad. Por ella se expresó el espíritu insobornable de América y afloró su vocación de ser fiel a sí misma y de alcanzar su plenitud de destino, a través del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, conforme al mandato de sus fundadores, ejemplos y guías. América quiere ser lo que es y no lo que otros, nativos o extraños, quieren que sea. Nació para la libertad, pelea por la libertad y seguirá peleando por ella hasta ver la tiranía, la miseria y la ignorancia descabezadas a sus plantas.

Publicado en *Bohemia*, año 48, No. 43, octubre 21 de 1956. [La Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura se celebró en México en septiembre de 1956.] Compilado primero en y tomado de *En pie*, pp. 188-201.

Epílogo

Retorno al futuro

En el deslumbrante amanecer del 27 de octubre de 1492, Cuba debió parecerle a Cristóbal Colón un regalo de los dioses flotando, voluptuosamente, sobre un mar de zafiro. «Esta es la tierra más hermosa que ojos humanos vieron», escribió en su *Diario*, apenas la proa de la fatigada nao hendía el fondo transparente de la lujuriosa ribera. La frase hizo entonces fortuna, se repite aún con fruicioso regusto, y hasta con su criolla punta de honrilla. No surgió, ciertamente, de un arrebató mediterráneo. Colón era genovés; pero su visión de las cosas fue siempre castellana. Aquella idílica imagen de paraíso perdido, difundida en Europa por los escritores utopistas, ha perdurado, fresca y luminosa, en el subconciencia de los sucesivos pobladores de la mayor de las Antillas. Es, sin duda, la más profunda vivencia telúrica del pueblo cubano, fundido a su paisaje con sensualidad mestiza. Hay países geográficamente cerrados y países geográficamente abiertos, con sus correspondientes concomitancias psicológicas y culturales. Cuba, desnuda de fronteras, es de los países que entregan su cimbreado contorno y su claro dintorno a la mirada golosa, sin hurtar sus playas reverberantes, sus valles floridos, sus graciosas estribaciones, sus verdes montañas, sus ríos serenos, su cielo límpido y sus lisas intimidades. Copo de sol ceñido de espumas, Cuba ha sido, y es, la perla morena de un collar codiciado de islas.

Pero en la historia de esta tierra de promisión, lo señalé ya en otra parte, se han conjugado, con bastante frecuencia, «las bellezas del físico mundo» y los «horrores del mundo moral». Nunca, empero, ha sido más rudo el contraste entre el paisaje social y el

paisaje cultural de Cuba que a partir del 10 de marzo de 1952: al amparo de las tinieblas, y en andas de un reducido grupo de militares traidores y politicastro fracados, genuina banda de piratas, había asaltado el poder Fulgencio Batista, un Napoleón de aserrín con alma de forajido. Se le describe de un trazo. Es astuto, felón, oportunista y cobarde. Su voz engolada y su histriónico gesto delatan, a la vista, su complejo de inferioridad y su perenne pavura. Es ignaro y cruel. Su impudicia corre pareja con su paranoia. Alardeaba de «fuerte» cuando se sentía protegido y apoyado por cañones y tanques, y se valía de otros en las coyunturas de peligro. No se conoce un solo acto suyo en que haya arriesgado una uña. Ha operado, siempre, en la sombra, y sobre seguro. El 4 de septiembre de 1933 se apoderó de la sublevación de los soldados y clases, mixtificando a seguidas la proyección revolucionaria de la insurgencia, merced a una estratagema concebida y ejecutada a espalda de sus promotores. Traspuso el campamento de Columbia la infausta madrugada del 10 de marzo de 1952, cuando ya estaban los resortes y mandos en poder de los conjurados, mediante la traición y el soborno. Y, creyéndose otra vez dueño de la república, robó, persiguió, encarceló, desterró, torturó y asesinó sin tregua, hasta que, consciente de su derrota total y de su ajusticiamiento en la plaza pública, se fugó, también en la noche, con su cohorte de verdugos, palafreneros y garrapatas, yendo a refugiarse en el cubil de Trujillo. Su proscripción será eterna, como eternamente maldita será su simiente. Y algún día, en Santo Domingo, o en cualquier otra parte, la justicia caerá, implacablemente, sobre él y sus cómplices, como se taján de un árbol las ramas podridas.

En este sombrío y sangriento septenio no hubo, sin embargo, un solo día de respiro para el dictador y su cuadrilla. Los estudiantes universitarios, bajando con su proverbial denuedo de la ya histórica Colina, abrieron la marcha de la resistencia, de la rebeldía y de la protesta. Paralelamente se organizó el movimiento insurreccional, que tuvo en la Triple A su primer aparato de lucha, y su líder en Aureliano Sánchez Arango, con la colaboración de un puñado de límpidos y arrojados sobrevivientes de la generación del 30. Y, a la vez, y por otras vías, se fueron integrando nuevas corrientes y núcleos revolucionarios, con Rafael García Bárcena, José Antonio Echevarría y Fidel Castro, respectivamente, a la cabeza. El frustrado asalto al cuartel Moncada cierra este capítulo del proceso y sirve de prólogo a la épica gesta que acaba de terminar.

De aquella romántica arremetida, surge el Movimiento 26 de Julio y adviene Fidel Castro al primer plano de la lucha revolucionaria. Durante su reclusión en el Presidio Modelo, estudió, meditó y maduró los planes que darían al traste con la dictadura. Cuando yo le vi en México, a raíz de su llegada como desterrado voluntario—había escogido ya su propia ruta—, andaba en los preliminares de la organización de su ingente proeza de invadir a Cuba con una mano de valientes, y, desde las montañas orientales, iniciar la reconquista de la libertad mediante una guerra de guerrillas que pareció ingenua a los estrategas de café y a los generales de salón. Anunció que vendría antes de finalizar el año de 1956; y, en efecto, vino. Sólo doce hombres supervivieron; pero Fidel Castro demostró, una vez más, que doce hombres decididos a vencer o morir son capaces de levantar un pueblo y conducirlo a la victoria.

La Sierra Maestra fue tornándose, poco a poco, en el símbolo de la varonía cubana y en el contrafuerte irreducible de la dignidad nacional. En Santiago de Cuba primero, y paulatinamente en el resto de las ciudades y poblaciones de la isla, se organizó la ayuda a los nuevos mambises, urgidos de armas, alimentos, ropas y medicinas. Las instituciones cívicas, profesionales, culturales, religiosas y fraternales sumaron sus esfuerzos y aportes al movimiento de resistencia civil, centro nervioso de la lucha clandestina. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, blancos y negros, ricos y pobres, se enfrentaron, a pie firme, a la persecución, la cárcel, el destierro, el tormento y la muerte. Cuando un pueblo se yergue en defensa de su albedrío, bienestar y decoro, no hay fuerza que lo domine. Los partidos, entidades y grupos que habían adoptado la línea insurreccional—Directorio Revolucionario, Federación Estudiantil Universitaria, Ortodoxia Independiente, Movimiento Montecristi—cooperaron, decisivamente, en el empeño. No es ocioso puntualizar que los comunistas, como partido, permanecieron ausentes de la preparación, del desarrollo y el desenlace de los acontecimientos.⁴¹

⁴¹ Esta afirmación resulta tan exagerada como incierta. A este respecto, la investigadora Caridad Massón («Proyectos y accionar del Partido Socialista Popular entre 1952 y 1958», en *1959: Una revolución contra las oligarquías y los dogmas revolucionarios*, Ruth Casa Editorial e Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2009, pp. 225-247) ha afirmado:

El programa del Partido Socialista Popular entre 1952 y 1958 pretendía, en el plano teórico, contribuir al desarrollo de un movimiento de libera-

Si subrayado especial merece la enhiesta actitud de las universidades de La Habana, Oriente y Las Villas, mención aparte requiere la egregia aventura del 13 de marzo de 1957. El audaz asalto al Palacio Presidencial, concebido y realizado por el Directorio Revolucionario, es una página sin precedente en nuestra historia política. Esa tarde, gloriosa y trágica a la par, cayó, como un héroe de leyenda, José Antonio Echeverría, la figura epónima del estudiantado universitario, como lo es Frank País de la juventud oriental.

Dicha impar la de haber sido testigo y, en cierta medida, actor de la titánica brega. ¡Qué hermoso y, a la vez, sobrecogedor espectáculo! La dictadura movilizó, baldíamente, todos los resortes

ción nacional que, en una fase posterior, se encaminara hacia el socialismo. Sin embargo, en su accionar diario no pudo dirigir la última etapa del proceso revolucionario que culminó con el triunfo del primero de enero de 1959.

¿Cuáles fueron las razones?

Primero: A consecuencia del aislamiento político en que se desenvolvía debido a la política anticomunista del imperialismo y las clases dominantes de Cuba; por sus propias posiciones sectarias y la desconfianza que habían mantenido hacia todos los sectores de la oposición nacionalista, especialmente, a aquellos provenientes de la pequeña burguesía; porque una parte de esos sectores tampoco confiaba en los comunistas por haber concertado una alianza política con Batista que lo ayudó a llegar a la presidencia; y porque el partido cifraba todas sus esperanzas en el sector proletario, esencialmente urbano, cuando este no constituía la mayoría de la población económicamente activa y elementos anticomunistas habían logrado apoderarse de sus organizaciones sindicales.

Segundo: Porque si bien tenía un programa revolucionario de lucha, este era incongruente con los métodos reformistas desplegados y las tácticas basadas en los esquemas y orientaciones tácitas que regían dentro del movimiento comunista internacional a favor de la coexistencia pacífica y las vías parlamentarias. La aplicación de los principios marxistas que hizo el PSP estuvo limitada por ópticas preconcebidas que no tuvieron en cuenta suficientemente las condiciones particulares de Cuba.

Tercero: Ya que le faltó dinamismo para desprenderse de las tácticas legales por las que había transitado durante un largo período y asumir los métodos insurreccionales.

Cuarto: La cercanía geográfica con los Estados Unidos le hizo postergar el momento de una batalla efectiva por alcanzar el poder político,

y recursos propios y foráneos para detener aquella majestuosa avalancha de valor, abnegación, tenacidad y sacrificio. No hubo la más leve flaqueza ante los mayores reveses. El descalabro de la huelga general de abril de 1958 sirvió de lección y de acicate. Se cambió radicalmente de táctica y se declaró la guerra total. Coincidiendo con esto, Fidel Castro comenzó la ofensiva final, anunciada por Radio Rebelde, desde «territorio libre de Cuba». Se sucedieron, en rauda teoría, batallas y encuentros triunfales. El Directorio Revolucionario abrió un nuevo frente en la sierra del Escambray, corazón mismo de la isla, donde Faure Chomón y Rolando Cubela se cubrieron de laureles, al igual que Raúl Castro y sus capitanes en el Segundo Frente Oriental. Ernesto Guevara, el «che» del romance y de la crónica, y Camilo Cienfuegos, emulando a Máximo Gómez y Antonio Maceo, avanzaron hasta Las Villas, coordinando sus actividades con los guerrilleros del Escambray. Desde aquel propio instante, los destinos de la dictadura quedaron sellados. Y afloraba, asimismo, el gran milagro de esta epopeya: el triunfo del ejército popular sobre el ejército profesional.

Lo demás ya se sabe. La podrida estructura del régimen más sanguinario, corrompido y rapaz que haya padecido nuestra Amé-

pues consideraba que si podía alcanzar el triunfo, el imperialismo no permitiría un gobierno dirigido por los comunistas y lo aplastaría.

Quinto: Los «fantasmas» derivados de la experiencia de la Revolución del 30 influyeron en sus análisis estereotipados sobre la situación económica (aparentemente más favorable en los 50), las fuerzas nacionalistas (con métodos de lucha similares y sin distinciones fundamentales entre ellas) y la correlación entre los factores objetivos y subjetivos (no existían suficientes elementos objetivos para desarrollar los aspectos subjetivos que condujeran al triunfo de la revolución). Ello le impidió ver las peculiaridades del Movimiento 26 de Julio, el rol de Fidel Castro y la importancia de la lucha guerrillera.

No obstante todos los factores mencionados, el Partido Socialista Popular logró desarrollar una amplia propaganda a favor de las transformaciones urgentes que necesitaba la sociedad cubana a fin de lograr su liberación nacional y social, denunció y alertó sobre las maniobras del imperialismo, decidió apoyar la lucha guerrillera durante su última etapa; cientos de sus militantes y simpatizantes comunistas como Paquito Rosales, José María Pérez y Saturnino Aneiro fueron reprimidos, encarcelados, torturados y asesinados por la tiranía; y, finalmente, contribuyó de modo esencial a cohesionar a las masas para lograr la unidad que consolidó el triunfo definitivo de la Revolución. (N. del Comp.)

rica se vino abajo con el radiante amanecer del nuevo año. Había huido Batista; pero, en cierto modo, el batistato persistía. A la alta traición del general Eulogio Cantillo, que había favorecido la fuga de Batista y de su camarilla e intentado desconocer la voluntad insobornable de la revolución, respondió Fidel Castro con la declaratoria de huelga general hasta conseguir la rendición incondicional de los últimos residuos de la dictadura y la asunción a la presidencia del doctor Manuel Urrutia.

Ya el presidente de la revolución ha tomado posesión de su cargo en Santiago de Cuba. Su gabinete está en proceso de formación. Se ha establecido un nuevo Ministerio encargado de recuperar las propiedades y dineros mal habidos. A Fidel Castro, el gran organizador de la victoria, se le ha confiado la custodia y garantía de la nueva libertad. La Federación Estudiantil Universitaria y el Directorio Revolucionario han acampado en la Universidad de la Habana.⁴² Los milicianos del 26 de Julio patrullan las calles y protegen la vida y hacienda de los ciudadanos.

La pesadilla ha concluido. El régimen anticubano que personificaba Fulgencio Batista ha sido completamente barrido. Urge ahora organizar la victoria sobre el trípode de la libertad, la justicia y la cultura. La tremenda faena de la reconstrucción exige la cooperación de toda la ciudadanía y, aun más, la de la creación revolucionaria. Jamás presidente alguno ha disfrutado de respaldo más compacto que el doctor Manuel Urrutia. La nación tiene, ante sí, la oportunidad única de estrenar una vida nueva en todos los órdenes. La guerra «necesaria y justa» ha sido ganada y Cuba retorna al futuro empavesada de ilusiones.

Publicado a manera de epílogo en y tomado de *En pie*, pp. 417-420.

⁴² En los primeros días de enero de 1959, el DR 13 de Marzo ocupó la Universidad de la Habana y el Palacio Presidencial, y tomó, entre otras, las armas de varias estaciones de policía y del cuartel de San Antonio. Estos hechos representaron un grave episodio, a partir del discurso de Fidel Castro del 8 de enero de 1959, que marcó el cenit de un conflicto entre ambas fuerzas que luego iría moderándose con la integración subalterna del DR en la política revolucionaria. (N. del Comp.)

La respuesta de Cuba

Señor Embajador:

Tengo el honor de dirigirle la presente nota en nombre y representación del Gobierno Revolucionario de Cuba.

Aunque su texto se contrae, primordialmente, a refutar determinados juicios y apreciaciones expresados por Su Excelencia al Señor Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós Torrado, y al que suscribe en su condición de Ministro de Estado, durante la audiencia que el Señor Presidente hubo de concederle el 27 de octubre del año en curso, se propone además, fijar, con absoluta diafanidad, la política y la actitud del Gobierno y del pueblo cubanos hacia el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica. Al Gobierno Revolucionario le preocupa seriamente, también, el estado actual de las relaciones entre ambos países y aspira, asimismo, con pareja sinceridad, a que esa lamentable situación desaparezca en beneficio mutuo y del cabal respeto a que es acreedora una nación libre, independiente y soberana, por pequeña que sea, en su irrevocable determinación de alcanzar su plenitud de destino.

El Gobierno Revolucionario rechaza categóricamente, por carecer de fundamento, la presunción de que existen «esfuerzos deliberados y concertados en Cuba de sustituir la tradicional amistad entre los pueblos cubano y norteamericano con desconfianza y hostilidad que son ajenos al expresado deseo de ambos Gobiernos de mantener buenas relaciones». Consideramos que la mejor manera de lograr un fecundo y perdurable entendimiento entre nuestros países es poner, en su verdadero sitio, las cuestiones que los atañen.

Al Excelentísimo Sr. Phillip W. Bonsal,
Embajador Extraordinario y Plenipotenciario
de los Estados Unidos de Norteamérica.
La Habana.

En ninguna etapa de su esforzada existencia, el pueblo cubano, generoso, hospitalario y efusivo como pocos, ha demostrado disposición agresiva o desafección hacia ningún otro pueblo, ni aun durante el largo y rudo período en que libró, solitario y erguido, porfiada y heroica lucha por su independencia, que fue coronación de casi dos décadas de activo guerrear contra la dominación colonial de España, no contra el pueblo español, uncido a idéntica

coyunda por el Gobierno metropolitano. El pueblo cubano supo discernir siempre entre la España oficial y la España vital y, por eso, jamás confundió al pueblo español con la estructura de poder que le privaba de sus más elementales derechos y libertades. Siempre ha sabido discernir, igualmente, entre los Estados Unidos de Cutting y los Estados Unidos de Lincoln y, por eso, jamás confundió ni confunde al pueblo norteamericano con la estructura de poder que intentó anexarse, adquirir o enfeudar a Cuba, y al cabo, con flagrante transgresión del espíritu y de la letra de la *Joint Resolution*, le impuso la Enmienda Platt, a cuyo amparo banqueros y empresarios obtuvieron facilidades y privilegios en detrimento de nuestro desarrollo económico, progreso social y estabilidad democrática.

Ningún cubano puede negar el noble respaldo y la desinteresada contribución del pueblo norteamericano a la causa de la emancipación de Cuba. Pero, de ese explícito reconocimiento, a admitir que Cuba ganó su independencia por exclusivo favor de tercero, como es frecuente leer y escuchar de plumas y labios norteamericanos, hay un trecho insalvable. El pueblo cubano conquistó, a costa de sacrificios y proezas sin tasa, el derecho a regirse por cuenta propia, y a su propio y ahincado empeño debe, no obstante menoscabos, ataduras y supeditaciones asaz conocidos, el nivel de desarrollo político, económico, social y cultural que logró en cincuenta y seis años de estructura pseudorrepblicana. La revolución triunfante el primero de enero de 1959 puso término a ese ominoso estado de cosas, y hoy Cuba es, por primera vez en su historia, verdaderamente libre, independiente y soberana. Por primera vez, también, ocupa el poder un Gobierno que encarna efectivamente la voluntad popular y al que sólo preocupa y desvela asegurar el albedrío del pueblo cubano, defender su decoro nacional y proporcionarle pan, justicia y cultura, mediante el pulcro manejo de los fondos públicos, la transformación del régimen de tenencia de la tierra, el desarrollo industrial, la autonomía de movimiento en el mercado mundial, el empleo pleno y la distribución equitativa del producto de su trabajo, condiciones inherentes al ejercicio real de las libertades fundamentales y al genuino respeto de los derechos humanos. No resulta ocioso recordar que la fuente del despotismo político, del atraso social y del infraconsumo masivo en nuestra América es el subdesarrollo económico, en gran medida mantenido y usufructuado por intereses foráneos.

Si aun en las épocas más dolorosas y oscuras de su historia, el pueblo cubano fue espejo de tolerancia, comprensión y cordialidad, incurren en injusticia quienes, en estos días, jubilosos y claros, le imputan animadversión, resentimiento o malquerencia hacia el pueblo que Su Excelencia tan dignamente representa. Testigos de mayor excepción son los centenares de norteamericanos que asistieron a la convención mundial del ASTA⁴³ recientemente efectuada en La Habana y Su Excelencia no me dejará mentir si apelo a su testimonio personal en corroboración de lo dicho y de la calurosa recepción popular de que ha sido objeto, más de una vez, en lugares de público esparcimiento. Pero hay algo más todavía. Ni en las tensas ocasiones en que fueron bombardeados los centrales azucareros Punta Alegre y Niágara por aviones procedentes de territorio norteamericano, y ni aun en la insólita circunstancia de la criminal incursión aérea a la capital de la República, que originó dos muertes y cuarenta y cinco heridos,⁴⁴ el pueblo cubano ni su Gobierno exhibieron el más leve asomo de animosidad contra ningún visitante ni hacia los pueblos que representaban. El pueblo cubano, por el contrario, en rasgo de impar hidalgüía del que puede sentirse legítimamente orgulloso, se esmeró en multiplicar sus gentilezas y atención a todos los convencionales de ASTA, y con singular deferencia a los norteamericanos.

Es, pues, de todo punto falso, como le aseveró a Su Excelencia con la autoridad de su cargo el Señor Presidente de la República, que se trate de sustituir, por ningún medio, directo o indirecto, la

⁴³ American Society for Travel Agencies. (N. del Comp.)

⁴⁴ En octubre de 1959, el presidente Eisenhower aprobó un programa propuesto por el Departamento de Estado y la CIA para emprender acciones encubiertas contra Cuba, incluidos ataques piratas aéreos y navales, y la promoción y el apoyo directo a grupos contrarrevolucionarios internos. Comenzó entonces la campaña de sobrevuelos del territorio cubano por pequeños aviones procedentes de territorio norteamericano, en misiones de infiltración de agentes, armas y otros medios, y de realización de actos de sabotaje, bombardeos y otras acciones terroristas. El día 11 de ese propio mes un avión lanzó dos bombas incendiarias sobre el central Niágara, en Pinar del Río, y el 19 otras dos bombas fueron arrojadas sobre el central Punta Alegre, en Camagüey. El 21 de octubre un avión bimotor ametralló la capital, provocando varios muertos y decenas de heridos, y el 22 fue ametrallado un tren de pasajeros en Las Villas. El 26 de octubre sendas avionetas atacaron los centrales Niágara y Violeta. (N. del Comp.)

tradicional amistad de nuestros pueblos con riesgos deliberados concertados de hostilidad y desconfianza.

La amistad, solidaridad y cooperación del pueblo cubano con el pueblo norteamericano está hartamente probada desde mucho antes de la fundación de la República. El Gobierno Revolucionario no es remiso en consignar su agrado por las manifestaciones de Su Excelencia reiterando «el aprecio que el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos han sentido, y continúan sintiendo, hacia el pueblo y la nación cubanos por su alianza leal con los Estados Unidos en la defensa de la democracia y la libertad contra el totalitarismo en dos guerras mundiales y su satisfacción por la mutua relación beneficiosa de buenos vecinos que ha existido por más de medio siglo». Toma nota, con idéntico agrado, de las declaraciones de Su Excelencia recalcando que «los Estados Unidos, en toda forma apropiada, han tratado de demostrar su comprensión y simpatía con las aspiraciones para un gobierno honrado y eficiente, el perfeccionamiento del proceso democrático y un desarrollo económico que llevará a niveles de vida más altos y empleo total».

Juzga, empero, que al señalar Su Excelencia «Las múltiples contribuciones que individuos y empresas de los Estados Unidos han hecho en favor del progreso de Cuba», debió reconocer que, en el plano de las relaciones económicas entre ambos países, Cuba ha dado mucho más de lo que ha recibido. Un resumen de esas relaciones contribuirá a patentizar hasta qué punto urge su revisión.

El Primer Tratado de Reciprocidad de Cuba con Estados Unidos de Norteamérica data de 1903. En este instrumento, impugnado con argumentación apodíctica por el eximio patriota Manuel Sanguily, Cuba otorga preferenciales que oscilan desde un veinte hasta un cuarenta por ciento a Estados Unidos de Norteamérica y éste se reserva el derecho de aumentar unilateralmente el arancel conservando los preferenciales, ventaja que se tradujo, a la postre, en la casi completa dependencia de un sólo país del mercado de las importaciones cubanas. Esas importaciones constituían, en 1900, el cuarenta y cinco por ciento del total; muy pronto el porcentaje aumentó a un noventa por ciento y, aún hoy, se mantiene en un setenta y cinco por ciento. La única contrapartida de Cuba, en ese Tratado, fue una tarifa preferencial sobre las importaciones de azúcar, tabaco y productos menores. Bajo tal sistema, que duró hasta 1930, Cuba suministró el cincuenta y tres por ciento

del azúcar consumido por el pueblo norteamericano, a cambio del noventa por ciento del total de sus importaciones. No se trata, por tanto, de un regalo ni de un privilegio. La tarifa Hawley-Smooth, promulgada en dicho año, elevó los derechos de importaciones del azúcar cubano a dos centavos por libra y su consecuencia fue la declinación vertiginosa del montante de la exportación y del precio.

En 1934, y en trance sobremanera crítico para la economía cubana, se negoció un nuevo Convenio Comercial con Estados Unidos de Norteamérica, en el cual no sólo Cuba otorgó a varios productos norteamericanos rebajas preferenciales que fluctúan de un veinte a un sesenta por ciento, sino que, además, al dejar consolidadas las tarifas resultantes, se vio imposibilitada, a partir de ese momento, de alterar ninguna partida arancelaria sin previo acuerdo con la otra parte, y en caso de ésta acceder, pagándole las compensaciones correspondientes. Ese Convenio, que obstruyó las ventajas obtenidas con el proteccionismo arancelario de 1927, ha frenado de tal forma el desarrollo económico de Cuba, que cada vez que ésta ha querido proteger una industria, le ha costado sacrificios cuantiosos después de dilatadas negociaciones.

El Convenio Comercial de 1934 coincidió con el establecimiento del sistema de cuotas en la exportación de azúcar y, consiguientemente, Cuba no sólo perdió la única contrapartida que ha tenido en su intercambio comercial con Estados Unidos de Norteamérica, sino que su participación en el mercado de consumo en ese país se fija, unilateralmente, en Washington. Advierta Su Excelencia que mientras Cuba necesita negociar cualquier modificación ventajosa del arancel, el Gobierno norteamericano puede variar, a su arbitrio, haciendo abstracción de nuestros derechos históricos, la cuota de azúcar cubana.

En lo que a Cuba concierne, el régimen de cuotas ha servido, en puridad, para limitar las exportaciones de azúcar a Estados Unidos de Norteamérica. Téngase presente que, en las dos ocasiones en que la Ley de cuotas ha sido modificada, los aumentos obtenidos por otras áreas suministradoras fueron a expensas de la participación de Cuba en los incrementos del consumo, que descendió en 1956 del 96 al 29 por ciento. Tales rebajas representan mermas de más de doscientos millones de dólares.

Al proceder de tal modo, el Gobierno de Su Excelencia olvidó que, en dos oportunidades decisivas para el pueblo norteamericano,

Cuba se sacrificó vendiendo sus azúcares a precios menores de los que pudo obtener si se hubiese aprovechado de que, en ambas coyunturas, era, prácticamente, su único abastecedor del producto. Durante la Primera Guerra Mundial, le fue dable a Cuba haber percibido cuatro centavos más por libra en siete millones cuatrocientas mil toneladas de azúcar que envió al mercado norteamericano, sacrificando seiscientos millones de dólares en favor del vecino país. La historia se repite durante la Segunda Guerra Mundial. No obstante haberse suspendido temporalmente el régimen de cuotas, Cuba vendió sus zafras completas a precios que oscilaron entre 1,80 y 3 centavos. En cambio, otros suministradores que han recibido en los últimos años aumentos de cuotas, prefirieron vender su azúcar en el mercado mundial a seis o más centavos la libra.

El Gobierno Revolucionario de Cuba juzga de cardinal importancia, para el mejoramiento y equilibrio de las relaciones entre ambos países, que el régimen del comercio del azúcar sea objeto de un Convenio bilateral, a fin de que no pueda alterarse por una decisión unilateral del Gobierno de Su Excelencia. La atribución que se arroga, ha servido, y está sirviendo, para que la amenaza de rebaja a la cuota azucarera se utilice por senadores, servicios de prensa y grupos enemigos de la autodeterminación nacional y del desarrollo económico de Cuba, como intolerable mecanismo de presión. Según el artículo 16 de la Carta de Bogotá, «ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coactivas de carácter económico o político para forzar la voluntad soberana de otro y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza».

En el orden de las relaciones comerciales de Cuba con Estados Unidos de Norteamérica, ha sido éste el más favorecido. Durante los últimos diez años, el saldo del balance de pagos ha sido desfavorable a Cuba en más de mil millones de dólares, correspondiendo 506 millones a los déficits de nuestra balanza comercial, y el resto, [a los] del turismo, los fletes y al rendimiento de inversiones. Semejante desequilibrio es una prueba palmaria de que las relaciones económicas de Cuba con Estados Unidos de Norteamérica deben ser perentoriamente revisadas.

En reciente conferencia de prensa, el señor Presidente Dwight Eisenhower expresó su sorpresa de que el pueblo cubano pudiera haber olvidado que Estados Unidos de Norteamérica es su mejor cliente. Es indudable que Cuba tiene en ese país un

magnífico cliente; pero no lo es menos que éste tiene en Cuba un cliente mucho mejor. No en balde, a pesar de su pequeñez, durante la pasada década ha tenido que buscar afanosamente dólares en otras partes del mundo para enjugar los déficits continuados en su intercambio comercial con la gran potencia vecina, que está recibiendo de Cuba más dólares que los que anualmente le envía. En este caso, la reciprocidad opera con manifiesto perjuicio de Cuba.

El Gobierno Revolucionario reconoce la positiva contribución de las inversiones norteamericanas al progreso material de nuestro país; pero le fuerza a destacar que también han contribuido a infundirle a la economía cubana un carácter semicolonial, que se acusa en su total subordinación a la producción de azúcar, en la insuficiencia de la producción agrícola para las necesidades del consumo y en ventajas en la competencia de muchos productos industriales extranjeros con los similares de Cuba.

En el momento cenital de las inversiones norteamericanas en Cuba, cuando éstas traspusieron, a tenor de los estimados oficiales, los mil millones de dólares, el efectivo realmente enviado a Cuba era muy inferior a la cifra calculada. Un reputado economista norteamericano estimaba la cantidad de capital exportado a nuestro país en quinientos millones de dólares. Puede concluirse que, en esa sazón, más de la mitad del valor de las propiedades norteamericanas representaba ganancias reinvertidas.

La mayor parte de las actuales inversiones norteamericanas en Cuba, preferentemente en la industria azucarera, han sido amortizadas con pingües utilidades desde hace muchos años. En los últimos tres lustros, las inversiones norteamericanas han ascendido a 700 millones de dólares, de los cuales 548 millones se transfirieron al país de los inversionistas y 163 fueron reinvertidos en el nuestro. Las inversiones norteamericanas en Cuba, en suma, se han caracterizado por rendimientos en extremo lucrativos.

Sin perjuicio de intensificar sus relaciones económicas con Estados Unidos de Norteamérica sobre bases de recíproco beneficio, es lógico que Cuba trate de resolver los crecientes déficits de su balanza comercial aumentando sus divisas, mediante la diversificación de la producción, la apertura de nuevos mercados y la expansión del comercio a todos los países del mundo.

En cuanto a los asuntos específicos sobre los cuales, a juicio del Gobierno de Su Excelencia, se han hecho circular especies dis-

torsionadas o malas interpretaciones entre el pueblo cubano, los puntos de vista del Gobierno Revolucionario son los siguientes:

1. Hasta el momento mismo de la incursión aérea sobre La Habana por aviones procedentes de territorio norteamericano —precedida por sucesivas violaciones del espacio aéreo nacional y los alevosos ataques a los centrales azucareros Niágara y Punta Alegre—, las medidas que alega haber adoptado el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica para impedir el uso ilegal de su territorio contra el Gobierno y el pueblo cubanos resultaron, cuando menos, ineficaces. La insuficiencia de información y pruebas que se arguye es un argumento poco convincente; pero mucho menos convincente es el criterio, al parecer predominante en la Cancillería norteamericana, de que para proceder más enérgicamente, Cuba debió aportar datos específicos relativos a las actividades ilegales de los complotados. El Gobierno Revolucionario ha ejercitado, responsablemente, las facultades que le corresponden en estos casos, formulando quejas y denuncias, sin respuestas todavía satisfactorias, en el Departamento de Estado, en el Consejo de la Organización de Estados Americanos y en la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores.

Esas quejas y denuncias no se basaban en indicios problemáticos, sino en hechos concretos. Es público y notorio que, desde hace varios meses, los criminales de guerra refugiados en la Florida y en otras partes de Estados Unidos de Norteamérica han estado conspirando y siguen conspirando, abiertamente, contra la soberanía, la seguridad, el progreso y el bienestar del pueblo cubano. Es público y notorio que hay organizaciones contrarrevolucionarias cubanas que actúan, con entera impunidad, en ese país. Es público y notorio que hace apenas dos meses una constelación de malhechores, en connivencia con Trujillo y con el agorero regocijo de determinados servicios de prensa y publicaciones norteamericanas, pretendió, baldíamente, invadir nuestro suelo. Y es público y notorio, finalmente, que se aperciben a repetir la intentona, no obstante las plausibles medidas tomadas recientemente por el Gobierno de Washington y las formales declaraciones de sus voceros.

Si bien ha de tenerse en cuenta que «las personas bajo la jurisdicción de los Estados Unidos no pueden ser arbitrariamente detenidas, encarceladas o molestadas por el mero deseo del Poder Ejecutivo», es un hecho incuestionable que los criminales de guerra

cubanos concentrados en la Florida han cometido actos específicos, violatorios de las leyes norteamericanas, de la Carta de la Organización de Estados Americanos y del Tratado de Asistencia Recíproca. Es penoso contrastar los escrúpulos jurídicos que ahora se aducen con la conducta observada durante la titánica brega contra la dictadura totalitaria de Batista. La Ley de neutralidad fue invocada, innúmeras veces, contra los cubanos comprometidos en la patriótica empresa de derrocar el régimen más feroz, corrompido y voraz de que se tiene noticia en América.

No era la primera vez que eso acontecía. En las postrimerías del siglo pasado, José Martí, nuestro apóstol, sufrió similar tratamiento, al serle incautados en el puerto floridano de Fernandina tres pequeños barcos cargados de armas para la independencia de Cuba. Idénticos descalabros se produjeron durante la dictadura de Machado. Un ex Presidente constitucional de Cuba, arteramente derribado por un golpe militar en vísperas de elecciones generales fue vigilado y detenido varias veces por las autoridades norteamericanas, y en una ocasión se le hizo marchar, con las manos esposadas, por las calles de Miami.

Los evadidos de la sevicia implacable de los verdugos de Batista tuvieron peor suerte que los prófugos de la justicia revolucionaria y los secuestradores de aviones comerciales cubanos. Más de uno fue devuelto, por carecer de documentación y visado, a la tortura y a la muerte; en cambio, se les abre las puertas, sin documentación ni visado, y a despecho de las denuncias y protestas reiteradas de la Cancillería cubana, a los criminales de guerra y a los piratas del aire, que violan la Ley de neutralidad norteamericana, no precisamente encendidos por la sagrada pasión de la libertad, sino con el torvo propósito de restaurar un régimen que segó veinte mil vidas, mancilló la soberanía nacional, organizó el contrabando, explotó la prostitución, legalizó el juego, desfalcó el erario, saqueó las instituciones de crédito y empujó la República por la pendiente del caos.

El pueblo cubano sabe, por amarga experiencia, que si el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica pone en acción su formidable aparato de vigilancia y defensa es casi imposible conspirar en su territorio, traficar con armas, salir ilegalmente de sus puertos o levantar el vuelo sin los papeles en regla. La suposición de que el traidor Pedro Luis Díaz Lanz haya podido utilizar, para sus contumaces depredaciones, aeropuertos poco vigilados o clandestinos, sólo es admisible si se acepta la negligencia de las autoridades.

Es improcedente, a todas luces, que fuera el Gobierno Revolucionario quien suministrase los datos y las pruebas que la justicia norteamericana, de suyo tan expedita y eficiente, requería en estos casos para actuar. Los delincuentes cubanos a que se hace referencia operan, desembozadamente, en territorio norteamericano y, por ende, no es a Cuba a quien incumbe controlar ni sancionar sus actividades. Ni practicamos el espionaje internacional, ni intervenimos en asuntos internos de otras naciones, ni pretendemos que se nos autorice a investigar los hechos criminosos que ocurren allende nuestras costas. El Gobierno Revolucionario, que afirma la soberanía nacional en la misma medida en que la ejerce con riguroso sentido de sus deberes y responsabilidades, cree y postula que los asuntos internos de cada país, competen exclusivamente a sus autoridades y pueblo, y que cada país, so pena de infringir el derecho de gentes y los compromisos internacionales contraídos, está obligado a impedir la ejecución de actos atentatorios a la seguridad de sus vecinos.

2. Las dificultades de toda índole, alegadas por las autoridades norteamericanas para determinar la participación del traidor Pedro Luis Díaz Lanz en la incursión aérea sobre La Habana, han contribuido, sin duda, a avivar el estado de irritación popular existente. ¿Quiérese acto más específico y concreto de violación de las leyes norteamericanas que éste para proceder en congruencia y demostrar, cumplidamente, que los hechos se acompañan a los dichos?

Los acaecimientos posteriores a las seguridades dadas por el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica de haberse intensificado las investigaciones judiciales y policíacas en el caso en cuestión, inducen al más cándido a sospechar que el traidor Pedro Luis Díaz Lanz ha venido disfrutando de extrañas inmunidades y franquicias para la comisión de sus agresiones aéreas a Cuba. No se explica de otro modo que haya sido un reportero de una revista cubana y no los agentes del Buró Federal de Investigaciones, de la policía estatal de la Florida o de los servicios de inteligencia de los Condados de Dade y Brower, quien descubriese, en el aeropuerto de Pompano Beach, el «misterioso» paradero del avión B-25, matrícula No. 9876-C, utilizado por el traidor Díaz Lanz. Veinticuatro horas después de estar circulando por Miami dicha revista, las autoridades denunciaron la ocupación de un avión B-25 con la misma matrícula y en el mismo aeropuerto en que fue fotografiado por el

reportero cubano. El aventurero Frank Fiorini, compañero del traidor Díaz Lanz, localizado simultáneamente en Norfolk, se ufano, con ostensible menosprecio de las leyes norteamericanas, de haber participado en la incursión aérea sobre La Habana.

No cabía escudarse en la insuficiencia de información y de pruebas para detener, procesar, encarcelar y juzgar al traidor Díaz Lanz, por continuas violaciones de las leyes norteamericanas. Sin embargo, el traidor Díaz Lanz y el aventurero Fiorini, no sólo permanecieron disfrutando de libertad, sino que el primero persistió en su aviesa campaña contra Cuba.

Si el traidor Pedro Díaz Lanz ha sido detenido y encarcelado provisionalmente, no lo fue a causa de las violaciones de las leyes norteamericanas, ni a instancia de las autoridades federales, sino a solicitud del Gobierno Revolucionario de Cuba, en virtud de auto de procesamiento dictado por juez competente y del expediente de extradición iniciado por la Cancillería cubana. Después de su carta pública al Señor Presidente Dwight Eisenhower, en que se declara convicto y confeso de la ilegal incursión aérea sobre La Habana, el traidor Díaz Lanz sigue gozando de libertad.

El Gobierno Revolucionario agradece las manifestaciones de Su Excelencia, deplorando el sangriento rastro de la incursión aérea sobre La Habana por aviones procedentes de bases norteamericanas. Y rechaza, a la vez, que las protestas del Gobierno y del pueblo cubanos sean producto de invenciones malévolas, deliberadamente encaminadas a «alentar sentimientos hostiles entre los dos países».

3. El Gobierno Revolucionario de Cuba acoge, con beneplácito, las seguridades ofrecidas por el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica de que tomará todas las medidas y acciones judiciales procedentes en todos los casos de esta naturaleza, y confía en que cristalicen, muy pronto, en hechos objetivos y concretos. Incidentes de esta clase afectan las buenas relaciones que deben existir entre los dos países y dan pábulo a inferencias que no carecen totalmente de fundamento, como se desprende de las medidas y provisiones adoptadas por el Gobierno de Su Excelencia con el declarado propósito de impedir su repetición.

4. Las aclaraciones que hace el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica sobre su política denegatoria de licencias de exportación de armas e implementos de guerra, en el área del Caribe, conllevan insinuaciones que el Gobierno Revolucionario rechaza de plano.

En esa área, efectivamente, existe un estado de violencia y tensión, del cual Cuba y otros países democráticos aledaños no son responsables. El único y verdadero responsable de ese estado de violencia y tensión es el dictador vitalicio Rafael Leónidas Trujillo, quien desde hace treinta años fatiga el crimen, el latrocinio y la agresión en las barbas de la Organización de Estados Americanos y aun de las propias autoridades norteamericanas, en cuya jurisdicción sus agentes secuestran y asesinan con la misma impunidad con que infringen toda la gama de la delincuencia común en Santo Domingo. Los renovados esfuerzos del valiente y sufrido pueblo dominicano, por librarse de tan prolongado y cruel despotismo, merece el profundo respeto del Gobierno Revolucionario y la cálida simpatía del pueblo cubano, sin que ese respeto y esa simpatía impliquen intervención alguna en los asuntos internos de esa nación hermana. Consideramos, sin embargo, que los gobiernos democráticos del hemisferio no pueden permanecer indiferentes ante un régimen que vive al margen del derecho internacional y actúa en consonancia. El asalto, saqueo e incendio de la Embajada de Cuba y la frustrada invasión del territorio cubano, urdidos y organizados por Trujillo y los criminales de guerra residentes en Santo Domingo y Miami, demuestran hasta qué grado es incompatible ese régimen con las más elementales normas de la convivencia civilizada. Una de esas violaciones de la ley internacional fue denunciada por Cuba en la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, sin que recayeran resoluciones al respecto, no obstante el carácter vandálico de la primera. Cuba tuvo, en cambio, que encararse en el Consejo de la Organización de Estados Americanos con las mendaces acusaciones del Gobierno agresor, y en cierta votación, de triste recuerdo, el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica se alineó, casi solitariamente, con la dictadura dominicana.

La esperanza que abrigó el Gobierno de Su Excelencia de que la paz y la tranquilidad renacerían en el área del Caribe al asumir el poder el Gobierno Revolucionario de Cuba, se desvaneció, no por medidas y acciones de éste, como sutilmente pretende insinuarse, sino por la creciente agresividad, confabulación y audacia de Trujillo, al punto que no hubo ya otra alternativa que suspender las relaciones diplomáticas con el régimen dominicano.

El Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica tiene el derecho de denegarle licencia de exportación de armas y otros implementos

de guerra a quien le plazca. Pero lo que no puede es interponer su influencia cerca de otros gobiernos, so pretexto de cooperar al mantenimiento de la paz en el área del Caribe, a fin de impedir que, por razones meramente defensivas, un Gobierno amigo se provea de los aviones que necesita, sustituyendo sus equipos ya inservibles por unos adecuados. Las gestiones realizadas por el Gobierno norteamericano cerca del Gobierno británico para bloquear ese canje coincidieron, desdichadamente, con las agresiones aéreas a Cuba, y se prosiguieron, a pesar de habersele significado a Su Excelencia que constituían un acto poco amistoso, ya que, a sabiendas, se dejaba al Gobierno y al pueblo cubanos a merced de un pirata internacional y de una banda de criminales. El Gobierno Revolucionario posee informes fidedignos de que la Embajada norteamericana en Bélgica efectuó pertinentes gestiones cerca del Gobierno de ese país, con el propósito de lograr que se cancelaran nuestros pedidos de armas ligeras. No conoce, empero, que se hayan realizado gestiones análogas cerca de los Gobiernos de Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Holanda y Alemania Occidental, demandando la cancelación de numerosas órdenes de Trujillo, no obstante ser el único y verdadero perturbador de la paz en el área del Caribe.

El Gobierno Revolucionario, por lo demás, adquirirá los aviones y las armas que necesite para su defensa en el mercado que se los proporcione, ya que se las niega, y trata de impedir que se las vendan, el Gobierno que abasteció al ex dictador Batista con aviones, armas y bombas que sembraron el dolor, el luto y la ruina en un pueblo amigo.

5. El Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica «se enorgullece de la independencia y objetividad» de las agencias cablegráficas y de los servicios de prensa de su país y rechaza, ásperamente, por falsa, la acusación de «haberse dedicado a una campaña deliberada para dar una impresión errónea del Gobierno de Cuba y desacreditarlo». No es ésta la oportunidad de discutir la pregonada «independencia» de cierta prensa norteamericana; pero sí de subrayar la enorme responsabilidad moral que ha contraído el Gobierno de Su Excelencia al enorgullecerse de unas agencias cablegráficas y de unos servicios de prensa que han difundido, y continúan difundiendo, las más procaces mentiras y los más indignantes insultos contra el Gobierno Revolucionario y sus más eminentes figuras. ¿Es acaso «muestra de objetividad» asesinar al

Dr. Fidel Castro, disfrazar de héroes a traidores, inocular insidias, incitar a la subversión, acusar de comunista al primer gobierno realmente cubano que hemos tenido, propugnar la asfixia económica y circular rumores de la peor laya? ¿Es de esa «objetividad», que desfigura los hechos y difama sin parar mientes en la dignidad, la seguridad y la soberanía del pueblo cubano, de la que se enorgullece el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica?

El Gobierno Revolucionario demanda claras explicaciones al respecto de si el Gobierno de Su Excelencia se solidariza o no con todos los insultos, las mentiras y las insidias propaladas por las agencias cablegráficas y los servicios de prensa norteamericanos.

6. El Gobierno Revolucionario ha precisado ya, en nota dirigida a Su Excelencia, su propósito inquebrantable, en uso de las prerrogativas y potestades de un Estado soberano, de llevar a cabo un programa de transformaciones económicas y sociales en beneficio del pueblo cubano y, particularmente, la Reforma Agraria, supuesto indispensable del desarrollo industrial, del progreso social y del fortalecimiento de las instituciones democráticas.

Agradezco, de nuevo, en nombre del Gobierno Revolucionario, la reafirmación que hace Su Excelencia de que «el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos comparten y apoyan los esfuerzos del pueblo cubano por el logro de la justicia social, con más altos niveles de vida y una economía muy próspera». Y, a la par, le reitero la buena disposición del Gobierno de Cuba a continuar examinando por los cauces diplomáticos normales las cuestiones pendientes entre ambos países, sin que quepa prejuzgar que las soluciones que Cuba proponga se aparten del derecho internacional.

7. Ignora el Gobierno Revolucionario de Cuba la intención del Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica al referirse Su Excelencia al tema del comunismo, durante su entrevista con el Señor Presidente de la República; pero lo cierto es que la «infiltración comunista» en las esferas oficiales es el manido disco que han desempolvado y vienen manejando, dolosamente, a diario, nuestros enemigos internos y externos, con la parva finalidad de crear condiciones propicias a la disensión nacional y a la intervención extranjera. La naturaleza, estructura y objetivos del Gobierno Revolucionario se definen por sus hechos y no por las etiquetas o los ropajes que maliciosamente se le endilguen. Se equivocan o confunden quienes quieren equivocarse o confundirse. Cuba ha cumplido y cumple cabalmente con las obligaciones internacionales

que ha contraído en la Organización de las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos; mas, no admite ni acepta políticas internacionales de bloques ni disyuntivas prefabricadas. El pueblo cubano ha encontrado ya, acorde con su tradición histórica, su idiosincrasia nacional, su misión en América, su papel en el mundo y los requerimientos de la época, su forma propia de expresión política, económica, social y cultural y se apercibe a erigir, sobre bases también propias, un sistema democrático en que la clásica fórmula de Lincoln se traduzca en efectiva, plena y fluente realidad. A la Revolución Cubana no la atemorizan fantasmas ni aparecidos. Sabe de dónde viene, lo que quiere y adónde va. Navega por aguas límpidas y lleva clavada, en el palo mayor, la bandera de la estrella solitaria.

El Gobierno y el pueblo cubanos desean convivir en paz y amistad, e incrementar sus relaciones diplomáticas y económicas sobre la base del respeto mutuo y recíproco beneficio con el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos de Norteamérica. Eso es sumamente fácil si, por una parte, se dejan de identificar los intereses transitorios de un grupo reducido de ciudadanos norteamericanos con los intereses permanentes que deben presidir las relaciones entre dos pueblos tradicionalmente amigos y que han sido y son buenos y cordiales vecinos; y si, por la otra parte, se pone coto definitivo a las actividades contrarrevolucionarias de los criminales de guerra cubanos asilados en territorio estadounidense y se desautoriza a los norteamericanos que instigan y apoyan esas actividades delictuosas contra Cuba.

Esa es, en resumen, la política y la actitud del Gobierno y el pueblo cubanos hacia el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos de Norteamérica.

En atención a todo lo anteriormente expuesto, el Gobierno Revolucionario expresa su esperanza de que el Gobierno de Su Excelencia reexamine su política y su actitud hacia el Gobierno y el pueblo cubanos.

Debo manifestarle, por último, señor Embajador, que al disponer el Departamento de Estado la publicación de las representaciones de Su Excelencia al Señor Presidente de la República, prescindiendo de los cauces diplomáticos normales, el Gobierno Revolucionario de Cuba se considera en libertad de difundir esta nota inmediatamente después de haber sido entregada. La opinión pública internacional tendrá así la ocasión de juzgar, a la luz

de antecedentes y hechos que suelen omitirse o mixtificarse, la situación que mutuamente nos preocupa.

Aprovecho la oportunidad, señor Embajador, para reiterarle el testimonio de mi más alta consideración y aprecio.

DR. RAÚL ROA,
Ministro de Estado

Publicado en *Bohemia*, año 51, No. 47, 22 de noviembre de 1959, pp. 66-67 y 78-79.

Breve cronología de la vida de Raúl Roa García*

- 1907** Nace el 18 de abril en La Habana.
- 1912** Muere Ramón Roa el 7 de enero.
- 1919** Estancia de tres meses en las montañas de Catskill, Estados Unidos, por motivos de salud.
- 1925** Escucha a Julio Antonio Mella en el Patio de los Laureles. Ingresa en la Universidad de la Habana para estudiar Derecho civil y público (curso 1925-1926).
- 1927** Ingresa como profesor de la Universidad Popular José Martí. Publica sus primeros artículos periodísticos. Toma parte en la reorganización del movimiento estudiantil universitario, afectado por las expulsiones de alumnos.
- 1928** Alumno-ayudante en la cátedra de Sociología.
- 1929** Profesor de Doctrinas sociales en la Escuela Privada de Derecho.
- 1930** Miembro fundador del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de este año. Escribe el manifiesto distribuido en la «jornada revolucionaria» del 30 de septiembre, según su propia denominación.
- 1931** Miembro fundador del Ala Izquierda Estudiantil. Primer exilio en Estados Unidos. Regresó para participar en el derrocamiento de Machado.

* Esta breve cronología está basada en las aparecidas en *Órbita de Raúl Roa*, Ediciones Unión, 2004, edición al cuidado de Vivian Lechuga con selección y prólogo de Salvador Bueno, y en *Raúl Roa: imaginarios*, selección de Ana Cairo Ballester, Ciencias Sociales, La Habana, 2008.

- 1931-1933** Sufre prisión en el castillo de El príncipe, la fortaleza de La Cabaña, el Hospital Militar de Columbia, la cárcel de Nueva Gerona y el Presidio Modelo en Isla de Pinos.
- 1934** Realiza los ejercicios de grado para terminar la carrera. Se gradúa de doctor en Derecho civil y de doctor en Derecho público. Se edita el primer número de la revista *Universidad de la Habana*. Aparece en el consejo de redacción junto al también estudiante Carlos Rafael Rodríguez.
- 1935-1936** Como consecuencia de su participación en la huelga de marzo, tiene que salir a su segundo destierro en Estados Unidos. Miembro fundador de la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista (ORCA); la representa en la conferencia celebrada en Miami para lograr la constitución de un Frente Único. Concluye en Tampa el prólogo «Una semilla en un surco de fuego» para *La pupila insomne*, de Rubén Martínez Villena. Regresa a Cuba y continúa en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista. Defiende la causa de la república española que lucha contra el fascismo.
- 1937-1938** Es uno de los fundadores del Partido de Izquierda Revolucionaria, junto a José Z. Tallet y Ramiro Valdés Daussá. Publica, con otros intelectuales revolucionarios, el quincenario *Baraguá*, dirigido por José Antonio Portuondo.
- 1939** Presenta la carta de solicitud para aspirar a la cátedra de Historia de las doctrinas sociales en la Universidad de la Habana. Participa en el homenaje a Rafael Trejo, en el que el profesor Ramiro Valdés Daussá convoca a enfrentar el bonchismo universitario. Se solidariza con la denuncia.
- 1940** Obtiene mediante concurso de oposición la cátedra de Historia de las doctrinas sociales, frente a una tenaz campaña en su contra impulsada por el *Diario de la Marina* y sectores reaccionarios. Se le elige vicedecano y después decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público.
- 1941** Pertenece a la Comisión que labora en los nuevos estatutos de la Universidad, labor que concluye el 23 de septiembre de 1942.
- 1942** Participa como delegado de la Universidad de la Habana en el Primer Congreso Histórico Municipal Interamericano, organizado por Emilio Roig de Leuchsenring.
- 1943** Crea el Instituto Universitario de Investigaciones y de Ampliación de Estudios; es el secretario ejecutivo. Es el secretario de la comisión organizadora de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles.

- 1944-1945** Recibe la beca de la Guggenheim Foundation. Asiste a los cursos de la Universidad de Columbia y de la New School for Social Research, en Nueva York.
- 1946** Regresa de Nueva York.
- 1947** Inicia la columna «Aspillera» en el periódico vespertino *Pueblo*. Según su hijo Raúl Roa Kourí, también solía utilizar el seudónimo de Lauro Ra.
- 1948** Asiste con Fernando Ortiz, Jorge Mañach y Juan Marinello a la toma de posesión de Rómulo Gallegos como presidente de Venezuela. En *El Mundo* se publica el manifiesto «Profesores universitarios defienden la revolución»; lo encabeza su firma, como decano de la Facultad de Ciencias Sociales. Se publica en los periódicos una declaración de los ex miembros de los DEU antimachadistas pidiendo que se vote por Carlos Prio; Roa no lo firma. Comienza el curso académico como decano de la Facultad de Ciencias Sociales.
- 1949** Director de Cultura del Ministerio de Educación. Renuncia al decanato por el asesinato del estudiante Gustavo Adolfo Mejía, rechazando las actividades del bonchismo en la Universidad de la Habana. Es uno de los profesores colaboradores de la *Universidad del Aire*, espacio dirigido por Jorge Mañach, transmitido por CMQ.
- 1950** La Dirección de Cultura lleva a Bayamo y Victoria de las Tunas el proyecto Misiones culturales; instituye el Día del Libro Cubano, en conmemoración del natalicio del polígrafo Antonio Bachiller y Morales; y publica, entre otros, libros de Fernando Ortiz y el volumen de Serafín Portuondo Linares sobre el Partido Independiente de Color. La misma Dirección realiza en La Habana, Santiago de Cuba, Holguín, Guantánamo, Cienfuegos, Sancti Spiritus y Bayamo la X Feria del Libro, dedicada al centenario de la bandera cubana.
- 1951** Renuncia a la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación.
- 1952** En octubre es nuevamente elegido decano de la Facultad de Ciencias Sociales.
- 1953-1955** Ante la persecución de la dictadura sale al tercer destierro, en México, donde funda el periódico *Patria* y dirige la revista *Humanismo*. Es profesor extraordinario en la Universidad de Nuevo León (México).
- 1955** Regresa a Cuba al promulgarse una ley de amnistía política.
- 1955-1958** Colabora con el Movimiento 26 de Julio y con el Movimiento de Resistencia Cívica hasta el triunfo revolucionario.

- 1959** Designado por el Gobierno Revolucionario embajador ante la OEA y, después, ministro de Estado. Por iniciativa suya se cambia el nombre al Ministerio, reminiscencia de la república neocolonial, por el de Relaciones Exteriores.
- 1964** Integra el primer Comité Central del PCC, al que sería reelecto en el I y II Congresos.
- 1976** Es elegido diputado y vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.
- 1977** A la muerte de Juan Marinello, es electo para ocupar el cargo que este desempeñaba en el Consejo de Estado, del cual fue miembro hasta su muerte. Celebración de su septuagésimo aniversario. Es designado Profesor de Mérito de la Universidad de la Habana.
- 1982** Fallece el 6 de julio. Tendido en el Aula Magna, el pueblo le rinde homenaje y acompaña sus restos hasta la Necrópolis de Colón.

Bibliografía mínima (libros y folletos) de Raúl Roa García en el período*

- Bufa subversiva* [Trabajos varios], Cultural, La Habana, 1935. («Trago inicial», por Pablo de la Torriente Brau, y «Fin de fiesta», por Aureliano Sánchez Arango).
- _____ [Segunda edición], Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2006. («Prólogo», por Fernando Martínez Heredia, y «Estudio preliminar, notas y anexos», por Ana Cairo Ballester).
- Pablo de la Torriente Brau y la Revolución española*, Empresa Editora de Publicaciones, La Habana, 1937.
- José Martí y el destino americano*, Rambla y Bouza, La Habana, 1938.
- Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos*, Publicaciones de la Revista de la Universidad de la Habana, La Habana, 1939.
- Mis oposiciones*, Editorial Alfa, La Habana, 1941. («Valoración», por Emilio F. Camus).
- Los diez días que conmovieron a Franco*, Editorial Neptuno, La Habana, 1943.
- Programa de Historia de las doctrinas sociales*, Universidad de la Habana, 1943.
- Don Fernando y Don Francisco*, Editorial Lex, La Habana, 1949.
- Historia de las doctrinas sociales*, Imprenta de la Universidad de la Habana, La Habana, 1949.
- _____ [Segunda edición], Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2001. («Liminar», por Raúl Roa Kourí).

* Esta bibliografía está basada en la preparada por Antonieta Fernández, trabajadora del Departamento de Bibliografía de la Biblioteca Nacional José Martí, según apareció, ya seleccionada, en *Raúl Roa: imaginarios*, compilación de Ana Cairo Ballester, pp. 501-516.

15 años después, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950.
Misiones culturales 1949-1950, Dirección de Cultura, Ministerio de Educación, La Habana, 1950.
Viento sur [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana, 1953.
Variaciones sobre el espíritu de nuestro tiempo, Publicaciones del D.A.S.U., Monterrey, México, 1954.

En los siguientes volúmenes aparecen textos de Roa fechados en el período:

En pie 1953-1958, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1959.
Retorno a la alborada [Crónicas y ensayos, 2 tomos], Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1964; 1964; y 1977. (Breve prólogo por Samuel Feijóo).
Escaramuza en las vísperas y otros engendros, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1966.
La Revolución del 30 se fue a bolina, Instituto del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

Índice selectivo de nombres

A

Agramonte, Ignacio, 257
 Alberdi, Juan Bautista, 310, 475
 Albizu Campos, Pedro, 171
 Alcalá Zamora, Niceto, 521
 Aldereguía, Gustavo, 362, 472
 Aldunate, Arturo, 566, 573, 576
 Alejandro II, 89
 Alemán, José B., 370, 409
 Alemán, José Manuel, 404, 406, 408, 409, 410, 414, 422
 Alfonso III, 116
 Alighieri, Dante, 118, 120, 234, 247, 445
 Alonso, Alicia, 420
 Alonso, Manuel, 507
 Alpízar, Félix Ernesto, 376, 378, 381, 445
 Altamira, Rafael, 48
 Altusio (Johannes Althaus), 214
 Ameghino, Florentino, 475, 480
 Amendola, Giorgio, 145
 Amiel, Enrique Federico, 217, 479
 Amunátegui, Domingo, 112
 Ana Bolena, 266
 Andler, Charles, 136, 138
 André, Armando, 361
 Aragon, Louis, 328

Arbenz, Jacobo, 184, 504, 568
 Arciniegas, Germán, 176, 566, 567, 568, 571, 576
 Arévalo, Juan José, 504, 568
 Arguedas, Alcides, 152
 Ariel, 237, 301, 480
 Aristóteles, 82, 85, 110, 125, 132, 208, 229, 234, 260, 264, 269, 309
 Arkwright, Richard, 54, 86, 281
 Aron, Raymond, 280, 281
 Ashley, William, 43
 Atila, 406
 Attlee, Clemente, 334, 339
 Averhoff, Octavio, 370, 398, 474
 Ávila Camacho, Manuel, 161
 Azaña, Manuel, 48, 49, 306, 521
 Azorín (José Martínez Ruiz), 286, 292, 306

B

Babeuf, Francisco Noel, 86, 93, 192, 215, 220, 221, 223, 224, 225, 226, 227
 Bacon, Francis, 46, 86, 101, 102, 105, 112, 121, 203, 247, 276
 Bakunin, Miguel, 79, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 95, 96, 97, 98, 476

Ballesteros, Antonio, 48
 Banderas, Tirano, 155, 253, 254,
 367, 401, 567
 Barbuse, Henri, 280, 379
 Barceló, Gabriel, 536
 Baroja, Pío, 292
 Barraqué, Jesús María, 361
 Barrés, Auguste Maurice, 321
 Bataillon, Marcel, 121
 Batista, Fulgencio, 253, 345, 347,
 348, 365, 382, 383, 384, 386,
 389, 390, 391, 393, 394, 395,
 396, 397, 398, 400, 401, 402,
 403, 406, 410, 425, 459, 507,
 511, 567, 568, 580, 581, 582,
 584, 585, 593, 594, 602
 Battista, León, 45, 127
 Bayle, Pierre, 193
 Bazin, Hervé, 328
 Beard, Charles A., 192
 Beatriz Webb, 339
 Beauvoir, Simone de, 328
 Bebel, August, 136, 318
 Bello, Andrés, 155
 Belloc, Hilaire, 106
 Benda, Julien, 280, 300
 Berdiaev, Nikolai A., 106
 Bergson, Henri, 106, 137, 216
 Bernstein, Eduard, 28, 135, 136,
 138, 318, 339, 340
 Besant, Annie, 339
 Bessemer, Henry, 56, 86
 Betances, Ramón Emeterio, 167
 Betancourt, Rómulo, 158, 176,
 487, 495, 496, 503, 508
 Beveridge, Sir William, 168, 336, 544
 Bevin, Ernest, 338, 340
 Birnie, Arthur, 44, 46, 52, 53, 59
 Bismarck-Schönhausen, Otto von, 67
 Blake, William, 56, 64
 Blanc, Luis, 87
 Blanco, Tomás, 165
 Blánquez Fraile, Agustín, 48
 Blanqui, Louis Auguste, 86
 Blum, León, 320, 516
 Boccaccio, Giovanni, 122
 Bodino (Jean Bodin), 208
 Boisguillebert, Pedro Le Pesant,
 señor de, 193
 Bolívar, Simón, 150, 151, 155,
 156, 157, 158, 159, 160, 166,
 443, 455, 460, 466, 471, 484,
 492, 493, 511, 573, 577
 Bonaparte, Napoleón, 192, 228, 321
 Borgia, César, 273
 Borgia, familia, 120
 Botticelli, Sandro, 120
 Boulanvilliers, Enrique, conde de,
 193
 Bracco, Roberto, 145
 Brailsford, Henry N., 65
 Bramstedt, Kohn, 193
 Branca, Giovanni, 55
 Bretón, André, 328
 Brissot de Warville, Jacques
 Pierre, 88, 221
 Brooke, John, 352
 Bruni, Leonardo, 127
 Bruno, Giordano, 83, 127, 435
 Bryce, James, 190, 192
 Buffon, George Louis Leclerc,
 conde de, 213, 233
 Buonarroti, Felipe, 224, 226, 227
 Burckhardt, Jacobo, 119, 123,
 125, 560
 Burke, Edmund, 64
 Burnham, James, 320
 Buscón Don Pablos, 49
 Byron, George Gordon, Lord,
 65, 217

C

Cabanis, Pedro Juan Jorge, 213
 Cabrera, Raimundo, 351
 Caffery, Jefferson, 390, 394, 402

Calibán, 237
 Calvino, Juan, 86
 Calvo Sotelo, José, 523
 Campanella, Tomasso, 134
 Camus, Albert, 327, 329, 330,
 331, 332
 Canet, Gerardo, 412
 Cantillo, Eulogio, 584
 Cañas Abril, Pedro, 411, 412, 420
 Capone, Al, 357
 Carbó, Sergio, 373, 383, 386, 391
 Cárdenas, Lázaro, 184, 557
 Carías, Tiburcio, 494, 508
 Carlos I de España, V de Alemania,
 48, 112, 121, 128, 164
 Carlyle, Tomás, 77, 106, 156, 399
 Carranza, Venustiano, 305
 Carrión, Benjamín, 566, 567, 571
 Cartwright, Edmund, 54
 Casares Quiroga, Santiago, 522, 523
 Casas, fray Bartolomé de las, 113,
 121, 456
 Caso, Antonio, 303
 Cassirer, Ernst, 77, 107, 108, 200,
 201, 202, 203, 206, 233
 Castelnuovo, Elías, 518
 Castillo Armas, Carlos, 567, 568
 Castillo Ledón, Luis, 302
 Castillo Velasco, Jaime, 566, 568
 Castro, Américo, 305
 Castro, Fidel, 582, 583, 584, 585, 598
 Castro, Raúl, 584
 Casuso, Teté, 525
 Ceres, 129
 Cervantes, Miguel de, 155, 435, 531
 Césaire, Aimé, 328
 Céspedes, Carlos Manuel de (el
 Padre de la Patria), 255
 Céspedes y Quesada, Carlos
 Manuel de, 380, 381, 382,
 383, 384, 385, 386, 388
 Céspedes, Carlos Miguel de, 361,
 365, 368, 369, 376
 Cicerón, 82, 125, 131
 Cide Hamette, 299
 Cienfuegos, Camilo, 584
 Cisneros Betancourt, Salvador, 353
 Clark, William, 339
 Claude, Juan, 193
 Cohen, Herman, 291, 315
 Colbert, Jean-Baptiste, 195, 198
 Coleridge, Samuel Taylor, 64
 Colón, Cristóbal, 79, 82, 122, 154,
 155, 164, 579, 580
 Colquhoun, Patrick, 64
 Comte, Augusto, 217, 475, 543
 Condillac, Etienne Bonnot de, 213
 Condorcet, Jean Antoine, 192, 213
 Coolidge, Calvin, 370, 372
 Cooper, Lord Duff, 512
 Copérnico, Nicolás, 81, 117, 122,
 123, 270
 Córdova, Federico, 176
 Cortés, Hernán, 110, 302, 307
 Cosío Villegas, Daniel, 176
 Costa, Joaquín, 289
 Cristo, 128, 148, 225, 244, 247,
 249, 263, 485
 Croce, Benedetto, 24, 26, 130,
 131, 132, 133, 134, 135, 137,
 138, 139, 140, 141, 142, 143,
 144, 145, 146, 147, 148
 Crombet, Flor, 448
 Crompton, Samuel, 54
 Cromwell, Oliver, 121
 Cuauhtémoc, 187, 302, 307
 Cubela, Rolando, 584
 Curtius, Ernst Robert, 287, 293
 Cusa, Nicolás de, 120
 Cutting, Francis., 151, 567, 587

CH

Chanson, André, 328
 Charcot, Jean Martin, 478, 483

Chateaubriand, François René de, 217
Chesterton, Gilbert Keith, 106
Chevallier, Jean-Jacques, 317, 319, 320, 323
Chibás, Eduardo, 401, 402, 425, 459
Chigi, Fabio, 82, 122
Chomón, Faure, 584
Chopin, Frédéric, 88, 533
Chu En-lai, 551
Churchill, Winston, 269, 335, 336, 337, 338, 340, 545, 554, 555

D

D'Alambert, Jean le Rond, 192, 212, 213, 233
D'Anguillara, Everso, 80, 100
D'Annunzio, Gabrielle, 144
D'Ors, Eugenio, 306
Danton, Georges Jacques, 86, 192, 206, 207, 222, 224
Darío, Rubén, 155, 185, 288, 301, 307, 475, 476, 477, 485, 568
Darlan, Jean Louis Xavier François, 542
Darwin, Charles, 213, 282, 475
Davidson, Thomas, 339
Da Vinci, Leonardo, 55, 120, 123, 270
De Sanctis, Francesco, 131
Delgado Chalbaud, Carlos, 159, 160, 181, 488, 494, 496
Descartes, Renato, 76, 86, 97, 101, 105, 202, 330
Dewey, John, 281, 282, 283, 284
Díaz Lanz, Pedro Luis, 594, 595, 596
Díaz, Porfirio, 302, 305, 367
Diderot, Denis, 86, 125, 192, 206, 211, 213, 233
Díez Canedo, Enrique, 306
Dilthey, Wilhelm, 103, 130, 203, 234, 282, 290

Dios, 77, 81, 82, 96, 106, 112, 120, 123, 168, 189, 212, 243, 244, 245, 249, 266, 297, 298
Don Quijote (Alonso Quijano), 100, 154, 289, 442, 463, 519
Donatello, 120
Doña Bárbara, 158, 495
Dorticós, Osvaldo, 585
Dos Passos, John, 176, 566, 567, 573, 576, 579
Dostoievski, Fiodor M., 325
Duhamel, Georges, 106
Dulcinea (Aldonza Lorenzo), 156, 157, 470
Dulles, John Foster, 558
Durerero, Alberto, 120

E

Echeverría, José Antonio, 584
Eden, Anthony, 161, 516, 542, 559
Eden, Morton, 62
Edman, Irwin, 281, 282
Einstein, Albert, 269, 277, 518
Ellison, Ralph, 566, 573
Emerson, Ralph Waldo, 156, 399, 473, 480
Engels, Federico, 61, 86, 87, 88, 94, 138, 384
Enrique VIII, 266
Entralgo, Elías, 352, 353, 420
Erro, Carlos Alberto, 566, 567, 573
Espina, Antonio, 379
Esquilo, 110, 347
Estimé, Dumarssais, 502, 503
Estrada Cabrera, Manuel, 367
Estrada Palma, Tomás, 167, 350, 353, 354, 355, 356, 426, 437, 451
Eurípides, 106, 110

F

Faget, Mariano, 505, 507
Farinacci, Roberto, 144

Fauchet, abate, 221
Felipe II, 121, 524
Felipe IV, 112
Fenelon, François de Salignac de la Mothe, 193
Fernández, Epifanio, 172
Fernando II de Aragón, 122, 131
Fernando V, 270
Fernando VII, 524
Ferrando Gómez, Augusto, 502, 505, 507
Ferrara, Orestes, 346, 361, 371, 372, 393, 398, 505
Ferrero, Guillermo, 145
Ferri, Enrique, 479
Feuerbach, Ludwig, 95
Ficino, Marcilio, 83, 120, 127
Fichte, Johann Gottlieb, 88, 216, 314, 315, 321
Figueres, José, 176, 508
Fiore, Tomasso, 145
Flore, Joaquín de, 86, 118
Fourier, Charles, 86, 87, 94
Franca, Porfirio, 383
France, Anatole, 333, 334
Franco, Francisco, 79, 162, 175, 269, 307, 337, 450, 487, 491, 501, 511, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 526, 540, 542, 554
Frank, Waldo, 379, 518
Freud, Sigmund, 80
Froebel, Federico, 217
Frugoni, Emilio, 176
Fúcar, Jacobo, 82, 117, 122, 123
Fulton, Robert, 86
Fumet, Stanislas, 328

G

Galán, Pepe, 533
Galilei, Galileo, 101, 121, 122, 248
Gallegos, Rómulo, 155, 156, 158, 159, 160, 176, 312, 379, 486,

489, 490, 492, 494, 495, 496, 503, 566, 568, 579, 603
Gandhi, Mohandas K. (Mahatma), 161, 240, 550, 552, 553, 554, 555, 556
Ganivet, Ángel, 48, 289
García Bárcena, Rafael, 152, 582
García Guadiana, Francisco, 164
García Maroto, Gabriel, 350, 355, 361, 368, 527, 529
García Menocal, Mario, 252, 350, 356, 358, 365, 381, 386, 393
García Monge, Joaquín, 518, 574
Garibaldi, Giuseppe, 89, 131
Gentile, Giovanni, 144
Getell, Raymond G., 191
Ghiraldo, Alberto, 379
Gide, André, 329, 331, 518
Gil-Robles y Quiñones, José María, 510, 517, 522, 523
Giner de los Ríos, Francisco, 289
Gobetti, Piero, 145
Godwin, William, 64, 65, 93
Goethe, Johann Wolfgang von, 59, 86, 213, 216, 276, 300, 304, 308, 312, 461, 555
Gómez, José Miguel, 350, 355, 356, 405, 470
Gómez, Juan Gualberto, 353, 374
Gómez, Juan Vicente, 158, 367, 372, 466, 484, 486, 503
Gómez, Laureano, 496, 504
Gómez, Máximo, 256, 353, 396, 438, 442, 447, 448, 454, 455, 461, 463, 499, 584
Gómez, Miguel Mariano, 348, 386, 393, 432
Góngora, Luis de, 309
González Gutiérrez, Mariano, 378, 445
González Prada, Manuel, 151, 474
González Rubiera, Juan Mariano, 378

González, Valentín, 527, 529, 534
Gori, Pietro, 478
Gorki, Máximo, 217
Gracián, Baltasar, 155
Grau San Martín, Ramón, 253,
350, 383, 386, 388, 401, 402,
422, 432, 459, 502, 539
Grave, Jean, 91, 93
Groethuysen, Bernhard, 203
Grotius, Juan Hugo Alemán, 214
Guerra, Ramiro, 406, 424, 461
Guesde, Julio (Mateo Basilio), 318
Guevara, Ernesto, 584
Guicciardini, Francesco, 83, 127
Guiteras, Antonio, 8, 11, 13, 348,
384, 389, 390, 391, 393, 394,
397, 401, 423, 438, 445, 502,
536, 537
Guyau, Juan María, 242, 473

H

Hall, Charles, 64
Hamilton, Alexander, 191
Hamilton, Harry, 43
Hanke, Lewis, 112
Hardy, Thomas, 63
Hargreaves, James, 54, 101, 208, 209
Harrington, James, 86
Hauptmann, Gerard, 65
Hautefeuille, abate, 55
Haya de la Torre, Victor Raúl, 182,
184, 187, 277
Hegel, Jorge Guillermo Federico,
72, 77, 88, 106, 131, 132,
143, 201, 276, 277, 278, 282,
291
Heidegger, Martín, 106, 130, 291,
331
Helvetius, Claude Adrien, 206, 233
Heller, Herman, 313
Henríquez Ureña, Pedro, 303, 304
Heráclito, 99, 241, 242, 285

Herbart, Johann Friedrich, 131
Herder, Johann Gottfried von, 216, 217
Heredia, José María, 354, 457, 465
Herkner, Heinrich, 50, 59
Hernández, Miguel, 531
Hidalgo, Miguel, 149, 310
Hitler, Adolfo, 81, 153, 238, 240,
244, 245, 269, 307, 314, 315,
322, 324, 325, 336, 450, 501,
516, 517, 518, 523, 545, 554
Hobbes, Thomas, 77, 93, 106,
121, 203, 214, 215, 234, 248,
326, 439
Hobson, John A., 66
Holbach, Paul Henri Thiry, baron de,
206, 213, 233
Hoover, Herbert Clark, 377, 426
Horacio, 450
Hostos, Eugenio María de, 151,
167, 168, 310
Houssay, Bernardo, 570
Howard, Thomas, tercer duque
de Norfolk, 266
Hugo, Víctor, 217, 496
Huxley, Aldo, 518

I

Ibáñez, Roberto, 566, 568, 571, 573
Iglesias, Margarito, 368, 381
Imaz, Eugenio, 101
Ingenieros, José, 472, 473, 474,
476, 477, 478, 479, 480, 481,
482, 484, 574
Irizarri, José Miguel, 383
Isabel I de Castilla, 82, 122

J

Jackson, Andrew, 428
Jacobi, Federico Enrique, 216
Jaeger, Warner, 309
James, William, 282
Janet, Pierre, 479

Jarnés, Benjamín, 110, 113
Jaspers, Karl, 106, 130, 332
Jaurès, Jean, 319, 200, 223, 318
Jefferson, Thomas, 86, 191, 192,
251, 281, 390, 394, 402, 463
Jellinek, George, 189, 313
Jenofonte, 264
Jiménez, Juan Ramón, 286, 306
Johnson, Alvin, 176
Jorge de Grecia, 338
Jorge VI, 334
Jourdain, Francis, 149, 150, 181,
328, 455, 573
Juárez, Benito, 149, 150, 181,
444, 454, 466, 572
Júpiter, 401

K

Kádár, János, 328, 332
Kafka, Frank, 331
Kant, Enmanuel, 86, 88, 201, 203,
216, 217, 241, 248, 282, 291
Kautsky, Carlos, 136
Kay, John, 54, 86
Kelsen, Hans, 313, 315
Kerenski, Alexandr F., 333
Keynes, John Maynard, 76, 338
Keyserling, Herman, 106, 238,
293, 324
Kierkegaard, Sören, 289
Kingsley, Charles, 244
Klinger, Friedrich Maximilian
von, 216
Köhler, Wolfgang, 293
Kropotkin, Pedro, 88, 91, 96, 97
Kruschev, Nikita, 332

L

La Bruyère, Jean de, 193
La Fayette, Marie Joseph Motier,
marqués de, 196
La Mettrie, Julien Offroy de, 213

Labriola, Antonio, 131, 134, 137,
138, 139, 141
Lacassagne, Juan Alejandro
Eugenio, 478
Lamar Schweyer, Alberto, 371
Lamartine, Alphonse de, 217
Langevin, Paul, 379
Laski, Harold J., 193, 204, 206,
210, 211, 212, 226, 233, 313,
320, 334, 338, 339, 426, 544,
545, 547
Lasseps, Fernando, 561
Laval, Pierre, 554
Lazo, Raimundo, 307
Lecoeur, Augusto, 328
Leguía, Augusto B., 367, 477
Leibnitz, Gottfried Wilhelm, 314
Lenin, Vladimir Ilich, 240, 269,
319, 321, 322, 324, 325, 332,
333, 568
León X, 120
Leopoldo de Bélgica, 337
Leroy, Maxime, 234
Lerroux, Alejandro, 517, 522
Lescot, Elié, 502
Lessing, Gotthold Ephraim, 213
Liebknecht, Wilhelm, 136
Lincoln, Abraham, 151, 181, 467,
587, 599
Lincoln, conde de, 62
Linguet, Simón Nicolás Enrique,
206, 233
Lizcano, Juan, 181
Locke, John, 86, 121, 191, 209,
210, 251, 463
Lombroso, César, 478, 479
López Contreras, Eleazar, 486,
495, 503
Loynaz del Castillo, Enrique, 504
Luciano, 111, 113
Ludd, Ned, 64
Lugones, Leopoldo, 477

Luis XIV, 193, 501
Luis XV, 193, 194, 219
Luis XVI, 193, 198
Lutero, Martín, 86, 121, 243
Luz y Caballero, José de la, 461, 510
Luzardo, Santos, 158

LL

Llerena, Mario, 566, 573
Llovera Páez, Luis Felipe, 181,
488, 494

M

Macaulay, Thomas Babington,
barón de Rothley, 61
Maceo, Antonio, 256, 455, 448, 584
Machado, Antonio, 155, 297,
306, 509
Machado, Gerardo, 253, 347, 349,
350, 359, 360, 361, 362, 363,
364, 365, 366, 367, 368,
369, 370, 371, 372, 373, 374,
375, 377, 378, 379, 380, 393,
396, 409, 473, 474, 505, 507,
549, 601
Madariaga, Salvador de, 565, 566,
570, 575
Madison, James, 190, 191, 192
Magloire, Paul, 502
Magoon, Charles, 355, 356
Malatesta, Enrique, 91, 476
Malebranche, Nicolás de, 202
Malenkov, Georgi, 324
Malraux, André, 331
Malthus, Thomas Robert, 58, 93
Mallarmé, Stéphane, 304
Man, Henri de, 320
Mandeville, Bernard, 212
Mannheim, Karl, 103, 104
Mantoux, Paul, 44, 60, 61, 62
Mañach, Jorge, 307, 378, 603
Maquiavelo, Nicolás, 77, 83, 106,
117, 120, 123, 126, 133, 134,
234, 248, 269, 270, 272,
273, 274, 315
Marañón, Gregorio, 80
Marat, Jean-Paul, 192, 223
Marco Aurelio, 82, 125, 436
Mariana, Juan de, 251
Mariátegui, José Carlos, 144,
474, 555
Mariné, Jaime, 356, 398
Marinello, Juan, 425, 603, 604
Maritain, Jacques, 106, 323
Marrero, Domingo, 287, 297
Marrero, Leví, 412
Martí, José, 149, 151, 153, 154,
155, 156, 163, 164, 166, 167,
185, 230, 247, 251, 252, 257,
307, 310, 351, 357, 368, 370,
371, 384, 386, 399, 404, 407,
417, 419, 435, 436, 437, 441,
442, 443, 444, 445, 446, 449,
450, 451, 452, 453, 454, 455,
458, 459, 461, 466, 474, 574
Martínez Campo, Arsenio, 352, 520
Martínez Villena, Rubén, 160,
348, 358, 362, 363, 370, 374,
471, 472, 536, 602
Marx, Carlos, 44, 52, 53, 56, 61, 64,
69, 72, 86, 88, 89, 90, 94, 98,
100, 104, 111, 131, 133, 134,
136, 137, 138, 139, 140, 141,
240, 276, 278, 285, 318, 322,
325, 332, 334, 339, 384, 476
Massaryck, Tomás Garrigue,
137, 138
Mathiez, Albert, 195, 196, 198
Maudsley, Henry, 478
Maura, Antonio, 291
Mauriac, François, 328
Maurice, Federico, 244
Maurras, Charles, 321, 322
McCarthy, Joseph, 186
McLeish, Archibald, 176, 280, 300

Médecis (familia), 119, 193
Médecis, Cosme de, 82, 117, 119,
123, 194
Médecis, Lorenzo de (el
Magnífico), 83, 120, 127, 270
Medina Angarita, Isaías, 488, 503
Mefistófeles, 155
Mehring, Franz, 88, 90
Melville, Hermán, 331
Mella, Julio Antonio, 186, 347,
362, 363, 370, 371, 373, 392,
400, 409, 423, 438, 441, 442,
444, 472, 482, 536, 537, 601
Méndez Peñate, Roberto, 371, 374
Mendieta, Carlos, 347, 360, 368,
370, 371, 374, 386, 393, 402
Menéndez Pidal, Ramón, 305
Menger, Antón, 137, 138
Mercado, Manuel, 443, 455
Mercurio, 129
Merlino, Saverio, 137, 138
Meslier, abate, 86, 206, 219
Meyer, Eduardo, 290
Míaja, José, 519, 533
Miguel Ángel, 117, 120, 129, 224
Milton, John, 65
Mingüella, Ramón, 288, 297
Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti,
conde de, 192, 196, 206, 221
Mirandola, Pico de la, 119, 120
Moncada, Guillermo, 448, 582
Mondolfo, Rodolfo, 26, 216, 218
Monge, Luis Alberto, 566, 573
Monipodio, 49
Montaigne, Michel Eyquem de,
77, 106, 120, 231
Montalvo, Juan, 151, 474
Monteforte, Mario, 577
Montesquieu, Carlos de Secondat,
barón de, 86, 191, 192, 203,
207, 208, 209, 210, 213, 231,
232, 233, 234, 235, 435

Montoro, Rafael, 252
Montseny, Federica, 91
Morelos, José María, 149
Moreno Villa, José, 306
Morgan, Claude, 328
Moro, Tomás, 84, 102, 101, 110,
111, 112, 113, 128, 247, 265,
266, 267, 268, 276, 339
Morris, William, 28
Morselli, Enrique, 478
Münzer, Thomas, 86, 243
Musset, Alfredo de, 217
Mussolini, Benito, 144, 145, 146,
238, 240, 269, 307, 322, 324,
336, 450, 516, 518, 545

N

Naguib, Muhammad, 558
Nasser, Gamal Abdel, 557, 558,
559, 561, 563
Navarro Tomás, Tomás, 172, 305
Nehru, Pandit Jawaharlal, 161,
240, 329, 556, 558
Nenni, Pietro, 328
Nestlau, Max, 94
Newcomen, Thomas, 55, 56
Newton, Isaac, 46, 210, 277
Nezahualcóyotl, 110
Nicolás I, 88
Nietzsche, Federico, 93, 276,
289, 399, 476, 560
Northrop, Filmer S., 235, 236,
237, 239, 241
Novás Calvo, Lino, 532
Núñez Portuondo, Ricardo, 374, 425

O

Octavio, 131
Odría, Manuel Arturo, 178, 183,
184, 492, 567
Olvilgie, William, 64
Onís, Federico de, 305, 307

Ortega Gasset, José, 200, 230,
286, 287, 289, 290, 292, 293,
294, 295, 296, 297, 317, 568
Ortega Munilla, José, 287
Ortiz, Arsenio, 377, 505
Ortiz, Fernando, 79, 153, 176,
351, 355, 377, 603
Ospina Pérez, Mariano, 178, 339
Owen, Robert, 61, 86, 87, 93

P

Pagnol, Marcel, 328
Paine, Thomas, 64, 191
Pais, Frank, 584
Palacios, Alfredo L., 176, 379, 474
Panza, Sancho, 155
Papin, Denis, 55
Parrington, Vernon Louis, 190
Paulsen, Friedrich, 290
Paz Estensoro, Víctor, 184
Pedraza, José Eleuterio, 383, 394,
396, 400
Pedro de Yugoslavia, 337
Pedro el Grande, 326
Peramás, José, 112
Peraza, Francisco, 377
Pérez Bonalde, Juan Antonio, 155
Pérez, Carlos Andrés, 496
Pérez Dámara, Genovevo, 505,
506, 515
Pérez de Ayala, Ramón, 260, 292
Pérez Jiménez, Marcos, 181, 488,
494, 498, 507, 568
Pericles, 120, 125, 194
Perón, Juan Domingo, 178, 492, 567
Pestalozzi, Johann Heinrich, 217
Pétain, Henri Philippe, 540
Picasso, Pablo, 518
Pinchbeck, Ivy, 61
Píndaro, 287
Pirenne, Henri, 117
Pittaluga, Gustavo, 163, 176, 297

Planck, Max Karl Ernst Ludwig, 290
Platón, 101, 110, 111, 112, 127,
208, 264, 269, 285, 305, 555
Plejanov, Jorge, 136, 138
Plotino, 330
Plutarco, 156, 399
Plutón, 129
Polibio, 208
Policiano, 127
Pompadour, Jeanne Antoinette
Poisson, marquesa de, 194, 211
Ponce, Aníbal, 82, 110, 122, 126
Ponce, Fidelio, 420
Pontano, Givanni, 123, 124
Popper, Karl Raimond, 284, 285
Portela, Guillermo, 383
Portes Gil, Emilio, 373
Prevert, Jacques, 328
Primo de Rivera, Miguel, 295,
363, 522
Prío Socarrás, Carlos, 405, 413,
414, 425, 431, 503
Prometeo, 65, 91, 192
Próspero, 480
Proudhon, Pierre Joseph, 86, 88,
93, 94, 95, 96
Ptolomeo, 83, 127
Pufendorf, Samuel von, barón
de, 214
Pulgar Vidal, Javier, 277
Pushkin, Alexandr S., 217

Q

Quesnay, François, 84, 128, 192
Quetzalcóatl, 312
Quevedo y Villegas, Francisco de,
267, 268, 306, 531
Quiroga, Vasco de, 101, 109, 110,
111, 113, 121
Quisling, Vidkun, 540, 554

R

Rabelais, François, 77, 120

Rafael, 48, 120, 129
Raigorowski, Moisés, 516, 529
Ramírez, Alejandro, 166
Ramos Mejía, José María, 475, 478
Ramsay MacDonald, James, 55, 339
Ranke, Leopold von, 277
Ravell, Alberto, 497
Reclus, Eliseo, 91, 97
Regules, Dardo, 176
Rembrandt, Harmenszoon van
Rijn, 75
Renouvier, Carlos Bernardo, 216
Reyes, Alfonso, 110, 112, 298, 299,
300, 301, 302, 303, 304, 305,
307, 308, 309, 311, 312, 579
Reyes, Bernardo, 301, 302, 305
Ricardo, David, 86
Richter, Johann Paul Friedrich, 217
Río Hortega, Pío del, 379
Ríos, Fernando de los, 119, 249,
258, 275, 297, 313, 314, 315,
316, 441
Ritson, John, 64
Rivière, Mercier de la, 219
Roa, Ramón, 166, 398, 438, 601
Robespierre, Maximiliano, 86,
192, 205, 207, 220, 221, 222,
223, 224, 435
Rodbertus, Carlos, 136
Rodembach, Georges, 525
Rodó, José Enrique, 151, 301,
473, 574
Rodríguez, Aníbal, 411, 412
Rodríguez Larreta, Eduardo, 176
Rojas Pinilla, Gustavo, 549, 568, 572
Rolland, Romain, 238, 280, 332,
379, 518, 552, 555
Romain, Jules, 328
Romañach, Leopoldo, 354
Romero, Francisco, 78, 312, 567
Romero, José Luis, 566, 567,
571, 576

Ronsard, Pierre de, 120, 123
Roosevelt, Franklin Delano, 68,
161, 171, 181, 269, 324, 365,
378, 379, 426, 538, 539, 540,
552, 553, 574
Roosevelt, Teodoro, 170, 459
Rosas, Juan Manuel de, 14, 367, 485
Rotterdam, Erasmo de, 83, 120,
121, 123, 124, 125, 127, 266,
267, 270, 313
Rousseau, Juan Jacobo, 86, 88,
102, 106, 125, 156, 189, 192,
206, 207, 209, 213, 214, 215,
216, 217, 218, 219, 221, 215,
226, 233, 325
Roux, Santiago, 224
Roy, Claude, 328
Ruggiero, Guido de, 145
Russell, Bertrand, 284
Ruysdael, Jacobo van, 75

S

Sáenz, Vicente, 176
Saint-Étienne, Rabaut de, 221
Saint-Just, Louis Antoine León de,
192, 210, 221, 222
Saint-Pierre, Jacques Henri
Bernardin de (abate), 205
Saint-Simon, Claude Henri de
Rouvroy, conde de, 86, 87,
94, 136, 193
Sainte-Beuve, Charles Agustín,
232, 233
Salisbury, Juan de, 251
Salvemini, Gaetano, 145
San Agustín, 88, 101, 330
San Francisco de Asís, 118
San Pablo, 21, 245
San Pedro, 120, 124
Sánchez Arango, Aureliano, 176,
404, 405, 407, 413, 414, 415,
416, 417, 418, 419, 420, 421,
422, 423, 430, 431

- Sánchez, Luis Alberto, 176, 566, 568, 571, 572
- Sand, George (Amandine Aurore Lucie Dupin, baronesa Dudevant), 88, 217
- Sandino, Augusto César, 443, 568
- Sanguily, Julio, 381, 438, 455
- Sanguily, Manuel, 151, 252, 351, 353, 358, 359, 405, 451, 460, 461, 466
- Sanín Cano, Baldomero, 574
- Sanjurjo, José, 523
- Santa Teresa, 155
- Santo Tomás de Aquino, 244, 251
- Santos, Eduardo, 176, 566, 567, 568, 573, 576
- Santullano, Luis A., 172
- Sargent, Daniel W., 265
- Sarmiento, Domingo Faustino, 49, 151, 158, 307, 310, 467, 475, 480
- Sartre, Jean Paul, 327, 328, 329, 330, 331
- Saumell, Alberto, 520
- Savonarola, 120
- Say, Juan Bautista, 60
- Scheler, Max, 106
- Schiller, Friedrich von, 216
- Schleiermacher, Friedrich Ernst Daniel, 216
- Schmitt, Carl, 93, 315
- Schumpeter, Adolph A., 75
- Sée, Henri, 43, 66, 69, 74, 75
- Seligman, Edwin R. A., 66, 69, 70
- Séneca, 82, 125
- Serpa, Enrique, 424
- Shaw, George Bernard, 339, 340
- Shelley, Percy B., 65
- Shepilov, Dimitri, 558
- Shylock, 155
- Sierra, Justo, 151, 303
- Silone, Ignacio, 332
- Simmel, Georg, 290
- Sismondi, Sismonde de, 44, 59, 136
- Smith, Adam, 51, 56, 60, 62, 546
- Sócrates, 110, 148, 242, 263, 264, 265, 266, 280, 283, 412, 435, 510, 555
- Sófocles, 258
- Sombart, Werner, 44, 45, 50, 66, 69, 70, 71, 72, 74, 126
- Somoza, Anastasio, 178, 487, 492, 494, 508, 568, 577
- sor Juana Inés de la Cruz, 155
- Sorel, Jorge, 137, 138, 319, 321
- Soriano, Rodrigo, 379
- Spaventa, Beltrán, 131
- Spengler, Oswald, 106, 275, 276, 278, 279
- Spinoza, Baruch, 86, 148, 203, 214
- Stafford Cripps, Sir Richard, 338, 339, 340
- Stalin, José, 237, 269, 324, 325, 326, 332, 539, 567
- Stammler, Rudolf, 137, 138, 315
- Stephenson, George, 86
- Stirner, Max, 88, 93, 476
- Strieder, Jacobo, 115, 117
- Stuart Mill, John, 58, 216, 263, 339
- Stumpf, Carlos, 290
- T**
- Tagore, Rabindranath, 555
- Taine, Hipólito, 221, 227
- Tannenbaum, Frank, 566, 568, 573
- Tarso, Pablo de, 118
- Tartufo, 407
- Telesio, 84, 128
- Thelwall, John, 63
- Thomas, Norman, 566, 567
- Thompson, William, 93
- Tiberio, 500
- Tito (Josip Broz), 322, 558
- Tito Livio, 133, 270
- Tocqueville, Alexis de, 192, 194
- Tolstoi, León, 217, 555
- Tooke, Horne, 64
- Toriello, Guillermo, 184
- Tormes, Lazarillo de, 49
- Torras, Julio César, 412, 418
- Torre, Carlos de la, 383
- Torriente Brau, Pablo de la, 376, 423, 438, 505, 515, 516, 519, 520, 524, 526, 527, 528, 529, 536, 537
- Toynbee, Arnold, 44, 249, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280
- Trejo, Rafael, 348, 375, 376, 409, 423, 444, 536, 537, 602
- Trelles, Carlos M., 350, 355
- Triplet, Elsa, 328
- Trotsky, León, 269, 320, 324, 325
- Trujillo, Rafael Leónidas, 178, 367, 393, 487, 491, 494, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 511, 567, 593, 596, 597, 598
- Truman, Harry, 269, 494, 538, 539
- Tsé, Lao, 93
- Tse-Tung, Mao, 240, 551
- Tzu, Mo, 241
- Tugwell, Rexford G., 171, 173
- Turgot, Jacques, 195, 206, 213, 233
- Turguenev, Iván, 88, 217
- U**
- Ugarte, Manuel, 379
- Ulises, 108
- Unamuno, Miguel de, 154, 155, 282, 289, 290, 292, 306, 442, 379, 521
- Urales, Federico, 91
- Urbina, Luis G., 303
- Ure, Andrew, 52
- Urgoiti, Nicolás María de, 292
- Urrutia, Manuel, 585
- Usher, Abbot Payson, 46
- V**
- Vailland, Roger, 328
- Valdés Daussá, Ramiro, 409, 444, 525, 602
- Valéry, Paul, 106, 309, 329
- Valladares, Esperanza, 152
- Valle Inclán, Ramón María del, 253, 292, 306, 367, 379
- Varela, Félix, 362
- Vargas, José María, 486
- Vargas, Mario, 496, 497
- Varona, Enrique José, 151, 252, 310, 350, 358, 369, 375, 404, 405, 414, 418, 420, 438, 454, 474, 483, 484, 537, 574
- Vasari, Giorgio, 118
- Vasconcelos, José, 302, 303, 482
- Vasconcelos, Ramón, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 354, 355, 356, 357, 359, 366, 367, 376, 389, 390, 396, 397, 398, 399, 400
- Vauban, Sebastián Le Preste, marqués de, 193
- Vázquez Bello, Clemente, 361, 368, 378
- Vázquez Díaz, Manuel, 182, 566
- Vecchio, Giorgio del, 222
- Veggio, Maffeo, 83, 127
- Veintemilla, Ignacio de, 367, 485
- Velázquez, José María, 412
- Verne, Julio, 46
- Vesalio, 123, 270
- Vico, Juan Bautista, 130, 133, 134, 192, 209, 284
- Villaverde, Cirilo, 166
- Vincent, Stenio J., 501
- Vives, Juan Luis, 121, 266

Vives, Luis, 84, 128, 270
Voltaire (François Marie Atouet),
84, 86, 125, 128, 192, 204,
206, 210, 211, 212, 233
Vulcano, 129

W

Wagner, Richard, 87
Wallace, Henry A., 161, 364
Wallas, Graham, 339, 547
Washington, George, 151, 161,
192, 254, 368, 374, 377, 379,
384, 445, 494, 538, 540, 542,
558, 559, 593
Watt, James, 46, 55, 56, 86
Webb, Beatriz, 339
Webb, Sydney, 339
Weber, Max, 66, 69, 72, 73, 74
Webster, Daniel, 191
Welles, Benjamín Sumner, 379,
380, 382, 383, 384, 385, 386,
388, 391, 392
Wells, Herbert George, 518

Wert, León, 379
Whitaker Arthur P., 566, 572, 576
White, José, 354
Whitman, Walt, 467
Winstanley, Gerardo, 86
Wöelfflin, Enrique, 290
Wood, Leonardo, 352, 353, 437
Wordsworth, William, 64
Wundt, Guillermo, 290

X

Xirau, Joaquín, 121, 297

Y

Young, Arthur, 197

Z

Zalesky, Jerzy, 328
Zambrano, Maria, 296, 297
Zavala, Silvio A., 110, 111, 113
Zayas, Alfredo, 350, 355, 356,
360, 365, 366
Zayas Bazán, Rogerio, 361, 368
Zenea, Juan Clemente, 166

Índice de materias

A

A Study of History (Arnold J. Toynbee), 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280
ABC, 377, 378, 379, 380, 381, 383, 384, 385, 388, 389, 390, 392, 393
absolutismo, 43, 48, 140, 188, 193, 194, 198, 200, 204, 205, 207, 209,
216, 219, 220, 227, 230, 232, 233, 248, 465, 500
Ala Izquierda Estudiantil, 376, 377, 601
Alemania, 47, 48, 64, 65, 67, 87, 120, 131, 162, 195, 235, 238, 244, 290,
291, 318, 335, 336, 427, 515, 516, 525, 539, 560, 596
América, 43, 46, 79, 101, 110, 110, 111, 112, 115, 154, 564
América hispana, 47, 49, 111, 113, 114, 149, 150, 151, 152, 153,
154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 165, 166,
167, 174, 175, 177, 180, 181, 185, 253, 261, 280, 295, 301,
304, 307, 310, 312, 329, 371, 379, 383, 239, 306, 351, 411,
436, 440, 442, 444, 445, 446, 450, 454, 457, 459, 460, 461,
464, 465, 466, 469, 470, 471, 472, 479, 481, 483, 484, 487,
491, 492, 493, 494, 497, 499, 507, 511, 512, 516, 536, 537,
546, 548, 560, 564, 566, 567, 571, 575, 582, 585
anarquismo, anarquistas, ácratas, 78, 79, 80, 81, 85, 87, 89, 90, 91, 92,
93, 94, 95, 96, 97, 98, 218, 475
ancien régime, antiguo régimen, 67, 193, 194, 196, 197, 198, 204, 205,
209, 211, 219, 220, 232, 233
antigüedad, 81, 118, 121, 122, 125, 126, 208, 271, 308, 409
antiimperialismo, 176, 185, 376, 381, 387, 518, 573
Antiimperialista, Liga, 368, 385
APRA, 184, 185
Argentina, 47, 160, 175, 295, 306, 361, 372, 378, 474, 477, 491, 497,
511, 565

artesano, artesanos, 43, 50, 54, 71, 76, 105, 115, 198, 199, 223, 243
autocracia, 158, 231, 283, 314, 485, 546
autoridad, 90, 96, 97, 98, 116, 135, 144, 146, 192, 194, 195, 210, 232, 242,
247, 248, 255, 256, 257, 272, 274, 285, 294, 296, 314, 381, 401, 402,
405, 410, 417, 422, 428, 432, 448, 466, 467, 475, 586
azúcar, 165, 168, 169, 172, 173, 178, 197, 254, 353, 363, 364, 368, 455,
467, 587, 588, 589, 590

B

BAGA, 396, 399, 403, 404, 407, 410, 412, 414, 421, 425
banca, crédito, préstamo, usura, 45, 50, 56, 66, 68, 75, 81, 87, 116, 124,
194, 351, 352, 359, 365, 368, 373, 379, 397, 406, 407, 408, 415,
416, 430, 431, 451, 469, 488, 592
Biblia, 65, 217, 218, 227, 295
Bill of Rights, 189, 218, 229, 250
Bohemia, 176, 343, 367, 452, 459, 493, 494, 504, 508, 514, 564, 577, 599
Brasil, 47, 112, 306, 502, 565
buena vecindad, 151, 171, 181, 378, 513, 535, 536, 537, 538, 572
burguesía, 47, 48, 59, 62, 71, 72, 75, 77, 78, 81, 82, 84, 86, 92, 105, 114,
116, 117, 125, 126, 128, 188, 189, 194, 196, 198, 199, 200, 203,
206, 219, 227
pequeña burguesía, 135, 136, 145, 199, 220, 389, 581

C

Cámara de los Comunes, 61, 62, 65, 337, 515
campesinado, campesinos, 52, 57, 80, 84, 121, 127, 197, 198, 199, 200,
220, 385, 396, 407, 486, 529, 532
capital, capitalismo, capitalista, 43, 44, 45, 47, 49, 50, 51, 52, 59, 67, 68,
69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 86, 92, 94, 95, 114, 118, 122, 136,
140, 141, 159, 169, 178, 188, 190, 217, 226, 244, 245, 299, 302,
318, 320, 340, 348, 353, 363, 409, 425, 590
acumulación de capital, 68, 74, 115
capitalismo financiero, 45, 74, 135
capitalismo moderno, 43, 44, 61, 66, 69, 73, 74, 75, 76, 188, 228
Caracas, 155, 157, 178, 181, 183, 184, 470, 491, 494, 495, 496, 502, 506
Caribe, 164, 231, 450, 473, 492, 493, 498, 500, 501, 503, 505, 594,
595, 596
Carta del Atlántico, 174, 484, 510, 513, 537, 553, 558, 560
Castilla, 48, 116, 155, 163, 288, 518, 526, 533
ciencia y técnica, 45, 46, 52, 54, 55, 56, 57, 69, 74, 76, 77, 86, 91, 97,
105, 106, 118, 123, 127, 139, 200, 201, 248, 258, 278, 284, 289,
294, 408, 425, 426, 472, 480, 571

ciudadano, 174, 180, 188, 189, 190, 218, 229, 230, 234, 251, 255, 268,
315, 438, 466, 496
civilización, 78, 102, 105, 153, 165, 169, 213, 214, 247, 274, 278, 279,
355, 465, 515, 517, 519, 520, 564
clase, 48, 58, 59, 61, 62, 63, 66, 69, 71, 72, 73, 74, 75, 79, 82, 83, 85, 87,
99, 114, 115, 116, 117, 124, 126, 127, 135, 136, 147, 153, 162, 172,
197, 199, 203, 223, 224, 235, 319, 322, 335, 359, 376, 384
clero, 48, 197, 200, 206, 211, 221, 292, 521
Colombia, 157, 182, 183, 481, 484, 489, 492, 495, 496, 497, 565, 568,
570, 572
colonia, colonial, colonialismo, 46, 50, 51, 74, 115, 116, 155, 161, 165, 166,
168, 169, 170, 172, 189, 253, 353, 359, 371, 378, 380, 389, 392, 424,
442, 446, 448, 450, 456, 458, 465, 474, 517, 549, 556, 584
comercio, 44, 46, 47, 50, 51, 57, 67, 68, 69, 74, 114, 115, 124, 125, 166,
191, 196, 199, 212, 221, 351, 356, 385, 389, 395, 412, 451, 497,
559, 589, 590
Confederación Nacional Obrera de Cuba, 381, 382, 385, 389, 390
Conferencia de Bandung, 548, 549, 550
Conferencia Interamericana Pro Democracia, 175, 176, 179, 181
Conferencia Interamericana por la Libertad de la Cultura, 562, 563, 564,
565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578
Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 237, 507
Conspiración de los Iguales, 223, 224, 227
Constituciones, Constituyentes, 48, 159, 190, 191, 222, 255, 257, 350,
359, 370, 379, 380, 381, 392, 405, 414, 428, 432, 436, 438, 449,
467, 483, 486, 487, 489
Consstitución de Guáimaro, 257
Constitución de 1793, 222, 224
Constitución de 1940, 257, 345, 395, 427, 428, 429, 433
Cortes Constituyentes, España, 48, 116, 166, 295, 378
Contrarreforma, Tribunal del Santo Oficio, 48, 121, 248, 394
contrarrevolución, reacción, 64, 87, 90, 136, 144, 158, 176, 223, 224,
278, 296, 317, 322, 328, 337, 386, 389, 390, 391, 398, 403, 491, 544
contrato social, 156, 189, 191, 215, 218, 226
Convención Nacional de 1792, Francia, 222, 224, 227
corrupción, 61, 172, 175, 194, 205, 207, 217, 229, 233, 261, 273, 333,
405, 409, 425
crédito público, deuda pública, 74, 169
crisis (económica, política, social, de especulación, general del
capitalismo), 64, 73, 100, 106, 115, 371, 372, 426
Cruzadas, 44, 114
Cuba, 152, 153, 157, 159, 166, 167, 168, 176, 186, 232, 252, 254, 257,
287, 312, 345, 347, 349, 350, 352, 355, 357, 359, 360, 362, 363,

364, 371, 375, 380, 384, 385, 386, 387, 394, 397, 400, 404, 407, 408, 411, 423, 427, 431, 435, 437, 438, 447, 450, 451, 452, 453, 457, 460, 464, 467, 468, 469, 470, 471, 499, 501, 505, 517, 518, 538, 575, 578, 579, 580, 583, 585, 587, 589, 594, 597, 598
Cultura, 79, 82, 86, 94, 100, 102, 109, 117, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 131, 137, 145, 146, 147, 154, 155, 163, 165, 168, 172, 176, 195, 200, 203, 214, 227, 228, 229, 237, 247, 258, 265, 276, 279, 282, 287, 292, 294, 302, 303, 304, 306, 317, 327, 332, 355, 357, 362, 397, 403, 405, 406, 413, 419, 420, 421, 422, 428, 433, 434, 438, 456, 457, 471, 480, 490, 522, 530, 564, 574, 603, 604
cuota azucarera, Ley de cuotas, cláusula 202 E, diferencial azucarero, 364, 370, 372, 535, 537, 587, 588, 589, 396, 407

CH

Chile, 185, 306, 474, 507, 565
China, 240, 241, 434, 550

D

Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, 152
Declaración de Independencia de los Estados Unidos, 229
Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, 170, 189, 217, 218, 229, 234, 250, 546
Declaración Universal de los Derechos Humanos, 549
democracia, 43, 76, 77, 106, 147, 150, 151
 democracia burguesa, 317, 319, 320, 321
 democracia cristiana, 318, 322
 socialdemocracia, 206, 318, 339
derecho, 62, 70, 72, 73, 74
 derecho burgués, 95, 223, 228, 244, 455
 derecho de propiedad, 58, 85, 95, 192, 206
 derecho feudal, 116, 126, 197, 205, 243
 derecho internacional, 555
 derecho natural, 208, 215, 225, 226
 derecho nazi, 108, 244
 derecho público, 179
 derecho subjetivo y derechos patrimoniales, 21, 22
 derechos humanos, 77, 82, 84, 95, 96, 169, 180, 198, 206, 215, 218, 234, 242, 243, 465, 448, 517, 542, 547
 derechos políticos, 63, 66, 143, 149, 150, 174, 179, 185, 191, 215, 219, 221, 228, 230, 251, 320, 431, 452, 453, 466, 496, 499, 549, 553, 560, 561, 574, 585
 derechos subjetivos y derechos patrimoniales, 177, 435, 544, 545

desarrollo, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 55, 56, 59, 63, 64, 66, 67, 68, 72, 73, 74, 76, 81, 84, 85, 86, 87, 92, 93, 96, 99, 105, 114, 116, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 150, 152, 166, 169, 175, 177, 193, 196, 197, 199, 200, 202, 203, 207, 209, 210, 217, 220, 230, 236, 248, 250, 254, 258, 270, 276, 277, 278, 285, 318, 323, 333, 335, 353, 357, 360, 372, 373, 375, 387, 408, 421, 423, 429, 443, 446, 456, 465, 474, 483, 488, 491, 504, 515, 538, 539, 542, 544, 545, 546, 550, 555, 556, 558, 560, 561, 563, 569, 575, 576, 580, 585, 588, 597
descubrimiento, conquista y colonización de América, 49, 110
desempleo, 68, 85, 169, 170, 431
desigualdad, 85, 128, 191, 221, 225, 226, 229
despotismo, 65, 208, 229, 232, 235, 248, 329, 333, 464, 476, 483, 546, 577, 585, 595
destino manifiesto, 47, 168, 483, 491
dialéctica, 85, 92, 131, 134, 142, 205, 238, 259, 276, 282, 295, 318, 319, 333, 366, 453
dictadura, 169, 174, 221, 224, 249, 260, 303, 319, 332, 347, 393, 394, 399, 418, 433, 472, 483, 494, 498, 500, 501, 505, 510, 556, 567, 568, 569, 571, 580, 581, 583, 592, 595, 602, 604
 dictadores, 159, 179, 186, 231, 302, 324, 370, 379, 504, 537, 547, 575, 576, 579, 595, 596
 dictadura del proletariado, fase de transición, 224, 320
dinero, 45, 74, 81, 82, 112, 114, 115, 116, 123, 125, 126, 173, 197, 221, 261, 269, 431, 502, 523
Directorio (Revolución francesa), 220, 224, 226
Directorio Estudiantil Universitario, 369, 374, 376, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 389, 390, 432, 601
Directorio Revolucionario, 580, 581, 582, 583
dogmatismo, 212, 242, 282, 477
dominación, 27, 99, 104, 108, 117, 164, 169, 175, 239, 254, 272, 325, 352, 374, 389, 442, 447, 450, 460, 468, 537, 547, 551, 570

E

economía, 47, 57, 58, 73, 74, 85, 92, 94, 100, 115, 118, 140, 141, 147, 170, 173, 174, 229, 234, 254, 279, 325, 351, 358, 361, 387, 423, 431, 468, 480, 488, 537, 569, 588, 590, 597
 estructura económica, 43, 47, 50, 51, 178, 188, 261, 340, 351, 379, 423, 424, 458, 474, 488
Edad Media, 44, 46, 58, 81, 114, 115, 119, 123
efebocracia, 379, 383, 386, 388
Egipto, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562
eje Roma-Berlín-Tokio, 238, 245, 539, 551, 552, 560

El contrato social (Juan Jacobo Rousseau), 156, 189, 213, 214
El espíritu de las leyes (Charles-Louis de Montesquieu), 207, 208, 231, 232, 233, 234
El Mundo, 148, 164, 182, 187, 280, 316, 326, 340, 434, 435, 437, 546, 603
El príncipe (Nicolás Maquiavelo), 234, 269, 270, 272
 elecciones, comicios, sufragio, 63, 136, 158, 178, 179, 180, 185, 320, 333, 337, 339, 353, 356, 357, 372, 374, 381, 394, 395, 402, 427, 431, 432, 435, 485, 486, 487, 494, 521, 592, 494
Elogio de la locura (Erasmus de Rotterdam), 80, 266
Emilio (Juan Jacobo Rousseau), 214
 Enciclopedia, enciclopedistas, 140, 142, 193, 195, 203, 205, 207, 213, 219, 233, 287, 509, 462
 Enmienda Platt, 169, 352, 359, 370, 378, 386, 391, 450, 458, 467, 473, 538, 585
 esclavitud, 67, 71, 109, 110, 129, 142, 143, 168, 209, 245, 316, 357, 365, 455, 493, 511, 537, 547
 escolástica, 82, 103, 115, 117, 118, 122, 123, 125, 474
 España, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 57, 67, 83, 92, 99, 109, 110, 111, 116, 120, 121, 127, 128, 153, 154, 155, 160, 161, 162, 163, 165, 267, 286, 288, 289, 291, 295, 296, 297, 299, 306, 330, 336, 337, 362, 386, 394, 444, 447, 448, 453, 455, 457, 463, 484, 491, 497, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 522, 523, 524, 532, 585
 Estado, 45, 50, 65, 77, 78, 80, 83, 88, 90, 91, 92, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 106, 112, 114, 118, 121, 123, 126, 131, 142, 146, 147, 168, 177, 185, 188, 193, 195, 196, 200, 204, 207, 209, 215, 216, 221, 232, 234, 253, 258, 269, 270, 271, 272, 273, 295, 302, 313, 314, 315, 318, 319, 326, 396, 409, 424, 586, 591, 604
 Estado de derecho, 218, 234, 255, 256, 257, 314, 432, 434, 438, 575
 Estados Generales, 194, 195, 219
 razón de, 101, 259, 271, 272, 325
 Tercer Estado, 49, 82, 125, 193, 195, 200, 203, 204, 206, 213, 219, 221, 227, 229
 Estado totalitario, 98, 153, 174, 231, 240, 248, 274, 332, 325, 331, 491, 516, 537, 575, 577
 estado de naturaleza, 129, 214, 215, 226, 438
 estado de sitio, 173, 256, 570
 Estados Unidos, 47, 62, 67, 68, 151, 161, 162, 164, 167, 169, 170, 172, 181, 185, 186, 190, 191, 192, 229, 235, 237, 239, 240, 281, 329, 330, 337, 351, 352, 353, 359, 363, 364, 365, 369, 377, 378, 387, 396, 426, 442, 444, 445, 446, 447, 450, 454, 465, 466, 467, 468, 470, 478, 493,

501, 502, 505, 510, 511, 537, 538, 539, 541, 542, 543, 544, 547, 549, 556, 557, 560, 562, 564, 570, 571, 573, 581, 584, 585, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 594, 596, 597, 598, 601, 602
 estudiantes, 117, 152, 173, 181, 275, 361, 362, 366, 368, 369, 371, 374, 376, 384, 393, 412, 417, 443, 472, 480, 490, 495, 496, 508, 535, 568, 579
 ética, 74, 77, 95, 98, 106, 130, 131, 132, 133, 134, 139, 140, 207, 216, 217, 250, 260, 261, 310, 315, 434, 568
 Europa, 44, 47, 48, 49, 57, 65, 66, 67, 74, 75, 91, 102, 112, 120, 121, 131, 135, 173, 175, 188, 192, 199, 207, 232, 237, 276, 296, 304, 305, 318, 321, 335, 451, 464, 478, 479, 492, 511, 578
 Evangelio, 128, 245
 evolución, 43, 45, 51, 67, 70, 74, 75, 85, 92, 93, 116, 136, 188, 189, 210, 256, 278, 285, 333, 398, 462, 482, 545
 explotación, 46, 47, 51, 60, 63, 66, 68, 71, 73, 74, 83, 85, 97, 110, 115, 126, 135, 140, 152, 159, 175, 184, 197, 214, 261, 326, 449, 455, 486, 545, 555

F

fábrica, 46, 51, 54, 60, 61
 fascismo, 92, 130, 142, 144, 145, 146, 161, 162, 296, 321, 322, 335, 337, 362, 371, 509, 510, 511, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 522, 524, 525, 539, 540, 541, 552
 fe, 77, 78, 79, 94, 97, 103, 105, 111, 117, 119, 130, 134, 145, 178, 189, 204, 205, 225, 241, 242, 246, 259, 262, 291, 294, 316, 335, 359, 376, 396, 437, 442, 459, 464, 470, 494, 509, 518, 577
 Federación Estudiantil Universitaria (FEU), 186, 257, 397, 433, 580, 583
 ferrocarril, 45, 57, 440
 feudalismo, 49, 50, 57, 114, 116, 117, 123, 125, 166, 170, 198, 205, 357, 461, 465, 499, 559
 filosofía, 41, 76, 82, 105, 121, 130, 131, 132, 133, 137, 139, 142, 148, 200, 202, 206, 208, 210, 216, 230, 235, 276, 279, 282, 283, 284, 285, 290, 292, 293, 294, 295, 296, 304, 308, 331, 425, 480
 filosofía de la historia, 138, 139, 277, 278
 Florencia, 44, 116, 117, 119, 120, 129, 270
 Francia, 43, 45, 46, 47, 51, 57, 61, 67, 87, 88, 93, 120, 138, 165, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 203, 204, 221, 224, 227, 232, 238, 239, 241, 302, 314, 318, 321, 323, 327, 328, 329, 330, 331, 378, 386, 427, 444, 482, 515, 517, 520, 524, 549, 556, 560, 561, 596
 fuerza de trabajo, 52, 58, 59, 84, 115, 455, 552
 fuerzas armadas, 181, 360, 368, 380, 385, 432

G

girondinos, 220, 221, 222, 224
 revolucionario, 220, 256, 389, 401, 431, 494, 500, 522, 584, 587, 589,
 590, 591, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 604
 soviético, 325, 327, 563
golpe de Estado, 159, 183, 223, 256, 347, 371, 379, 380, 382, 386, 400,
 431, 432, 485, 488, 489, 496, 504, 505, 519, 521, 522, 592
Grecia, 99, 133, 303, 315, 336, 337
Guatemala, 184, 185, 492, 502, 503, 507, 573
guerra, 57, 73, 144, 146, 148, 161, 163, 166
 fría, 535, 546, 558
 guerra civil española, 65, 92, 162, 514, 515, 516, 519, 520, 523,
 525, 526, 529, 531, 533, 605
 guerras de independencia, 43, 166, 167, 255, 345, 351, 252, 352,
 353, 387, 437, 450, 459, 464
 Primera Guerra Mundial, 238, 319, 330, 552, 589
 Segunda Guerra Mundial, 47, 145, 161, 236, 240, 330, 332, 427,
 491, 516, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 551, 553,
 556, 557, 560, 587, 589

H

herramienta, 44, 46, 51, 52, 53
historicismo, 130, 142, 282, 284, 293
Holanda, 47, 48, 49, 50, 51, 75, 165, 173, 232, 329, 559, 596
Hoy, 176
huelga
 general de abril de 1958, 582, 583
 general de agosto de 1933, 379
 de hambre, 347, 362, 551
 de marzo de 1935, 253, 347, 373, 390, 393, 395, 401, 409, 423,
 452, 602
humanismo, 44, 78, 81, 82, 83, 84, 85, 110, 113, 114, 118, 120, 121,
 122, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 133, 212, 267
Hungria, 327, 328, 329, 332, 559

I

ideología, 74, 100, 103, 104, 109, 111, 204, 214, 219, 236, 240, 322,
 323, 339, 476
Iglesia, 49, 80, 82, 83, 89, 116, 117, 120, 126, 127, 196, 198, 199, 203,
 204, 205, 211, 213, 220, 241, 244, 268, 296, 323, 516, 571
igualdad, 113, 180, 181, 191, 212, 216, 219, 221, 224, 225, 226, 244,
 321, 329, 549, 550, 570, 571

Iluminismo, 77, 82, 106, 142, 143, 200, 201, 202, 203, 206, 207, 209,
 212, 214, 215, 220, 232, 233, 248, 321, 541
imperialismo, imperialista, 158, 169, 175, 319, 325, 340, 359, 370, 371,
 375, 378, 381, 383, 385, 386, 389, 390, 391, 446, 447, 450, 473, 481,
 483, 512, 526, 536, 538, 553, 560, 563, 572, 573, 575, 581, 583
Imperio
 colonial español, 155, 157, 165
 colonial francés, 67
 británico, 334, 335, 552, 555, 559
 romano, 119, 248
 ruso, 325, 480
 napoleónico, 220, 318
 neocolonial de los Estados Unidos, 336, 351, 447
 Sacro Imperio Romano Germánico, 195
 Segundo Imperio Alemán (1871-1919), 67, 236, 322
 soviético, 141, 228, 237, 322, 324, 325, 326, 327, 328, 550, 556, 557,
 562, 563, 573, 574, 575
independencia, 43, 48, 65, 72, 131, 133, 149, 152, 157, 160, 163, 166,
 167, 173, 174, 175, 176, 189, 191, 196, 227, 237, 272, 285, 303,
 313, 350, 357, 380, 385, 442, 444, 446, 447, 452, 453, 454, 456,
 457, 460, 461, 465, 466, 467, 468, 481, 485, 510, 516, 524, 535,
 549, 550, 551, 552, 553, 555, 556, 563, 584, 592
India, 83, 127, 162, 237, 239, 240, 336, 337, 340, 434, 509, 551, 552,
 553, 554
indígenas de América, 102, 110, 122, 149, 150, 177
individualismo, 70, 93, 218, 223, 227, 250, 318
industria metalúrgica, industria siderúrgica, minería del hierro, 45, 46,
 51, 56, 67
industria textil, 53, 54, 60, 198
industrialización, 46, 47, 50, 180, 198, 387, 431, 474, 576
Inglaterra, 45, 46, 47, 48, 50, 51, 52, 54, 55, 56, 60, 61, 64, 66, 67, 84,
 115, 120, 121, 128, 162, 190, 192, 199, 203, 206, 210, 234, 238,
 241, 243, 265, 268, 314, 329, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338,
 340, 427, 444, 520, 539, 541, 542, 544, 546, 549, 553, 555, 556,
 557, 559, 560, 561, 562
injerencia, mediación, 378, 379, 380, 381, 384, 385, 386, 387, 389, 447,
 502, 535, 547, 548, 555
insubordinación de sargentos y soldados del 4 de septiembre, 381, 383
integración, 69, 79, 84, 91, 128, 129, 131, 150, 228, 241, 247, 248, 252,
 281, 303, 314, 583
Internacional
 Primera Internacional (Asociación Internacional de Trabajadores),
 89, 90, 475

Segunda Internacional, 15, 318, 319
Tercera Internacional, 319
intervención, invasión, 61, 92, 116, 147, 149, 163, 164, 167, 185, 238,
292, 325, 327, 330, 336, 351, 372, 378, 403, 450, 481, 500, 501,
502, 504, 515, 532, 537, 544, 552, 573, 574, 595, 597
Italia, 67, 75, 89, 92, 115, 118, 119, 120, 128, 130, 131, 133, 134, 138,
144, 145, 146, 147, 162, 238, 270, 272, 330, 336, 511, 515, 516,
525, 559
Izquierda Revolucionaria, 394

J

jacobinos, 64, 207, 220, 221, 222, 224, 389, 400
Japón, 47, 237, 239, 553
Joint Resolution, 168, 352, 458, 467, 585
jornada laboral, 59, 62, 67, 85
Joven Cuba, 394
justicia, 66, 77, 78, 97, 98, 109, 134, 150, 151, 159, 162, 167, 175, 178,
185, 186, 208, 219, 228, 245, 248, 259, 267, 329, 331, 337, 345,
351, 355, 356, 382, 383, 386, 387, 399, 417, 424, 432, 434, 436,
438, 442, 443, 452, 453, 458, 463, 464, 466, 471, 485, 491, 494,
507, 508, 509, 513, 516, 523, 534, 537, 540, 541, 542, 544, 550,
569, 572, 575, 579, 583, 585, 592, 593, 597

L

La Bastilla, toma de, 203, 219, 229, 233
La Conjuración de los Iguales (Felipe Buonarroti), 224, 227
La sociedad abierta y sus enemigos (Karl R. Popper), 284, 285
latifundio, 169, 177, 357, 359, 468
Leviatán (Thomas Hobbes), 234, 326
libertad, libertades, 41, 57, 62, 71, 73, 75, 77, 85, 89, 90, 94, 96, 97, 106,
109, 116, 121, 124, 125, 127, 130, 131, 132, 134, 141, 142, 143,
144, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 160,
162, 163, 168, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 186, 188, 199,
206, 207, 208, 209, 210, 211, 213, 219, 222, 224, 227, 228, 231,
233, 240, 242, 245, 247, 255, 259, 263, 267, 268, 282, 284, 285,
294, 295, 296, 297, 299, 304, 312, 316, 317, 320, 322, 325, 326,
328, 329, 330, 331, 340, 341, 351, 355, 359, 361, 362, 371, 374,
376, 377, 383, 387, 392, 396, 399, 414, 423, 432, 434, 435, 436,
437, 438, 442, 443, 445, 448, 449, 451, 453, 455, 457, 459, 460,
461, 462, 464, 466, 484, 485, 489, 490, 491, 492, 494, 497, 499,
508, 509, 510, 512, 513, 518, 522, 523, 532, 535, 537, 544, 545,

546, 548, 550, 551, 559, 562, 563, 565, 571, 576, 577, 580, 583,
585, 587, 594, 598
de comercio, libre comercio, 73, 126, 169
de la cultura, 562, 564, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 577
individual, 78, 95, 97, 283

M

Madrid, 49, 163, 286, 287, 296, 297, 299, 305, 510, 515, 517, 522, 524,
525, 526, 527, 528, 529, 530, 531
Manifiesto de Montecristi (José Martí y Máximo Gómez), 252, 351,
383, 436, 457
manufactura, 49, 50, 51, 56, 198, 199
 capitalista, 45, 50, 52, 198
maquiavelismo, 133, 269, 271, 274
máquina de vapor, 49, 53, 55, 56, 75
máquina, maquinismo, 44, 45, 46, 51, 52, 53, 54, 56, 63, 64, 66, 67, 68,
77, 85, 86, 106, 198, 319, 356, 385, 516, 571
materialismo histórico, 134, 135, 137, 138, 139
mecanización, 53, 54, 73
mercado, 46, 50, 52, 54, 58, 69, 82, 84, 85, 115, 116, 122, 168, 198, 199,
206, 245, 248, 311, 363, 488, 585, 587, 588, 589, 596
mercancía, 108, 124, 248, 257, 261
mercantilismo, 45, 49, 188
metrópoli, 46, 166, 173, 191, 562
México, 47, 149, 150, 161, 165, 166, 182, 183, 184, 186, 187, 300, 302,
303, 304, 305, 306, 307, 309, 311, 371, 372, 392, 444, 445, 450,
468, 512, 516, 555, 564, 565, 606
mito, 100, 105, 107, 108, 137, 142, 155, 173, 254, 280, 321, 392
monarquía, 48, 67, 74, 195, 200, 206, 208, 209, 210, 219, 220, 223, 227,
270, 295, 321, 333, 444, 447, 451, 466, 559
moral, 61, 81, 93, 97, 133, 134, 139, 145, 148, 174, 204, 216, 218, 230,
248, 250, 254, 261, 271, 402, 413, 425, 427, 430, 453, 458, 467,
472, 480, 547, 556, 578, 596
mujer, mujeres, 59, 61, 85, 89, 128, 171, 175, 264, 301, 318, 332, 376,
385, 392, 448, 456, 487, 495, 496, 508, 510, 515, 518, 520, 524,
525, 526, 529, 580

N

nación, nacionalismo, 68, 71, 108, 154, 164, 179, 195, 196, 206, 222,
237, 239, 240, 289, 303, 310, 321, 322, 351, 383, 384, 395, 415,
429, 436, 455, 486, 488, 558, 561, 562, 583, 595

naturaleza, 44, 53, 57, 58, 60, 62, 68, 69, 72, 76, 77, 79, 81, 83, 85, 88, 96, 98, 105, 107, 110, 119, 122, 124, 125, 127, 129, 131, 132, 134, 138, 144, 157, 164, 204, 207, 210, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 222, 226, 232, 244, 246, 247, 248, 2 57, 271, 282, 326, 334, 340, 386, 426, 427, 428, 431, 435, 438, 459, 463, 464, 474, 500, 515, 518, 540, 543, 553, 554, 556, 561, 572, 589, 594, 597
nazis, nazismo, 98, 108, 146, 161, 171, 235, 238, 245, 322, 323, 335, 449, 496, 503, 515, 522, 537, 539, 546, 552, 565, 569
neofascismo, 175, 176, 180, 491, 492, 497
neokantismo, 291, 292
New Deal, 68, 335, 536, 537
nobleza, 48, 83, 115, 116, 122, 172, 194, 195, 196, 197, 199, 200, 204, 205, 217, 220, 221, 299, 447

O

Occidente, 44, 48, 73, 114, 128, 185, 235, 236, 238, 239, 240, 275, 320, 327, 515, 548, 549, 550, 557, 560, 561
oligarquías, 159, 174, 466, 484, 491, 512, 514, 546, 580
opresión, 96, 143, 175, 222, 225, 226, 230, 261, 310, 314, 319, 383, 414, 453, 465, 466, 540, 541, 561
Organización de Estados Americanos (OEA), 151, 153, 174, 178, 179, 492, 493, 497, 498, 499, 569, 591, 592, 595, 598, 604
Organización de Naciones Unidas (ONU), 153, 161, 162, 174, 178, 179, 237, 327, 332, 493, 497, 498, 499, 507, 510, 512, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 549, 551, 552, 553, 555, 560, 598
organización del trabajo, 43, 46, 51, 57, 94
Oriente, 44, 119, 185, 235, 238, 239, 240, 332, 377, 408, 418, 419, 454, 484, 531, 549, 550, 556, 581

P

Pacífico, 166, 214, 239, 539
Pacto de Río de Janeiro, 179, 492
Pacto del Zanjón, 252, 457, 463
Países Bajos, 44, 45, 75, 120
París, 61, 87, 88, 168, 198, 220, 227, 233, 280, 296, 304, 305, 306, 330, 347, 371, 478, 524, 558, 559
Partido Acción Democrática, 159, 181, 485, 490
Partido Aprista Cubano, 182, 394
Partido Comunista de Cuba, 319, 324, 328, 368, 373, 379, 380, 381, 382, 385, 389, 394
Partido Conservador, 335, 336, 338
Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), 402

Partido Laborista, Labour Party, 338, 339
Partido Liberal (Cuba), 346, 347, 354, 393
Partido Liberal (México), 303
Partido Revolucionario Cubano, 167, 350, 394, 401, 423, 447, 457
Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), 391, 395, 396, 399, 401, 424
Partido Socialdemócrata Obrero Alemán, 135, 136
Partido Socialista (Francia), 318
Partido Socialista (Inglaterra), 333
Partido Socialista (Puerto Rico), 170
partido único, 319, 321, 322
paz, 124, 130, 147, 149, 151, 153, 159, 161, 176, 179, 225, 235, 236, 239, 240, 242, 273, 30 3, 325, 336, 337, 351, 368, 402, 435, 438, 457, 464, 466, 487, 492, 500, 512, 529, 535, 537, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 548, 549, 550, 554, 557, 559, 562, 563, 574, 595, 596, 598
Pentarquía, 382, 383, 386
Perú, 157, 160, 175, 183, 184, 418, 497, 565
plusvalía, ganancia, 70, 85, 125, 133, 136, 140
pobreza, miseria, indigencia, 49, 58, 65, 72, 76, 85, 105, 129, 133, 136, 149, 152, 157, 163, 170, 174, 175, 200, 204, 209, 235, 248, 254, 261, 297, 331, 364, 365, 407, 420, 453, 472, 485, 540, 553, 561, 563, 577
poder, 45, 50, 61, 68, 72, 77, 78, 80, 83, 85, 87, 92, 94, 98, 99, 103, 104, 106, 111, 116, 127, 133, 134, 141, 142, 190, 191, 193, 205, 215, 230, 251, 253, 257, 579
prórroga de poderes, 360, 365, 368, 369, 472
tripartición de poderes, 207, 208, 231, 234
policía, 88, 91, 110, 205, 223, 356, 368, 369, 375, 377, 497, 507, 583, 593
posesión, 58, 70, 94, 145, 167, 225, 404, 413, 414, 446, 465, 493, 502, 583, 603
posguerra, 161, 236, 239, 320, 331, 335, 336, 338, 361, 492, 510, 537, 539, 540, 542, 544, 552, 553
precio, 69, 142, 159, 177, 222, 248, 264, 363, 368, 400, 402, 465, 468, 490, 522, 588
presos políticos, 181, 377, 521
progreso, ilusión dieciochesca, optimismo progresista, 36, 44, 53, 54, 57, 58, 67, 68, 76, 77, 78, 94, 97, 101, 102, 105, 118, 123, 161, 162, 165, 169, 188, 195, 199, 213, 238, 241, 249, 258, 294, 326, 337, 351, 356, 391, 395, 428, 432, 438, 453, 484, 499, 541, 545, 561, 563, 585, 587, 590, 591, 597
proletariado (asalariado, obrero, clase obrera, clase trabajadora), 45, 50, 51, 52, 53, 55, 58, 59, 60, 61, 66, 69, 70, 72, 81, 85, 86, 87, 90, 92,

104, 114, 115, 135, 141, 145, 224, 227, 244, 292, 318, 319, 320, 321, 322, 325, 333, 334, 339, 353, 367, 373, 376, 380, 381, 391, 394, 425, 426, 474, 496, 507, 520, 522, 537, 538, 542, 571, 581
propiedad, 61, 69, 70, 81, 88, 90, 94, 95, 104, 114, 129, 169, 190, 191, 192, 206, 207, 209, 211, 212, 215, 221, 222, 224, 243, 244, 332, 346, 450
pequeña propiedad, 68, 169, 170
privada, 70, 80, 91, 94, 95, 97, 108, 140, 213, 214, 215, 219, 221, 222, 224, 227, 228, 320
propiedades, 62, 70, 71, 95, 191, 220, 222, 225, 227, 244, 261, 504, 583
pueblo, 48, 65, 67, 83, 84, 111, 119, 126, 127, 145, 146, 158, 159, 160, 162, 164, 165, 166, 167, 168, 171, 174, 181, 189, 190, 192, 199, 204, 208, 210, 212, 214, 215, 219, 220, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 243, 246, 249, 251, 255, 257, 258, 259, 272, 281, 294, 296, 303, 304, 307, 325, 327, 328, 329, 331, 336, 346, 348, 352, 357, 361, 362, 365, 368, 376, 377, 379, 380, 384, 392, 398, 401, 402, 406, 413, 428, 431, 432, 433, 436, 438, 445, 447, 451, 452, 453, 454, 455, 457, 458, 459, 461, 468, 470, 484, 485, 493, 494, 506, 509, 512, 513, 536
Puerto Rico, 160, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 172, 173, 288, 363, 411, 442, 446, 450, 452, 454, 464, 481, 501, 565

R

racionalismo, 77, 105, 132, 142, 201, 213, 214, 227, 292
razón, 47, 51, 63, 67, 69, 70, 75, 76, 77, 81, 86, 100, 101, 103, 105, 111, 112, 116, 118, 122, 123, 130, 133, 134, 201, 203, 205, 210, 217, 230, 232, 247, 248, 249, 252, 255, 259, 272, 275, 281, 289, 290, 292, 293, 294, 313, 325, 331, 337, 387, 435, 438, 453, 462, 469, 474, 524, 526, 543, 548, 555, 558, 571, 573
reforma religiosa, 45, 74, 114, 120, 188, 237, 240, 241, 244, 496
relaciones patrimoniales, 220, 222
relaciones sociales, 49, 51, 68, 77, 105, 126, 139, 188, 242, 333, 351, 539
Renacimiento, 44, 45, 74, 75, 82, 83, 84, 95, 109, 111, 114, 117, 118, 119, 120, 121, 129, 188, 230, 246, 248, 265, 269, 333
reparto, 72, 95, 192, 197, 221, 227, 530
república, 68, 87, 112, 113, 150, 158, 162, 166, 168, 207, 208, 215, 220, 223, 224, 227, 238, 252, 253, 255, 257, 260, 261, 269, 270, 295, 296, 306, 330, 332, 333, 336, 345, 348, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 363, 364, 369, 370, 373, 375, 378, 386, 388, 389, 395, 399, 400, 402, 403, 404, 407, 409, 416, 417,

420, 421, 423, 431, 432, 433, 435, 436, 437, 442, 443, 444, 445, 447, 448, 449, 450, 457, 458, 460, 462, 464, 465, 467, 478, 487, 494, 501, 504, 512, 513, 515, 536, 564, 579, 602, 604

Revolución, 43

cubana, 255, 343, 344, 345, 353, 366, 372, 375, 380, 381, 384, 386, 387, 581, 583, 585
de Octubre, 325, 326, 333, 480, 488, 494
del 30, 344, 345, 366,
española, 514, 523, 525
francesa, 75, 125, 134, 188, 189, 193, 200, 218, 220, 221, 223, 227, 228, 230, 231, 321, 325
industrial, 43, 44, 45, 47, 53, 57, 58, 59, 61, 63, 64, 66, 85, 188, 249, 317, 333, 456
mexicana, 184, 555
riqueza, 58, 66, 68, 69, 77, 85, 99, 105, 115, 119, 122, 125, 129, 136, 147, 169, 172, 184, 185, 188, 190, 191, 199, 207, 212, 213, 215, 221, 224, 227, 228, 230, 233, 244, 248, 308, 326, 334, 351, 402, 434, 448, 452, 457, 461, 489, 545, 547, 561
Romanticismo, 200, 216
Rusia, 47, 67, 88, 89, 91, 185, 186, 235, 238, 240, 241, 326, 333, 340, 385, 480, 537, 549, 550, 557, 559, 561, 562, 565, 570, 573

S

salario, jornal, 59, 60, 62, 64, 69, 70, 72, 83, 115, 126, 172, 198, 222, 228, 368, 391, 428
Santo Domingo, 160, 167, 175, 393, 441, 453, 473, 484, 492, 493, 497, 498, 499, 501, 502, 503, 504, 506, 566, 568, 579, 595
servidumbre, 57, 58, 82, 103, 114, 119, 123, 124, 126, 129, 142, 148, 233, 243, 254, 259, 331, 356, 361, 387, 466, 481, 516, 568
Siglo de las Luces, 188, 189, 192, 210
socialismo, 69, 72, 76, 85, 86, 89, 90, 93, 94, 95, 112, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 142, 227, 244, 292, 315, 317, 318, 319, 320, 321, 323, 325, 326, 334, 336, 339, 340, 452, 523, 581
autoritario, 77
soviético, 317
totalitario, 106, 327, 561, 570
utópico y científico, 87, 93, 101
socialización, 86, 337

T

terror, 98, 152, 159, 181, 222, 258, 366, 377

tierra, 45, 52, 58, 102, 106, 110, 115, 116, 157, 158, 165, 169, 170, 174,
196, 197, 220, 221, 226, 243, 257, 275, 282, 288, 292, 299, 304,
310, 330, 351, 352, 357, 377, 445, 455, 468, 470, 489, 533
problema agrario, 222
reforma agraria, 159, 387, 489, 490, 576, 597
totalitarismo, 285, 483, 564, 587
trabajo, 43, 45, 46, 50, 51, 52, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 206
división del trabajo, 52, 94
Tratado de Reciprocidad Comercial, 352, 364, 451, 468, 469, 587, 590
Tratado de Versalles, 236, 250

U

UNESCO, 153, 569
Unión Panamericana, 151, 502, 537
Universidad, 55, 137, 146, 171, 172, 173, 186, 235, 236, 258, 274, 275,
290, 292
Universidad de la Habana, 160, 312, 408, 410, 419, 429, 430, 432, 433,
566, 568, 575, 583, 601, 602, 603, 604, 605
Universidad Popular, 303, 368, 369, 601
URSS, 141, 184, 186, 228, 319, 322, 324, 325, 386, 513, 539, 542, 544,
556, 558, 562, 573
Uruguay, 112, 183, 185, 306, 564, 565
Utopía (Thomas Moro), 84, 101, 102, 110, 111, 113, 128, 265, 267
utopía, utopistas, 86, 91, 100, 101, 102, 103, 104, 109, 111, 136, 207,
220, 578

V

Valencia, 48, 116, 524, 530, 533
Venezuela, 156, 157, 158, 159, 160, 175, 180, 181, 459, 461, 465, 468,
470, 483, 484, 485, 486, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495,
496, 497, 502, 565, 568, 603

